

GABI GLEICHMANN

---

*El elixir  
de la inmortalidad*



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Gabi Gleichmann

## **El elixir de la inmortalidad**

Título original: *Udødelighetens Elixir*

Gabi Gleichmann, 2012

Traducción: Cristina Gómez Baggethun

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

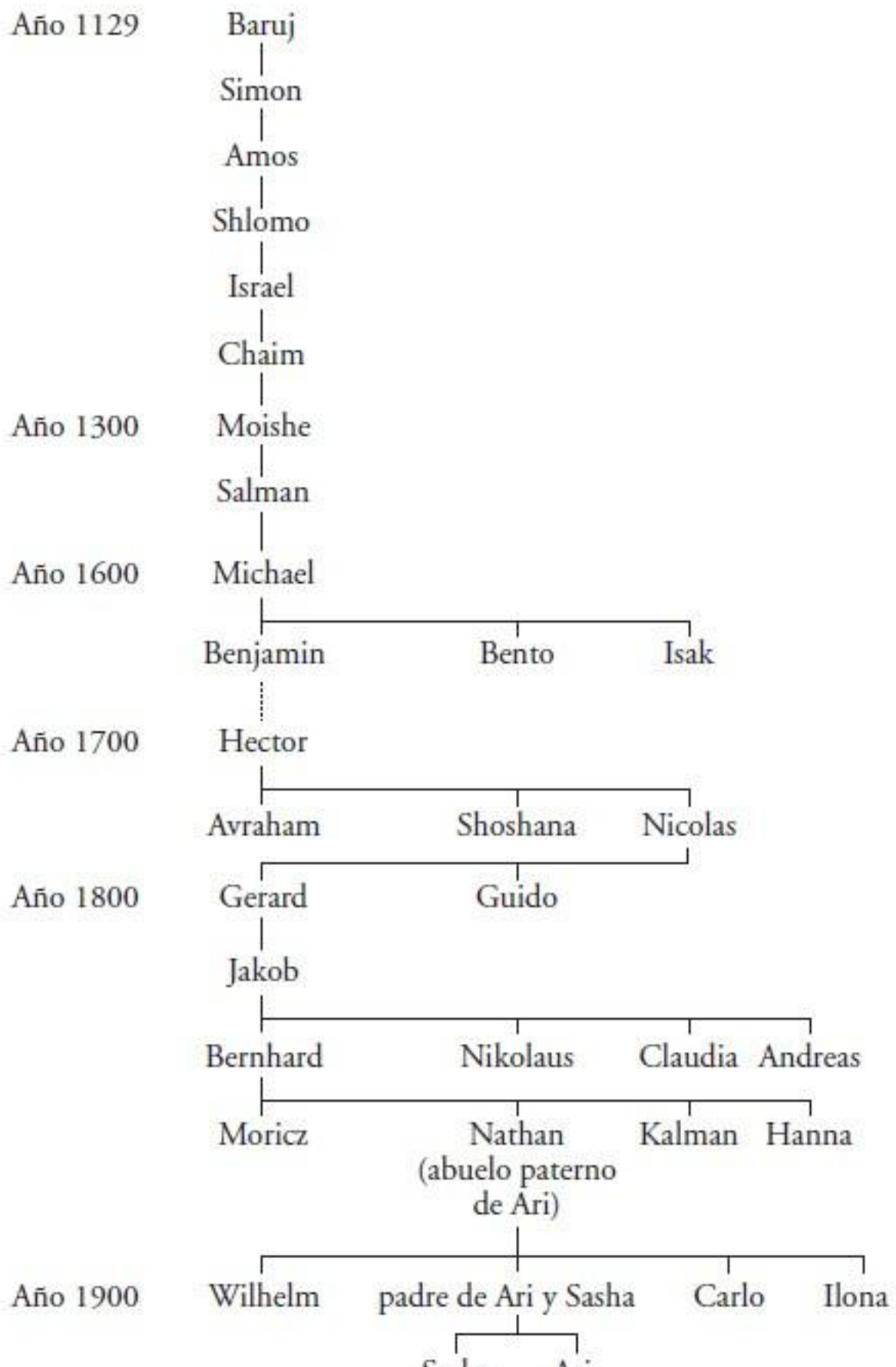
*A mis hijos: Marcel, Danilo, Maximilian y Felix.  
Éstos son vuestros orígenes, o casi.  
El futuro depende de vosotros.*

Nada se repite en la historia de las personas, todo lo que a primera vista parece igual es, en el mejor de los casos, algo parecido; cada persona es una estrella en sí misma, todo sucede siempre y nunca, todo se repite ilimitadamente y nunca más.

DANILO KIŠ



## ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA SPINOZA





## Prólogo

Durante mucho tiempo las palabras no quisieron comparecer. Mi madre yacía en la cama ante mí, callada y encerrada en sí misma, vestida sólo con un fino camisón y con la mirada congelada en un punto invisible del techo. Respiraba con ligereza y tenía el cuerpo casi inmóvil. Yo mantenía su mano en la mía, esperando que me diera un apretón, pero su mano permanecía fría e inerte.

Fue un día de noviembre de hace diez años bajo un infinito cielo azul. El viento soplaba a ratos y una fina capa de nieve recién caída se había posado sobre Oslo. Aunque brillaba el sol, el aire tenía una punzada de frío invernal y allá abajo, en el continente, la gente derribaba con sus manos el muro que había dividido Europa en dos.

Por una vez, mi padre había llamado por la mañana temprano y, con entonación contenida, me había dicho que mi madre no se encontraba bien y que, dadas las circunstancias, era mejor que me abstuviera de visitarla. Mi primera reacción fue de alivio.

Que mi madre no estaba bien, que los dolores eran insoportables y que estaba agonizando, era lo que llevaba oyendo todos los días desde hacía quince años. En lo que respecta al dolor no se puede decir que mi madre fuera discreta. Para soportar sus incesantes y cada vez más amargos lamentos, yo había adoptado una estrategia algo frívola. Me limitaba a no escuchar una sola palabra de lo que decía. Con el tiempo logré sentir cierta indiferencia y me convencí a mí mismo de que mientras fuera capaz de quejarse, no había motivos para preocuparse por su salud. Probablemente debería haber sido más considerado y haberme implicado más.

En el mismo momento en que mi padre se apresuró a añadir que estaba demasiado mal para ponerse al teléfono, comprendí, con una fuerza y un peso que no había sentido en muchos años, que mi madre nos estaba abandonando. Hasta ese momento no me di cuenta de lo poco preparado que estaba para la situación y supe que me iba a arrepentir el resto de mi vida.

Ignorante de la verdad —que a mi madre sólo le quedaba media hora del tiempo que le había sido destinado—, pulsé el timbre del hogar de mis padres y mi padre me recibió con un gesto apesadumbrado que subrayaba la solemnidad e importancia del momento. Me senté a la vera de mi madre en la cama y la contemplé. Tenía el rostro blanco, casi transparente, y el pelo despeinado caía sobre su frente otorgándole un aspecto algo aniñado.

¿Quién era en realidad la mujer que yacía ahí? Me era tan conocida, tan cercana, y a la vez tan distante. Mientras la miraba, buscaba frenéticamente imágenes de ella en mi memoria. Pero era en vano, no la encontraba por ninguna parte.

De pronto entendí que había sentido vergüenza cuando mi madre se aisló del mundo y se encerró en su dormitorio para que nadie perturbara su trato con los demonios de los más oscuros paisajes de su imaginación. Comprendí que por eso la había apartado de mí tan concienzudamente que incluso había reprimido los recuerdos más cálidos que tenía de ella. Me asustó mi egoísmo y quise hablar francamente con ella sobre todas esas cosas que nunca nos habíamos dicho. Pero por mucho que me esforcé, las palabras se negaron a salir.

Mi padre permanecía inmóvil y rígido, pero en cierto momento se escabulló a la cocina de puntillas y encontró un alivio temporal en las tareas cotidianas.

Un apacible silencio reinaba en el dormitorio. Impulsado por la vergüenza y arrebatado por la gravedad del momento, quise consolar a mi madre. Le acaricié las



mejillas con ternura, pero fui incapaz de decir nada.

Fue mi madre la que tomó la palabra. Abrió la boca despacio y dijo que aquél fue el peor día de su vida. El 12 de diciembre de 1944. Después, todavía en un tono apenas audible, añadió algo sobre un tal Lipot, el más dulce de los chicos que se escondían entonces en casa de sus padres, a quien ese día los alemanes asesinaron brutalmente. Aun así, su cadáver estuvo dos semanas tirado en la calle antes de que sus amigos, al abrigo de la noche, se atrevieran a trasladarlo al cementerio judío. Mi madre hablaba de un modo confuso e inconexo, yo la escuchaba atentamente. Su voz sonaba cada vez más débil.

—¿Cómo pudo Dios permitir que sucediera esto? —suspiró—. Se lo tienes que contar al mundo, tienes que contarlo todo.

Me sentí obligado y le prometí que algún día hablaría sobre el pequeño universo restringido que constituía nuestro hogar en la tierra. Pero mi madre no me oyó. Ya estaba abandonando la vida, empezó a alejarse con una sonrisa resignada y se dejó absorber por el vacío.

## **1. Las fuentes**

## EL NARRADOR

He de empezar con un par de palabras sobre mi tío abuelo, la gran alegría de nuestra primera infancia. Hay tanto que contar sobre él que me resulta imposible tenerlo todo en la cabeza, el tema es tan amplio que excede tanto los límites de mi memoria como los de mi entendimiento. Por eso, este intento de hablar sobre él será extremadamente incompleto.

Cuando mi hermano gemelo Sasha y yo éramos pequeños, adorábamos al tío abuelo. Algunas veces, al mirarlo cuando estábamos sentados en torno a la mesa de la cocina, pensaba que el mundo entero no era lo bastante grande para dar cabida a toda mi admiración. El tío abuelo nos enseñó todo lo que de niños no sabíamos sobre nuestra historia familiar, todo lo que no podíamos saber, y nos inició en incontables misterios en los que él mismo había sido introducido con ayuda procedente del otro lado de la tumba. Era un narrador fantástico. Con sus anécdotas, de las que a todas luces tenía inagotables provisiones, conseguía estimular nuestra imaginación y provocar nuestras risas y una constante fascinación. Cada vez que se pasaba por casa, siempre sin previo aviso, un día cualquiera se transformaba de inmediato en un festivo y Sasha y yo, que por lo demás siempre andábamos peleándonos, entablábamos enseguida un alto el fuego.

Todo el mundo lo llamaba Fernando y pronunciaban su nombre como si se tratara de un marqués español. Todos excepto mi abuela paterna, que sencillamente lo llamaba Franci. Su verdadero nombre era Franz Scharf.

La abuela odiaba a Fernando con un ardor incombustible. Y yo no conseguí sacarle por qué, de hecho no lo averigüé hasta mucho más tarde. El origen del conflicto se perdía en una misteriosa oscuridad. Es posible que incluso a la abuela se le hubiera olvidado, pero aun así era algo inamovible para ella y no ocultaba sus sentimientos, aunque tampoco lo acusó nunca de algo abiertamente indecente o malévolo. Pero cada vez que se presentaba la oportunidad, señalaba triunfante que no era un auténtico pariente, que sólo daba la casualidad de que se había casado con una de sus incontables primas, de hecho, con la menos atractiva de todas.

La estrecha relación que mantenía mi tío abuelo con nosotros se debía a su solitaria existencia. Su mujer y sus hijas adolescentes, las gemelas Anci y Mancí, se habían disuelto en humo en unas altas chimeneas.

«Es muy triste», dijo en una ocasión intentando captar nuestra mirada, «pero así son las cosas».

Lo dijo un 24 de octubre, lo recuerdo perfectamente. Los pálidos rayos de sol otoñal brillaban a través de las cortinas, pero de pronto el cielo mudó el color y pasó de claro a negro. Mi tío abuelo carraspeó una vez y se echó a llorar. El aire del piso estaba saturado por el olor de la sopa quemada, una de las especialidades de mi abuela. Las lágrimas de Fernando eran imparables, le temblaban los hombros y se le enrojecieron los ojos. Ese día, sus hijas deberían haber cumplido años. El tío abuelo abrió la boca para decir algo, pero una especie de ataque de tos hizo que las palabras se quebraran y se esparcieran por el aire.

Nunca dijo nada más sobre el asunto. Pero mi hermano gemelo Sasha y yo lo comprendimos.

En otra ocasión, muy despacio y casi susurrando, nos contó que durante toda su vida había amado a una mujer, a una sola mujer, más que a cualquier otra cosa. Que no podía tratarse de su esposa lo entendimos enseguida porque añadió: «Y justamente ella era

la que no podía ser mía. A mí me hubiera bastado con su amor».

La puerta de la cocina estaba abierta y el tío abuelo lanzaba miradas furtivas a mi abuela, que estaba charlando consigo misma junto a los fogones. Por alguna razón, empecé a reírme por lo bajo. Quizá entendí intuitivamente que aquél era su modo de hacernos un guiño sobre lo que realmente se ocultaba en su corazón.

«*Mein liebes Kind*, no te rías, amarla a ella ha sido lo único que he hecho en toda mi vida. Seguro que te sorprende que un viejo como yo aún pueda tener pasiones, pero cuando todo lo demás se apaga, te traiciona y desaparece, cuando te lo arrebatan todo y finalmente te derrota el implacable avance del tiempo, lo que queda es la llama del amor, que arde en el cuerpo hasta el momento de tu muerte».

Pese a que mi tío abuelo no tenía ningún lazo de sangre con nosotros, lo sabía todo incluso sobre nuestros más remotos antepasados. Lo cierto es que concedía enorme importancia a todo lo que había sido. A sus ojos, ésa era la parte esencial de la existencia. Al hablarnos de nuestros ancestros en la Edad Media, a veces nos miraba con orgullo, nos acariciaba el pelo y suspiraba sonoramente con una sonrisa distante. Otras veces se irritaba al percatarse de lo poco que sabíamos mi hermano Sasha y yo sobre nuestra propia historia. Recuerdo especialmente una ocasión en la que se alteró muchísimo —porque lo interpretó como estudiada maldad por nuestra parte— al darse cuenta de que no conocíamos al detalle el triste destino de nuestra pariente lejana Shoshana Spinoza. No era más que una muchacha en flor en el momento de su muerte, pero aun así había sido una de las grandes creadoras de la historia de la física.

Algunas veces yo tenía la sospecha de que el tío abuelo, que había perdido a sus hijas gemelas durante la guerra, albergaba el inconsciente deseo de que Sasha y yo nos vengáramos de la historia. Ante todo creo que tenía la sensación de que nuestro entorno familiar iba a convertirnos en personas débiles, medrosas, indecisas e inquietas, y que quería aprovechar su influencia sobre nuestras almas para, inadvertidamente, empujarnos en la dirección contraria, proporcionándonos impulso vital, osadía y deseos de conquista.

Fernando siempre estaba dispuesto a poner fin a nuestra ignorancia y a salvar del olvido a algún familiar del principio de los tiempos, citando con desparpajo desconocidos documentos o transmitiéndonos secretos íntimos que estaban ocultos en los más oscuros rincones del pasado, cosas que había averiguado gracias a un espíritu bienintencionado que le susurraba información desde otra dimensión. Las palabras de mi tío abuelo siempre caían sobre suelo fértil. Ni Sasha ni yo reaccionábamos nunca con escepticismo a sus crónicas familiares. Era un narrador irresistible que nos tenía con la boca abierta, pletóricos de orgullo y de admiración por el fantástico mundo que él intentaba mantener con vida.

Aquellas historias me entusiasmaban hasta tal punto que me las aprendí de memoria. Algunas veces, cuando mi tío abuelo se equivocaba en algún detalle o en alguna fecha, incluso era capaz de corregirlo.

Sólo mi abuela, que de vez en cuando musitaba que hacía mucho que había calado a Fernando, encontraba razones para dudar de la fiabilidad de sus fuentes históricas. En ocasiones, cuando le presionaba de un modo que a Sasha y a mí nos parecía desconsiderado, el tío abuelo parecía turbado. Aunque normalmente se limitaba a quedarse callado, con la mirada gacha y una sonrisa que traslucía cierta mala conciencia.

Pero en cuanto la abuela salía de la habitación, su cara volvía a mostrarse feliz y relajada, sin rastro de preocupación. Entonces nos pedía que nos acercáramos un poco más y, en tono confidencial, decía: «La realidad supera a la imaginación. Cuando se sabe lo que ha ocurrido, no hace falta inventarse historias. Además es más fácil pillar a un mentiroso

que a un cojo».

## **EL ESPIRITISMO**

Los momentos más fascinantes para nosotros eran aquéllos en los que mi tío abuelo, con ciertos aires de importancia e infinito misterio, nos revelaba que, como miembro de una agrupación espiritista, y por medio de una médium especialmente versada, había mantenido contacto continuado con los muertos. La agrupación se llamaba Ad Astra y las reuniones tenían lugar cada dos miércoles por la noche en casa de Adalbert Nagyszenti, un psicoanalista freudiano que debido a sus orígenes burgueses y sus opiniones políticas había pasado cuatro años internado en un campo de reeducación estalinista, al nordeste de Hungría, para después ser condenado a no ejercer su profesión, y que por eso ahora se ganaba la vida como vigilante nocturno en un almacén de chatarra situado en un desastrado suburbio obrero. En aquella agrupación se reunían los cerebros pensantes más imaginativos y libres de prejuicios de Budapest. Los participantes se sentaban alrededor de una mesa en una sala sin espejos y con las cortinas echadas. Las sesiones solían iniciarse con la lectura de textos secretos en latín a la luz de unas trémulas velas, puesto que se decía que eso reforzaba la receptividad de los participantes a las experiencias espirituales. Tras estos preparativos, la médium, una mujer anémica y anoréxica de mediana edad, entraba en trance y establecía el contacto con el mundo de los espíritus.

La primera vez que mi tío abuelo oyó hablar de Ad Astra fue en la consulta del doctor Kisházy, un médico generalista tan encantador como carente de escrúpulos, que aliñaba su escaso sueldo municipal recetando sin más, a cambio de un sustancioso pago, todo tipo de pastillas que le solicitaban los pacientes. No le importaba en absoluto que parte de estas medicinas fueran claramente peligrosas porque vivía conforme al inamovible convencimiento de que la humanidad no sería capaz de enriquecer el mundo erradicando las enfermedades, sino únicamente solucionando el problema de la creciente superpoblación. En este sentido no se puede decir que el doctor Kisházy fuera precisamente la encarnación de la compasión hacia los enfermos graves. En cambio, unos pocos versos de la poesía de Dante podían llenarle los ojos de lágrimas y la visión de una copa del delicioso vino Tokaji le bañaba la cara de felicidad sin el menor disimulo. No ocultaba en absoluto que le interesaban más los vinos blancos que la salud de sus pacientes y era capaz de reconocer cada riesling de la región de Siófok con un solo trago y los ojos tapados.

Por algún motivo extraño, mi tío abuelo le tenía mucho respeto al doctor Kisházy y agradecía cualquiera de sus consejos. En una ocasión le confesó que en los últimos tiempos sus pensamientos rondaban cada vez con más frecuencia la muerte de sus pobres hijas y que en parte se debía a que siempre le había resultado difícil conciliarse con la arbitraria injusticia que siega la vida de algunas personas y las arranca de la tierra antes de que hayan acabado de florecer. También le contó que las fuertes pastillas para los nervios que tomaba desde hacía años, ya no eran capaces de mantener a raya sus demonios y que tenía pesadillas todas las noches; lo más habitual era que viera a sus hijas arder vivas en un gran horno crematorio. Un estado mental lúgubre nunca mejora con la administración de pastillas más fuertes, sentenció el médico, para a continuación recomendarle una visita a la agrupación espiritista que dirigía su cuñado. En su opinión, un contacto directo con las chicas fallecidas podría liberar el apesadumbrado corazón de Fernando de su hundido pecho y permitir que volara libremente como la hojarasca de otoño por los bulevares de

Budapest. Además prometió escribirle una carta de recomendación. Al principio mi tío abuelo se resistió a la idea. Como no creía en el mundo de los espíritus no veía motivos para acudir a la agrupación espiritista. Pero las pesadillas se negaban a desaparecer y realmente quería averiguar lo que les había pasado a sus hijas.

Un miércoles por la noche, con cierta reticencia, mi tío abuelo dirigió sus pasos hacia el piso de Adalbert Nagyszenti. El psicoanalista lo recibió en la entrada ataviado con un traje de tela escocesa a cuadros y enseguida lo invitó a acompañarlo a la habitación aledaña, donde cinco personas estaban sentadas alrededor de una mesa redonda. Colocaron a mi tío abuelo junto a la médium, que manifiestamente se encontraba en trance y hablaba en una lengua incomprensible. Era evidente que la sesión había empezado hacía rato. En la penumbra, Fernando sólo vislumbraba con dificultad los rostros de los demás participantes, pero no tardó en entender que el distinguido caballero sentado frente a él estaba intentando contactar con su único hijo porque temía que debía de haber muerto a finales de la década de los cuarenta en un campo de trabajo al norte de Siberia. Por desgracia, Fernando sabía perfectamente lo que era Kolymá y lo que eran el sufrimiento y la muerte, y se le formó un nudo en el estómago al oír que mencionaban a Iósif Stalin. A continuación se hizo un silencio en la habitación. Después de un largo minuto, el anfitrión preguntó a mi tío abuelo con quién quería establecer contacto. Fernando susurró que quería contactar con sus hijas, pero no dijo su nombre. La médium se hundió en un trance aún más profundo, aporreando rítmicamente la mesa con sus dedos nudosos. Ésa era su manera de pedir a los servicios espíritus que la ayudaran a encontrar en el otro lado a las hijas del invitado. Repitió su petición varias veces, pero, por mucho que lo intentó, no consiguió dar con las hijas de Fernando. Al cabo de media hora, el resultado no podía ser más deprimente y mi tío abuelo sintió que se confirmaba su sospecha de que el espiritismo consistía en convencer a crédulos desgraciados, por medio de arteras manipulaciones, de que podían mantener una conversación con sus difuntos seres queridos. Estaba a punto de abandonar la sesión cuando a sus espaldas se oyó una voz leve y distante que decía: «Anci y Manci están ocupadas». Fernando no se inmutó porque estaba convencido de que se trataba de un simple truco, pero el resto de los presentes parecían asombrados e incluso a la experimentada médium se le pusieron los ojos como platos.

Entonces la voz añadió: «Las chicas están ocupadas. Están leyendo las aventuras del capitán Nemo. Pero mandan saludos para su padre. Yo soy Shoshana Spinoza. Si el padre de las chicas quiere saber algo más sobre la existencia al otro lado, estaré encantada de responder a sus preguntas en el siguiente encuentro».

Mi tío abuelo se quedó de piedra. Aquello era extraño. Más que extraño. No podía tratarse de un truco. Pensó que se había excedido en su desconfianza hacia los espiritistas porque ninguno de los presentes en aquella habitación conocía el nombre de sus hijas ni podía saber que el último regalo de cumpleaños que les hizo fue *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Jules Verne. Aquello había sido un mensaje claro y preciso. Realmente estaban en contacto con el otro lado.

Tras la visita a la agrupación Ad Astra, Fernando se encaminó hacia casa y el reloj dio las doce cuando entró en su pequeño apartamento. Se sentó sobre la cama deshecha, incapaz de dejar de pensar en Shoshana Spinoza y lo que ella le había transmitido sobre el mundo de los espíritus. Al cabo de un rato, cuando se inclinó hacia delante para quitarse los zapatos, descubrió un periódico debajo de la cama. Lo recogió y sintió frío por dentro. No podía ser verdad. El artículo que aparecía en la página que tenía ante sí trataba sobre el viaje inaugural al Polo Norte del submarino atómico americano *Nautilus* y lo había escrito

una periodista llamada Hannah Sós-Szipoa. A mi tío abuelo no le llevó muchos segundos entender que Hannah Sós-Szipoa era un anagrama de Shoshana Spinoza. Notó que el periódico se le deslizaba despacio de entre las manos y oyó a alguien respirar pesadamente a sus espaldas. Por un instante sintió cierta angustia y empezó a temblar sin osar darse la vuelta. No porque tuviera miedo de que fuera a sucederle algo malo o de que lo que se encontraba detrás de él fuera a hacerle daño, sino más bien porque temió estar volviéndose loco. Pero no tardó en comprender que no estaba afectado de locura, que simplemente se le había abierto un nuevo mundo, un mundo más allá de éste, cuya existencia su razón no había querido aceptar durante mucho tiempo, un mundo en el que él se convertiría en otra persona. No en el sentido de que fuera a salir una nueva criatura de su interior, como una mariposa de su capullo, sino en el de que para comprender las leyes de ese mundo nuevo iba a tener que contemplar la existencia con otros ojos.

Así fue como la mística entró en la vida de Fernando. Sus vivencias de aquella noche lo afectaron tanto que él, un escéptico nato familiarizado con las teorías del materialismo dialéctico, empezó a creer en la inmortalidad del alma y en la incomprensible capacidad de las personas de comunicarse después de la muerte. Por todas partes —no sólo en nuestra casa, sino en los parques donde la gente jugaba al ajedrez, en los autobuses, en el metro y en la consulta del doctor Kisházy—, mi tío abuelo encontraba víctimas propiciatorias a las que obligaba a escuchar sus apasionadas y elocuentes historias sobre la vida en el más allá.

Shoshana Spinoza le contó muchas más cosas sobre nuestra familia y nuestros antepasados que sobre sus hijas. También le reveló mucha información asombrosa sobre el origen del universo y los dioses que vivían al comienzo de todas las cosas. Habló del tiempo en que la Tierra estaba yerma y vacía, describió con detalle los seis mundos que sucumbieron antes de la creación del nuestro, el séptimo, el último y el perfecto. También le habló del número siete, el más sagrado y enigmático de todos los números, y le explicó su misterio y su fuerza como un efecto del orden que regía la creación. En nuestro propio universo, le contó, todo está ordenado según el principio del número siete: los días, los colores, las esferas celestes, los ángeles y el amor.

Las informaciones que mi tío abuelo nos transmitía a nosotros sobre el mensaje de Shoshana variaban de un día a otro y con frecuencia eran contradictorias. Eso se debía, según nos explicó después de que la abuela lo hubiera puesto contra las cuerdas, a que le estaba prohibido revelar todo lo que sabía, porque al hacerse miembro de la agrupación espiritista había hecho una especie de juramento de silencio. Pero todas las historias que trataban sobre nuestra pariente lejana Shoshana Spinoza, por mucho que a veces fueran difíciles de comprender, nos fascinaban.

## **EL MISTERIO DEL ETERNO RETORNO**

Mi primera experiencia mística está vinculada a Shoshana Spinoza. Fue un miércoles, yo tenía seis años y faltaban siete días para Nochebuena, o quizá tuviera siete años y faltaban seis días para la entrega de los regalos de Navidad, no lo recuerdo ya... Da igual. Un miércoles por la noche, en los locales de la agrupación espiritista, Shoshana Spinoza inició a mi tío abuelo en el misterio del eterno retorno. Fernando no podía contener su entusiasmo y a la tarde siguiente vino a revelarnos el misterio a nosotros. Suponía una enorme alegría para él podernos hablar sobre esto. Todos, salvo mi abuela, que sólo mostró

un interés distraído, nos sentimos fascinados. También yo, aunque no comprendí gran cosa dada mi edad. Además no entendía demasiado alemán y, según recuerdo, Fernando nos habló del eterno retorno en alemán, porque de vez en cuando, cuando se alteraba, utilizaba esa lengua. Sin embargo, no le hice ninguna pregunta, me limité a sonreír y a emocionarme tanto como los demás.

Más tarde oímos hablar de este misterio en repetidas ocasiones. A mi tío abuelo le gustaba contarlo y siempre lo hacía con tanto entusiasmo como la primera vez.

¿Qué es entonces el misterio del eterno retorno?

«Nietzsche se equivocaba», nos explicaba Fernando, «porque pensaba que todo se repetirá un día tal y como una vez lo vivimos, y que seguirá repitiéndose eternamente. Eso implicaría que Hitler y Stalin volverían constantemente a la escena histórica, y que seguirían asesinando a personas inocentes eternamente. Pero Shoshana pone el misterio del eterno retorno bajo una perspectiva completamente distinta. Ella sostiene que en un universo perfecto, a las personas siempre se les concede la oportunidad de vivir una nueva vida que pueden modelar no conforme a como han sido sus vidas anteriores, sino a como deberían haber sido. Por eso las personas, de tanto en tanto, regresan a la tierra y tienen la posibilidad de vivir un nuevo ciclo ya sea en un cuerpo o en otro. En otras palabras, todos vivimos varias vidas humanas distintas».

¿Creía yo en eso?

Por supuesto. Ciertamente no tenía la menor idea de quién era el tal Nietzsche ni de qué había afirmado. Pero cada palabra que salía de los labios de mi tío abuelo era para mí una verdad. Nunca se me pasó por la cabeza dudar del menor detalle de sus relatos. Al fin y al cabo, mi tío abuelo era el modelo masculino que me había proporcionado los conocimientos más valiosos de mi temprana infancia.

Y, además, ¿quién puede demostrar que Nietzsche tenía razón o que el misterio del eterno retorno no es lo mismo que el principio de la reencarnación?

## **BARUJ MEÓN**

Tras habernos revelado el misterio del eterno retorno, el tío abuelo se volvió hacia mí y me puso la mano sobre la frente. Tenía la voz ronca de emoción y dijo que Shoshana Spinoza había insinuado que en una vida anterior yo había sido nuestro ancestro Baruj. Mi hermano Sasha lo escuchaba atentamente y me di cuenta enseguida de que sentía envidia. Cuando éramos pequeños siempre me tenía envidia porque, pese a que éramos gemelos y nos parecíamos como dos gotas de agua, éramos muy diferentes y esta diferencia hizo que al principio fuéramos un tormento el uno para el otro y más tarde un auténtico peligro.

Quizá las palabras de Fernando no fueran más que fantasías, pero su convincente modo de expresarse y el tono agradable de su voz me produjeron una sensación de bienestar. Empezaron a temblarme las piernas y tuve una experiencia mística. De pronto me pareció no pesar nada y sentí que Baruj existía en mis tejidos, en mi sangre y en mi cerebro.

Esa noche soñé que era nuestro ancestro Baruj y que alzaba la pesada espada del rey Alfonso Enríquez en el campo de batalla en Galicia, infundiendo terror en los soldados del enemigo, que caían de rodillas rogando clemencia. Los orgullosos caballeros portugueses me admiraban por mi fuerza y yo saboreaba la dulzura del triunfo, mientras me recorría una ola de calor.

De pronto abrí los ojos y me di cuenta de que me había hecho pis. El corazón se me



aceleró y sentí vergüenza. También Sasha se despertó y enseguida descubrió que la cama estaba mojada. Montó en cólera y me llamó Baruj meón, hijo de puta, cerdo y guarro, para después escupirme en la cara. Mientras la espuma blanca del pegajoso escupitajo se deslizaba por mi mejilla izquierda, Sasha me amenazó con pegarme una paliza por haber mojado su parte de la cama y con contar a todo el mundo que me había meado encima. Dijo que eso ahuyentaría a mis amigos y que nadie querría volver a jugar a conmigo. Me sentí terriblemente humillado.

Ese momento se grabó para siempre en mi memoria. Todavía puedo oír los insultos de Sasha en mis oídos, de forma clara y distinta, y veo su expresión de desprecio. Mi hermano nunca entendió el poder que tenían sobre mí sus palabras. Durante años me atormentó la aterradora idea de que Sasha pudiera decir algo humillante, prejuicioso y despectivo sobre mí, y de perder a mis amigos y quedarme fuera, condenado a una eterna soledad.

Todavía tiemblo al escribir estas líneas.

## **EL ASESINATO DE KENNEDY**

La abuela siempre atosigaba al abuelo con preguntas. Lo que le preguntaba con más frecuencia era si la estaba escuchando y si le importaba lo que le decía. Al abuelo no le gustaba la abuela. Llevaba sin gustarle los cuarenta y cinco años de matrimonio y en su opinión no habían tenido un solo instante de felicidad. Consideraba que eran dos presos de por vida, encadenados por el destino. A veces reflexionaba sobre la breve ebriedad del amor pasional. Se preguntaba lo que habría pasado si nunca hubiera conocido a aquella hermosa chica del vestido de lunares rojos durante un viaje en barco por el Danubio aquel cálido domingo del verano de 1918. Sin duda habría sido mucho mejor para él. Cuántas tristes disputas, cuántos momentos deprimentes, cuántas palabras de desprecio se habría ahorrado. Pero ya era demasiado tarde para cambiar su vida. Por eso siempre respondía a mi abuela hecho una furia y le decía que no le importaba nada lo que ella tuviera que decir. Pero mi abuela no era de las que se resignaban. Como pertenecía a una clase testaruda a la que no convenía contradecir, constantemente repetía la pregunta y su insistencia sacaba al abuelo de sus casillas. De este modo, la abuela se convirtió en la fuente de tormentos e irritaciones de la vida cotidiana del abuelo.

¿Dónde estabas cuando asesinaron a Kennedy? Apenas debe de haber nadie que tuviera más de diez años en noviembre de 1963 y que a día de hoy no sepa decir qué estaba haciendo cuando recibió la noticia del asesinato del presidente norteamericano.

Yo me encontraba en el dormitorio, sentado en una silla a la vera del abuelo, que guardaba cama porque tenía fuertes dolores en el pecho. Estábamos escuchando la radio. La orquesta sinfónica de Viena, dirigida por Willi Boskovsky, interpretaba las *Rapsodias húngaras* de Franz Liszt. De pronto interrumpieron la emisión con la dramática noticia procedente de Dallas.

Yo no le concedí la menor importancia al asesinato del presidente de Estados Unidos, pero el abuelo se quedó estupefacto, estaba muy asustado. Se llevó la mano al pecho y le pregunté: «¿Qué pasa, abuelo? ¿Te duele algo?».

Respondió sin vacilación: «La vida».

Un par de meses más tarde discutí el asunto con mi tío abuelo. Él rechazó la idea de que la muerte de Kennedy hubiera causado tanta impresión en mi abuelo, puesto que al fin

y al cabo no se conocían.

En su lugar me dio una lección inspirada, muy pasional y arrebatadora sobre cómo puede leerse el destino de una persona y de su familia en la línea de la vida de su mano, porque allí se ve todo claro y cristalino. Afirmó que aquello era toda una ciencia y que su importancia y su capacidad de predecir el futuro no hacían sino aumentar.

Según esto, en el mismo momento en que la radio informaba de que Kennedy había sido asesinado, el abuelo debió de ver, en una de las líneas de su mano, el día y la hora de su propia muerte.

«Pero no fue la premonición de su muerte inminente lo que lo deprimió», me explicó Fernando, «sino el miedo a que la vida no tenga ningún sentido si resulta que al morir el perecedero polvo del cuerpo, también mueren el pasado, el presente y el futuro, la conciencia y la intuición, y todo lo que constituye la esencia más íntima del ser humano».

## **UTOPIÁS Y HERENCIA FAMILIAR**

A pesar de que por lo general mi abuelo no se llevaba bien con la vida, tampoco tenía por costumbre quejarse. Ciertamente su concepción de la vida era todo menos liviana y a veces asomaba tras sus palabras una visión del mundo tan negra y angustiosa como la de Kafka o Beckett.

«Las más bellas utopías», solía decir resumiendo su experiencia vital, «deben quedarse sobre la mesa de dibujo. Las pocas veces que se llevan a cabo, tienen la trágica tendencia de transformarse rápidamente en lo contrario de lo que eran en un principio».

A mi abuelo le parecía indigno compadecerse de sí mismo. «Cualquier idiota», solía decir, «es capaz de sentirse infeliz con su vida».

La única vez que lo oí quejarse de su suerte fue aquel frío día de noviembre en el que el cerebro del presidente norteamericano acabó en el regazo de su mujer Jackie. Cuando en la radio empezaron a sonar de nuevo las *Rapsodias húngaras* de Liszt, mi abuelo se incorporó en la cama, se reajustó el braguero, se acercó al ropero y sacó una ajada maleta repleta de textos manuscritos y documentos viejos. A continuación dijo como de pasada que deseaba que yo leyera después aquellos papeles, y creo que se refería a después de su muerte. Las palabras del abuelo estuvieron marcadas por una simulada indiferencia que intentaba ocultar su dolor, cuando añadió que se arrepentía de muchas de las elecciones que había hecho en su vida, pero que su gran decepción había sido no heredar la gran nariz de su abuelo paterno.

Una descomunal nariz se transmitía de generación en generación a algunos miembros de nuestra familia. Pese a que se trataba de una nariz realmente fea, daba la impresión de que los niños que nacían con ella eran los favoritos del destino. Siempre disfrutaban de una suerte fuera de lo común y tenían éxito en todo lo que emprendían; aunque, extrañamente, todos ellos sufrieron una muerte trágica.

## **EL TESTAMENTO**

Una semana después de la muerte del abuelo, toda la familia se reunió en nuestra casa para la lectura del testamento. Era la primera vez en muchos años que nos juntábamos todos. Mi padre y la tía Ilona estaban peleados, y ella se había distanciado muchísimo del resto de la familia. El tío Carlo se había ido de Hungría durante la insurrección popular de

1956, cuando durante algunos días bandas armadas recorrieron las calles a la caza de comunistas, convirtiendo la sangre y la violencia en algo cotidiano para los habitantes de Budapest. Había tenido miedo de que alguien lo reconociera y de que aquella chusma vengativa lo linchara por haber trabajado en la AVH, más aún, por haber sido un oficial superior de la policía secreta, que había torturado y asesinado con sus propias manos a personas a las que el régimen de Rákosi había acusado de fascistas y criminales de guerra.

Los ánimos estaban muy distendidos y aquello parecía más un bautizo que una reunión para honrar a un querido familiar fallecido. Mi madre servía café y pasteles de la pastelería del Café Gerbeaud.

Todo el mundo estaba entusiasmado por el lujo que suponía poderse deleitar con esos deliciosos y costosos pasteles en un tiempo marcado por la austeridad.

Aquel día el pastelero debía de haberse superado a sí mismo, porque el tío Carlo, que vivía en Viena y podía disfrutar del producto original de la pastelería Sacher, sentenció, con la seguridad del supuesto entendido, que estaba convencido de que Gerbeaud hacía la mejor tarta Sacher del mundo. Añadió que le resultaba consolador ver que los comunistas, que tan eficientemente habían arrasado el país, no habían sido capaces de destruir la exquisita y reconocida tradición pastelera húngara. Todos se rieron salvo la abuela, a la que nunca le había gustado el sentido del humor de su hijo menor. También los niños nos reímos, pese a que no teníamos nada con lo que comparar. Los dulces eran una rareza en nuestra casa y era la segunda vez en mi vida que tenía la fortuna de probar aquellos deliciosos pasteles de Gerbeaud de tan desorbitados precios.

El ambiente relajado se tensó de pronto cuando llegó el momento de anunciar la última voluntad del abuelo. Todo el mundo clavó la vista en mi padre, que se había autoproclamado nuevo *pater familias*, cuando abrió lentamente el sobre que contenía el testamento. De tanto en tanto, la tía Ilona y el tío Carlo giraban la cabeza y echaban una mirada a la abuela, que estaba sentada al fondo de la habitación. Parecía nerviosa. Resoplaba y mostraba abiertamente su disgusto por la reunión. Probablemente estaba abrumada por las circunstancias, por el hecho de que mi abuelo hubiera dejado un testamento en manos de mi padre sin su conocimiento.

Aquel papel amarillento lo contenía todo: mencionaba quién heredaba qué de entre los escasos bienes de mi abuelo y además expresaba sus deseos referentes al entierro. Todo en seis líneas y un breve *post scriptum* donde pedía perdón por haber dejado tan poco.

La ropa y los zapatos quería que los quemaran. El reloj de pulsera, lo único valioso que poseía, se lo dejó a mi hermano Sasha. A mí me tocó la cochambrosa maleta repleta de todo tipo de papeles. La alianza, decía, había querido devolvérsela muchas veces a la abuela y por fin era suya. Por último subrayaba que no quería que lo enterraran en un cementerio judío. Una vez muerto, ya no quería ser judío.

Mi padre dejó a un lado el testamento. Nadie dijo una sola palabra durante casi un minuto. Estaba claro que mi padre y sus hermanos estaban decepcionados. No porque mi abuelo no les hubiera dejado nada, sino porque ni siquiera los mencionaba. La certeza de que su padre no los quería fue un demonio que los hijos de mi abuelo nunca pudieron conjurar y que reapareció una y otra vez en su vida.

En la expresión de mi padre no se percibían indicios de fuertes sentimientos. Era un maestro en el arte de mostrar un rostro impasible. El tío Carlo se levantó, echó la silla hacia atrás, dio unos pasos al frente, se quedó parado, miró a su alrededor y constató que, tras ocho años de exilio, al menos merecía la pena volver a Hungría por los deliciosos pasteles de Gerbeaud. La tía Ilona tenía problemas para controlar sus sentimientos. Empezó a

farfullar sobre que el único recuerdo que tenía de su padre era verlo siempre regañando, amenazando e ironizando sobre sus hijos, pero luego se mordió el labio y calló. Al final se sobrepuso y se bebió un vaso de agua, para calmar su corazón y recuperar la compostura. «La vida es dura», sentenció con nostalgia. «Pero no hay que tomarse las cosas demasiado a pecho. De todos modos, este testamento no tiene ningún valor».

En cierto sentido la tía Ilona tenía razón. El testamento del abuelo resultó ser superfluo. El destino, que siempre había maltratado al abuelo, quiso una vez más algo distinto de lo que él había deseado.

El mismo día que murió, la abuela había vendido su ropa en un mercadillo del barrio. El reloj de pulsera, el abuelo nos lo había prometido tanto a Sasha como a mí. Solía susurrarnos lo mismo al oído: «Tú eres el mejor de los chicos, así que heredarás el Doxa de oro». Por eso a mí me pareció de justicia que nunca llegara a manos de mi hermano. Mi abuela empeñó de inmediato el reloj junto con la alianza, y luego tiró el recibo, no veía ninguna razón para mostrar consideración.

Ni siquiera el último deseo de mi abuelo se pudo cumplir. Al día siguiente de su fallecimiento lo enterraron al fondo del cementerio judío porque mi abuela había descubierto que era lo más barato.

## **LA MALETA**

De ese modo acabé siendo el único que recibió algo del abuelo. Pero no me apresuré a abrir la pequeña maleta, creía saber lo que contenía. A veces había visto al abuelo hacer anotaciones en un cuaderno azul, pero no me interesaba por aquellos escritos.

Mi padre se hizo cargo de la maleta y durante treinta años nadie la tocó. Tras la muerte de mi madre y poco antes de suicidarse, mi padre me la entregó. Entonces abrí la maleta y comprendí lo equivocado que había estado durante todos aquellos años.

La maleta no contenía las anotaciones del abuelo. Estaba llena de todo tipo de documentos históricos sobre la familia Spinoza, muchos de ellos difíciles de interpretar e imposibles de valorar. Me encontré un enorme batiburrillo de cartas, diarios de diversos siglos, partidas de nacimiento, testamentos, acuerdos y repartos de bienes, además de un montón de papeles sin clasificar. Debajo de todos los demás documentos había un libro guardado en un sobre marrón lleno de manchas. Resultó ser la obra secreta de mi lejano ancestro el filósofo Benjamin Spinoza, *El elixir de la inmortalidad*.

Más de la mitad de las hojas del cuaderno azul del abuelo estaban arrancadas. La única anotación que había rezaba: «¿Cómo tratar con el pasado, con todo aquello que empalidece y se va? Con los recuerdos que implacablemente desaparecen en el tiempo y que cada vez están menos claros, más difusos y transparentes. Algunas veces los recuerdos adquieren vida propia, se convierten en fantasías que se ponen en movimiento, se rodean de color, olor y sabor, de todas las características de lo sensible, y a la larga surge del pasado una realidad completamente distinta, un pasado que nunca existió, pero que aun así vive en las claras imágenes del recuerdo, quizá con más claridad que los recuerdos reales».

## **¿QUÉ ES LA VERDAD?**

Mi nombre es Ari y soy el último de la larga línea familiar de los Spinoza. Nuestro árbol genealógico no tiene más ramas masculinas y cuando yo desaparezca dentro de unos

meses, así lo ha pronosticado el médico, esta saga familiar alcanzará su merecido final. Estoy ingresado en un hospital, mi destino está sellado y los recuerdos se me agolpan. Todas las reminiscencias que yo creía empalidecidas se han puesto ahora en movimiento, viven su propia vida y a partir de ellas surge el pasado, nuestro pasado confuso y ambiguo.

¿En qué sentido es confuso y ambiguo nuestro pasado? Pondré un ejemplo inmediato. ¿Cómo murió Benjamin Spinoza, el filósofo?

En su primer libro, *Sueños de un visionario*, Immanuel Kant afirma que se colgó de un manzano. Bertrand Russell, en cambio, cree que murió después de romperse la cadera, mientras que Isaiah Berlin escribe en una carta a un colega israelí que se ahogó en el mar del Norte. Marx y Engels sostienen que murió en la cárcel. Lo mismo pensaba Lenin, que además afirmaba que la Inquisición lo torturó hasta la muerte.

¿Cuál de estos pensadores conocía la verdad?

«La verdad», solía decir mi tío abuelo, «es que nunca ha habido nada parecido a una sola verdad. Hay muchas verdades, verdades que se cuestionan mutuamente, se desafían y están ciegas para las demás».

En verdad, ¿quién puede afirmar y demostrar que alguno de estos pensadores se equivocaba, que todo lo que sostuvieron no ocurrió al mismo tiempo y que Benjamin no murió en realidad de todas estas maneras?

¿Quién puede garantizar que la historia es una y unívoca?

## **2. El médico de cabecera del rey**

## UN COMETA CON DOS COLAS

En nuestra familia había una leyenda que a mi hermano Sasha y a mí nos encantaba cuando éramos pequeños, cuando el mundo daba la impresión de estar abierto y desafiarnos con sus laberintos, y yo todavía era capaz de verlo con el optimismo de un niño. El hecho de que nunca me cansara de escuchar esta leyenda se debe sobre todo a que mi tío abuelo tenía un enorme talento como narrador. Con unas pocas palabras bien escogidas, acompañadas de gestos teatrales, conseguía evocar la historia medieval de la Península Ibérica con sus sangrientas batallas, sus terribles soberanos, sus hipócritas curas y sus intrigantes nobles. Según esta leyenda, de la que mi tío abuelo se servía para insuflar vida a los primeros episodios de nuestra familia, la historia de los Spinoza comenzó hace treinta y seis generaciones en la pequeña ciudad de Espinosa, un lugar provinciano, aislado y paralizado por la servidumbre, situado en León, cerca de la ciudad de Burgos.

El rabino de Espinosa se llamaba Judah Halevi. Era un hombre de ojos oscuros e inteligentes y de rasgos finos. Como la mayoría de los servidores del Señor, tenía las manos suaves y bien formadas porque, en vez de realizar trabajos físicos, dedicaba su vida al estudio de los textos sagrados. Era un gran erudito, de modo que no en vano se había inclinado día tras día sobre su desvencijado pupitre de lectura, hasta el punto de que tenía la espalda prematuramente encorvada. Los judíos de Espinosa y sus alrededores lo tenían en gran estima no sólo por su sabiduría, sino también por su buen humor. Siempre bromeaba con todo el mundo y hacía reír a los pobres y a los enfermos, consiguiendo que por un rato olvidaran sus problemas. Era evidente que tenía una visión esperanzada de la vida y que confiaba en que el mundo era la morada del bien.

Judit, la esposa del rabino, era hija de un zapatero que sólo tenía dos dedos en la mano derecha y el oído muy mermado. Murió aún joven de disentería y no dejó más herencia que el timbre poético de su apellido galo: de Narbonne. Pero a Judah no le importó que Judit careciera de dote, se casó con ella porque estaba profundamente enamorado. Aquello hizo que muchos arquearan las cejas, no sólo porque se había esperado que Judah se casara con la hija del comerciante más rico de la ciudad, sino sobre todo porque el amor no era un fenómeno especialmente respetado ni conocido en esa parte del mundo.

Judah y Judit se parecían. Se percibía entre ellos una sintonía interior, una capacidad para seguir los pensamientos del otro y para entregarse a los mismos impulsos. A menudo se cogían las manos por encima de la mesa y se tocaban las yemas de los dedos, sólo por el gusto de hacerlo. En cierto sentido, tenían la sensación de que eso de pertenecer el uno al otro era una obviedad que subyacía al orden de las cosas.

Judah solía decir: «Una parte de mi interior se encontraba en Judit y la otra parte quería reunirse con ella».

Judit se quedó embarazada el verano posterior a la boda y en primavera dio a luz una hija a la que llamaron Edita. Pero la niña nació con el cráneo deformado y murió a los cuatro días. Un año más tarde, Judit dio a luz un niño, que tampoco vivió más de cuatro días. La madre lloraba desconsolada y Judah intentaba animarla con picantes anécdotas de la Torá.

Al quinto año volvió a dar a luz a un varón. Al mismo tiempo que la criatura tomaba su primera bocanada de aire y berreaba su tributo a la vida, Judit tomaba la última.

«Se ha desangrado», constató la matrona, que, a pesar de su larga experiencia,

aquella mañana no había podido sacar partido a sus conocimientos.

Al oír que Judit había muerto, Judah empalideció. Un sudor frío empezó a correr por su cuerpo y se sintió desesperado. Al mismo tiempo estaba aturdido: a la vez que lloraba la muerte de su esposa, tenía ganas de reír de alegría porque por fin se le había concedido la gracia de tener un hijo.

«He perdido a mi amada esposa», murmuró en un tono apenas audible, «que era la mejor que había en el mundo. Nunca volveré a ver su hermoso rostro». Alzó la vista hacia el cielo y elevó la voz: «Ay, Señor, ¿qué mal he cometido? ¿Por qué me castigas con tanta dureza? ¿Por qué me has arrebatado a Judit?».

El cielo permaneció mudo. Judah sabía perfectamente que nunca obtendría una respuesta porque comprendía el misterio del silencio: allá donde se encuentra el Todopoderoso, reinan el silencio absoluto, la luz bendita y la eternidad. Aun así, lo que más deseaba en aquel momento era una respuesta.

La matrona le trajo al recién nacido, que era peludo como un oso, y Judah la miró desconcertado, incapaz de pronunciar palabra. Evidentemente ella le leyó los pensamientos porque enseguida intentó consolarlo mencionando el cometa que había aparecido en el cielo la noche anterior.

—Ha nacido con pelo por todo el cuerpo —dijo—. Querido rabino, no hace falta que te recuerde lo que pone en nuestros libros sagrados. Aquel que nace peludo, realiza grandes cosas en la vida. Y el cometa indica además que tu niño acabará sirviendo a un rey.

Judah echó un vistazo al niño y descubrió con horror que tenía una nariz descomunal.

—Pobre niño —susurró.

Tenía miedo de que a su hijo le pasara algo malo y lo estudió con preocupación, pero no encontró más motivos para inquietarse que la enorme cantidad de pelo y la gigantesca nariz.

Quizá por mera amabilidad y con la certeza que le había dado la experiencia de que para expresar las grandes cosas lo mejor era recurrir a la sencillez, la matrona pronunció entonces unas palabras que infundieron en el rabino la sensación de que había presenciado un milagro:

—El Todopoderoso te ha concedido el mayor de los regalos, un hijo bien formado.

Judah mudó el tono de voz:

—Mi pequeño tesoro, qué hermoso eres. Buen Dios, qué agradecido te estoy por haberme dado un niño tan espléndido. Te llamarás Baruj, el bendito —añadió, y rompió a llorar.

La noche antes de que naciera Baruj Halevi —corría el año 1129—, un cometa con dos colas había iluminado el cielo de octubre. Pasó sinuoso por encima del sur de Europa como una llamarada azul. Al verlo, la gente caía de rodillas y rogaba clemencia a Dios. Los perros ladraban, las mujeres empezaban a menstruar, los tejados se desmoronaban, los gallos ponían huevos y las ratas se devoraban las unas a las otras. Un prominente obispo de Roma vio aterradoras siluetas que se acercaban por la cúpula celeste y creyó ser testigo de la llegada de los cuatro jinetes del Apocalipsis, los que traen consigo la guerra, el hambre, la peste y la muerte. El obispo encaneció de pronto, se quedó mudo y hubo que encerrarlo en un manicomio.

En el otoño de sus días, en los apacibles ratos que pasaba a primera hora de la mañana, Baruj tenía la sensación de oír una voz que le susurraba que el cometa de dos colas había anunciado el nacimiento de su estirpe.



## LA CONQUISTA DE LISBOA

A las tres de la tarde del 24 de octubre de 1147, se oyó por última vez la poderosa voz del muecín de la mezquita más grande de Lisboa: «*Allahu akbar*». El muecín no pudo terminar la llamada porque un afanoso cruzado de las tropas anglonormandas que se había lanzado escaleras arriba, irrumpió en el minarete y le cortó sin más la cabeza al viejo árabe. Aquello marcó el final de los cuatro meses de sangriento asedio de la ciudad. Los moros capitularon sin condiciones. El catolicismo había triunfado. Los heraldos anunciaron que todos los soldados tenían permiso para saquear y reunir un botín de guerra conforme a las costumbres usuales, salvo por lo que le correspondía al rey Alfonso Enríquez, conquistador de Lisboa. Los gritos de alegría resonaron por toda la ciudad. Un nuevo reino estaba a punto de nacer.

El clérigo inglés Osbernus escribió unas crónicas en latín sobre estos acontecimientos, que se reunieron bajo el título *De expugnatione Lyxbonensi* (Sobre la conquista de Lisboa).

Mi tío abuelo otorgaba a Osbernus una serie de cualidades, todas ellas desfavorables excepto una. Lo que tenía de positivo es otra historia que contaré más adelante. Fernando nos explicó a Sasha y a mí que, a pesar de sus orígenes extranjeros, Osbernus gozaba de una fuerte posición en la corte portuguesa gracias a su astucia. Por medio de sus incontables cantos laudatorios sobre el arrojo del rey, había conseguido halagar la vanidad de Alfonso Enríquez y ganarse su favor. Además, el clérigo mantenía silencio sobre sus orígenes: en vez de alardear sobre sus altos protectores, como era habitual en aquellos tiempos, se limitaba a insinuar que mantenía contactos secretos con quienes ostentaban el poder en Londres.

En opinión de Fernando, la descripción de Osbernus de la conquista de Lisboa era pomposa, exagerada y excesivamente heroica. Sostenía que el clérigo inglés proporcionaba una imagen falsa de la naturaleza de los cruzados, que aparecían en sus crónicas como hombres valientes, rectos y de buen corazón que luchaban por la doctrina de Cristo, cuando en realidad eran mercenarios sin honor, dispuestos a matar a cualquiera por un pedazo de carne.

«La reconquista de la Península Ibérica no fue en absoluto una lucha de la cristiandad contra la barbarie del Islam ni una batalla por la paz», sostenía mi tío abuelo. «Fue una auténtica guerra de bandidos cuyo objetivo era asesinar a los moros, exterminar su cultura y saquear sus riquezas».

Mi tío abuelo no tenía pelos en la lengua al hablar de Alfonso Enríquez, fundador de Portugal y primer rey del país, a quien calificaba de tirano sanguinario. Para picar nuestra curiosidad —no sabía que a mi abuela le disgustaba que se mencionara el tema y que por eso mi hermano y yo lo escuchábamos con mayor atención aún—, Fernando nos hablaba a veces de los refinados métodos de tortura que aplicaba el rey sobre su pueblo. Yo encontraba casi inconcebible que aquel soberano torturara hasta la muerte a leales servidores como si hubieran sido feroces enemigos. Mi tío abuelo lo contaba con tal emoción y conocimiento de causa —o quizá fuera por el fragor de su mirada—, que durante mucho tiempo creí que él mismo se había enfrentado a Alfonso Enríquez y había estado a punto de perder la vida en las oscuras mazmorras del palacio real.

Mucho más adelante en la vida, cuando obtuve una visión más clara del estado de

las cosas, comprendí que mi tío abuelo no podía haber leído las crónicas de Osbernus, puesto que la primera traducción del original en latín a otra lengua vio la luz un par de años después de su muerte.

## **LA PROMESA DE MOISÉS**

Un año después de la conquista de Lisboa, Baruj Halevi, el hijo del rabino, tuvo una de las visiones más extrañas de su joven vida. Por la tarde se sentó a descansar a la sombra de un ciprés junto al camino, que estaba desierto a causa del calor. Se adormiló y al cabo de un rato lo despertó una mosca que paseaba por su cara. Entonces descubrió a un anciano caminante que se acercaba desde la dirección de Salamanca. El hombre avanzaba despacio, encorvado hacia delante, apoyándose en una rama a modo de bastón y arrastrando los pies. El polvo le cubría el rostro y tenía la barba blanca alborotada por el viento. Bajo el brazo izquierdo llevaba dos pesadas tablas de piedra.

Baruj alzó la mano en forma de saludo y el viejo peregrino se detuvo a un metro de distancia. Cuando el viejo lo miró, Baruj sintió que le ardía la piel. El caminante estudió la cara seria, casi apesadumbrada del joven, como para asegurarse de que se trataba de la persona correcta, y luego le preguntó:

—¿Eres Baruj, hijo del rabino Judah, el bendito?

Baruj asintió.

—Escucha bien lo que tengo que decirte —continuó el hombre inclinándose hacia delante de modo que su arrugado rostro quedó muy cerca del joven.

Baruj sintió el cálido aliento del viejo y vio el interior de sus abismales ojos oscuros.

—Soy Moisés, el profeta de los judíos. Cada mil años regreso a la tierra para transmitir la voluntad del Señor. Que seas o no creyente me es indiferente. Simplemente tienes que seguir mis palabras. Mañana abandonarás la casa de tu padre y te encaminarás hacia el oeste. El Señor quiere que conozcas el mundo. Tu viaje será largo y te verás sometido a muchas pruebas, pero las superarás todas. Siempre que mantengas tu parte del pacto, el Señor mantendrá la suya. Te preguntarás qué tienes que hacer. Has de cumplir los mandamientos grabados en mis tablas de piedra, vivir conforme a ellos y fundar una comunidad judía de la que saldrán grandes hombres y mujeres que conquistarán todos los rincones del mundo. Un día encontrarás el gran secreto, aquel que las personas llevan buscando desde el comienzo de los tiempos, y después tus hijos y tus nietos custodiarán este secreto durante mil años. Mientras tus descendientes cumplan con su deber, caminarán con la cabeza erguida entre las personas de la tierra y el Señor cuidará de ellos. Pero si alguno se enfrenta a la voluntad del Señor, tu estirpe será borrada de la faz de la tierra. ¿Lo has entendido? —El viejo lo repitió con insistencia—: ¿Lo has entendido?

La pregunta provocó una reacción infantil en Baruj, que, fiel a sus costumbres, respondió con otra pregunta:

—¿Qué pasará si me niego a abandonar a mi padre?

—Ya has oído mis palabras. —El rostro del viejo se endureció, tanto la voz como la entonación sonaron gélidos y se puso realmente amenazador—: Si te opones a la voluntad del Señor, tu estirpe será borrada de la faz de la tierra y tendrás que pasar el resto de tu miserable vida en Espinosa, ciego y sin hijos.

Baruj estaba desconcertado. ¿Serían ciertas las palabras del viejo caminante?

¿Debía creer todas las extrañas cosas que acababa de oír? Pensó que debía pedir consejo a su padre, que invariablemente sabía lo que era verdad y lo que no, y que estaba siempre dispuesto a despejar cualquier duda innecesaria y a crear certeza en todo tipo de cuestiones.

Con toda su inocencia, Baruj respondió:

—Creo que primero tendré que hablar con mi padre y ver lo que dice...

El viejo lo interrumpió sin miramientos.

—Ni tú ni tus descendientes podréis nunca contarle una palabra de todo esto a nadie. Sólo el primogénito varón de cada generación será iniciado en el gran secreto. Ése es el pacto. El Todopoderoso ya te ha indicado el camino. Sométete a su voluntad.

—Pero ¿cuál es el gran secreto? Por favor, revélamelo. De lo contrario...

—Descubrirás el secreto, ya lo verás. Lo descubrirás cuando llegue el momento.

El viejo no dijo más y siguió su camino. A Baruj le pareció que iba más lento que una tortuga coja, tardó mucho tiempo en desaparecer tras la loma de una colina.

Entretanto Baruj casi no se atrevía a respirar. Todo estaba en calma a su alrededor, no corría ni un soplo de aire. El calor era insoportable. De pronto empezó a dolerle la cabeza y un oscuro temor se abrió paso desde su interior. Se sentía confuso y no conseguía pensar con claridad. ¿El viejo de las tablas de piedra sería realmente Moisés? ¿O sería el demonio que se había apoderado del frágil cuerpo del viejo para apartarlo a él de su padre? Inspiró profundamente un par de veces y pensó en Judah. Baruj siempre había sido un hijo bueno y obediente, que nunca le había ocultado nada a su padre ni se había guardado secretos. Tenía muchas ganas de volver corriendo a casa y hablarle de aquel extraño encuentro, pero comprendía que en tal caso expondría a su padre a un grave peligro. Cabía la posibilidad de que las palabras del viejo fueran verdaderas y en tal caso su estirpe sería borrada de la faz de la tierra para siempre.

Cuando empezó a atardecer, Baruj ya no albergaba dudas. Estaba convencido de que el viejo que le había hablado era Moisés. Comprendía que lo mejor era seguir las palabras del profeta y marcharse de Espinosa. Hacía ya un tiempo que sentía deseos de abandonar su hogar, de escapar de los días monótonos que cada vez se parecían más. Estaba listo para despertar del letargo de la madriguera y abandonar la casa paterna.

Esa noche se acostó temprano y estuvo rezando en voz baja hasta que lo venció el sueño. En medio de la noche le pareció que una luz cegadora iluminaba la habitación y oyó al profeta repetir que tenía que dejar su casa y que así sus descendientes serían hombres libres durante mil años. Baruj empezó a distinguir su vocación y sus posibilidades de futuro con tal claridad que casi tuvo la sensación de poder tocarlas.

## **LA RUPTURA**

A pesar de los temores que lo atenazaban, al día siguiente Baruj explicó a su padre sin rodeos que había tenido un sueño extraño y fascinante, que quería seguirlo y que por eso tenía que abandonar de inmediato su casa y partir hacia el oeste. Cuando el padre le preguntó de qué trataba el sueño, Baruj se sonrojó hasta las orejas y empezó a tartamudear. Por un momento lo embargó el demonio de la duda de sí mismo y estuvo a punto de echarse atrás y quedar encadenado para siempre a la recóndita Espinosa, atado inexorablemente a su padre de por vida. Entonces se pasó los dedos de la mano derecha sobre el vello de su barbilla de adolescente e intentó reunir valor. Tengo que ser leal a mi vida, pensó y, por causas desconocidas para él, respondió que el sueño trataba de un viaje a

Lisboa.

Judah Halevi observó a su hijo. En el indeciso muchacho de diecinueve años reconocía al inquieto joven del pueblo de Gayonga que había sido él mismo cuando le tocó plantarse ante su padre para explicarle que no quería seguir la tradición familiar y hacerse sastre, sino abandonar el hogar e irse a estudiar a Espinosa para ser rabino. Entonces cayó en la cuenta de que Baruj, un eterno soñador que hasta entonces únicamente se había interesado por las plantas, no sólo carecía de toda habilidad práctica, sino también de experiencia de mundo, que aún era un chiquillo y no un muchacho maduro camino de la vida adulta. Intentó convencer a su hijo de que no se marchara, al menos todavía, de que esperara como mínimo hasta después del Pesaj para que pudieran planear juntos un futuro para él, pero fue en vano. Al final, por su propia paz y por el bien de su hijo, no vio otra salida que apelar a los sentimientos de Baruj.

—Si realmente respetas a tu padre, que ha dedicado su vida a criarte solo, te quedarás en Espinosa —dijo Judah.

—Tendrás que soportar mi traición porque he de romper con esto, abandonarte y dejar de ser una carga para ti. Sé que eres un hombre paciente y tu amor hacia mí me colma y me desborda el corazón. Pero he visto una luz maravillosa y tengo que dejar que este rayo de luz me oriente al encuentro de mi futuro.

A Baruj le sorprendieron sus propias palabras. No sabía de dónde salían, pero le vinieron con asombrosa facilidad cuando las precisó. Y nada de lo que había vivido hasta entonces era comparable con la expectante claridad, la sensación de exaltada seriedad que lo embargaba en aquellos momentos. Baruj observó la cara de su padre y de pronto supo que él lo entendía.

Unas horas más tarde, los amigos y vecinos del rabino acudieron a su casa y celebraron una pequeña sesión de plegarias. Pronunciaron varios bellos salmos y todos rogaron al Todopoderoso que vigilara y protegiera al muchacho con paternal indulgencia.

El padre acarició a Baruj en la cabeza y le pidió que siguiera siendo un buen judío, que respetara el sabbat y que usara sus filacterias. Después recordó a su hijo que no es la prenda de la cabeza la que hace al judío y citó un breve pasaje del Talmud en arameo. A continuación explicó que se trataba del atávico consejo de los sabios rabinos a los muchachos que se encaminan al encuentro con la vida: has de estar preparado para enfrentarte a muchas duras pruebas, pero siempre que muestres compasión hacia los débiles podrás vivir sin miedo a los fuertes.

Las últimas palabras que Baruj oyó pronunciar a su padre fueron: «Si alguien te tira una piedra, debes responderle ofreciéndole pan».

El padre dio a Baruj un beso de despedida con su boca arrugada, lo abrazó y lo mantuvo pegado a su cuerpo como si no quisiera soltarlo nunca. A Baruj le apenaba la ruptura, sobre todo le dolía ver los hombros hundidos de su padre, su espalda encorvada y la cara empapada en lágrimas. Al mismo tiempo sentía que no tenía otra opción. Su futuro ya estaba decidido, aunque aún permaneciera oculto en una noche impenetrable. Se marchó con paso decidido y no se detuvo hasta llegar al viejo roble que se erguía sobre un alto a las afueras de la ciudad. Allí se dio la vuelta y echó una última mirada a Espinosa, que, desde la altura, le pareció una ciudad pequeña e insignificante.

Durante veinte días Baruj siguió el curso de un río en dirección a Lisboa. Caminó por ondulantes bosques de hayas y sombreados valles que olían a flores silvestres, y cruzó juguetones riachuelos y espumosos ríos. Con los ojos abiertos de par en par siguió el batir de alas de los pájaros entre los troncos de los árboles y observó la agotadora labor de los

escarabajos y las hormigas en el musgo. Sentía una ávida curiosidad por el fantástico mundo que veía y todo el rato intentaba pensar qué hacer con su joven vida. Saciaba la sed en el río y el pan se lo compraba a los campesinos, que con frecuencia se mostraban insolentes y soberbios. En cuanto se daban cuenta de que Baruj era judío, lo trataban como a un repulsivo monstruo de los bosques y le conminaban a mantenerse a distancia. En un claro del bosque disparó una flecha a un conejo y se llevó una inesperada alegría cuando el animal de ágiles patas la esquivó. Iba recogiendo plantas medicinales como le había enseñado una vecina que había sido como una madre para él. La mujer había pasado su infancia viajando por Castilla y León junto con su padre, que se ganaba la vida vendiendo medicinas y brebajes milagrosos. Varias veces Baruj se desorientó en la oscuridad de la noche y acabó no sabiendo dónde se encontraba. En una ocasión preguntó a un campesino por el camino hacia Lisboa, pero el hombre era un mentiroso y lo mandó en dirección contraria. Baruj se enfadó al descubrir el engaño, pero la mayor parte del tiempo gozaba de un peculiar sentimiento de libertad.

Los últimos tres días del viaje fueron como una caminata por una larga cuesta arriba con el viento en contra. Pero por fin, agotado y sin embargo rebosante de alegría, Baruj llegó a Lisboa. Le dolían las piernas y tenía los músculos de la espalda entumecidos, aunque no tardó en olvidar su cansancio. Los rayos de sol de la mañana se abrían paso por el centro de la ciudad, iluminando las altas copas de las honorables palmeras. Las paredes del color de la tierra de Umbría relumbraban calladamente bajo el cielo azul. En el momento en que atravesaba la puerta de la ciudad, el corazón de Baruj empezó a latir con fuerza. Vio mujeres que venían de la plaza con las cestas llenas de verduras, algunos mendigos insistentes, un niño con una sola pierna que yacía en el suelo, un hombre que tiraba de una vaca escuálida, flacos artesanos que cargaban con pesadas piedras, comerciantes que regateaban con vendedores ambulantes, monjes, borrachos y soldados, y de una fragua oyó salir sonoras maldiciones. La ciudad era un hormiguero de vida y parecía al menos diez veces mayor que su ciudad natal. Baruj estaba tan aturdido que casi no notó que chocaba con un guardia que custodiaba una casa mora. El hombre se enfadó y le gritó:

—Miserable, ¿quién te has creído que eres?

El guardia le exigió una disculpa y le preguntó su nombre. Baruj se quedó mudo por un momento, mirando interrogante al guardia, que, cada vez más irritado, le dio un empujón en el pecho que a punto estuvo de derribarlo. Al final el muchacho respondió:

—Baruj de Espinosa.

## **CON EL COLÉRICO HERRERO**

Esa misma tarde, Baruj consiguió un puesto de ayudante con el maestro herrero Martes, un hombre temido por su temperamento, pero respetado en amplios círculos por su habilidad profesional, puesto que no había nadie en todo el país capaz de forjar espadas tan resistentes como las suyas. La vida en la fragua era dura, el trabajo cansado, la comida escasa, y además Baruj vivía con miedo constante al maestro herrero, que con frecuencia soltaba una sarta de furiosas maldiciones. Por añadidura, Martes, un hombre grande, de bigote negro y manos enormes, sentía debilidad por el anís y al beber sufría súbitos ataques de cólera sin causa aparente y se convertía en un azote para su entorno. En esas ocasiones solía escoger un cabeza de turco entre sus ayudantes y después lo perseguía durante horas entre hipidos e insultos. A veces, la víctima también recibía fuertes patadas y puñetazos.

Baruj, que siempre había estado sobreprotegido por su padre, vivía la fragua como un pequeño infierno incandescente. Lo que más le pesaba era la enemistad y la desconfianza que dirigían hacia él. Al principio, cada vez que lo insultaban, pensaba que eran imaginaciones suyas, que había entendido mal porque no dominaba el dialecto de Lisboa o que sencillamente era muy susceptible y se equivocaba al pensar que los aprendices eran fríos con él. Sin embargo, con el paso del tiempo le quedó claro que a los demás les fastidiaba su presencia en la fragua y que se comportaban como un tribunal hostil. Apenas le dirigían la palabra, y, a todas luces, disfrutaban utilizando palabras hirientes y soltando comentarios despectivos en su presencia. Todo esto sucedía sin que llamara la atención. Baruj callaba y sufría puesto que no tenía a nadie a quien recurrir, y menos aún al herrero, que era de la opinión de que nadie tenía derecho a quejarse en la fragua a menos que se hubiera medio cortado la cabeza.

Uno de los jóvenes le dijo a Baruj que el cura que vivía al otro lado de la calle hacía jurar a todo el mundo que no mantendría trato con él, puesto que los judíos habían crucificado a Jesús.

«Tratadlo como a un leproso», sermoneaba el cura. «Aquel que se acerque a un judío, acabará en el infierno. La pobreza, la peste y la inmoralidad, todo eso que nos esclaviza en este mundo, es culpa de los judíos».

En aquella oscura época en la fragua, el único refugio y consuelo de Baruj fue la amistad con Raimundo, un aprendiz un año mayor que él que se había quedado huérfano muy pronto. El padre de Raimundo, que era diácono pero también hacía las veces de enterrador, había matado a su madre a palos porque ésta mantenía escandalosas relaciones amorosas con otros hombres —o al menos eso afirmaban los vecinos— y por eso había tenido que huir a Extremadura, donde murió en extrañas circunstancias al poco de llegar. Lo mató un toro asustado aplastándolo contra la verja de un cercado. Raimundo pensaba que la ley de Dios dictaba que quien derramara sangre, acabaría ahogado en la suya propia, pero Baruj no tenía opinión al respecto.

Raimundo era miope y entornaba con frecuencia los ojos, lo que le confería un aspecto misterioso. Tenía un rostro bello de rasgos finos y algo de pelusilla en el mentón. Era fuerte como un oso y podía levantar sin esfuerzo piedras que pesaban más de cien kilos. Al mismo tiempo era excepcionalmente ágil y podía andar diez metros sobre las manos con gran facilidad. Baruj admiraba enormemente a Raimundo. Los pilares de su amistad se fraguaron porque Raimundo nunca se unía a la jauría de lobos, más bien defendía a Baruj cuando lo atacaban. No cabía duda de que eso requería valor. Raimundo arriesgaba mucho y el hecho de que se pusiera de parte del judío molestó a muchos de los jóvenes de la fragua, de modo que acabó ganándose el desprecio de los demás y perdió a sus antiguos amigos.

Por las noches, cuando los aprendices se echaban a descansar en el oscuro sótano que apestaba a sudor y orina, Isidoro, el mayor de ellos, solía entretener a los demás contando fantásticas historias sobre sus aventuras con las mujeres más bellas de Lisboa. Los aprendices se deleitaban con aquellos relatos jugosos, aunque no del todo verídicos, y nunca tenían bastante. Sólo Raimundo y Baruj, que compartían un estrecho camastro, tenían en la cabeza algo distinto a los cuerpos de mujer con los que Isidoro nutría la exaltada imaginación de los demás. Los dos muchachos sintieron un particular anhelo crecer en ellos, un deseo que escapaba a su control, y cuando estaban seguros de que los demás se habían quedado dormidos, se acariciaban mutuamente los genitales. Raimundo iba siempre un paso por delante y llevaba las manos al pene de su amigo, que se dejaba

hacer encantado. Las tiernas caricias de su amigo hacían que Baruj olvidara por un momento la apesosa fragua.

Se habían prometido el uno al otro mantener el secreto entre ellos, pero no sabían que Isidoro a menudo simulaba estar dormido y los observaba a escondidas.

Un día le llegó a Raimundo el turno de despertar la irritación del maestro herrero. Martes llevaba toda la mañana bebiendo anís con dos comerciantes y el muchacho lo vio llegar tambaleándose a la fragua y caer redondo al suelo. Entonces ayudó al maestro a incorporarse, pero éste, en vez de darle las gracias, lo maldijo y anunció que sabía perfectamente lo que ocurría en el sótano por las noches. Después proclamó delante de todo el mundo que estaba harto de las guarradas de Raimundo y Baruj y que tenía ganas de hundir en la cloaca las cabezas del gandul y del judío en presencia de todos los demás, para deshonorarlos con toda su miseria. Raimundo se sintió humillado. Aunque le tenía tanto miedo al maestro como los otros, se dejó llevar por el amor propio y pidió a Martes que se callara y se echara un rato en la cama hasta que se le pasase la borrachera. Entonces el maestro le arrojó un pesado martillo. Por suerte el muchacho se agachó a tiempo y el martillo pasó unos centímetros por encima de su cabeza.

Esa noche, cuando todo el mundo se había acostado en la fragua, Raimundo susurró al oído de Baruj que estaba harto de que lo trataran como a un perro pulgoso y le propuso que huyeran del terrible maestro herrero y se enrolaran en el ejército. Baruj respondió que sí sin vacilación, porque estaba dispuesto a seguir a su amigo hasta el fin del mundo. Ambos se quitaron un gran peso de encima cuando, en medio de la noche, salieron a hurtadillas de la casa y abandonaron la fragua.

## **HACIA GALICIA**

Era una mañana de niebla y Lisboa estaba brumosa. Más animados de lo que habían estado en mucho tiempo, los dos amigos se presentaron en la plaza de armas para enrolarse en el ejército. El imponente físico de Raimundo hizo que lo aceptaran de inmediato. Pero el oficial, un auténtico fortachón con aire amenazador, resopló despectivamente al ver a Baruj, un chico pequeño e insignificante que lo único que tenía grande era la nariz, que en compensación era gigantesca. En cualquier caso no servía para soldado de infantería del orgulloso ejército de Alfonso Enríquez.

Baruj se estremeció de miedo al pensar que iba a perder a su amigo. Se jugaba tanto que insistió y exigió su derecho a servir al rey. Al cabo de un rato el oficial cedió y lo envió a recibir una breve formación como barbero-cirujano, antes de que el ejército saliera para Galicia.

El rey Alfonso Enríquez se reunió con su ejército ante las puertas de la ciudad. Los hombres constituían una abigarrada muchedumbre. Muchos de ellos se enrolaban con la esperanza de obtener recompensas y ascensos, mientras que otros provenían de las regiones conquistadas por el rey, donde animaban a los hombres a presentar sus servicios.

Alfonso Enríquez tenía cuarenta años y era un verdadero gigante de más de dos metros de altura, con los hombros increíblemente anchos. Tenía la piel oscura, la barba negra y unos bigotes que apuntaban hacia arriba. Todo el mundo le tenía un gran respeto y se cuidaban mucho de ofenderlo, porque era de dominio público que podía ser brutal, colérico e implacable con todo aquel que lo desobedeciera.

El rey se situó en un alto y con las palmas de sus enormes manos hizo callar a los

soldados. Después habló largo rato a los hombres con su voz fuerte y penetrante. Alabó a los soldados con mucha autoridad y les prometió maravillosas victorias. También procuró detectar a los escépticos e insuflarles valor ante lo que se avecinaba. Cuando preguntó a sus hombres si estaban dispuestos a sacrificar su vida y sus miembros por su rey, la mayoría bramó que sí. También Baruj y Raimundo juraron entusiasmados su lealtad a Alfonso Enríquez.

Como parte de su esfuerzo por ampliar las fronteras de Portugal hacia el norte, al día siguiente el rey encabezó la campaña hacia Galicia. La marcha hacia el norte les llevó quince días. La última noche Baruj no consiguió conciliar el sueño a pesar de estar exhausto, así que se dedicó a mirar las estrellas de Galicia y, por primera vez en mucho tiempo, pensó en su padre y recordó que no había celebrado el sabbat desde que salió de su casa. Oyó relinchar a los caballos y captó algunas palabras sueltas de los soldados que hablaban en sueños. No albergaba dudas ni miedo acerca de la batalla del día siguiente, que sería la primera de su vida. Tenía la certeza de que todo sucedería de acuerdo con la lógica de la vida. A ratos oía la charla de los viejos búhos y se imaginaba que los sabios pájaros anunciaban que había llegado el gran día de Baruj.

### **EN EL CAMPO DE BATALLA**

La batalla comenzó a las nueve en punto de la mañana en la extensa pradera frente a la ciudad de Pontevedra. Alfonso Enríquez había depositado su confianza en la habilidad de sus rápidos jinetes. Desde lo alto de la silla de su soberbio caballo de guerra, se sentía invencible al contemplar al ejército preparado para el ataque. Sin embargo, el sol se mantenía oculto tras las montañas y la niebla formaba un velo blanco sobre la pradera, haciendo que todo pareciera lejano y extraño.

El rey desenvainó su nueva espada. Era una espada mágica y se precisaba la fuerza de diez hombres para levantarla. Alfonso Enríquez conocía el secreto de la espada, sabía qué truco usar para que la pesada arma se moviera en su mano como una pluma. La hoja podía atravesar incluso las piedras más duras. Pero el rey no era el único que conocía el secreto. El hombre que había forjado la espada mágica, el maestro herrero Martes, con frecuencia estaba achispado y se iba de la lengua en la fragua.

Los portugueses se enfrentaban a unos pobres batallones de infantería gallegos en un estado lamentable. Antes de que las trompetas alcanzaran a tocar al ataque, Alfonso Enríquez salió al galope al encuentro del enemigo, porque sintió ganas de aterrorizar a los mal equipados gallegos. Ante todo estaba empeñado en probar la fuerza mágica de su nueva espada. Pero lo de salir por delante no fue muy buena idea: al aproximarse a los soldados gallegos, una flecha lo alcanzó en el pecho, por encima del pulmón derecho. El rey cayó del caballo y al caer se rompió una pierna y se partió algunas costillas. Empezó a gritar como un loco y no era por el dolor que aún no notaba, sino por la furia que sentía. Mientras tanto el caballo se escapó al galope. De pronto se extendió la niebla y se produjo el caos en el campamento portugués. Los soldados perdieron el valor al ver a su rey caído. Paralizados y con la vista petrificada, los aterrados portugueses vieron a unos soldados gallegos que se dirigían hacia Alfonso Enríquez.

Baruj, en cambio, comprendió de inmediato el peligro y se arrojó instintivamente hacia el campo de batalla para ayudar al rey. A pesar de su escasa estatura, se movía con rapidez y llegó hasta el rey antes que los gallegos. Echó una rápida ojeada a los soldados



enemigos, que tenían los rostros morenos y testarudos típicos de los campesinos. Seis de ellos se abalanzaron sobre él con las armas alzadas. Baruj cogió la pesada espada de Alfonso Enríquez, la levantó del suelo de un tirón y le asestó un sablazo al primer gallego. Un sonido como de campanas recorrió la hoja y el enemigo quedó segado en dos. A continuación Baruj mató a otros dos gallegos. Asestó un golpe a uno de ellos en el lugar donde asomaban los músculos de la nuca de entre los anchos hombros, al otro lo atravesó por el costado con la punta de la espada. Los tres restantes se dejaron llevar por el pánico y echaron a correr de vuelta hacia el campamento. Baruj comprobó que había ahuyentado a los enemigos, pero en ese momento doce soldados gallegos tensaron sus arcos y dispararon contra el muchacho. Sin embargo, las flechas cayeron al suelo antes de alcanzarlo. Notó una fuerza protectora a su alrededor y comprendió que nada podía dañarlo, así que levantó al rey y se lo llevó en brazos a lugar seguro.

La herida del pecho causaba fiebres y terribles dolores a Alfonso Enríquez, que además perdía mucha sangre y se debatía entre la vida y la muerte. Baruj descubrió que los portugueses permanecían completamente inmóviles y entonces bramó a los soldados que se abalanzaran sobre el enemigo y lucharan por su rey. Le sorprendió el poderío de su voz. Pero para mitigar la fuerza de sus autoritarias palabras, y porque sentía cierta compasión por los soldados enemigos que entendía que no tardarían en morir, añadió: «Mostrad clemencia con los gallegos, también ellos son seres humanos».

Después mezcló unas hojas cuidadosamente seleccionadas de las plantas medicinales que llevaba en la mochila, abrió con el cuchillo la herida del pecho de Alfonso Enríquez e introdujo en ella las hojas de color rojo oscuro.

Cuando los gallegos capitularon, un carro recorrió el campo de batalla para recoger a los caídos del ejército de Alfonso Enríquez. Las pérdidas de aquel día fueron de una veintena de arqueros y soldados de infantería, un puñado de caballeros y un número menor de animales de carga. En la mayoría de los casos no quedaban más que pedazos sueltos de las víctimas que echaban al carro de los cadáveres. Encima de todos los demás yacía el cuerpo brutalmente mutilado del miope Raimundo.

Su muerte supuso un duro golpe para Baruj. Lo que más le dolía era no haber tenido ocasión de despedirse de su amigo.

## **EL ELOGIO DEL REY**

Cuando Alfonso Enríquez recuperó las fuerzas, su cronista y compañero inseparable Osbernus le habló de la generosa intervención del extraño y pequeño judío. Como fervoroso católico, el rey no tenía en alta estima a los judíos. Al contrario, con la leche materna había adquirido la certeza de que los asesinos de Cristo eran cobardes e insidiosos y durante toda su vida había perseguido a los judíos y escupido sobre ellos. «El que le da una patada a un judío, le da una patada al diablo», solía decir. Pero ahora no le quedaba más remedio que replantearse las cosas. El joven judío no era un soldado, ni siquiera era un hombre hecho y derecho, no tenía posición ni propiedades ni reputación, sencillamente no era nadie. Aun así, el judío había arriesgado su propia vida para salvar la del rey y había demostrado tener fuerzas sobrehumanas al blandir la espada mágica y poner en fuga al enemigo. Además parecía que las flechas no podían dañarlo. Desde el incidente, el judío se había mantenido día y noche a la vera del rey, lo había velado y había conseguido que su herida cicatrizara.

La larga experiencia de Alfonso Enríquez en los campos de batalla le había enseñado que muy pocas personas son capaces de demostrar verdadera fuerza y dignidad frente a la muerte. Por un momento especuló con la idea de que el pequeño judío pudiera ser un demonio y consultó sus recelos con Osbernus, pero el clérigo inglés, que sentía simpatía por Baruj y quería tenerlo cerca, le garantizó que no era el caso. El rey descartó su sospecha y, como admiraba a los hombres valientes y apreciaba el vigor, decidió hacer la vista gorda con el hecho de que Baruj fuera judío. Convocó a su salvador y, en presencia de sus hombres más cercanos, elogió al pequeño judío por su coraje y su determinación, y le prometió una generosa recompensa.

### **SE HACE JUSTICIA**

Tras el triunfal regreso del rey a Lisboa, la gente acudió en masa al palacio para aclamarlo. Alfonso Enríquez disfrutaba de la gloria y del dulce sabor del poder, pero no tardó en recibir malas noticias. Un lacayo de su confianza le contó que durante su ausencia, el médico Antunes había echado nostálgicas miradas a la más joven de las amantes del rey, una mora de arrebatadora belleza. El criado añadió que la muchacha, sin el menor decoro, había respondido al cortejo. El rey miró a su lacayo con incredulidad. No acababa de creerse lo que le contaba porque pensaba que el médico, más que nadie, debía de saber lo que significaba para él aquella muchacha, hija favorita del califa expulsado. Hizo llamar a otro criado de su confianza y éste le habló de ardorosas miradas y deseos que habían cargado las claras noches de verano. El rey hizo llamar a un tercer lacayo, que también confirmó que Antunes y la muchacha mora habían tenido un comportamiento inapropiado. El rey estaba convencido. Las fosas nasales se le dilataron, olía la traición y no entendía cómo no había sospechado mucho antes.

El traicionero comportamiento del médico y la amante sacaron a Alfonso Enríquez de sus cabales. Aunque en el fondo tenía otros motivos, mucho más importantes que los devaneos de la corte, para dejar que su corazón se enfureciera. Lo que realmente le hacía hervir la sangre tenía que ver con los hermanos Costa y Benvindo.

Se trataba de dos hombres incomparablemente hábiles, dos valientes caballeros que habían prestado servicios de gran utilidad para el rey en numerosas guerras. Por sus grandes contribuciones, Alfonso Enríquez los había incluido en su consejo, les había concedido vastos terrenos a las afueras de Mafra —tierras requisadas al enemigo moro—, les había otorgado generosas recompensas pecuniarias y los había convertido en hombres ricos. Llevados por la soberbia, quizá sobre todo por una avaricia incontrolada, Costa y Benvindo habían malgastado los sueldos de los soldados. Exasperados por la falta de escrúpulos de los hermanos, varios de los generales se habían dirigido al rey para presentar sus quejas. Todo el mundo esperaba que Alfonso Enríquez tomara medidas y sancionara a los dos hermanos por haber permitido que la avaricia arrojara sombra sobre su reputación, sin embargo al rey, en plena campaña contra Galicia, no le parecía el momento adecuado para castigarlos.

Alfonso Enríquez era en general de la opinión de que, como soberano, a veces tenía que mostrarse implacable para atemorizar a sus súbditos y evitar que alguien se imaginara que podía conspirar impunemente contra el rey mientras éste luchaba en tierras lejanas. No obstante, había llegado a la conclusión de que Costa y Benvindo eran demasiado valiosos para acabar en el cadalso. Por eso decidió sacrificar al médico y a su amante, haciéndoles

pagar un precio alto por su traición y demostrando así a la gente las consecuencias ineludibles de la deslealtad al rey.

Alfonso Enríquez convocó de inmediato a su consejo y exigió en concreto que Costa y Benvindo estuvieran presentes en la reunión. Luego mandó a seis soldados armados a buscar a la muchacha mora y al médico Antunes para interrogarlos.

Tal como tenían por costumbre las moras decentes en aquella época, la joven amante se vestía con humildad. Se presentó ante el rey, hizo una profunda reverencia y, por su expresión severa, entendió enseguida que algo lo había disgustado. Al oír la acusación se quedó petrificada, rompió a llorar, se le hizo un nudo en la garganta y, entre sollozos, no acertó a decir una sola palabra con sentido.

Alfonso Enríquez consideró que la muchacha —cuyo nombre era Fátima— reconocía su culpa con su silencio, puesto que de lo contrario habría negado las acusaciones. Si se había dejado seducir por el médico o había tomado ella misma la iniciativa poco importaba. La chica era culpable y sería juzgada.

Como el rey era partidario de los castigos severos, la hizo emparedar viva, sin comida ni bebida, al fondo de un pequeño pasillo del palacio. Se dice que a pesar de los siglos pasados, en las noches de luna clara, se oyen perfectamente los sollozos de Fátima a través del grueso muro.

El médico Antunes se esforzó por causar una buena impresión. Se mostró seguro de sí mismo y negó el crimen. No entendía que hubiera gente capaz de malinterpretar su amable trato a una muchacha con pequeños problemas de salud que le había pedido consejos profesionales.

—Estos malévolos rumores que ciertas personas han extendido sobre mí son invenciones inverosímiles e infames —afirmó—. Se trata de una perversa conspiración que pretende difamar mi nombre y mi persona. Habría que castigar a los difamadores por su mendacidad. Vuestra Alteza, vos sois el primer hombre de Portugal. Con vuestra sabiduría sabéis perfectamente que no podéis confiar en la gente que extiende falsos rumores.

Alfonso Enríquez lo escuchó con el ceño fruncido de disgusto. No se hacía ilusiones, cada rasgo del traicionero rostro de Antunes revelaba que el médico mentía. Antes de dictar sentencia, el rey tomó la palabra. Se volvió hacia el consejo y clavó la mirada en los hermanos Costa y Benvindo.

—Cuando un súbdito falta al respeto, miente, roba o mira con deseo y fornicación con la amante del rey, no es indicio de falta de juicio, es indicio de traición, y el castigo por este grave delito es la muerte.

Aguardó unos segundos las posibles reacciones, pero nadie dijo nada. Todos guardaron silencio. Entonces ordenó que la corte al completo y todos los miembros del consejo presenciaran la sesión de tortura que tendría lugar al día siguiente, puesto que sería una experiencia inolvidable y entretenida.

La sanguinolenta cámara de tortura del sótano del palacio era fría, oscura y húmeda, con robustos pilares y pequeños ventanucos. El aire estaba cargado de olores nauseabundos y la atmósfera era opresiva. En un extremo de la habitación ardía una hoguera. Alrededor del fuego se encontraban varios hombres, los miembros del consejo, unos vestidos de caballeros y otros con las costosas vestimentas que caracterizaban a la nobleza. Parecían absortos en una discusión seria y cuchicheaban intensamente entre ellos. Las damas de la corte, que para subrayar la gravedad del momento llevaban vestidos discretos, estaban situadas a lo largo de las paredes y el miedo hacía que les temblaran las rodillas.

El verdugo, un hombre corpulento de cara pálida y oscuro pelo canoso, le recordó a

Baruj un toro fuerte, voluminoso y algo simple. Con su vestimenta negra causaba una impresión aterradora.

En una alta silla situada junto a la puerta, estaba sentado Alfonso Enríquez. Escrutó la cámara con mirada fría y calculadora, y dio la impresión de estar satisfecho. Resultaba evidente que lo que más podía alegrarle la mañana eran la sangre, los gritos y la muerte de Antunes. A sus pies yacía un enorme perro guardián que no paraba de gruñir y a su izquierda, detrás de un desvencijado pupitre, el cronista Osbernus anotaba todo lo que sucedía en el sótano.

Baruj se encontraba a la derecha del rey y mantenía la mirada gacha. Al pensar en la inminente tortura, temblaba de miedo. Nada en su joven vida lo había preparado para la pavorosa imagen de la cámara de tortura. Más tarde recordaría siempre cada pequeño detalle de aquel acontecimiento.

El rey contaba con que la actitud serena del médico se esfumaría al llegar a la cámara de tortura, pero Antunes mantenía la cabeza erguida. Quizá fuera un hombre valiente o tal vez esperara una salvación milagrosa en el último momento.

Puesto que Alfonso Enríquez había decidido que no se podía mostrar clemencia ante un crimen tan serio, el primer verdugo inició la tortura sacándole los ojos al médico. Las macilentas mejillas del verdugo empalidecieron aún más al ponerse manos a la obra. Daba la impresión de sentir compasión por la víctima. El sudor corría por la frente de Antunes y un pequeño reguero de orina corrió a lo largo de sus pantalones, pero no se quejó cuando le sacaron los ojos de las cuencas.

A continuación otro verdugo abrió las venas de los brazos del médico. La sangre oscura y pegajosa se recogía en un cuenco, pero salía demasiado despacio del flaco cuerpo, así que fue necesario abrirle también las venas de las piernas para que su vida se desvaneciera. De vez en cuando se escuchaban débiles gruñidos y gemidos procedentes de la garganta del agonizante Antunes.

A pesar del frío que hacía en el sótano, Baruj sudaba al contemplar la artesanía del verdugo. Apenas percibió la voz del rey cuando éste lo instó a mezclar la sangre del médico con diversos extractos de hierbas para fabricar un remedio contra la traición.

Finalmente, un tercer verdugo decapitó al médico muerto con una espada. Ensartaron la cabeza en una estaca y unos soldados se la llevaron para colocarla en lo alto de una colina a las afueras de Lisboa.

A continuación el rey invitó a todos los miembros del consejo y de la corte a tomar pan, queso y vino en la sala de fiestas. La gente se abalanzó sobre la comida como animales muertos de hambre.

—Qué bien sienta la comida —constató Alfonso Enríquez para luego añadir, con una risa despectiva—: Sobre todo cuando se ha visto correr la sangre.

## **REMEDIO CONTRA LA TRAICIÓN**

La fabricación de un brebaje de hierbas contra la traición requería las habilidades de un hechicero. Baruj estaba aterrado. Sabía perfectamente que carecía tanto de los conocimientos como de la experiencia necesaria para fabricar una poción así. También era consciente de que su fracaso podía suponer que lo pusieran de inmediato en manos de los verdugos del sótano del palacio. La vivencia en la cámara de tortura había nutrido lo suficiente la imaginación de Baruj para hundirlo en la desesperación. No se atrevió a hablar

con nadie porque el clérigo inglés Osbernus le había advertido que las confesiones se transformaban muchas veces en cotilleos que no tardaban en extenderse por la corte. Así que recurrió a las plegarias.

En una gran olla de cobre mezcló la sangre reseca del médico con diversas hierbas que sabía que tenían un efecto curativo. Añadió dos litros de agua de manantial y, sobre un fuego suave, removió la mezcla despacio, durante tres días y tres noches sin interrupciones. No pegó ojo. Cuando terminó, probó el líquido rojizo. Al tragar le ardieron las mejillas, era muy amargo.

Baruj apenas podía contener los nervios el día que tuvo que presentar el remedio contra la traición. Alfonso Enríquez y el consejo al completo se habían reunido en la gran sala del palacio. Apoyados contra la pared estaban los hermanos Costa y Benvindo, que parecían pensativos, al igual que el cronista Osbernus, que echaba miradas de inquietud a Baruj, consciente de la volubilidad con la que el rey gobernaba su reino.

El cardenal Berenguer inició la lectura en alto de un texto del papa Dámaso I, el santo que celebraban aquel día. Siguió un silencioso rato de oración y a continuación le llegó el turno a Baruj de presentar la pócima mágica. Pero apenas había tomado la palabra cuando Alfonso Enríquez lo interrumpió con impaciencia.

—Estoy convencido de que todos los miembros del consejo estarán de acuerdo en que este crucial remedio sea probado por los hombres más valientes que hay entre nosotros. Costa y Benvindo, acercaos.

A los hermanos les cambió la cara. Costa miró al frente con indecisión y Benvindo abrió la boca, pero no se le ocurrió nada que decir. Se acercaron a Baruj arrastrando los pies, dieron un traguito al brebaje y después se arrodillaron ante el rey.

Se oyeron murmullos entre los miembros del consejo. Antes de que nadie tuviera tiempo de hablar, Alfonso Enríquez ordenó que también los señores se acercaran a Baruj y bebieran de la pócima. Se hizo un silencio mortal. Todo el mundo sabía que lo único sensato era doblegarse.

Con mano temblorosa, Baruj administró una cucharada del extracto de hierbas a cada uno de los miembros del consejo. Resultaba evidente que a ninguno le gustaba el sabor amargo, porque todos ponían mala cara, pero se tragaban obedientemente el líquido rojo y se arrodillaban ante el rey.

Cuando todos los hombres estuvieron vacunados contra la traición, Alfonso Enríquez cogió un bolso de cuero de su cinturón y se lo lanzó a Baruj.

—Aquí tienes diez monedas de oro en pago por tu trabajo. A partir de hoy serás mi médico personal. Pero recuerda: en mi médico ha de complacerme todo, no sólo sus medicinas, sino también la expresión de su cara, los gestos, la ropa, el habla, las miradas, el modo en que se mueve...

El triunfo era inesperado. A Baruj le faltaba el aire, pero se sobrepuso rápidamente y expresó su agradecimiento con una elocuencia que a él mismo le sorprendió.

—Quiero agradecer a Vuestra Alteza la honrosa tarea que me habéis encomendado con vuestra enorme amabilidad. Rezaré a Nuestro Señor para que conserve la salud de Vuestra Alteza y para que incremente vuestra gloria. Durante toda mi vida os serviré, mi rey, con humilde sumisión y voluntaria obediencia a vuestros buenos consejos. Que Nuestro Señor os conceda su gracia divina.

## **EMERGER DE LA OSCURIDAD DE LA HISTORIA**

A mediados del siglo XII, un joven judío emerge de la oscuridad de la historia y sale a la luz en Lisboa. Se hace llamar Baruj de Espinoza. No han quedado retratos de él ni narraciones sobre su vida. Lo que sé de esta persona, de la que desciendo en trigésimo séptima generación, me ha llegado a través de mi tío abuelo. Fue él quien nos contó a mi hermano Sasha y a mí que Baruj fue el médico de cabecera del rey Alfonso Enríquez y que eso le permitió disfrutar de numerosos privilegios extraordinarios para la época.

En el año 1158 corrió un rumor que se extendió más allá de las fronteras de Portugal que decía que el médico de cabecera del rey, Baruj de Espinoza, tenía poderes sobrenaturales capaces de expulsar las enfermedades del cuerpo y que con sus medicinas podía transformar a viejos impotentes en viriles toros. Había quien pensaba que era una especie de salvador enviado del cielo en respuesta a los rezos y lamentaciones de los desesperados. Algunos días se congregaban cientos de enfermos ante el palacio para suplicar su ayuda. También acudían muchos mensajeros reales procedentes de países remotos que se abrían paso a codazos para hacerse un hueco en el banco ante la puerta del laboratorio y llevarse las medicinas de vuelta a casa.

Los extractos de hierbas de Baruj funcionaban contra todo tipo de males, como el dolor de cabeza, las hemorragias fuertes, las diversas enfermedades de las articulaciones, las piedras en el riñón, los cálculos biliares y otras miserias. También se usaban satisfactoriamente a la hora de extraer muelas y las damas de la corte tenían un extracto propio que paliaba los dolores de la menstruación.

Según mi tío abuelo, en cierta ocasión Baruj consiguió resucitar al hijo mayor del rey, que había perdido la vida después de atiborrarse de castañas silvestres, con una pócima hecha a base de una parte de valeriana, dos de salvia y la sangre del ala izquierda de un pichón blanco. También afirmaba que Baruj había cultivado una hierba secreta que asustaba a la muerte y la mantenía a distancia.

Nuestro antepasado compuso una docena de escritos sobre diversas plantas y enfermedades en los que proporciona minuciosas descripciones de los efectos beneficiosos de las plantas. En sus textos repite con frecuencia que la naturaleza no produce nada eterno, que sólo Dios puede crear lo infinito.

En el otoño de su vida, Baruj dedicó muchos años al estudio del camaleón. Este reptil le resultaba tan fascinante y extraño que escribió un libro entero sobre su aspecto, cualidades y constitución interna, además de describir las fuerzas mágicas ligadas al pequeño animal. Lo que más le llamaba la atención era que el camaleón no sólo cambia de color al acercarse a objetos de diferentes tonalidades, sino también cuando tiene miedo o sufre otras formas de alteraciones del ánimo.

## **PARACELSO Y AMARAL**

En el otoño de 1538, el médico y alquimista Paracelso ocupó durante un par de meses la cátedra de medicina de la Universidad de Lisboa, porque un agotador proceso judicial lo había forzado a huir de su ciudad natal, Basilea. Allí oyó hablar por casualidad de los trabajos de Baruj, aunque otro catedrático —un hombre calvo, de mirada sombría y dientes podridos que enseñaba religión y estaba al servicio de la Inquisición— le advirtió que los escritos del judío estaban repletos de todo tipo de enseñanzas heréticas. Pero con ello sólo consiguió espolear el interés de Paracelso porque el suizo era un rebelde que daba

la espalda a la enseñanza escolar y buscaba conocimientos nuevos, sobre todo en la naturaleza y en una tradición oculta que hundía sus raíces en la cábala judía y en la sabiduría egipcia.

En cuanto tenía unas horas libres, Paracelso acudía a los sótanos de la biblioteca real, donde se guardaban los escritos de Baruj. Lamentablemente, las ratas y el moho del sótano habían destruido gran parte de los textos y un par de tratados estaban tan deteriorados por el tiempo que el alquimista apenas fue capaz de descifrarlos. Sin embargo, no encontró ni rastro de enseñanzas heréticas, esto es, de textos que atentaran contra Dios u ofendieran al rey, lo que sí encontró fue una gran cantidad de observaciones científicas notables. De hecho, éste era el único objetivo y contenido de los escritos. Paracelso comprendió que había logrado acceder a una verdadera cámara del tesoro que llevaba siglos sin recibir atención de manos humanas: se trataba del legado de un pionero de la ciencia natural.

Al año siguiente, cuando sirvió en la corte de Aragón, Paracelso escribió una carta al Santo Oficio de Lisboa en la que afirmaba que ni la más estricta censura podría encontrar herejías ni enseñanzas contrarias a la fe sagrada en los escritos de Baruj de Espinoza y subrayaba que cualquiera que conociera estos textos debería preguntarse si aquel autor no merecería más aplauso que desprecio, más admiración que desconfianza.

Al cabo de unas semanas Paracelso recibió una breve respuesta, firmada por Tristán Alonso de Navia, principal censor de la Inquisición, que tras alabar al alquimista y médico suizo y manifestar su entusiasta admiración por sus trabajos, concluía la carta afirmando que el silencio era la mejor reacción a su petición puesto que todos los textos procedentes de manos judías habían sido declarados, de una vez para siempre, contrarios al orden del mundo católico vigente.

La iniciativa de Paracelso demostraba valor, pero mi tío abuelo no estaba convencido de que el suizo tuviera únicamente motivos nobles cuando profundizó en los trabajos de Baruj. En su opinión, Paracelso no sólo se había dejado inspirar, sino que se había apropiado de los textos del médico, sobre todo del escrito sobre el camaleón, del que reproduce literalmente treinta páginas en *Philosophiae et Medicinae utriusque compendium* (Basilea, 1568) sin mencionar la fuente.

Mi tío abuelo nos contó que corrían rumores de que la abuela materna de Tristán Alonso de Navia era judía y que el empeño del censor principal de la Inquisición por borrar todos los rastros de los judíos se debía a su voluntad de ocultar este vergonzoso hecho. Aunque también podía deberse a su convencimiento de que no le quedaba mucho tiempo de vida. Navia creía haber contraído una enfermedad incurable y estaba obsesionado con la muerte, pero sólo se atrevió a confiárselo a su confesor, un viejo cura fanático que simulaba consolarlo en su trance, cuando en realidad se esforzaba por envenenar el cerebro del censor con historias sobre la maldad de los judíos y le hacía creer que, como auténtico católico, sólo podría ganarse el cielo si contribuía a la extinción de los judíos.

La orden publicada el 19 de abril de 1540, que llevaba la firma de Navia y el sello de la Inquisición, era clara y sencilla: «Cuando se ponga el sol, arderán en la hoguera todos los libros y escritos judíos de Lisboa, y el fuego se mantendrá vivo toda la noche».

Los escritos de Baruj de Espinoza ocupaban un lugar destacado en la lista de Tristán Alonso de Navia, que, con una mezcla de entusiasmo y terror, presencié cómo los escritos del médico judío eran consumidos por el fuego.

Hoy en día el nombre de mi antepasado no se menciona en el cuerpo de la literatura científica, aunque sí aparece en la extensa biografía de Alfonso Enríquez (Lisboa, Bertrand,

1999), escrita por el antiguo ministro de Asuntos Exteriores de Portugal, Diogo Freitas do Amaral.

Según el libro, el régimen del primer rey portugués fue violento e impredecible. Amaral proporciona una vívida descripción del peligroso ambiente que rodeaba a Alfonso Enríquez, del caos moral, la arbitrariedad, las intrigas y los deseos de asesinar que lo caracterizaban. Detalla particularmente la mezquindad del rey y la violencia de la corte. Los consejeros que mostraban moderación en el ejercicio del poder y cualquiera que se inmiscuyera en su política eran ejecutados. Se masacró a familias enteras sin el menor miramiento. La eliminación de las personas que habían disgustado al rey por lo general se llevaba a cabo por medio de venenos de efecto rápido producidos en el laboratorio de Baruj.

Amaral afirma que, aunque todo el mundo en la corte tenía motivos para apreciar la amabilidad natural de Baruj y sus milagrosas medicinas, había también mucha gente que le tenía miedo.

«El judío tiene malas intenciones», susurraban algunos a sus espaldas. Otros pensaban que Baruj estaba dispuesto a cometer cualquier mezquindad con tal de complacer al rey y favorecer con ello sus propios intereses y los de los judíos en general. Algunos iban más lejos y sostenían que sus conocimientos médicos eran insignificantes y que en realidad era un simple fabricante de venenos judío.

## **UN BUEN JUDÍO**

El fin de semana de Pascua de 1160, el rey ordenó a Baruj que lo acompañara a la iglesia a escuchar la misa del cardenal Berenguer. El cardenal hablaba con furia manifiesta y se prodigaba en jugosos improperios al condenar a los que habían vuelto la espalda a Jesucristo y se habían lanzado en brazos de la pereza, la irresponsabilidad y la inmoralidad.

Aquel altisonante sermón sobre las vidas desperdiciadas despertó el interés de Baruj, que lo escuchó con atención. Cuando Berenguer pronunció las palabras latinas «*Ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose*», Baruj se sintió preocupado. El texto procedía del decimoquinto capítulo del Evangelio según Lucas, que trata sobre el hijo pródigo que se marcha a tierras lejanas y «disipa sus propiedades con una vida inmoral». Baruj sintió remordimientos de conciencia por haber olvidado durante años a su padre y por haber descuidado el judaísmo.

Esa noche se acostó temprano, pero justo después de medianoche se despertó y descubrió una figura luminosa de pie junto a su cama. Era su padre, que había ido a verlo para despedirse, puesto que su tiempo en la tierra había tocado a su fin. Acarició el pelo de Baruj y le pidió que siguiera siendo un buen judío, que celebrara el sabbat y que usara sus filacterias. A continuación el rabino Judah Halevi desapareció tan silenciosamente como había llegado.

Baruj permaneció en la cama incapaz de conciliar el sueño, mientras la brisa de verano entraba en la habitación a través de las ventanas abiertas. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza y nada podía aliviar sus recurrentes tormentos ni los dolorosos azotes de la conciencia.

De pronto recordó las palabras de Moisés: «Has de cumplir los mandamientos grabados en mis tablas de piedra, vivir conforme a ellos y fundar una comunidad judía de la que saldrán grandes hombres y mujeres que conquistarán todos los rincones del mundo. Un



día encontrarás el gran secreto, aquel que las personas llevan buscando desde el comienzo de los tiempos, y después tus hijos y tus nietos custodiarán este secreto durante mil años. Mientras tus descendientes cumplan con su deber, caminarán con la cabeza erguida entre las personas de la tierra y el Señor cuidará de ellos. Pero si alguno va contra la voluntad del Señor, tu estirpe será borrada de la faz de la tierra».

Baruj decidió que a la mañana siguiente solicitaría permiso al rey para estudiar el Talmud y celebrar el sabbat en palacio. Luego se durmió en paz.

Alfonso Enríquez concedió a su médico el privilegio de fundar la primera comunidad judía de Lisboa, que quedó bajo la protección especial del rey. Para poder celebrar la ceremonia del sabbat, que requiere la presencia de al menos diez varones judíos adultos, Baruj obtuvo permiso para invitar a asentarse en la ciudad a un rabino y a cinco familias judías de León que llevaban modestos negocios o eran vendedores ambulantes: Castro, Halevi, Abravanel, Sarfati y Peralta.

Pronto surgió una complicada red de vínculos familiares y propiedades asociadas a estas familias, que se casaron incansablemente entre ellas durante los siguientes cuatrocientos años.

## **INFELIZMENTE CASADO**

El rabino Mordechai Montefiori consideraba indispensable que la comunidad judía de Lisboa creciera, y por eso invertía grandes energías en intentar que Baruj se casara. El rabino insistía en que sólo como miembro de una familia se podía tener una vida judía plena y un día le aseguró que había encontrado a la mujer perfecta para él.

Los ojos de Montefiori eran sabios, su aspecto y sus gestos gozaban de un peso que inspiraba respeto. A ello contribuía también su modo claro y decidido de hablar, con una minuciosa pronunciación de todas las consonantes. Cuando el rabino describió a esta mujer perfecta, hablaba con seguridad y no se dejó influir por el hecho de que Baruj no mostrara interés. Ni en sus más descabelladas fantasías podía imaginarse que el médico personal del rey, el soltero judío más codiciado de Lisboa, escondía un secreto en lo más remoto de su interior: su debilidad por el sexo masculino.

Poco después, el rabino le presentó a la joven Marianne Castro. La chica era bizca y, al instante, esta particularidad despertó los recuerdos de Baruj haciendo que Raimundo se presentara en su cabeza como una figura misteriosa. Al contemplar a Marianne, el médico no pudo evitar pensar en su amigo. Marianne tenía el rostro hermoso y el cuerpo de un muchacho, con los hombros anchos, el pecho plano y los pies grandes. La pareja permaneció media hora callada sin saber qué decirse, pero el rabino lo consideró buena señal porque aquellos que conversan sobre mil cosas indiferentes en realidad no son adecuados el uno para el otro.

Baruj creía ser la única persona de Lisboa que se había dejado tentar por alguien de su propio sexo. Además tenía la idea de que esta tendencia era contraria a las leyes de Moisés y de que debía luchar contra ella. Por eso, poco tiempo después, decidió casarse con Marianne. Al enterarse de la noticia, el rabino sonrió de oreja a oreja con gran cordialidad —cosa que no solía hacer— y le confesó que Marianne era su sobrina.

La boda tuvo lugar tres días más tarde. El rabino pronunció un pequeño sermón. Señaló que el cielo había concedido a los judíos la gracia de fundar una comunidad en Lisboa y subrayó que era deber de los recién casados esforzarse por aumentar el tamaño de

la familia.

Tras la ceremonia, la pareja se fue de inmediato a la cama. Casi dieron la impresión de hacerlo para complacer al rabino. Baruj nunca había visto a una mujer desnuda y estaba nervioso, mientras que Marianne temblaba de excitación. La chica llevó la mano de Baruj al lugar más sensible de su cuerpo, los pezones, y el roce le puso la piel de gallina. El olor del pelo de Marianne, su aliento y su piel cálida consiguieron que el demonio de las inhibiciones abandonara a Baruj permitiéndole buscar el placer con deseo. No se durmieron hasta el amanecer.

Baruj se sentía feliz. Durante el primer mes hicieron el amor como posesos, pero al poco Marianne se quedó embarazada y, a medida que le crecía el vientre, Baruj fue perdiendo el interés por ella. Al cabo de un tiempo, cuando ella le suplicó que la visitara en la cama tras una pausa bastante larga, Baruj descubrió con horror que el cuerpo ahora fuertemente hinchado de la muchacha le producía rechazo.

Los pensamientos de Baruj giraban cada vez con más frecuencia en torno a su amigo Raimundo y se sentía abrumado por la intensidad de sus sentimientos y por los fogosos recuerdos del camastro del sótano de la fragua. Gradualmente fue captando el mensaje procedente de la oscuridad de su subconsciente y llegó a entender que, por mucho que lo intentara, no era capaz de enfrentarse a las poderosas fuerzas que estaban en juego. Llegó a la conclusión de que la felicidad conyugal no existía y de que el matrimonio había sido un error fatal. Cada día se reprochaba a sí mismo haber hecho caso al rabino. Por puro instinto de supervivencia, no compartía sus pensamientos con persona alguna, consciente de que nadie lo comprendería y de que un divorcio era impensable. Además, era importante para él que el matrimonio pareciera feliz, sobre todo a ojos del rey que se había mostrado tan magnánimo y que protegía a los judíos.

Mientras tanto, Marianne se sentía cada vez más ultrajada. Durante un tiempo creyó que Baruj había contraído una enfermedad desconocida y la intuición le aconsejó no presionarlo. Con la entropierna húmeda, empezó a servir a su marido cacahuets y testículos de macho cabrío hervidos, alimentos que según su madre eran efectivos remedios contra la impotencia. Pero nada conseguía despertar el deseo de Baruj.

Un día se cansó de la frialdad del marido y fue al grano: pidió a Baruj que elaborara un brebaje de efecto sanador sobre ciertas partes del cuerpo humano. Lo que tenía en mente era el órgano que ella, entre risas, denominaba la culebra de un ojo. Al fin y al cabo ella no era capaz de insuflar vida a la hombría de su marido. Pero Baruj respondió irritado que se negaba a preparar semejante brebaje.

La tristeza por no sentirse deseada y un creciente anhelo de cercanía física privaron a Marianne del sueño y el apetito. A medida que pasaban las semanas, estaba cada vez más desesperanzada. Al final fue incapaz de mantener el silencio sobre sus preocupaciones amorosas y recurrió a su madre, pese a saber que la mujer era una chismosa de lengua ruda. Marianne insistió en que su madre no dijera a nadie una sola palabra sobre lo que le iba a contar y la mujer se lo prometió por lo más sagrado, lo que en su caso equivalía a una garantía de que el cotilleo correría como la pólvora. Entonces la joven, con los ojos inundados en lágrimas y la voz hambrienta de amor, contó que llevaba semanas sin obtener placer en su matrimonio. El único consejo que recibió de su madre fue que le pusiera los cuernos a su marido, pero Marianne se negó a escucharla.

Esa misma tarde empezó a correr un rumor por los círculos judíos de Lisboa. Iba de boca en boca entre las mujeres y constantemente se adornaba con nuevos detalles. El malévolo cotilleo sostenía que el médico personal del rey había despertado la furia del

demonio con sus experimentos con las hierbas. Por eso éste había insuflado un gélido frío en el cuerpo de Baruj que lo tornaba irremisiblemente impotente y había resecado y menguado su miembro. Al mismo tiempo, el príncipe de las tinieblas había encendido un fuego insaciable en el seno de Marianne, un deseo constante que la consumía y le hacía necesitar a cinco hombres al día para poder descansar por la noche.

No pasó mucho tiempo antes de que todos los judíos de Lisboa hubieran oído la historia sobre la pareja de Espinoza. Algunos se deleitaban en el hecho de que Baruj fuera traicionado por su esposa todos los santos días, mientras que otros sentían lástima por él. Un par de mujeres envidiaban a Marianne, pero nadie dudaba de la veracidad del rumor puesto que provenía de una fuente segura.

Al final los malévolos rumores llegaron a oídos de Baruj. Se le puso la cara gris y se sintió terriblemente molesto. Así que éste era el modo en que le agradecían que hubiera fundado una comunidad judía. Escupió en la tierra y por un momento se arrepintió de haber propiciado que el rey permitiera a los judíos asentarse en Lisboa.

Después su enfado se volvió hacia Marianne. Sospechaba que su mujer se había quejado a su tío Montefiori, el hipócrita rabino que pronunciaba incansablemente sermones moralistas cuando era sabido que él mismo frecuentaba a prostitutas. Baruj pensaba que había sido el rabino quien había alentado los rumores. A la vez sentía cierta lástima por Marianne, porque se daba cuenta de que a partir de entonces no habría hombre judío de Lisboa que pudiera mirarla sin segundas intenciones.

Por un tiempo se preguntó si debía marcar los límites a los judíos de la ciudad, pero acabó comprendiendo que ya era demasiado tarde y que una agresión furibunda sólo empeoraría la situación. Al final, por su propia paz y posición, y por la seguridad y futuro de su familia, no vio otro remedio que tragarse su orgullo y hacer como si nada. Al fin y al cabo, su primer hijo seguía creciendo en el vientre de Marianne y llegaría al mundo en el palacio real de Lisboa.

Baruj consideraba que la pérdida de pasión por Marianne era una disposición del destino. Al mismo tiempo su mujer se volvió más fecunda que nunca. Dio a luz seis hijos, concebidos en noches en las que Baruj lograba reprimir la imagen de Raimundo que lo perseguía de continuo y sobreponerse a su desprecio de sí mismo, para a continuación cumplir a regañadientes con su deber conyugal lo más rápido posible.

La pareja tuvo primero tres varones sanos y fuertes, a los que Marianne crió con cariño. Más tarde tuvieron tres hijas, trillizas, que murieron al cabo de un par de días. La primera dejó de respirar a los pocos minutos de llegar al mundo, la segunda murió de un cólico y la tercera de anemia.

Después del pesado embarazo de las niñas y el duro parto, con los pechos rebosantes de la leche que no podían mamar las niñas muertas, Marianne sufrió una especie de envenenamiento que atacó su sistema nervioso y le hizo perder gradualmente el sentido de la realidad. Baruj sospechaba que lo que ocurría en su cerebro se debía a una locura congénita. Semana a semana, Marianne se fue sumergiendo en los laberintos de su confusión y al final perdió la memoria por completo. Transfirió a los pajarillos toda la ternura que había sentido por sus hijos y pasaba los días hipnotizando gallinas. Cada vez que veía a Baruj —a quien tomaba por un miserable mendigo empeñado en tender oscuras trampas con las que robar los huevos de oro que ponían sus gallinas—, le bufaba como un gato, comenzaba una pelea y soltaba maldiciones a diestro y siniestro.

Baruj se avergonzaba del errático comportamiento de Marianne. Pero en vez de buscar un remedio se volvió incluso más frío que antes y mostró una falta casi total de

compasión por su esposa.

Cuando las cortesanas acudieron al rey para quejarse de que ya no aguantaban más los sonoros chillidos y las vulgares ocurrencias de Marianne, Baruj pidió disculpas y prometió hacerse cargo del problema inmediatamente.

Encargó a dos soldados de la guardia real que lo ayudaran a atarla a la cama y a continuación cerró el dormitorio con llave. Contrató a una anciana judía para que fuera dos veces al día a lavar a Marianne, a alimentarla y a hablar con ella. Las mujeres charlaban sobre gallinas, puesto que ése era el único tema de conversación que divertía a la perturbada esposa del médico del rey.

En los ratos de soledad, Marianne tenía una pesadilla recurrente: se levantaba de la cama, abría la puerta, salía de la habitación y, al llegar al gallinero, descubría que sus gallinas favoritas no estaban dispuestas a hablar con ella.

Una mañana, dos meses después de que Baruj hubiera atado a su esposa a la cama, la mujer que la cuidaba descubrió que Marianne había desaparecido. Se asustó e intuitivamente dirigió sus pasos hacia el gallinero. Allí encontró una docena de gallinas degolladas y dispersas por el suelo de tierra. La mujer tardó unos instantes en descubrir a Marianne, que colgaba del techo con una cuerda alrededor del cuello. Hicieron falta tres soldados para descolgar su cuerpo ya rígido.

Baruj sintió casi alivio al recibir la noticia de la muerte de su esposa. Ni siquiera se molestó en fingir que lamentaba su pérdida. En vez de ocuparse de sus hijos, se encerró en su laboratorio, donde estaba estrictamente prohibido molestarle. Allí dormía y hacía sus comidas. Y en una ocasión se permitió decir, en presencia de sus hijos, que lo único que le importaba eran la vida del rey y la búsqueda del gran secreto.

## **LA DESPEDIDA DEL REY**

A Alfonso Enríquez le fallaron las fuerzas en el otoño de sus días. Padecía una misteriosa enfermedad que lo corroía por dentro, empezando por las vértebras de la columna. La piel se le secó como un pergamino, perdió el apetito y sudaba a mares incluso cuando estaba quieto. Ya ni siquiera podía montar a caballo, lo cual le afectaba muchísimo. Cada vez con más frecuencia tenía que permanecer todo el día en cama. Mortificado por tener que llevar una vida de reclusión, vomitaba amenazas contra enemigos reales e imaginarios y repartía atroces castigos.

Cada mañana y cada noche, Baruj le hacía beber una pócima secreta elaborada a base de tortuga, orina de lagarto, hígado de conejillos de Indias y hojas de manzanilla. Pero nada parecía ayudarle.

Una mañana Alfonso Enríquez estaba de especial mal humor.

—¿Te has creído —dijo mirando con reproche a Baruj— que pienso dejarme envenenar por tus infames pócimas? Tengo la sospecha de que eres tú, mi propio médico de cabecera, quien me está enfermando. ¿Cómo sé que no te has confabulado con mi hijo y los demás enemigos que pululan por aquí para verme muy pronto en un ataúd?

—Vuestra Alteza Real —respondió Baruj haciendo una profunda reverencia—, ya conocéis mi lealtad y mi fidelidad. No sé de qué me habláis.

—¿Baruj de Espinoza! —El rey se incorporó en la cama—. O eres un pánfilo o eres un villano o ambas cosas. No te mereces la confianza que te he demostrado durante toda la vida. No sé por qué te nombré mi médico de cabecera. Miserable judío, no eres más que un

simple envenenador que desea mi muerte. Pero has de saber que no pienso concederte esa alegría.

—Vuestra Excelencia —se defendió Baruj—, nunca pierdo la esperanza ni la fe en que vuestra salud mejorará gracias a mis medicinas y sobre todo en que Dios hace milagros y es capaz de lo imposible. La vida de Vuestra Excelencia será larga porque nadie puede sustituir a Vuestra Alteza Real.

—No doy un pimiento por la esperanza y la fe de la gente como tú —bramó el rey y ordenó a Baruj que lo dejara en paz y que nunca volviera a presentarse ante él.

Al final las cosas se precipitaron, ni siquiera hubo tiempo de llamar al cardenal para escuchar la confesión de Alfonso Enríquez, darle la absolución y prepararlo para su último viaje. Cuando se supo que el rey había muerto, se levantó mucho alboroto. El palacio se llenó de lamentos, sollozos y quejas.

Incluso a Baruj le pilló por sorpresa, aunque al fin y al cabo así es la muerte. Te ataca con una sonrisa cuando menos te lo esperas y sorprende a las personas de las maneras más insidiosas.

## **LA MUERTE DE UN FABRICANTE DE VENENOS**

Baruj penó largo tiempo tras la muerte del rey, para él fue como perder a un padre.

Hasta el último día de su vida, Baruj siguió siendo el médico de cabecera del nuevo rey, Sancho. Él se imaginaba que sus conocimientos lo hacían indispensable, aunque en realidad se debía más bien a que el monarca era un sentimental y Baruj le había salvado la vida de pequeño, cuando en una ocasión se atiborró de castañas silvestres.

No hay información sobre la muerte de Baruj.

Según la biografía real de Amaral, murió de una extraña enfermedad del estómago de origen genético, que también pasaría en herencia a sus tres hijos.

Mi tío abuelo pensaba otra cosa. «Todo funciona durante un tiempo, pero siempre acaba mal», decía. Según él, en el invierno de su vida, Baruj se volvió gordo e indolente. Seguía buscando algo que le diera acceso al pasado, al mismo tiempo que, a pesar de su resistencia interna y a menudo con creciente cansancio y desánimo, intentaba conciliarse con lo que él veía como pecados mortales: su sexualidad desviada y su falta de amor hacia sus seres más cercanos. Un día, ya casi ciego y algo perturbado por la demencia senil, Baruj confundió dos frascos. Uno de ellos contenía su medicina para el estómago y el otro un veneno que le había encargado el rey Sancho para el indomable príncipe Braga. El médico personal del rey murió entre indecibles dolores.

Yo me decanto por la versión que nos dio mi tío abuelo porque todos los Spinoza de nariz grande sufren una muerte trágica.

### **3. El cabalista**

## SOBRE NUESTROS ANCESTROS

En los últimos tiempos, mis pensamientos giran cada vez con más frecuencia en torno a la familia. Están todos muertos: mi padre y mi madre, mi hermano gemelo Sasha, mis abuelos paternos, la tía Iona y el tío Carlo. También se fue mi tío abuelo, el hombre que durante tantos años alumbró la casa de mi infancia con aquellos relatos que nutrían nuestra imaginación.

Es curioso cómo la vida te acaba enseñando a reconocer a las personas cuyo valor no has sabido apreciar mientras las tenías cerca y que sólo su pérdida te hace comprender a fondo. Quizá pueda consolarme pensando que con los años se ha mitigado algo mi frívola tendencia a no interesarme por los demás —desde que tengo memoria, nunca he sido capaz de percatarme de lo que concernía a los otros ni he logrado prestar atención a las necesidades de mis seres más cercanos—, y es cierto que a día de hoy me preocupa más mi familia que yo mismo. Ahora que también yo me aproximo inexorablemente al final y no tardaré en desaparecer entre las sombras, tengo un solo propósito: tras todos estos años, pretendo transmitir estos relatos que me han acompañado desde la infancia y evitar con ello que quienes me han precedido caigan en el olvido. Sin embargo, no tengo la intención de seguir generación a generación a la familia de Espinoza, que a finales del siglo XVI, tras huir de la Península Ibérica, acortó el apellido a Spinoza. Y no sólo a causa de mi falta de talento literario, que a veces me apena profundamente, sino más bien por algo que mi abuelo paterno nos enseñó a Sasha y a mí. Intentaré explicarme.

El abuelo mantenía una extraña distancia con la familia. Cada vez que Sasha y yo le contábamos con segundas que los abuelos de algún compañero de clase habían llevado a sus nietos a la exquisita pastelería del Gerbeaud, él nos contestaba con una mirada gélida. Y cuando en alguna ocasión íbamos al grano y le preguntábamos: «Abuelo, ¿no crees que deberías mimarnos un poco con unos deliciosos pasteles?», lo máximo que podía suceder era que nos respondiera secamente: «Los dulces son malos para los dientes».

No, el abuelo no era de los que se esforzaban por mantener una cálida relación con los nietos y, por muy pequeños que fuéramos, mi hermano y yo lo sabíamos perfectamente. Lo cierto es que creo que no le caíamos bien porque casi siempre estaba molesto cuando nos tenía cerca. Pero mi abuelo tenía dos peculiaridades gracias a las cuales, a pesar de todo, nos enorgullecíamos de ser sus nietos. Estas cualidades causaron un duradero impacto en mí y todavía me impresionan:

a) Su elegante aspecto.

El abuelo se preocupaba llamativamente de su persona y ponía mucho esmero en su vestimenta. Era un hombre elegante, de espalda erguida y cuerpo bien proporcionado, y nadie podía escapar al influjo de la masculina fuerza mágica que irradiaba. A pesar de que pasaba de los setenta, incluso las mujeres jóvenes se volvían al verlo pasar con sus zapatos relucientes, traje azul marino con chaleco, camisa blanca y una pajarita azul de lunares blancos impecablemente anudada. En la mano llevaba siempre un bastón —una caña de bambú española, naturalmente— y se comportaba con contenida dignidad. Siempre se cubría la calva con un elegante sombrero. Tenía un aspecto realmente distinguido y destacaba de entre la masa gris de la vida cotidiana del socialismo.

En realidad, creo que mi abuelo habría sido incapaz de sacrificar la atención a su aspecto incluso bajo la amenaza de una pistola. Aunque hubiera sido el último

superviviente en una isla desierta donde no hubiera nadie ante quien mostrar un elegante estilo, su exquisita educación no le habría permitido relajarse. *Noblesse oblige*, dicen muy acertadamente los franceses. Y el abuelo era hijo de una princesa austríaca.

b) Su talento para las matemáticas.

Mi tío abuelo sostenía que sólo había habido dos personas en la historia de la humanidad capaces de multiplicar mentalmente media docena de números de veinte dígitos en menos de dos segundos: el abuelo y Albert Einstein. Siempre nos soltaba esta información como de pasada, pero la acompañaba de un despectivo movimiento de ojos que me hacía comprender que el tal Einstein no estaba a la altura del abuelo.

Era muy raro que el abuelo nos concediera el privilegio de ver la increíble velocidad con la que sumaba y multiplicaba. Pero recuerdo una vez, hacia el final de su vida, en la que se reclinó en el sillón con un periódico en la mano, levantó la vista en el momento en que el tío abuelo entraba en la casa y dijo:

—Chicos, Fernando os entretiene con mil y una historias, a cual más prolija. A la hora de contar historias, lo importante no es si algo realmente ha sucedido, sino el modo como se cuenta. Fernando es divertido, eso no se lo puede negar nadie, y siempre os cuenta historias fascinantes sobre vuestras raíces. Pero ¿alguna vez os ha dicho algo sobre el crecimiento exponencial?

—¿El crecimiento exponencial? —Sasha y yo nos miramos sorprendidos.

—Fernando, que tanto habla del pasado, ¿os ha revelado alguna vez cuántos antepasados habéis tenido?

—Claro que sí —se apresuró a decir Sasha—, por lo menos treinta.

—Treinta —repitió el abuelo y se echó a reír—. Escuchadme bien, chicos, que os voy a dar una lección de crecimiento exponencial. Estad atentos y reflexionad. Yo tenía cuatro abuelos. Si retrocedemos cinco generaciones, digamos que a la época de la Revolución Francesa, el número asciende a ciento veintiocho. Hacia la década de 1630 tenía dieciséis mil trescientos ochenta y dos antepasados. Si apunto aún más atrás en el tiempo, hacia principios del siglo XIV, esto es, a treinta generaciones de distancia, he tenido en total mil noventa millones ciento veinticinco mil ochocientos veinticuatro antepasados. ¿Me seguís? Esto implica que vosotros dos habéis tenido al menos cuatro mil trescientos sesenta millones quinientos mil doscientos noventa y seis antepasados.

Nadie puede tener controlados a sus antepasados y mucho menos yo, que, según el abuelo, he tenido tantos. Además, la mayoría de mis parientes llevaron una vida sin ningún brillo especial, por lo que es preferible dejarlos descansar en paz. He decidido concentrarme en un puñado de personas en el escenario de la historia, hombres y mujeres significativos cuya vida y obra estimulaban mi imaginación infantil gracias a los retazos que mi tío abuelo nos revelaba a Sasha y a mí, personas cuyos destinos abren al mismo tiempo una ventana hacia la historia de Europa.

## **LA VIDA ETERNA**

Quien haya seguido atentamente el relato sobre mi familia recordará quizá que en el año 1158 se extendió un rumor —que incluso trascendió las fronteras de Portugal— que sostenía que el médico de cabecera del rey, Baruj de Espinoza, cuyos brebajes podían transformar a débiles viejos en potros desbocados capaces de alcanzar diez orgasmos al día, tenía una capacidad sobrenatural para ahuyentar las enfermedades y había cultivado una



hierba que asustaba a la muerte y la mantenía a distancia.

La vida eterna, no menos misteriosa que el amor, nunca ha dejado de fascinar y ofuscar a las personas, aunque son muchos quienes dudan de su existencia. Por eso he decidido revelar el secreto, aunque en realidad me esté prohibido hacerlo.

Ningún Spinoza se lo ha revelado nunca a nadie —ni a su mujer, ni a sus amigos, ni a su rey ni soberano—, salvo a su hijo mayor. Porque el gran profeta de los judíos, Moisés, dijo a Baruj que este secreto habrían de guardarlo durante mil años sus hijos y sus nietos, y que mientras cumplieran con su deber, sus descendientes caminarían con la cabeza erguida entre las personas de la tierra y el Señor los cuidaría, pero que si alguien se enfrentaba a la voluntad del Señor, su familia sería exterminada de la faz de la tierra.

Yo no tengo hijos a quien pasarles el gran secreto. Soy el último Spinoza y no tardaré en morir. No tengo nada que perder, conmigo mi familia desaparecerá de la faz de la tierra y no pienso llevarme nada a la tumba.

Casi todo lo que sé sobre la vida de mis antepasados, lo aprendí de mi tío abuelo. Pero ni siquiera él había sido iniciado en el gran secreto. Yo tuve acceso a él cuando leí la obra del filósofo Benjamin Spinoza, *El elixir de la inmortalidad*, que había heredado de mi abuelo. El libro lleva más de trescientos años en nuestra familia y nadie ajeno a nosotros lo ha leído jamás. Yo mismo empecé a profundizar en él demasiado tarde en mi vida.

Benjamin Spinoza describe la hierba secreta que ahuyenta a la muerte y yo repito aquí las lapidarias palabras del filósofo sin añadir nada:

«La planta secreta, a la que Baruj de Espinoza llamó Raimundo en recuerdo de su difunto amigo, se obtiene recogiendo melisa, manzanilla, hipérico, campanilla de invierno y tejo negro e injertándolas, tan pegadas unas a otras como sea posible, en la raíz de una planta de *zamia acuminata*.

»El injerto ha de regarse diligentemente cada tres días con una decocción de riñones de conejillos de Indias, orina de lémur, mitridato (compuesto por tomillo de prado, cilantro, anís, hinojo y ruta) y teriaca (preparada con semillas de amapola y cebolla albarrana).

»La nueva hierba nunca vive más de ocho meses y no puede reproducirse.

»Hay que dejar que la hierba seque al sol durante un mes. Después se prepara una tintura introduciendo la hierba seca en un disolvente que contenga alcohol. Se ha de agitar la tintura dos veces al día con un intervalo de doce horas exactas. Al cabo de un mes, se filtra la tintura a través de una tela gruesa y se la deja reposar durante dieciocho horas.

»Siete gotas de este remedio ahuyentan a la muerte y otorgan la vida eterna».

Un día, cuando ya no se sentía en pleno uso de sus facultades, y perfectamente consciente de que no tardaría en reunirse con su creador, Baruj le habló a su primogénito Simon de la hierba Raimundo y le explicó cómo preparar la tintura. Pero no sin que Simon prometiera primero solemnemente que sólo revelaría el secreto al mayor de sus hijos varones y que bajo ningún concepto produciría ni consumiría la tintura.

—Yo creé la hierba Raimundo —explicó Baruj— porque era forzoso para mí que mi rey viviera y gobernara el país para siempre. Alfonso Enríquez era un hombre poderoso, incluso aterrador cuando clavaba en alguien su severa mirada. Aborrecía la desobediencia. Si descubría a un vasallo transgrediendo sus reglas y sus leyes, se lo enviaba a los celosos verdugos de la cámara de tortura. Nadie sobrevivía más de tres días en compañía de aquellas herramientas del mal, que tenían la rara capacidad de prolongar la agonía de la gente. Todo el mundo temía al rey y él lo sabía. Pero para mí era como un padre siempre protector y eso creó mala sangre entre los nobles. La envidia les corroyó el alma hasta el punto de que extendieron rumores que afirmaban que yo era una especie de brujo, un inútil

que sólo servía para envenenar a la gente. En el fondo yo siempre he sido una persona débil, y, al ser el único judío de la corte, mi posición era todo menos segura. A pesar de su aspecto mojigato, muchos de los hombres de la corte eran insidiosos como una serpiente de cascabel y resultaba evidente que les producía gran placer hacer comentarios despectivos y malévolos a mis espaldas. Así que pensaba que a la muerte de Alfonso Enríquez mis días en la corte estarían contados. Entenderás que al crear la hierba Raimundo para que el viejo vi viera eternamente pensaba sobre todo en mí mismo y en mi familia. Sin embargo, un día, cuando estaba a punto de administrarle el remedio, me indigné y algo se me rompió por dentro. El rey empezaba a estar senil y cometía muchos actos abominables. Ese día se había enfurecido con un lacayo que había derramado un par de gotas de vino sobre la mesa. Murmuró unas maldiciones y, con un solo golpe de su daga, le sacó al hombre el ojo derecho. Nunca olvidaré el grito de dolor del lacayo, su cara descompuesta y la sangre que corría. Quise ayudar al pobre hombre, pero el rey me prohibió intervenir con una risa despectiva. El ojo no se podía salvar. Entonces vi lo repugnante que era la idea de que Alfonso Enríquez, cada vez más perturbado, castigara eternamente a enemigos imaginarios, torturara y cortara la cabeza a vasallos leales. En ese momento comprendí que no puede haber peor maldición en la tierra que la vida eterna. Créeme: el atardecer es lo que otorga peso, hermosura y grandeza a nuestros días. La vida es corta y el ocaso es uno de los dos grandes regalos que nos concede el Creador. El otro es la muerte, por la que debemos estar humildemente agradecidos.

Simon lo escuchó con semblante serio y se preguntó a sí mismo si realmente habría entendido bien el sentido de la última frase de esta larga declaración. Era incapaz de comprender que fuera posible sentir agradecimiento por el hecho de que un día estemos obligados a abandonar este mundo, que a sus ojos era maravilloso. Pero el respeto que le tenía a su padre le impidió desarrollar el razonamiento. Lo único que acertó a decir fue:

—Pero, padre, en realidad puedes vivir tanto como quieras. Basta con que uses la hierba Raimundo.

—Simon, cuando empiezas a notar que se te debilitan la memoria y el pensamiento, llega el momento de hacer una elección consciente y de ofrecer tu cabeza a la muerte. Recuerda que a partir de cierta edad es más el miedo a la muerte que el deseo de la vida lo que mantiene a las personas apegadas a su cuerpo.

—Lo comprendo, padre —respondió Simon—, pero no te tomes a mal que no acabe de entenderlo. ¿Por qué me cuentas todo esto y me entregas a mí y a mis descendientes el saber sobre este elixir si no se puede usar? ¿No habría sido más fácil mantener la fórmula en secreto y destruirla?

—Cuando era joven —explicó Baruj—, me encontré con un anciano que estoy convencido de que era Moisés. Nuestro gran profeta me lanzó una profecía: si cumplía los mandamientos grabados en sus tablas de piedra y encontraba y custodiaba el gran secreto, a mis hijos y mis nietos se les permitiría caminar con la cabeza erguida durante mil años. Eso significa que seremos los custodios del elixir de la inmortalidad. Pero si alguno comete un solo fallo, pasará a ser el último miembro de esta familia. —Baruj hizo una pausa y después puntualizó—: Tienes que estar siempre en guardia. Mucha gente está obsesionada con el sueño de la vida eterna y estará dispuesta a cualquier cosa para hacerse con el gran secreto. Incluso a matarte.

Simon lo escuchó atentamente. No hizo ulteriores preguntas y prometió una vez más que nunca probaría la tintura, que custodiaría el secreto y que un día se lo transmitiría a su hijo mayor.

El conocimiento sobre la hierba Raimundo y la tintura que otorga la vida eterna fue custodiado por cuatro generaciones de primogénitos de la familia de Espinoza.

## **LOS MÉDICOS DE CABECERA REALES**

Es habitual dar por sentado que la gente que se encuentra en las cercanías del poder es partícipe de los acontecimientos o se deja influenciar por las ideas que caracterizan a la época en la que vive. Sin embargo, se puede afirmar que los efectos de las argucias políticas no alcanzaron a esta saga de médicos que llevaban el nombre de Espinoza. Muy al contrario de lo que era costumbre con el médico de cabecera del rey, ellos eran mantenidos al margen de muchos asuntos a causa de su judaísmo, y se les conminaba a contemplar a distancia los acontecimientos de la corte portuguesa.

Su exterioridad no sólo les proporcionaba cierta experiencia de extranjería, les enseñó también a ser suavemente esquivos, serviles y resistentes, al mismo tiempo que los salvó de cualquier forma de pomposidad y ambición de poder. Se volvieron ciegos a las intrigas y sordos a la adulación. Eran estrictamente honrados y tenían una seca falta de sentimentalismo, sólo daban importancia al trabajo duro al que se dedicaban de la mañana a la noche. Su lealtad al rey era inquebrantable, aunque en el fondo estaban más interesados en contentar a su Dios que en complacer a los poderes terrenales. En sus hogares no se cultivaba la curiosidad. Las ideas y los pensamientos nuevos sencillamente carecían de valor para ellos, e incluso los consideraban peligrosos. Su excesivo respeto por el orden imperante paralizaba su actividad mental y siempre sostenían diligentemente las opiniones que le correspondían a un vasallo judío. Eran pedantes sin brillo que consagraban sus vidas a la producción de remedios a base de plantas y se mantenían encerrados dentro de los estrechos límites de su propia ciencia. Se nutrían del recuerdo del patriarca de su familia, Baruj, que por su enorme arsenal de medicinas de hierbas era considerado equiparable a Mitridates, rey del Ponto.

Baruj enseñó a sus hijos a ocultar a los demás sus pensamientos más íntimos y a hacerse imprescindibles. Sus palabras fueron transmitidas de padres a hijos, de generación en generación.

«Se saca más provecho de la dependencia que de la recompensa. Quien ha saciado su sed, enseguida da la espalda al manantial. Cuando desaparece la dependencia, se pierde también el respeto. Aprended esto como vuestra máxima vital: alimentad la necesidad y no la satisfacéis nunca, y procurad que nadie, ni siquiera el rey, pueda pasar sin vosotros. Pero no os excedáis. El cauteloso silencio es el tesoro de la inteligencia».

Según mi tío abuelo, quien echó por la borda las virtudes de la familia de Espinoza —si es que se pueden considerar virtudes— fue Chaim.

## **LA MALDICIÓN**

Israel de Espinoza no tuvo suerte en lo que respecta a los hijos. Soñaba con tener hijos varones que heredaran la profesión de médicos y continuaran con la tradición familiar. Pero en doce partos, su esposa había alumbrado a doce hijas. La casa estaba repleta de mujeres, quince en total: la esposa, las doce hijas, la madre y una tía sorda que sufría frecuentes ataques de epilepsia y nunca se casó.

Israel estaba convencido de que su vida estaba maldita. En su opinión habría

bastado con una sola hija, pero doce no era sólo excesivo, sino catastrófico. Tras el nacimiento de su quinta hija dejó de leer el rezo de gratitud en la sinagoga y renunció a poner nombre a la criatura. De eso tendría que encargarse su mujer. Recibía cada alumbramiento con rabia e impotencia y se prohibió a sí mismo mostrar la menor ternura por sus hijas. Intentó ignorarlas e hizo todo lo posible por olvidarlas, hasta el punto de recluirse y pasar todo su tiempo en una parte separada de la casa.

Israel era el médico de cabecera del rey y el doctor más respetado de Lisboa. Por eso no se atrevía a pedir consejo a sus colegas, tenía miedo de arriesgar su reputación. Optó por acudir en secreto a curanderos y sabios, que sentenciaban que el problema residía en su esposa, puesto que por naturaleza el varón estaba por encima de la mujer. El primero le propuso que, durante diez días y diez noches, diera a su esposa de beber la orina de una yegua preñada y de comer hojas de palmera secas. El segundo le aconsejó que, aunque fuera judía, su mujer se confesara a un cura, rezara tres avemarías al día y ayunara una semana después de la menstruación. El tercero le preparó un brebaje de hierbas poco comunes. Cuando la esposa se lo bebió, le subió la fiebre, se puso fatal y vomitó sangre, pero ella estaba dispuesta a cualquier sacrificio con tal de hacer feliz a su esposo. Sin embargo nada parecía funcionar.

Una noche de luna clara, cuando todas las salidas parecían cerradas, la mujer decidió hacerse cargo del asunto. Sabía que no debía abandonar el mundo hasta alumbrar a un varón sano que, al morir su esposo, pudiera leerle el *kaddish* y heredar su fortuna. Por eso pidió a Israel que probaran una última posibilidad. Debían desvestirse y después él tendría que acariciar el cuerpo de ella hasta la medianoche. A continuación debía penetrarla y dejar su miembro descansar en su interior hasta el amanecer. Israel aceptó a regañadientes.

Al cabo de nueve meses la casa se llenó de gritos de alegría. Israel se inclinó sobre el recién nacido, lo besó en la frente y le puso el nombre de Chaim, que en hebreo significa «vida».

## **EL MUCHACHO DE LISBOA**

Chaim tenía doce hermanas y era el menor de la familia. Cuando nació, nadie dudó de que el único hijo varón, el gran orgullo del médico Israel de Espinoza, sería el encargado de mantener el renombre y la profesión familiar.

El ansiado heredero era la viva imagen de su padre, salvo porque carecía de la descomunal nariz de Israel. Llegó al mundo con la cara de un viejo. Con el rostro arrugado, la cabeza calva y las mejillas hundidas, aparentaba sesenta años y daba la impresión de llevar mucho tiempo ejerciendo la agotadora profesión de médico de la corte portuguesa.

Nadie en la familia dijo abiertamente lo que pensaba al ver a la feúcha criatura, en aquella época las mujeres no tenían por costumbre llamar a las cosas por su nombre. Sólo la mayor de las hijas, que con frecuencia desafiaba a su entorno con su franqueza, formuló una opinión.

Leah era clarividente y podía ver cosas a través de las paredes. Echó un rápido vistazo al recién nacido y anunció que estaba maldito. El padre la ignoró y señaló que un día como aquél no sólo era propicio para la buena voluntad divina, sino también para la alegría y generosidad humanas. Leah respondió que no podía callarse la triste verdad y que el niño llevaba claramente escrito en la frente que acabaría avergonzando a toda la familia.

El padre riñó a la hija y achacó aquellas palabras a una inmensa envidia. La acusó de ser malvada, la instó a avergonzarse y le recordó que la familia por fin tenía un heredero, un regalo del cielo, que se había apiadado de un útero que hasta entonces sólo había sido capaz de producir niñas.

Pero Leah se mantuvo en sus trece. El rostro de Israel se oscureció de furia y amenazó con cortarles su lengua viperina si decía una sola palabra más. Luego le ordenó que se marchara enseguida y que no volviera jamás a mostrarse ante sus ojos. Las demás hijas se asustaron porque nunca habían visto tan furioso al benigno padre, ni le habían oído levantar la voz. La esposa creyó por un instante que la alegría de tener por fin un hijo varón había privado temporalmente a Israel de sus facultades mentales.

Leah se estremeció y salió arrastrando los pies y musitando que nadie podía escapar a su destino. Después se escondió en un cuartucho del desván y durante treinta años no pronunció palabra ni salió de aquel lugar.

Los años se sucedieron a toda velocidad. Una tarde, mientras la familia de Espinoza preparaba los exquisitos platos con los que pensaban celebrar el vigésimo cumpleaños de Chaim, un paje trajo un mensaje del rey Dionisio I. Israel y su hijo Chaim debían presentarse inmediatamente ante el rey. Israel salió con paso rápido porque temía que el rey hubiera sufrido una recaída.

Un par de días antes, Dionisio I había regresado de un viaje por Andalucía en un estado lamentable: inconsciente, empapado en sudor, con fiebre alta, diarrea y la ropa sucia de heces y orina. Al tomar el pulso del rey, Israel se había sentido impotente, incapaz de decidir si sería más conveniente para el paciente tomar unas hierbas medicinales o que un cura le administrara los últimos sacramentos. Pero al poco había comprendido que probablemente los líquidos del cuerpo del rey se habían descompuesto y le habían causado problemas intestinales y fiebre alta, todo como consecuencia del mal funcionamiento de la glándula biliar. Mientras la reina sostenía la mano del rey con la esperanza de que Dios atendiera sus plegarias e impidiera que Dionisio I muriera, permitiéndole vivir para la bendición del reino y de ella misma, Israel había preparado un extracto de cuatro tipos de hierbas disueltas en una decocción de diversas raíces y jugos de plantas. Unas horas más tarde el rey había abierto los ojos. Tenía las manos temblorosas, estaba pálido y no se parecía al invencible guerrero que se había lanzado al ataque en tantos campos de batalla, pero estaba vivo y daba la impresión de encontrarse en vías de mejora.

Dionisio I dio la bienvenida a padre e hijo a la sala del trono y contó que, gracias a los excelentes cuidados de su médico y a sus eficaces hierbas medicinales, había recuperado rápidamente la salud y la fuerza. Israel suspiró aliviado.

El rey se levantó del trono y se acercó a Chaim, posó una mano grande y pesada sobre su hombro y lo miró interrogativamente. Dijo haber oído que Chaim, pese a su corta edad, ya había recibido de su padre instrucción en medicina. El muchacho, que estaba como petrificado preguntándose qué debería contestar, no acertó a pronunciar palabra.

El rey miró a Chaim a los ojos y dijo que suponía que se sentía muy orgulloso de su padre, que no sólo era un hábil médico, sino también un hombre sabio, discreto y de confianza, un súbdito que nunca cansaba al rey con cháchara absurda, curiosidad innecesaria o falta de respeto. Añadió que estaba convencido de que, gracias a su excelente labor como médico y a su buen carácter, el Día del Juicio a Israel se le perdonaría que fuera judío.

Como muestra de su alta estima a Israel, el rey había decidido —al igual que su padre, su abuelo y el padre de su abuelo antes que él— que algún día permitiría que el hijo

de su médico de cabecera sucediera al padre.

Dionisio I preguntó a Chaim si quería viajar a Granada para estudiar medicina y profundizar en el conocimiento de su oficio junto a Faraý ibn Hassan, el médico de cabecera del poderoso sultán Muhammad II, más versado en las artes médicas que ninguno de sus contemporáneos en la Península Ibérica, y el muchacho respondió: «Estaré encantado». El rey se alegró de oírlo porque ya estaba todo organizado. A la mañana siguiente, Chaim abandonaría su ciudad natal.

A Israel lo embargó una profunda gratitud, se arrojó a los pies del rey y le aseguró que era la persona más generosa de la tierra. Al mismo tiempo dedicó un pensamiento al cielo porque sabía que el ojo de Dios lo vigilaba y que quizá el Todopoderoso, en su trono celestial, se alegrara de que algún día su leal servidor Israel fuera sucedido por su hijo como médico del rey, tal como había sido la tradición durante varias generaciones.

Chaim sentía que el destino le sonreía y se le llenaron los ojos de lágrimas. Intentó decir algo, pero no encontró las palabras adecuadas.

Israel sentía cierta inquietud al enviar a Granada al orgullo de su familia porque sabía perfectamente que su hijo, mimado en exceso por él mismo y por sus hermanas, era un chico ingenuo e inexperto, que no estaba preparado para enfrentarse al gran mundo. Así que dio a Chaim el siguiente consejo:

—Durante más de cien años, nuestras manos han tocado las cabezas de los reyes, las reinas, los gobernadores y otros hombres y mujeres notables, y han curado sus cuerpos. Llevas contigo una gran herencia y sobre tus hombros recae la enorme responsabilidad del buen nombre de la familia. Nunca debes hacer nada sin pedir antes consejo a tu maestro. Sabio es aquel que escucha los consejos. Tú siempre has estado entretenido con unas cosas y otras, y eres un muchacho impaciente. Tienes que aprender a ser paciente, porque el trájín sólo pone piedras en el camino de la felicidad. Todo lo que dura en el mundo ha sido creado sin prisa. Recuerda que el mediocre obtiene más con su esfuerzo de lo que logra el más talentoso sin él. La reputación es algo que se alcanza por medio del trabajo duro. Lo que cuesta poco, tiene poco valor.

### **IBN HASSAN Y SU ALUMNO**

Chaim se sintió inmediatamente fascinado por Granada. Con los ojos como platos y la cabeza erguida caminaba por los diversos barrios sintiendo que Granada lo abrazaba acogedoramente con su huido olor a jazmín y sus etéreos aceites. La ciudad era rica en todo lo que él apreciaba: magníficas construcciones, jardines, fuentes, vegetación y cantos de pájaros. Era un verdadero paraíso con todo tipo de delicias imaginables y ofrecía esparcimientos más refinados e intensos de los que nunca había encontrado en su ciudad natal. Además estaba habitada por gentes increíblemente estimulantes. Chaim disfrutaba notando cómo vibraban los angostos callejones con los tonos de la música *maluf* andalusí, que con su calidez y sus timbres orientales le recordaba a los salmos e himnos judíos que su congregación había entonado con arrebató religioso en la sinagoga de su infancia y que habían constituido una imprescindible aportación de alegría en su vida. Aquí, en la atmósfera abierta del reino moro, sintió por primera vez las alas de la libertad.

Chaim se sintió impresionado por la admirable habilidad profesional y los inconcebibles conocimientos de Ibn Hassan. Decidió dedicarse en cuerpo y alma a su formación, estudiar noche y día y aprender todos los aspectos de la profesión médica, para

demostrar a su maestro, pero también a sí mismo, que se merecía la enseñanza y confianza del renombrado médico. Tenía la impresión de ser la persona más afortunada del mundo.

Ibn Hassan otorgó a su alumno su favor sin reserva alguna. Era como un padre para él e incluso estaba dispuesto a ciertos sacrificios para ayudar a su protegido.

Aunque Chaim no era todavía más que un joven aprendiz, Ibn Hassan procuraba siempre mencionar al sultán, como de pasada, lo talentoso y trabajador que era su alumno judío. Las palabras del médico tenían mucho peso en la corte. Cuando decía algo, era como si el propio Profeta hubiera anunciado una verdad. Por eso el poderoso sultán, a pesar de sus muchas ocupaciones con las importantes cuestiones de Estado, a veces por la noche se tomaba tiempo para hacer llamar a Chaim a su biblioteca y preguntarle si se encontraba a gusto en Granada y si todavía mantenía las costumbres judías.

Algunos logros menores, cuyo mérito era en realidad más achacable a Ibn Hassan que a Chaim y que quizá no hubieran llamado la atención de haber sido realizados por otro, afianzaron la posición de Chaim en la corte como joven con buenas perspectivas de futuro.

Un par de años más tarde, Chaim salvó la vida del general favorito del soberano, quien, durante una escaramuza con el clan de Ashqilula, había recibido un flechazo que le había atravesado el ojo izquierdo y había penetrado profundamente en su cerebro. Ibn Hassan dictaminó que había superado la prueba de fuego como médico y le encomendó la labor de ser su asistente.

Le dijo: «A partir de ahora serás mi mano derecha y aprenderás muchas cosas que te serán útiles en el futuro. Algún día, cuando ya seas un maestro, regresarás a Lisboa, tendrás tus propios alumnos y les enseñarás lo más importante de todo lo que he intentado inculcarte: como médico hay que ofrecer siempre, conforme a las circunstancias, ayuda desinteresada al necesitado».

## **EL ENAMORAMIENTO**

Fue amor a primera vista. Chaim no había visto jamás criatura más hermosa que aquella joven. Se llamaba Rebeca y era hija del rabino Abraham Orabuena de Córdoba.

El rabino había sido invitado a pasar un año en Granada para discutir cuestiones religiosas y filosóficas con el sabio y hospitalario sultán Muhammad II, porque el instruido religioso tenía un conocimiento que superaba los saberes humanos comunes. Rebeca había acompañado a su padre para ayudarlo en los asuntos prácticos.

Una mañana, Chaim fue llamado para atender a un poderoso general que padecía varicocele y no era capaz de levantarse de la cama. Chaim cruzaba a zancadas una pequeña plaza cuando Rebeca, recién levantada, salió al balcón de su casa con su esbelto cuerpo cubierto por una sábana y la negra cabellera suelta sobre los hombros. Chaim se detuvo. Tenía la sensación de que lo había fulminado un rayo. Se quedó mirando a la muchacha y sintió que su rostro, el más hermoso que había visto nunca, hacía palidecer el sol de la mañana. Rebeca se sonrojó y bajó la vista como era debido. Entonces él se apresuró a seguir su camino preguntándose si la bella no habría sido una alucinación.

Pasaron los días y Chaim sólo era capaz de pensar en la muchacha. Averiguó discretamente cómo se llamaba y el pasado de su familia, pero no se atrevía a acercarse a Rebeca. La contemplaba a distancia porque tenía miedo de que el fulgor de sus ojos negros y el aroma de su melena, oscura como una noche de invierno, hicieran latir tan intensamente su corazón que se desmayara y cayera redondo.

Ibn Hassan comprendió enseguida que su adepto estaba enamorado. Al principio pensó que alguna mujer liviana había atrapado a Chaim con sus encantos y le advirtió que el amor pasional siempre atribuye belleza a su objeto y que el juicio de los enamorados está mermado, por lo que a menudo piensan que su amado es más especial y perfecto de lo que realmente es el caso. Chaim juró que se trataba de una mujer honrada y añadió que aquello era una decisión del destino. Después le habló de la deliciosa cercanía y la insalvable distancia que sentía con Rebeca. Ibn Hassan entendió que aquel enamoramiento era todo menos pasajero y confesó a Chaim que la experiencia le había enseñado que se comete una gran injusticia contra Dios y contra uno mismo cuando se ama a una mujer y no se osa acercarse a ella. En nombre de Alá, animó a su asistente a acudir al padre de la muchacha para decirle que deseaba contraer matrimonio con su hija conforme a la ley de Moisés.

Cuando Ibn Hassan vio que el joven seguía indeciso sobre si anunciar su fogoso amor, le reveló lo que estaba escrito en el libro del destino que en ocasiones leía por las noches a la luz de una antorcha: Chaim se casaría con una judía honesta y tendría un hijo con cualidades espirituales excepcionales.

Con el corazón palpitando agitadamente y más aceite aromático en el pelo que nunca, Chaim llamó a la puerta del rabino. Para causar buena impresión llevaba regalos de todo tipo y empleó su voz más respetuosa para declarar sus honradas intenciones respecto a la hija del rabino. Rebeca escuchó la conversación oculta tras un cortinaje y tuvo dificultades para mantener la calma.

Primero el rabino Orabuena rechazó la petición de mano de Chaim por motivos religiosos, porque pensó que el chico era de origen moro. Entonces Chaim, con enorme cortesía, le informó de que era judío, hijo del médico de cabecera del rey Dionisio I, y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que le exigiera el rabino. Al ver que el viejo seguía mirándolo con escepticismo, se esforzó todavía más por causar buena impresión y se ofreció a trabajar para él durante siete años sin sueldo, como en el Antiguo Testamento, a cambio de la mano de Rebeca. Orabuena dedicó una larga y penetrante mirada a Chaim y lo echó de su casa.

El enamorado regresó noche tras noche, siempre a la misma hora, semana tras semana, pero el rabino lo rechazaba con inquebrantable decisión. Chaim estaba a punto de perder el juicio. Su corazón ardía y su cuerpo sufría. Noche y día pensaba únicamente en Rebeca, la muchacha que había despertado su deseo con su inocente mirada, sus grandes ojos negros y asombrados, su piel clara y fresca y sus pechos redondeados que se intuían tímidamente bajo el vestido negro. Chaim ya no sabía qué inventarse para lograr que se cumpliera su sueño de que Rebeca, con todos los secretos de su cuerpo, fuera suya.

Una noche, pocos minutos antes de que el enamorado llamara a la puerta, Rebeca se arrojó a los pies de su padre y los humedeció con sus lágrimas. Reconoció que se había enamorado del joven y que quería entregarle su corazón. Después de disculparse por su franqueza, el rabino le explicó que nunca podría confiar en Chaim porque la falta de correspondencia entre su mirada y sus palabras causaba una desagradable impresión de falsedad, y que no podía permitir que su hija se casara con una persona mendaz porque eso, inevitablemente, acarrearía funestas consecuencias en el futuro. Rebeca, que no albergaba ninguna duda sobre el carácter del elegante médico judío, objetó que lo importante no era en quién podía confiar el padre, sino a quién amaba ella. Entonces el rabino murmuró una rápida plegaria en hebreo mientras basculaba el torso adelante y atrás y por fin dio su aprobación. Rebeca expresó su infinita gratitud con una sonrisa de oreja a oreja y besó tiernamente la mejilla de su padre.



La pareja fue desposada por el rabino Orabuena. Entre los invitados se encontraban el sultán e Ibn Hassan, pero no había nadie de la familia de Chaim, porque el joven había cerrado la puerta al pasado y no había informado a su familia del casamiento ni de la decisión de no regresar nunca a Lisboa, ciudad a su juicio sumida en un semiletargo y que no podía compararse con Granada.

Chaim cerró las manos en torno a las de Rebeca como en una plegaria común y las mantuvo así mientras se inclinaba hacia delante y la besaba en los labios. Ella no se atrevió a corresponder el beso en presencia de los invitados a la boda, pero cerró los ojos y suspiró feliz.

## **EL NACIMIENTO DEL CABALISTA**

El lejano ancestro al que llamábamos el cabalista llegó al mundo en Granada exactamente la medianoche del primero de enero del año 1300. Según cuenta la leyenda familiar, su madre era de una familia de rabinos que llevaba trescientos años asentada en Córdoba y su padre de una renombrada familia de médicos judíos de Lisboa. La casa en la que tuvo lugar el alumbramiento se encontraba en la Alhambra, el floreciente palacio de la dinastía nazarí en el que se sucedieron veintitrés sultanes hasta el año 1492.

Hábiles manos de mujeres moras colaboraron esa noche para introducir orden en el caos. Recogieron y arrojaron al fuego de la cocina las sábanas ensangrentadas junto con los pegajosos apéndices del parto. Llenaron un barreño con agua y una criada comprobó con la mano que no estaba demasiado caliente. Cuando lo lavaron, el recién nacido chilló a pleno pulmón. Tenía los ojos oscuros y la cabeza cubierta por un espeso cabello negro.

El padre, Chaim de Espinoza, entró discretamente en el dormitorio y cuando le mostraron al niño pudo constatar que, al igual que su padre, Israel, el hijo tenía una nariz descomunal.

—Te doy las gracias, Dios mío, por haberme librado de vivir la maldición que durante tanto tiempo persiguió a mi padre —dijo Chaim, que parecía francamente aliviado—. Te doy las gracias, Dios mío, por haberme librado de vivir la maldición que durante tanto tiempo persiguió a mi padre —repitió Chaim—. Te doy las gracias, Dios mío, porque mi primogénito es un varón.

Cayó de rodillas ante su esposa, le cogió delicadamente la mano y le dio las gracias por haberle dado un varón, aunque ella estaba agotada y apartó la cara pálida y grisácea. A continuación Chaim se incorporó para dar las gracias al médico Faraý ibn Hassan, que había supervisado el difícil alumbramiento.

A pesar de que era medianoche, avisaron a Muhammad II. El sultán no tenía motivos para acudir a ver a un recién nacido —sobre todo a una hora en la que la mayoría de la gente dormía—, pero el nacimiento de aquella criatura fue considerado un acontecimiento importante, incluso una señal del cielo. Y es que el niño había llegado al mundo exactamente en el mismo momento que comenzaba el nuevo siglo, lo que confirmó los augurios pronunciados por los astrólogos de la corte que anunciaban que algo convulso, rayano en lo trágico, tendría lugar en el reino moro y motivaría cambios revolucionarios.

Muhammad II acudió también porque consideraba importante construir puentes sobre el abismo que en aquella época separaba al sultán de sus súbditos, tratando a su médico de cabecera moro, Ibn Hassan, y a su ayudante judío, Chaim de Espinoza, no tanto como vasallos de menor valía humana, sino más bien como amigos. El respeto a los demás

era una cualidad que Muhammad II tenía muy desarrollada.

—Chaim —dijo el sultán, que siempre se expresaba con la belleza de un poeta—, este niño ha llegado en gran medida para otorgarte la parte de orgullo paterno que te corresponde por destino. Este niño ha recibido el don de tener una cabeza extraordinaria. Veo brillar la claridad de su mente en sus ojos oscuros. Has de ponerle un nombre que simbolice claramente la especial sabiduría que le ha tocado en gracia.

—Loado sultán —dijo Chaim arrodillándose ante Muhammad II—, mi hijo, concebido y alumbrado en vuestro bello palacio, ya es más precioso para mí que la propia vida. Su nombre será Moishe.

## **EL QUE CONCILIA EL AGUA Y EL FUEGO**

Si no recuerdo mal, yo tenía doce años cuando mi tío abuelo, durante una de sus eruditas exposiciones de oscuras fantasías, nos habló del simbolismo del nombre propio que el médico Chaim de Espinoza había escogido para su primogénito, aquel antepasado al que nosotros llamábamos el cabalista.

Fue en verano. Mi tío abuelo había almorzado con nosotros. Sopa de patatas con albóndigas de harina, una comida que Sasha y yo detestábamos y que hubiéramos preferido vomitar. Pero siempre teníamos que acabarnos lo que había en el plato porque la comida seguía siendo un bien escaso. Después la abuela salió al portal para compartir los últimos cotilleos con la omnisapiente portera.

Nosotros nos quedamos en la cocina. Recuerdo que mi tío abuelo se secó el sudor de la frente y, molesto, apartó las atontadas moscas que zumbaban en torno a su cabeza. Como de costumbre, empezó a hablar sobre nuestros ancestros y su fascinante destino. Sus palabras me causaron una gran impresión.

Convirtiendo lo excepcional en natural y lo natural en excepcional, embelleciendo lo feo y eternizando el fugaz instante, mi tío abuelo nos enseñó muy pronto que incluso en las peores situaciones hay esperanza y que la vida siempre merece la pena ser vivida, aunque sólo sea por su triste brevedad. Creó para nosotros un universo paralelo, lleno de pasiones y misterios, para protegernos de la locura de la realidad y de las infinitas posibilidades de la derrota.

Mi infancia y la de Sasha tuvieron una ventana abierta al pasado, el lugar donde más tiempo pasábamos. No teníamos necesidad del ahora. El ayer era un espacio mágico y mucho más real, que nunca se acababa. Nosotros nos reconocíamos en las historias de mi tío abuelo. Alguien había estado allí antes que nosotros. Así de sencillo. Había un patrón inscrito en nuestro ADN y una fuerza invisible nos empujaba a encontrar la clave para descifrarlo. Ese mismo patrón lo veíamos en nuestros antepasados y ahora, por fin, empiezo también a descubrirlo en mí mismo.

—Franci —dijo la abuela cuando regresó a la cocina—, no vuelvas a atosigar a los niños con eso. Luego no pegan ojo. ¡Salid a jugar, gandules!

—Pero, Sara —protestó suavemente mi tío abuelo—, ¿qué mal hay en que los niños se diviertan un poco?

—Un mal enorme —lo interrumpió mi abuela—. Los niños inteligentes deben dedicarse a cosas sensatas, no a escuchar historias de bandidos y artes adivinatorias. Es una vergüenza y un pecado eso que andas haciendo. ¿No te das cuenta de que a los chicos se les enrarece la cabeza de pasar el día dentro de casa escuchando tus viejas fantasías? No es la

primera vez que te lo advierto. Primero fueron los cometas y la profecía de Moisés, después fantasmas que revelaban la verdad y ahora las enseñanzas místicas. Todo tiene un límite. ¿Dónde va a acabar esto?

Después añadió unas frases en alemán que no entendimos, pero que evidentemente no pretendían halagar a Fernando, que mantuvo el semblante sereno, aunque la nuez se le movía nerviosamente en el cuello. Ninguno nos atrevimos a decir nada.

A los niños nos parecía divertido engañar a la abuela porque no había nada más maravilloso que los momentos en que mi tío abuelo nos abría la puerta de las habitaciones secretas de la historia. Sasha y yo simulamos salir al patio a jugar, pero en realidad nos fuimos con Fernando al dormitorio. Allí nos preguntó en voz baja si habíamos oído hablar de Moíshe de Espinoza, autor del *Sefer Ha-Zohar (Libro del esplendor)*, la más crucial de las obras de la cábala. Sasha negó con la cabeza y yo respondí que sí. En parte porque tenía miedo de que mi tío abuelo, que era diez mil veces más inteligente que yo y tenía acceso a profundas verdades que yo nunca había podido comprender, pensara que era corto de luces. Y en parte porque desde niño supe excusarme a mí mismo cuando me desviaba del camino de la verdad.

—Chicos, estoy convencido de que no sabéis lo que significa su nombre.

Un silencio reflexivo e inseguro siguió a las palabras de mi tío abuelo. Luego éste sacó una hoja y una pluma del cajón de la cómoda, dibujó unas figuras y continuó:

—Hoy en día casi todo el mundo piensa que Moíshe simplemente es un nombre propio de varón judío. Pero las fuerzas esotéricas que habitan este nombre recuperan la vida y el color para los iniciados en el mundo secreto de la cábala. Este nombre está compuesto por las letras hebraicas *mem*, *shin* y *he*. A cada letra le corresponde un valor numérico, aunque también son un símbolo en sí mismas. *Mem* representa el agua, *shin* el fuego y *he* la respiración. Así que Moíshe significa: el que al respirar (es decir, por medio de su vida) es capaz de conciliar el agua y el fuego (o las energías masculinas y femeninas) en nosotros. Vuestro ancestro Moíshe, el cabalista, reunía excepcionales cualidades en su interior.

De nuevo mi tío abuelo se vio interrumpido por mi abuela, a la que se le ensombreció la mirada al asomar la cabeza por la puerta y descubrir que no habíamos salido al patio.

—Ya no lo aguanto más. Franci, ¿es que te has quedado sordo de repente? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no puedes llenarles la cabeza a los chicos con las mentiras y las historietas que te inventas? Realmente eres un tipo imposible. Se nota que hace treinta años que no tienes mujer.

La abuela se fue y mi tío abuelo se quedó pálido, con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo. Su repentino silencio me pareció inquietante.

Entonces sucedió algo inesperado. También el abuelo asomó la cabeza por la puerta. No solía estar en casa a esas horas porque pasaba el día en una taberna que llevaba el irónico nombre de El Gallo Ponedor y no regresaba hasta la hora de la cena. En aquella taberna almorzaba todos los días sopa de rabo de toro, el plato más económico, y jugaba a las cartas con sus amigos, una panda de hombres con escasos dientes y menos medios, pero tanto más deseos de cerveza. A pesar de que el abuelo no bebía ni fumaba, era un cliente habitual de aquella taberna que apestaba a cerveza y orina, en la que apenas se veía nada a través de las densas nubes de humo suspendidas en el aire y a la que la mayoría acudía sin más propósito que el de pasar el tiempo. No hacía falta ser un hombre de conducta virtuosa para que el ambiente te produjera escalofríos. Aun así, El Gallo Ponedor era el centro de la existencia de mi abuelo. Los días que la taberna cerraba —el 1 de mayo, el aniversario de la

Revolución Rusa y Nochebuena—, los vivía como un castigo.

Apenas tengo recuerdos de mi abuelo entablando conversación con Fernando, pero en esta ocasión, con voz casi alegre, dijo:

—Fernando, no tienes ni idea de lo que te envidio. Llevo más de cuarenta años conviviendo con esta mujer sorda y llena de prejuicios que nunca escucha lo que dicen los demás. Ha sido bastante cansado, por decirlo con suavidad. Así que te envidio, porque tú eres un hombre libre y feliz.

A continuación dio media vuelta y desapareció. Una sonrisa irónica apenas perceptible se dibujó en los labios de mi tío abuelo y me pareció que murmuraba:

—Él me envidia porque soy libre. Bah. Libre sólo es aquel que no exige nada. —Y seguidamente añadió—: *Liebe Kinder*, no os esforcéis por intentar entenderlo todo con la cabeza. Confiad en los sentimientos, que os mostrarán el camino correcto. Ante todo debéis recordar siempre que, hagáis lo que hagáis en la vida, vuestras acciones han de tener una meta sensata, de lo contrario correréis el riesgo de perder vuestra humanidad. Pero ahora será mejor que hagáis lo que dice vuestra abuela y salgáis a jugar.

## **EL MISTERIO DE LA CÁBALA**

Cuando Sasha reconocía no recordar lo que era la cábala, mi tío abuelo siempre le repetía amablemente, y palabra por palabra, en qué consistía esta enseñanza.

«La cábala es la enseñanza mística de los judíos». Con esta sentencia solía comenzar Fernando su repaso. Pronunciaba las palabras despacio y con solemnidad. Después repetía la frase, para inculcárnosla, y continuaba en un tono bajo, casi susurrante: «La cábala también se puede describir como un código o una escritura secreta. El objetivo es ocultar la verdadera sabiduría a aquellas personas que carecen de la madurez necesaria para entenderla. Pero el iniciado, que es capaz de descifrar el código, encontrará las verdades y los secretos bien guardados que los ángeles han inscrito en esta enseñanza desde el comienzo del universo. El auténtico cabalista siempre encuentra lo que busca».

Sasha y yo queríamos saber si mi tío abuelo pertenecía al grupo de los iniciados, pero cuando le preguntábamos si practicaba la cábala, nunca obteníamos respuesta. Era extremadamente reservado con los detalles sobre su propia vida. Hablar de sí mismo era algo que le resultaba ajeno. Lo que le gustaba era hablar sobre nuestros antepasados.

Siempre teníamos miedo de que la abuela irrumpiera en la habitación y atajara a mi tío abuelo cuando, sin escatimar detalles sobrenaturales y elementos fantásticos, nos ofrecía una estimulante introducción al nacimiento de la cábala. Al hablar de la enseñanza mística de los judíos, adornaba sus palabras con una imaginación poética que nos hacía escucharlo fascinados, aunque ahora me doy cuenta de que éramos demasiado pequeños para enterarnos de algo. En ocasiones también pienso que nos contaba estas cosas no tanto para iluminarnos a Sasha y a mí como para fastidiar a mi abuela.

—Después del nacimiento del cosmos —nos explicaba—, el creador enseñó a los ángeles una sabiduría secreta que hoy en día llamamos cábala. Una vez cometido el pecado, los ángeles decidieron enseñar a las personas los secretos de la cábala para que pudieran recuperar la conexión con el paraíso.

—¿Qué es el paraíso? —lo interrumpía Sasha, a quien manifiestamente no le había sido concedida la capacidad de comprender la mística judía.

—Para los cabalistas es la energía divina en la tierra —continuaba mi abuelo—.

Pero lo curioso es que nadie quería recibir esta sabiduría. Las personas siempre han estado más interesadas por las cosas terrenales que por las verdades divinas. Por eso los ángeles tuvieron que esperar pacientemente a que apareciera alguien sobre el escenario de la historia con la suficiente madurez humana para poder recibir la verdad. Ese hombre fue Abraham. Dios llegó a un pacto con él y le prometió que sus descendientes tendrían acceso al misterio del universo.

—¿Qué es eso? —preguntaba mi hermano.

—El misterio del universo —repetía mi tío abuelo, antes de continuar susurrando, como para subrayar la seriedad del momento— es la música de las esferas, la vibración originaria, el nombre secreto que da acceso a toda sabiduría y energía. Se llama Tetragrámaton y consiste en las cuatro letras hebraicas J, H, V, H. Se pronuncia Jahveh o Jawah o Jehová. Intentad decirlo en voz alta.

—¿Es así como se llama Dios? —preguntaba Sasha.

—No, el cabalista llama a Dios Ain Sof, «el que no tiene final».

—Pero en otra ocasión nos dijiste que Dios era el que no tenía comienzo —objeté.

—El Todopoderoso no tiene nombre. Sólo los seres humanos tenemos necesidad de encontrar palabras que representen lo divino. Vuestro antepasado Moisha de Espinoza, el gran cabalista, había estudiado también el Corán y citaba con frecuencia un proverbio árabe: «Dios tiene noventa y nueve nombres y sólo el camello conoce el centésimo».

Yo no entendía nada. ¿Ain Sof? ¿La música de las esferas? ¿Una fuerza originaria que mantiene en su sitio la infinidad de cuerpos celestes en el vacío cósmico? ¿El que es capaz de pronunciar las cuatro letras correctamente controla el mundo? ¿El camello que conoce el nombre de Dios? Me resultaba todo incomprensible. Pero ¿qué sabría yo? Nada en comparación con mi tío abuelo, que era inteligente y sabio y tenía el cerebro repleto de misterios. Algunas veces intenté pronunciar el nombre secreto, pero fue en vano. Mi dicción era espantosa. La palabra no se adaptaba a mi boca. Tenía la sensación de que se me escapaba algo esencial.

Mi tío abuelo me ponía la mano sobre el hombro con suavidad, pero con decisión, y sostenía que con un poco de práctica podría convertirme en el señor del universo. Me sentía halagado, aunque en el fondo no tenía ganas de asumir semejante responsabilidad. Lo que yo quería era explorar la oscuridad de la historia. Quería penetrar en oscuras bibliotecas y encontrar tesoros ocultos. Pero sobre todo quería escuchar las historias sobre nuestros antepasados que contaba mi tío abuelo.

## **UN SULTÁN EJEMPLAR**

Ya va siendo hora de regresar a la Granada del siglo XIV. Sin embargo, antes de adentrarme en la historia de mi familia, me gustaría reproducir lo que he encontrado en los libros de historia sobre Muhammad al-Faqih, el segundo sultán de la dinastía nazarí.

Describen a Muhammad II como un soberano excepcionalmente ilustrado para su tiempo, cuya fama llegó mucho más allá de la Península Ibérica. Reunía todo el poder en sus manos y nunca lo empleó de un modo arbitrario. «Mi primer día como tirano, será mi último día como sultán de Granada», dijo en el discurso que pronunció el día que asumió el trono. En los años siguientes, gobernó su reino con justicia y sin enfadarse ni alzar nunca la voz. Era un sultán temido y respetado, que valoraba a aquellos individuos que cumplían con su deber, no perdonaba las debilidades de sus hombres y castigaba duramente a quien no

obedecía sus leyes. Cuando combatía en una guerra, siempre intentaba mitigar la brutalidad y las atrocidades, y nunca mataba a un enemigo vencido. Tenía un alma rica y era un hombre ejemplar, de sabiduría y valor legendarios. Y ya en vida el pueblo cantó a su sentido de la justicia, con el que se ganó el corazón de tanta gente.

A pesar de que el sultán no se sentía viejo y aún tenía la decisión y la fuerza requeridas para seguir gobernando, a veces pensaba que un padre que empieza a arrastrar los años y a sufrir los pequeños males, debilidades y achaques de la edad, debe ceder a tiempo a su hijo su puesto, su riqueza y su poder. El día en que confundió el nombre de dos de sus consejeros políticos más cercanos, empezó a especular seriamente sobre cuál de sus tres hijos —Faraý, Muhammad o Naser, de madre cristiana— era el más idóneo para sucederlo.

La tradición entre los moros dictaba que el mayor de los hijos varones debía heredar el poder y el sultán prefería atenerse a esta costumbre. Pero a la vez pensaba que los intereses del reino iban por delante de cualquier otra consideración y, por el bien de la comunidad, estaba dispuesto a desviarse de esta atávica tradición.

## **EL HIJO MAYOR**

El hijo mayor del sultán se llamaba Faraý. De pequeño era inseguro y enclenque, un niño sobreprotegido y mimado por su madre. Rara vez hablaba y con frecuencia se encerraba en su cascarón. Mucha gente en la Alhambra llegó a la conclusión de que era lento o retrasado.

El sultán estaba convencido de que su primogénito no era un auténtico nazari en lo que respecta a la fuerza, el apetito, la confianza en sí mismo y la elocuencia. Pero solía consolarse pensando que por muy cerrado e introvertido que fuera alguien en la infancia, nunca se podía predecir cómo evolucionaría una criatura ni cómo se comportaría en el futuro.

Faraý se casó joven y esto produjo grandes cambios en su carácter. Ganó seguridad en sí mismo y se volvió más extrovertido, incluso hablador. Y con el tiempo adquirió la mala costumbre de irse de la lengua. Sin embargo, su monótona cháchara y sus concisas bromas tenían escaso interés para la mayoría de los oyentes, puesto que era de ese tipo de personas que tienen poco que contar.

Un día, durante una cena familiar y para contribuir al buen ambiente de la comida, Faraý aireó diversas opiniones políticas que le interesaba debatir. Había cumplido veintiséis años y el nuevo siglo acababa de comenzar. Faraý se concentró para que cada palabra expresara con la mayor precisión posible lo que ya había pensado, pero nunca se había atrevido a formular en alto. Tembloroso, criticó al sultán y afirmó que el incipiente conflicto con el clan rival de los Ashqilula debía resolverse con violencia. El conflicto había surgido por una disputa por la frontera del sur. Faraý no se contentó con proponer una agresión, sino que aconsejó a su padre que permitiera a sus tropas saquear al pueblo de los Ashqilula y violar a sus mujeres, convencido de que eso reforzaría la moral de los soldados.

El sultán lo escuchaba con creciente asombro, sin dejar que su cara revelara lo que pensaba: que su hijo mayor se había extralimitado de un modo imperdonable. Muhammad II echó un vistazo a su alrededor y su mirada se topó con un par de ojos teatralmente abiertos. Pertenecían a la esposa de Faraý, una exuberante mujer que poseía el inquietante resplandor de la belleza. El sultán comprendió enseguida que había sido ella

quien había puesto aquellas palabras en boca de Faraÿ, puesto que sus antepasados descansaban en la tierra fronteriza en disputa. Después cayó en la cuenta de que la nuera no había bajado la mirada cuando él la miró. ¿Habría olvidado, se preguntó Muhammad II, que una mujer nunca debe mirar a un hombre a los ojos ni jamás corresponder su mirada, por humildad y porque así ha de ser, sobre todo cuando el hombre es el sultán?

El sultán no pudo evitar interrumpir a Faraÿ y ponerlo en su sitio.

—Faraÿ —dijo con tono severo—, he sido testigo de inconcebibles atrocidades, masacres y actos repulsivos. Yo no permito el pillaje ni las violaciones. Tú afirmas que quieres recompensar a nuestros soldados, pero en realidad pretendes enviarlos a una sangrienta guerra. Será mejor que calles y que, en vez de defender ideas simples, procures hacerte señor de tu propia casa. Es evidente que se te ha olvidado enseñar a tu esposa que la mujer es inferior al hombre, porque así lo quiso Dios y así lo decidió el Profeta. —El sultán hizo una breve pausa, inspiró profundamente y continuó—: Las cuestiones políticas más complicadas pueden aturdir a las mentes menos agudas. Un hombre sabio, en cambio, sabe y acepta con humildad que la toma de las decisiones importantes es una tarea exclusiva del sultán. Quiero recordarte que tu comportamiento atenta contra nuestros usos y costumbres. No tolero que tú ni ningún otro arruine esta exquisita comida con discusiones innecesarias sobre cosas que no está capacitado para entender.

Faraÿ no estaba preparado para que lo atajaran tan brutalmente. De golpe, perdió la seguridad en sí mismo. La sangre abandonó su cara y se puso tan pálido que todo el mundo creyó que se iba a desmayar. En ese momento el sultán comprendió, con más claridad que nunca, que su primogénito pertenecía al grupo de los despreciables y carentes de dignidad, que era un hombre manipulable y débil y que de ninguna manera sería apto para gobernar Granada.

Una semana más tarde, Muhammad II plantó un duro beso en la frente de Faraÿ y lo envió de gobernador a Málaga, un lugar de destierro que había conquistado diez años antes al clan de Ashqilula.

## **EL HIJO MEDIANO**

El segundo hijo del sultán, Muhammad, era un auténtico salvaje con una funesta afición por las dagas y los sables. Con frecuencia se saltaba las reglas y le importaban un cuerno las leyes. Era impulsivo, tenía sentimientos encendidos e inflamables, y le encantaba ordenar y mandar. Los súbditos lo temían porque era colérico, incontrolado y cruel, y mandaba fustigar a la gente por la menor infracción.

Sólo una persona estaba cerca de Muhammad: una concubina africana de piel oscura que, según se decía, tenía un apetito por los placeres de la carne que hubiera bastado para un harén entero. La mujer nunca se entregó a nadie más que a él. Se llamaba Nedjmaa y, a pesar de haber pasado los cuarenta años, era considerada una de las mujeres más atractivas de Granada. Siempre iba envuelta en seda negra, y lo único que mostraba eran los tobillos y los ojos oscuros y despiertos. Los rumores afirmaban que a los siete años un comerciante de esclavos que había intentado abusar de ella le había hecho un corte en la cara cuando ella se resistió y añadían que el destino —para compensar las calamidades que aguardan a una chica con la cara mutilada— le había concedido un cuerpo perfecto.

Su padre, curandero y fabricante de lluvia, pertenecía a la tribu de los Pendja, procedentes del interior de África. Según sus costumbres, era perfectamente lícito que las

madres tuvieran niños con sus hijos y que los padres se acostaran con sus hijas. Nedjmaa se había convertido al islam sin renegar de sus creencias Pendja y practicaba las dos religiones simultáneamente. Se decía que su padre le había enseñado la magia negra, además del arte de orinar de pie y de comer carne humana. Había quien sostenía incluso que era capaz de caminar sobre el fuego sin quemarse. Otros hablaban de hechizos y brujería, y de que había retorcido la cabeza de Muhammad con su fogoso órgano sexual. Los cortesanos solían deleitarse con salaces detalles sobre su supuesta vida amorosa disipada.

Pero las malas lenguas no hacían mella en Muhammad. Lo único que ocupaba sus pensamientos era el poder y soñaba con gobernar algún día sobre Granada.

Cuando enviaron a Faraÿ a Málaga, Muhammad sintió primero tristeza y más tarde furia porque su padre no entendía quién era el más idóneo para sucederlo como sultán. Creyó que el objetivo de nombrar gobernador a Faraÿ, era preparar a su hermano para el trono, pensamiento que le resultaba insoportable.

Muhammad se encerró en sus aposentos, se aisló del mundo y empezó a hablar de traición e injusticia. Tan pronto despotricaba de los consejeros del rey, como de su hermano o de su madre, pero sobre todo colmaba de maldiciones a su padre. Con un sable en la mano y el rostro atormentado por el odio, juró que algún día degollaría a Faraÿ.

—Te perseguiré hasta la muerte, Faraÿ —chilló a pleno pulmón—. La tierra húmeda no tardará en caer sobre tu rostro y se te colará por la nariz hasta llenarte los pulmones. Regresarás a la tierra como si nunca hubieras existido. Porque sólo yo soy digno del trono del Granada.

Blandió el sable con tanta furia que perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo. Nedjmaa estaba al otro lado de la puerta, escuchando a hurtadillas la volcánica erupción.

Por la noche, cuando Muhammad se había calmado y la pareja estaba en la cama, Nedjmaa reveló el insidioso plan que había urdido a cuenta de su amante.

—La Providencia sabía lo que hacía —constató Nedjmaa restregándose las manos—. Ahora que tu hermano está lejos de casa, fuera de la vista del sultán, podrás llevar a cabo mi plan. Debes viajar a Málaga y liberar a Faraÿ de la jaula dorada en la que lo han encerrado.

## **LA MUERTE EN GRANADA**

Lo que pasó en Granada lo sabemos por la descripción de Abd al-Rahman ibn Jaldun, un respetado diplomático que gozó de la amistad del propio sultán, y que se refugió en Granada en la década de 1350. En los escritos del gran historiador, entre multitud de detalles y agudas observaciones, se puede acceder a la verdad sobre los asuntos de la época de un modo más preciso que en ningún otro. Su manuscrito estuvo perdido durante más de seiscientos años, pero apareció inesperadamente a finales de la década de 1920 en la biblioteca de la Universidad Al-Azhar de El Cairo. Mi tío abuelo recomendaba fervientemente que leyéramos algún día a Ibn Jaldun para comprender el reino moro en el que había transcurrido la historia temprana de nuestra familia. Tengo el libro ante mí, una edición ilustrada impresa en Londres en 1996 por Fourth Estate Publishers, con un prólogo de Bernard Lewis. *Medieval Stories of Granada* es una obra maestra. El arte narrativo de Ibn Jaldun es impresionantemente poético. Yo haré cuanto esté en mi mano para reproducir su detallada explicación de una manera concisa, pero sin perder los detalles más importantes.



Muhammad visitó a Faraÿ en Málaga sin previo aviso y permaneció un mes en la residencia de su hermano. Era una casa grande, oscura y llena de sinuosos pasillos con humedades. Los hermanos rara vez hablaban entre ellos, pero los criados contaban que a menudo pasaban la noche juntos, fumando en silencio *kif*, una especie de hachís del norte de África.

Una noche sin estrellas, la décima de la luna de *muharram*, se enemistaron y lucharon entre ellos. Nadie sabía qué había originado la pelea, pero era evidente que había sido Muhammad quien la había iniciado. Cuando logró postrar a su hermano en el suelo, y estaba sujetándolo y presionando su cara contra el suelo, empezó a gritar fuera de sí de furia. Faraÿ intentó liberarse, pero como Muhammad era más fuerte, acabó llorando. Entonces Muhammad le escupió en la cara y sacó su daga. La lucha duró poco más de un minuto. Muhammad se levantó, retrocedió unos pasos y observó con curiosidad cómo la vida abandonaba el cuerpo de su hermano.

Muhammad sintió alivio y alegría. Había sido bastante más fácil de lo que en un principio imaginó llevar a cabo el plan de Nedjmaa. Su brazo no había vacilado; sin duda era un hombre de acción. «Por fin me he librado de mi hermano», constató satisfecho. Luego se sentó en la cama y se sintió exhausto. Notaba el cuerpo pesado. Buen sueño y digestión regular, pensó. Antes de dormirse oyó gritos y sollozos por los pasillos.

Esa noche una terrible tormenta azotó Málaga. Los rayos caían delante de la residencia de Faraÿ, iluminando la casa con una luz intensa.

A Muhammad lo despertaron los truenos que retumbaban sobre la ciudad. Estaba confuso e inquieto. No sabía si estaba dormido o despierto, y se preguntó si la lluvia del exterior formaba parte de su sueño. En la habitación alumbrada por los rayos vio a una rata blanca salir del cráneo de su hermano y, a pesar del viento que soplaba sobre la casa, oyó que unos demonios le susurraban algo. Al principio apenas podía distinguir sus palabras, después las voces sonaron más fuertes y más graves. El viento arreció y acalló todos los demás ruidos. «El poder es dulce, muy dulce». Por la fuerza del viento, Muhammad no oía los gritos y los sollozos. Lo único que escuchaba eran aquellas palabras: «El poder es dulce, muy dulce». Sintió alegría, aunque sobre todo certeza. Granada lo estaba esperando.

## **LA CONFESIÓN**

Muhammad abandonó Granada al amanecer y cabalgó de vuelta al palacio de su padre. Un lacayo vestido con librea verde lo condujo a la sala del trono, donde se encontraba el grandioso y aterrador sultán. Sin preámbulo alguno, Muhammad confesó haber matado a su hermano.

—Actué en defensa propia —explicó—. Mi hermano me robó a mi concubina, una mujer de peculiar belleza que constituía para mí el mayor de los misterios. Exigí a mi hermano que asumiera la responsabilidad de sus actos y él me mintió a la cara. Entonces le conté que había visto con mis propios ojos que sus cuerpos se fundían. Monté en cólera, tal vez le grité. Faraÿ sacó su daga y estuvo a punto de clavármela en el estómago, pero fui capaz de esquivarla, más por mi buena estrella que por mi agilidad. Créeme, padre, lo cuento como fue. Juro que actué en defensa propia.

Muhammad pensaba que su padre lo sometería a un severo interrogatorio, pero a éste lo embargó la tristeza y guardó silencio. Miró fijamente a su hijo, observó sus gélidos ojos, su cuerpo estrecho y fuerte, y su bigote negro. Le dolía no descubrir ni un ápice de

congoja en los ojos de Muhammad, pero lo que más le apenaba era que su hijo, carne de su carne, no lo honrara con su sinceridad y le mintiera con tanta facilidad.

Era consciente de que la supuesta franqueza de Muhammad al explicar el trágico suceso de Málaga tenía su origen en la astucia y el cálculo. El sultán dijo:

—La mentira consume la voluntad del cielo, la voluntad de Dios. Quiero creer que eres sincero y que me has contado la verdad, la verdad tal y como tú la ves. Los motivos que puede argüir una persona para odiar y matar a otra son muchos, pero no creo que tú y Faraÿ tuvierais cuentas pendientes.

—Padre —respondió Muhammad, cayendo de rodillas—, nunca he querido hacerle daño. Ensuciar mis manos con la sangre de Faraÿ era lo último que deseaba. Actué en defensa propia.

El sultán indicó a Muhammad que se levantara y dijo:

—El que nada malo ha pensado, nada malo ha de temer.

—No tengo nada que temer ni nada de lo que avergonzarme —se apresuró a puntualizar Muhammad—. Fue todo culpa de Faraÿ. No sé qué le pasó. No sé por qué me quitó a mi concubina, ni por qué se abalanzó sobre mí como un loco...

—¡No te permito que llames loco a tu hermano! —bramó el sultán; acto seguido hizo una breve pausa y continuó en un tono más suave—: Me resulta inconcebible que Faraÿ, criado como un buen musulmán, te atacara durante la *ashura*. Ésta es una época de ayuno, plegarias y luto por el martirio del imán Hussein. Ningún creyente lleva armas durante el mes de *muharram*. El ayuno debió de nublar el entendimiento de Faraÿ y ensombrecer su juicio.

El sultán se levantó del trono, ordenó a Muhammad que rezara y se retiró a la biblioteca para sacarse el aguijón de la pena y buscar consuelo en unas líneas del filósofo Ibn Rushd (Averroes): «Todo lo que le sucede a una persona, desde su nacimiento hasta su muerte, está predeterminado. Así, toda negligencia es intencionada, todos los imprevistos están decididos de antemano, toda derrota es una misteriosa victoria y cada muerte es un suicidio. No hay consuelo más cargado de sentido que el pensamiento de que nosotros mismos hemos elegido nuestras desgracias».

## **LAS CUATRO CENAS**

Cuarenta días más tarde, el sultán hizo llamar a sus dos hijos, Muhammad y Naser. Los estudió durante unos segundos antes de tomar la palabra:

—Tras una época de luto llena de silencio y reflexión pretendo averiguar qué tipo de hombres sois. Quiero que me sirváis dos cenas cada uno. En la primera me ofreceréis la mejor comida que pueda brindar la tierra. En la segunda me daréis lo peor que se os ocurra.

—Disculpa la pregunta, padre —preguntó Muhammad, que era impaciente y estaba empezando a enfadarse—, pero ¿qué sentido tiene esto? ¿Es una especie de prueba?

—Quiero ver vuestro verdadero rostro —respondió el sultán serenamente, con el elocuente gesto de un hombre consciente de su vasta experiencia—. La comida que me sirváis reflejará vuestra alma. En estas cenas se oculta el futuro. Pertenece a Dios y a él regresaremos. Os ordeno que os marchéis enseguida y acometáis esta tarea.

Muhammad no era de los que se molestan en hacer complicados y minuciosos preparativos, se trataba de lo que se tratase. Emplear su tiempo en algo tan intrascendente como cocinar, le parecía tan absurdo como innecesario. Además, la idea de las dos cenas le

resultaba ridícula y en su opinión indicaba que la edad había mermado la lucidez de su padre, lo cual reforzaba su certeza de que no tardaría en ocupar su legítimo puesto en el trono del sultán. Verse como futuro soberano de Granada le proporcionaba muchas imágenes agradables y a la vez disminuía aún más sus ganas de esforzarse por su padre.

Cuando su madre le preguntó si necesitaba ayuda para satisfacer el deseo del sultán, Muhammad hizo un ademán de irritación y respondió tajante:

—Preparar dos cenas es cosa fácil. Sé lo que me gusta y lo que no me gusta. No necesito tu ayuda, madre. Sería bastante estúpido apagar tu luz propia para iluminar con una prestada.

Cazar faisanes en los bosques al pie de Sierra Nevada era la ocupación favorita de Muhammad. La primera noche sirvió a su padre un exquisito faisán acompañado de deliciosas verduras. La comida la preparó un cocinero.

Aquel día, el sultán había tenido un día especialmente ajetreado y no había podido probar bocado, salvo una taza de tila por la mañana. Por la noche acudió a la mesa de Muhammad con gran apetito. Al ver la comida se quedó callado. Probó un pedazo del faisán, sobre todo por curiosidad, porque quería saber si era verdad lo que decía Muhammad de que la carne sabía a miel. Se abstuvo de comentar el menú. Al minutó se disculpó, se levantó de la mesa y abandonó la habitación con paso ligero.

Muhammad se quedó sentado y suspiró hastiado, negó con la cabeza y tamborileó los dedos sobre la mesa.

—De este modo me agradece el esfuerzo que le he dedicado a esta maldita cena —sentenció.

La biblioteca era el santuario del sultán. Allí reinaban el silencio, un olor peculiar y una solemnidad meticulosamente cincelada que ni siquiera la sala del trono de Granada podía ofrecer. Sobre los estantes que cubrían las paredes, se extendían en orden alfabético cincuenta mil manuscritos encuadernados en piel de ternero y con las iniciales del sultán grabadas en oro sobre el lomo, en los que se podía encontrar todo el saber del mundo islámico.

El sultán cogió un manuscrito de un estante y salió al balcón, donde se quedó largo rato mirando el horizonte. La noche era cálida y una luna naranja se elevaba sobre los picos de las montañas.

A la noche siguiente, Muhammad le ofreció tocino frito y puré de colinabo. El sultán negó con la cabeza, apartó de sí el plato para demostrar su desprecio, se levantó de la mesa y se dirigió a la biblioteca sin dar las gracias por la comida. Obviamente Muhammad no podía exigir a su padre que mostrara entusiasmo por la cena, pero estaba decepcionado porque notaba claramente la hostilidad del sultán, aunque éste nunca se expresara de un modo humillante, despectivo o prejuicioso.

La razón por la cual el sultán tampoco esta vez preguntó a su hijo por qué había escogido esa comida, era que veía perfectamente que Muhammad había compuesto ambos menús de un plumazo, por el apremio del momento, sin dedicarle mayor reflexión. El sultán concluyó que a muy pocos les era concedida la gracia de tener una imaginación y un entendimiento por encima de la media y que su hijo Muhammad no se encontraba entre ellos. Por eso no podía esperar gran cosa de él.

También el hijo menor, Naser, de veintiún años, encontró bastante peculiar el deseo del padre. No porque la petición le pareciera exagerada, sino más bien porque nunca en su vida había cocinado. Por eso no sabía qué ofrecerle ni cómo acometer la tarea de llenar la mesa con delicias. Pero sonrió con alegría, porque para él era obvio que el sultán siempre

sabía lo que hacía y que no era tarea de un hijo cuestionar los deseos y pensamientos expresados por su padre.

Naser se encerró en su cuarto durante tres días y tres noches para estudiar diversos libros y especular. Después llamó a su madre y le pidió consejo.

—Te voy a confesar una cosa —dijo la madre—. Como soy cristiana, no estoy muy versada en las creencias de tu padre. Pero en los últimos tiempos, no con demasiada frecuencia, pero sí en tres o cuatro ocasiones, me han venido a la cabeza unos versos del Corán sin motivo aparente. Quizá sean éstas las palabras que necesitas oír: «El creyente que es humilde en sus plegarias y le da la espalda a las palabras vacías es el que sale adelante».

—Palabras vacías —repitió Naser pensativo, y entonces se le ocurrió una idea.

La primera noche, el hijo menor del sultán sirvió lengua hervida cortada en finas rodajas. No había nada más sobre la fuente. Muhammad estudió la comida en silencio, pero no entendió nada.

—Hazme el honor, Naser, de explicarme lo que es esto —dijo.

—Es una delicada lengua, padre —respondió el hijo menor—. Me pediste que te sirviera la mejor comida que puede brindar la tierra. Por eso me he tomado la libertad de servir lengua. Porque a mi juicio, la lengua es la mejor parte de nuestro cuerpo. La lengua puede articular bellas palabras, presentar verdades y ayudarnos a vivir en armonía con la enseñanza del Corán. Las palabras correctas proporcionan fuerza y valor a las personas. La lengua puede extender la armonía, el amor y la justicia, y reforzar la unión de las gentes de Granada.

El sultán se quedó impresionado con la respuesta de Naser. Por un instante se embriagó con el aroma de la lengua, la masticó con infantil entusiasmo, la saboreó detenidamente y la tragó despacio con un prolongado suspiro. El sol ya se había puesto y se extendía el fresco olor de la noche. Padre e hijo se quedaron varias horas charlando en la mesa. Era la primera vez que pasaban tanto tiempo juntos. Cerca de la medianoche, el sultán dio las gracias por la generosidad de Naser y lo abrazó con cierta emoción.

Al día siguiente, la curiosidad del sultán por la segunda comida de Naser aumentaba con el paso de las horas. Por la noche se dirigió con pasos rápidos a la mesa, donde se encontró la misma cena que la noche anterior. El sultán quedó sorprendido. Por un momento pensó que había sido un error, pero Naser sonrió con aire misterioso e invitó a su padre a sentarse a la mesa con un elegante gesto. Antes de tocar la comida, éste pidió una explicación.

—Padre, nos pediste que te sirviéramos lo peor que se nos ocurriera a mi hermano y a mí —respondió Naser—. Esta noche me he tomado la libertad de servir lengua. A mi juicio la lengua puede ser el peor enemigo del hombre. La lengua puede expresar la furia y el odio, puede hacer llorar y puede aplastar las esperanzas de las personas. La lengua puede extender mentiras y difamaciones. La lengua, sobre todas las cosas, puede sembrar discordia y dañar a las gentes de Granada.

Las palabras de Naser impresionaron al padre. Igual que la noche anterior, se embriagó un instante con el aroma de la bandeja, después masticó la lengua con entusiasmo infantil, la saboreó detenidamente y se la tragó despacio con un prolongado suspiro.

El sol ya se había puesto y se extendía el fresco olor de la noche. Padre e hijo se quedaron largo rato a la mesa. Hablaron de poesía y discutieron algunos versos del Corán. Rara vez el sultán fue tan franco como aquella noche. Explicó que el mundo no se había creado de una vez para siempre y que a lo largo de la vida había vivido muchas cosas con las que nunca hubiera soñado de joven. Dijo que bastantes de los momentos que en su

juventud había considerado puntos álgidos de la existencia, habían sucumbido rápidamente en el olvido. Después añadió, no sin cierta nostalgia, que se sabe poco sobre lo que habita en el corazón de un hombre. Naser escuchó atentamente a su padre y a éste no se le escapó que la humildad natural de su hijo ocultaba una impresionante erudición.

## LA DECISIÓN

Cerca de la medianoche, el sultán deambulaba por la biblioteca hablando en alto consigo mismo:

—Naser nunca ha sido víctima de los extravíos de la juventud. Es tranquilo, serio y un poco distante, pero no frío. Al contrario, con frecuencia es muy cálido. Su temperamento es diferente al de Muhammad, que parece detestarlo todo y a todos. Desde la infancia odió a Faraÿ. Lo impulsa una pasión desenfrenada y siempre está a punto para lanzarse a la batalla, sin reflexión previa y llevado por la furia. Eso no le pasa nunca a Naser, que es un chico discreto y respetuoso, que acepta a las personas como son. Además es modesto y no se recrea en los altos títulos. —El sultán concluyó—: La capacidad de juicio y la inteligencia han coincidido en Naser. Él es el hombre adecuado para gobernar un día los asuntos de Granada.

Pero Muhammad II decidió esperar para anunciar su decisión. Le parecía más sensato no desvelar nada por el momento, la resolución no debía salir a la luz hasta que llegara el momento adecuado. Muy satisfecho con su conclusión, se fue a la cama y se durmió de inmediato.

Un par de meses más tarde, una noche llena de estrellas, Muhammad se quejó amargamente de su padre a Nedjmaa, que yacía junto a él en la cama.

—¿Acaso no cumplo cada día con mis obligaciones y defendiendo los intereses de Granada? ¿No cuido de mi padre del mejor modo posible? Pero él, en cuanto se presenta la ocasión, me da a entender que soy una persona brutal y simple, y que sería un azote para mi entorno si llegara a gobernar Granada. Me habla de la desastrosa gestión del lejano califato de Bagdad con la intención de que me compare con esos miserables gobernantes de los que habla con tanto desprecio y averigüe si soy como ellos. Pero yo me niego a hacerlo, por mucho que se empeñe mi astuto padre. ¿Soy yo una persona brutal y simple? ¿De verdad lo soy? ¿Soy un azote para mi entorno?

Nedjmaa negó con la cabeza, sin decir una sola palabra. Una extraña aflicción se apoderó de Muhammad, pero el sentimiento no tardó en transformarse en furia y autocompasión.

—Cada día escucho pacientemente las interminables peroratas de mi padre sobre la vanidad del poder y la dulzura de la moderación. Nunca le llevo la contraria cuando afirma que la brutalidad es síntoma de una vida afectiva superficial y sin verdadera sustancia. Estoy convencido de que quiere ver a su pequeña mascota Naser en el trono. Y eso hay que impedirlo a toda costa. ¿Qué he de hacer, Nedjmaa? ¡Ayúdame!

—Debes demostrar que eres un hombre poderoso, un hombre de acción que puede superar todos los obstáculos que tu padre ponga en tu camino. Tienes que demostrar que nada puede impedirte alcanzar tus metas —dijo ella alentándolo con la mirada.

—¿Qué me estás pidiendo? Me estremezco al pensar lo que andas buscando. Nedjmaa, ¿qué quieres que haga? Eso es una verdadera locura. Entenderás que no puedo matar a mi propio padre.

—¿Cuántos no han mordido esa fruta antes que tú?

—¿Cómo iba a atreverme a rebelarme contra mi padre, mi superior, consagrado por Alá el Todopoderoso? ¡Eso es una locura!

—No debes razonar. Límitate a actuar. No hay vuelta atrás. Aquel que un día ha asesinado a su hermano no tiene elección. Tu padre, el sultán, representa la vejez y la decadencia. Pertenece a un mundo condenado a desaparecer. Granada está sufriendo una crisis y necesita un hombre poderoso e implacable. La gente no añora ideas ni benevolencia, sino una mano firme que castigue y purifique. Ahora lo veo todo tan claro...

—Me estás volviendo loco con tu palabrería, Nedjmaa. Me siento mal y angustiado. Puede que quede en mí un último resto de debilidad. Me es imposible degollar a mi padre...

—¡Tienes que librarte de tus absurdos escrúpulos! No vas a ser tú quien le quite la vida a tu padre. Conseguirás que el judío lo haga por ti. Chaim de Espinoza será tu herramienta, tu obediente mano. Prométele que lo nombrarás médico de cabecera si envenena al sultán.

—¿Y si se niega? Sabes que ama al sultán como a un padre.

—Tendrás que explicarle lo terriblemente arriesgado que sería para todos nosotros que un anciano sultán continuara gobernando Granada. No des respiro al judío, presiónalo, dile que o está contigo o está contra ti, que aquel que no es tu amigo es tu enemigo, que su maldita gratitud al sultán no basta, que es el momento de hacer una elección. Si se resiste, tendrás que amenazar a su familia. Es vulnerable. Se dice que ama a su hijo sobre todas las cosas y su mujer está encinta de nuevo.

Muhammad se sumió en el silencio, aparentemente exhausto. Nedjmaa se levantó de la cama y le sirvió pan y agua. Él los aceptó con cierta reticencia. Rompió el pan, bebió y comió.

## CRIMEN Y CASTIGO

La obra *History of the Arabs*, del libanés Philip Khuri Hitti, se considera un clásico. Fue mi tío abuelo quien nos habló de este libro en el que el autor —sin una crítica de las fuentes digna de mención, pero con una fantástica riqueza de detalles— reproduce lo que cuentan las crónicas árabes.

Hitti dice: «El sultán Muhammad II murió el 8 de abril de 1302. Después de almorzar, un lacayo le trajo una tarta enviada desde la casa de su hijo Muhammad. El regalo lo alegró y comió con buen apetito. Durante la plegaria de la tarde, al arrodillarse en la mezquita, sintió de pronto un retortijón en el estómago. Los dolores fueron en aumento y al poco murió por estrangulación. Lo enterraron esa misma noche en los jardines de Granada. A continuación su hijo se proclamó sultán Muhammad III».

Cuando Chaim se enteró de la muerte del sultán, rompió a llorar de desesperación y vergüenza.

—Nadie puede ayudarme —constató en voz baja—. Estoy putrefacto bajo la piel. Me doy asco a mí mismo. He traicionado a mi benefactor. Soy una mala persona y merezco morir.

Su esposa Rebeca vio el pánico en la mirada de Chaim y oyó sus quejas. Quiso saber lo que había pasado. Chaim habló rápido, de un modo inconexo, y estuvo a punto de tragarse la lengua de la prisa que tenía por explicarse. A Rebeca le llevó un buen rato

comprender que el sultán había muerto y que su propio marido lo había envenenado. Se sintió horrorizada y furiosa.

—¿Cómo has podido hacer algo tan horrible? ¿Qué se te ha perdido a ti con Muhammad? ¿Cómo has podido dejar que te persuadiera? El sultán era tu afectuoso protector y te trataba como a un amigo. ¿Comprendes lo que has hecho?

—Ha sido mi credulidad la que me ha llevado a esta espantosa situación. Créeme, mi amor. Muhammad me ha prometido nombrarme su médico de cabecera —se defendió Chaim.

—Aunque te nombrara médico de cabecera, no podrías vivir con tu traición. Nada podrá hacerte olvidar, nunca te librarás de tu crimen. Además, si eres capaz de traicionar sin más y voluntariamente al sultán que tan bien te trató, Muhammad sabe que no puede confiar en ti. Comprenderá que serías capaz de hacerle lo mismo a él.

—Me estremezco al pensar en lo que Muhammad me ha llevado a hacer. Me amenazó con causarme enormes sufrimientos si no colaboraba.

—Tu miedo al sufrimiento ha sido causa de mayores sufrimientos aún. ¿Supongo que entiendes las consecuencias de tu traición?

Chaim pasó la noche en vela, esperando atormentado lo que iba a pasar. Hora tras hora, entre sudores fríos y con el pulso acelerado, oyó voces que susurraban desde el suelo y las paredes. Las alucinaciones eran insistentes, lo atormentaban con desprecios, duras palabras y oscuras amenazas. ¿Eran imaginaciones suyas? No, pensó, estas atroces e implacables voces pertenecen a los demonios que exigen mi perdición.

La siniestra espera llegó a su fin al amanecer. Chaim sintió cierta liberación cuando cuatro soldados irrumpieron en el dormitorio, le ordenaron que se vistiera y, sin más explicaciones, lo condujeron a los sótanos del palacio. Miró a su alrededor y pensó aterrado en lo que sucedería a continuación. Sin ofrecer resistencia, mientras recitaba en voz baja una plegaria judía, perfectamente consciente de que éste era el precio ineludible de su traición, dejó que los soldados lo tiraran sobre un banco y lo sujetaran. Un corpulento verdugo le abrió la boca y le arrancó la lengua con unas tenazas incandescentes. El dolor fue insoportable, aunque breve, porque Chaim se desmayó casi de inmediato.

Cuando recuperó la conciencia, tenía la vista debilitada y sólo distinguía la luz de las antorchas de la pared. Yacía boca arriba, medio desnudo en un charco de sangre seca que había teñido el banco. Tenía los brazos y las piernas atados con una gruesa cuerda. A medida que se iba espabilando descubrió que estaba empapado en sangre. A su alrededor había algunas personas que lo miraban sombríamente. En primera fila se encontraban Muhammad y su madre, la viuda del sultán. Los ojos de ambos centelleaban de odio.

A pesar de que Chaim estaba aturdido y padecía fuertes dolores, todavía tenía bastante fuerza en su interior para querer explicarse, pero de pronto sufrió un ataque de tos que hizo que se le convulsionara todo el cuerpo y vomitara sangre. Los presentes se pusieron tensos. El verdugo se acercó a él y le sujetó la cabeza hasta que se le pasó el ataque. Chaim tomó aire, con los ojos llenos de lágrimas. Sus labios se movieron despacio. Las miradas de todos estaban clavadas en su boca, pero por mucho que se esforzó, no fue capaz de pronunciar palabra. No tardó en comprender lo lastimosa que era realmente su situación: sus intentos de decir algo eran inútiles y absurdos. Nunca podría delatar a Muhammad.

Al fondo se oían los aullidos del perro guardián y Chaim lo interpretó como un mal augurio.

—Cuando un hombre cae tan bajo que traiciona y asesina a su benefactor y

soberano, sólo hay un castigo posible: la muerte. A pesar de que eres la más miserable de las criaturas de Granada, te mostraré clemencia, porque soy un sultán de buen corazón. Por eso te ahorraré una muerte larga y tortuosa —dijo Muhammad.

Y a continuación clavó su daga en el vientre de Chaim y lo abrió en canal. Luego rebuscó con las manos su corazón, se lo arrancó y arrojó a los perros el órgano todavía palpitante.

## **LA ATROZ VERDAD**

La historia sobre la traición de Chaim me aterraba más que ninguna otra cosa en mi infancia. A veces, al pensar en él, me entristecía, me daban ataques de asma y era incapaz de conciliar el sueño. En la oscuridad de la noche me atormentaban terribles pensamientos y con frecuencia lloraba hasta el amanecer. La tristeza me atenazaba durante días. Nada podía consolarme o paliar mi pena, porque no soportaba la idea de llevar en mis venas la sangre del traidor.

Mi tío abuelo era nuestro vínculo con la historia familiar. Con su voz, el destino me murmuraba que había nacido para ser un traidor y un mentiroso. Fernando nos había contado muchas veces a Sasha y a mí que una descomunal nariz pasaba en herencia en la familia Spinoza y se manifestaba en algún miembro de cada generación. Los niños que nacían con esa nariz gigantesca, siempre tenían una suerte excepcional y lograban éxitos en todo lo que se proponían. La nariz traía suerte a su dueño, aunque curiosamente éste siempre sufría una muerte trágica. Como por una especie de arte compensatoria de la naturaleza, también la mentira pasaba en herencia en la familia Spinoza y se revelaba en alguna persona de cada generación. Los niños que nacían con esta extraña incapacidad de decir la verdad, siempre estaban muy solos porque traicionaban a todo el mundo y fracasaban en todo. La mentira funcionaba como una maldición.

Mi tío abuelo nunca lo dijo abiertamente, pero yo lo sabía. Todo el que tuviera ojos en la cara podía verlo. La verdad no se dejaba ocultar. Mi hermano gemelo Sasha tenía una nariz descomunal.

## **UNA PARTIDA DE AJEDREZ**

Habían pasado menos de veinticuatro horas desde la muerte del sultán y Muhammad continuaba en un delirio de alegría. Estaba feliz porque por fin gobernaría Granada y se consideraba la persona adecuada para la tarea. Lo estimulaba la idea de que todo el mundo lo temiera, se plegara a su voluntad y acatará humildemente su menor insinuación. Sentado en el trono, con Nedjmaa a su vera, rodeado de los viejos consejeros de su padre, sentía una fuerte necesidad de demostrar su poder. Ante todo, era crucial impedir que las especulaciones sobre la súbita muerte de su padre empezaran a circular por la corte. Ordenó a dos guardias que fueran a buscar a la esposa del médico judío ejecutado porque, según dijo, quería hacer justicia de inmediato. Le exigiría cuentas a Rebeca como cómplice de la muerte del sultán.

Muhammad apenas reconoció a la joven, a pesar de que la había visto en un par de ocasiones y siempre le había impresionado su hermosura. Ahora estaba distinta, más pálida y pequeña de lo que la recordaba, y no tan bella. Estaba a punto de decir algo cuando se percató de su vientre hinchado, se le había olvidado que estaba embarazada. Se hizo un



funesto silencio. Muhammad contempló durante un rato a Rebeca sin decir nada. Se fijó especialmente en la tristeza de sus ojos y en la dignidad de su desesperación.

Fue Rebeca quien rompió el silencio. Había descubierto una mesa al fondo de la sala del trono. Sobre la mesa había un tablero con piezas de mármol dispuestas para la batalla. Esto le dio una idea. Conocía la pasión del viejo sultán por el juego de ajedrez y sabía que se había convertido en una ingobernable afición para los hombres de la corte. En un intento de salvar su vida, propuso a Muhammad una partida de ajedrez.

—Honorabilísimo sultán —dijo—, si pierdo, nos quitaréis la vida a mí, a mi hijo Moïshe y al niño que aún no ha nacido. Pero si contra todo pronóstico ganara yo, os suplico que nos perdonéis la vida y nos concedáis permiso para regresar a casa de mi padre en Córdoba.

Rebeca demostraba un valor poco común, incluso entre los varones. Su audaz propuesta aturdió a Muhammad, entre otras cosas porque estaba convencido de que ninguna mujer de Granada sabía jugar al ajedrez. Pensaba que no arriesgaba nada aceptando el desafío, su padre era el único que le había ganado jugando al ajedrez. Aun así vaciló un instante. Miró a Nedjmaa, para ver lo que opinaba ella. Pero su amante estaba tan sorprendida como él y no fue capaz de aconsejar nada.

De pronto Muhammad sonrió satisfecho, se le iluminaron los ojos y aceptó la propuesta de Rebeca.

Muhammad jugó muy concentrado, con las piezas blancas, naturalmente, y comenzó con una arriesgada apertura que había aprendido de su padre. La defensa de Rebeca fue inútil. El nuevo sultán consiguió enseguida ventaja y ganó dos peones y un caballo. Los consejeros, que seguían la partida con ojos desorbitados, estaban convencidos de que iba a ganar. Cuando Rebeca hizo un movimiento aparentemente absurdo, los observadores murmuraron despectivamente. Muhammad sacó pecho y dijo en voz alta:

—La victoria está cercana.

Pero pronto descubrió que el siguiente movimiento de Rebeca ponía freno a su juego agresivo. En realidad la joven le había tendido una complicada trampa. Muhammad comprendió que había confiado demasiado en la suerte que hasta entonces nunca le había fallado y que no había visto la estrategia y lógica implacable que dirigía el juego de Rebeca. Comprendió que perdería en dos movimientos. Entonces interrumpió la partida para no convertirse en el hazmerreír de todo el mundo y murmuró estupefacto:

—Ésta es una partida maestra que estoy a punto de ganar. Pero en realidad no tengo tiempo para jugar al ajedrez. Granada necesita un sultán poderoso, un hombre de acción, y hay muchos problemas que solucionar. Pero soy un sultán de buen corazón, por eso ahora te dejo marchar, Rebeca. Tienes dos horas para abandonar la ciudad.

## **UNA HISTORIA DE AJEDREZ**

Mi tío abuelo nos contaba historias maravillosas sobre el ajedrez y rara vez omitía mencionar, como de pasada, los detalles de una partida histórica entre dos grandes campeones. Amaba el ajedrez, un juego que literalmente le había salvado la vida.

Ocurrió un año antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, en Dachau, el primer campo de concentración alemán, construido a las afueras de Múnich para judíos, homosexuales y los así llamados indeseables y criminales políticos.

Era invierno y hacía un frío tremendo. Una noche, dos estibadores de Rostock que

habían militado en el sindicato de su ciudad, consiguieron escapar del campo. Habían roto las bombillas de un estrecho pasillo y, al abrigo de la oscuridad, asaltaron a dos guardias y los estrangularon sólo con las manos. Después los desnudaron, se pusieron sus uniformes y, con paso tranquilo, salieron por la entrada principal de Dachau.

Sólo un puñado de presos había logrado hasta entonces escapar de aquel campo de concentración. Naturalmente, todo el mundo sentía a veces la tentación de huir y consideraba seriamente las posibilidades de fuga, pero Dachau no era un lugar del que te pudieras escabullir fácilmente. Por eso, el modo más habitual de fuga de los presos era la imaginación.

Por los barracones se extendió el rumor de que dos hombres habían matado a dos guardias muy odiados y reconquistado la libertad. Los desnutridos y extenuados presos se emocionaron y sintieron admiración por los dos fugados. Muchos consideraban que los guardias se habían llevado su merecido y algunos empezaron a especular sobre la posibilidad de seguir el ejemplo de los dos valerosos estibadores.

La caza de los fugados duró toda la noche. Al amanecer, los perros sabuesos, seguros de su éxito, detectaron a los hombres de Rostock a quince kilómetros de Dachau hacia el norte. El comandante del campo, el Oberführer Hans Loritz, montó en cólera cuando le comunicaron que habían encontrado a los presos muertos por congelación. Loritz había dado órdenes estrictas de que los capturaran vivos y le fastidiaba perderse el placer de torturar personalmente a aquellos hombres hasta la muerte para después colocarlos en sendas sillas y exhibirlos ante todo el mundo con un letrero colgado del cuello que rezara: «Un placer estar de vuelta». El furioso comandante del campo gritó a pleno pulmón que, en compensación, ejecutaran de inmediato a diez presos por cada guardia muerto.

Dos soldados armados irrumpieron en el barracón abarrotado de mi tío abuelo y, en la penumbra, uno de ellos señaló a Fernando, que estaba tumbado en un camastro.

—Levántate, ¡al patio! Te van a ejecutar —le gritó el hombre uniformado.

Mi tío abuelo se quedó petrificado, convencido de que había llegado su hora. Los guardias se adentraron en el barracón en busca de otras víctimas. Fernando se quedó un momento tumbado, acurrucado de terror. Cuando perdieron de vista a los guardias, Aron Reinherz, con quien compartía camastro, le susurró algo. Fernando y el viejo sastre de caballeros habían sido vecinos en Viena. En Dachau solían entretenerse jugando al ajedrez con piezas fabricadas con pan seco.

—Señor Scharf, usted me ha ganado muchas veces al ajedrez. Sea tan amable de hacerme un favor muy importante para mí. Déjeme ganar hoy a mí y tomar su sitio.

Mi tío, completamente desbordado, no acertó a reaccionar, pero Aron Reinherz se levantó del camastro y continuó:

—Gracias por su generosidad, señor Scharf. Permítame pedirle una cosa más. Vaya algún día a la pastelería Sacher y tómese un café y un pastel en mi honor.

El anciano sastre se situó junto a la puerta. Medio minuto más tarde, los guardias los sacaron a él y a otro hombre al patio.

Algunos presos, entre ellos mi tío abuelo, se acercaron de puntillas a una ventana y aguzaron el oído para escuchar lo que pasaba fuera. Unos metros más allá se encontraban cuatro guardias armados que tenían los bigotes blancos de escarcha y echaban vaho por la nariz. Los presos entendieron que los guardias se estaban quejando del espantoso frío. Entonces se oyó una cordial carcajada. El que se reía era el sastre Aron Reinherz. Se llevaba la mano a la barriga.

—¿Has perdido el juicio, judío? —le gritó uno de los guardias—. ¿De qué te ríes?

¿Qué te parece tan gracioso? Estás a punto de morir, idiota.

—Me río de vosotros, guardias. —El viejo judío elevó la voz para que se oyera por todo el patio—. La situación es muy cómica. Dentro de pocos segundos yo dejaré de sentir el frío, pero vosotros os pasaréis aquí toda la mañana tiritando. Así que ¿quién es el idiota?

Al segundo tres balas desgarraron el gélido aire del patio.

## **LA GRAN FORTUNA DE NUESTRA FAMILIA**

Cuando Rebeca llegó a Córdoba y su padre le preguntó con curiosidad qué le había dado la idea de proponer una partida de ajedrez, ella respondió lacónicamente:

—No qué, sino quién, querido padre. Fue un ángel. El mismo que dirigió mi mano sobre el tablero.

Rebeca murió poco después en el parto y la responsabilidad de criar a Moische, que entonces tenía dos años, recayó sobre el rabino Orabuena.

Los intachables médicos reales de Lisboa, los de Espinoza, sabían mucho sobre hierbas y plantas medicinales, pero nada sobre el mundo que los rodeaba. Se preocupaban tanto por contentar a su rey y por complacer a su Dios buscando consuelo en sus propias tradiciones centenarias, que le daban la espalda a todo pensamiento nuevo y nunca se esforzaban por aprender ninguna de las abundantes ideas que la contemporaneidad ofrecía tan generosamente. En una época en la que los místicos judíos adoptaron la curiosa costumbre de investigar los enigmas del universo y crearon textos poéticos de enorme belleza y gran profundidad de pensamiento, ellos vivieron generación tras generación sumidos en un retrasado patetismo, con la indiferencia hacia los acontecimientos presentes y futuros que caracteriza a las personas atrapadas por su propia miopía pomposa.

El rabino Orabuena, en cambio, era un hombre lúcido que siempre razonaba de un modo instruido y tenía un marcado sentido ético. Se pasó toda la vida buscando patrones de pensamiento comunes en el judaísmo, el cristianismo y la filosofía platónica, porque quería comprender la legalidad que lo rige todo, desde la cambiante existencia terrenal hasta la eternidad de las esferas celestiales.

Abrió los ojos de Moische a vastos horizontes y estimuló incansablemente su capacidad de pensamiento, entrenándola en velocidad e inspirándola para que fuera más osada. Ante todo, se aseguró de grabarle indeleblemente tres cosas en la conciencia a edad temprana.

Las tres verdades fundamentales del rabino Orabuena salían a menudo de los labios de mi tío abuelo, por eso las recuerdo especialmente bien. Aun así, he de confesar que no entendí la sabiduría que subyace a estas palabras hasta treinta años después de oírlas, porque hasta entonces no tuvieron ninguna relación con mi propia vida.

El principio de toda virtud es la reflexión, su fin último la resistencia.

Siempre hay más pautas para la verdad y la razón que las opiniones y costumbres imperantes en la época y la sociedad en la que se vive.

Sólo los necios están seguros y tienen certeza en la fe.

## **LA DOBLE PÉRDIDA**

¿Qué habré hecho para caer en desgracia ante el Todopoderoso? Eso fue lo primero que pensó Israel cuando le llegó la noticia de que Chaim había sido ajusticiado en Granada

como castigo por haber envenenado al sultán. Una sombra pasó sobre la frente del viejo médico del rey. Se arrodilló con los labios deformados en una mueca y las lágrimas empezaron a correr por sus barbas. Chilló su dolor en voz alta e incontrolada, luego cayó inconsciente al suelo.

¿Qué era lo que más atormentaba a Israel?

Sasha y yo nunca obtuvimos respuesta a esa pregunta. Mi tío abuelo suspiraba profundamente con una sonrisa distante, pero en este caso, y para variar, no tenía respuesta. Por eso a día de hoy no sé si lo que más le dolía a Israel era haber perdido a su hijo o el hecho de que él, que había vivido con el inquebrantable convencimiento de que el sentido de la vida humana era servir al Señor, hubiera perdido el favor de Dios.

Cuando Israel se sobrepuso al primer golpe y recuperó mínimamente la compostura, subió a ver a Leah, la única de sus hijas que era soltera y seguía viviendo en su casa, en un cuartucho en el desván. No habían hablado desde aquel remoto día en que Chaim llegó al mundo. Israel no recordaba la última vez que había visto a Leah y apenas la reconoció al verla sucia y desastrada en medio de un gran desorden. Estudió a su hija, que rehuía involuntariamente su mirada, y descubrió que se había convertido en una vieja sin haber vivido nunca y que olía como las flores mustias. Hasta ese momento no comprendió que se había excedido, que la había cercenado de su vida, había secado el espacio de su corazón que le pertenecía y la había convertido en una extraña a causa de una profecía que había resultado ser cierta.

Lleno de vergüenza agachó la cabeza y dijo que estaba allí para pedirle perdón. Admitió que ella había tenido razón desde el principio: Chaim había traído la vergüenza eterna al apellido de Espinoza. Después añadió de un modo apenas audible que el chico había muerto y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando cayó en la cuenta de que eso implicaba el final de la historia familiar.

Entonces Leah tomó la palabra por primera vez en treinta años y dijo que se había jurado a sí misma nunca volver a cargar a su padre con otra profecía, pero que tenía que contarle lo que había visto con su penetrante clarividencia: el futuro de la familia estaba asegurado porque Chaim tenía un hijo.

Por un instante, a Israel se le heló la sangre, pero tampoco esta vez creyó a Leah. En su rostro apareció un gesto de desesperación e impotencia y simuló no haber oído las palabras de su hija.

Demacrado y con la cara macilenta, víctima de oscuros humores y violentos ataques de tristeza, Israel pasó varias semanas encerrado en su estudio rodeado de pilas de manuscritos sobre los misterios de la vida de las plantas y las leyes religiosas de los judíos. Escuchaba el aullido del viento en los árboles y el lejano rumor de las estrellas. Pasaba las noches en vela y angustiado. Por la mañana, con voz monótona, pedía al Creador que le protegiera de nuevas pruebas.

Algunas semanas más tarde le llegó una carta del rabino Orabuena en la que éste informaba de que, ahora que tanto el padre como la madre de Moishe habían muerto, él y su mujer se habían hecho cargo del niño. La carta confirmaba la predicción de Leah.

Ciertamente la noticia alivió un poco la pena de Israel, pero al mismo tiempo incrementó su sentimiento de impotencia. ¿A quién iba a transmitirle la hierba Raimundo? No tenía más descendientes varones, sólo doce hijas, así que tenía que pasar el saber sobre la vida eterna a su nieto Moishe. Pero ¿cómo podría hacerlo sin iniciar a un tercero? Al fin y al cabo el chico sólo tenía dos años y vivía en la lejana Córdoba.

Una tarde, Israel chocó sin querer contra la mesa y un escrito de la pila cayó al

suelo. Era *Sefer Yetzira*, una antigua obra que versa sobre cómo Dios creó el mundo. Recogió el escrito del suelo y lo besó en expresión de su arrepentimiento por haberlo dejado caer al sucio suelo. Abrió el texto al azar y su mirada recayó en una frase: «Tallé las veintidós letras básicas, las forjé, las coloqué juntas y las pesé, las intercambié y formé con ellas todo lo creado y todo lo que se formará en el futuro». Leyó la frase unas cuantas veces y se fijó en las palabras «las intercambié». Una idea se estaba gestando en su cabeza.

Durante los días siguientes el médico desarrolló un código. Cuando tuvo el sistema listo, codificó la receta del elixir de la inmortalidad y, junto con una breve explicación de la historia de la familia, introdujo el texto en una cajita burdamente tallada en aromática madera de cedro y la selló a conciencia. En una carta adjunta pedía al rabino Orabuena que guardara la caja a buen recaudo y que algún día se la entregara a Moishe, cuando éste fuera adulto.

Esa noche Israel se acostó tarde. Reinaba un silencio inhabitual en la habitación y la oscuridad era especialmente densa y misteriosa. De pronto se sintió mal de ánimo y pensó que le estaba pasando algo extraño y desagradable. Tardó mucho en dormirse y, cuando por fin lo logró, se despertó de golpe. En medio de la noche indeciblemente silenciosa percibía un ruido. Lo oyó claramente y se asustó. Alguien hojeaba sus escritos en la oscuridad. Se incorporó bruscamente y quiso gritar, pero el pánico le ahogó la voz. Entonces notó que alguien se metía en su cama. Entendió de inmediato que era la muerte, que había venido a visitarlo en medio de la apacible noche para acogerlo en su seno.

## **EL AMOR DE UNA MADRE**

Mi tío abuelo se ponía siempre un poco misterioso cuando hablaba de Rebeca, que a sus ojos era más un ángel que una mujer. En aquella época no me daba miedo lo misterioso y tampoco me asustaban las historias que no se sostenían. Siempre que mi tío abuelo venía de visita, nos contaba cosas incomprensibles e inesperadas. Sasha y yo teníamos trece años, él, setenta y cinco. Aunque a día de hoy no puedo decir que entienda a Fernando o lo que sucedía en su interior, lo que siempre tuve claro es que el atroz destino que la existencia le deparó a Rebeca le causaba una profunda impresión. Normalmente mi tío abuelo lucía y resplandecía, pero al pensar en aquella mujer de la Granada del siglo XIV toda la oscuridad de su interior parecía emerger a la superficie y se le llenaban los ojos de lágrimas cuando, para subrayar que merecía compasión, decía: «La sentencia que el cielo dictó sobre Rebeca era más severa que el castigo que le tenía preparado Muhammad por ser la esposa de Chaim el envenenador».

Mi tío abuelo se refería a que la vida no concedió a Rebeca la posibilidad de criar a su hijo. Murió durante su segundo parto, al poco de regresar a su casa paterna en Córdoba. Aun así desafió al destino y no se apartó de la vera de Moishe ni por un segundo. Él siempre pudo percibirla, notar su mirada, oír su voz, inspirar su aroma... En cuanto cerraba los ojos, ella estaba allí. Ciertamente sólo en espíritu, pero repleta de efervescente vida. Rebeca besaba y abrazaba a Moishe, le daba ternura y le susurraba palabras sabias al oído, siempre cuidándolo y protegiéndolo de todos los peligros.

Cuando Moishe cumplió trece años y superó su bar mitzvá —una especie de examen de madurez por medio del cual los jóvenes varones son admitidos en una comunidad judía adulta—, Rebeca fue a visitarlo por la noche. Moishe notó claramente su presencia y oyó su voz. La madre le dijo que tenía que revelarle algo: no era ella quien

había ganado al ajedrez al nuevo sultán, Muhammad III, y así le había salvado la vida. Había sido un ángel que se le apareció y dirigió su mano durante la partida. El ángel había movido las piezas del ajedrez siguiendo un intrincado sistema que tiene su origen en el principio de los tiempos y se basa en relaciones numéricas grabadas en la obra de la creación, que coinciden con las proporciones armónicas de las nebulosas y galaxias del macrocosmos. Este sistema funciona como una llave y por medio de él se puede descifrar el orden más profundo del mundo.

Rebeca prometió a su hijo que algún día le revelaría el intrincado sistema. A partir de ahí la voz fue sonando cada vez más débil. Moische se inclinó hacia delante aguzando el oído, pero no oyó nada. Había tal silencio en la habitación que el niño pudo percibir el lejano aliento entrecortado de las estrellas.

## **EL NIÑO PRODIGIO SALVA A LOS JUDÍOS**

La historia que me apetece contar sobre nuestro pariente lejano Moische de Espinoza, al que simplemente llamábamos el cabalista, tuvo lugar en Córdoba durante la Pascua judía de 1313.

En aquella época Moische era todavía un chiquillo. Acababa de cumplir trece años, aunque algunas veces se sentía como si tuviera cien. Vivía en casa de sus abuelos maternos y durante toda su infancia estuvo rodeado de los besos de su abuela. Su abuelo, el rabino Abraham Orabuena, era tan conocido por su saber como por su ardorosa virtud: nunca tocaba la comida antes de la puesta del sol y rezaba a Dios con tal intensidad que el sudor corría a chorros por su cuerpo obligándolo a cambiarse de camisa tres veces al día —un lujo inconcebible en el siglo XIV.

El abuelo había enseñado a Moische arameo, árabe, latín, matemáticas y aritmética. El chico había leído libros de religión, filosofía, geografía e historia, y tenía la conciencia repleta de datos e información. Lo recordaba todo y nada se le olvidaba. Podía leer el Talmud y la Torá con una venda en los ojos. De un solo vistazo era capaz de determinar el carácter de una persona. Tan pronto como alguien abría la boca, Moische sabía lo que la persona iba a decir. También era habilidoso aliviando todo tipo de males, para lo cual utilizaba la sola fuerza de su pensamiento, sin recurrir a la imposición de manos ni a pronunciar conjuros. Todo el que tenía dolores intestinales, problemas de espalda, varicocele, problemas circulatorios, artritis o sangre en los excrementos, quedaba satisfecho de su tratamiento.

Los judíos practicantes acudían muchas veces al muchacho para recibir orientación espiritual. En ocasiones Moische se sentía obligado a pedir que lo dejaran tranquilo y a modo de disculpa explicaba que él no era rabino, sino un adolescente cualquiera que precisaba orientación. Pero no servía de nada, la gente seguía llamando a su puerta.

Los rumores sobre Moische llegaron también a oídos de los grandes señores. Uno de los espías del gobernador Manuel Manzanedos del Castillo, enviado a casa del rabino para informar a su señor y a los gobernantes de Córdoba sobre las extraordinarias cualidades del chiquillo, preguntó a Moische qué pensaba él —que tan bien conocía la historia y mentalidad de los judíos— que era lo más importante para su pueblo. El chico respondió, como hacía siempre, que lo más importante para los judíos era la ley, porque la ley de Dios era justa y valía para todos los individuos. Dijo que nadie, ni los señores ni los vasallos, estaba por encima de la ley.

En su extenso informe, en el que intentaba ser lo más detallado y convincente posible, el espía tergiversó las palabras de Moïshe y afirmó que el niño había criticado al gobernador Manzanedos del Castillo y a los miembros del consejo por haber abusado de la ley. Los grandes señores pertenecientes a las más distinguidas familias de Córdoba fruncieron el ceño y suspiraron con preocupación. Discutieron el informe hasta bien entrada la madrugada. Dada la influencia que el chico parecía tener sobre sus correligionarios, podía sospecharse que estuviera insuflando en los judíos un incipiente descontento con quienes ostentaban el poder en la ciudad. Si una crítica de este tipo arraigaba en la conciencia de los judíos, resultaría más difícil controlarlos.

—La gente que se cree en posesión de la verdad absoluta es peligrosa —constató el joven Hidalgo del Solís, que quería demostrar su diligencia porque se había propuesto suceder al anciano gobernador—. Ya hemos visto muchos ejemplos de lo que pasa cuando la gente se imagina que puede erradicar la injusticia y conseguir que la verdad triunfe sobre las falsas convicciones. Propongo que ordenemos al verdugo investigar la causa del entusiasmo que sienten los judíos por este niño milagroso.

Varios miembros del consejo se mostraron de acuerdo con el joven, pero el gobernador dijo que podía ser peligroso despertar al malvado oso dormido sometiendo al chiquillo a una tortura y se ofreció a hablar él mismo con Moïshe —a pesar de estar agobiado con tareas más importantes—, para averiguar las intenciones del chico.

Hidalgo del Solís objetó que incluso un judío de trece años podía ocasionar una catástrofe si lo impulsaban el fanatismo y la maldad, y que por eso debían atajar el problema de inmediato. Sin embargo, tras una acalorada discusión, el consejo decidió plegarse a la voluntad del gobernador.

Según un rumor que no tardó en extenderse por la judería, Moïshe iba a ser detenido y torturado. El miedo se extendió por los estrechos callejones y los agoreros predijeron que durante el Pesaj correría sangre judía.

Manzanedos del Castillo estaba trabajando en sus memorias cuando Moïshe entró en la habitación. El gobernador levantó un instante la vista de sus papeles y pidió al chico que le explicara lo que pensaba de Dios y la ley, y que fuera rápido, porque tenía cosas importantes que hacer.

Moïshe se mostró relajado y habló con soltura. Las palabras salieron de su boca como el agua de los manantiales de Sierra Nevada, que luego corre cristalina hacia los valles. El gobernador no había oído nunca a nadie expresarse con tanta belleza. Levantó la vista de sus notas y estudió con mirada crítica al niño prodigio, que según se decía era equiparable al profeta.

El chico no tenía aún los rasgos propios de la pubertad, en su rostro no había espinillas y sobre su labio superior no se insinuaba el bozo. Era bastante más enclenque de lo que el gobernador se había imaginado y lo único llamativo en él era su descomunal nariz. Pero toda su apariencia —la seguridad, la seriedad, la obstinación y la convicción— demostraba madurez y firmeza.

Moïshe defendió su idea de que la ley era lo más importante de todo puesto que era la principal expresión de la infinita sabiduría de Dios el Todopoderoso.

—La ley —puntualizó— une a las personas, mientras que las creencias religiosas, los usos y costumbres y los prejuicios nos separan.

Después añadió que la razón por la que el gobernador era recibido por los judíos de Córdoba y sus alrededores con tanto respeto y admiración, amor y estima, era que Su Excelencia Manzanedos del Castillo, con toda su sabiduría, era el garante de la ley.

El gobernador se sintió halagado. Hacía tiempo que nadie hablaba de él con tanto respeto. Manzanedos del Castillo era nieto del rey Fernando III de Castilla, el terror de los moros, que conquistó Córdoba en 1236. Sin embargo, tras un par de décadas de gobierno cristiano, la gran metrópolis —que bajo el califa al-Hakimein había sido el centro del mundo árabe con una biblioteca de más de un millón de magníficos ejemplares— se había transformado en una somnolienta capital de guarnición. Al igual que Córdoba, la vida de Manzanedos del Castillo estaba estancada. La edad lo había convertido en la sombra de sí mismo. Tiempo atrás, las intrigas políticas habían sido su pasión, pero ahora estaba harto de todo. Sólo sentía rechazo y lo único que le interesaba era escribir sus memorias. Tampoco su posición en Córdoba era la misma que antes. No lo miraban con el respeto al que había estado acostumbrado y tenía la sensación de que los señores más jóvenes del consejo se reían de él a sus espaldas.

Las palabras de Moïshe, y sobre todo su ingeniosa visión del mundo, impresionaron al gobernador y lograron que se sintiera intelectualmente revitalizado. A Manzanedos del Castillo siempre le había sonado ridícula la cháchara de los curas sobre el amor de Dios. Amar al prójimo implicaba también amar a personas que no creían en Jesús el Salvador, por ejemplo a los judíos y a los musulmanes, y esa idea le resultaba ajena puesto que consideraba peligroso pensar en tus enemigos como algo distinto a enemigos. Por muchas vueltas que le daba, Manzanedos del Castillo no conseguía creer en el amor al prójimo. Por eso preguntó a Moïshe:

—Entonces, vosotros los judíos, ¿pensáis que la ley es más importante que el amor?

El chico respondió sin vacilación:

—La plegaria cristiana más habitual comienza con las palabras «Padre nuestro que estás en los cielos» y acaba con las palabras «líbranos del mal». Eso significa que el mal se considera parte integrante de la naturaleza humana, algo congénito en nosotros, de lo que Dios puede librarlos si atiende nuestros rezos. En ocasiones, ciertas personas, convencidas de que llevan a cabo un acto de amor conforme a la voluntad de Dios, asumen el papel de salvadores y pretenden librar a los demás del mal. Eso siempre ha tenido consecuencias trágicas, acarreando aún mayores males, muertes súbitas y sufrimientos. Durante el curso de la historia, mi pueblo ha sufrido a menudo los intentos pretendidamente amorosos de salvarnos de nuestra supuesta maldad, y ya sabemos a qué conduce ese tipo de amor. Por eso defendemos que lo más importante es la ley de Dios, porque ésta nos proporciona reglas claras para convivir aquí en la tierra. Y ante todo: nadie está por encima de la ley.

—Pero la ley no nos salva de nuestra maldad congénita —se apresuró a señalar Manzanedos del Castillo.

—Nosotros los judíos —explicó Moïshe amablemente, pero con decisión— no creemos que las personas nazcan malas. Según la concepción del Talmud, el recién nacido no llega con ninguna culpa moral. Nacemos vírgenes, por así decir. Nuestra personalidad se forma con nuestras experiencias, que a su vez dependen de la familia en la que crezcamos y del gobierno que nos rija. Todas las personas pueden cometer errores y maldades. Por eso la memoria es tan decisiva. Recordando el pasado, podemos evitar la repetición de nuestros pecados. Para nosotros, los judíos, es un deber mantener vivo el recuerdo, eso nos permite conciliarnos con los demás y ayudar a Dios a reparar el mundo.

Manzanedos del Castillo no estaba seguro de comprender del todo el razonamiento del muchacho. Lo de la memoria, en cambio, era tan de su gusto que se oyó a sí mismo mostrarse de acuerdo. Al gobernador le parecía evidente que había un orden superior del mundo y uno inferior, pero que no coincidían. Había quien nacía como judío y cargaba con



una maldición, otros eran católicos y construían reinos. Pero todos tenían que respetar la ley de Dios. De pronto vio también su propio papel en la creación como custodio de la ley en Córdoba. Se sintió satisfecho con el estado de la situación, porque le gustaba ver las cosas desde puntos de vista diversos, con sinceridad y sin opiniones preconcebidas.

—Joven —dijo Manzanedos del Castillo—, reconozco que nunca he intentado descartar la idea de que vosotros, los judíos, constituís un elemento extraño en Córdoba. Pero ahora que me has confirmado tan elocuentemente el respeto y la admiración del que disfruto entre los judíos, me siento seguro de que respetáis nuestras leyes. Como gesto de clemencia, para demostrar que no albergó animadversión alguna hacia vuestro grupo, regalaré a la comunidad judía diez corderos frescos, de los que podréis disponer según vuestras costumbres rituales, para obsequiar con ellos a los más pobres en un festín para la próxima Pascua.

Mi tío abuelo nos contó que la leyenda del huérfano que, solo y sin miedo, había salvado a los judíos de Córdoba de la persecución no tardó mucho en extenderse por todas las juderías de Europa.

## **LA NOCHE DEL SEDER**

En el Seder, la primera noche del Pesaj, siempre reinaba un ambiente solemne en la judería de Córdoba. Al atardecer, el rabino Orabuena solía reunirse con su comunidad en la sinagoga y aguardaban juntos y expectantes la amada celebración de la libertad. El angosto local, en el que durante las fiestas apenas se podía respirar porque el ambiente era sofocante, estaba impregnado del espíritu de Dios, los ángeles y los secretos. Esa noche el corazón de la gente se colmaba de un anhelo especial. Los hombres entonaban canciones y las mujeres murmuraban en voz baja la plegaria nocturna. En este ambiente de expectación y esperanza, con sus promesas de bendición y libertad, el rabino pronunció un breve sermón alabando las virtudes de los piadosos que ocupaban en el cielo el dorado trono de la gloria cuando se revelaron los misterios de la Torá. El sudor corría por la frente del rabino mientras hablaba y Moische lo escuchaba con admiración. Las caras de muchos de los oyentes se llenaron de lágrimas y, en ese momento, toda la congregación supo que los misterios de la Torá eran los mismos que los misterios del universo.

Después de la ceremonia, Moische y su abuelo se apostaron en el patio de la sinagoga y los rodearon los miembros de la comunidad que querían expresar su gratitud al muchacho que había salvado a los judíos de Córdoba y al rabino que había pronunciado tan maravilloso sermón. Al cabo de un rato, la gente empezó a encaminarse hacia sus casas. El muchacho y su abuelo levantaron la vista hacia el cielo repleto de brillantes estrellas. Corría un viento fresco. Y ambos sintieron paz en el alma al alzar la mirada hacia lo alto.

—Se encuentre donde se encuentre la verdad —dijo el rabino—, al menos una cosa es segura: el cielo es inmenso e infinito.

—Abuelo, la luz de las estrellas tarda miles de años en llegar hasta nuestros ojos —dijo Moische—. Las estrellas que lucen y brillan en el cielo son soles mucho mayores que la Tierra, cada uno de ellos con sus propios planetas que probablemente son en sí mismos mundos enteros. Esa pálida mancha de ahí arriba puede ser un enjambre de millones de cuerpos celestes. Imagínate, abuelo, lo que sería poder descifrar los secretos del universo, poder predecir con exactitud cada eclipse del sol y de la luna y cada reaparición de los cometas.

—El que puede descifrar los textos sagrados, sobre todo las revelaciones de los profetas, encuentra la respuesta a todas las preguntas —dijo el rabino llevándose la mano al pecho.

Moishe no se dio cuenta de que el abuelo tenía problemas para respirar. Los ojos del niño relucían como piedras preciosas y centelleaban como promesas nocturnas. En la oscuridad, el universo parecía lleno de enigmas inalcanzables.

Ese año, como todos los anteriores, los amigos de Abraham Orabuena y sus esposas se reunieron en casa del rabino para celebrar la festividad de la Pascua. La esposa del rabino, con ayuda de otras mujeres, había dedicado muchas horas a preparar la noche del Seder, que inauguraba los ocho días del Pesaj. La fiesta del pan ácimo celebra el nacimiento del pueblo de Israel y rememora su salida de Egipto. Esa noche todos los judíos deben sentirse como si dejaran atrás la esclavitud egipcia y por fin fueran libres.

En honor al Seder, el rabino se había puesto un bello manto de oración y una kipá ricamente decorada. En el salón, que se iba inundando del calor del horno y de los deliciosos aromas procedentes de la cocina, la mesa estaba puesta para dieciocho personas. El rabino Orabuena procuraba que en cada celebración hubiera dieciocho comensales —ni más ni menos—, porque dieciocho significa «vida» en la mística judía.

Los invitados, acomodados sobre cojines, charlaban, se reían y se entretenían los unos a los otros con un torrente continuo de conversación. El rabino ocupaba un extremo de la mesa. Todo el mundo sabía que en las celebraciones sacaba a relucir su sentido del humor y que el halago que más apreciaba era que le rieran las gracias. Pero al principio de aquella velada estuvo anormalmente callado y contenido.

La esposa del rabino encendió dos velas y pronunció la bendición prescrita. A continuación el rabino se levantó y todo el mundo lo miró. Concienzudamente, y con movimientos algo rígidos, leyó una bendición del vino. Después llegó el momento en que, según la tradición, la anfitriona debía abrir la puerta para dejar entrar al profeta Elías, que anunciaba la llegada del Mesías.

Abrieron la puerta de la calle y todos se sorprendieron al ver un vagabundo judío al otro lado. No tenía el aspecto de un mendigo normal. Aunque iba vestido con harapos, tenía más bien el aspecto de un sabio. Moishe echó un vistazo al hombre y entendió que se trataba de uno de los treinta y seis justos que vivían su vida en la pobreza y que, gracias a su virtud y su humildad, hacían posible la existencia del mundo.

—Un huésped inesperado —exclamó la esposa del rabino. El forastero fue invitado a pasar.

—*Pesaj sameaj*, os deseo a todos una buena Pascua —dijo el hombre cortésmente, al tiempo que agachaba la cabeza con humildad y entraba en la casa.

—*Pesaj sameaj*, forastero —respondió el rabino—. Ven a sentarte a la mesa y cuéntanos qué te trae por nuestras tierras.

—No he venido para participar en las festividades. Estoy aquí para decir una sola cosa.

—Pues entonces dila —respondió el rabino.

—*Macbenac*.

Cuando el hombre pronunció la palabra, al rabino Orabuena se le mudó el gesto y sus ojos se llenaron de lágrimas. Los ojos, las mejillas, la barba canosa..., todo se empañó. Movié los labios, pero no emitió sonido alguno. Los invitados se quedaron mudos. Antes de que nadie alcanzara a decir palabra, el extraño había abandonado la casa.

—Venerable rabino, ¿podrías explicarnos quién era este hombre y qué quería?

—dijo uno de los invitados.

El rabino sacó un gran pañuelo y se secó los ojos y se sonó. Con voz rota dijo:

—Acabamos de presenciar un milagro.

—¿Un milagro? —repitió otro invitado con incredulidad—. ¿Qué quieres decir, querido rabino?

Siguió un peculiar silencio. Todos los presentes miraban expectantes al rabino. Moishe sintió escalofríos. Intuía lo que iba a suceder.

El rabino clavó la mirada en el techo. Estaba seguro de que las almas de sus antepasados velaban por él y sentía la cercanía de Dios. En su visión interna notó que el Todopoderoso lo miraba desde el trono del honor. En su oído interno oyó a los ángeles cantar salmos. Comprendió que se había abierto el Libro de la Vida, en el que aparecen todos los actos de las personas, y que su tiempo en la tierra había tocado a su fin.

El rabino se derrumbó sobre la mesa. Uno de los invitados, el médico Pereira, acudió corriendo para socorrerlo.

—¿Qué ha pasado? —gritó la esposa del rabino—. ¿Qué le ha ocurrido a mi marido? ¿Puedes ayudarlo?

—Lo único que precisa ahora es la clemencia de Dios —dictaminó Pereira.

Apenas una hora después de la súbita muerte de Abraham Orabuena, las calles que rodeaban la casa del rabino estaban abarrotadas de gente. Los tirabuzones de los hombres se agitaban al viento. Las mujeres entonaban sonoros cánticos. Y los amigos íntimos del rabino hacían lo posible para mantener a la gente a distancia, aunque los curiosos casi habían arrancado la puerta de sus bisagras.

El cuerpo yacía en la cama del dormitorio en un sudario negro, con dos velas encendidas a cada lado de la cabeza. La esposa del rabino daba vueltas entre sollozos. Se había quitado la peluca de las mujeres casadas y llevaba un velo sobre la cabeza. Los invitados varones del Seder, sentados en bajas banquetas, velaban el cuerpo y recitaban salmos.

## LA LEYENDA DEL MANANTIAL SECRETO

Moishe se había refugiado en su dormitorio y estaba acurrucado en la cama. La furia y la pena luchaban por dominarlo, pero pronto las sucedió un pesado desánimo. Cerró los ojos y entonces apareció su madre, que lo besó tiernamente en la frente y lo abrazó para consolarlo.

—Explícame, querida mamá —dijo Moishe—, lo que significa la palabra *macbenac*.

—Supongo que conocerás la leyenda de Adoniram. Fue él quien levantó el templo del rey Salomón en Jerusalén, situado sobre el monte Moriá, donde Abraham quiso ofrecer en sacrificio a su hijo. Adoniram tenía a más de cien mil artesanos a su disposición y el templo de Salomón fue el más perfecto de todos los edificios de la historia. El incansable constructor obtenía su fuerza, inspiración y conocimiento del manantial secreto donde se reúnen las siete sabidurías del mundo. Sólo un puñado de elegidos han tenido acceso a ese manantial y Adoniram fue uno de ellos. Así fue como conoció la visión de Ezequiel del templo y las complicadas medidas de la más sagrada de sus estancias. Ésta tenía una planta cuadrada de veinte por veinte codos y, puesto que el techo también estaba a veinte codos de altura, la habitación formaba un cubo.

—¿Un cubo? —repitió Moïshe.

—Sí. Y el altar de los sacrificios también era cuadrado. Estaba situado en el patio, delante de la puerta que daba al este y conformaba el pico del peñasco sagrado es-Sakhra. En la visión de Ezequiel, era de doce por doce codos. Pero Adoniram lo construyó con las medidas de veinte por veinte codos.

—¿Quieres decir que Adoniram se desvió de la visión del profeta?

—No actuó por cuenta propia. Adoniram se limitó a seguir las indicaciones del manantial secreto. Y pagó un alto precio por ello. Tres canteros envidiaban su conocimiento secreto. Lo amenazaron, pero él se negó a revelar la palabra clave que se requería para acceder al manantial secreto. Entonces lo asesinaron, enterraron su cuerpo y marcaron el lugar con una rama de acacia. Al cabo de un tiempo, nueve maestros constructores encontraron la tumba. Al desenterrar el cuerpo y descubrir que había empezado a descomponerse, bramaron: *macbenac*, que significa que la carne se desprende del hueso. Volvieron a dejar el cuerpo en la tierra, plantaron una acacia encima y fueron a informar al rey Salomón sobre el hallazgo. El rey les encargó que volvieran a desenterrar el cadáver. Así lo hicieron y, con ayuda del manantial secreto, consiguieron recomponer el cuerpo pedazo a pedazo. Luego los maestros constructores pronunciaron uno tras otro la palabra *macbenac* y entonces Adoniram volvió a nacer y se prendieron mil velas alrededor de la acacia. Los diez hombres juraron que nunca revelarían los secretos y de ese modo *macbenac* se convirtió en la nueva palabra clave para acceder al manantial secreto.

—Querida mamá, dime, ¿podré algún día acceder al manantial?

—No basta con conocer la palabra, hay que pronunciarla bien. Sólo los justos lo consiguen. Por eso es inútil buscar el manantial secreto. Nadie encontrará nunca el agua que lo convierta en sabio porque la sabiduría viene de dentro.

—¿Qué tengo que hacer para volverme justo?

—Tratar a los demás como quieras que te traten a ti. Mirar el mundo con serena lucidez y conservar tu sensibilidad hacia las características propias de los demás. Y los conocimientos que obtengas de otros, has de transmitirlos de una forma sencilla y comprensible para muchos.

—No entiendo la relación entre todo esto: *macbenac*, el manantial secreto, la muerte del abuelo... Por favor, explícame por qué tenía que morir el abuelo.

—No ha muerto, simplemente lo han liberado del peso de la carne. Su alma ya se encuentra junto al manantial secreto donde se reúne toda la sabiduría y se guarda el Libro de la Vida, el extraño escrito que tiene su origen en tiempos remotos y que contiene cada suceso y cada detalle de la vida de todos. Ahora el abuelo se encuentra allí y ve lo que ningún ojo humano puede ver. *Macbenac* fue su clave para acceder al paraíso. Algún día te reunirás con el abuelo, pero antes te queda un largo camino por recorrer, un camino que tendrás que transitar solo, sin su ayuda ni la mía. Mi tiempo está muy próximo a su fin. Antes de desaparecer, te daré la llave que te abrirá todas las puertas. Escucha atentamente, hijo mío, la clave que te voy a dar, que coincide con los movimientos que el ángel hizo sobre el tablero de ajedrez cuando vencí a Muhammad. Traduce los números a palabras y las palabras a cifras, crea equilibrio entre el sentimiento y la razón, comprende lo que estás buscando, y todo lo que está oculto se te mostrará. La vida será como un libro abierto para ti.

Lentamente la madre le fue revelando los movimientos de ajedrez. Después besó a Moïshe en la frente. Por un instante, el muchacho vio claramente el rostro de su madre ante él, pero al momento se esfumó en la oscuridad. Moïshe sintió una agri dulce cercanía y una

insuperable distancia con su madre.

## **TRAS LAS HUELLAS DE MOISHE**

Durante un par de meses, Moishe fue nuestro gran héroe. Los niños necesitan héroes y Sasha y yo queríamos saber todo lo posible sobre el cabalista. Cuando ingresaron a mi tío abuelo en el hospital por un pequeño infarto de corazón, revisamos detenidamente todas las enciclopedias y los libros de historia de la biblioteca, buscando información sobre Moishe. Pero no encontramos nada, no porque nos faltara dedicación o paciencia, sino porque su nombre no aparecía por ningún sitio.

Al salir del hospital mi tío abuelo nos dio una explicación, pero primero nos hizo jurar que guardaríamos el secreto. Juramos que, bajo ninguna circunstancia, hablaríamos del asunto fuera del hogar.

Fernando nos contó que, en la primavera de 1952, los partidos comunistas de Europa del Este acusaron de traición a unos cuantos líderes destacados y los colgaron. La muerte de los chivos expiatorios debía desviar el descontento del pueblo con los poderes gobernantes. Los departamentos de propaganda borrarón de la historia y de las bibliotecas el nombre de aquellos comunistas, muchos de ellos de origen judío. Los burócratas pusieron gran empeño en su caza de traidores y cometieron numerosos excesos. En los lugares donde había figurado el nombre de Moishe de Espinoza, sólo quedaron líneas en blanco.

Siempre he tenido problemas con las conclusiones, los resúmenes y el equipaje vital bellamente embalado. Me siento atraído por lo momentáneo, lo heterogéneo y lo inexplicable. Tengo especial predilección por los detalles superfluos. Quizá eso explique por qué por lo general recuerdo mejor las cosas insustanciales que las partes esenciales de una historia.

Mi tío abuelo nos contó lo siguiente sobre Moishe de Espinoza:

I. Los tres primeros meses tras la muerte del abuelo, Moishe durmió mal y no soñó. Enfermó de añoranza y sus pensamientos estaban completamente absortos por el rabino Orabuena.

II. Muhammad III fue un sultán aborrecido por todo el mundo porque condujo a Granada a la decadencia, tanto económica como política. Por cada día que pasaba, crecía la legión de sus enemigos, aunque él estaba enormemente satisfecho consigo mismo, más de lo que puede estarlo ninguna persona sensata.

«Su terquedad y sus firmes convicciones son la prueba de la estupidez de Muhammad», solía decir su hermano Naser. Otras veces afirmaba: «Desde aquí a Bagdad no hay burro tan seguro de sí mismo y tan decidido como mi hermano».

Durante siete años, Naser aguardó el momento adecuado lleno de pesadumbre y tristeza. Finalmente reunió a un grupo de hombres leales unidos por su interés común de derrocar al tirano y juntos lograron expulsar a Muhammad a Almuñécar. Al año siguiente, llevado por una desenfadada sed de venganza, Muhammad intentó reconquistar el trono, pero la revuelta de sus hombres armados fue sofocada. En esta ocasión Naser no mostró piedad. El encargado de ocuparse de su hermano fue un servidor de la ley que podía presumir de haber ajusticiado con sus propias manos a cuatrocientas personas, y que había perdido a su mujer y a sus dos hijas por culpa de Muhammad. El verdugo no perdió el tiempo. Con gran satisfacción, le sacó los ojos al sultán derrocado y después lo ahogó en

una de las fuentes de la Alhambra.

Con Naser como soberano, se escribió un nuevo capítulo de la historia del reino. El sultán estudió astronomía y le dedicó más tiempo a la ciencia natural que al arte de la guerra. Cuando se enteró de la muerte del rabino Orabuena, y de que su mujer lo había seguido medio año después, invitó a Moische a vivir en la Alhambra para estudiar con el filósofo de la corte, Yussuf al-Rahman.

III. El verano de 1325 proporcionó al pueblo de Granada mucho de que hablar: Ismail I fue asesinado por su primo, que asumió el trono con el nombre de Muhammad IV y fue el sexto sultán de la dinastía nazarí. El gran pensador de la ciudad, Yussuf al-Rahman, cayó repentinamente enfermo y murió justo después de que su hija menor, Hasna, se casara con su alumno favorito, Moische de Espinoza. Una mujer fue condenada por adulterio, la metieron en un saco y la arrojaron al río Beiro, pero cuando al día siguiente sacaron el saco del agua, la mujer seguía respirando. El hecho de que estuviera viva demostraba que era inocente, así que la llevaron triunfalmente de vuelta a la ciudad. La noche de San Juan se pudo observar una enorme bola de fuego cruzar el horizonte por el oeste. Relucía como un ojo maligno. Ahmed Husseini, el principal astrólogo de Granada, dictaminó que era un cometa de mal agüero y anunció funestamente que el cometa haría surgir la peste de las entrañas de la tierra.

IV. Moische calculó la trayectoria del cometa y, para estar seguro, empleó la clave que le había dado su madre: los movimientos de la partida de ajedrez. Constató que el cometa no iba a colisionar con la Tierra y predijo que regresaría al cabo de trescientos quince años. Expuso el resultado de sus cálculos ante el nuevo sultán y le aseguró que el universo no estaba alterado. Muhammad IV quedó tan aliviado como impresionado y propuso a Moische que se convirtiera al islam y asumiera el puesto de su maestro como filósofo de la corte de Granada. Moische rechazó humildemente la oferta y pidió permiso para continuar siendo judío y para dedicarse al pensamiento libre. Sin mayor reflexión, el sultán le concedió ese derecho y además le otorgó el apoyo financiero que necesitaba.

V. Moische y Hasna tuvieron cinco hijos, todos ellos varones, pero cuatro murieron antes de cumplir los diez años. En cambio el primogénito, Salman, llegó a hacerse muy viejo y vivió durante más de trescientos cincuenta años.

VI. Moische y Hasna trabajaban con frecuencia juntos. Intentaban encontrar denominadores comunes en los escritos religiosos antiguos y conciliar la mística judía y la árabe. Moische defendía que había que sonsacar constantemente nuevas verdades a los textos, y se refería ante todo a la Torá y al Talmud, pero también al Corán. «Porque los textos sagrados», solía decir, «contienen muchas verdades ocultas que sólo se pueden extraer por medio de la interpretación que exige cada nueva situación».

La pareja estaba de acuerdo en que sólo por medio de nuevas lecturas de los atávicos textos podría la tradición mística mantenerse viva y a la vez transformarse.

VII. Uno de los aspectos del trabajo de Moische y Hasna fue el desarrollo de una extensa enseñanza sobre la salud que contenía diversas prescripciones como la dieta vegetariana, un enorme consumo de ajo, ejercicios de respiración y limpiezas en forma de enjuagues intestinales regulares. Pero ambos padecían frecuentemente gastroenteritis y enteritis, y se les notaba incluso en el aspecto porque tenían la cara macilenta. Después de que tres de sus hijos murieran de vólvulo, se pasaron a la comida kosher.

VIII. Todos los textos que dejó Moische contienen formulaciones de enorme fuerza poética.

IX. El viernes 2 de febrero de 1342, Moische terminó su obra magna: *Sefer*

*Ha-Zohar (Libro del esplendor)*. Hasta el siglo XIX, los rabinos más influyentes no reconocieron la posición central de esta obra dentro de la mística y la tradición hermenéutica judía.

X. La noche del Seder de 1348, Moishe se notó rígido y frío por todo el cuerpo. Por la mañana le había subido mucho la fiebre y tenía dificultades para respirar. Vomitaba sangre y tenía diarrea. Miró a Hasna y susurró:

—¿Quién soy yo, o quién eres tú, en todo esto? En el Talmud se dice: «No soy sino polvo, pero ¡el mundo fue creado para mí!».

A partir de ahí fue todo muy rápido.

El cabalista —que cambió el curso de la familia de Espinoza y sustituyó los envenenamientos por la filosofía— fue uno de los cuarenta millones de víctimas europeas de la peste negra.

## **4. El narrador**



## SALMAN DE ESPINOZA

Tenía intención de hablar del hijo mayor del cabalista Moishe, Salman de Espinoza. Pero me encuentro terriblemente cansado, no sé bien por qué. ¿Será el cáncer o será la medicina? Los dolores me asustan. Me resultan casi insoportables y, para evitarlos, me atiborro de medicinas que, a la vez que me quitan el dolor, me merman las fuerzas. El médico me dice que en realidad debería guardar cama y descansar, pero no me apetece hacerlo. Mi vida ya ha pasado. No tengo energías para oscilar entre la esperanza y la desesperación. Por eso me echo a reír cada vez que caigo en la cuenta de que aún podré vivir un año o dos. Intento aprovechar el tiempo que me queda para transmitir las anécdotas de mi familia, las que nos contó mi tío abuelo cuando Sasha y yo éramos pequeños.

De mayor debería haberme interesado más por el linaje familiar que se esperaba que yo continuara. Pero no quería tener hijos y no los tuve. En mi egoísmo, hice oídos sordos cuando mis padres intentaron hablarme de sus propias vidas y después fue demasiado tarde.

Ahora me encuentro en la cámara mortuoria de los recuerdos, intentando despertar lo perdido, lo que hace mucho que se me escapó del pensamiento. Y encuentro consuelo en las historias que ahora escribo.

Últimamente las anécdotas de la infancia me han venido a la cabeza con extrema facilidad. A menudo mis dedos han tenido dificultades para seguir sobre el teclado el ritmo de mis recuerdos. Pero hoy cada frase es una tortura para mí. Me siento coartado por mi limitación de tiempo y la reducción de mis capacidades. Una extraña fuerza, o quizá más bien la falta de ella, sabotea todos mis esfuerzos. Intento vencer a mi enemigo interno, pero él me supera con sus argucias.

Salman de Espinoza. La suya es una historia sombría, pero también edificante. El verdugo del gran inquisidor Tomás de Torquemada torturó incesantemente a Salman durante ocho días y lo dejó cubierto de heridas sangrantes, pero no consiguió derrumbar su resistencia y acabó arrojándolo a la hoguera encendida delante de la catedral de Sevilla. Ocurrió en 1487. Esto es lo único que pienso contar de él por el momento.

Aunque también puedo contar lo que hizo un mes más tarde: se levantó de entre los muertos, celebró el sabbat en casa de unos amigos en Dubrovnik y después se dedicó a arrastrar su larga capa oscura por los caminos de la costa adriática, recorriendo sus blancos pueblos sumidos en su sonámbula cotidianidad y dando a conocer entre los judíos practicantes el *Séptimo Libro de Moisés*, un extrañísimo texto que él mismo había compuesto.

La historia de Salman constituye una parte importante de la historia de la familia Spinoza. Pero es un relato largo y por el momento carezco de la energía necesaria para pasar tanto tiempo ante la máquina de escribir. Hoy he de reservar mis fuerzas. Escribiré sobre algo menos extenso. Por ejemplo sobre lo que sé de mi tío abuelo.

### COMO ALGO DE UN LIBRO PARA NIÑOS

Mi tío abuelo no tenía lazos de sangre con nosotros. Sólo daba la casualidad de que se casó con una de las cinco primas de mi abuela paterna, y encima con la menos bonita de ellas, como solía apostillar mi abuela. Pero encontraba forzoso mantener el contacto con nosotros y sabía todo lo que merecía la pena saber sobre la familia Spinoza. Yo me

familiaricé con mis orígenes a través de sus inspiradoras historias y fue él quien me enseñó la importancia que habíamos tenido en la historia de Europa, aunque a veces yo no sabía si alegrarme o avergonzarme de ello. Pero todas mis dudas se esfumaban tan pronto como mi tío abuelo venía a visitarnos.

«Spinoza es un apellido que puede llevarse con orgullo. Formáis parte de la sal de la vida», solía decir.

Mi hermano Sasha y yo estábamos orgullosos, pese a que no acabábamos de entender qué tendría que ver la sal de la vida con nuestra familia.

De niños casi nunca oímos nada sobre la vida de mi tío abuelo y su familia. Fernando podía pasarse horas hablando de nuestros antepasados remotos, pero se resistía a hablar de sí mismo. Cuando alguna vez le preguntábamos sobre su pasado, era escueto y enseguida cambiaba de tema.

Pero en una ocasión sonrió a un lejano recuerdo y declamó alegremente algo que parecía sacado de un libro para niños: «No es verdad que mi padre sea actor. Eso no es más que un disfraz. En realidad es el hombre más rico del mundo. Posee varios palacios en diversos países, un castillo en el Mediterráneo, una plantación de café en Brasil y extensos arrozales en China. Además ha mandado excavar unos profundos túneles en la Selva Negra, donde nace el Danubio, y los ha llenado de oro y piedras preciosas».

Nosotros lo escuchamos fascinados, aunque enseguida sentimos cierta decepción porque se negó a añadir nada más.

Otras veces, tras incomodar por un instante su cerebro, nos respondía que en realidad no disfrutaríamos en absoluto escuchando historias de su vida y del pasado de su familia, porque su existencia había carecido de interés y había transcurrido sin mayores acontecimientos.

Sasha y yo sospechábamos que esto no podía ser del todo verdad. Pero comprendíamos que mi tío abuelo tendría sus motivos para no revelarnos su propia historia.

## **LOS ARCHIVOS MORMONES**

Justo después de que muriera mi madre, viajé a Estados Unidos. Durante una escala en el aeropuerto de Chicago, vi por casualidad un artículo en el periódico más importante de la ciudad, *The Morning Star*:

«Bajo un gran risco de las Montañas Rocosas, al sur de Salt Lake City, Utah, se encuentran los archivos más extraños de nuestro país. Los archivos se ubican en túneles subterráneos excavados en la montaña, conectados por laberínticos pasillos. Las entradas están protegidas por puertas de acero y avanzados sistemas de seguridad. El acceso a los cientos de miles de microfilms que se guardan allí está estrictamente limitado.

»La temperatura de las salas subterráneas se mantiene constante en catorce grados y la humedad del aire entre un cuarenta y un cincuenta por ciento. Todo el aire que entra por los sistemas de ventilación se filtra para evitar la contaminación de las salas.

»Bajo la montaña se guarda, por el momento, información como para llenar noventa millones de libros de trescientas páginas cada uno. Pero no se trata de archivos militares supersecretos. Lo que hay allí son los nombres de dieciocho millones de personas, vivas y muertas, meticulosamente registradas en un millón trescientos mil microfilms, comprados por la Asociación Genealógica de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días, perteneciente a la Iglesia mormona de Salt Lake City.

»Los nombres contenidos en estos enormes archivos han sido reunidos en todo el mundo por medio de la copia de todo tipo de escritos imaginables. El proceso sigue en marcha. El objetivo final de esta gigantesca empresa es conseguir registrar en microfilms a toda la humanidad, tanto a los vivos como a los muertos.

»La genealogía constituye una parte esencial de la religión mormona. Gracias a estos archivos, cada mormón puede profundizar en su pasado, escalar por su propio árbol genealógico y, a título póstumo, dejar que sus antepasados participen del bautizo eclesiástico».

El artículo despertó mi curiosidad. Escribí a la Iglesia mormona pidiendo información de los archivos y adjunté una lista con los nombres de los miembros de mi familia más cercana. Un soleado día de abril, casi tres meses después de haber enviado la carta, recibí un paquete que recogí en correos. Después de estudiar el sello de Estados Unidos y la estampa, abrí el paquete despacio. Tranquilo, pensé. Paciencia. Sin paciencia no se llega a ningún lado. Cuando por fin conseguí quitar el cordón y apartar delicadamente todas las capas de papel de envolver sufrí una gran decepción: no encontré un resumen de la historia de mis seres más cercanos, sino cuatro kilos de material informativo sobre la Asociación Genealógica. Hojeé los folletos y comprendí que los mormones debían de tener seguidores por todas partes, una legión que repasa las necrológicas y, con toda discreción, eso sí, escarba en la historia vital de la gente y envía los datos a Salt Lake City.

Al fondo del paquete encontré también una carta de presentación y un sobre blanco. La carta iba firmada por el director del archivo, que se lamentaba de que sólo uno de los nombres por los que preguntaba se encontraba en el registro.

Desgarré el sobre blanco y lo primero que vi fue un título en negrita:

«FRANZ SCHARF, TAMBIÉN LLAMADO FERNANDO».

Recorrí las líneas con la mirada. En apenas treinta hojas DIN-A4, densamente escritas, se describía una vida entera, alrededor de veinticinco mil días y noches. No faltaba nada, no se había omitido ningún detalle de importancia, cada estadio de la vida y pasado de mi tío abuelo estaba documentado. Lo más extraño era el estilo, que mezclaba la brevedad de una obra de consulta con formulaciones muy poéticas.

Tuve que sonreír al ver lo que ponía al final del documento: «Budapest, 27 de octubre de 1962».

La única fuente de ingresos de mi tío abuelo era su magra pensión. Su situación económica no podía ser peor, aunque nunca le contaba a nadie sus preocupaciones. La única excepción era la abuela, a quien debía varios miles de forintos. Pero en lo concerniente al dinero, mi abuela nunca lo acusó de ser poco fiable. Siempre sonreía con algo de condescendencia cuando mi tío abuelo, cada mes, declaraba estar seguro de que pronto le enviarían desde Estados Unidos unos cientos de dólares —que en aquella época era mucho dinero— y a continuación le pedía prestados cincuenta forintos. Ella siempre lo miraba detenidamente, para asegurarse de que no había perdido demasiado peso desde la última vez y después le hacía otro préstamo, intuyendo que ese día no tenía ni para comer.

Los niños pensábamos que el tío abuelo era tacaño porque nunca nos hacía regalos, ni siquiera por nuestro cumpleaños. Aunque a veces nos prometía que, cuando le llegara el dinero por sus escritos, nos llevaría a una pastelería.

Pocos días antes de la Navidad de 1962 nos trajo regalos a todos. Las vacaciones acababan de comenzar y Sasha y yo deambulábamos por la casa sin objetivos definidos y sin saber qué hacer con aquellos días libres. Por eso me alegró que mi tío abuelo me

regalara *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Jules Verne. Pero lo que más me gustó fueron los exquisitos pastelitos que trajo del Café Gerbeaud, la mejor pastelería de Budapest. Nunca habíamos comido unos pastelitos tan caros, así que nos abalanzamos ávidamente sobre ellos. Todavía puedo notar en la punta de la lengua las sensaciones gustativas de aquel día.

La abuela parecía preocupada. Bajó la voz hasta un penetrante susurro y preguntó a Fernando de dónde había sacado el dinero. «De Estados Unidos», respondió. «Me he hecho rico. Ya puedo devolverte todo el dinero que me has prestado. Me han mandado quinientos dólares. Los mormones. Les he vendido la historia de mi vida».

## **UN ÁNGEL LUJURIOSO ENTRA EN ESCENA**

De creer lo que dicen los archivos de los mormones, el abuelo paterno de mi tío abuelo fue Andrei Scharf. Nació en 1839 en Smolensk, una ciudad de la Rusia occidental, situada junto al río Dniéper. Su padre era rabino, un hombre profundamente religioso, de barba entrecana y negros tirabuzones en las sienes, y la madre era hija del rabino de Vítebsk. La familia vivía en un barrio pobre de la ciudad, donde su padre había fundado un tribunal de justicia judío. La gente de Smolensk acudía a él para recibir buenos consejos o resolver disputas acerca de la ley de la Torá. También desposaba parejas y concedía divorcios. A menudo los pobres lo visitaban simplemente para aliviarse el corazón. El rabino tenía muchas tareas y poca fortuna.

Un día, cuando Andrei tenía diez años, un vecino fue a contarles que había habido una revuelta en Moscú. Los revolucionarios habían tomado las calles exigiendo pan para el pueblo. Soñaban con un Estado en el que no hubiera pobres ni ricos y querían deshacerse del zar. La policía había cargado contra los manifestantes con los sables en alto y, en respuesta, alguien había lanzado una bomba de fabricación casera que había matado a dos policías. Cuarenta rebeldes habían sido detenidos. Muchos continuaban en la cárcel. Varios eran judíos.

El rabino sacudió la cabeza apesadumbrado y declaró que, por consideración al niño, no quería oír hablar de esas cosas. Pero a Andrei ya le había picado la curiosidad y empezó a fantasear con convertirse en un revolucionario.

Un día, cuando ya había cumplido los veinte, pasó por delante de las minas de carbón a las afueras de Smolensk y vio cómo un capataz de uniforme sucio arremetía con el látigo contra un niño de ocho años porque éste no tenía fuerzas para completar la jornada laboral de quince horas. A Andrei le resultaba inconcebible tanta crueldad y no podía quitarse el episodio de la cabeza. Pasó tres días sumido en cavilaciones y llegó a la conclusión de que el hombre que había ejecutado tan cruel castigo no pertenecía a una minoría de sádicos o de locos, sino que era un representante normal de un sistema social injusto y malvado. Decidió que intentaría contribuir a la mejora de la vida cotidiana de los más desfavorecidos, luchando por mejorar las condiciones de los hijos de los siervos de la mina.

Acudió a algunas reuniones de revolucionarios, donde hombres y, para su sorpresa, mujeres jóvenes mantenían animadas discusiones y planeaban transformar el sistema social y político de Rusia por medio de la violencia. Andrei sólo habló en una ocasión, para advertir a sus compañeros que no debían proporcionar una imagen idílica de la vida después de la revolución. No obstante, un espía de la policía que se encontraba en el local

lo delató y esa misma noche lo arrestaron. Dos días más tarde lo condenaron a quince años de trabajos forzados por actividades subversivas y lo enviaron a Magadán, en la Siberia oriental.

Allí conoció a Mijaíl Bakunin. El padre del anarquismo —que sólo con su nombre hacía temblar los imperios— tenía una voz nasal y una hermosa sonrisa, a pesar de que el escorbuto le había dejado sin un solo diente. Bakunin miró a Andrei profundamente a los ojos y le explicó que cuando el descontento latente del pueblo pasara a la acción revolucionaria y derrocaran el viejo orden social, florecería una nueva sociedad libre, justa y sin Estado. Al hablar de la revolución, destacó los componentes de batalla y lucha. Como objetivo final se imaginaba una especie de dictadura colectiva, donde todo se basara en el trabajo voluntario y las personas no tuvieran que atenerse a las exigencias del orden y la subyugación. A continuación entregó al muchacho uno de sus escritos.

Absorto por la lectura, Andrei olvidó el frío invierno que lo rodeaba. Cuando dejó a un lado el manuscrito, sabía que seguiría a Bakunin y se vio a sí mismo interpretando en el futuro un importante papel de agitador y prendiendo el fuego revolucionario en las masas. Lo que más le fascinaba era la idea de Bakunin de que el hombre y la mujer tenían el mismo derecho a iniciar una relación amorosa por su propia y libre voluntad y a finalizarla después si los sentimientos se enfriaban.

Dos años más tarde, en junio, cuando la nieve se había derretido y la temperatura sobrepasaba los cero grados, Bakunin y Andrei huyeron juntos a pie del campo de prisioneros. Lograron esquivar a sus perseguidores y sobrevivieron en la tundra a base de bayas y raíces. Pero pronto sus caminos se separaron. Bakunin huyó hacia el este, a Japón, y de allí a Estados Unidos. Andrei se encaminó hacia el oeste y, tras muchos rodeos, una húmeda mañana de neblina de principios de febrero de 1861 llegó a Budapest.

La verdadera razón por la que abandonó Rusia, Andrei no se la confesó nunca a nadie, ni siquiera a sus hijos ni a sus amigos más íntimos. Durante toda su vida se negó a hablar del pasado. Solía decir: «De eso nunca podré hablar. Los recuerdos son demasiado lejanos. Y nadie me creería».

La abuela sostenía que conocía su secreto y, una vez que se enfadó con Fernando, lo dijo abiertamente: «El viejo Scharf y sus compinches asaltaron un coche de correos que traía unos valiosos paquetes desde Sebastopol. Mataron a un cochero, por eso tuvo que huir de Rusia. Eso lo sabe toda Budapest. Se lo contó a su amante en su lecho de muerte».

Cuando Andrei llegó a Hungría con un hatillo en la mano, no tenía más de veintidós años, pero no en balde había vivido los últimos tiempos bajo la protección de Bakunin. Andrei tenía los ojos oscuros y vigilantes, y la curiosidad de una chismosa. No conocía a nadie en Budapest, pero en el bolsillo llevaba un papel con el nombre de un húngaro —un tal Imre Herskovics— que algunos años antes, durante una estancia en el balneario de Marienbad, había conocido por casualidad a Bakunin y se había dejado arrebatar no sólo por el hombre, sino también por sus ideas de revolución social.

Herskovics tenía debilidad por los ambientes de las personas creativas y peculiares. El anarquismo renovó las fuerzas vitales del gotoso húngaro, que regresó a Budapest deseoso de llevar a cabo la revolución. Aunque no tenía la menor intención de destruir la sociedad, lo único que quería era generar un poco de dramatismo. De hecho, el hombre dirigía un teatro en los suburbios con ayuda de su hija, una chica de unos treinta años y todavía soltera.

Herskovics, apostado tras su escritorio, estaba garabateando en una hoja de papel con una pluma cuando el joven ruso se presentó en su despacho. Andrei carraspeó y

pronunció las únicas palabras que sabía en húngaro —*Jó napot* (Buenos días)—, pero el rechoncho director de teatro no reaccionó. Andrei dejó su hatillo en el suelo y alzó la voz. Con las manos en los bolsillos y reclinado despreocupadamente contra el marco de la puerta, habló en giros difusamente halagadores sobre Herskovics, a quien nunca había visto, y le explicó que Bakunin le pedía que lo ayudara. A Herskovics, que no sabía ruso, se le aceleró el corazón. No porque la imagen de un joven necesitado fuera nada nuevo para él, sino por el mágico sonido del nombre de Bakunin. El director de teatro estudió a su invitado. Los rusos tenían una arraigada fama de excéntricos y Andrei mantenía el tipo. A Herskovics le resultaba divertido oírlo hablar. Sabía que el talento teatral puede manifestarse en las figuras más extrañas y enseguida ofreció a Andrei un papel de figurante en su siguiente montaje.

Tres meses más tarde, Andrei se había casado con la hija de Herskovics y tenía el papel protagonista de una obra recién escrita, a pesar de que prácticamente no hablaba una palabra de húngaro. La esposa estaba encinta. Era una de esas mujeres que, con un estilo discreto, era capaz de lograr casi cualquier cosa, salvo cómo hacer feliz a su marido.

La eterna impaciencia y el anhelo de libertad de los hombres bullían en Andrei. Para satisfacer sus deseos se buscó una amante al día siguiente de la boda. Las mujeres se derretían en sus brazos cuando les susurraba cariñosas palabras en una lengua que sonaba como la de los ángeles. Siempre tenía varias aventuras amorosas al mismo tiempo y se creaba infinitas complicaciones. Cuanto más se embriagaba con sus desvergonzados excesos carnales, tanto más rápidamente olvidaba a su maestro político.

«La vida es breve», solía decir, «y las obras de Mijaíl Alexandróvich Bakunin son muy largas».

Un día pillaron a Andrei vertiendo su semen en la boca de una joven alumna del teatro y la confianza que tenía en él su mujer sufrió su primer golpe. Poco después saldría a la luz que había dejado embarazadas a tres actrices de la compañía. Como consecuencia tuvo que salir al escenario con la cara llena de los arañazos que le había hecho su mujer en un histérico ataque de celos y el público se rió a mandíbula batiente. Andrei le tenía más miedo a las violentas uñas de su esposa que a la policía rusa, pero eso no frenó por mucho tiempo su sed de aventuras.

Aunque Andrei y su mujer se habían jurado amor eterno, el matrimonio se disolvió al cabo de un año, cuando ella se cansó de tanta promesa y juramento que luego era incapaz de mantener.

Herskovics se llevó tal disgusto que expulsó al yerno de su teatro. Andrei intentó entrar en el Teatro Nacional, pero todavía tenía problemas con el húngaro, así que ningún director de escena quiso darle trabajo. La situación era muy deprimente para un joven enamorado de las tablas, pero al final Andrei encontró un atajo. Con la desvergüenza que lo caracterizaba, sedujo a la esposa del dueño de un teatro, una mujer de mediana edad que mantenía en vereda a su marido con maternal severidad. Poco después, Andrei empezó a trabajar de director artístico, lo que le permitió estar siempre rodeado de una corte de directores serviles y actrices dispuestas.

## **ERVIN Y ANNUSHKA**

Andrei tuvo tantos hijos, con otras tantas mujeres, que tenía que usar todos los dedos de ambas manos para contarlos. Sólo uno de ellos no era ilegítimo: Ervin, el padre de

Fernando.

Ervin pasó la infancia en el teatro de su abuelo y desarrolló una fuerte pasión por la profesión de actor. Con diecinueve años le ofrecieron el papel protagonista de *Hamlet* en el Teatro Nacional. Todo el mundo sabía —Ervin también, naturalmente— que era por su padre. El mundo del teatro de Budapest estaba viciado por el nepotismo y la camaradería. Aun así, la felicidad de Ervin no conocía límites. Durante uno de los ensayos, su padre pasó por el teatro, se quedó cinco minutos y soltó un puñado de agudas observaciones sobre el arte de la dirección de escena y la actuación. Pero por muy provechosos que pudieran haber sido aquellos consejos, los nervios de Ervin no estuvieron a la altura y nunca logró dar vida a las fatigas del soñador príncipe de Dinamarca. El montaje tuvo poco público y las críticas fueron despiadadas. Un crítico escribió: «Hay que ser el padre del joven Scharf para ver algo sublime en el hecho de que Hamlet se acurruque en el monólogo como un gato en su cesta».

Así fue como Ervin se enteró a una edad demasiado temprana de que tenía que buscar su futuro en algún lugar distinto al escenario de un teatro. Se sintió enfadado, decepcionado e impotente. Lloró amargamente porque el fiasco confirmaba que nunca podría enorgullecer a su padre.

«No basta con llevar el apellido Scharf», observó Andrei con condescendencia, «además hay que tener talento, de lo contrario el resultado es demasiado aburrido. Tendrás que intentar tomártelo como un hombre».

El único problema era que Ervin todavía no era un hombre, sino sólo un muchacho inexperto y no consiguió olvidar las críticas, sobre todo las duras palabras de su padre. Había esperado recibir de él algo de consuelo, aunque sólo fuera un poco de ánimo, o al menos haber escuchado la expresión favorita de su padre: «Nunca hay que darse por vencido, siempre hay que volverlo a intentar».

Ervin tenía en el alma una herida sangrante y se entregó a la bebida. Pero el alcohol no tuvo un efecto beneficioso sobre su carrera. Los grandes teatros se negaban a contratarlo. En Budapest, ni los actores jóvenes ni los mayores se privaban de irrumpir en los despachos de los directores de los teatros para suplicar que les dieran papeles más atractivos. Presumían de sí mismos y adulaban a los directores de escena. Pero Ervin era incapaz de arrojarse a los pies de nadie suplicando por un papel. Y desde que se había convertido en una carga para Andrei, éste se mantenía a distancia.

Ervin y su mujer Annushka tuvieron una hija y cinco hijos, que siempre estaban hambrientos. Los chicos fueron testigos de la imparable decadencia de su padre. La vida dura y las expectativas constantes lo volvieron duro con su familia. Sólo la hija se libraba de sus tiránicos arrebatos. Los varones estuvieron siempre atormentados por su infancia, que se empecinaba en visitarlos noche tras noche en forma de pesadilla.

Annushka tenía un aura maternal. Era generosa, considerada y tierna. Todo el mundo en su entorno la quería. Cantaba con frecuencia y los niños la escuchaban boquiabiertos porque su canto sonaba hermoso en toda su sencillez. La mujer mantenía a la familia limpiando casas y extraía sus fuerzas de la virtud de la ortodoxia judía. Pero el trabajo duro, las peleas constantes, las escenas y la violencia le amargaron la vida. Una noche, después de que Ervin le hubiera pegado una paliza con fuertes golpes y patadas, increpó a Dios, dijo que ya había tenido bastante, que no aguantaba más, y se tiró por la ventana. La familia vivía en una quinta planta. Los niños estaban despiertos y vieron lo que sucedió con asombro, vergüenza y silencio. Franci —así se llamaba mi tío abuelo en aquella época— tenía seis años. Empezó a odiar al Dios que le había arrebatado a su mamá

y mojó la cama hasta los doce años.

A pesar de que la muerte de su madre arrancó un pedazo del corazón de los niños y los dejó sumidos en la tristeza y la añoranza, no se hablaba de ella en la casa. Ervin prohibió a los chicos mencionar su nombre. En su opinión, Annushka había traicionado a la familia porque el deber primordial de una mujer era ser esposa y madre, y daba igual lo desgraciada que fuera por lo demás.

Al desaparecer la mujer que los mantenía a todos, empezaron a tener dificultades para reunir el dinero del alquiler. Por eso la familia tuvo que mudarse constantemente. En ocho ocasiones en dos años, los niños experimentaron la humillación de ser desahuciados de su hogar por diversos caseros. La familia Scharf acabó en la casa más cochambrosa de la calle más pobre del gueto judío, donde tenían que compartir la sucia letrina del patio con todos los demás inquilinos. Allí pasaron a ser los vecinos más cercanos de mi abuela paterna.

El piso era angosto y sucio. Pero lo peor para los niños era el frío del invierno, puesto que no tenían dinero para calentar la casa. Las tuberías se congelaban y los dejaban sin agua potable, pero como colgaban témpanos de hielo del marco de la ventana, cuando los niños tenían sed, arrancaban un pedazo de hielo y lo chupaban. Por la noche el frío era insoportable e incluso sufrieron alguna plaga de ratas. Acurrucado en la cama que compartían sus cuatro hermanos, Franci fantaseaba con tesoros y conjuros mágicos que podrían ayudar a la familia. Se creía capaz de hacer milagros.

## **EL ARTISTA DEL PROLETARIADO**

Con el tiempo, el destino mostró algo de clemencia para con Ervin y le concedió la gracia de experimentar un éxito.

En la primavera de 1919, los comunistas tomaron el poder en Hungría y declararon una breve República de Consejos obreros, para desgracia y confusión del pueblo. Pero la gran inestabilidad y el caos generalizado del país no eran lo que ocupaba los pensamientos de Ervin por aquella época. Su única preocupación era si sus nervios aguantarían la tensión y le permitirían volver a subir a un escenario. Un conocido suyo, director de escena del Vidámszínház, el teatro de la comedia, le había ofrecido hacer una sustitución en un espectáculo de burlesque. A esas alturas Ervin estaba bastante deteriorado, quizá incluso algo loco porque estaba convencido de que un camarero de su tasca favorita intentaba envenenarlo por encargo de su intrusivo casero. Hacía más de veinte años que ni siquiera se acercaba a un escenario y eso lo asustaba. Sin embargo, la falta de dinero decidió por él y aceptó.

Ervin hacía su entrada en escena con aspecto compungido y equipado con un acordeón. Se sentaba sobre el escenario y, con exquisitos movimientos de manos y sin mediar palabra, empezaba a desplegar su instrumento hasta que éste alcanzaba una longitud enorme, para gran diversión del público. Al final, con gesto preocupado, comentaba: «Funcionará mientras funcione».

El público, que tenía un ácido sentido del humor, se fijó en la frase y «Funcionará mientras funcione» se convirtió en el eslogan más popular de la República de los Consejos. Los periódicos se llenaron de reseñas positivas. Los críticos hablaron de una notable arte escénica y alabaron el genio cómico de Ervin.

Una noche, el dictador comunista Béla Kun presenció la representación. Cuando los



aplausos cesaron después del número de Ervin, se oyó una voz en la sala:

—¿Cuánto tiempo podrá funcionar si el país padece necesidades y escasez de alimentos? No tenemos pan ni verduras ni carne.

Béla Kun comprendió de inmediato que la pregunta iba dirigida a él. Se levantó de su sitio en el palco real y gritó alegremente al público:

—Funcionará, ya veréis como funcionará.

A los pocos días, Ervin se desmayó sobre el escenario y lo llevaron inconsciente al hospital más cercano. Pasó una semana en coma. El último día de su vida recuperó la conciencia durante unos instantes, justo cuando Béla Kun, rodeado de un séquito de periodistas, llegó al hospital para condecorarlo con el mayor reconocimiento teatral del país. Ervin fue condecorado, recibió un enorme ramo de rosas rojas y, una hora más tarde, murió.

Más de cincuenta mil personas lo acompañaron hasta su último lugar de descanso. El ataúd iba envuelto en el estandarte rojo de los comunistas. Béla Kun pronunció un discurso junto a la tumba. Enardecido, alabó al gran artista que había regalado al proletariado su torrente de generosos impulsos y abierto nuevas perspectivas artísticas para la hermandad humana. Así fue como Ervin Scharf se convirtió en el primer y único mártir de la República de los Consejos de Hungría.

## **EL MAYOR MENTIROSO DEL MUNDO**

Ya desde muy pequeño, a mi tío abuelo le encantaba contar historias. La que nunca se cansaba de escucharlas era su pequeña vecina, Sara, que sería mi abuela paterna. Pocas de las historias de mi tío abuelo eran completamente verídicas, pero eso a Sara le daba igual.

Una tarde de verano en la que la oscuridad iba cayendo lentamente, Franci sintió ganas de impresionar a la vecinita y prometió revelarles un gran secreto si ella juraba que, bajo ningún concepto, le diría una palabra de aquello a nadie. Cuando Sara lo juró, mi tío abuelo le contó del modo más convincente que pudo que no era verdad que su padre fuera actor, que aquello era sólo un disfraz. Su padre era en realidad el hombre más rico del mundo. Poseía varios palacios en diversos países, un castillo en el Mediterráneo, una plantación de café en Brasil y extensos arrozales en China. Además había mandado excavar unos profundos túneles en la Selva Negra, donde nace el Danubio, y los había llenado de oro y piedras preciosas.

—¿Cómo ha podido tu padre hacerse tan rico? —preguntó Sara impresionada.

—Mi padre es un bandido —le explicó Franci—. Asalta bancos. Tiene una escopeta.

—Pero, entonces, ¿por qué tiene que vivir como un actor pobre?

—Para que la policía no lo encuentre y no lo meta en la cárcel. Lidera a quinientos bandidos que envía por todo el mundo a asaltar bancos y que luego le entregan el botín.

A Sara le resultaba difícil creer que el señor Scharf, a quien a menudo había visto tambaleándose por el patio y con problemas para mantener el equilibrio en las escaleras del portal, pudiera ser un peligroso bandido. Sus ojos se llenaron de escepticismo. Franci lo notó y enseguida añadió:

—Tengo otro secreto que nunca le he contado a nadie. Jura que jamás se lo revelarás a nadie.

—Lo juro —murmuró Sara.

—Mi padre también es el mejor brujo del mundo. Puede meterse en la caja fuerte de un banco sin que lo vea nadie. Lee en alto una fórmula mágica que ha encontrado en la cábala, sale disparado cinco metros hacia arriba y se vuelve invisible.

Esperaba que Sara quisiera saber más, pero la niña se quedó callada mientras pensaba.

—Mi mamá —continuó Franci— es hija del conde Esterházy y está ingresada en una clínica en Viena. Se volvió loca al enterarse de que mi padre era un peligroso bandido con seis esposas repartidas por seis países. La niña gorda y mofletuda que se hace pasar por mi hermana y se encarga de nosotros, es en realidad una compinche de mi padre. Mi padre tiene además a una princesa encerrada en su palacio de Portugal. La tiene encadenada a una estaca para que no se escape. Se llama Kunungunda y mi padre quiere que me case con ella cuando sea mayor. Tiene una cabellera dorada que le llega hasta los tobillos.

—Franci, estás mintiendo. Eres el mayor mentiroso del mundo entero. Esto es horrible. No se puede creer una sola palabra de lo que dices. Sólo intentas engañarme —exclamó Sara, y se levantó para irse.

Entonces el chiquillo, que sólo tenía diez años, comprendió que el intento de impresionar a la vecina había fracasado. Sara lo había calado porque le había contado demasiadas mentiras. Mi tío abuelo se asustó porque no quería perder a su única amiga y se apresuró a hacer una promesa.

—Sara, jamás mientras viva, volveré a mentirte. Lo prometo. Palabra de honor.

Cinco años más tarde, una tarde de febrero, cuando faltaba poco para el anochecer y mi tío abuelo y mi abuela aún no tenían quince años, sus dedos se encontraron en el ancestral juego de los abrazos, las palmadas y las caricias. Había sido Sara quien había dado el primer paso. Eso hizo que Franci se envalentonara. Se inclinó hacia ella para embriagarse con el aroma de su joven cuerpo, cuya fuerza de atracción acababa de revelarse a sus recién despertados sentidos, puso las manos sobre las rodillas de Sara y fantaseó con el placer que se escondía entre ellas. Pero ¿cómo había de seguir? Decidió besar a Sara. En el mismo momento en que los labios de ella succionaron los suyos, supo que la amaba. Se abrazaron y se besaron durante varios minutos.

## **PRIMERA GUERRA MUNDIAL**

El 28 de junio de 1914, el nacionalista serbio Gavrilo Princip, con la mano sudorosa y la orina corriendo entre sus piernas, le pegó seis tiros en Sarajevo al heredero del trono de los Habsburgo, Francisco Fernando, y a su esposa.

Esa misma tarde, en el palacio Schönbrunn de Viena, Francisco José manoseaba lúgubramente su sello real e imperial. La cara del poderoso demiurgo, con sus bigotes blancos peinados hacia atrás, era la de un viejo zorro vencido. Durante casi siete décadas había frenado la evolución de Centroeuropa. El reseco anciano, cuyo carácter carecía de todo atractivo, era consciente de su incapacidad para frenar el hervor social y político del reino, y sabía que su tiempo había acabado. Con la trágica muerte de su sobrino en Sarajevo, había perdido su última esperanza. Ordenó luto en la corte durante tres días.

Un mes más tarde, al atardecer, Francisco José miraba el mundo apoyando sus manos enguantadas sobre el marco de una ventana de palacio. A continuación se sentó tras su escritorio y arrojó su sombra sobre el futuro del mundo. Sabía que los imperios que no

se nutren de sangre se marchitan, y que su capacidad de supervivencia aumenta con la brutalidad y la guerra. Con previsoramente paciencia había comprendido que la doble monarquía estaba amenazada y firmó con mano ligera el documento que arrastró a los países del continente a la Primera Guerra Mundial.

Pasó un año entero antes de que Franci fuera llamado a filas en el ejército real e imperial, y perdiera con ello dos de sus derechos fundamentales: el derecho a su propia vida y el derecho a no arrebatarse la vida a ninguna otra persona.

En aquella época albergaba dos grandes sueños, que por el momento tenía que posponer puesto que su batallón iba a ser enviado al frente italiano.

Su primer sueño era estudiar frenología en Viena con Tancred Hauswolff, considerado superior a Freud por algunos psicoanalistas correligionarios. Hauswolff presumía de poder desvelar las inclinaciones más íntimas de una persona y sus rasgos de carácter, pasando la palma de la mano una sola vez sobre su cráneo. Su asombrosa investigación era difundida por el *Magyar Estilap*, un periódico de la tarde que proporcionaba a sus lectores noticias sensacionalistas procedentes de todos los rincones del mundo. Mi tío abuelo no podía dejar de soñar con convertirse un día en un destacado intérprete de las oscuras profundidades del alma humana.

Su segundo sueño era casarse con Sara y formar con ella una familia.

El tren salió a finales de agosto de la estación del oeste, donde se había reunido una muchedumbre y una banda de música del ejército tocaba alegres marchas militares. Sólo Sara había acudido a despedir a su novio. Los jóvenes pasaron mucho tiempo en el andén, bromeando y abrazándose con fuerza. Antes de subir al tren, con total desprecio hacia los peligros que lo aguardaban, mi tío abuelo prometió a Sara que comenzarían una vida juntos tan pronto como él regresara de la guerra. Eso hizo que ella rompiera a llorar. Bajo sus lágrimas subyacía la oscura premonición de que nunca serían el uno para el otro, de que ella se pasaría la vida echándolo de menos y de que nunca encontraría la felicidad junto a ningún otro hombre.

Doce grandes batallas libraron el ejército italiano y el austrohúngaro (compuesto principalmente por soldados húngaros) entre junio de 1915 y noviembre de 1917, en las orillas del río Isonzo, a los pies de las grandes montañas del nordeste de Italia. Día y noche los cañones vomitaban sus proyectiles contra las posiciones en los desfiladeros y las balas de los fusiles caían sobre los montes que los soldados intentaban remontar. Esas batallas se encuentran entre las más sangrientas de la Primera Guerra Mundial. Los historiadores calculan que las bajas llegaron a ser de medio millón de hombres jóvenes. Aún más fueron los que regresaron a casa con vida, pero seriamente heridos, mutilados y con las ilusiones perdidas.

Mi tío abuelo conoció la guerra en el tercer embate, iniciado el 18 de octubre de 1915. Ninguno de los hombres de su brigada durmió aquella noche. Unos rezaban y otros se dedicaban a ultimar los preparativos y limpiar las armas. Todos estaban despiertos, esperando el asalto del amanecer. No corría viento. Mi tío abuelo estaba nervioso y tenía un nudo en el estómago. Respiró profundamente un par de veces y pensó en Sara. Oyó su voz que le hablaba de amor y le decía que lo estaba esperando. Al pensar en la vida que tendrían en común, mi tío abuelo lograba ahuyentar todos sus miedos. El bramido de un oficial fue la señal de ataque. Los soldados empezaron a disparar y los más valientes avanzaron. Los italianos respondieron al fuego y los compañeros de mi tío abuelo empezaron a caer a su alrededor. Muchos fueron víctimas de los tumultos de las fases introductorias. Al cabo de una hora, el intercambio de disparos fue sucedido por un rato de

silencio, pero después volvió a surgir el fragor de batalla. Mi tío abuelo no tardó mucho en comprender que la guerra era un invento del diablo y que él no tenía ningún conflicto con los italianos.

La última noche de la séptima gran batalla junto al río Isonzo —conocida en los libros de historia como batalla de Gorizia—, mi tío abuelo estaba de guardia. Ya llevaba un año en el frente y había dejado de darle tantas vueltas al hecho de que él tenía buena suerte y los demás, mala. La brigada había recibido orden de contener el avance de los italianos. A través de los prismáticos, Franci vigilaba la meseta de Doberdò del Lago, donde había acampado el enemigo. Sabía que estaban rodeados y que eran un objetivo fácil para los fusiles de los italianos. De pronto notó el calor abrasador de una bala dum-dum que atravesó su uniforme, le abrió una herida en el pecho, penetró en su pulmón izquierdo y explotó como una minigranada. Cayó redondo al suelo, rodó y quedó tendido, confuso y paralizado. Nunca en su vida había tenido miedo a morir, pero ahora notaba el olor de la cercanía de la muerte. Lo embargó el pánico. Su cerebro se consumía con preguntas. Pensó en todos los jóvenes italianos a los que había matado. Pensó en Sara. Buscó su rostro con la mirada. Era una noche oscura y miríadas de estrellas brillaban en el cielo. El último pensamiento que pasó por su mente antes de perder la conciencia fue que nadie le había enseñado a morir con un poco de dignidad.

A la mañana siguiente —el undécimo día de esta séptima batalla— el ejército real e imperial izó la bandera blanca. El comandante Svetozar Boroevic firmó los documentos de capitulación. La ceremonia fue corta. Después Boroevic ofreció un coñac francés a Luigi Cadorna, jefe del estado mayor italiano, para demostrar que la guerra no había influido lo más mínimo en sus buenos modales. Los caballeros intercambiaron algunas frases de cortesía. Cuando Boroevic se había asegurado de que ninguno de sus ayudantes más cercanos se encontraba cerca, manifestó su admiración por la astuta estrategia militar de los italianos.

Cadorna estaba muy orgulloso de aquel triunfo, el mayor de su carrera. Para rendir homenaje a sus hombres por su infinita valentía, ordenó que se sirviera una ración extra de espaguetis a todo el mundo. Pero el precio de la victoria había sido tan alto —cincuenta mil italianos heridos y veinte mil muertos— que sus exhaustos soldados no tuvieron siquiera fuerzas para felicitarse los unos a los otros por la derrota del enemigo.

En el bando de los vencidos, los oficiales estuvieron varios días atareados con la inspección de sus compañías diseminadas y con la elaboración de las listas de caídos y desaparecidos. Reinaba una enorme confusión y se escuchaban enardecidas discusiones y plegarias. Al cabo de una semana dejaron de aparecer supervivientes que se habían escondido entre los peñascos. La labor de enviar cartas de condolencias a las familias podía comenzar.

## **MALAS NOTICIAS**

Cuando Sara leyó el comunicado oficial, cayó al suelo. Lloró, chilló, tartamudeó y se lamentó por su mala suerte y su desgracia. Vomitó un torrente de amargura y desesperación mezclado con saliva y lágrimas. Después de pasar tres días en cama llorando incesantemente, se sintió exhausta. Tenía hambre, sed y sueño, y se decidió a intentar dejar atrás toda aquella siniestra pesadilla.

La muerte de Franci pasó a ser un negro nubarrón suspendido sobre su cabeza. Dos

meses más tarde tuvo un sueño que, a partir de entonces, se repetía cada noche. Soñaba que su amor estaba vivo y que unos ángeles morenos velaban por él en Italia. Empezó a albergar la débil esperanza de que los mandos del ejército pudieran descubrir, como por milagro, que Franci estaba vivo y era prisionero de los italianos. Un conocido de un conocido se ofreció a investigar el asunto por medio de sus contactos en el Ministerio de Defensa de Viena. El hombre regresó una semana más tarde, manifestó su pesame con delicadeza y sacó un telegrama donde se explicaba brevemente que la información sobre la muerte de Franz Scharf había sido verificada y confirmada.

Los labios de Sara empezaron a vibrar como por una fiebre y las lágrimas manaron de sus ojos desorbitados. «Lo más triste de todo», le dijo a su madre, que intentaba consolarla, «es que mis hijos y mis nietos crecerán sin saber quién fue Franci».

Cuando mi tío abuelo regresó a Budapest después de pasar dos años y medio en un campo de prisioneros de guerra italiano, sufrió tal decepción que sintió que habría sido mejor morir en el campo de batalla de Doberdò. Tan pronto cruzó el umbral de la casa, su hermana le contó que Sara se había casado y estaba esperando un hijo —mi padre—. La hermana intentó consolarlo diciéndole que sin duda podría encontrar a una chica de preciosa silueta ahora que la guerra se había llevado por delante la vida de tantos hombres y había dejado un exceso de mujeres. Además le prometió hablar con una conocida suya, una señora distinguida con un extenso círculo de amistades, que podría ayudarlo a encontrar a una chica judía de buena familia. Mi tío abuelo no acertó a pronunciar palabra. Le temblaban las manos y se estremecía por dentro. Se puso tan cerca de la estufa como le fue posible para ahuyentar el frío polar que sentía por todo el cuerpo. Aun así estaba bañado en sudor. ¿Qué es esto?, pensó. Nunca se había sentido así, ni en su juventud ni en las trincheras ni en el hospital militar a las afueras de Bolonia donde las enfermeras lo habían cuidado durante varios meses para que se recuperara por completo antes de que lo enviaran al campo de internamiento en Emilia-Romaña. El dolor desgarraba su corazón como un cuchillo incandescente y tuvo que sentarse, tomar aire y cerrar los ojos. Cuando al cabo de unos segundos, que a él le parecieron décadas, volvió a abrirlos, sólo vio una salida a su desgracia: arrojarse al Danubio.

Pasó los días siguientes en la cocina, escribiendo amargas cartas de despedida a Sara con una mezcla de pasión y furia. Pero nunca envió ninguna de ellas porque no le satisfacían las formulaciones, a pesar de que había agotado todas las posibilidades del idioma. La hermana lo vigilaba día y noche porque había amenazado con cortarse las venas.

Después de pensárselo mejor, mi tío abuelo llegó a la conclusión de que no le apetecía morir todavía porque eso supondría que a Sara le saldría muy liviana su traición. En su humillación, pasó de un extremo a otro. En vez de quitarse la vida decidió vengarse de su novia y ¿qué castigo podría ser peor que casarse de inmediato con la chica que más odiaba Sara en el mundo? Cegado por la decepción y el fogoso deseo de resarcirse causando dolor a Sara, sintió en la boca el dulce sabor de la venganza.

## **HACIA VIENA**

Elsa era alta para ser una chica y tenía el pecho plano como un hombre. Llevaba el pelo corto y tenía una cara inexpresiva, las cejas alborotadas como dos grandes bigotes, la piel pálida y mal aliento. Era reservada, casi huraña, y tenía dificultades para conocer gente. Sus ojos transmitían ante todo su necesidad de estar sola, algo que quizá se debiera a un

camuflado miedo al cambio.

En realidad no era en absoluto el tipo de mi tío abuelo. Él sabía que era una locura casarse con ella y convertirla en la madre de sus hijos, porque la chica tenía muchos defectos y un aspecto poco atractivo. Pero Franci se consoló pensando que al menos la chica no sufría la espantosa sensación de desear lo que no se tiene y que además era absolutamente fiable y no ocultaba malas intenciones tras su humildad. Ante todo era la prima de Sara y las chicas siempre se habían detestado. Eso zanjó el asunto para él.

Le dejó claro a Elsa que su vida anterior había quedado atrás y que ahora buscaba a alguien a quien amar y que pudiera amarlo a él. Por un momento la chica pensó que se estaba burlando de ella, pero él le aseguró, con la mano en el pecho, que lo decía en serio. Elsa decidió creerle porque después de la guerra flotaba en el aire el deseo de que los jóvenes fundaran familias y empezaran vidas nuevas. La cara de la chica se iluminó de alegría y a continuación se abrazaron y besaron como una pareja de amantes. Después mi tío abuelo sintió un amargo sabor de boca, como de bilis, pero para entonces ya le había dado a Elsa su palabra de que se ocuparía de ella.

Pocos días antes de la boda, mi tío abuelo recorrió una exclusiva calle peatonal de Budapest, la calle Váci, y llegó al Café Gerbeaud para tomarse un café mirando a la gente fina que ocupaba las mesas de la calle bajo grandes parasoles. Aquellas personas parecían sacadas de una novela de Kálmán Mikszáth, el gran narrador de la nobleza baja y la clase media alta. Charlaban sin pausa, leían los periódicos y miraban a la gente. Cuando pasaba una mujer guapa, los hombres se iluminaban como si no hubieran visto a una mujer en siglos. Sus miradas lascivas decían más que mil palabras. Las señoras que estaban en las mesas, la mayoría con un elegante sombrero y un abanico en la mano, también estudiaban a las mujeres que pasaban y soltaban todo tipo de comentarios hirientes: la primera tenía las caderas demasiado anchas, la segunda no tenía gusto en el vestir, la tercera tenía las piernas demasiado gruesas...

En el Café Gerbeaud se reunían también escritores y periodistas. En su adolescencia, mi tío abuelo había sentido cierta fascinación por los escritores. Leía sus libros y se maravillaba de su capacidad para plasmar sobre el papel tantas ideas y sentimientos, con frecuencia las ideas y sentimientos más ocultos en las almas humanas. Ese día reconoció entre los presentes a dos escritores famosos: Géza Gárdonyi y Gyula Krúdy. Pero sus rostros reflejaban el mismo deseo, superficialidad y vanidad que los de los demás, y también ellos se emocionaban cuando pasaba una mujer joven. Mi tío abuelo pensó que no se precisaba ningún talento especial para constatar que aquellos hombres tenían las mismas ilusiones, los mismos anhelos y los mismos sueños de felicidad que cualquier otro.

Franci entabló conversación con un distinguido barón de mediana edad que le ofreció una copa de vino blanco y le preguntó amablemente por qué tenía un aspecto tan apesadumbrado. Entonces mi tío abuelo le contó que la vida le había arrebatado sus ilusiones, que su novia lo había traicionado mientras él estaba internado en un campo de prisioneros y que la echaba terriblemente de menos. Le explicó que lo peor era que ya nunca podría inspirar su aroma, escuchar su voz o compartir sus sueños con ella. Sintió lástima de sí mismo y estuvo a punto de echarse a llorar.

«¿Quién puede paliar mejor el dolor del pecho de un joven que sufre mal de amores que un amigo de mayor edad y experiencia? Porque un amigo de mayor edad y experiencia y ojos despiertos sabe que un joven necesita protección, y que toda forma de vida precisa fuerza y seguridad», le explicó el barón.

En un intento de subirle los ánimos, el barón aportó a continuación una gran cantidad de información interesante. Pertenecía a una conocida familia aristocrática y lo sabía todo sobre los escritores y los políticos prominentes, lo que hacían y dejaban de hacer, su vida privada e incluso sus deseos secretos. Bajó la voz y le contó que Gyula Krúdy, sentado dos mesas más allá, prefería batirse en duelo que escribir libros, que se excitaba sexualmente siempre que estaba en compañía de mujeres jóvenes y que no tenía nada en contra de acostarse con dos mujeres a la vez, especialmente si eran amas de llaves, puesto que eso había sido su madre. El barón habló también de las tradiciones, de la caza, de la moral y del gobierno comunista derrocado, sobre el que no tenía nada bueno que decir. Hablaba con belleza y sus palabras iban envueltas en el más fino terciopelo del lenguaje. Repitió una y otra vez que en Budapest un hombre joven no podía progresar sólo con su trabajo, que necesitaba contactos y protectores, y que debía pertenecer al círculo adecuado y conocer a los poderosos indicados.

«El poder», subrayó, «es en Hungría lo mismo que el derecho. Si se vive bajo el yugo de las fuertes restricciones económicas, es impagable tener un protector rico y con contactos. Para un joven eficiente y trabajador que se dirige hacia el templo del poder no hay nada más beneficioso que un protector».

Entonces el barón acarició delicadamente a mi tío abuelo en la parte interior del muslo y se ofreció a usar su influencia para impulsar su carrera a cambio de que entablaran una amistad íntima. La caricia del barón fue como un golpe para mi tío abuelo, un golpe incómodo e humillante. No supo qué hacer. ¿Debía levantarse y marcharse? ¿O sería más correcto quedarse sentado y hacer como si nada? Miró al barón de frente y reunió toda su fuerza y su capacidad de aparentar valentía. «¡Mantenga esas manos con manicura apartadas de mis muslos! Detrás de esa elegante fachada, es usted sencillamente un cerdo», dijo elevando la voz antes de irse corriendo de allí.

Después deambuló durante varias horas por el centro, a ratos bajo la llovizna. Tenía la sensación de que había perdido pie en la existencia y de que su vida había acabado en el vacío. Una voz interior le decía que tenía que ajustar sus cuentas con el pasado. No era el mañana lo que estaba oscuro, sino el ayer. No es posible, le decía la voz interior, tener veintipocos años y estar menos vivo que los cadáveres de los desfiladeros de Doberdò. Necesitaba algo en lo que creer. Entonces se acordó de la frenología. Ésta podía proporcionarle un refugio en la pena, pero tendría que mudarse a Viena. Y de pronto pensó que había sido el destino el que le había hecho conocer al barón que tan indecentemente lo había tocado, porque aquel incidente le dejaba un muy mal sabor de boca de la vida en la decadente Budapest.

Esa noche llegó a la conclusión de que tenía que abandonar su ciudad natal.

No fue fácil convencer a Elsa para que se mudaran a Viena. La chica tenía miedo y no quería abandonar el hogar de su infancia, donde había vivido siempre con su madre, su abuela, sus cuatro hermanos, su tía Miriam y su prima Sara. Mi tío abuelo le explicó con tranquilidad y sin enfadarse que nunca estaría a gusto en su pequeño piso de menos treinta metros cuadrados repartidos en habitación y media, siempre vigilado por otras siete personas.

No es difícil entender lo que más miedo le daba a mi tío abuelo, aunque le ahorró a Elsa el detalle. La sola idea de tener que encontrarse algún día con Sara y ver su vientre hinchado, lo aterraba. Si bien era cierto que ella y su marido se habían instalado en un remoto barrio obrero, contaba con que Sara no tardaría demasiado en querer visitar a su madre en el piso.

Luiza, la madre de Elsa, acudió inesperadamente en su ayuda. Vio la angustia de su hija y calculó rápidamente el número de chicas de su edad que se habían casado en el barrio. Muchas de ellas tenían ya hijos, incluso varios. ¿Acaso Elsa no quería casarse?

—Como no te atrevas a salir de casa, querida hija, acabarás hecha una vieja solterona. Ningún hombre quiere llevarnos a cuevas a mí, a la abuela y a la tía Miriam, y menos instalarse con nosotras en esta pocilga —le dijo con reproche en la voz.

Luiza no se limitó a las palabras, pasó inmediatamente a la acción. Recogió las cosas de su hija y las empaquetó en una pequeña maleta que colocó junto a la puerta. Acto seguido le dio el siguiente consejo:

—Sólo hay un modo de mantener a un hombre atado al hogar y es servirse del efecto embriagador del sexo. Como todos los hombres del mundo, las necesidades de Franci son simples. Necesita que le exciten los sentidos y le acaricien el cuerpo, y que lo traten como a un niño grande. Haz que se sienta halagado. Con astucia podrás evitar que busque la cueva de otra mujer.

La despedida fue rápida, todo ocurrió en pocos minutos. A continuación los recién casados, con sendas maletas en las manos, cogieron el tranvía a la estación del oeste y tomaron el tren a Viena. Contento y expectante, mi tío abuelo oyó las ruedas del tren retumbar mientras cruzaban el puente del ferrocarril sobre el Danubio y vio Budapest desaparecer en el horizonte. Un par de horas más tarde notó que la locomotora aminoraba la velocidad y, a través de la ventanilla del compartimento de segunda clase, pudo contemplar el lejano contorno de su nueva ciudad.

## **EL FRENÓLOGO**

La pareja se instaló en un piso de una sola habitación en el barrio obrero más deteriorado del distrito de Meidling. Amueblaron el lugar como pudieron y, cuando todo estuvo en su sitio, mi tío abuelo se sentó a la mesa de la cocina y suspiró profundamente. Apenas podía creer lo que veían sus propios ojos. Aquello era su hogar. Después miró la mano en la que llevaba la alianza. Estaba casado, aunque no fuera con la mujer a la que amaba, y se encontraba en Viena, con la posibilidad de cumplir al menos uno de sus dos grandes sueños (con lo que quizá podría también aliviar su mal de amores), a saber: estudiar frenología con el afamado Tancred Hauswolff. La frenología era una ciencia moderna que defendía que el intelecto, los instintos y los sentimientos se ubicaban en órganos situados en la corteza del cerebro que se podían tocar y estudiar.

Tan pronto como le fue posible, mi tío abuelo buscó la casa de Tancred Hauswolff y llamó a la puerta con el corazón palpitante y la mano temblorosa. Le abrió una criada gorda de mediana edad, que miró sin expresión al vacío y le instó a quitarse de inmediato los zapatos porque no quería que le rayara el parqué. La mujer irradiaba poderío y autoridad. Mi tío abuelo se agachó cortésmente, en una involuntaria muestra de sumisión, y obedeció la orden, aunque se puso rígido al descubrir que el dedo gordo de su pie izquierdo asomaba por un agujero del calcetín.

La criada, con una expresión de hastío, lo condujo al despacho del famoso psicoanalista, una suntuosa habitación amueblada con sillones de cuero marrón. Unos pececillos de vivos colores se movían en unos acuarios sombríamente iluminados y de las paredes colgaban un gran mapa de Carintia y grabados eróticos. Hauswolff, un hombre de cabello fino e incoloro, estaba sentado detrás de un enorme escritorio y le dedicó una fría



mirada a mi tío abuelo a través de sus gruesas gafas.

—Pero si usted es judío, joven. No intente ocultarlo. Conozco a los judíos, llevo años estudiándolos. Por la forma de la cabeza y la longitud del cráneo veo que es usted judío. Soy un hombre instruido, un científico. Sé que es usted judío, se le nota a la legua.

Mi tío abuelo se horrorizó, pero intuyó que no volvería a tener una oportunidad como aquélla. Por eso sonrió con amabilidad y explicó brevemente a Hauswolff que quería estudiar con él. El psicoanalista lo escuchó con aire distraído, aunque no pudo evitar percibir la juvenil energía del muchacho, su ardiente interés, su enigmático intelecto y la calidez de su carácter. Sin embargo, ninguna cualidad humana habría conseguido que el médico olvidara que el joven era judío.

—¿Puede usted pagar? ¿Tiene dinero? —preguntó Hauswolff.

—Alrededor de quinientos chelines.

—¡No le da vergüenza! Mis pacientes me pagan el doble por una visita de media hora. Ustedes los judíos son realmente tacaños. Le voy a decir una cosa, joven, su codicia judía resulta infantil. Se remonta al juego del bebé con sus propios excrementos. Al deseo de tratar con la mierda —subrayó la pronunciación de la última palabra, *Scheisse*.

Hauswolff se encendió un cigarrillo, le dio una profunda calada y se levantó del sillón. Se situó de espaldas a su visitante y se puso a mirar el cielo veraniego a través de la ventana abierta. Hasta ese momento mi tío abuelo no se había fijado en lo bajito que era el psicoanalista. Bajito, barrigón y bien vestido con su pajarita negra. Tendría unos cuarenta años y era excesivamente energético.

—Pero es innegable que son ustedes inteligentes —constató Hauswolff—. Ingeniosos. Y además son unos excelentes maestros. Yo estudié un tiempo con el profesor Freud. ¿Le suena el nombre? Admiro la inteligencia de ese hombre, aunque en él todo se retrotraiga a lo sexual, de una manera u otra lo reduce todo al sentimiento de culpa sexual. Es simple y llanamente perverso. Como si las misteriosas fuerzas del subconsciente se redujeran a neurosis sexuales. Para una conciencia aria, ese tipo de truculencias judías resulta repugnante. La escuela judía dentro del psicoanálisis debe desaparecer, el psicoanálisis ha de ser una ciencia aria. Los científicos tenemos una responsabilidad y por eso no puedo admitir a cualquiera como alumno. Necesito tres días para reflexionar sobre su posible admisión.

A continuación, todavía apostado junto a la ventana, Hauswolff se embarcó en una larga y complicada exposición sobre la psique y las protuberancias del cráneo como indicador del comportamiento humano. Empleaba una jerga que impedía a mi tío enterarse de gran cosa. Aunque hablaba con mucho ardor, parecía todo palabrería y resultaba confuso y difícil de asimilar.

Cuando mi tío abuelo regresó un par de días más tarde para averiguar si había sido admitido como alumno, se encontró una pequeña aglomeración de gente delante de la casa. Una vecina regordeta explicaba en tono solemne a los curiosos que la policía se había llevado al famoso psicoanalista debido a su incapacidad para controlar su fuerte impulso sexual, que le empujaba a acariciar con más frecuencia el pecho de las pacientes que su cráneo.

Pero un día lo habían descubierto con las manos literalmente en las bragas de la paciente. La hija del acaudalado peletero judío Abrahamowicz, Rachel, una hermosa y exuberante chica de veinte años que padecía histeria y tenía impulsos suicidas, resultó no ser el objeto ideal para una hipnosis. La joven se había tendido sobre el sofá del médico y, aunque se había relajado por completo, no se había dejado llevar. Sin embargo, Hauswolff

creyó que estaba profundamente dormida, así que le metió la mano bajo la falda y empezó a acariciarla entre las piernas. Rachel le propinó una sonora bofetada en la mejilla izquierda y a continuación sufrió un ataque de histeria. Regresó corriendo y sollozando a casa de su padre, que era muy amigo del jefe de la policía.

El escándalo sacudió a la alta sociedad vienesa. Los periódicos hablaron del tema durante varios días y los artículos estaban llenos de insinuaciones y afirmaciones no contrastadas. Los periodistas, ávidos de causar sensación, ahondaron hasta en el menor detalle de la vida y carácter de Hauswolff, y lo acusaron de violar a varias mujeres a las que primero había hipnotizado. Se decía que había convencido a una rica baronesa para que le encomendara sus diamantes y que luego se los había vendido a un joyero en Kohlmarkt. También salió a la luz que nunca había acabado sus estudios ni había hecho exámenes académicos, y que sus diplomas y referencias eran burdas falsificaciones. Los colegas que anteriormente lo habían respetado, se lavaban las manos, y Freud afirmó haber sabido siempre que Tancred Hauswolff era un avaricioso charlatán cuyo único objetivo era seducir a las mujeres de la clase alta, y defendió que la frenología era como el traje nuevo del emperador.

La mañana que iban a iniciarse los interrogatorios, encontraron a Hauswolff muerto en su celda. Se había tomado una cápsula de cianuro de potasio que guardaba en la funda de sus gafas.

## UN NUEVO FUTURO

Mi tío abuelo no tuvo suerte a la hora de buscar trabajo porque carecía absolutamente de formación y tampoco tenía talentos que señalaran en una dirección concreta. Una decepción siguió a la otra. Cada vez que estaba convencido de que iba a conseguir un trabajo, se lo daban a otro. Al final no le quedó más remedio que empezar a hacer de porteador en la estación de trenes. El trabajo era duro y el invierno incesantemente frío no se lo ponía más fácil. El frío era tan severo y duradero que las palomas y los gorriones caían congelados de los árboles. Cuando un intenso dolor de espalda lo obligó a guardar cama, lo despidieron.

La falta de dinero y la miserable vida que llevaban, desalentaron a mi tío abuelo. Sentía que el futuro se le escapaba de las manos. Todo le recordaba a las penurias de su infancia y aquellos lúgubres recuerdos empeoraban sus problemas de espalda. Se sentía fracasado y encerrado en una angosta cárcel, y echaba de menos a Sara. Cuando pensaba por la noche en lo que significaban para él Sara y su amor, se le saltaban las lágrimas. Se le formaron oscuras ojeras. Elsa lo miraba de reojo y se daba cuenta de que cada día estaba más abatido.

Una tarde llamaron a la puerta. Era el vecino, que venía a ver si podían prestarle un poco de sal. Se llamaba Aron Reinherz y era un piadoso judío de Galitzia. Corrían muchas historias sobre él en el edificio. Aunque mi tío abuelo y Elsa tenían suficiente con lo suyo como para interesarse por los chismes, algo había llegado a sus oídos.

Se decía que Aron Reinherz era un buen hombre que no había tenido suerte en la vida. Su única hija se había ahogado en el *mikve*, le había dado un calambre cuando fue a darse el baño ritual. El mayor de sus dos hijos varones había caído en la guerra, en el frente italiano, y el menor había muerto de gripe española. Su mujer se tomó tan a pecho las pérdidas que su corazón dejó de latir. Y aun así Aron Reinherz estaba siempre de buen

humor y no paraba de bromear.

Era rápido de cabeza y nunca hacía falta explicarle nada. Lo sabía todo al instante. No era un filósofo, sino un humilde sastre, pero captó enseguida la precaria situación de mi tío abuelo y prometió que le conseguiría un trabajo con su primo, que en realidad se llama Herschele Jankeleviti, pero que en Viena era conocido por el nombre de Hermann Jack.

## **EL CIRCO JACK**

Cuando mi tío abuelo llegó visiblemente nervioso al Circo Jack, tuvo la impresión de que el lugar era ajeno a él y no creyó que fuera a encontrar trabajo. Pero al entrar en la gran carpa del circo, se sintió transportado a otro mundo. Allí reinaba un ambiente alegre. Un puñado de personas estaban reunidas alrededor de una larga mesa con mantel situada sobre la pista. Bebían y comían con fruición mientras un gigante de enormes bigotes y alborotadas cejas contaba, en ruso, lo que a todas luces era una historia muy graciosa. Las caras de aquellas personas irradiaban una extraña *noblesse*. Mi tío abuelo sintió enseguida que allí había lo que tanto había echado en falta en Viena: calor, sentido del humor y camaradería.

Un hombre de pelo canoso y aires paternos, que llevaba las gafas de acero sobre la punta de la nariz, se levantó de la mesa y se presentó como Hermann Jack. Con una encantadora sonrisa dio la bienvenida al visitante y lo invitó a sentarse a la mesa. Antes de acomodarse, mi tío abuelo dijo que se llamaba Franz Scharf y que era de Budapest. Un hombre mayor le preguntó si era pariente de Andrei Scharf. Cuando respondió que Andrei era su abuelo, el hombre le manifestó su profunda admiración por el director de teatro de Budapest y le ofreció una copa de una fuerte bebida de buen sabor que había destilado él mismo. Mi tío abuelo probó también diversos y exquisitos fiambres y quesos. Todos los presentes lo trataron con amabilidad, como si fuera un viejo conocido.

Tras muchas risas y otras dos copas de la fuerte bebida, mi tío abuelo se envalentonó y dijo esperanzado a Hermann Jack:

—Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. Me hace usted sentirme como en mi casa. Espero que no sea una impertinencia preguntarle si tendría algún trabajo para mí.

Añadió que sus intentos de buscar trabajo y establecerse en Viena habían sido un fracaso. Entonces el director del circo señaló un cartel en la pared que representaba a un payaso con la nariz roja y un gesto a la vez alegre y triste, y dijo:

—Nuestro querido amigo André, uno de los grandes atractivos de este circo, tiene ahora un puesto mejor. Se encuentra entre los ángeles y ahora los hace reír a ellos. Nunca despertó de la anestesia de una operación de cálculos biliares. Puedes sustituirlo. Para ser un buen payaso se requiere cierta edad y una buena porción de experiencias vitales dolorosas. Tú eres joven, pero veo en tus ojos que los sucesos trágicos no te son extraños. El destino te ha mostrado todas las posibilidades de la derrota. Por eso te auguro un buen futuro en el gremio del circo. Te enseñaremos a hacer magia y alguna otra cosa. A partir de ahora te llamarás Fernando.

El Circo Jack era uno de los establecimientos populares de mayor éxito de Viena. El público, principalmente familias proletarias con hijos, tenía allí la oportunidad de divertirse con algo más allá de los artistas aficionados y ambulantes que veía en las ferias de los suburbios. Hermann Jack había logrado reunir en su circo a algunas de las mayores estrellas

internacionales: unas hermanas barbudas napolitanas de enormes pechos y voluptuosos traseros, que entonaban sin inhibiciones arias románticas en italiano mientras daban vueltas por la pista con sus monociclos; el enano más pequeño del mundo, que se disfrazaba de senador romano con una corona de laurel sobre la cabeza y que salía triunfalmente a escena con un carro arrastrado por cuatro ponis; el marinero inglés de una sola pierna, George, que salía disparado de un cañón y se esfumaba en el aire; el gigante ruso, Oleg, que se tragaba ratas vivas, rompía cadenas con los dientes y era arrollado por un autobús con veinte personas dentro; los trillizos italianos Uno, Bruno y Duno, que realizaban vertiginosas acrobacias... El repertorio incluía también funámbulos, encantadores de serpientes indios, artistas del trapecio y los domadores de leones más profesionales que jamás hubieran pisado Viena. Igualmente impresionante resultaba la colección de animales del Circo Jack: un seboso cerdo de cinco patas, algunos caballos lipizzanos enanos y un pequeño mono irresistible y encantador que tenía los brazos particularmente largos.

Mi tío abuelo trabajaba de payaso y de mago. Seis días a la semana salía a la pista con la nariz roja, una peluca amarillo chillón, unos zapatos enormes y una barriga tan descomunal que daba la impresión de haberse tragado tres docenas de pelotas de billar. Al principio, la compostura de su cuerpo era torpe y su coreografía desesperante. Pero ensayó su número incansablemente y se esforzó mucho por alcanzar la perfección. Su meta era elevar su destreza en aquel arte hasta superar incluso a los más hábiles ilusionistas. Comenzaba su número mostrando el fondo blanco y vacío de su sombrero de copa negro. Una vez que había dejado clara su honradez, impidiendo cualquier sospecha de trampas o engaños, empezaba a trazar complicados símbolos mágicos en el aire con su varita mágica y, con exagerada precisión, sacaba coloridas tiras de papel de su sombrero. La pista entera se llenaba de aquella crepitante masa que parecía no tener fin.

Fernando siempre conseguía atronadores aplausos. No tanto por sus trucos de magia como por sus bromas sencillas que apelaban a la parte infantil que queda en todo el mundo y que hacían reír al público.

## **UN MATRIMONIO INFELIZ**

Elsa no compartía el entusiasmo de su marido por la vida circense. No concebía que pudiera encontrarse a gusto y sentirse normal entre aquel atajo de «ridículas existencias», como ella lo expresaba.

Elsa se pasaba el día en casa esperándolo pacientemente. Junto a la ventana de la cocina, su vieja máquina de coser zumbaba de la mañana a la noche. Se la había conseguido mi tío abuelo en un mercadillo de segunda mano y ella cosía blusas para una tienda. Hablaba poco alemán porque le avergonzaba no entender muchas palabras. Rara vez se atrevía a salir de la casa, sobre todo desde que había contraído asma y había perdido vista. Pasaron los años y ella se mantenía aislada de todo y de todos. Sus pensamientos y sentimientos, todas las penas que se le habían adherido como la brea, estaban encapsuladas en palabras que nunca compartía con nadie.

Algunos días sentía una profunda tristeza porque su marido nunca estaba en casa, pero para preservar la paz del hogar nunca se lo dijo.

En ocasiones Elsa se obsesionaba con que mi tío abuelo frecuentaba a otras mujeres y que, al igual que su abuelo, tenía hijos ilegítimos por toda la ciudad. En esos momentos sufría ataques de llanto y acudía con las piernas temblorosas a Aron Reinherz, sobre todo

porque no tenía nadie más con quien desahogarse.

En realidad no le gustaba ir a ver al viejo judío porque se respiraba algo malsano en su casa. Estaba descuidada y poco aireada, era calurosa y sofocante, había grandes pelusas de polvo por el suelo y telarañas en todos los rincones, la cama estaba sin hacer y las sábanas tenían restos de chinches. De hecho, Elsa había estado varias veces a punto de preguntar absurdamente al vecino por qué no cuidaba la casa y de ofrecerse a hacerlo por él.

Cuando llamaba a la puerta de Aron Reinherz rara vez llegaba a abrir la boca para contarle las preocupaciones que la apesadumbraban. Con una sola mirada, el hombre lo sabía todo y le decía con voz suave: «Recuerda que el que piensa demasiado puede perder la cabeza».

Después le aseguraba que no había hombre más fiel que su esposo y aconsejaba a Elsa que, en vez de deprimirse y dejarse atormentar por los malos pensamientos, acudiera a la sinagoga y rezara para quedarse embarazada.

—No soy un profeta —le dijo un día Aron Reinherz—, pero estoy seguro de que la predicción que me ha susurrado la Providencia al oído, se cumplirá. No tardarás mucho en tener hijos. Tendrás incluso dos. Y cuando los tengas, tu marido se quedará en casa contigo.

Al cabo de un rato Elsa se tranquilizó y empezó a hablar sobre pequeñas cosas de la vida cotidiana.

—Esto tiene que quedar entre nosotros —dijo Elsa cuando recuperó la calma—. Ni una palabra a nadie. Mi marido podría malinterpretarlo y pensar que no confío en él.

Tras la visita al vecino, Elsa salió a la calle, se llenó los pulmones de aire fresco y cogió el tranvía hacia Mariahilfer Kirche. Al llegar a la iglesia vacía, se sentó en un banco, se sumergió en sus propios pensamientos y le vinieron a la cabeza las palabras de su madre: una mujer tiene que mantener despierto el deseo de su marido, para que se quede a su lado y lograr que se cumpla su voluntad.

Estaba claro que el abrazo era un medio para obtener poder sobre el marido. Pero cuando éste sólo provocaba una ligera incomodidad... ¿Estaría perdida la mujer carente de sensualidad? Elsa se estremeció al pensar en su marido, que, a pesar de que a todas luces estaba enfermo de amor, era el soberano al que debía complacer. Al final llegó a la conclusión de que los deseos de un hombre eran un mal necesario que las mujeres debían soportar según las leyes que regían este mundo. Encendió una vela y rezó a la Virgen María para que la volviera fértil.

Cuando mi tío abuelo regresó al piso por la noche, todas las luces estaban apagadas. Elsa le desabrochó los pantalones y lo metió en la cama, luego se abrió sumisamente de piernas y dejó que la penetrara. Él llegó al orgasmo casi de inmediato y consiguió relajar cierta tensión acumulada en su cuerpo. Pero en el fondo se sentía desilusionado, aspiraba a algo más que unos dedos fríos y un sexo triste.

Algunas semanas más tarde Elsa se dio cuenta de que estaba encinta. Aunque aquel embarazo, al igual que otros tres en los años siguientes, acabó con un aborto al tercer mes.

Al principio mi tío abuelo le contaba a Elsa las historias del circo, pero cuando notó su falta de interés, empezó a guardar silencio en la mesa. A pesar de que ya apenas intercambiaban palabra, él hacía todo lo posible por aligerar el ambiente de la casa, incluso en los momentos en que más le desesperaba el triste matrimonio en el que tan inconscientemente se había embarcado. Sin embargo, cada día que pasaba, se sentía más abatido. A la larga llegó a estar muy harto de Elsa y dejó de sufrir por haber escogido a la esposa errónea, a una mujer inculta y aburrida, con un cuerpo flaco y enfermizo, inservible

salvo para breves coitos esporádicos en la oscuridad.

## **LA BIERSTUBE WALDVOGEL**

Mi tío abuelo rara vez se molestaba en volver a casa después de la última matiné. En su lugar se encaminaba a la Bierstube Waldvogel, la cervecería más cercana al circo, y allí pasaba sus ratos libres. Solía llegar sobre las seis y media de la tarde y ocupaba siempre la misma mesa. Pedía lo más barato y, como bebía con moderación, rara vez pasaba de una cerveza. Llevaba siempre consigo un tablero de ajedrez y nunca le faltaba con quien jugar.

Para algunas personas el ajedrez funciona como una droga, como una huida, y así lo usaba mi tío abuelo en aquella época. Un vecino carnicero le había enseñado a jugar cuando tenía diez años. El hombre vivía en la misma casa de judíos pobres que mi tío abuelo y tenía un gran corazón, al contrario que su padre, que estaba siempre borracho y trataba a sus hijos a gritos, con violencia y ataques de furia. Por eso cualquier palabra de ánimo, una palmadita en el hombro o una mirada amable podían conseguir cualquier cosa de Franci, con él funcionaba todo lo que distara de los métodos pedagógicos de su padre. El carnicero trataba a los niños de la casa con amabilidad y los inició en el mágico mundo del ajedrez. Como Franci tenía mucha imaginación, el juego le encantaba, aunque le aburría la teoría de las aperturas. Tras la muerte del carnicero, los niños dejaron de jugar al ajedrez y tuvieron que volver a la triste realidad. Pero mi tío abuelo nunca olvidó la indescriptible felicidad que había sentido al manejar las piezas blancas y negras.

No sólo iba a la Bierstube Waldvogel para jugar, también lo hacía para charlar. Le resultaba fácil entablar conversación con la gente y disfrutaba de las conversaciones. Solía acomodarse en la silla con las piernas cruzadas y un cigarrillo en la boca, y mientras daba algún sorbito a la cerveza ametrallaba a sus nuevos amigos con preguntas: ¿por qué habían ido a Viena? ¿Qué hacían en la ciudad? Al cabo de un rato empezaba a preguntarles por su pasado o sus opiniones políticas. Sobre sí mismo, en cambio, no decía gran cosa y, cuando alguien se lo reprochaba, siempre se reía a carcajadas. «Si me pusiera a contar cosas sobre mi vida», solía decir, «no disfrutaríais nada porque mi existencia carece de interés y nunca me han pasado grandes cosas».

En aquella agradable cervecería se reunían emigrantes de toda Europa del Este, hombres de existencias arruinadas que pasaban los días jugando al ajedrez y charlando de política. En un mundo cada vez más complejo y dividido, aquellos hombres realizaban constantemente audaces saltos de pensamiento y encontraban en un santiamén los remedios para todo tipo de males. Unos predicaban el anarquismo y otros el marxismo. Había quien depositaba su confianza en el sionismo, mientras que los socialistas defendían que Lenin no era tan malo como afirmaba la prensa burguesa de Viena. Otros buscaban la salvación en el psicoanálisis y había incluso quienes defendían el terror como única arma contra la opresión de las autoridades.

Los martes por la noche la cervecería se llenaba de hombres más jóvenes, poetas soñadores que bebían sin medida la cerveza recién elaborada y fantaseaban con renovar la poesía devolviéndole la fuerza y la audacia que a su juicio había perdido. Rendían homenaje a la juventud capaz de erradicar todo lo ridículo que había en las ideas y en las estructuras contemporáneas. Invocaban la mortal belleza del rayo y anhelaban que el cielo diera paso a un destino que ya era inevitable. Prácticamente cada semana había alguien que se desmayaba de excitación.

## FROMBICHLER Y SU AMIGO ADI

Mathäus Frombichler era un buen jugador de ajedrez. Practicaba un intrépido juego ofensivo y estaba dispuesto a sacrificar alguna pieza para dar jaque mate al contrincante. Se decía que antes de la guerra había quedado en tablas con Emanuel Lasker, un campeón del mundo que había visitado Viena por invitación del partido socialista y había jugado veintiséis partidas simultáneas. Ganó veintidós de ellas y en las otras cuatro quedó en tablas.

El único que siempre derrotaba a Frombichler era su amigo Adi. Estas dos almas peculiares se habían conocido en el instituto de bachillerato de Linz, donde no tardaron en quedarse atrás con respecto a sus compañeros y tuvieron que repetir varios cursos. Ambos se consideraban injustamente tratados desde la infancia, sentían un odio irreconciliable hacia las autoridades y se peleaban a menudo con los maestros. Intimaron enseguida y mantuvieron la amistad a lo largo de toda su vida.

Era evidente que Frombichler era el mejor jugador de los dos. Un día abrió una partida con un audaz avance de peones por los flancos, a continuación atacó el centro de Adi desde el costado y en poco más de veinte movimientos había ganado. Aquel día Adi estaba de mal humor y se tomó muy a pecho la humillante derrota. Se enfureció tanto que intentó pegarle un tiro a Frombichler. Afortunadamente estaban presentes varias personas que consiguieron arrancar la pistola de las manos del colérico Adi. A Frombichler se le aceleró el corazón y decidió que, a partir de entonces, siempre dejaría ganar a Adi. Al mismo tiempo sintió una extraña gratitud hacia su amigo por no haberlo asesinado.

De joven Adi podía enfadarse casi por cualquier cosa. Frombichler se lo contó a mi tío abuelo al relatarle una historia que tuvo lugar una gélida noche de enero de 1913. El doctor Trotski había ido a la Bierstube Waldvogel para jugar al ajedrez con un georgiano con la cara marcada de viruelas y un espeso bigote.

Trotski acudía a la cervecería cada dos miércoles y todo el mundo tenía buena opinión de él debido a su exquisita cortesía y su cordial arte de conversación. En cambio su invitado, que llevaba unas botas sucias y bastas y un desgastado abrigo, se comportaba como un auténtico paleta y carecía de la capacidad de formular bellas frases. A cambio era un excelente jugador de ajedrez que se encontraba especialmente a gusto en el juego medio, donde era capaz de urdir infinitas combinaciones astutas. Su especialidad eran los gambitos de rey intrépidos, a los que rara vez sobrevivían sus contrincantes. Movía las piezas con la mano izquierda, pese a tenerla ligeramente paralizada. En la Bierstube venció rápidamente a todo el mundo.

Trotski lo llamaba Koba. Algunos decían que su auténtico nombre era Iósif Dzhughashvili, otros simplemente lo llamaban Stalin.

La última partida la jugó contra Adi, que ese mismo día se había enterado de que había suspendido por segunda vez el examen de acceso a la Academia de las Artes. Llevaba toda la noche mirando con malos ojos al repulsivo georgiano y se había propuesto vencerlo a toda costa. Sentía una tensión casi insostenible, pero tardó alrededor de tres movimientos en caer en una trampa.

Adi se sintió profundamente humillado. Empezó a sudar, le subió la fiebre, le temblaban los dedos y veía puntos negros ante los ojos. El georgiano sonrió con astucia y le dio una palmadita en el hombro diciendo: «*Spasiva*». Sencillamente le estaba dando las

gracias, Adi lo comprendió aunque no hubiera oído antes la palabra, pero al contacto de su mano le recorrió una corriente eléctrica. Quiso abalanzarse sobre el hombre porque sentía que tenía que quitarle la vida. Sufrió una especie de enajenación transitoria, algo que no era capaz de controlar. Por un instante casi se dejó llevar por el deseo a alargar los brazos y estrangular al georgiano, pero comprendió que había demasiados testigos en el local y logró controlarse.

Justo después, Trotski y su invitado se marcharon de la cervecería, y Adi los siguió con mirada de asesino. Sin embargo, una vez fuera en el frío, recuperó la cordura y se tranquilizó un poco. Cuando volvió a la cervecería bramó a pleno pulmón que odiaba a toda la gente de Europa del Este. Le ondeó el flequillo, las manos se convulsionaron en el aire y la voz subió a falsete cuando juró que algún día le quitaría la vida al georgiano con marcas de viruela y espeso bigote.

Todo el mundo sabía que Adi, en realidad, era un tipo amable, pero aquel insensato arrebatado y todos aquellos gritos no eran buenos para las ventas. Tras aquel extraño incidente, Julius Waldvogel le negó la entrada a la cervecería.

No estoy seguro de cuándo coincidieron por primera vez mi tío abuelo y Frombichler. Lo que sí sé es que, al principio, Fernando lo encontraba bastante irritante. Le incomodaba que se pusiera a hablar de Adi en medio de las partidas. Los emigrantes de Europa del Este de mayor edad y más experimentados esbozaban una sonrisa cuando Frombichler, sin preámbulo alguno, empezaba a hablar de las visiones de su amigo para mejorar el mundo, y la mayoría evitaban jugar con él.

Adi se había pasado la última parte de la guerra en un hospital, por intoxicación de gas, y eso le había proporcionado mucho tiempo para pensar. Había recorrido absolutamente todos los estudios de arquitectura de Viena con su carpeta de dibujos sin conseguir una sola oferta de trabajo, y sus acuarelas tampoco habían despertado el interés de ninguna galería. Como sus compatriotas austríacos lo habían decepcionado profundamente y los consideraba unos degenerados, se había mudado a Múnich, ciudad a la que en el fondo llevaba fantaseando con mudarse desde la juventud.

Dado que su falta de éxito no le auguraba un gran futuro como artista, en su nueva patria abandonó el pincel y la paleta de colores, y en su lugar probó con la política: pasó a ser el líder de un partido alemán recién fundado. Con silbantes consonantes y atronadoras vocales, vomitaba parrafadas sobre la moral, la limpieza de la raza, la responsabilidad de los alemanes y la traición de los eslavos.

Según Frombichler, Adi infundía esperanza a la clase trabajadora alemana, que estaba ahogada por el alcoholismo, la sífilis, la tuberculosis y las enfermedades de los nervios. En opinión de Frombichler, con sus poderosas actuaciones en las tabernas bávaras Adi conseguía atragantarle la carcajada a todos aquellos que se habían burlado de él por su escasa estatura y su cómico bigote. Frombichler estaba convencido de que, con su increíble poder sobre las almas, no tardaría en poner a toda la nación a sus pies y anunciaba una inminente revolución mundial bajo el mando de su amigo, una revolución que erradicaría de la conciencia humana nociones como «mío» y «tuyo». Se explayaba sobre la corriente de fuego que Adi había iniciado con su inquebrantable fuerza de voluntad y que imprimiría una sensación de sentido nuevo incluso entre los más desfavorecidos de las zonas deprimidas.

«El tiempo en que los obreros se conformaban con ser pobres, callados y pasivos toca a su fin», decía, «Basta con escuchar a mi amigo Adi y atreverse a pensar sin miedo. Jugar al ajedrez es una buena manera de agudizar los sentidos».



Pero después de un intento de golpe de Estado fracasado, Adi acabó en la cárcel. De pronto Frombichler empezó a hablar menos de él y, las pocas veces que lo mencionaba, lo hacía con la voz seca y sin un atisbo de su anterior entusiasmo. A nadie en la cervecería se le escapaba que estaba enfadado porque su amigo en Múnich le había dado la espalda a la lucha de clases y estaba desarrollando un diabólico mito antisemita: la idea del judío como aquel que lucha por el dominio del mundo, primero como miembro de la clase burguesa y más tarde como marxista. Frombichler, que era medio judío, se sintió defraudado cuando descubrió que el antisemitismo de Adi no era sólo una barata maniobra de distracción del descontento de la gente, sino simple y llanamente la esencia de su vocación política. A partir de entonces pasó a dar la lata a sus contrincantes en el ajedrez con historias sobre su propia familia.

## **FROMBICHLER Y SU FAMILIA**

Frombichler era un hombre de cuerpo pesado y compacto, un gran consumidor de hidratos de carbono. Su padre campesino le había inculcado a temprana edad que no había nada mejor que el pan y el tocino. Tenía la cara redonda y la cabeza calva, las cejas fundidas y profundos pliegues en la nuca. Algo le pasaba en un pie porque daba la impresión de no estar hecho para caminar. Cuando se alejaba del tablero de ajedrez para ir al servicio, la imagen era muy curiosa. Pero en la cocina del Hotel Imperial, donde trabajaba de cocinero, era ágil y rápido, estaba adaptado a la vida entre cazuelas.

A veces mi tío abuelo sospechaba que Frombichler no siempre decía la verdad. No porque pensara que Mathäus era un mentiroso o un mitómano, sino porque muchos de los acontecimientos de su historia familiar eran tan extraños que resultaba difícil creer que realmente hubieran tenido lugar.

Karl, de apellido Frombichler, se casó en 1601 y se instaló en el pueblo de Güttenbach, en Burgenland, porque la dote de su esposa consistía en varias hectáreas de tierras fértiles en la zona. Sus ancestros, campesinos terratenientes con atávicas virtudes y concepciones del honor, cultivaron allí la tierra durante siglos. La rama materna de la familia de Mathäus no estaba igual de arraigada. La madre provenía de una familia judía y creció en el majestuoso castillo de Biederhof, a cuarenta kilómetros al sudeste de Viena. Se decía que, durante la doble monarquía, el abuelo materno había sido ministro de Finanzas y hombre de confianza del emperador Francisco José. Su familia, entre la que se contaban varios filósofos famosos, había llevado una vida errante por Europa.

«Sobre mi familia judía no sólo se podría escribir un libro», aseguraba Frombichler, «sino una literatura entera. Las fantasías del escritor son nimiedades en comparación con lo que les sucedió a mis antepasados en otras generaciones. La realidad supera a la ficción. Cuando se sabe lo que ha ocurrido, no hace falta inventarse historias. Además es más fácil pillar a un mentiroso que a un cojo».

Lo que realmente despertó el interés de mi tío abuelo por aquellas historias fue que Frombichler mencionó que tenía primos en Budapest, aunque enseguida añadió que esa parte de la familia no le gustaba mucho. Al repartir la fortuna del abuelo materno, sus tíos no se habían dejado influir por los sentimientos fraternales y dejaron a su madre sin nada porque se había casado con un no judío, que para colmo era campesino. Frombichler le guardaba sobre todo rencor a su primo Nathan, que en su opinión se había apropiado ilegítimamente del tesoro de la familia: el invaluable libro del filósofo Benjamin Spinoza,

*El elixir de la inmortalidad.*

—¿Nathan? ¿No te referirás a Nathan Spinoza? —preguntó mi tío abuelo con el corazón acelerado—. ¿El Nathan Spinoza que está casado con Sara Neumann?

—Sí, ése es mi primo... ¿Lo conoces?

—No, no lo conozco. En realidad no lo he visto nunca. Verás, está casado con la prima de mi esposa, Sara, que es la mejor mujer del mundo. Crecimos juntos, así que sé de lo que te hablo. Pero ahora tienes que hablarme de tu familia. Quiero saberlo todo sobre los Spinoza.

Por aquella época mi tío abuelo creía haber logrado sepultar su amor por Sara en un profundo agujero de su interior. Gracias a su alegre trabajo en el Circo Jack prácticamente había dejado de pensar en ella. Pero el fuego que ardía en su interior no se había extinguido y el nombre de Nathan Spinoza desató un incendio dentro de él. De pronto se sentía casi enfermo de añoranza por Sara. Recuerdos enterrados emergieron del fondo de un profundo abismo en su interior. Notaba la respiración de Sara contra la nuca y el roce de su pecho derecho contra el suyo cuando se abrazaban en la cocina del hogar de su infancia. Pensó en las deliciosas e ilusas esperanzas que le había infundido su amor hacia ella.

## **EL AROMA DE LAS FLORES Y LA FELICIDAD FAMILIAR**

Tras el cuarto aborto, Elsa guardó cama durante varias semanas, se sentía apática y desgraciada. Una tarde oyó que llamaban suavemente a la puerta. Se levantó y fue a abrir con las piernas temblorosas. Era el vecino Aron Reinherz, que se dio cuenta enseguida de que la mujer se encontraba mal y le preguntó cómo iban las cosas. Elsa hizo un ademán disuasorio, pero el viejo judío comprendió. Empezó a contarle un montón de anécdotas graciosas para animarla y después se ofreció a llevarla a conocer a una princesa tártara de Bakú, que se había visto obligada a abandonar Rusia tras la Revolución de 1917 y ahora ejercía en el suburbio de Simmering, curando todo tipo de males por medio del aroma de las flores y las plantas.

La gente acudía de lejos a ver a Olga Bashkir. Al recetar sus flores y plantas, indicaba además durante cuánto tiempo había que olerlas y que siempre había de hacerse sentado y nunca durante más de diez minutos al día. Contra la tensión alta recomendaba geranios, contra el asma lo mejor era el romero y los dolores de espalda los curaba con hojas de laurel. Las flores y las plantas las recogía de su propio jardín.

A Elsa le recomendó el lirio (*Lilium pensylvanicum*). Debía oler la flor ocho minutos al día durante tres semanas.

—No noto nada. Esta flor no huele —dijo Elsa con desconfianza.

—Ninguna flor huele para sí misma, siempre lo hacen para los demás —le explicó Olga Bashkir pacientemente—. Hay que tocar el tallo y entonces la flor nota que te interesas por ella y empieza a extender su aroma. El lirio te curará, *meine Frau*, hará que te bulla la sangre del útero y, con un poco de ayuda del brío de tu marido, le darás tantos herederos como pueda desear. Pero tengo que advertirte algo: si hueles el lirio demasiado rato, sólo salen hijas.

Elsa pidió a Aron Reinherz que no le hablara a su marido de la visita a la princesa tártara y él asintió.

Un fresco día de 1929, que a causa del *crack* de la bolsa de Wall Street ha pasado a conocerse en la historia como Jueves Negro, Elsa tuvo gemelas. Dos niñas muy hermosas y

sanas.

Cuando mi tío abuelo miró a las niñas se dio cuenta de que una de ellas era igual que su propia abuela materna, mientras que la otra era la encarnación de su madre. Sintió una inmensa felicidad.

—Me gustaría —dijo con humildad— que las niñas lleven el nombre de mi difunta madre y de mi difunta abuela: Annushka y Margit.

En aquella época todo el mundo llamaba Fernando a mi tío abuelo, salvo su mujer, que seguía usando el apodo cariñoso de la infancia.

—Franci —respondió Elsa—, son unos nombres preciosos. Me parece bien que se llamen así. Pero en realidad me gustaría mucho homenajearte a ti, por eso pienso que para diario podríamos llamarlas Anci y Mancí.

Desde el día en que Elsa pisó Viena por primera vez, soñó con regresar a Budapest. Cargaba con este intenso deseo que era su secreto, un espejismo del que nunca hablaba. Al regresar a casa del hospital no pudo evitar la tentación de preguntar a mi tío abuelo si no sería buena idea ir a presentar a las niñas a la familia.

Pero él no quiso ni oír hablar del asunto.

Sus objeciones fueron poco convincentes: no tenía suficiente dinero, no soportaba a su suegra, se encontraba muy bien en Viena, no podía tomarse unos días libres del Circo Jack...

Naturalmente, la verdadera razón por la que nunca quería volver a su ciudad natal era otra: Sara. Su resistencia escondía un extraño temor, en el fondo también tenía miedo a la decepción, como si el reencuentro con Sara pudiera destruir el espejismo del amor que lo había deslumbrado aquella tarde de febrero de cuando tenían quince años, en que sus dedos se habían topado con los de ella en el ancestral juego de los abrazos, las palmadas y las caricias.

## **HERMANN JACK Y EL ALMIRANTE HORTHY**

El tren empezó a moverse en dirección a Viena. Hermann Jack ocupaba un asiento en un rincón. Estaba callado y reconcentrado, extenuado por las noches en vela y con la piel cuarteada por los cientos de cigarrillos nocturnos. Todo el mundo sabía que el negocio iba mal. Las gradas vacías hablaban claramente y nadie podía evitar darse cuenta de que el director estaba distraído e inquieto, y tenía los ojos más enrojecidos que nunca. Hacía tiempo que se esforzaba por ocultar a los trabajadores del circo lo mal que estaban las cosas. En un último y desesperado intento de poner su economía en orden había viajado a Budapest para pedir dinero prestado, después de que un amigo le prometiera proporcionarle unos valiosos contactos. Los acreedores de Viena ya no querían apoyarlo. Durante mucho más tiempo de lo habitual, se habían mostrado pacientes con Hermann Jack y habían hecho la vista gorda con su incapacidad para pagar las letras de los préstamos. Pero cada vez recibía más cartas con insultos y amenazas. La Depresión había afectado a los bolsillos de todo el mundo y reinaba un ambiente llamativamente frío entre los prestamistas. Era evidente que la mayoría de ellos había descartado la idea de conceder más aplazamientos a Hermann Jack. Querían su dinero, a más tardar el 14 de septiembre de 1931 a las 12 horas. De lo contrario, el Circo Jack sería declarado irremisiblemente en quiebra. Tras las infructuosas reuniones en Budapest, a Hermann Jack sólo le quedaban treinta y seis horas para solucionar el problema.

Cerró los ojos y oyó un ruido que le pareció una especie de rueda de la locura que avanzaba bajo tierra y que, incontrolada e implacablemente, los empujaba a él y a su circo hacia el abismo. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea. No tenía esposa ni hijos. Su familia era el circo. Decidió que a la mañana siguiente contrataría un cuantioso seguro de vida y esa misma tarde se suicidaría. Así salvaría el circo y no traicionaría a sus amigos y empleados.

Cuando Hermann Jack se preguntó a sí mismo si tenía miedo a morir, tuvo que reconocer que nunca había sido un hombre valiente y que el dolor físico era lo que más lo aterraba del mundo, así que entendió que tenía que encontrar un modo rápido y eficaz de quitarse la vida. En ese instante oyó un tremendo estruendo y por una milésima de segundo sintió una extraña ingravidez.

Exactamente veinte minutos después de la medianoche del 13 de septiembre de 1931, el Expreso de Viena voló por los aires sobre el viaducto del ferrocarril situado a las afueras de la pequeña ciudad de Biatorbágy, a unos treinta kilómetros al oeste de Budapest. La locomotora y los seis primeros vagones se precipitaron al abismo. A la mañana siguiente, el personal de salvamento encontró veintidós cadáveres muy desfigurados en los vagones atrozmente deformados y devorados por las llamas. Uno de los cadáveres llevaba un sello de oro en el dedo corazón derecho con un monograma grabado: HJ.

Tan pronto como recibieron la noticia de la muerte de Hermann Jack, surgió una violenta disputa en el circo. No se trataba de la inminente quiebra, puesto que nadie se hacía ilusiones respecto de su situación económica. La cuestión era si el difunto era católico o judío. ¿Dónde debían enterrar su irreconocible cadáver, si es que era suyo? El circo se dividió en dos frentes. Por fin el gigante ruso, Oleg, resolvió el nudo gordiano proponiendo un entierro laico en un cementerio protestante. La discusión se prolongó durante horas, pero al final todos apoyaron la propuesta. Varios cientos de personas acudieron al entierro. Mi tío abuelo, con su traje negro, estaba mudo y aterido. No era capaz ni de suspirar porque la situación entera le parecía irreal. Sin duda le dolía la pérdida de su amigo y mentor, que yacía en su ataúd hecho un amasijo de huesos carbonizados, pero además veía a su alrededor a gente a la que nunca había visto, chillando de pena y derramando lágrimas fáciles.

Cuando un cura católico —un sobrino de Hermann Jack que se había convertido de niño— avanzó hacia la tumba, los judíos empezaron a quejarse. Todo el mundo tenía la sensación de que estaba a punto de suceder algo asombroso. A los pocos segundos se desató una sangrienta pelea entre los grupos de diversas confesiones y largas amistades se rompieron a puñetazo limpio.

Aún no habían sofocado el fuego entre los asientos del tren, cuando se declaró el estado de excepción en Hungría. Todos los párrafos de la Constitución sobre las libertades y los derechos humanos fueron abolidos. El regente de Hungría, el almirante Horthy, no estaba exactamente impaciente por detener al autor del atentado. Tenía cosas más importantes en las que pensar. Resultó evidente que su prioridad era enviar a la cárcel a sus contrincantes políticos más incómodos.

Quince días más tarde, la policía detuvo al húngaro Szilveszter Matuska en su casa de Viena. Sin el menor escrúpulo, Matuska reconoció de inmediato la autoría del atentado, y además confesó haber volado antes otros cinco trenes en Alemania. Estaba incluso orgulloso de lo que había hecho. Lo condenaron a ocho años de prisión. El asunto estaba resuelto, o así lo creyó la mayoría.

Pero eso no fue más que el comienzo. En las semanas siguientes la prensa húngara

conservadora publicó una larga serie de artículos enardecidos en los que acusaba a los comunistas del atentado. Al poco fueron detenidos dos destacados miembros judíos del partido comunista. A pesar de sus impecables coartadas, fueron condenados a muerte por el atentado de Biatorbágy. Como todo el mundo sabía la verdad, la prensa liberal, el Parlamento y el público en general exigieron firmemente la puesta en libertad de los comunistas. Se produjeron fuertes protestas en muchas partes del mundo. Pero nada detuvo al régimen de Horthy. Sándor Fürst e Imre Sallai murieron en la horca quince días más tarde.

## **EL DESPERTAR DE UNA CONCIENCIA POLÍTICA**

A primera hora de la mañana del 15 de julio de 1927, los trabajadores de la central eléctrica de Viena cortaron el suministro de luz de la ciudad. Era la señal acordada para que la gente abandonara sus puestos de trabajo y marchara hacia el Parlamento. Un par de meses antes, unos manifestantes socialdemócratas habían sido asesinados por miembros de un grupo de vigilancia ciudadana del ala derecha, pero los acusados habían sido absueltos por un tribunal de Viena pese a que confesaron haber disparado contra los manifestantes. Al día siguiente de que se dictara sentencia, miles de trabajadores habían marchado hacia el Parlamento para expresar su descontento. La policía montada cargó contra ellos, pero los trabajadores se armaron con adoquines, rodearon el Palacio de Justicia y al poco se habían reunido más de doscientas mil personas. Algunos de ellos llevaban latas de gasolina y a la hora del almuerzo el Palacio de Justicia empezó a arder. Los coches de bomberos acudieron de todas partes, pero las masas les impidieron el paso. Dada la situación, el jefe de policía había decidido armar a seiscientos policías con rifles y balas dum-dum para disolver a las masas. La policía empezó a disparar a diestro y siniestro y hombres, mujeres, niños y ancianos, incluso cuatro policías, cayeron bajo las balas. En total habían muerto ochenta y nueve personas y había más de mil heridos. Los médicos de los hospitales habían contado a los periodistas que ni en la guerra habían visto heridas de bala como aquéllas.

Los sucesos frente al Palacio de Justicia conmocionaron a mi tío abuelo y cambiaron su visión de la existencia. No participó en la manifestación, pero no pudo evitar leer las noticias de los periódicos sobre los sangrientos sucesos ni enterarse del torrente de rumores que circularon a continuación. Le pareció indignante que diez o doce policías fueran condecorados con medallas al mérito y que toda la prensa burguesa apoyara la brutal actuación policial. En el Parlamento, el canciller Ignaz Seipel echó toda la culpa de la masacre a los socialdemócratas. Mi tío abuelo estaba convencido de que sólo un político malvado e irresponsable podía actuar con tanta astucia y mendacidad y desarrolló una actitud negativa hacia el gobierno cristianodemócrata en el poder y hacia la burguesía que por medio de las urnas había dado el poder a Seipel y su banda.

Un par de semanas más tarde, la gran noticia de las portadas de los periódicos fue el juicio contra los anarquistas Sacco y Vanzetti celebrado en Boston, Estados Unidos. A pesar de que estaba demostrado que los dos inmigrantes italianos eran inocentes, fueron condenados a muerte por un asalto a mano armada en el que perdieron la vida dos personas. La ejecución de la pena se pospuso en varias ocasiones. Se produjeron protestas en todo el mundo: en Viena, setenta mil personas salieron a la calle en silencio. Pero no sirvió de nada. El juez se negó a retomar el caso. Sus incómodas opiniones políticas y el extendido odio a los extranjeros, habían condenado de antemano a Sacco y Vanzetti. Finalmente, en

agosto, cayeron todos los sueños de justicia. Los pobres anarquistas murieron en la silla eléctrica.

Mi tío abuelo sentía una enorme solidaridad con los italianos ejecutados y sus familias. Leyó todo lo que encontró en los periódicos sobre su trágico destino y en varios sitios se topó con el nombre de Bakunin, denominado estrella rectora de los anarquistas. El nombre le resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo.

En el hogar de la infancia de Fernando, no se hablaba del abuelo paterno. Era un tema tabú. El padre aborrecía al famoso hombre del teatro y se negaba a verlo. A pesar de todo, mi tío abuelo debía de haber captado alguna cosa sobre su abuelo, porque al ver en el periódico una fotografía del anarquista ruso, de pronto le vino a la cabeza un recuerdo: había oído que Andrei Scharf, en su juventud, fue alumno de Bakunin en Siberia. Al pensar en su abuelo se dio cuenta de lo poco que sabía en realidad sobre su pasado. Ni siquiera recordaba bien el rostro de su propia madre.

En la biblioteca central de Viena, Fernando encontró una traducción alemana de las obras completas de Bakunin y se sumergió de inmediato en la biblia de los anarquistas. En todas las páginas se hablaba sobre la rebelión. Leyó: «la verdadera ciencia universal que en toda su amplitud y en sus infinitos detalles iba a reproducir el universo, el sistema o la coordinación de todas las leyes naturales que se expresan en la incesante evolución del mundo...». Mi tío abuelo sacudió sorprendido la cabeza y siguió leyendo. Pero como no entendía gran cosa, los libros de Bakunin acabaron pareciéndole cansinos y los devolvió.

Después del *crack* de la bolsa —cuando vio a instruidos académicos que hacían cola durante horas en las filas de pan de las instituciones benéficas— volvió a dirigir sus pasos hacia la biblioteca en busca de libros de crítica social. Una mujer pálida y transparente, con la rígida sonrisa que atestigua amargura o inevitable soledad, lo ayudó con cierta reticencia y Franci volvió a casa con los brazos llenos de libros. Sólo intuía oscuramente la diferencia entre los libros de Rosa de Luxemburgo y los de Trotski. La mayor parte de lo que leía le parecía difícil de comprender, pero al final hizo un descubrimiento: el socialismo, que mostraba en negro sobre blanco que el orden mundial del capitalismo era injusto.

Por primera vez pensó que la vida y la sociedad deberían haberle ofrecido algo más a su madre que las sórdidas miserias que le tocó vivir con su padre, un hombre resignado y alcoholizado, destrozado de por vida por su falta de talento y por la crueldad de su padre.

Así fue como Gramsci entró en su vida. Las consignas sobre la solidaridad con las masas trabajadoras le causaron una profunda impresión, al igual que las grandes palabras sobre la libertad y el individualismo. Devoró los cuadernos del italiano, extraídos clandestinamente de la cárcel fascista en la que estaba confinado. Gramsci le proporcionó la llave que abría todos los cerrojos y le permitió comprender el mundo. El tono era crudo, pero al mismo tiempo —a pesar de estar físicamente destrozado, enfermo y aislado del mundo exterior—, el pensador político encarcelado irradiaba seguridad. Todo tenía una explicación. Sólo se precisaba una comprensión clara de la historia.

Mi tío abuelo había dejado de ir a la Bierstube Waldvogel, que había cambiado mucho. Habían desaparecido la agradable atmósfera, los emigrantes de Europa del Este y el ajedrez. Ni siquiera el dueño, el gordo Julius, seguía allí. Había muerto poco después de que su mujer, Hildegard, bastante más joven que él, huyera con un repartidor de cerveza. Ahora llevaba la cervecería su sobrino Ernst, que estaba más interesado en los caballos de carreras que en los clientes. Los poetas ya no declamaban allí sus poemas los martes por la noche. Ahora llevaban brazaletes con la esvástica y discutían las ideas de Hitler.

Una noche, en un callejón pegado a la cervecería, mi tío abuelo vio a distancia

cómo un viejo judío ruso jorobado, un cliente habitual de la Bierstube Waldvogel, recibía una paliza de unos nazis uniformados. No se atrevió a intervenir por miedo a correr su misma suerte. La lucha contra los fascistas, se dijo a sí mismo en un intento de aplacar sus remordimientos de conciencia, tiene que realizarse con medios distintos a la violencia.

## EL ENCUENTRO CON FREUD

Cuando el Circo Jack quebró, mi tío abuelo consiguió trabajo como mago e ilusionista en el Cabaret Steinkeller.

Una noche Sigmund Freud apareció por el local. El director Steinkeller lo recibió en la puerta, intercambiaron unos chistes de judíos y hablaron fugazmente sobre Robert Walser, el frágil escritor que había escapado del mundanal ruido, dejándose ingresar voluntariamente en un psiquiátrico donde pasaba los días clasificando plantas leguminosas. Acomodaron a Freud en una mesa cercana al escenario y el ilustre invitado pidió *einen kleinen Braunen*, se encendió un puro y empezó a formar aros de humo en el aire. Después del número de Fernando, el director pidió al mundialmente famoso psicoanalista que subiera al escenario y pronunciara unas palabras sobre nuestra necesidad de las ilusiones.

Freud habló con majestuosa cordialidad. Dijo que había contemplado a Fernando con enorme curiosidad y que había realizado algunas fructíferas observaciones, que sin embargo tenía pensado guardarse. Admitió que el espectáculo del diestro mago le había divertido, aunque se apresuró a añadir que obviamente se trataba de un inocente engaño, en el sentido de que Fernando había hecho creer a todo el mundo que veían algo que en realidad no había sucedido. Entonces uno de los presentes lo interrumpió preguntándole si creía que las personas tenían eso que se llama facultades sobrenaturales. El médico de almas lo negó con decisión. En su opinión, la parapsicología era una pura impostura. Después aireó unas profundas reflexiones sobre nuestra necesidad fundamental de ilusiones y sobre nuestra capacidad de sugestión. Por último, subrayó la importancia de utilizar la razón crítica y de no dejarse engañar, ni por lo que sucede sobre un escenario ni por lo que pasa en la sociedad en general. Recibió una ovación.

Mi tío abuelo no había sido informado de antemano de la visita de Freud y le dolió que éste despachara su arte como un mero engaño a la gente. Enseguida tomó la palabra en su defensa. Declaró primero que sentía un profundo respeto por Freud y lo llamó el Cristóbal Colón del subconsciente humano, pero después propuso un pequeño experimento con el que pretendía demostrar la existencia de algo que llamó fuerza psíquica. Pidió a Freud que escribiera algo en un trozo de papel y se lo metiera en el bolsillo del pecho de la chaqueta. Mi tío abuelo afirmó que podía averiguar lo que ponía en el papel con ayuda de la intuición. La propuesta divirtió a Freud. Estaba encantado de participar en aquel inocente experimento.

—Herr Fernando —dijo cortésmente—, me acaba usted de llamar Colón, pero yo me veo más como un conquistador. Tengo la curiosidad, la osadía y la resistencia de aquellos hombres.

—Y la desconsideración, querido doctor —gritó uno de los presentes, desencadenando unas sonoras carcajadas.

—Quizá eso también —continuó Freud—. Pero he profundizado más en el alma humana que ninguna otra persona y nunca he podido descubrir allí fuerza misteriosa alguna. No se lo tome usted como algo personal, Herr Fernando, no va a ser usted el primer

pillo al que ponga en evidencia.

Cogió una pluma, escribió algo sobre una hoja y se la metió en el bolsillo del pecho de su chaqueta. Se hizo un silencio sepulcral en la sala cuando mi tío abuelo se pegó a Freud, cerró los ojos y se concentró teatralmente. Lo primero que le vino a la cabeza fueron unos pececillos de vivos colores que se movían en unos acuarios sombríamente iluminados en la consulta del difunto frenólogo que afirmaba haber estudiado con el padre del psicoanálisis en Berggasse 19.

—Tancred Hauswolff —exclamó Fernando.

Freud no daba crédito.

—Efectivamente —dijo, sacando la hoja y mostrándosela al público—: «Tancred Hauswolff».

Todos los presentes aplaudieron. La exaltación era enorme. La gente no sólo reía, sino que incluso lloraba de entusiasmo. Al día siguiente Fernando era el principal tema de conversación de Viena y se formaron largas colas a las puertas del Cabaret Steinkeller.

## **EL ARTISTA DEL CABARET**

Mi tío abuelo aprovechó su recién adquirido estatus de estrella para ampliar su repertorio. Empezó a realizar sus propios y agudos monólogos de crítica social. Tuvo una carrera corta, aunque de largas consecuencias.

En su monumental obra *One Hundred Years of European Cabaret* (1982), el historiador belga del teatro Ghislaine Vlamnick afirma que Fernando renovó el arte del cabaret en lengua alemana. Su fama descansaba sobre su descarada y aguda sátira política.

«Fernando era un moralista indignado», dice Vlamnick, «el difamador de todos los pecadores, que desollaba cruelmente a sus víctimas en el Cabaret Steinkeller. Como socialista, criticaba el egoísmo y la codicia de los propietarios. Como antifreudiano, echaba bilis sobre el psicoanálisis, denominando *psicoanales* a sus practicantes. Como pacifista, despotricaba contra los agitadores bélicos y el militarismo. Como ateo, se distanciaba tanto del judaísmo como del catolicismo.

»Pero ante todo había un nombre que se repetía en su repertorio: Adolf Hitler. Después de que éste tomara el poder en Berlín en 1933, la mayoría de los números de Fernando giraban en torno a su nombre. El hecho de que la fuerza del nazismo creciera de día en día, lo espoleaba, empujándolo a ser todavía más osado e impertinente. Cuando el eco de diez mil botas hizo temblar Núremberg durante las famosas jornadas del partido celebradas a la luz de las antorchas y bajo un bosque de estandartes, Fernando fue el único cabaretero en lengua alemana que siguió burlándose del bigotudo excabo y su ridículo flequillo. Lo que en su momento había sido el cabaret más exclusivo de Viena, se transformó gracias a él en el bastión del antinazismo».

El Berlín de Hitler arrojaba su sombra sobre Viena. David Steinkeller fue llamado a hablar con el prefecto de policía, quien le dio unos «amistosos consejos que sería razonable seguir».

La sola idea de poner un bozal a Fernando era grotesca. Steinkeller intentó formular una defensa del principio de la libertad artística. Entonces el prefecto le dijo sin tapujos que su favorito había transgredido los límites de lo razonable al emplear toda la indecencia que desafiaba la buena moral del público católico y amante de su patria, pero le matizó que lo que realmente estaba en juego no era el futuro de Fernando, sino el del propio director, y



éste dependía de lo que sucediera en sus locales. Animó a Steinkeller a librarse lo antes posible de su estrella porque de lo contrario tendría grandes problemas. El director prometió reflexionar sobre el asunto, aunque estaba decidido a seguir dando libertad absoluta a Fernando sobre el escenario.

Quince días más tarde, un caluroso día de julio con nubarrones de tormenta en el horizonte, lo llamaron para continuar las conversaciones. Aquella reunión ya no fue entre dos. El prefecto de policía tenía consigo a dos musculosos secuaces vestidos con abrigos de cuero negro para que lo ayudaran a convencer a Steinkeller. Los hombres emplearon argumentos tangibles: aplastaron al director contra la silla, le propinaron un par de sonoras bofetadas y lo agarraron firmemente por los hombros. Steinkeller podía oírse el pulso y notaba la sangre zumbiar en sus orejas. Con pavor y petrificada fascinación escuchó la pericial descripción de todo lo que le harían si Fernando no desaparecía del cabaret en las siguientes veinticuatro horas. Aquello debió de resultarle extremadamente molesto a Steinkeller, que era un bonachón y amaba a Fernando como a un hijo. Pero comprendió horrorizado que no tenía elección. Era imposible resistirse. Tenía que ceder ante la violencia.

## **CONTRA HITLER**

Para su gran sorpresa, un extraño alivio, incluso cierta alegría, se apoderó de mi tío abuelo cuando lo despidieron. Durante un tiempo pensó que echaría de menos el escenario, sobre todo el contacto con el público, mirar a los ojos a gente que lo escuchaba ávida de verdad y de todo lo que el humor puede aportar a nuestra vida. Pero en vez de deprimirse, enarboló la pluma en su batalla contra un fascismo cada vez más ruidoso. Le exaltaba pensar que las mismas manos que pocos años antes habían llevado maletas en la estación de trenes y extraído tiras de papel de alegres colores del sombrero de un payaso, escribían ahora artículos que se publicaban en la página del editorial del *Arbeiter-Zeitung* y firmaban como Scharfrichter («verdugo»). La vida olía a la lucha de la resistencia y los vientos de libertad. Se volvió aún más audaz. El problema sobre el que volvían una y otra vez sus escritos era el modo de luchar contra el fascismo. Irradiaba seguridad en sí mismo. Con Gramsci en el equipaje, sabía qué medios había que emplear para la resistencia.

Al mismo tiempo estaba trabajando en un texto sobre la Inquisición española. Quien había despertado su interés por el tema había sido Mathäus Frombichler, que ahora vivía en Berlín a petición de su amigo Adi.

Tras muchos años de lucha, Adi había alcanzado su meta. El temperamental austríaco de cara de piedra y ridículo flequillo, había conseguido convencer a los alemanes para que dejaran el destino de la nación en sus manos. Era canciller y nutría al pueblo con agresivos discursos sobre la invencibilidad de los alemanes y su próximo dominio sobre Europa. Millones de personas confiaban ciegamente en el nuevo Führer y lo ovacionaban con atronador entusiasmo.

Pero a Adi tampoco le faltaban enemigos. Ya estaba acostumbrado a los ataques verbales de la funesta comparsa de judíos y demócratas occidentales, pero esta vez era distinto. Un astrólogo que gozaba de su confianza le había advertido de la existencia de una conspiración que tenía por objetivo eliminarlo. Según las predicciones de la bola de cristal, el Führer moriría en su propia cocina. Adi lo interpretó como que alguien iba a intentar envenenarlo. Aunque no era de los que se asustaban fácilmente, se tomó la amenaza con

mucha seriedad y enseguida adoptó una serie de medidas preventivas. Se pasó a una dieta estrictamente vegetariana y se alimentaba sólo de ensaladas verdes. Al mismo tiempo animó a su amigo Frombichler a abandonar su puesto de jefe de cocina del Hotel Imperial y convertirse en su cocinero privado.

Entre los antepasados de Frombichler había un hombre misterioso llamado Salman de Espinoza, que vivió en la España medieval y fue torturado incesantemente por verdugos católicos durante ocho días, sin que logran romper su resistencia. Al igual que Hitler, la Inquisición responsabilizaba a los judíos de todos los males del mundo. Una parte de los judíos españoles huyeron. Los que se quedaron, sufrieron persecuciones.

Mi tío abuelo estaba fascinado por la historia de Salman de Espinoza. Veía un claro paralelismo entre la España del siglo XV y la Alemania contemporánea. Entendió que el destino de los judíos estaba sellado. Que era todo una cuestión de tiempo. El horizonte se oscureció.

## **DESPUÉS DEL «ANSCHLUSS»**

Temprano en la mañana del 12 de marzo de 1938, un agente alemán envió un telegrama a Berlín desde la principal oficina de correos de Viena en el que solicitaba ayuda militar. Un par de horas más tarde, los tanques de Hitler cruzaron la frontera y las calles se llenaron de niños y adultos con banderas que daban la bienvenida a los intrusos. Sin disparar una sola bala, la Alemania nazi conquistó y anexionó Austria.

Después del llamado *Anschluss*, la toma del poder en Austria por parte de los nazis, se prohibieron todos los partidos políticos salvo los nacionalsocialistas y muchos de los amigos de mi tío abuelo fueron arrestados.

Fernando envió a Elsa y a las niñas a Budapest para evitar que sufrieran maltratos, pero él decidió quedarse y seguir escribiendo sobre la Inquisición española como precursora del nazismo.

David Steinkeller era ciudadano rumano y fue uno de los primeros en recibir una orden de expulsión. La formulación era oscura y burocrática, pero precisa a la hora de detallar dónde debía presentarse y qué podía llevar consigo. Steinkeller envió una carta a la Gestapo en la que explicaba que cualquiera podía entender las consecuencias de las leyes de Núremberg aprobadas tres años antes, que en todo momento había sabido lo que le esperaba y que prefería hacerse cargo del asunto personalmente. Se puso su traje más elegante, se anudó la corbata y suspiró: echaba de menos la risa y el llanto de las personas libres y sin miedo que escuchaban los monólogos de Fernando. A continuación subió al desván y se colgó.

Llamaron a la puerta. Mi tío abuelo estaba escribiendo en la mesa de la cocina, situada ante la ventana. Intuyendo quién podía ser, se levantó para abrir y vio a cinco tipos vestidos con abrigos de cuero negro. El jefe bramó:

—Gestapo.

—Franz Scharf —contestó mi abuelo, y miró desafiante a los demás hombres—. Y ustedes, señores míos, ustedes que no se han presentado, ¿cómo se llaman? ¿Y qué es lo que venden, por cierto?

—*Geheime Staatspolizei* —respondió el jefe para dejarlo más claro—. Estamos aquí para arrestar al judío Scharf. También hemos recibido orden de registrar la casa y buscar libros y papeles antinazis.

—Antinazi —repitió Fernando—. En esta casa todo es antinazi, incluso el papel higiénico que uso para limpiarme el CULO.

Al instante recibió un fuerte puñetazo en la barbilla que le hizo perder el conocimiento. Cuando despertó, iba camino de Dachau.

## **5. El vagabundo**

## **SOBRE FERNANDO Y LA ESCRITURA**

Al leer lo que he escrito hasta ahora me avergüenza un poco la falta de una cronología clara. Pero me consuelo pensando que un relato como éste no exige el rigor y la exactitud de un trabajo científico.

Estoy escribiendo la historia de la familia Spinoza. Mi madre me pidió en su lecho de muerte que le hablara al mundo del pequeño universo que constituía nuestro habitáculo en la tierra. Todavía puedo ver ante mí su rostro blanco, el pelo alborotado sobre la frente y la mirada vidriosa que dirigió más allá de mí y congeló en algún lugar del techo. Su respiración fue constriñéndose hasta que en la habitación sólo quedó vacío y me sentí obligado a cumplir algún día su último deseo.

Mi madre murió con sesenta y ocho años, en noviembre de 1989, y aún tuvo que pasar cerca de una década para que me pusiera manos a la obra. La sola idea de permanecer una semana, o un mes, solo en una habitación intentando escribir me resultaba insoportable, porque yo siempre he sentido deseos de encontrarme en otro lado. Además, durante toda mi vida, he tenido problemas para expresarme por escrito. Sólo con enormes esfuerzos he logrado vestir mis pensamientos con palabras sobre el papel.

Hasta el momento en que asumí que me estaba muriendo, no caí en la cuenta de que yo —como el último Spinoza— era el único que podía recordar los relatos de mi tío abuelo sobre mi familia en los tiempos anteriores a mi infancia, que era el único que podía recordar las amargas, aunque entretenidas, peleas de mis abuelos paternos y que era el único que podía recordar lo que pasó el día que murió mi hermano gemelo Sasha. Hasta ese momento no fui consciente de que la gran derrota de mi vida no era que ésta me fuera a ser arrebatada, sino que una vez que eso ocurriera, todos los que me habían precedido sucumbirían en el olvido. Y fue entonces cuando lo que me quedaba de vida adquirió un sentido y empecé a escribir mi testimonio sobre las generaciones que me precedieron.

Tengo la esperanza de que las personas cuyo destino conocí en la infancia revivan al escribir sobre ellas y vuelvan a resultar tan cercanas como lo eran para nosotros cuando mi tío abuelo nos hablaba a Sasha y a mí sobre ellas. Por eso dedico hacendosamente todos mis ratos despiertos a este intento de hablar sobre otros siglos, de extraer los colores y el sabor de las épocas, de explicar cómo influyó sobre mis antepasados el torbellino de la historia, de mostrar los dolores de cabeza que les producían los oscuros mecanismos de la vida cotidiana y cómo éstos azuzaban su vida y sus sentimientos. Aun así tengo la impresión de que rara vez consigo transmitir algo más que anécdotas superficiales, no logro traspasar el barniz externo de aquéllos a los que intento evocar y revivir. Porque lo aborde por donde lo aborde, me cuesta trabajo describir los detalles de la vida cotidiana, que siempre acaban perdiéndose: el paso de los años, los peculiares olores de una época, lo que conmovía el corazón de las personas, los sueños de mis antepasados, su manera de vivir, su soberbia y su egoísmo, sus talentos y sus mezquindades, las opiniones que defendían, sus esfuerzos por formar parte de su entorno y su esperanza de ser aceptados y de ser capaces de dar a sus hijos un futuro que no pudiera romperse en mil pedazos.

Algunas veces, sin embargo, esta crónica privada se cruza con el tumulto del tiempo y refleja no sólo nuestros pequeños enojos y contratiempos, sino también los grandes acontecimientos y las espantosas catástrofes que se han inscrito en los libros de historia.

Si vuelvo una y otra vez sobre mi tío abuelo —un hombre que ni siquiera llevaba

nuestra sangre en las venas, pero que a mis ojos era la encarnación de la familia Spinoza— se debe a que fue él quien, a su modo extraño y particular, me enseñó todo lo que sé sobre nuestra historia, nuestras tradiciones y nuestras costumbres, todos nuestros vanos éxitos y humillantes derrotas, todos los sucesos serios y los detalles sin importancia. Fue él quien, con mayor o menor conciencia de ello, armonizó el pasado y el presente, la familia y el judaísmo, el cosmos y el mundo, los espíritus y la moral, la derrota y el amor a la vida. Fue él quien me hizo creer en los misterios impenetrables y en la posibilidad de contactar con los mundos de los espíritus, y me convenció de que el pasado —con su inmutabilidad y su soñadora melancolía— era más emocionante que el mundo moderno con su movimiento cada vez más trepidante. Porque mi tío abuelo tenía un talento brillante para llenar las anécdotas de emoción, para hacer creíble lo increíble y concebible lo inconcebible, para asombrar y emocionar, divertir e inquietar y para mezclar los acontecimientos tristes y lamentables con otros alegres y sorprendentes.

Ante todo, de un modo implícito y algo místico, logró imprimir un sentido de la vida en mi corazón y en el de mi hermano Sasha, a saber: que el destino (no Dios, porque Fernando no creía en esas cursiladas) tenía un plan superior para la humanidad en el cual nuestra familia interpretaba un papel destacado.

Lo que vinculó a mi tío abuelo a nosotros —esto no lo supe en mi infancia, me enteré mucho más tarde— fue su desesperado amor por una mujer. Durante toda su vida amó a Sara, mi abuela paterna, con una pasión rayana en la locura. Para poder estar cerca de ella, dejó a un lado su propio mundo y lo sustituyó por la historia de la familia Spinoza, en la que ella había tenido un papel secundario y oculto por medio de un matrimonio infeliz.

## **LA INCREÍBLE HISTORIA DE FROMBICHLER**

Frombichler estaba sentado en su mesa de siempre. Todavía no había probado la cerveza que había pedido. Daba la impresión de estar hechizado por la espuma y no parecía notar que mi tío abuelo se sentaba frente a él. Estaba esperando a que desapareciera la espuma para saber cuánta cerveza le habían servido en la jarra.

—Tres cuartos —constató con descontento, y luego murmuró—: Un fraude, lo de la espuma es un fraude. Viena está empapada de falsedad, mentira y engaño. En esta ciudad ya no puedes conseguir una jarra de cerveza.

El silencio siguió a sus palabras. Mi tío estaba pensando: Qué tontería, qué tontería, y justo cuando iba a decir en alto todo lo contrario, Frombichler se le adelantó:

—Te voy a contar algo, Fernando. Pero tiene que quedar entre tú y yo, naturalmente. Te voy a contar algo que no es un fraude, sino una verdad de Dios. —Vacío la jarra de una tacada y eructó en alto. Mi tío abuelo suspiró aturdido y sonrió para sus adentros—. Quizá creas que lo que te voy a contar es un cuento —continuó Frombichler mirando a su amigo con gesto serio—, pero te juro por el recuerdo de mi difunta abuela que todo es cierto. Supongo que no tengo que contarte que la realidad supera a la ficción.

Lentamente empezó a contar la historia de Salman de Espinoza.

Mi tío abuelo tenía ya tanta familiaridad con los personajes de la historia de Frombichler como con sus compañeros del Circo Jack, y los relatos sobre sus singulares destinos despertaban en él el mismo interés natural. Se alegraba cada vez que un nuevo Spinoza emergía de la oscuridad de la Edad Media. Pasar un rato con Frombichler eran

como ir al teatro, donde coloridos personajes procedentes de toda Europa aparecían constantemente en escena para participar en un drama polifónico. Las historias sobre cómo Baruj resucitaba al hijo mayor del rey portugués valiéndose de una pócima o de cómo Chaim preparaba un veneno que le quitaba la vida al sultán Muhammad II, colmaban a mi tío abuelo de más entusiasmo que escepticismo.

Aun así, a veces lo embargaba la duda sobre la veracidad de aquellos relatos. En ocasiones se reprochaba a sí mismo haber permitido que le llenaran la cabeza con aquellas anécdotas —todas inspiradoras, pero ninguna plausible— y haberse obsesionado con la familia Spinoza. Algunas veces se rebelaba contra su autoimpuesto papel de oyente pasivo de aquella historia familiar que no era la suya. En tales casos rehuía la mesa de Frombichler, lo miraba de reojo y se sentaba en la otra punta del local para jugar al ajedrez con algún emigrante ruso. Pero aquella desconfianza nunca le duraba mucho y al poco regresaba con su amigo. Porque no podía evitar la fascinación que sentía por el brillo de los tiempos y los mundos pretéritos, de los que no era partícipe, pero que de un modo extraño lo acercaban a Sara, o al menos eso se imaginaba.

Ninguna de las historias previas de Frombichler podía compararse con la de Salman de Espinoza. El asunto despertaba sentimientos encontrados en mi tío abuelo, que a bote pronto era incapaz de decidir si se trataba de realidad o de fantasía. Mucho indicaba que era una invención, un simple cuento para niños. Pero, por otro lado, mi tío abuelo había oído hablar de sucesos extraños, incluso había vivido algunas cosas anormales que ninguna ley natural conocida podía explicar. De lo que no dudaba era de que había misterios que quedaban más allá de la comprensión humana.

Estudió a su amigo con mirada atenta. Después de cuatro jarras de cerveza y cinco horas de escucha ininterrumpida, se levantó para aliviar la presión interna que llevaba rato agobiándolo y fue corriendo al servicio. A continuación se encaminó hacia casa sin siquiera despedirse. Una vez en la calle decidió llegar, a toda costa, al fondo de aquel asunto, escarbar en documentos, encontrar la verdad y averiguar todo lo que pudiera averiguarse sobre Salman de Espinoza.

## **MÁS ALLÁ DE LA CRONOLOGÍA**

No sé qué fuerza me impulsa, pero una vez más me he dejado llevar por la corriente de las asociaciones y he perdido el hilo del relato. Esto puede dificultar a mis eventuales lectores seguir el hilo, puesto que las historias que no mantienen cierta cronología resultan incomprensibles.

Tengo intención de relatar el curso vital de un hombre desde el momento del siglo XIV en que los moros todavía gobernaban Granada hasta su muerte trescientos cincuenta años más tarde, una noche de viernes en Friburgo de Brisgovia, donde destruyó su propio ser después de pasar sus últimos días en casa de su pariente Benjamin Spinoza y de transmitirle todo el saber y los secretos con los que había cargado durante su larga y errante vida.

Se llamaba Salman de Espinoza y era un hombre pequeño, fuerte y ágil, con una nariz descomunal. Era curioso y alegre, aficionado al debate y rico en conocimientos, y tenía unos andares tan enérgicos que el barro le salpicaba los hombros cuando andaba por tierra. Nunca se desplazaba a caballo, iba siempre a pie, y podía andar hasta doce y catorce horas seguidas sin cansarse. Quizá por eso le llamaban el judío errante.

No creo que mi tío abuelo hubiera tenido nada en contra de que empezara hablando sobre los difíciles orígenes de Salman, puesto que él nos describió incontables veces y con todo lujo de detalles las extrañas circunstancias que obligaron al judío errante a abandonar su ciudad natal, Granada.

Todavía guardo la imagen de mi tío abuelo, sentado ante la mesa de la cocina de nuestra casa y bañado por una luz matutina apacible y pálida por el otoño: su actitud es digna sin llegar a ser solemne y la boca y las manos expresan claramente el inmenso placer narrativo que debía sentir al iniciarnos a Sasha y a mí en la vida de nuestros difuntos familiares, y al lograr que sus cenizas refulgieran y siguieran viviendo en nosotros más tiempo que en ningún otro lado. El niño que era yo entonces no podía imaginarse que aquellas asombrosas historias que nunca dejaban de fascinarme, me sobrevivirían, me harían creer que había llegado al mundo mucho antes de nacer y me convertirían en un custodio de la muerte que, al final de una vida que ha transcurrido en zigzag, emplea todas sus fuerzas en un intento de regresar el origen.

### **UNA INFANCIA EN GRANADA**

El padre de Salman, el famoso cabalista Moishe de Espinoza, vivió bajo la protección y con el apoyo económico del sultán. Llevó una vida aislada en Granada en la que se dedicó a explorar los misterios del universo y del Creador. La obra cabalística que dejó, el *Sefer Ha-Zohar (Libro del esplendor)*, con agudas observaciones y poéticas formulaciones que no sólo le envidian los místicos, asombra a día de hoy a los investigadores de religiones de todo el mundo.

La madre de Salman, Hasna, era hija del afamado filósofo árabe Yussuf al-Rahman y ella misma estaba muy interesada en las cuestiones de la virtud, la rectitud y la conciencia. Educó a sus hijos siguiendo un método inusual en aquella época: no los forzaba ni los presionaba ni los castiga, lo que en cambio les daba eran grandes dosis de enseñanzas judías y árabes con la leche materna.

Cuando la peste negra se llevó a los padres de Salman, éste sólo tenía quince años y la muerte no le era en absoluto ajena. En su breve vida había enterrado ya a sus cuatro hermanos pequeños. Pero ahora todo había cambiado porque se había quedado completamente solo y abandonado, sin familia ni parientes, sin nadie que pudiera hacerse cargo de él. Se había abierto un abismo a sus pies. Salman aborrecía la muerte. La furia bullía en él porque era impotente contra la muerte. Quería rebelarse y movilizar todas sus fuerzas, pero no tenía más armas que los gritos. Se sentía apático e incapaz. A sus espaldas quedaba la certera muerte, por delante la incierta vida.

Cada vez que pensaba en que toda la gente a la que quería había muerto, rompía a llorar sintiendo una tristeza absoluta, la tristeza de un niño indefenso. Pero después se sobreponía súbitamente, aún ignorante de que aquello era un guiño del destino, un atroz saludo que le advertía que durante los varios siglos que duraría su vida perdería una y otra vez todo lo que amara.

De nuevo habré de servirme del clásico de Philip Khuri Hitti, *History of the Arabs*, para aclarar las fatídicas circunstancias que obligaron a Salman a abandonar Granada. El autor libanés reproduce del siguiente modo la versión que dan los cronistas de la muerte del sultán Yusuf I de Granada, que tuvo lugar apenas unas semanas después del entierro de Moishe y Hasna.



«El sultán fue asesinado en la mezquita mientras estaba absorto en sus plegarias vespertinas. Un hombre corrió hacia el soberano con una daga en la mano y se la clavó en el pecho. El sultán dio un alarido y se derrumbó en el suelo. El grito llamó la atención de los guardias, que lo encontraron bañado en su propia sangre. Aún estaba consciente e intentó decir algo, pero la pérdida de sangre lo había debilitado tanto que no logró emitir un solo sonido. Los guardias se lo llevaron en brazos al ala privada del palacio. El sultán dirigió sus ojos marcados por la muerte hacia sus seres más queridos, que se habían reunido en torno suyo, y les dedicó apenadas miradas de despedida. A continuación se desvaneció. Fue sucedido por su hijo mayor Muhammad V, que tenía dieciséis años».

Según la descripción de Hitti, el sultán Yusuf I había sido bendecido por Alá con inteligencia, visión preclara y buen juicio. Era un hombre espiritual y justo, que gozaba de enorme respeto entre la gente y mantenía buenas relaciones con todos los reyes de la Península Ibérica. El arte y la poesía se valoraban mucho en su corte y tenía fama de proteger el libre pensamiento.

Pero Hitti —curiosamente— no menciona que Yusuf I tenía a Moishe de Espinoza por el mayor de los místicos contemporáneos y que le proporcionó la posibilidad de ejercer de pensador libre, puesto que esperaba que el filósofo judío produjera una obra sobre la comprensión de la naturaleza divina y su orden.

Hitti tampoco escribe sobre todas las cosas extrañas que sucedieron en Granada en los días inmediatamente posteriores a la muerte de Yusuf I.

Mi tío abuelo contaba que, la primera noche, una tormenta arrasó la parte de la Alhambra en la que vivía el nuevo sultán, arrancó los hermosos frutales del jardín y los dejó hechos astillas. El único árbol que se salvó fue un magnífico manzano, bajo el cual solía sentarse el sultán a leer durante las horas más calurosas de la tarde. El viento arrancó el árbol con sus raíces, se lo llevó por encima de los muros del palacio y lo dejó caer en la plaza Mayor de la ciudad. Al amanecer la gente acudió corriendo a la plaza para recoger, y esconder, las manzanas que se habían convertido en oro durante la noche. A la noche siguiente se esfumaron todas las estatuas de la Alhambra, al igual que el tejado de la mezquita. A la tercera noche se oyeron bramidos y lamentos en el palacio del sultán, un aterrador fantasma recorría las estancias. Un consejero del sultán intentó tranquilizar al alterado Muhammad V diciéndole que se trataba de un engaño de los sentidos, pero después descubrió que se habían profanado veintiuna tumbas —exactamente el mismo número que los años que había gobernado Yusuf I— y que estaban vacías.

Muhammad V era un chico mimado e inexperto que tendía más a la maldad que a la suavidad, era impaciente y se enfadaba rápidamente cuando algo lo disgustaba. Según la descripción de mi tío abuelo, sus ojos marrones tenían el color de la desconfianza y la mezquindad. El chico tuvo miedo de que estuvieran ante el fin del mundo.

El astrólogo de la corte Ahmed Husseiní —un hombre que fue adquiriendo una influencia creciente y que siempre había envidiado a Moishe por su cultura y porque disfrutaba del favor del sultán— dijo que, con sus cálculos cabalísticos, el místico judío había invocado al demonio Mesías y que éste había traído consigo el Juicio Final.

—Sólo los ciegos se niegan a ver y los sordos a oír —dijo Husseiní para asustar más al ya aterrado sultán.

Luego, con una voz que apenas podía ocultar que sus ánimos seguían envenenados por el odio y la envidia a pesar de que Moishe descansaba ya en la tumba, añadió que no había muros lo bastante sólidos para que el demonio del judío de Espinoza no pudiera derrumbarlos de un manotazo. Como remedio, el astrólogo de la corte propuso que

llamaran de inmediato a Salman para que entregara todos los escritos de su padre y que a continuación los quemaran. Además, para asegurarse de que el chico no escondía nada, no debían privarse de abrirle las tripas y comprobar que no contenían peligrosas fórmulas mágicas.

## EL ÚLTIMO SUSPIRO DEL INFIEL

El descubrimiento de que no pertenecía a ningún sitio hizo que a Salman le temblaran las manos y las rodillas.

Un capitán y dos soldados de la guardia personal del rey llamaron a la puerta del muchacho y cuando éste abrió, el oficial le explicó en tono autoritario que el infiel Salman de Espinoza tenía dos horas para presentarse en palacio con todas las obras de su padre.

¿Infiel? ¿Qué querría decir con eso? Nadie había llamado nunca infiel a Salman. Para aclarar esta duda el chico acudió al vecino Mordechai, un viejo judío muy serio que había sido amigo de su padre.

El viejo ofreció un té a Salman y sonrió mientras se lo servía. Salman comprendió que el hombre quería comunicarle algo grave.

—¿Has aprendido a leer el Corán? —preguntó Mordechai.

Salman asintió.

—Pero eres judío.

—Lo soy, pero mi madre era musulmana.

El viejo sonrió con pesar y dijo en voz baja:

—Salman, la cuestión es que tú no eres ni judío ni musulmán. Conforme a la ley judía, para ser judío tienes que ser hijo de una judía. ¿Y qué exige el islam de un musulmán? Que tu padre sea musulmán. Pero tú no tienes ni lo uno ni lo otro. Tu madre era musulmana y tu padre judío.

—¿Y entonces qué soy?

—Tú eres la más fina creación del Todopoderoso y el fin de todas las cosas. Eres una persona. Si todos los judíos, musulmanes y cristianos lo fueran, si tuvieran una actitud humana y moral en la vida, no tendríamos que preocuparnos por el día de mañana. Métele esto en la cabeza y sé siempre una persona, con todo lo que eso implica. Ante todo, cólmate de humanidad.

El viejo aconsejó a Salman que volviera a su casa, reuniera los escritos de su padre y se fuera para Córdoba. Allí debía buscar al rabino Jacobo Tibbon y contarle que el nuevo sultán quería destruir las obras de Moisés de Espinoza.

Sudoroso y con el aliento entrecortado, Salman se detuvo a las afueras de la ciudad. Lo único que se había llevado de su casa en su precipitada partida le cabía en una mochila: el *Sefer HaZohar* y otro par de manuscritos, además de una cajita sellada, de talla burda, que había encontrado entre los apuntes de su padre y que había despertado su interés.

Se volvió y se deleitó unos segundos con la imagen de la arrebatadora belleza de la Alhambra, enmarcada por las poderosas montañas de Sierra Nevada. Amaba aquel lugar de la tierra y sentía ya cierta nostalgia, no por la casa en la que había nacido, sino por los lugares donde el príncipe de la paz le había abierto generosamente sus brazos, sobre todo por un acantilado al noroeste del gran bosque, donde había acostumbrado a sentarse para ver el atardecer. Hasta ese momento no fue consciente de lo que estaba perdiendo. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, antes de continuar su larga caminata, suspiró

profundamente y arrojó una última mirada sobre Granada.

## LA DISPUTA RELIGIOSA

A la caída del crepúsculo, Jacobo Tibbon se acercó el candelabro para ver mejor la letra. Salman permanecía callado al otro lado de la mesa mientras el rabino estudiaba el texto. El sabio anciano hojeaba el manuscrito con delicadeza, primero acariciaba las páginas con una mano, luego con la otra y después recorría las letras despacio con el dedo índice derecho. Al final se inclinó hacia delante y besó la obra de Moïshe, el *Sefer Ha-Zohar*.

—Qué curioso —murmuró el rabino entusiasmado—, tu padre, loado sea su recuerdo, responde aquí a varias de las cuestiones a las que le he estado dando vueltas en los últimos años. Lo que ha escrito es nada menos que una obra maestra. Sacaré mucho partido a lo que pone aquí cuando la semana que viene participe en una disputa en la plaza Mayor, aunque no sería muy inteligente por mi parte ganar ese duelo verbal. El verdugo cristiano está deseando encontrar una excusa para arrojarse sobre nosotros, saquear nuestros hogares y matarnos.

Salman no entendió nada y pidió una explicación. El rabino le contó que la Iglesia católica había organizado, en varios lugares y bajo coacción, disputas teológicas que con frecuencia acababan siendo representaciones rayanas en la farsa. El objetivo de estos enfrentamientos verbales era demostrar la inferioridad de la religión judía. En general, la Iglesia estaba representada por judíos conversos que esperaban obtener ciertas ventajas derrotando a los rabinos. A pesar de que éstos, en virtud de la mayor profundidad de sus conocimientos y su superior arte argumentativo, podían despachar sin demasiados esfuerzos las afirmaciones no confirmadas de sus oponentes, al final no les quedaba más remedio que reconocer su derrota porque se arriesgaban a sufrir represalias inmediatas. En Toledo, donde el resultado de una de estas disputas no había sido el esperado, los hombres de la Iglesia habían torturado a los sabios judíos, obligándolos a distanciarse del judaísmo y a ridiculizar la fe judía. Abusos parecidos se habían cometido también en otros lugares, según le explicó el rabino al muchacho.

Salman no era capaz de entender por qué la Iglesia católica actuaba así.

Tibbon dijo que la Iglesia estaba ávida de poder y quería dirigir la vida en la Península Ibérica, incluso en los ámbitos no religiosos. Con frecuencia esto chocaba con los intereses de los gobernantes mundanos y, dado que varios de los reyes cristianos tenían consejeros judíos, la ira de los curas se dirigía contra esos influyentes hombres. La Iglesia quería que, al igual que se había hecho antes con los moros, ahora se segregara y expulsara a los judíos que no se dejaran convertir. Por presión de la Iglesia, se fueron introduciendo una serie de prescripciones antijudías en toda España.

Aquella mañana inusualmente calurosa, las gentes de Córdoba acudieron en masa a la plaza de los Reyes para presenciar la primera disputa religiosa entre judíos y cristianos. La plaza se llenó de frailes, monjas, campesinos, artesanos, viejos, mujeres, niños, ladrones, prostitutas, cojos y deformes, y además se presentó algún que otro judío. Una palpitante muchedumbre siguió el debate como hechizada.

Sobre una tribuna montada precipitadamente, se encontraban el anciano gobernador Hidalgo del Solís, el representante del Santo Oficio —Miguel Cruz de Medina, canónigo de la catedral de Córdoba y moderador de este debate teológico—, algunos altos señores del

consejo rector, un par de curas expertos, un notario, un asesor y dos abades pertenecientes a la orden cisterciense de Sevilla y Carmona, que habían sido invitados ex profeso. En los balcones que daban a la plaza, se habían instalado los notables de la ciudad junto con sus familias. En las manos sostenían coloridas jarras de cerámica con agua fría que consumían a pequeños sorbos.

Las campanas marcaron el inicio de la disputa. Cruz de Medina se levantó, separó los brazos y dio comienzo a su sermón, que fue muy largo y aburrido. Al acabar, pidió a los participantes que se acercaran a la tribuna, prestaran el juramento habitual y prometieran participar esforzadamente en el debate. Jacobo Tibbon asintió sin decir nada, mientras que su oponente respondió en voz alta: «Amén».

El contrincante del rabino era un cristiano nuevo, un judío converso llamado Gaspar Santa María que afirmaba ser uno de los pocos iniciados en el secreto de por qué los judíos se aferraban a su vieja confesión. El hombre había prometido solemnemente al Papa convertir al menos a diez mil de sus antiguos correligionarios a la doctrina recta, demostrándoles que el mundo cristiano estaba repleto de milagros y que su Elohim, en cambio, al que los obcecados denominaban el Único, era un viejo malvado, tiránico y vengativo.

Sólo tuvieron que intercambiar unas palabras introductorias para que le quedara claro a todo el mundo que Santa María no estaba a la altura de su oponente, ni en conocimientos ni en elocuencia. El rabino lo superaba en todo lo esencial y, en cada réplica, demostraba su enorme inteligencia y sabiduría.

Cuando Santa María, presionado y cada vez más inseguro, perdió el hilo del razonamiento y empezó a tartamudear, el rabino explicó que, en su opinión, este tipo de conversaciones eran especialmente fructíferas porque constituían ejercicios intelectuales naturales en los que siempre aprendía algo nuevo, al mismo tiempo que veía agudizada su capacidad de pensamiento, puesto que la lucha entre diferentes posiciones lo obligaba a elevarse hasta alturas anteriormente desconocidas para él. Por eso era importante responder a las opiniones de los demás y acogerlas con los brazos abiertos en vez de rechazarlas con las uñas afiladas.

Santa María se sintió tocado y respondió que los judíos no eran tan perspicaces como el rabino se empeñaba en defender, que en realidad eran personas ladinas y taimadas, y que esto se debía a que nacían con la bilis negra, extremo que podía demostrar con pruebas bien fundamentadas. Con ello cosechó un abrumador aplauso y despertó el júbilo de la muchedumbre.

El rabino no rehuyó contestar. Alabó a su oponente por su franqueza y su valor, sobre todo por el hecho de no embozar sus sentimientos. A continuación matizó que no había afirmación que lo escandalizara ni opinión que le doliera, y que no había para él pensamiento tan descabellado ni estúpido como para que no quisiera escucharlo, siempre que la verdad fuera un presupuesto común de ambas partes de una discusión.

Unas pocas personas aplaudieron, entre ellas Salman.

Santa María pasó al ataque y dijo que todos los judíos eran malvados y que cargaban con una culpa colectiva por la crucifixión de Jesús, puesto que el sanedrín (el consejo supremo judío en tiempos de los romanos) había procesado y condenado a muerte al hijo de Dios, y que por eso —y aquí su voz subió casi a falsete— acabarían todos irremediabilmente en el infierno eterno, donde su cuerpo sería asado a fuego lento, como el cordero en el espetón.

El rabino objetó que él honraba la verdad y le daba la bienvenida, procediera de

donde procediera, que capitulaba alegremente ante ella y deponía las armas cuando la veía aproximarse. Pero, añadió tras una breve pausa, aquella era una verdad incapaz de soportar un examen imparcial. En primer lugar, el pueblo judío no tenía la culpa de la muerte de Jesús, la culpa era sólo de un pequeño grupo de la élite religiosa y política. Sólo el diez por ciento de la población judía vivía en el país de Israel en tiempos de Jesús, y no entendía que nadie pudiera pedirles cuentas a los judíos de otros países, y a sus descendientes varios siglos después, por la decisión del sanedrín. En todas las épocas había habido juicios discutibles y errores judiciales, subrayó el rabino, pero en la tierra no quedaría mucha gente si se hiciera responsable a un pueblo entero de cada sentencia vergonzosa que se hubiera dictado a lo largo de su historia y se persiguiera y asesinara a las personas a causa de los errores judiciales, como habían hecho los cristianos con los judíos.

A continuación el rabino señaló que él, a diferencia de su oponente, carecía de experiencia en lo que respecta al infierno y que no podía estar seguro de su existencia. Lo que sí sabía era que los curas habían esbozado de un modo tan convincente y con tal ardor la imagen de aquel lugar oscuro y tenebroso, que aunque al principio a la gente le parecía ridícula, ya había muchos que habían empezado a creer en ella.

—Cuando una mentira se repite el suficiente número de veces, la gente la acepta como una verdad, porque las personas necesitan una creencia —sostuvo el rabino. A continuación hizo una breve pausa antes de continuar—: Desde la época de Jesús hasta nuestros días, el mundo ha estado lleno de violencia, saqueos y mentiras, y los cristianos han causado mayores baños de sangre que otros pueblos. Tampoco se puede decir que su moral haya sido una luz que iluminara a los demás pueblos. Así que cuando mi honorable oponente amenaza a los judíos con el infierno eterno, debe de hablar de un lugar habitado principalmente por cristianos.

Se hizo un silencio absoluto en la plaza, como si las palabras de Tibbon hubieran caído en un mundo sin sonidos. El sudor corría por la frente de Santa María y se tiraba nerviosamente de las barbas, estaba conmocionado por la convincente argumentación del rabino. Cuanto más duraba el embarazoso silencio, tantas más caras se retorcían entre la muchedumbre. El descontento fue en aumento sin palabras y estaba a punto de explotar con violenta furia cuando Cruz de Medina se levantó en la tribuna y empezó a aplaudir para captar la atención del público. Había entendido de inmediato que el representante de la Iglesia no iba a ser capaz de defenderse. Para evitar una desagradable derrota, interrumpió la disputa recordando que el sol se encontraba ya en el cenit y el calor era insostenible. Alzó las manos hacia el cielo e instó a todos a participar en una plegaria colectiva. Con los ojos cerrados y la cabeza levemente inclinada hacia a un lado, dio la impresión de escuchar una lejana voz.

La discusión teológica se retomaría tres días más tarde.

## **EL CRIMEN DE CÓRDOBA**

Por primera vez en su vida Salman vio de cerca caras hostiles y percibió en el aire un atemorizador odio dirigido hacia él. Sintió miedo de la gente que lo rodeaba y quiso huir de la plaza, pero se lo impidió un tipo grande y moreno, vestido con harapos sucios y pestilentes, que se interpuso en su camino. Todo en aquel hombre era grande: la cabeza, los hombros, los brazos, las manos, los pies... Al lado de aquel desaliñado gigante, Salman tenía un aspecto lastimoso e insignificante. El hombre lo agarró, lo levantó en el aire y, con

voz gélida, le susurró al oído:

—Esta noche te voy a matar.

Por la tarde los amigos de Tibbon se reunieron en su casa. El rabino leyó una plegaria de agradecimiento y se inclinó ante el Todopoderoso que le había conferido fuerza para llevar a cabo la primera parte de la disputa teológica sin caer en la soberbia ni la vanidad. Después rogó al Creador del mundo y la estirpe humana que no permitiera que los días de los judíos de Córdoba se transformaran en noches inciertas. Siguió una animada discusión sobre las posibles consecuencias de la innegable victoria del rabino.

Los amigos reunidos en la habitación estaban de acuerdo en que existía cierto riesgo —algunos pensaban incluso que era inminente— de que las muchedumbres enardecidas atacaran a los judíos al abrigo de la noche. Aconsejaron a Tibbon que se atrincherara en su casa.

Pero el rabino se negó a escuchar este consejo. En su opinión, el sensato tenía la obligación de contener las proyecciones de la imaginación y el miedo, y afirmó que ningún peligro imaginario le robaría el sueño.

Sin embargo, pidió a uno de sus amigos, el platero Luis Abudalfía, que acogiera en su casa a Salman durante los días siguientes, puesto que no podía garantizar al chico una dieta que satisficiera las necesidades de un joven.

Tan pronto como la oscuridad se extendió por la judería, una docena de hombres enmascarados y armados con palos, picos y palas, empezaron a atacar a los judíos en los callejones. Todo el que se cruzó en su camino, hombres y mujeres inocentes, fue salvajemente agredido.

Quien dirigía a las hordas en secreto era el padre Dominic Martínez, un cura católico de Madrid que, tras pasar muchos años en un monasterio, no sólo había adquirido sólidos conocimientos sobre la doctrina católica, sino que además había desarrollado un absurdo odio hacia los judíos y demás infieles que no supieran recitar el padrenuestro, el avemaría y el testimonio de fe. Una noche, la madre de Jesús había respondido a sus intensos rezos y se le había aparecido en su estrecha celda del monasterio rodeada de un gran resplandor. María le había dicho que el demonio, para poder extender mejor su maligno evangelio, había adoptado la figura de los sabios judíos y le había recordado que el tormento eterno esperaba a aquel que no luchara contra el mal. Había instado a Martínez a salir al mundo para predicar contra los judíos porque el Juicio Final era inminente, y le había prometido no fallarle nunca si se mantenía puro de corazón. Por eso Martínez, cada noche, se fustigaba o le pedía a algún otro cura que le arreara con una cuerda.

En el transcurso de la tarde, Martínez había reunido en su iglesia a un grupo de devotos cristianos que a la vez eran despiadados camorristas. Inició su sermón citando las Sagradas Escrituras para demostrar que el Mesías ya había venido una vez y que volvería el Día del Juicio. Con palabras concienzudamente escogidas agitó a los presentes contra Jacobo Tibbon, que según el padre había profanado a Jesucristo y la doctrina verdadera durante la disputa de la mañana, porque estaba atrapado en las enormes redes de las mentiras judías. Concluyó su violenta arenga contra el rabino diciendo que era impensable que los cristianos de bien aceptaran algo así con los brazos cruzados y exigió que se diera una lección a los judíos. A cambio podrían quedarse las enormes riquezas que escondía el rabino en su sótano.

La agitada muchedumbre corrió hacia la casa de Tibbon. El rabino, un hombre mayor de casi setenta años, abrió la puerta, miró a los hombres con una encantadora sonrisa, los saludó alegremente y los invitó a entrar en la casa para realizar un inspirador

intercambio de opiniones religiosas. Por un instante los enmascarados se quedaron petrificados, pero enseguida la brutal realidad dio un paso hacia delante envuelta en la sucia capa de Tomás Huerta, un tipo de corte burdo. Huerta era un borracho irredimible que prácticamente todas las semanas se metía en sangrientas peleas y apaleaba a todo el que se cruzara en su camino, pero que en cuanto volvía a estar sobrio corría a confesarse con el padre Martínez. Huerta gritó que el judío tenía un baúl repleto de monedas de oro que bastarían para cubrir el suelo y las paredes de los dormitorios de todos ellos. Tras aquella señal de ataque, la casa se llenó de hombres enmascarados que, para su gran decepción, sólo encontraron bienes sin valor y pilas de escritos religiosos hebraicos. El viejo yacía sin vida en el suelo. Había recibido un par de martillazos en la cabeza. De este modo Tibbon se ahorró ver cómo aquellos hombres lo arrasaban todo, destruían sus textos sagrados y regaban cada estancia con su orina.

Para limpiar Córdoba de los malos espíritus que, según el padre Martínez, eran los acompañantes perpetuos del rabino, al final prendieron fuego a la humilde casa.

## **EL SECRETO DE LA CAJA**

Aunque había pasado casi medio año desde el suceso, a Salman se le hizo un nudo en la garganta cuando —después de caminar tres semanas por angostos senderos, bajo el sol y el viento, el frío y la lluvia— cruzó el umbral de la casa de Gabriel Abudalfia en Sevilla y le habló de la muerte del rabino. El comerciante siguió con hondo interés la explicación de Salman y quiso saberlo todo sobre la muerte de sus padres, sobre el nuevo sultán de Granada, sobre la disputa religiosa, sobre los crímenes cometidos por los cristianos en Córdoba y sobre cómo su cuñada Henriette había sucumbido en la lucha contra un tifus epidémico, dejando a su marido Luis Abudalfia solo con cinco hijos, que era la razón por la cual habían mandado a Salman a Sevilla. Cuando el muchacho terminó su relato, rompió a llorar. Gabriel Abudalfia le dio unas palmaditas de consuelo en el hombro y le dijo que podía quedarse en su casa todo el tiempo que quisiera.

El contenido de la pequeña caja —que Salman había encontrado escondida entre los escritos de su padre y que se había llevado a toda prisa del hogar de su infancia cuando huyó de Granada— lo asombró cuando la abrió un año más tarde. Él había esperado encontrar obras de su padre no aptas para los ojos de cualquiera, pero en su lugar descubrió un texto incomprensible y una dilucidación de la historia de la familia de Espinoza. La letra reveló de inmediato que ninguno de los documentos estaba escrito por su padre.

La historia de la estirpe familiar había sido redactada por un hombre del que Salman nunca había oído hablar, pero que evidentemente era de su misma sangre: el médico real Israel de Espinoza. El médico había redactado aquellos papeles en Lisboa, en el mes de nisán del año 5062, según el calendario judío, es decir, en mayo de 1302.

El texto no seguía un orden cronológico. Salman tuvo la impresión de que Israel debía de haber escrito aquello muy precipitadamente, sin tiempo de redactar el texto, porque toda la historia de la familia daba la impresión de haber tenido lugar al mismo tiempo, en un solo instante. Era un verdadero galimatías, una especie de esbozo repleto de nombres, anécdotas paralelas y a veces inconclusas, repentinas ocurrencias y comentarios aparentemente irrelevantes. Pero Salman no se dejó amedrentar y lo leyó todo con fascinación, sin saltarse una palabra.

Avanzaba animosamente impulsado por el deseo de saber más sobre sus propios

orígenes. Cuando comprendió que en realidad pertenecía a una familia con una misión de la mayor importancia, se sintió orgulloso y su soledad dejó de pesarle. Su vida adquirió de pronto un sentido y decidió encontrar su propio papel y tarea en aquella cadena familiar. Entendió que tenía que averiguar lo que implicaba la profecía de Moisés y descifrar a toda costa aquel incomprensible documento.

Durante las largas noches de aquel invierno, mientras los fríos vientos ululaban alrededor de la casa del comerciante Abudalfia, Salman intentó, a la trémula luz de una vela, sonsacar su secreto al documento codificado, sin prestar atención al mundo que lo rodeaba. Cada noche penetraba más profundamente en el texto, pero por mucho que ahondara no era capaz de descifrarlo. Pasaban los meses y no obtenía resultados. Sin embargo, el muchacho se negaba a darse por vencido, tenía una voluntad inquebrantable. Nada era más importante para él que encontrar lo que buscaba. Tenía la convicción de que su futuro entero dependía de que descifrara el texto.

Por fin, una noche de primavera, cuando la suerte, el destino y el tiempo formaron la constelación adecuada, el punto de intersección de estas fuerzas atravesó el ya amarillento documento y el texto reveló a Salman su oscuro secreto. Con el corazón en un puño leyó la receta del elixir de la inmortalidad, la ancestral advertencia de que nunca debía consumirse ni una sola gota del brebaje y la orden de que el secreto sólo se desvelara al mayor de los hijos varones.

## **EL ENEMIGO JURADO DE LA MUERTE**

Salman aborrecía la muerte. Se veía a sí mismo como su enemigo jurado. La muerte le había arrebatado a todos sus seres queridos: a cuatro hermanos, a su padre, a su madre y al rabino Tibbon.

¿Por qué era tan atroz la muerte? ¿Qué quería decirle? Le asombraba su incomprensibilidad y al mismo tiempo era perfectamente consciente de que la muerte era lo único seguro en la vida. Todo lo que nacía, había de morir algún día, aunque nadie supiera ni cómo ni cuándo.

Pero ahora que tenía a su alcance el elixir de la inmortalidad, que garantizaba la eternidad, Salman se vio arrastrado por la necesidad de desafiar a la muerte y vencer sobre ella.

Cultivar la hierba Raimundo era bastante más complicado de lo que Salman había esperado. Se le fueron secando una planta tras otra, aunque tenía la sospecha de que se debía al calor del verano. Con el fresco aire del otoño, Raimundo por fin empezó a brotar. Le llevó otros tres meses preparar el elixir.

La pócima tenía mal sabor, pero Salman estaba firmemente decidido a superar la muerte y se tragó rápidamente las siete gotas. Después tuvo la sensación de que se ahogaba.

Se despertó en medio de la noche con fiebre alta y fuertes dolores. Tenía la cara de color azul oscuro y sudaba sangre por la frente. Sus quejidos despertaron a toda la casa. Entonces mandaron llamar a un médico, que palpó a Salman por todo el cuerpo. El médico se rascó la cabeza y obligó al joven a levantarse y a realizar una serie de extraños movimientos. Después el médico le hizo cosquillas en los pies y en las axilas y, con una apesadumbrada sonrisa, dio su diagnóstico. Pensaba que Salman estaba físicamente sano, aunque quizá un poco débil, pero que tenía una enfermedad del alma causada por el hecho de haber vivido algo muy duro y doloroso que después había escondido en su corazón. Por



eso el cuerpo se le había llenado de la flema de la amargura, que le causaba fiebre y temblores en la musculatura. El sangrado de la frente no sabía el médico exactamente a qué podía deberse, aunque sospechaba que se trataba de un inusual proceso de depuración interna, no muy distinto del que se produce con regularidad en las mujeres. Recomendó a Salman que comiera tres dientes de ajo al día para bajar la fiebre y que evitara la comida sólida durante tres días.

A la mañana siguiente, Salman ya no tenía fiebre y estaba fresco como una rosa.

## **MUCHOS AÑOS DE FELICIDAD**

Tres años más tarde, Salman se casó con Ester, la hija menor de Gabriel Abudalfia. No se trataba de amor, fue un matrimonio pactado. Las hermanas de Ester ya estaban casadas y habían fundado sus propias familias, y la chica soñaba con ponerse un vestido de novia y ser feliz, así que una mañana pidió a su padre que lo arreglara. Esa misma tarde Abudalfia le dijo a Salman que iba siendo hora de casarse y le insinuó que quizá no hubiera nada más adecuado que desposar a una chica a la que veía prácticamente todos los días desde hacía años, cosa que al fin y al cabo reforzaba la unión y la amistad. Al mismo tiempo señaló que Salman no le debía nada ni debía sentir que le correspondía estar agradecido porque le hubieran permitido vivir con la familia. Al final dijo que si decidía convertirse en su yerno, a cambio le haría socio de su floreciente compañía comercial.

La boda fue la mayor celebración que se había visto en la judería en años. Si la novia no hubiera sufrido un trágico accidente durante la comida, todo el mundo habría guardado buenos recuerdos de aquella fiesta.

Pero cuando Ester se inclinó hacia delante para hablar con un invitado al otro lado de la mesa, una llama prendió su cabello recogido y la transformó en una antorcha. Al principio muchos creyeron que se trataba de una broma, planeada de antemano y concienzudamente ensayada, y se oyeron alegres risas alrededor de la mesa. Pero los desgarradores gritos de la novia dieron enseguida a entender la seriedad del asunto. Les llevó varios minutos extinguir el fuego y Ester sufrió graves quemaduras en la cara. La noche de bodas no fue exactamente como Salman se la había imaginado y tuvo que esperar más de medio año para que Ester acudiera a él y pudieran unirse como hombre y mujer en el acto sexual.

La pareja tuvo cinco hijos, dos niños y tres niñas. Salman trabajaba con su suegro y realizaba muchos viajes. El ajetreo cotidiano rara vez le dejaba ocasión para pensar en otras cosas y casi se olvidó de la receta secreta y de la cajita.

Lo único que a veces le hacía pensar en el elixir de la inmortalidad era el hecho de que no sentía ningún dolor físico ni mostraba el menor indicio del proceso al que el envejecimiento somete a las personas. En Ester, el tiempo mostraba claramente su capacidad de transformar una cara por medio de surcos cada vez más profundos, pero Salman conservaba el mismo aspecto que tenía cuando le juró fidelidad eterna bajo el baldaquín nupcial.

## **DOS CRISTIANOS**

En el año 1391, el Pesaj coincidió con la Semana Santa. La tradicional noche del Seder —en recuerdo de la huida de la esclavitud en Egipto— se celebró el día del Viernes

Santo cristiano. En una parte de Sevilla la gente se reunió para celebrar la Pascua con velas encendidas, mesas puestas, exquisitos platos y hermosas copas llenas de vino. En la otra parte reinaba el silencio, la gente se entregaba al rezo y la reflexión, y sufría con Cristo en la cruz.

Al abrigo de la noche, un noble —en las fuentes históricas conocido como Diego de López Alba y descrito como un putero irredimible— se adentró en la judería para dar rienda suelta a sus deseos sensuales puesto que aquella noche no había encontrado a ninguna mujer que vendiera su amor en la parte cristiana de la ciudad.

El hecho de que acudiera a la judería se debía también a que tres días antes, delante de la torre de la Giralda de la catedral de Santa María, había visto a una judía de anchas caderas, pecho voluptuoso y cara de ángel, con el pelo suelto y los ojos del color de las castañas maduras. Cuando se cruzaron, la hermosa mujer lo había mirado durante un instante y él lo había interpretado como una clara invitación. Hechizado por el cuerpo de la mujer, la siguió a un par de metros de distancia con la esperanza de que ésta le mostrara el camino hacia el lugar donde llevaba su negocio. La judía avanzó por una estrecha calle que giró en semicírculo hacia la judería, se amplió al llegar a un par de casas con rejas en las ventanas y desembocó en una plaza con puestos, tiendas y talleres. Aquello estaba lleno de mujeres con pañuelos negros que hacían sus compras y regateaban en los puestos por las naranjas, las uvas, los melones, los dátiles, las aceitunas y las judías. López Alba tuvo miedo de perder a la bella entre la multitud, pero de pronto la mujer abandonó la plaza, giró por la calle Moisés y se metió en una casa con una fachada de piedra que indicaba riqueza. Al intentar entrar, el cristiano se encontró la puerta cerrada.

El viernes por la noche, el noble regresó a la calle Moisés enfermo de amor. Rodeó la casa de puntillas y miró a hurtadillas por las ventanas para ver a la bella que tanto deseaba tener entre sus brazos. La vio con el pelo recogido en un firme moño y vestida de fiesta. Estaba sentada ante una mesa puesta, rodeada de algunas personas mayores, un hombre ligeramente jorobado y cuatro niños de distintas edades. Era obvio que se trataba de su familia. Comían pan ácimo, bebían vino tinto y cantaban con gesto alegre. López Alba comprendió de inmediato que sólo podría satisfacer su deseo por aquella mujer con la vista y la fantasía, y que nunca podría agarrarle las nalgas mientras la penetraba, como se había imaginado. Se sintió defraudado y la furia prendió en él. Casi sintió ganas de irrumpir en la casa y arrojarse sobre la mujer. ¿Qué tipo de ramera judía es ésta, se preguntó, que por el día se pasea sin pudor por las calles, como una puta fogosa, tentando a los cristianos con su voluptuoso pecho y enorme trasero, y por la noche se envuelve en ropa oscura de la cabeza a los pies y se las da en su casa de virgen virtuosa y cariñosa madre judía, para después retozar animadamente en la cama hasta el amanecer con el tullido de su marido? El apasionado noble tiró una piedra por la ventana, bramó unas desagradables palabras y se alejó apresuradamente.

Luego fue a buscar a unos amigos que pasaban la noche jugando a las cartas y les contó que esa tarde, cuando se dirigía a la catedral para escuchar la misa, iba tan absorto en profundas reflexiones religiosas que se había perdido y había acabado en la judería. Allí había visto con sus propios ojos a los judíos profanar el sacramento de la Santa Madre Iglesia, matar a un inocente niño cristiano y beberse su sangre, cantar canciones en alabanza a Satán, reírse de los padecimientos de Cristo y meterse crucifijos por el trasero a modo de burla.

Uno de los jugadores de cartas, el cura Alonso Adejo, estampó el puño contra la mesa y bramó:

—Basta ya de la desvergüenza de los judíos. ¿Cómo pueden burlarse de la fe cristiana en estos días en que nuestros pensamientos están con Cristo en la cruz? No podemos quedarnos de brazos cruzados y tolerar esto. Hay que hacer algo.

Alonso Adejo estaba considerado uno de los hombres más desaprensivos de la Iglesia de Sevilla y corrían incontables rumores sobre él. Se decía que en su juventud había abusado de varias adolescentes de familias cristianas respetadas que habían acudido a él para recibir orientación espiritual. Sin embargo, ninguna se había atrevido a quejarse, de hecho sus padres se habían afanado en acallar el asunto por miedo a no poder casarlas si se llegaba a saber que habían perdido la virtud.

Decían los chismosos que quien finalmente había puesto freno a los abusos de Adejo había sido una prostituta entrada en carnes de origen judío. El cura le había prometido pagarle en monedas de plata si lo acompañaba a la iglesia. Una vez dentro, el hombre se puso violento y la arrastró hasta el coro. Allí le desgarró la blusa, le apretó salvajemente los pechos desnudos y la forzó a arrodillarse. A continuación introdujo su miembro erecto en la boca de la mujer y le exigió que lo chupara. Cuando ella se puso manos a la obra, él sacó un látigo de cuero y empezó a fustigarle la espalda. La mujer gritó de dolor e intentó incorporarse, pero él ignoró sus protestas. Con una mano la presionaba hacia abajo y con la otra siguió fustigándola con el látigo. Ella se puso furiosa, hincó los dientes con todas sus fuerzas en el glande y, de un bocado, se lo arrancó. El cura chilló como un cerdo degollado y le soltó el hombro, con lo que ella pudo levantarse. La mujer escupió el sanguinolento pedazo de carne, le dijo que podía quedarse sus monedas de plata porque aquella eyaculación corría de su cuenta y salió corriendo. El aterrado cura cayó desmayado al suelo. Los tres monaguillos que lo encontraron y lo salvaron de morir desangrado no debían de ser especialmente discretos, porque al poco se contaba en todas las casas de Sevilla que una prostituta judía, gorda y de dientes afilados, había cerrado el grifo de semen de Alonso Adejo y había transformado aquella pasión, que ninguna joven cristiana había podido aplacar, en impotencia y amarga nostalgia.

Pero la anónima prostituta también había sembrado el odio y la hostilidad en el corazón del cura y a partir de entonces, éste consideró que era su misión exterminar a todos aquellos que no creyeran en la doctrina cristiana ni bautizaran a sus hijos.

## **EL PRIMERO DE LOS POGROMOS**

El rey y el arzobispo de Sevilla eran conocidos por su simpatía hacia los judíos. Cuando se enteraron de que Adejo había generado un ambiente fuertemente antijudío con sus sermones, actuaron rápidamente. Mientras el cura condenaba a los judíos en su iglesia, el arzobispo subrayó en su sermón en la catedral que la cristiana era una religión que valoraba mucho la misericordia y el amor al prójimo y que por eso todos los cristianos tenían la obligación de mostrar tolerancia hacia los judíos. Por su parte, el rey desplegó una guardia de seguridad alrededor de la judería tan pronto como oyó que Adejo había reunido una horda de voluntarios, un ejército aterrador y descontrolado que planeaba atacar a los judíos.

Pero no sirvió de mucho. El odio de Adejo tuvo más eco entre la gente que el mensaje del Evangelio, y las lanzas y espadas de la guardia no lograron defender a las gentes de la judería.

Salman tenía dificultades para conciliar el sueño. Así habían sido todas las noches

de su vida: se las pasaba en vela, con miedo a perderse en una oscuridad lejana, en una noche eterna. Respiraba delicadamente, se mantenía inmóvil y escuchaba con desconfianza los ruidos de la calle en la profunda oscuridad. Esa noche tuvo de pronto la sensación de escuchar el rítmico ruido de unas tropas marchando. Al cabo de un rato volvió a oír lo mismo y pudo distinguir las palabras «fuego» y «sangre». Se acercó a la ventana y descubrió en la calle unas figuras vestidas de negro. En sus manos relumbraban las hojas de las espadas, los sables, los punzones y los cuchillos de doble filo. Chillaron: «¡Con fuego y sangre acabaremos con los judíos!». El estrépito de la calle, las aterradoras palabras y su agorero eco, causaron una profunda impresión en Salman. No era la primera vez que veía una muchedumbre enardecida por gritos de guerra que atacaba en la oscuridad. De pronto recordó aquella noche en Córdoba cuando unos hombres enmascarados agredieron al viejo Jacobo Tibbon y prendieron fuego a su casa. Salman tenía en aquel momento quince años y había sido testigo de lo sucedido desde la casa del vecino, Luis Abudalfia, donde se había escondido. El hecho de no haber podido salvar al rabino de las llamas lo había atormentado desde entonces.

Salman entendió instintivamente lo que estaba a punto de suceder. Se sintió indefenso y tuvo una nítida visión de las oscuras figuras que querían agarrarlo, derribarlo, escupir sobre él y patearlo, pegarlo y pisotearlo, arrancarle la ropa y prender fuego a su cuerpo ya medio machacado.

Se apresuró a despertar a Ester, que respiraba pesadamente a su lado, y en ese mismo instante oyó que aporreaban la puerta.

Lo que ocurrió esa noche en Sevilla fue tan espantoso, sangriento y aterrador que no pude seguir escuchando el relato de mi tío abuelo. Su voz sonaba apesadumbrada y lúgubre. Era fácil darse cuenta de lo que le costaba reproducir todos aquellos siniestros detalles. Lo que oí me llenó de disgusto y tuve la sensación de hundirme lentamente en un abismo y de oír los lamentos de los hombres, los gritos de las mujeres y los chillidos de los niños. Me sentí mal y tuve que taparme los oídos con las manos. Empecé a llorar y a temblar. Mi tío abuelo me miró sorprendido y desconcertado. No tenía claro si seguir con la descripción del primer pogromo de los judíos en España, un baño de sangre seguido por muchos otros a lo largo del siglo posterior. Mi tío abuelo decidió poner punto y final y nunca volvió a hablar de este episodio de la historia familiar.

Por eso no sé exactamente lo que les pasó a Salman y sus seres queridos la noche del 6 de junio de 1391, cuando los autoproclamados vigilantes de la recta doctrina apalearon hasta la muerte a los hombres, degollaron a las mujeres y los niños y saquearon y prendieron fuego a las casas. Dejaron tras de sí cuatro mil muertos inocentes.

Lo que sí sé es que, al día siguiente, Salman y Ester encontraron a sus hijas y a sus familias entre las ruinas del barrio quemado. Los cadáveres estaban fuertemente mutilados y carbonizados. Salman no pudo contener las lágrimas. Ester no chilló ni lloró. Se mantuvo erguida, con la espalda recta y conmocionada por el dolor. Contempló durante largo rato los cadáveres de sus hijas y de sus nietos, pero al final la pena destruyó su voluntad de vivir y cayó muerta al suelo.

## **EL VAGABUNDO INMORTAL**

De nuevo la muerte había arrebatado a Salman a sus seres más queridos: su esposa, sus hijas, cinco de sus nietos, dos yernos y amigos y vecinos.

Una vez más había visto de cerca la supremacía de la muerte. ¿Qué era lo que ésta quería decirle?

Salman escuchó a la muerte. La escuchó largo rato y comprendió que había traspasado sus límites terrenales y mortales y que ahora penetraba en lo inefable. Lo que viviría a partir de entonces sería un raro instante de la gracia, el más inusual momento de la libertad perfecta, un estado desconocido para la mayoría, perseguido por muchos y no alcanzado por nadie. Él era el único al que se le había concedido vivir un momento como aquél: había visto a la muerte como figura visible y distinguido su rostro, y con ello quedaba protegido contra su abrazo.

Salman contempló su propio cuerpo. Pasaba de los sesenta, pero tenía la cara de un joven y sólo la costumbre había impedido que él y su entorno se dieran cuenta. Aún más extraño era que su cuerpo no mostraba ninguna huella de haber sido golpeado, pateado, acuchillado y quemado. No presentaba un solo arañazo ni moratón, ni la menor huella que diera fe de la terrible brutalidad ejercida por los verdugos aquella espantosa noche. Recordaba que un hombre de poca estatura le había partido las piernas a martillazos sin lograr arrancarle un solo lamento. Era evidente que podía soportar cualquier tormento físico porque disponía de una libertad casi divina.

Seguía siendo, más que nunca, el que siempre había sido: un hombre que se nutría de los animales y los frutos de la tierra, y le devolvía a ésta los restos del alimento. Un hombre familiarizado con la tristeza porque durante mucho tiempo había carecido de la cálida proximidad del amor. Pero tampoco podía negar que lo experimentaba todo de un modo divino. Se sentía eterno y seguro de sí mismo, tan seguro como le permitía su naturaleza. Formaba una unidad con Dios, simple y llanamente porque la inmortalidad era su destino. Al mismo tiempo sabía que habría de cargar en soledad con esta verdad, porque nunca podría contarle a nadie que había encontrado la medicina infalible contra todas las enfermedades, el remedio que proporcionaba la vida eterna.

Durante más de un siglo, Salman se dedicó a recorrer el país de cabo a rabo, desde Andalucía, al sur, hasta los Pirineos, al norte. Visitaba ciudades y pueblos, y en todas partes encontraba la misma terrible pestilencia. El insoportable hedor no se debía a que la gente vaciara sus orinales nocturnos en las calles haciendo que las ciudades olieran a toda la suciedad que corría por las alcantarillas. El hedor que lo acompañaba en su viaje se debía a que algo estaba podrido en España.

## **SEIS HERMANOS**

Mi tío abuelo no solía hablarnos a Sasha y a mí de su propia vida. Cuando le preguntábamos por sus orígenes, se mostraba siempre reservado y enseguida cambiaba de tema. Pero una vez mencionó, como de pasada, que había vivido en Viena en los años treinta y que había estado trabajando en un tratado sobre la situación de los judíos en la España del siglo XV. Ya no recuerdo cómo llegamos a ese tema, pero Fernando nos hizo un resumen de sus investigaciones. Nosotros siempre escuchábamos sus historias con admiración y a mí solían embrujarme por completo, pero en esta ocasión no pasó lo mismo, por eso lo recuerdo tan bien.

Mi tío abuelo nos contó que al igual que Hitler, que soñaba con una Alemania en la que hubiera pureza racial, los hombres de la Inquisición española estaban obsesionados con la «limpieza de la sangre». Todo el mundo era sospechoso de tener sangre impura y se

exigía a la gente que demostrara que no corría «mala sangre» por sus venas. Los despachos de la Inquisición estaban abarrotados de pilas de información sobre la gente a la que controlaban, ponían a prueba y segregaban del resto de la población. Según nos explicó mi tío abuelo, esta caza del hombre era una auténtica locura, puesto que los españoles eran una mezcla de vascos, celtas, íberos, fenicios, visigodos, vándalos, árabes y judíos. En aquel país no había nadie de pura raza.

Fernando subrayó que los más expuestos eran los judíos. Con la esperanza de evitar la brutalidad de la Inquisición, algunos judíos empezaron a colaborar con sus perseguidores. Mi tío abuelo los denominaba «colaboradores» y decía que las delaciones destrozaban a las familias. Además había muchos que se convertían y se dejaban bautizar para poder trabajar o para no tener que llevar la humillante marca roja que estaban obligados a coserse en el pecho de la ropa.

Sasha y yo nos mirábamos sin entender nada mientras buscábamos un sentido oculto a las expresiones «mala sangre», «segregar», «colaborador» y «converso». Si mi tío abuelo nos hubiera contado todo aquello en chino, nos habríamos enterado casi de lo mismo. Él no notó, o simuló no notar, que sólo lo escuchábamos a medias preguntándonos de qué estaría hablando en realidad. Habríamos preferido averiguar lo que hacía en Viena en los años treinta, pero ninguno de los dos se atrevía a interrumpirlo.

De pronto se abrió la puerta. Mi abuela irrumpió en la cocina y nos vio sentados alrededor de la mesa. Se detuvo bruscamente y miró con desconfianza a mi tío abuelo, que se puso rígido y calló.

—Franci, no estarás atiborrando a los niños con tus historias, ¿verdad? —preguntó mi abuela, pero por una vez con cierta alegría en la mirada.

—Oh, no —respondió él—. Estábamos hablando de ajedrez. Justamente les estaba contando a los niños la fantástica batalla por el título entre José Raúl Capablanca y el campeón del mundo Emanuel Lasker, que tuvo lugar en la primavera de 1921. Tras cuatro derrotas, Lasker tiró la toalla y lo achacó a su mala salud. Aquello causó sensación en todo el mundo. Nunca olvidaré el momento en que oí la noticia en la radio. Fue mi último día de internamiento en el campo de Emilia-Romaña. A la mañana siguiente me mandaron de vuelta para que me reuniera con los míos.

—Franci, Franci, controla tu lengua, ten cuidado con lo que dices —dijo la abuela. A continuación se dio media vuelta y salió de la cocina tan rápido como había entrado.

La réplica de mi tío abuelo despertó de inmediato mi interés y el de Sasha. Queríamos saber por qué había estado internado en un campo. No teníamos ni idea de dónde estaba Emilia-Romaña, ni tampoco de lo que significaba estar internado. Sentimos muchísima curiosidad pero no alcanzamos a preguntar nada porque en cuanto se fue mi abuela, Fernando continuó su relato sobre cómo era la vida de los judíos en la atroz y totalitaria sociedad medieval española, dominada por hombres de la Iglesia ávidos de poder y por sus despiadados tribunales. Después de un rato, cuando notó que estábamos menos atentos que de costumbre, se levantó, cogió papel y un lápiz del cajón de la cocina y empezó a dibujar y a escribir para hablarnos de los seis nietos varones de Salman de Espinoza. El mayor de ellos, llamado Emmanuel, tuvo a su vez otros seis hijos varones:

II. Efraím, que llevó una vida de judío practicante. En recuerdo del pacto entre Dios e Israel, todas las mañanas excepto en sabbat y en los días sagrados, se enrollaba siete veces alrededor del brazo izquierdo, cerca del corazón, unas cintas de cuero (las llamadas filacterias) y se colocaba sobre la cabeza la cajita lacada en negro que contenía citas del Deuteronomio y decía sus plegarias matutinas. Respetaba las reglas del kosher y seguía la

tradición a rajatabla. En el otoño de sus días se vio obligado a huir a Portugal y fue enterrado en Oporto.

II. Elías, que se dejó bautizar y siguió siendo judío en secreto. Pero los espías de la Inquisición de Ciudad Real descubrieron que no salía humo de su chimenea los sábados (los judíos no cocinaban en sabbat y por eso no encendían el horno), lo apresaron y lo acusaron de haber comido carne durante la Cuaresma y de haber leído los salmos de David en hebreo. Tras cuatro días de brutal tortura le cortaron las manos y después picaron en trocitos los miembros arrancados. Lo quemaron vivo.

III. Elon, que se convirtió al cristianismo después de ver el rostro de Jesús en la sopa de pollo que le sirvió su madre para el Pesaj. Decidió que lo único sensato que podía hacer con su vida era trabajar por el florecimiento de la cristiandad y de la iglesia de Dios. Descubrió por casualidad que podía hacer milagros: se decía que devolvía el oído a los sordos, la voz a los mudos y la vista a los ciegos. Durante mucho tiempo fue prior del monasterio dominico de San Pablo. Terminó sus días como obispo de Santander.

IV. Enoch, que se casó por amor con una viuda cristiana mayor que él después de pasarse a su credo. Estudió derecho y fue alcalde de Madrid. Era un excelente administrador y lo nombraron ministro de Castilla. Convenció a los Reyes Católicos para que promulgaran una ley que obligaba a los judíos no bautizados a llevar una marca en la ropa y a vivir segregados del resto de la población en barrios cercados. Murió sin hijos como consecuencia de unas hemorragias internas.

V. Esaías, que era un hombre astuto, un maestro en el arte del camuflaje. A fin de borrar las huellas de sus orígenes cambió pronto su nombre por el de Enrique Español y se puso al servicio de la Inquisición. Con mucho celo envió a miles de judíos a la hoguera. Era tan eficiente como cualquiera de sus colegas y ascendió rápidamente de nivel. El rey Fernando descubrió sus valiosas contribuciones y lo nombró jefe de policía con la responsabilidad de expulsar a los judíos de España.

VI. Ezra, que era el rebelde de la familia. De joven se sintió fascinado por la historia de los rebeldes macabeos que solía contar su padre las tardes de sabbat y decidió dedicar su vida a luchar contra los hombres de la Inquisición. Planificó y participó en el intento frustrado de asesinar al gran inquisidor Tomás de Torquemada (llevado a cabo por Salman de Espinoza). Tras una atroz tortura lo obligaron a meterse en la hoguera de Sevilla. Las últimas palabras que salieron de sus labios, antes de que las llamas devoraran su joven vida, fueron: «Perdóname y sé clemente, señor Jesucristo».

Después de escuchar todo esto, de pronto me pareció que aquellos familiares lejanos me eran ajenos. Su bajeza y su mal carácter me hizo avergonzarme por un momento de ser un Spinoza.

## **LOS PERROS DEL SEÑOR**

Conocidos coloquialmente como *Domini canes* («perros del Señor»), los monjes dominicos eran los perros sanguinarios de la Inquisición. Estaban siempre buscando herejes y falsos cristianos que aparentemente habían abandonado la fe judía, pero que en realidad mantenían sus tradiciones en secreto y no comían cerdo, respetaban el sabbat y ayunaban el día del perdón. Estas personas recibían la despectiva denominación de «marranos».

Los dominicos se servían de delatores y su actividad era alabada por los curas. La eficiente delación parecía cumplir algún ideal católico. Pero por si no bastara con la

bendición de la Iglesia, también se tentaba a los delatores con recompensas mundanas en forma de exención de impuestos. Para facilitar la labor de los delatores, los dominicos prepararon además un escrito con veinte puntos sobre cómo reconocer a un judío, por el aspecto, las costumbres y la manera de expresarse.

A los marranos iban a buscarlos tanto a las casas burguesas como a las juderías. Encerraban a las desgraciadas víctimas en los sótanos de los monasterios, remodelados para convertirse en las cárceles de la Inquisición. Allí los presos eran vigilados y torturados por los dominicos y los miembros de la Santa Hermandad, una abigarrada panda compuesta por vagabundos, camorristas y delincuentes liberados. Muchas de las cárceles estaban tan atestadas que los presos tenían que permanecer de pie, incluso para dormir.

Cuando presentaban a los marranos ante los llamados tribunales de fe, éstos no sabían de qué se les acusaba ni tenían posibilidad de defenderse. Los inquisidores buscaban confesiones rápidas y les era indiferente si se obtenían con tortura o sin ella. Los sumarios procesos conducían por lo general a la pena de muerte, aunque ésta podía conmutarse por cadena perpetua si el juzgado se reconciliaba con la Iglesia. Si más tarde se descubría que la conversión había sido falsa, el hipócrita lo pagaba de inmediato en la hoguera. Incluso gente que llevara treinta años muerta, podía ser condenada por herejía. En tal caso se desenterraban sus restos y se quemaban, al mismo tiempo que se confiscaban las propiedades de sus herederos.

Lo más importante para los inquisidores era confiscar estas propiedades y los ingresos se dividían entre la Iglesia y la Corona. Sin embargo, el reparto provocaba con frecuencia desacuerdos y peleas entre las dos partes. La codiciosa pareja real española se ganó pronto fama en toda Europa, donde se decía abiertamente que sólo habían introducido los tribunales de fe para enriquecerse con las fortunas de los condenados. Pero ese tipo de sandeces no hacía mella en la pareja que ocupaba el trono en Madrid y soñaba con unificar España e introducir un nuevo orden en Europa bajo su mando. Eran perfectamente conscientes de que los nuevos reinos sólo se podían apuntalar con los cofres repletos de tesoros.

«No hay nada nuevo bajo el sol», solía decir mi tío abuelo. «Los sistemas totalitarios se copian entre ellos y toman prestadas ideas los unos de los otros. Se puede acusar a Hitler y a Stalin de muchas cosas, pero no de haber sido innovadores. No fueron ellos quienes inventaron la delación, las leyes raciales, la tortura, las falsas sentencias, las confesiones forzadas o el exterminio de masas. Como nietos ilegítimos de Isabel y Fernando, estos tiranos se limitaron a copiar los métodos de los Reyes Católicos y a mejorarlos por medio de la ciencia moderna».

Un día de la primavera de 1420, María Torquemada se dejó llevar por la angustia y le contó a su confesor que, aunque su embarazo estaba siendo sencillo y no tenía molestias, en ocasiones oía claramente ladridos de perro procedentes de su útero. El obispo Pedro de la Cueva tranquilizó a María diciendo que el hijo que llevaba en su seno había recibido la luz espiritual desde el momento mismo de su concepción. El obispo interpretaba los ladridos de perro como una señal de que el niño era un *domini cane*, un elegido que había recibido del Señor el encargo de ejercer de perro guardián del rebaño cristiano y protegerlo de los lobos judíos.

Como sobrino del honorable cardenal Juan de Torquemada, el pequeño Tomás fue estrechamente vigilado. Cuando cumplió seis años, lo separaron de los demás niños y lo dejaron en manos de los dominicos, aunque no vistió el hábito de los hermanos negros hasta cumplir los dieciocho.



«Era muy elocuente», nos contó mi tío abuelo, «y desde joven predicaba para los monjes, que se reunían gustosos a su alrededor como si fueran sus discípulos».

«Sus ojos relucen como estrellas y tiene a su alrededor un campo de fuerza», escribió uno de los monjes encargados de su escolarización teológica. «Los enemigos de la fe verdadera le tienen miedo y duermen mal».

María Torquemada estaba muy orgullosa de la entusiasta fe de su hijo y de que no comiera carne, ayunara dos veces por semana, imitara en todo lo esencial a Santo Domingo y se expresara con las mismas palabras que el santo. La llenó de gozo que lo nombraran prior del monasterio de Santa Cruz en Segovia con sólo treinta y dos años y que lo escogieran como confesor de Isabel y Fernando, lo cual le proporcionó mucha influencia sobre la casa real. Pero la devota madre temía el día en que Tomás descubriera que su propia abuela materna era una conversa, una judía bautizada, así que no podía demostrar una ejemplar limpieza de sangre hasta siete generaciones atrás. Corría sangre impura por sus venas.

Sin embargo, Tomás de Torquemada, que exigía que se investigaran los árboles genealógicos de todo el mundo, nunca se tomó la molestia de hurgar en sus propios orígenes. Quizá estaba demasiado ocupado hostigando a los judíos y sus descendientes, a los que trataba como si fueran apestados y leprosos. Los persiguió implacablemente, los detuvo, los investigó, los torturó y los mandó a la hoguera en un intento de destruir su renombre y eliminar su recuerdo.

## **EL PUEBLO TEJE LEYENDAS**

Después de aquella espantosa noche en Sevilla, Salman tuvo la sensación de que la vida le había hecho un inesperado regalo, puesto que le había concedido la posibilidad de ser libre y dejarlo todo atrás. Todo el mundo, incluso sus tres hijos varones, pensaba que era una de las más de cuatro mil víctimas inocentes que, el 6 de junio de 1391, fueron asesinadas, mutiladas y arrojadas a las llamas de modo que sus cuerpos quedaron irreconocibles.

Salman no estaba acostumbrado a la libertad. Para él, la vida adulta había sido ante todo trabajo y obligaciones. Primero se había concentrado en formar una familia, puesto que a temprana edad había perdido a sus padres y a sus hermanos. Más adelante lo había embargado tal miedo a perder a sus seres más queridos, que el pánico casi le había hecho olvidar el gran secreto de la familia de Espinoza, que él estaba encargado de custodiar. Pero ahora que habían muerto su mujer, sus hijas y cinco de sus nietos, sintió unas ganas casi irrefrenables de romper con todo. La idea que le desgarraba las entrañas mientras deambulaba entre las ruinas de la judería consistía en que, ya que había probado el elixir de la inmortalidad y mirado a la muerte a los ojos, ahora debía consagrar su vida a ayudar a las personas que, atrapadas en los estrechos callejones de la judería, soñaban con poder vivir en libertad.

Así fue como empezó todo.

Se echó a los sinuosos caminos que cruzaban el país de sur a norte, y de norte a sur, y los recorrió incansablemente sin dejarse frenar por los nubarrones primaverales, los sofocantes días de verano o las tormentas de nieve del invierno. Conoció a correligionarios en todas partes y durante un siglo entero los apoyó incesantemente. Mitigaba los monótonos lamentos del pueblo respondiendo a sus preguntas, no sólo a las que incumbían

al alma, sino también a las del cuerpo. Daba sabios consejos y resolvía problemas prácticos cotidianos, siempre gratis, sin pedir a cambio un solo peso ni un mendrugo de pan. Se vestía con humildad y hablaba en voz baja. Por todas partes atacaba sin miedo las vergonzosas manipulaciones de la Inquisición y su brutal actuación. No predicaba ni prometía nada, y desde luego no hacía milagros. Se limitaba a estar donde más falta hacía, ayudando a la gente a soportar todas las desgracias, padecimientos, persecuciones, enfermedades y muertes que les hacía pasar la vida. Lo conocían por muchos nombres diferentes, pero no por el suyo propio. En la mayoría de los sitios lo llamaban el judío errante y, a pesar de sus esfuerzos, la Iglesia no logró evitar que el pueblo tejiera su leyenda.

## **EL PLAN DE ASESINATO**

Salman había seguido en secreto a Tomás de Torquemada por casi todos los reinos de España. Lo vio en Zaragoza, donde exigió al juez de la ciudad que obligara a los judíos a vivir encerrados detrás de unos muros y le mandó condenar a una mujer católica casada a recibir cien palos y después expulsarla de la ciudad por haber cruzado el umbral de la puerta de una casa judía. Lo oyó en Valladolid, donde ordenó que quemaran los cuadros de los judíos que habían abandonado la ciudad y huido del país para escapar de la Inquisición. Lo estudió a distancia en el cementerio de Ávila, donde el gran inquisidor estuvo buscando el esqueleto de un rabino muerto cincuenta años antes, en un intento de instaurar la justicia divina. Lo escuchó en Toledo, donde Torquemada fue nombrado gran inquisidor del Santo Oficio de Castilla y Aragón —a pesar de que el Papa lo había excomulgado por provocar un torrente de odio a personas de otras creencias en nombre de los sacramentos—. Allí declaró que libraría las tierras de España de todos los judíos y que, para conseguirlo, cualquier medio estaba permitido.

Tras muchos años, Salman había llegado a conocer bien a Torquemada a pesar de no haber visto nunca de cerca su sanguinaria sonrisa. Comprendía cómo pensaba el gran inquisidor y qué lo impulsaba. Sabía que el hombre más odiado de la Península Ibérica vivía con un miedo constante a ser asesinado. Se había fijado en que el demoníaco cura nunca viajaba solo, iba siempre acompañado de cincuenta inquisidores a caballo y doscientos soldados que debían proteger su vida. Ante todo, Salman sabía que el desagradable olor de la boca de Torquemada se debía al aliento de la muerte y que cada cabello del flácido cuerpo del gordo prelado correspondía a una decena de personas que había mandado morir entre las llamas.

El plan de deshacerse de Torquemada no fue idea de Salman. Destacados marranos se habían reunido en Sevilla, en la casa del acaudalado don Jehuda de Vera. Tras una larga discusión sobre el Libro de Judit, el relato bíblico donde una mujer judía mata al general asirio Holofernes para salvar a su pueblo, llegaron a la conclusión de que, bajo ciertas circunstancias, estaba justificado el asesinato de un tirano y decidieron por unanimidad que el gran inquisidor debía morir para que los judíos de España pudieran vivir.

Salman estaba invitado a la reunión y descubrió con horror que los conjurados estaban a punto de escoger a Ezra de Espinoza para llevar a cabo la acción. Aquello lo conmocionó. No quería que su propio tataranieta pusiera en peligro su joven vida y cometiera un acto tan repugnante como el de matar a otra persona, aunque ésta fuera el aborrecible Torquemada.

Ninguno de los reunidos en casa de Vera conocía la verdadera identidad de Salman, tampoco Ezra. Todos sabían en cambio que era el judío errante y lo escucharon respetuosamente cuando tomó la palabra. Salman contó que durante muchos años había seguido al gran inquisidor y que había comprendido que lo que impulsaba a aquel hombre era una inconcebible sed de sangre y una maldad que superaba todo entendimiento. También había comprendido que Torquemada estaba protegido por malvados demonios y que la única manera de matarlo era asestarle una puñalada en el corazón con un cuchillo de plata templado en la sangre de un halcón peregrino gris negruzco. Además, quien le asestara esta mortal cuchillada debía llevar al cuello un amuleto fabricado con el pico del mismo halcón peregrino. Los hombres miraban a Salman cada vez más abatidos, aunque nadie puso en duda sus palabras. Entonces Salman dijo que no hacía falta buscar mucho para encontrar a la persona adecuada. Se levantó, se sacó un cuchillo del bolsillo y enseñó el amuleto que llevaba al cuello. Dio una vuelta alrededor de la mesa donde estaban reunidos los hombres y subrayó que sólo él podía quitarle la vida a Torquemada.

Fue un frío martes por la mañana, el aire estaba claro y limpio. El gran inquisidor daba los últimos retoques al importante discurso que iba a pronunciar para los inquisidores reunidos en la catedral de Santa María. Quería anunciar su decisión de formar tribunales de la Inquisición en todos los pueblos del país.

Los conjurados habían acordado que el mejor momento para matar a Torquemada era cuando subiera las largas escaleras de la catedral de Sevilla.

Salman estaba nervioso. Se ocultaba bajo una manta, en un carro situado junto a la escalera de la catedral. Nunca había matado a una persona; violentar a un ser humano iba en contra de su naturaleza. Por eso intentaba ver a Torquemada no como un hombre de carne y hueso, que merecería su compasión, sino como un peón de la muerte, que al fin y al cabo era su enemiga jurada a la que siempre había aborrecido. Apretó las mandíbulas y notó el odio palpitar dentro de él. El sentimiento era tan fuerte que parecía tener vida propia dentro de su pecho. Este odio, este alud de furia humana, mermó su atención. No se dio cuenta de que los cientos de soldados congregados en la plaza de la catedral habían apresado a sus ayudantes y se acercaban ahora al carro en el que él se escondía.

## **LA TORTURA**

El día antes del gran discurso de Torquemada, Clara de Monteforte fue detenida en la plaza de España. Los hombres de la Inquisición, que entre otras cosas tenían la responsabilidad de vigilar el comercio en las plazas, llevaban mucho tiempo observándola porque se sospechaba que era una marrana y que preparaba platos judíos en su casa. Lo que había despertado la sospecha era el informe del vendedor de verduras José Almeida, que afirmaba que Clara, a diferencia de otras mujeres, tenía la costumbre de llenar su cesto con grandes cantidades de ajos y cebollas, y que estas compras solían coincidir con los fines de semana judíos.

Clara no notó nada aquella mañana porque estaba atareada comprando verduras y carne para el siguiente fin de semana de Pascua. No vio a los tres hombres que la rodearon en el momento en que cogía un gran manojo de ajos que quería comprar. Los hombres la agarraron con brutalidad. Ella chilló e intentó zafarse, y estuvo a punto de derribar el puesto de verduras de José Almeida. Cuando vio que sus salvajes protestas no servían de nada, mordió el brazo de uno de los corpulentos agresores y éste se enfadó tanto que le asestó un

fuerte golpe en la cabeza. La mujer cayó desmayada al suelo. Los hombres se la llevaron y la encerraron en el sótano del monasterio de San Isidro. A continuación, acompañados por otros cuatro soldados, fueron a casa de Clara para apresar a su marido, el cartógrafo Pedro Monteforte, y a sus tres hijos. Todo transcurrió con mucha calma. Después confinaron a la familia en una pequeña habitación en la que ya había cincuenta presos. Un verdadero vendaval de ruido recorría la angosta y oscura celda. La gente pedía a gritos que los pusieran en libertad. Los hombres defendían su inocencia, las mujeres murmuraban plegarias católicas y los niños lloraban.

Esa misma tarde, unos soldados fueron a buscar a Clara y a Pedro para torturarlos. Clara resultó ser un hueso duro de pelar. Un verdugo le pegó una y otra vez en la cabeza con un tubo de hierro, y le produjo fuertes hemorragias en los oídos que le hicieron perder mucha audición. El inquisidor tenía que chillarle para que lo comprendiera. Ella no dijo una sola palabra porque no sabía qué decir, pero mantuvo alzada la mirada vidriosa. Sólo pensaba en una cosa: escupir a la cara al verdugo, pero tenía la boca seca.

Pedro, que era uno de los conjurados, no estaba hecho de madera tan dura. Carecía del robusto físico de su mujer y los nervios le traicionaban con facilidad. El sudor frío corría por sus mejillas. Suplicó piedad con voz temblorosa y lo embargó un enorme anhelo por la vida que estaban a punto de arrebatarle. Para conseguir que Pedro hiciera una confesión completa, el experimentado verdugo de la Inquisición sólo tuvo que cortarle el pie izquierdo. El cartógrafo sollozó como un niño y reveló hasta el último detalle del plan para asesinar a Torquemada.

El gran inquisidor estaba feliz. Feliz por haber desvelado la maldad de los marranos y por poder confiscar las fortunas de algunos de los hombres más ricos de Sevilla, pero quizá sobre todo por estar vivo e ileso puesto que habían descubierto el plan de asesinato a tiempo.

Los conjurados fueron apresados y recibieron un atroz castigo: los obligaron a mirar cómo torturaban a sus mujeres y a sus hijos, cómo los mutilaban y los quemaban en la hoguera. Después ellos recibieron el mismo trato.

Torquemada decidió dirigir en persona el interrogatorio de Salman. Habló con amabilidad —parecía sentir cierta compasión por el acusado— y prometió a Salman que le ahorraría la tortura si le contaba toda la verdad. Quería averiguar todo lo que sabía, cualquier cosa que pudiera tener importancia para el Santo Oficio, pero ante todo quién era él, quién había propuesto el plan de asesinar al gran inquisidor y por qué le había tocado precisamente a él cometer el crimen. Torquemada lo instó a no omitir nada si quería conservar la vida.

Una leve sensación de irrealidad se apoderó de Salman y por un momento se preguntó si estaba en pleno uso de sus facultades mentales y si lo que estaba viviendo sucedía en realidad.

Intentó pensar en los cientos, en los miles de judíos que había conocido. Toda aquella gente que, después de perder a sus seres queridos y de quedarse sin sus propiedades, había caído llorando a sus pies y le había suplicado ayuda. Pues sí, pensó, los he conocido a todos, a los artesanos y los vendedores ambulantes, a los rabinos y los médicos, a las mujeres valientes y a los niños asustados, a todas esas personas que pertenecen a la hermandad del dolor.

Se irguió y juró amablemente a Torquemada que diría la verdad. Contó que se llamaba Salman de Espinoza y que había nacido ciento sesenta años antes en Granada. Explicó que lo llamaban el judío errante porque nunca iba a caballo, sino a pie, y que el

asesinato del gran inquisidor lo habían planeado entre todos los judíos de España y que él había sido el encargado de llevarlo a cabo porque era inmortal.

Torquemada se puso furioso y ordenó al verdugo que desvistiera de inmediato a Salman, lo tumbara boca arriba sobre la rueda y le amarrara los brazos y las piernas con una cuerda. A continuación dijo a Salman que aún podía mostrar piedad si se atenía a la verdad.

Salman contestó que el delito por el que sería juzgado no era el de haber considerado seriamente la posibilidad de asesinar al gran inquisidor. Su gran delito, subrayó, era que se mantenía firme en el judaísmo y conservaba las tradiciones judías.

Torquemada bramó:

—Mandaré a todos los judíos a la hoguera y haré que el fuego acabe con su odiosa fe.

—No te hagas ilusiones —le dijo Salman amablemente—. Siempre habrá hombres y mujeres como yo. Tú, en cambio, desaparecerás. Pronto los gusanos se saciarán con tu carne y tus despojos serán consumidos por las llamas.

Torquemada ordenó al verdugo que empezara de inmediato y se alejó con pasos rápidos. Cuatro verdugos torturaron incesantemente a Salman durante ocho días sin lograr quebrantar su voluntad. Estuvo consciente todo el rato y alababa a sus torturadores por su eficiente labor. Al noveno día arrojaron su mutilado cuerpo a la hoguera. Según los documentos oficiales, la Inquisición lo condenó a muerte por hereje y por brujo, porque durante el ritual judío de Pascua había empleado un trozo de pan consagrado para invocar las fuerzas del espacio celeste.

## **LA REALIDAD SUPERA A LA FICCIÓN**

Un mes más tarde, Salman celebró el sabbat en casa de unos amigos en Dubrovnik y a partir de entonces se dedicó a arrastrar su larga capa oscura por los caminos de la costa adriática, recorriendo los blancos pueblos sumidos en su sonámbula cotidianeidad y dando a conocer entre los judíos practicantes el *Séptimo Libro de Moisés*, un extrañísimo texto que él mismo había compuesto.

Todo esto nos lo contó mi tío abuelo. Y después añadió: «La realidad supera a la ficción».

El otoño de 1995, RTVE emitió una miniserie sobre Tomás de Torquemada. El conocido periodista Juan Cruz Ruiz había seguido durante algunos meses el recorrido del gran inquisidor por la España del siglo XV. Yo me encontraba por casualidad de vacaciones en Madrid y una noche, en la habitación del hotel, vi el último capítulo. No faltaba nada, ni un profundo análisis ni las escenas dramáticas. Casi podía percibirse el olor de la carne humana abrasada en la hoguera.

Así me enteré de que Torquemada falleció de muerte natural en septiembre de 1498. Lo enterraron con mucha pompa en Ávila, en el jardín del monasterio de Santo Tomás, donde había pasado los últimos años de su vida. El monasterio había sido fundado en 1494 y era tanto el hogar del gran inquisidor como la sede del tribunal del Santo Oficio. Se erigió sobre un cementerio judío arrasado por orden de los Reyes Católicos y las lápidas se emplearon para construir el imponente monasterio.

Durante trescientos treinta y ocho años, Torquemada pudo descansar en paz en el sombreado jardín del monasterio de Santo Tomás. La Inquisición fue oficialmente abolida en España en 1834. Dos años más tarde, unos desconocidos excavaron la tumba del gran

inquisidor, abrieron el ataúd, sacaron los restos de los huesos y los quemaron.

## **6. El filósofo**

## UNA VISITA A CASA DE MEESTER

Cuando Uriel Spinoza se dirigió desconsolado hacia el número 4 de la Jodenbreestraat de Ámsterdam, una calurosa mañana de agosto de 1640, no se imaginaba que le quedaban pocas horas de vida.

Meester tenía una naturaleza generosa. Siempre que Uriel Spinoza lo visitaba en su magnífica casa, el pintor lo recibía cordialmente y empezaba a dar voces diciendo lo mucho que habían echado de menos al filósofo judío y pidiendo a los criados que sacaran su aguardiente especiado. Meester no tenía nada contra la bebida y amaba la placentera sensación que se extendía por su cuerpo al administrarle alcohol, pero a Uriel Spinoza siempre se le calentaba la cabeza cuando bebía.

El pintor y el filósofo se encontraban a gusto en su mutua compañía. Tenían personalidades muy diferentes, pero ambos pensaban que las contradicciones enriquecen y que entre la gente que se parece surgen a menudo envidias, rivalidades y hostilidades. Sus diferencias les hacían sentirse muy cerca el uno del otro y al mismo tiempo, en un sentido fructífero, muy lejos.

Pasaban muchas noches juntos ante la chimenea de la primera de las cinco plantas de la casa, siempre hablando sobre las grandes cuestiones. El tono era por lo general moderado y el pintor encontraba excepcionales los razonamientos del filósofo.

Meester sólo aspiraba a ser un poco más sabio, no más culto, y por eso le resultaban ajenas las sutilezas intelectuales y los floridos giros de bellas palabras. A él le gustaban los razonamientos que apuntaban desde el principio a lo esencial, porque lo que lo que quería era aprender cómo podía usar sus talentos por mero amor a la creación. Con fervor y arrojo artesano, por medio del trabajo, pretendía atisbar el reino de los cielos.

Al igual que los grandes pensadores de los tiempos remotos, Uriel Spinoza tendía a reflexionar ante todo sobre las cuestiones de la vanidad de la razón humana y la inmortalidad del alma. A pesar de que tenía formación de rabino, no se valía del Talmud y la cábala en su búsqueda de conocimiento y saber sobre las grandes cuestiones existenciales. Él estudiaba a Aristóteles, a Plinio, a Séneca y a Cicerón, y luego adaptaba sus razonamientos y enseñanzas y los hilvanaba con los suyos propios. Tenía mucho cuidado de coger prestado sólo aquello que realzaba sus propias ideas. Sostenía que un hombre recto nunca intenta ocultar la debilidad de sus propias ideas tras la autoridad ajena y subrayaba la importancia de que cada individuo asumiera la responsabilidad de sus propias opiniones.

No había nadie en toda la ciudad que escuchara con más seriedad que Meester los argumentos que apuntalaban las osadas afirmaciones de Uriel Spinoza sobre la naturaleza del alma humana y su idea de que el mundo no era un misterio inescrutable que sólo Dios puede entender, sino una realidad comprensible.

Según mi tío abuelo, Uriel era un excéntrico y su carácter no contribuía precisamente a que la gente entablara amistad con él. Incluso las personas de su misma sangre —su hermanastro Michael y su familia— opinaban que, más allá de su enseñanza, no había nada brillante en su alma y le dieron la espalda. Los judíos de la congregación de Ámsterdam no podían perdonar a Uriel que propagara ideas extremadamente peligrosas y por eso se veía forzado a vivir como un paria y no era bienvenido en ninguna parte.

Una noche en una taberna, un comerciante textil que tenía contacto con colegas



judíos, insinuó a Meester que debía tratar menos con el tal Uriel Spinoza, puesto que de lo contrario se arriesgaba a sufrir una drástica caída en el número de encargos y a perder el favor de sus mecenas, sobre todo aquellos que mantenían buenas relaciones con destacados judíos que consideraban al filósofo un blasfemo.

Este descorazonador consejo no supuso un obstáculo para la amistad entre Meester y Uriel. Al pintor nunca se le pasó por la cabeza dejar de ver a su amigo porque dijeran de él que extendía ideas peligrosas para la sociedad, de hecho empezó a prestar aún más atención a sus pensamientos.

Por eso Uriel llamaba frenéticamente a la puerta del número 4 de la Jodenbreestraat esta calurosa mañana de agosto. Necesitaba contar lo que le había sucedido, algo espantoso, y sabía que su amigo era la única persona de Ámsterdam dispuesta a escucharlo y en quien podía confiar.

Le abrió la puerta Sjoukje, una joven rolliza de delicados rasgos que servía en casa de Meester y que dejaba que su patrón se metiera en su cama cuando éste descubría que le robaba del dinero para los gastos de la casa. La muchacha le explicó algo incómoda que Meester no podía recibir visitas.

—Tendrá que volver otro día, señor Spinoza.

Uriel se dio cuenta enseguida de que Sjoukje había llorado, pero insistió:

—Es muy importante para mí ver a Meester —dijo apartando la mirada para que la criada no notara lo desesperado que estaba.

Entonces ella, atragantándose con las palabras, le explicó que Meester acababa de recibir noticias de Leiden que le informaban de la muerte de su madre. Con la cara deformada por una apenada mueca, Sjoukje añadió:

—Y esta noche Meester y su mujer han perdido a la recién nacida. La niña empezó a toser sangre y se le fue el espíritu. Es el segundo hijo que pierden en esta casa en dos años.

Uriel se quedó mirándola petrificado. A pesar de haberse conciliado con la muerte a través de sus trabajos filosóficos, y de haberla aceptado, de pronto no entendía porqué ésta quería llevarse a un bebé inocente. Veía la muerte de la niña como una injusticia arbitraria y tuvo la sensación de que le arrancaban del pecho un pedazo del corazón, porque sabía cuánto significaba la recién nacida para Meester. Sjoukje creyó que el filósofo judío se iba a echar a llorar, pero en vez de hacerlo, reemprendió despacio su camino.

## **UN RETRATO A TIEMPO**

Mi tío abuelo nunca nos reveló su verdadero nombre. En realidad no sé por qué no lo hizo, pero seguro que tenía sus motivos. Él lo llamaba simplemente Meester y durante mucho tiempo creí que era así como se llamaba.

Mi hermano gemelo Sasha y yo oímos muchas veces la historia de Meester y la familia Spinoza. Por eso la recuerdo tan bien.

Meester tenía una acuciante necesidad de dinero. Su esposa Saskia estaba a punto de tener su primer hijo, pero ya nadie quería dar crédito al pintor. Su casa de la Jodenbreestraat parecía un palacio y le había costado trece mil florines. Era una compra que nunca debería haber hecho teniendo en cuenta las pesadas letras que tenía que pagar. Aunque buscaba incansablemente trabajo, no conseguía nuevos pedidos, sobre todo porque tenía fama de ser impertinente con los clientes y de tratarlos con desprecio. Había comenzado en vano varios

cuadros que permanecían inacabados en su taller a falta de dinero para la pintura, y no encontraba comprador para las obras que sí había terminado.

Lo que más le pesaba era la traición de sus antiguos mecenas: todos ellos le habían dado la espalda, en el mejor de los casos con amabilidad, y le habían instado a buscar apoyo en otro lado. Por todas partes encontraba silencio, indiferencia y frialdad.

En medio de aquella precaria situación económica, uno de sus acreedores le exigió el pago de una deuda que Meester había creído que no vencía hasta dos meses más tarde. El despiadado prestamista —hijo ilegítimo del en tiempos poderoso Johan van Oldenbarnevet, un político acusado de alta traición y decapitado por ello— era conocido por reclamar su dinero con ayuda de una panda de brutos armados con palos. A pesar de que Meester le había suplicado que le concediera una prórroga de una semana para la devolución de la deuda, el prestamista le amenazaba con partirle los brazos y destrozar los muebles y utensilios de la casa si no pagaba antes de cuarenta y ocho horas.

Al día siguiente, Michael Spinoza acudió inesperadamente al taller de Meester para encargarle un retrato de familia para su cuadragésimo cumpleaños en octubre de 1638. Quería que los pintara a él, a su esposa y a sus tres hijos.

Gracias a Dios, pensó Meester, por fin podré acabar con la miseria que me atormenta desde hace tiempo. Aquello era como un sueño y se puso contentísimo, pero logró controlar y ocultar sus fuertes sentimientos. Dirigido por un instinto campesino heredado, que en tiempos había impulsado a sus antepasados a comprar y vender ganado en los mercados de Zuid-Holland sin mudar el rostro, mantuvo un aspecto imperturbable que le proporcionaba una posición más ventajosa en la negociación. Explicó de modo reservado y con una entonación casi lúgubre que en aquel momento estaba muy ocupado y tenía una larga lista de espera. Añadió que aunque estaba dispuesto a hacer una excepción, al tratarse del muy respetado presidente del consejo judío, había una condición ineludible para que aceptara el encargo del retrato de familia:

—El señor Spinoza deberá resistir la tentación de pretender decidir el aspecto que ha de tener el cuadro y asumir que yo, como artista, tengo libertad absoluta para ejecutar la obra. Sólo así puedo asumir el encargo.

El humilde Michael Spinoza asintió amablemente y dijo:

—Desde luego, lo que sea. Usted sabe qué es lo mejor.

Como estaba convencido de que Meester era un artista muy solicitado y para mostrarle su agradecimiento por aceptar el encargo de un retrato de su familia, permitió al gran pintor determinar él mismo el precio y no regateó.

—Cada figura de cuerpo entero cuesta doscientos florines —dijo Meester con autoridad y restregándose las manos a escondidas, porque nunca había cobrado tanto.

El precio total se acordó en mil florines. Al día siguiente se reunieron en el despacho de Michael Spinoza para firmar el acuerdo en presencia de testigos y éste pagó la mitad de la suma por adelantado. Calcularon que el trabajo llevaría tres meses, dado que Meester no podía permitirse contratar a aprendices para que pintaran el fondo y los ropajes.

La suma que Meester tenía ahora en sus manos era exactamente cinco veces mayor que la que había recibido por el último cuadro que había vendido. Extremadamente satisfecho, se dirigió hacia su taberna preferida y anunció de inmediato al dueño que su suerte había cambiado y que había ido para saldar su deuda. A continuación se acomodó en la silla que el feliz tabernero se apresuró a sacarle e invitó a todos los presentes a aguardiente. Pensaba que a partir de entonces recibiría encargos a raudales. Ahí había dinero, de eso estaba convencido. Después de un par de vasos de aguardiente especiado,

veía claro que recibiría rentables encargos de los acaudalados comerciantes de la colonia judía y que pronto podría pagar todas las letras de su costosa casa. Y daba gracias al Creador por haberle dado la oportunidad de realizar una obra para un cliente al que la mayoría de los judíos veía con buenos ojos y cuyo ejemplo querrían seguir.

En señal de su aprecio, al día siguiente Meester envió a Michael Spinoza un aguafuerte de Leiden como regalo. Representaba la catedral de la ciudad, rodeada de tilos en flor y palacetes blancos en la orilla del canal Rapenburg.

El trabajo comenzó antes del verano. A pesar de que las temperaturas eran anormalmente altas para aquella época del año, Meester se puso manos a la obra con enorme energía y fuerza creativa. Trabajó a conciencia y realizó incontables bocetos. Hacía tanto calor en el taller, que se aligeró la vestimenta sin pedir la aprobación del contratante y continuó pintando con el torso desnudo, a pesar de la patente incomodidad de la señora Spinoza. Él estaba tan absorto en sí mismo que ni siquiera se percató. El suelo estaba cubierto de montones de dibujos hechos con tiza roja.

En silencio y con paciencia, la familia de Michael Spinoza pasaba cada día interminables horas en el taller de paredes desconchadas y cubiertas de cuadros sin vender. Pasaron las semanas, pero el calor no remitía, y resultaba especialmente insoportable junto a la ventana, donde el artista había situado a la familia. Tampoco el olor corporal de Meester era fácil de soportar, puesto que cada mañana se colocaba detrás del caballete con el pecho desnudo, sin lavarse, sucio y desaseado. Pero nadie se quejaba. Ni siquiera cuando mezclaba los colores y se producía un olor fuerte y desagradable.

Meester pintó el fondo con cuchillo y pinceles anchos que se limpiaba directamente en los pantalones. Untaba gruesas capas de pintura que aplicaba con elegantes movimientos de manos.

Nadie decía una sola palabra en todo el día. Lo único que perturbaba el silencio era la tos de la señora Spinoza, que sufría de los pulmones. Los fuertes olores del taller le producían ahogos y fuertes ataques de tos que irritaban sobremanera a Meester, quizá en gran medida porque intuitivamente aquella mujer le desagradaba.

Ya antes de su primer encuentro, Meester había sospechado que tendría problemas para soportar a la señora Spinoza. Su amigo Uriel le había contado que la señora había desarrollado un odio irreconciliable hacia él y que se ponía furiosa y le dirigía todo tipo de maldiciones cada vez que intentaba ponerse en contacto con su hermanastro y sus jóvenes sobrinos.

Por las noches, cuando se sentaba en su taberna preferida con un par de botellas de aguardiente, Meester se burlaba con frecuencia de ella y soltaba comentarios despectivos sobre su ridículo aspecto, sus gordas manos y sus pálidas y rechonchas mejillas.

## **EN CASA DE LA MUERTE**

Un día la criada Sjoukje se encontró a la mascota de Meester muerta en el sótano. Se trataba de un pequeño y alegre chimpancé que el pintor había comprado por siete *stuivers* una noche que estaba de juerga con una prostituta en el puerto. Aquélla resultó ser una de sus compras más afortunadas puesto que el animalillo —a quien no sin ironía llamaba Caravaggio— le divertía mucho. Unos minutos junto a él, siempre bastaban para aliviar su apesadumbrado ánimo.

La pérdida afectó profundamente a Meester. Ni el trabajo ni el alcohol lograban

sacarlo de la melancolía que lo embargó durante el duelo por el chimpancé. Perdió la concentración y acabó pidiendo a Michael Spinoza que hicieran un breve receso en el trabajo.

La muerte de Caravaggio fue una señal que anunciaba ulteriores desgracias en la vida de Meester. Unos días más tarde sufrió otra pérdida: su pequeña hija, bautizada Cornelia y de sólo un par de semanas de edad, murió de pronto por unas hemorragias intestinales.

La casa del número 4 de la Jodenbreestraat se hundió en el dolor. Todas las conversaciones transcurrían entre susurros, comían en silencio y no recibían visitas. Fue Meester quien ordenó este severo luto.

El pintor se sentía impotente. Una terrible angustia lo mantenía despierto día y noche. Veía claramente ante sí la cara de Caravaggio, pero después la oscuridad parecía arreciar y era incapaz de ver el rostro de su hija Cornelia. Pasó incontables noches en vela intentando recordar la cara de la niña, pero sólo veía oscuridad. Se encerró durante varias semanas en el taller, donde permaneció solo y en silencio, con un dolor indecible y un sufrimiento horroroso, ahogado en pensamientos abrumadores y amargos. Se sentía muerto por dentro y creía haber perdido la capacidad de pintar.

Michael Spinoza se enteró de que no se estaba realizando ningún trabajo en el taller de Meester y comprendió que el retrato de familia no estaría listo para su cumpleaños. Esperó pacientemente hasta mediados de septiembre, pero entonces decidió visitar a Meester para intentar ayudarlo en aquel triste trance.

La vida había enseñado a Michael Spinoza que sin duda esa pena no sería la última. Sólo un año antes, su mujer y él habían perdido a un recién nacido, y sabía que lo único que podía remontarle la moral a Meester era volver al trabajo.

En el taller había un olor desagradable y todos los cuadros estaban vueltos hacia la pared. Meester iba en camión y con una vieja bata sin atar. Michael Spinoza casi no lo reconoció. Daba la impresión de haber encogido, estaba escuálido y tenía la cara amarilla y grandes ojeras. Era evidente que hacía mucho que no se lavaba. Michael Spinoza presentó sus condolencias y le dijo que comprendía la difícil situación por la que pasaba, puesto que él había sufrido recientemente una pérdida parecida. Notó enseguida que la autocompasión de Meester se había transformado en paralizante amargura.

—La muerte ha sido un inquieto invisible de mi familia —dijo Michael Spinoza—. Desgraciadamente no se puede hacer nada al respecto. Cuando el año pasado perdimos a un recién nacido, me puse furioso y quise lanzarme a las calles, chillar mi pena y hacer saber a todo el mundo lo mal que me había tratado el Señor, a pesar de que yo siempre he seguido sus leyes. Créame, sé lo que se siente al perder a un ser querido. Pero la vida sigue y, afortunadamente, el tiempo cura todas las heridas.

Meester se quedó un rato callado, parecía distraído. Pero de pronto tomó la palabra y habló con rapidez y sin hacer pausas. Empezó a plantear preguntas que se contestaba él mismo. Las palabras corrían por la habitación como el agua. Meester ajustó sus cuentas, se justificó ante el destino, gruñó y se lamentó. Salió a la luz todo lo que se había guardado, incluso sus pensamientos más ocultos. Le daba igual que su invitado lo escuchara o no. Ni siquiera parecía consciente de su torrente de palabras.

De tanto en tanto Michael Spinoza agitaba los brazos e intentaba en vano meter baza. Al final se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—Ahora tengo que marcharme —consiguió decir—, tengo una reunión importante en la casa de la congregación.

Meester salió de su estado febril. Una sonrisa asomó en su cara. A pesar de que intentó retenerla, se abrió paso hacia sus labios.

—Tiene usted un don divino —dijo Michael Spinoza con su voz más suave—. Si lo usa en medio de su pena, podrá paliar el dolor. Ha alcanzado las más altas cimas artísticas gracias a su implacable disciplina. Le aconsejo que retome lo antes posible su trabajo en el taller.

## UN AGRAVIO

Esa misma tarde, Meester alzó el pincel ante el lienzo. No había alcanzado a rememorar el rostro de la frágil criatura que durante un par de semanas había sido su hija. A Caravaggio, en cambio, lo veía con claridad. Por eso decidió pintar un retrato del pequeño animal que tanto le había hecho reír. Como no podía permitirse un nuevo lienzo, pintó la cara del chimpancé encima de la cabeza de uno de los hijos de Spinoza.

Era éste un agravio que podría enfurecer el ánimo del más dócil. Cuando Michael Spinoza descubrió que la figura de Bento estaba coronada por una cabeza de mono, se sintió terriblemente defraudado. Su esposa tuvo dificultades para contener las lágrimas y dijo que Meester no tenía ni idea de lo que era el verdadero arte. Los niños se rieron y se burlaron de Bento, que estaba desolado.

Meester había llegado muy emocionado a casa de Michael para enseñarles la obra, pero su humor cambió rápidamente cuando la señora Spinoza lo riñó y lo trató como a un patán, sobre todo porque lo acusó de no saber lo que era el arte. Meester sintió que aquella era la ocasión adecuada para expresar lo que llevaba en el corazón desde hacía años, pero que por diversos motivos no se había atrevido a decirle a nadie. Con una voz que temblaba de rabia dijo que en todo el mundo no había nadie que supiera pintar como él.

—No es nuestra intención herirle ni poner en duda su arte —le aseguró Michael Spinoza, que quería evitar un agotador conflicto y temía que su mujer ofendiera aún más al pintor, así que se apresuró a añadir—: Valoramos mucho su genio. Hace años que admiramos sus obras y su maestría. Por eso acudí a usted. Pero retratar a mi hijo como un chimpancé debe de ser una de las ideas más descabelladas que se le hayan ocurrido jamás a su cabeza de artista.

—Me prometió libertad artística absoluta —respondió Meester muy enfadado, porque se sentía agraviado y su voz delataba un súbito odio—. Si no le gusta mi cuadro, siempre puede pintarlo usted. Ya veremos si es capaz de hacerlo.

A continuación cogió su cuadro y se marchó, sin siquiera despedirse.

Unos días más tarde, Michael Spinoza envió una carta a Meester en la que, con la confianza y la desesperación que caracterizan a quien se abre a un amigo, describía su decepción con el cuadro. Subrayaba que quería evitar a toda costa ulteriores malentendidos, pero al mismo tiempo pedía a Meester que considerara seriamente la posibilidad de sustituir la cabeza del chimpancé por la de Bento.

Meester se mantuvo inamovible. Se sentía ultrajado porque la pareja judía había tenido el descaro de criticar su arte y se arrepentía amargamente de haber desperdiciado tanto tiempo con la familia Spinoza. Al mismo tiempo intuía que había sido una buena idea pintar a Caravaggio en el lienzo, porque de ese modo había creado una obra maestra distinta e inestimable, una pintura que había de contemplarse con la mirada iluminada y desinteresada del artista, no con el ojo egoísta e insensible del comerciante. Por eso se

empeñó en que la cabeza del chimpancé se quedara sobre el lienzo y exigió que le pagaran de inmediato los quinientos florines que le debían. Incluso amenazó con tomar la vía judicial si no tenía el dinero sobre la mesa antes de una semana.

Michael Spinoza se negó a pagar la suma restante. Después de probar en vano todos los caminos para lograr que Meester cambiara su implacable postura, fue a juicio y logró que declararan inválido su contrato. Pero no quiso reclamar el adelanto de quinientos florines porque le daba lástima el endeudado Meester.

La pintura permaneció almacenada en el taller de Meester, envuelta en papel grueso, hasta el día de su muerte. La obra se conoce por *Caravaggio en compañía de la familia Spinoza*.

Mi tío abuelo nunca tuvo oportunidad de ver el cuadro, que se exhibe ahora en un museo de Ámsterdam, pero conocía la obra hasta el más ínfimo detalle.

Fernando afirmaba que al americano Bernard Berenson, tal vez el historiador del arte más destacado del siglo XX, se le habían saltado las lágrimas al ver por primera vez la obra. Por lo visto exclamó: «¡Los milagros existen para quien cree en ellos!».

Más tarde, en su libro *Seeing and Knowing* —que no he leído pero que reproduzco por boca de mi tío abuelo—, Berenson escribió que «se trata de la primera pintura moderna de la historia del arte, nada menos. Es una obra que marca época y que, con su destacada y explosiva fuerza artística, abrió un camino nuevo en el arte europeo».

## **LOS CHICOS Y LA PIEDRA**

Uriel deambuló por los estrechos callejones de Ámsterdam, tropezando por aquí y por allá con montones de basura. Una sofocante ansiedad le seguía los pasos. Tenía calor y se abanicaba con el documento que aquella misma mañana le había entregado el consejo judío, el Mahamad.

Miraba a hurtadillas los rostros de los desconocidos buscando una mirada amable, unos ojos que no estuvieran llenos de miedo o reflejaran la voluntad de distanciarse de él. Uriel era un hombre conocido en la judería. La gente lo miraba con desconfianza y desprecio. Algunos se burlaban de él, incluso había quien le escupía. Todo el mundo sabía quién era: el renegado, el hereje, un hombre que, según vagos rumores, había ocupado un alto puesto en la Iglesia católica de Oporto.

Los pensamientos daban vueltas por su cabeza. ¿Quién sabe realmente algo sobre otro ser humano? ¿Quién sabe lo que se oculta al fondo de un par de ojos o detrás de un rostro desnudo? ¿Quién sabe lo que esconde un alma y lo que se oculta aún más profundamente, aquello con lo que carga un individuo sin que él mismo lo sepa?

Delante de la Esnoga, la gran sinagoga, se cruzó con cinco niños que estaban jugando. Al oír sus gritos, cayó en la cuenta de lo lejos que estaba la vida de aquellos niños de su propia realidad. Uriel vivía como si siempre hubiera sido un adulto, sin evocar nunca imágenes ni recuerdos de su propia infancia.

Los niños lo reconocieron y se quedaron petrificados. Su fama había llegado hasta los habitantes más jóvenes de la judería. Todos los niños sabían quién era.

Uriel Spinoza era el judío que había vivido como un católico en Oporto. Era el católico que se había convertido al judaísmo ortodoxo y se había visto forzado a huir a los Países Bajos, que eran calvinistas y ofrecían un refugio para las minorías religiosas. Era el renegado de Ámsterdam que criticaba a los rabinos y ponía en duda la fe judía. Era un

marrano desarraigado que no pertenecía a ningún sitio.

En la escuela de religión, el severo rabino Orobio había explicado a los niños que Uriel Spinoza era el marrano que más claramente se había dejado influir por el catolicismo. Orobio afirmaba que estaba obsesionado con la fe católica, que su manera de vivir chocaba con los usos y costumbres de los judíos, y que su principal objetivo era minar la autoridad de los rabinos. Decía que era peligroso y que constituía una seria amenaza para los judíos de Ámsterdam. Con voz amenazadora, Orobio les había dicho: «Nadie debe nunca hablar con ese hombre. Él es el portavoz de las almas confusas. Su herejía puede dañaros de por vida, chicos».

Los niños estudiaron a Uriel a distancia. Era un hombre largo, flaco, huesudo, con la nariz aguileña y unos ojos oscuros y estrechos que miraban el mundo como si ya lo supieran todo. Caminaba un poco encorvado y arrastraba los pies, no a causa de la edad, sino porque estaba perdido en sus pensamientos.

Los niños empezaron a seguirlo y a gritarle cosas. Uriel se paró al oír las voces infantiles que le dirigían insultos que él ni siquiera sabía que existían. Se volvió y entonces uno de los chicos le lanzó una piedra que le dio en la sien. Notó que la sangre empezaba a correr por su mejilla izquierda. Tomó aire y suspiró sonoramente al darse cuenta de que el que le había arrojado la piedra era su propio sobrino Bento.

## **UNA DECISIÓN UNÁNIME**

Al llegar a su casa, Uriel se sentó delante de la mesa. La habitación estaba amueblada espartanamente y en aquel momento rebosaba silencio. Sacó el documento del consejo judío y lo leyó varias veces muy despacio.

La decisión era unánime. Por defender opiniones que cuestionaban dogmas de fe fundamentales, Uriel Spinoza era excomulgado de la comunidad judía de Ámsterdam. La excomunión entraba en vigor de inmediato y era de por vida. El documento estaba firmado por Michael Spinoza, su propio hermanastro.

Las manos de Uriel empezaron a temblar. Durante años había vivido aislado, en la extrema pobreza, sin nadie cercano y sin una mujer con quien compartir la cama. Pero nunca había experimentado tal sensación de exclusión. Le asustaba que lo hubieran excluido justamente las personas a las que pretendía alcanzar con sus pensamientos. Su voluntad de proporcionar acceso a la verdad a sus compañeros judíos había sido la fuerza que impulsaba su obsesiva búsqueda, que iluminaba sus días y que lo empujaba a entregarse al lento proceso de la escritura y al intento de encontrar el orden en la existencia.

Uriel no solía pensar en su infancia ni en su juventud. De niño siempre se había visto obligado a callar sobre sus orígenes judíos y a aparentar ser católico. Por eso había borrado esa parte de su vida de la conciencia. Al intentar pensar en su época en Oporto, tenía que hacer grandes esfuerzos por recordar siquiera unos retazos.

Quizá su pasado explicara el fuerte disgusto que le producía que los judíos exiliados disfrutaran tanto hablando de sus recuerdos de Sefarad, como si sólo la vida allí mereciera la pena ser vivida.

## **SUICIDIO EN EL EXILIO**

Mi tío abuelo nos contó en varias ocasiones que la Inquisición española extendió el

miedo y la muerte por toda la Península Ibérica. Nos explicó también que cuanto más atroz era la persecución de los judíos, tanto más tercamente se aferraban éstos a la fe de sus padres.

No nos ocultaba que muchos de ellos se venían abajo al exiliarse en Holanda, a pesar de que allí podían vivir en libertad y de acuerdo con sus tradiciones. Pero las imágenes y los recuerdos recurrentes, atraídos por los campos magnéticos de los sueños, los atormentaban incesantemente. Y algunos de ellos no eran capaces de soportar la pérdida de Sefarad, la España judía.

«Los suicidios llegaron con los exiliados. Tenían lugar en silencio, con discreción, y nunca se hablaba de ellos», nos explicó mi tío abuelo.

¿Pero qué sabíamos nosotros de suicidios? Teníamos doce años y no entendíamos nada, por mucho que nos esforzáramos.

Mi tío abuelo nos contó que Michael Spinoza tenía un vecino judío y temeroso de Dios. Lamentablemente había olvidado cómo se llamaba. El hombre era un padre de familia de unos cuarenta años, rígido, nervioso y de hombros torcidos, una de esas personas a las que la vida somete a duras pruebas y que buscaba consuelo en los escritos religiosos. Una tarde jugó durante horas con sus cinco hijos, les dio golosinas y, al acostarlos, les contó cuentos. Su mujer estaba fuera porque había ido a ayudar a una joven familiar en un parto. Cuando la mujer volvió a casa a la mañana siguiente, encontró a sus hijos degollados. El marido, que estaba cubierto de sangre, se había colgado de su propio chal de rezos, sin dejar una carta de despedida.

Bialomba. De pronto a Uriel le vino a la cabeza el nombre de este raro árbol.

Según una vieja tradición portuguesa, los incomedibles frutos del bialomba se entristecen profundamente en otoño. Entonces caen al suelo, se encogen y se transforman en mariposas monarca con una media luna de color amarillo fuego en las alas. Si sopla el viento, hay que levantar delicadamente a las mariposas y lanzarlas al aire, sólo así pueden vivir y volar. De lo contrario, hay que dejarlas tranquilas en el suelo hasta que mueren de hambre. Si se hace así, no pasa nada y la vida sigue su curso habitual. Pero si se trata a las mariposas con descuido, si se las pisa o las mata de alguna otra manera, traen mala suerte.

Uriel intentó desenterrar otras escenas y episodios de los sedimentos de su interior.

Pero lo único que le venía a la cabeza era un recuerdo de su juventud: había estado en un bosque a las afueras de su ciudad natal, se sentía invencible y despreocupado, y por pura rebeldía había pisoteado unos frutos de bialomba que estaban en el suelo, destrozando incontables mariposas.

Los rabinos describían el orden del mundo como algo inaprensible para el hombre, un misterio que sólo Dios podía penetrar. Uriel había cuestionado esta idea y buscado otra visión. Él creía que el mundo se podía medir y pesar, y que era posible describir sus misterios. Esta convicción lo había convertido en un renegado.

De pronto, le pareció que el mundo era misterioso e insondable, y que estaba regido por fuerzas invisibles que las personas eran incapaces de comprender. Si había un orden en el cosmos y un sentido en todo lo creado, quedaba más allá de la capacidad de comprensión de las personas.

Pero si no comprendíamos nada y nuestra vida no era el resultado de las elecciones propias, porque el destino lo tenía todo decidido desde hacía mucho, ¿qué significado tenía entonces la vida del individuo?

Toda su vida y su conciencia giraban en torno a esta pregunta: ¿qué sentido tenía la vida del individuo?



De repente se desató un alud en el interior de Uriel. Su fe y su filosofía, todo el sistema de valores que para él determinaba lo correcto y lo incorrecto, todo lo que había desarrollado en protesta contra los dogmas cristianos y judíos, todo se vino abajo. De pronto sus propios pensamientos le parecieron absurdos y los desechó.

Concluyó que los caminos de Dios son insondables para el ser humano. Se acercó a su pequeña biblioteca y deslizó las yemas de los dedos por los lomos de los libros. Ahí estaban las obras con sus mensajes y sus sabias palabras que ya no le incumbían. Sus propios trabajos le parecieron superficiales e indiferentes. Se arrepintió de haberlos escrito.

Volvió a sentarse ante la mesa. Tenía ante sí el documento del consejo judío, una pistola cargada, un par de hojas sueltas, un pequeño tintero y una pluma de acero. Mojó la pluma en la tinta, dejó caer unas gotas y escribió: «¿Cómo habría sido mi vida si no hubiera pisado el fruto de la bialomba?».

Después se llevó el cañón de la pistola al punto de la sien donde le había abierto un agujero la piedra de Bento. Inspiró profundamente y apretó el gatillo con el dedo índice.

## **EL COMETA Y LA MUERTE**

La misma noche que Uriel Spinoza se quitó la vida, un enorme cometa surcó el cielo. Corrían rumores de que la cola del cometa iba a rozar la Tierra. Un cura católico de Nijmegen, a todas luces bajo los efectos del alcohol, había predicho que esa noche desaparecerían los judíos y que la pecaminosa Ámsterdam sería arrasada. Esto se lo había comunicado el arcángel Gabriel. En Eindhoven, otro cura protegido del príncipe Federico Enrique de Orange había visto el plan de la creación en unas hojas de té y había anunciado la llegada del Anticristo a lomos del cometa. Por todas partes se hablaba del inminente fin del mundo.

Esa noche, mucha gente se había reunido en casa de Michael Spinoza para ver el cometa. Había inquietud en el ambiente. El anfitrión aseguró a sus invitados que no había llegado el Día del Juicio y que no había razones para sucumbir al pánico. Explicó que su pariente el cabalista Moishe de Espinoza, loado fuera su recuerdo, había observado el mismo cometa en Granada en 1325 y había calculado que regresaría al cabo de trescientos quince años y pasaría a una distancia segura de la Tierra.

Sus tranquilizadoras palabras no convencieron a todos. Cierta escepticismo se reflejaba en muchos rostros.

Cuando empezó a oscurecer, un criado apareció corriendo para anunciar que el cometa podía verse desde la ventana de la última planta. Todos subieron precipitadamente las escaleras.

Bento estaba aterrado por el cometa que iba a arrasar la casa de su familia. Miró a su hermano pequeño Isak, que estaba jugando en el suelo, y por un súbito impulso y sin preámbulo alguno, le dio una fuerte patada en la cabeza. Bento creía que estaban solos en la habitación, pero su padre había regresado para coger sus gafas y vio lo que pasó desde el umbral de la puerta.

La cara de Michael Spinoza se oscureció de furia. Se acercó a Bento, lo agarró del brazo, se lo llevó a su despacho y lo castigó a quedarse en el rincón de la vergüenza. En el momento en que le decía las últimas palabras a su hijo, un miembro del consejo judío irrumpió en la habitación con la lengua fuera.

—Ha ocurrido algo espantoso —exclamó el recién llegado con voz temblorosa—.

Han encontrado a su hermanastro Uriel muerto en su casa. Había mucha sangre por todas partes y tenía un enorme agujero en la sien.

Bento se puso colorado, se le aceleró el corazón y salió corriendo de la habitación. Pensaba que había matado a su tío Uriel.

—Perdóneme, señor Spinoza —dijo el hombre que había traído la noticia, bajando la voz—, ha sido una falta de delicadeza por mi parte contarle esto delante de su hijo. No entiendo qué me ha pasado, me parecía necesario que usted lo supiera. Bueno, pensando en la decisión del consejo... Pero debería haber tenido más cuidado, claro. Bento es un chico sensible.

## **EL NIÑO PRODIGIO**

Pasaron los años y el cometa quedaba muy lejos, pero cada vez que Michael Spinoza notaba lo mucho que le pesaba que Bento viviera en Rijnsburg, lo embargaba la tristeza y se acordaba de aquella noche.

La larga cola del cometa había iluminado el cielo nocturno de Ámsterdam. Había sido una experiencia fascinante, pero aterradora, que había asustado a muchas personas. Algunos habían creído que Europa quedaría reducida a cenizas, otros habían caído de rodillas y se habían entregado a rezar, hubo quien creyó ser testigo de la resplandeciente gloria de Dios. El cometa había pasado muy cerca de la Tierra sin dejar huellas físicas y había continuado su apacible viaje por el cosmos, exactamente como había predicho Moisés de Espinoza trescientos quince años antes.

El recuerdo más vívido que guardaba Michael Spinoza de aquella noche era la extraña e inexplicable transformación de la personalidad de Bento. Parecía otro chico. El padre pensaba a menudo que podía haber sido por influjo del cometa. En todo caso, de un día para otro, Bento pasó de ser un niño travieso y rebelde a ser el niño más bueno y considerado que uno pudiera imaginar.

Cuando se trataba de los estudios, Bento no necesitaba que lo animaran. Era un alumno ejemplar y el gran orgullo de su colegio. Todo el que lo conocía se entusiasmaba con él. Con sólo once años podía recitar la Torá y la Gmara del derecho y del revés, y lo sabía todo sobre Abraham, Isaac y Jacob, como si hubiera tratado con ellos en tiempos inmemoriales.

El rumor sobre su brillante cerebro llegaba incluso a las comunidades más allá de los límites de Ámsterdam y se auguraba un espléndido futuro como rabino.

Pero un día sucedió algo en la vida del joven que transformaría su camino en la vida.

Michael Spinoza tenía una de las mayores bibliotecas privadas de la ciudad. Allí fue donde Bento encontró los escritos de Uriel Spinoza después de semanas de búsqueda. Estaban concienzudamente ocultos detrás de otros libros.

El chico leyó las obras a escondidas y con un respeto que superaba incluso al de su estudio de la Torá. A pesar de que Uriel escribía con enorme brillantez y perfección, al principio Bento no entendía nada. Pero no se dio por vencido. Se sentía obligado a seguir leyendo porque estaba convencido de que había matado a su tío. Esta obsesión le pesaba en el alma, era una pesadilla que llevaba años persiguiéndolo. Sobre el trasfondo de este acto terrible, no suponía para él ningún esfuerzo profundizar en los escritos del renegado y averiguar quién había sido en realidad, qué había pensado y qué había escrito. Bento

consideraba más bien que era su obligación hacerlo.

Lo leyó todo varias veces, palabra por palabra y sin saltarse nada. Profundamente concentrado en cada detalle, intentó interpretar el mensaje subyacente, pero le costaba comprender los pensamientos de Uriel. No por falta de capacidad o persistencia, sino porque estaban escritos con una lógica distinta a la que caracterizaba los textos religiosos judíos normales. Lo que sí le quedó claro de inmediato era que su tío había trabajado con enorme honestidad. Y lo único que lamentaba era que Uriel hubiera sido tan escueto escribiendo sobre sí mismo.

En aquellos textos, Bento encontró asombrosas afirmaciones que casi le cortaban la respiración.

En una página de *Sobre a mortalidade da alma do homem* (Sobre la mortalidad del alma humana) se decía que tres días después de la muerte, el alma tiene ocasión de contemplar el pobre cuerpo que hasta entonces la ha albergado y está ya en vías de descomposición, y entonces lo abandona para siempre y se disuelve.

En otro lugar, en *Propostas contra a tradição* (Propuestas contra la tradición), se cuestionaba que Dios realmente hubiera entregado la ley a Moisés y al pueblo judío en el Monte Sinaí.

La mayor parte de la sustancia de aquellos textos —sus audaces ideas y sus vertiginosos razonamientos— chocaba con las concepciones de la época y con todo lo que Bento había aprendido en casa y en la escuela del Talmud Ets Haim. Unas veces la lectura le producía rechazo, otras veces lo indignaba y pensaba que nada podía justificar que Uriel hubiera llevado sus conclusiones tan lejos como para minar la autoridad de la doctrina judía. Pero por lo general se sentía sobre todo confuso e inseguro.

Después de meses de intensa lectura, Bento empezó a sentir tedio. A esas alturas ya se estaba hartando de lo que más le había impresionado al principio —el lenguaje limpio e inigualablemente elegante de Uriel—, sobre todo porque apenas compartía una sola de las opiniones del renegado. Un día, después de sus intensos esfuerzos por entender el mensaje oculto tras los miles de frases que su tío había compuesto en soledad, el muchacho encontró una que captó su atención y le causó una fuerte impresión: «Lo más importante no es tener razón, sino atreverse a pensar por sí mismo, a poner en duda los dogmas ancestrales y a defender las convicciones propias».

Bento se mareó. Leyó la frase al menos cien veces y repitió en voz alta las palabras: «... a poner en duda los dogmas ancestrales y a defender las convicciones propias».

De pronto vio clara su vocación y decidió consagrar su vida a la búsqueda de su propio camino, a formular sus propias ideas y a transmitir verdades, aunque todavía fuera demasiado joven para saber sobre qué iba a escribir.

## **LA TORÁ CON NUEVOS OJOS**

Bento empezó a leer la Torá con nuevos ojos, sin saber hasta qué punto estaba dirigido por la mano invisible de Uriel. Leía y hacía anotaciones. Sus ojos refulgían y sus apuntes eran cada vez más críticos y cuestionaban cada vez más cosas.

Comprendió que Uriel había puesto el dedo en la llaga de una cuestión importante del texto sagrado, a saber: que el Pentateuco no aportaba ninguna prueba que corroborase una parte de sus tesis centrales.

Bento empezó a buscar una nueva orientación. ¿Tal vez no había ninguna verdad

absoluta? ¿Quizá el mundo sólo existía por medio de treinta y seis historias?

En el seminario de rabinos, Bento estaba como transformado. Todo el mundo se preguntaba qué le habría sucedido. Estaba distraído, cada vez más encerrado en sí mismo y entregado a ensoñaciones. Empezaron a correr rumores de que estaba poseído por un espíritu maligno, un *dybbuk*, y se susurraba que el espíritu del difunto hereje Uriel Spinoza se había apropiado de su cuerpo.

Cuando los profesores le preguntaban cómo estaba, Bento respondía con preguntas: «¿Realmente Dios no tiene cuerpo?», «¿Es el alma inmortal?», «Un recién nacido que muere al cabo de dos días, ¿tiene alma?», «¿La Providencia divina dirige el mundo de la mejor manera posible?».

El rector Morteira, respetado conocedor del Talmud, se llevó al joven a un rincón oscuro del colegio, le puso la mano en el hombro y bajó la voz.

—Bento, ¿qué estás haciendo? De verdad que no te reconocemos. Te comportas de un modo muy extraño. Estás generando inquietud y confusión entre todo el mundo. Y tus preguntas... ¿son realmente peligrosas! Ningún judío puede dejarse llevar por tribulaciones como las que ocupan tu cabeza. Esas cosas acaban irremediablemente volviéndote loco. Tienes que liberarte de estos pensamientos tan incómodos. Es mejor que estudies el Talmud porque eso te devolverá al camino recto. Hay malas lenguas por todas partes y te puedes meter en un lío. Si tus palabras llegaran a los oídos equivocados, podría ser peligroso para todos nosotros. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

Pero las preguntas seguían asediándolo y Bento no era de los que se callaban. Llegado el momento, reunió sus apuntes y elaboró un escrito. Su poderosa defensa de la libertad del espíritu causó conmoción en los círculos judíos de Amsterdam. Y después siguieron más escritos.

## **EL CONSEJO JUDÍO INTERVIENE**

El consejo judío quiso acallar a Bento alegando una verdad superior. Lo llamaron para interrogarlo, con la esperanza de que se arrepintiera y se retractara de lo que había escrito. Sin embargo, para sorpresa de todos, Bento se declaró culpable de todo lo que le acusaban e incluso parecía enorgullecerse de ello. A pesar de que todos los miembros del consejo judío sentían un gran respeto por Michael Spinoza y nadie discutía el brillante intelecto de Bento, se vieron forzados a dictar una sentencia justa.

—No juzgamos a tu hijo, querido amigo, por lo que ha dicho y escrito —le explicó el presidente del consejo a su antecesor Michael Spinoza—. Eso ha sido muy imprudente por su parte, pero puede achacarse a su juventud. Lo hecho, hecho está y no se puede deshacer. Lo juzgamos para que no vuelva a errar y para que otros no sigan su ejemplo. Como recordarás, tuvimos la misma discusión respecto de tu hermanastro Uriel.

Intento entender cómo y por qué los miembros del consejo judío declararon hereje a Bento y lo expulsaron de la comunidad.

Hoy en día es fácil ver a estos hombres como viejos bufones y despotricar sobre sus decisiones. Pero es innegable que las tesis de Bento podían influir sobre los pensamientos de la gente, generar confusión y amenazar la dinámica de la comunidad judía. Lo que más asustaba al consejo era que el alcalde de Amsterdam reaccionara ante las críticas de Bento a la religión. Los Países Bajos eran un estado moderno, dirigido por eficientes hombres de negocios que apoyaban las ideas liberales de la época, mostraban tolerancia religiosa y

aceptaban a los judíos, siempre que éstos no se dedicaran a dudar de todo lo que era posible dudar, como hacía Bento.

Ante todo, los ancianos del consejo no pudieron hacer la vista gorda con el hecho de que el joven cuestionara la Torá. Los creyentes no podían aceptar que negara que el pueblo judío estuviera atado por la ley de Moisés y fuera el elegido de Dios. En ese asunto, opinaban que Bento había traspasado todos los límites.

El rabino Isaac de Fonseca Aboab leyó en alto el siguiente texto:

«En consonancia con el juicio de los ángeles y las palabras de los benditos, maldecimos, condenamos, rechazamos y excomulgamos a Bento Spinoza. Con la aprobación de Dios y de esta comunidad sagrada y de los sagrados libros de la Torá y de las seiscientos trece prescripciones que contiene, lo maldecimos con la maldición que Josué lanzó sobre Jericó y con la que Eliseo condenó a los malvados muchachos, y con las maldiciones que se anuncian en la Ley.

»Maldito sea por el día y maldito por la noche, maldito cuando se acueste y maldito cuando se levante, maldito cuando vaya y maldito cuando venga. Que el Señor no lo perdone nunca y que la furia de Dios caiga sobre él cargándolo con todas las maldiciones descritas en el libro de las Leyes. Y el Señor erradicará su nombre bajo el cielo y el Señor lo expulsará de las tribus de Israel, con todas las maldiciones del firmamento, como está escrito en estas Leyes. ¡Y que vosotros, que estáis atados a Dios, permanezcáis ilesos!

»Guardaos: nadie debe mantener trato con él, ni de palabra ni por escrito, nadie le hará el menor favor, nadie vivirá bajo el mismo techo que él, nadie se le acercará más de cuatro codos, nadie leerá nada escrito ni elaborado por él».

## **LA LIBERTAD EN RIJNSBURG**

En septiembre de 1656, después de haber sido excomulgado por el consejo judío de Ámsterdam, Bento bajó a toda prisa y algo exaltado las escaleras de su casa natal. Llevaba en la mano una maleta que había hecho precipitadamente. En la entrada lo esperaban su madre, su padre y sus dos hermanos. El padre le puso las manos sobre los hombros y le aseguró que todos velarían por su bienestar. La madre pensaba que pronto volvería a casa y que todo se desvanecería como una pesadilla.

El hermano menor, Isak, que era regordete, nervioso y tenía muchas preocupaciones, tuvo un ataque de rabia, rompió un jarrón que estaba en el marco de la ventana y pataleó. Después berreó que aquello era injusto y no se calmó ni cuando se lo pidió su madre. Pero cuando su padre le pellizcó la mejilla y le preguntó dónde había dejado su sensatez, se controló.

El hermano mayor, Benjamin, que hablaba como un poeta y escribía ciclos de sonetos de composición perfecta dedicados a Dios, le aseguró que no tardaría en seguirlo para velar por su bienestar y ser su compañero a lo largo de la vida. Recordó a Bento que el destierro se debe ver como un regalo de la Providencia puesto que las pruebas a las que somete el exilio funcionan, incluso para quien carece de una naturaleza excepcional, como una fantástica guía hacia la virtud, el valor y la audacia, cualidades que no se presentan en quienes viven en seguridad, alejados de todo peligro. Esto lo había leído Benjamin en el gran pensador Moshe ben Maimon.

Bento sintió pudor cuando el pelo de su madre le rozó la mejilla al darle un beso de despedida. El padre se preguntó si alguna vez volvería a verlo, pero no dijo nada. Acarició

la cabeza de su hijo y lo ayudó a subir al coche que lo estaba esperando. A continuación, Bento abandonó por primera vez en su vida la región en la que había crecido, y a pesar de que había prometido a sus padres volver pronto, nunca lo hizo.

El viaje a Rijnsburg fue incómodo. Bento intentó leer, pero al cabo de pocos minutos levantó la vista y se lamentó calladamente de las sacudidas del coche. Se estaba mareando. En varias ocasiones creyó que iba a vomitar. Aun así sentía una peculiar alegría, casi un regocijo.

Lo más probable es que cualquiera en su situación —se había visto obligado a dejar atrás su judaísmo, a su familia y su ciudad natal— se hubiera sentido inseguro con respecto al futuro, puesto que una persona que no pertenecía a ningún sitio en el mundo era considerada una burla al sentido común. Pero Bento se sentía extrañamente libre: libre de toda atadura, libre de la época y del lugar en el que había nacido, y ante todo libre de pensar por sí mismo.

Le encantaba su existencia en Rijnsburg, a pesar de que vivía en un sótano que olía moho. Pronunciaba conferencias académicas sobre Dios, la única sustancia necesariamente existente, y realizaba intensos estudios, no sólo de filosofía cartesiana. Le interesaba todo. Medía a diario la presión del aire e investigaba el agua, la tierra y el color del cielo. Los vecinos pensaban que estaba loco, pero él sabía que eso era algo a lo que tenía que acostumbrarse cualquiera que pensara libremente.

## **BENJAMIN HACE SU ENTRADA**

En realidad Bento no quería que su hermano mayor lo siguiera. Siempre se había sentido controlado en compañía de Benjamin. Durante meses se resistió a decir que sí, pero Benjamin insistió tanto que Bento, en un momento de debilidad, cedió con la esperanza de que la cosa al final quedara en nada.

Benjamin encontró a su hermano de cuclillas en el suelo, inclinado sobre *Los principios de la filosofía* de Descartes, flaco, con las mejillas hundidas, bañado en sudor por el calor estival, con la mente rebosante de pensamientos panteístas e indiferente al caos de comida mohosa y de tazas, platos y cubiertos sucios que lo rodeaba. El aire de la habitación estaba estancado como en la cámara mortuoria de un faraón. El polvo del suelo mostraba huellas de tres o cuatro generaciones de ratas que habían roído el lomo del Talmud y habían hecho sus nidos en tres sitios diferentes de la cama.

Benjamin comprendió enseguida que su hermano rara vez recibía visitas, y menos de mujeres. Estuvo a punto de soltar un comentario, pero cayó en la cuenta de que Bento se lo tomaría como un profundo agravio y consiguió controlarse.

Los dos hermanos tenían muchas cosas en común, pero en lo que respecta al orden eran absolutamente contrarios. A eso se debía principalmente que Bento siempre hubiera sentido cierto rechazo hacia su hermano, un año mayor que él.

Benjamin era un pedante que necesitaba el orden y la regularidad en la vida, así que se puso de inmediato manos a la obra. Mientras Bento se explayaba sobre sus ideas en torno a los pilares de la filosofía cartesiana, Benjamin tapió un par de guaridas de ratas, fue a buscar agua, lavó las sábanas en un barreño y las colgó en el patio, fregó el suelo, secó las paredes y ordenó los libros, pero no por orden alfabético ni por temática, sino por tamaño. Cuando acabó de ordenar, se sentó en una silla, inspiró profundamente un par de veces, escuchó la campana que daba las ocho desde el campanario y se sintió preparado para

empezar una nueva vida junto a Bento.

## **DIOS Y MALOS PULMONES**

Por el día, los hermanos pulían vidrios ópticos y lentes para catalejos en un taller en las inmediaciones. El trabajo les llenaba los pulmones de polvo de vidrio y los bolsillos de unos ingresos humildes, pero estables. Por la noche, cuando nadie los oía, mantenían discusiones audaces y muy poco convencionales sobre la libertad humana y las posibilidades del hombre de vivir con justicia en una existencia dictada por la vinculación a la ley.

Eran jóvenes, decididos y libres, y pensaban llevar a cabo grandes cosas juntos. Pero antes, a propuesta de Benjamin, profundizarían en su propia conciencia y evolucionarían espiritualmente, porque sólo las criaturas con alma podían usar de modo correcto la razón. Después explorarían la vida humana y averiguarían todos sus secretos. A ambos les interesaban las cuestiones que atañían al corazón, pero evitaban conscientemente pensar en las demás partes nobles del cuerpo porque no querían caer en la tentación del despreciable deseo sensual.

Una noche lo vieron todo claro. La comprensión de la verdad más fundamental casi les hizo perder el conocimiento. Bento intentó plasmar sus pensamientos sobre el papel, pero fracasó. La mano le temblaba incontroladamente por la excitación. En su lugar fue Benjamin quien tuvo que coger la pluma, puesto que tenía más facilidad para expresarse por escrito.

«A Dios nadie puede verlo, conocerlo ni definirlo», escribió. «Dios existe en todo, pero permanece mudo e inalcanzable. En su creación ha dejado huellas que podemos estudiar y seguir».

Los hermanos sentían una profunda gratitud por la gracia que les había sido concedida. A veces Benjamin rompía a llorar, no por pena, sino por una intensa alegría. Se sentía el hombre más afortunado del planeta.

La primera obra de los hermanos, *Conversas*, era un breve panfleto donde desarrollaban su elocuencia y sus argumentaciones. Sólo se publicó un puñado de ejemplares porque el impresor Pieter van Driest temía a las autoridades eclesiásticas que tenían por costumbre enviar sin previo aviso espías, *visitatores librorum*, para estudiar los libros recién salidos. La censura era estricta, aunque existía cierta tolerancia para los puntos de vista divergentes, siempre que éstos se expresaran aisladamente y las ediciones fueran pequeñas. No obstante, apenas un par de meses antes, dos imprentas de libros habían sido presa de las llamas en Leiden. Había que estar en guardia. Por eso el panfleto salió con un subtítulo en latín: *CAUTE*, cuidado.

*Conversas* contenía las discusiones de los hermanos, pero en la portada sólo aparecía el nombre de uno de sus autores: Bento Spinoza.

Benjamin era una persona noble e indiferente a los honores superficiales. Era humilde en sus exigencias con la vida y su principal preocupación era estar cerca de su hermano, apoyarlo y protegerlo. Era suave y amable con los demás, aunque consigo mismo era severo. Se pasaba las noches ante su escritorio. Una pluma de acero mojada en tinta era su instrumento de escritura. Con incansable fuerza creativa, compuso los trabajos filosóficos que granjearon a su hermano un creciente renombre. Nunca exigió nada para sí mismo, mucho menos su espacio en la portada de un libro. Lo que quería era que Bento

llegara a ser reconocido y desagraviado, esperaba sencillamente una disculpa del Mahamad, el consejo judío de Ámsterdam.

La salud de Bento se deterioraba. Por herencia materna tenía los pulmones débiles y en el taller de pulido de lentes se le habían llenado de polvo de vidrio. Sufría crisis respiratorias con frecuencia creciente y tenía fuertes dolores en todo el cuerpo. Por las noches a veces le daban escalofríos y le subía la fiebre. Se quejaba de que sentía que el cuerpo le fallaba y que estaba a punto de descomponerse, lo cual preocupaba profundamente a Benjamin. Bento se adelgazaba a ojos vista y se volvía cada vez más apático.

Benjamin lavaba a su hermano con una decocción de hierbas y le restregaba el pecho con una mezcla de fuerte olor. Pero ni eso ni los sangrados lo ayudaban. Sus males no remitían y los hermanos no podían permitirse llamar a un médico. Para poder pagar los gastos de impresión de los escritos que se publicaban con el nombre de Bento, Benjamin se había visto obligado a pedir prestado dinero por todas partes. Estaba fuertemente endeudado y sus acreedores se negaban a concederle más préstamos.

¿Qué podían hacer?

Bento se resignó. Benjamin especuló y no tardó en encontrar una solución.

## **LA SALVACIÓN EN LA NECESIDAD**

Benjamin decidió casarse. Estaba dispuesto a todo por ayudar a su hermano. Redactó una carta muy poética dirigida a una mujer sefardí algo mayor que él que vivía en Rijnsburg y era conocida por haber heredado una fortuna de su padre. En aquella carta le pedía su mano.

Como es natural, a una mujer tan rica no le faltaban pretendientes, pero todos los que se habían presentado a lo largo de los años se habían dejado amedrentar por su extrema fealdad o habían sido rechazados al considerarse que sus intenciones no eran suficientemente serias, puesto que estaban más preocupados por la dote que podían esperar, que por su futura esposa. Por eso los viernes por la tarde, cuando las demás judías acudían del brazo de sus maridos a la misa del sabbat, Mafalda Fonseca se dirigía a la sinagoga con paso decidido para rogar a Dios que le concediera la gracia de conocer el amor.

Mafalda nunca se había imaginado que la lengua judeoespañola pudiera tener un timbre tan hermoso y contener tantas palabras bellas. Leyó una y otra vez la carta de Benjamin con arrebato y un fuego que surgió inesperadamente en sus mejillas. Por primera vez en su vida, aquella mujer que llevaba tanto tiempo sufriendo por su soledad, pudo cavilar seriamente sobre las muchas posibilidades del amor. Comprendió que no era demasiado tarde para ella y esa misma tarde respondió a la carta.

La boda tuvo lugar un mes después.

Benjamin sabía poco sobre las mujeres. Todo lo que sucedió la noche de bodas era nuevo para él, muy fácil y muy difícil al mismo tiempo.

Mafalda tomó la iniciativa de inmediato y la mantuvo durante toda la noche. Benjamin se alegraba de que la fea mujer con la que se había casado fuera tan hermosa debajo del vestido. Al mismo tiempo le asombraba que alguien pudiera sentir tanta pasión por su cuerpo. Cuando su miembro aparentemente inerte se levantó en una fuerte erección, se acordó involuntariamente de una plegaria de bendición que murmuró para sí: «*Baruj Atah HaShem mejaye HaMetim*». (Alabado sea Dios que despierta a los muertos).



Nunca había pensado que una mujer pudiera sentir un profundo placer físico que la hiciera gritar intensamente. Mafalda lo asustó un poco, pero se sintió muy feliz.

Después compartieron una copa de vino tinto.

Mafalda se sentía enormemente dichosa de que el Señor la hubiera mirado con buenos ojos. Por fin había encontrado un esposo judío y su unión sería tan feliz como la de sus padres, cuya cariñosa y cálida relación había dejado muy buenos recuerdos en ella. Además, su marido era un hombre culto y bueno, que había despertado un tórrido deseo en ella por medio de su cercanía y su tacto, y sembraba generosamente su semen en la tierra fértil de su útero. En otras palabras: todas las delicias del matrimonio estaban a su alcance.

¿Qué más podía pedirle a la vida?

## **UN HERMANO DE MÁS**

Sin embargo, no tardaron en formarse oscuros nubarrones sobre la casa de la Singelstraat, dado que Benjamin no venía solo al matrimonio, también trajo a su hermano.

Cada día Mafalda se percataba de que Benjamin pasaba más tiempo con Bento que con ella y se sintió triste y sola. Mientras los hermanos estaban absortos por sus animadas conversaciones, la única compañía de Mafalda era el silencio. La mujer echaba también en falta los juegos nocturnos con su marido. Se pasaba noche tras noche desnuda bajo la sábana, esperando a Benjamin con el corazón palpitante en la oscuridad, pero su marido se empeñaba en quedarse hasta las tantas pasando a limpio los apuntes de Bento. Al final se convenció de que Benjamin se preocupaba más por Bento que por ella. Su rostro se puso rojo de rabia y se encerró en el dormitorio para llorar. Durante tres meses lloró todos los días y poco a poco los celos envenenaron su alma.

Mafalda no soportaba a Bento, y no sólo porque le impedía disfrutar de los frutos del matrimonio. Lo encontraba arrogante y despectivo, no lo entendía en absoluto. En ocasiones tenía sencillamente la sensación de que estaba loco. Sus constantes exposiciones de diversos axiomas y premisas, o de la geometría de Euclides, eran a sus ojos una forma de locura avanzada. Bento podía pasarse horas mirando fijamente la pared, sin estar receptivo a nada, sumido en un misterio que él mismo había inventado. Y a Mafalda le molestaba que por las noches roncara en alto y tosiera.

Mafalda no quería que Bento siguiera viviendo con ellos. Dudaba que fuera saludable vivir bajo el mismo techo que él porque opinaba que le arrebatara las fuerzas a la gente de su entorno, sobre todo a Benjamin. A ella la hacía sentirse como una criatura espectral.

Benjamin tuvo que emplear todos sus recursos para controlarse y ocultar su desesperación. Éste había sido su mayor temor.

Pero Mafalda era inamovible: Bento tenía que abandonar la casa. La mujer estaba dispuesta a cualquier cosa, salvo a que su cuñado pasara un solo día más en la casa de Singelstraat. Sufrió un súbito ataque de furia, gritó: «¡Lo quiero fuera, fuera!», arrojó un tintero contra la pared y se arrojó sobre la cama sollozando de autocompasión.

Benjamin comprendió que no serviría de nada argumentar contra Mafalda, porque la tensión que se había creado entre ellos en las últimas semanas había alcanzado el punto de ruptura. No tenía elección, iba a tener que ceder por mucho que le doliera. La razón le decía que cuanto antes resolviera la situación, tanto mejor. Pero tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para contárselo a su hermano.

Bento enrojeció de disgusto al conocer la noticia. Intentó ignorar a Benjamin, sacó su lupa, estudió dos moscas que había sobre la mesa de la cocina y razonó filosóficamente, al modo de Descartes, sobre el valor de sus vidas. Pero no sirvió de mucho. Dos días más tarde tuvo que empaquetar sus cosas y mudarse a casa de un conocido, el pintor Mesach Tydeman, que vivía en la bucólica Voorburg, a las afueras de La Haya.

Benjamin prometió a Bento que velaría por su bienestar, no sólo pagando la manutención y el alojamiento en casa del pintor, sino ayudándolo a redactar sus pensamientos filosóficos.

Al marcharse, Bento dejó a Benjamin sumido en la tristeza y con una considerable dosis de remordimiento de conciencia, pero también dejó una serie de deudas insospechadas que su hermano tuvo que pagar, al igual que considerables facturas médicas. A Benjamin le había parecido cruel echar a Bento de la casa. Pensaba que su hermano estaba demasiado enfermo para estar solo y que su mujer debería haber sido más compasiva. Por eso mantuvo cierta distancia con ella, pero unos días más tarde, cuando ésta le tendió la mano conciliadoramente, la cogió encantado.

Benjamin no tardó en descubrir lo agradable que era la vida en la casa de la Singelstraat... sin Bento. Mafalda estaba siempre de excelente humor y él había empezado a tener tiempo para los placeres y la fertilidad matrimonial. La pareja tuvo cuatro hijos, que el padre educó según un sistema pedagógico que había desarrollado él mismo. Los cuatro fueron hombres cultos. El mayor, Aron, fue rabino superior de París, otro fue profesor en la Sorbona. Con el tiempo, los cuatro hijos con sus familias acabaron en Francia.

## **EL CABALISTA**

El primero que descubrió los trabajos de los hermanos Spinoza fue Abrabanel ben Israel, a quien la *Enciclopedia Judaica* presenta así:

«Abrabanel ben Israel (1619-1688), nacido en Andalucía como Solomon Des Pino-Zaah, también conocido como ABI, activo en Holanda, fue un sefardí sabio, cabalista, diplomático, escritor, rabino liberal y fundador de la primera imprenta de libros judía. Mantuvo correspondencia con muchos de los filósofos más destacados de su tiempo y con miembros de las familias reales de Europa. En 1655 visitó en Londres a Oliver Cromwell y habló en el Parlamento. Gracias a su brillante argumentación, logró que los representantes de la cámara alta abolieran la ley que desde 1290 prohibía a los judíos asentarse en Inglaterra. También fue buen amigo de Rembrandt, quien pintó su retrato».

Revelaré de inmediato quién se ocultaba tras el nombre de Abrabanel ben Israel: nada menos que Salman de Espinoza, que vigilaba a sus parientes en Ámsterdam, del mismo modo que antes había seguido a distancia la vida en España y Portugal de sus hijos y sus nietos, y de los hijos y nietos de éstos. Salman actuaba bajo diversos nombres para evitar que se revelara su verdadera identidad. En aquella época tenía más de trescientos años, aunque su aspecto era el de un hombre medianamente joven porque no podía morir.

Vuelvo a meterme en un lío al dejarme llevar por una de mis ocurrencias, estas pequeñas historias que en pocos segundos se forman en mi cabeza. Pero, a propósito de la muerte, de pronto he pensado en la cábala.

Yo tenía nueve años cuando mi tío abuelo nos habló por primera vez del padre de Salman, Moishe, y decidí de inmediato que sería como él y me convertiría en cabalista, aunque, evidentemente, se trató más de una decisión intuitiva que basada en un

conocimiento suficiente de los hechos. Yo me imaginaba que un cabalista era una especie de aristócrata distinguido, valiente y que emanaba dignidad, vestido con una elegante armadura y montado sobre un orgulloso caballo blanco. Probablemente había confundido las palabras cabalista y caballero.

Algunos años más tarde, mi tío abuelo nos explicó con todo detalle a mi hermano Sasha y a mí a qué se dedicaban los cabalistas. Valiéndose de un complicado sistema, los cabalistas calculaban el valor numérico de las palabras, con el propósito de encontrar relaciones ocultas en la existencia y verdades eternas bajo el movimiento incesante de las esferas celestes. Aunque sin duda estas explicaciones superaban mi capacidad de comprensión, no hicieron más que reforzar mi interés por ser cabalista.

Con trece años, siguiendo las instrucciones que nos había dado mi tío abuelo, llevé a cabo un sencillo cálculo cabalístico, basado en las letras del nombre de Sasha y nuestra fecha de nacimiento común. Debía de estar enfadado con mi hermano por alguna razón que olvidé hace mucho, porque sirviéndome de la mística numérica llegué a la conclusión de que tendría una muerte trágica poco después de cumplir los diecisiete años.

Ya al día siguiente, colmado en la misma medida de dudas y seguridad, pero ignorante de ambas cosas, le conté el resultado de mi cálculo a mi tío abuelo. Era el único a quien se lo podía explicar. Era mi favorito y mi amigo de confianza, a pesar de que en realidad no formaba parte de nuestra familia. Me sentía más unido a él que a ninguno de mis parientes carnales (mis padres, mis abuelos o Sasha). Por buenos y devotos que éstos fueran, había entre nosotros una barrera infranqueable que excluía preguntas y confesiones. Pero con mi tío abuelo era distinto.

He cargado con este suceso a lo largo de toda mi vida. No me pregunten por qué. Muchas veces he olvidado lo que quería recordar, otras se me han impuesto imágenes del pasado, palabras sueltas, luces, aromas, sin que yo los haya llamado, simplemente están ahí.

Vi un destello de asombro y pánico en los ojos de mi tío abuelo. Su cara se llenó de arrugas y me abrazó con fuerza. Yo levanté la cabeza sorprendido y vi que tenía lágrimas en los ojos. Después sonrió y dijo que debía de haber cometido un error en los cálculos.

Naturalmente tenía razón, en algún lugar se me debió de colar un pequeño error numérico, porque Sasha no cumplió más de quince años.

## UN NUEVO CAPÍTULO

Las entusiastas cartas de recomendación de Abrabanel ben Israel obtuvieron los resultados pretendidos. Respetados sabios de toda Europa empezaron a interesarse no sólo por Bento, sino por los dos hermanos Spinoza, y les ofrecieron codiciadas cátedras. Benjamin no consiguió entender por qué Bento rechazó la de Heidelberg.

Bento explicó a su hermano que tenía miedo de perder la libertad para expresar sus opiniones. Se llamaba a sí mismo pensador errante y consideraba que el papel le iba muy bien. Estaba contento de llevar exactamente la vida que llevaba. No quería ponerse al servicio de nadie. Él escogía la forma y el ritmo de su propia vida y nadie podía obligarlo a vender su existencia y sus pensamientos al señor del poder y del orden. Jamás lo haría.

—Durante siglos una hermandad de *scholares vagantes* ha errado por Europa —dijo Bento—. No ha habido dos iguales, pero todos ellos han sentido la inquietud de la persona que busca e investiga. El pensador vagabundo es un caprichoso cometa que aparece cuando quiere, se va cuando le apetece y escoge su propia órbita. Ésa es justamente la vida que me

conviene.

Benjamin se mantuvo en sus trece:

—Las buenas intenciones pueden empujar a las personas a tomar malas decisiones y a realizar actos irreflexivos —le replicó—. Yo creo que te vendría bien tener un asidero firme en la vida. El hecho de asumir responsabilidades públicas no implica necesariamente *vi vir* conforme a las normas de otro, en vez de conforme a las propias.

—Querido hermano —respondió Bento—, Platón dice que es un milagro que aquel que se ocupa con los asuntos mundanos salga de ello con los pantalones limpios. Tú me conoces y sabes que cada vez que surge la tentación de satisfacer alguna ambición, yo me resisto y miro testarudamente hacia otro lado.

—A diferencia de ti —dijo Benjamin—, yo sólo he podido llevar la vida del diletante durante periodos cortos. El sentido de mi vida es la familia y el placer de reunir y ordenar el conocimiento, y de orientarme en el laberinto de las diversas opiniones de este mundo aparentemente confuso e ingrátido. Llegado a cierto punto, no comparto tu miedo a perder la libertad de pensamiento. Mi convicción de que el ser humano tiene una libertad inherente no me impide trabajar de maestro.

Benjamin sintió que un capítulo de su vida estaba a punto de terminar y que comenzaba uno nuevo. Mafalda lo animó fervientemente a disfrutar de los frutos de su talento y a aceptar un puesto académico.

Él y su familia se mudaron a Friburgo, que tenía una de las universidades más destacadas de Europa, mejor organizada que ninguna otra y con los maestros más renombrados del ámbito de la lengua alemana. Había seis facultades, ochenta cátedras y dos mil estudiantes, una biblioteca con cuatrocientos mil volúmenes, un observatorio y un jardín botánico con plantas exóticas.

Una semana sucedía a la otra, el otoño pasó sin dejar huella, llegó diciembre y la nieve formó una gruesa capa. Benjamin empezó a darse cuenta de que hasta entonces no había sido capaz de liberarse de su hermano. Le contó a Mafalda que casi se avergonzaba de que le resultara liberadora la gran distancia física que había ahora entre su hermano y él, y que se sentía casi libre de preocupaciones. Ella le respondió que había cambiado. Cuando Benjamin le preguntó qué quería decir, ella le dedicó una cálida mirada y se marchó. Por la noche, tras su juego en la cama, que fue fantástico, mejor de lo que había sido nunca, le explicó que su rostro estaba más alegre y relajado. Benjamin sonrió un poco pensativo, pero en el fondo sabía que su mujer tenía razón. Después se abrazaron como de costumbre y se durmieron.

## **FILOSOFÍA PRÁCTICA**

Annie Campsie-Smith, la biógrafa británica de Benjamin, informa de que en Friburgo éste se entretuvo componiendo un manual práctico, considerado por muchos una obra pionera, sobre todo por sus planteamientos morales. Los filósofos del momento escribían sin mantener contacto con los lectores. Benjamin, en cambio, tenía un modo mundano de comportarse y trabajaba con ejemplos concretos. Su acercamiento resultó muy fructífero.

El editor berlinés Adalbert Althardt se entusiasmó con el proyecto después de leer extractos de la obra y prometió pagar un honorario de quince florines por página. Negociaron una fecha de publicación. La expectación creció, pero la obra nunca fue

culminada. Hoy en día se considera que el manual está perdido.

Con los ojos entornados, Benjamin hablaba en sus clases de derivar el contenido de la filosofía al modo geométrico, deduciéndolo a partir de definiciones abstractas. Aunque hablaba en voz baja, su voz se oía en todo el auditorio y presentaba sus ideas con un entusiasmo contagioso.

Volvía con frecuencia al tema de Dios. Subrayaba que Dios no tiene ni causa ni origen, que es inmanente y no trascendente. El Dios del que hablaba tenía poco en común con el del cristianismo y el judaísmo. Su Dios no tenía ninguna cualidad humana. No se podía identificar ni con el Padre ni con el Creador.

Benjamin subrayó que nunca se puede amar algo cuyo significado se conciba completamente. En su opinión, el amor se funda sobre la estimulante sensación de que se te escapa algo.

También hablaba de la amistad, el valor y la salud, del dinero y la caridad, y de las actividades y los placeres físicos. Sostenía que cuando la persona disfruta de la vida, se acerca más a la perfección y a la naturaleza divina.

«La alegría nunca se puede exagerar, siempre es buena», matizaba, «pero la tristeza siempre es mala».

Defendía la idea de que lo peor era el miedo basado en la ignorancia y la superstición, sobre el que muchos quieren basar la moral por medio del poder. En su opinión, la ética debía basarse en la honestidad, que está relacionada con un valor mayor: el Bien. Sin comprender el Bien —de eso estaba convencido— los soberanos no podían cumplir su tarea del modo recto.

Benjamin no intentaba ocultar su convicción de que la enseñanza de la filosofía no era sólo entrenamiento científico del pensamiento, sino también, y en la misma medida, una educación del carácter, una formación de la personalidad, donde los estudios eran un medio para obtener un conocimiento más profundo de los valores fundamentales de la ética, que son eternos y universales.

Por lo general los estudiantes se animaban tanto con los lúcidos razonamientos de Benjamin, que aplaudían al final de la clase y abandonaban la sala de un excelente humor.

El decano de la universidad era vecino de Benjamin y los dos pasaban muchas noches juntos, absortos en estimulantes conversaciones. El decano admiraba el intelecto de Benjamin y alababa con frecuencia su capacidad para transmitir a los estudiantes sus originales pensamientos. Pero le hizo una advertencia porque sabía que las ideas de Benjamin podían resultar chocantes: nadie había formulado en Friburgo ideas tan osadas como las suyas. Aconsejó al filósofo que mostrara cierta moderación, porque si continuaba especulando sobre el poder, podía acabar en lo utópico. Y si sus escritos llegaban a manos de los hombres de la Iglesia, podría llegar a tener graves problemas.

## **SOCIETAS JESU**

Las reacciones de poderosos miembros de la Iglesia católica no se hicieron esperar. Los obispos alemanes, miembros de la logia secreta Societas Jesu, recibieron inquietantes informes sobre las clases de Benjamin. Enviaron espías para que reunieran pruebas y éstos regresaron con material explosivo. Los espías testificaron bajo juramento que Benjamin había defendido enfáticamente que una errónea concepción de Dios constituía el origen de la falta de libertad espiritual y que la interpretación de la Iglesia católica de los textos

bíblicos daba pie a la intolerancia y la tiranía.

Los informes de los espías despertaron mucho resquemor entre los obispos. No soportaban que un judío ofendiera a la Iglesia de Cristo.

El gran maestro de la logia, Balthasar von Uhrs, que tenía fama de ser un celoso servidor de Dios, asumió la tarea de dirigir el contraataque y prometió valerse de técnicas eficaces para ello. Los obispos se sintieron seguros y se restregaron las manos convencidos de su victoria. Sabían que el gran maestro estaba familiarizado con el arsenal de armas que la Iglesia tenía a su disposición para combatir a sus enemigos. Con mirada asesina, Von Uhrs redactó un escrito de imputación en el que acusaba a Benjamin de ateísmo y afirmaba que su filosofía era puro ocultismo. El gran maestro exigía al príncipe elector que llevara a los tribunales al sacrílego judío por difundir herejías.

Benjamin se tomó el escrito de Von Uhrs con gran paz de espíritu, no le preocupaba demasiado haber caído en desgracia entre los obispos católicos. Pero su amigo el decano tenía miedo de que Benjamin acabara sus días deshonorado y castigado. Por eso le aconsejó que se retractara de algunas de sus declaraciones más extremas y pidiera perdón. Benjamin solía aceptar gustosamente los consejos dictados por el cariño, pero en esta ocasión se negó a escuchar al decano. «Se pueden tolerar muchas cosas», le respondió a su amigo, «pero no la pérdida del honor y del respeto por uno mismo».

En su opinión los obispos se comportaban más como perros rabiosos que como líderes espirituales. Pero el panfleto mendaz y odioso de Von Uhrs debía ser rebatido, por eso compuso un escrito donde desplegaba toda su capacidad dialéctica, defendía con elegancia sus propias posiciones y rebatía enérgicamente cada punto de la acusación del gran maestro, sin ponerse pomposo ni perder la objetividad.

El príncipe elector se tomó su tiempo para leer la apología de Benjamin. Lo que le causó mayor impresión no fueron la inteligencia y la lucidez del filósofo, sino su valor y su honestidad, el hecho de que osara enfrentarse a las autoridades religiosas y además introdujera una nueva perspectiva atreviéndose a poner en evidencia las debilidades de sus propios razonamientos.

Cuando el príncipe elector acabó de leer el texto, anunció por todo Baden-Wurtemberg que Benjamin Spinoza quedaba fuera de toda sospecha de conducta inmoral y que las acusaciones de blasfemia que pesaban sobre él carecían de fundamento.

Con la primavera llegaron el calor y la luz, pero Von Uhrs tenía el semblante oscuro. Había sufrido una fuerte pérdida de prestigio. Su gordo cuerpo se derrumbó, le caía baba de la boca y mantenía la cabeza calva agachada. Tenía miedo de que aquella humillante derrota hiciera que lo destituyeran como gran maestro en la siguiente reunión de la logia.

Cada minuto que pasaba, su odio por Benjamin aumentaba. Y fue el odio el que renovó sus fuerzas. Enseguida se puso a mover hilos entre bastidores. Escribió aduladoras cartas a varios obispos y propagó entre otras personas palabras altisonantes y oscuras sobre el desprecio, la humillación y la maldición a la que el ignorante príncipe rector había sometido a la Iglesia.

La siguiente reunión de la logia comenzó con una teatral intervención de Von Uhrs, cuyo objetivo era encubrir su propia derrota y ganarse una renovada confianza. Afirmó que tenía pruebas de que el judío Spinoza mantenía contacto con malvados demonios que habían ofuscado la cabeza de Konrad von Hohenzollern.

Los perplejos obispos intercambiaron miradas interrogantes. El gran maestro les explicó que la decisión del príncipe elector estaba dictada por estos demonios, pero que no

debían inquietarse por un golpe temporal. «¿Qué significan unos meses más o menos», dijo, «cuando la Iglesia tiene la perspectiva de la eternidad?».

Un joven obispo de Ratisbona propuso precipitadamente que se declarara al impertinente Spinoza mayor enemigo de la recta doctrina en los estados de habla alemana. La propuesta fue recibida con un gran aplauso. En una votación, se decidió por unanimidad dar carta blanca al gran maestro, aunque dos obispos mayores le pidieron que actuara despacio y con prudencia.

La reunión finalizó con los obispos entonando un canto laudatorio a Dios con voces atronadoras.

## **LADRONES Y ASESINOS A SUELDO**

Balthasar von Uhrs no perdió el tiempo. Contrató de inmediato a dos ladrones que entraron en casa de Benjamin un día que toda la familia estaba fuera. Los ladrones eran hábiles y efectivos, y sabían exactamente lo que debían buscar. Entraron en la casa a oscuras, revisaron concienzudamente todas las habitaciones, abrieron los armarios y sacaron los cajones en busca de escritos escondidos y apuntes comprometedores. Después de haber registrado hasta el último rincón de la casa y de haber volcado cada cajón, los ladrones tuvieron que volver a casa de Von Uhrs sin haber logrado su objetivo.

En la siguiente reunión de la Societas Jesu, el gran maestro aclaró a los obispos conjurados que lo que estaba en juego eran los valores espirituales fundamentales. Afirmó que la herejía del judío Spinoza había abierto un terrible abismo y subrayó que los virtuosos y los seguidores de la fe recta tenían la obligación de luchar incansablemente contra este terrible ataque a la doctrina verdadera de Dios. Lamentó profundamente que no pudieran arrojar al judío a la hoguera para que sirviera de ejemplo, y habló de la necesidad de apretar más las tuercas. A continuación expuso su nuevo plan.

Los prelados lo escucharon atentamente y algunos asintieron ante la sabiduría del líder.

Un cura bávaro muy corpulento se levantó y contó que en su congregación habían nacido un cerdo con siete patas y un niño con los pies hacia atrás. El bávaro temía que aquello augurara futuras catástrofes provocadas por el malvado judío y defendió la importancia de seguir el plan del gran maestro. El colega sentado a su vera se levantó e informó de que en su ciudad natal, Colonia, una vieja había alumbrado un engendro que tenía tanto un miembro masculino como las partes íntimas de una mujer; el miembro parecía el de un caballo y el sexo femenino, un enorme mejillón. Y, para colmo, el cuerpo del recién nacido estaba cubierto de escamas. Un tercer obispo contó que en su congregación una monja había alumbrado trillizos y subrayó que eso era signo de la degeneración de las costumbres y que había que combatirlo.

Entonces otro obispo se levantó, se acercó a Balthasar von Uhrs, le besó la mano en señal de cariño y aprecio, y declaró que el gran maestro no sólo iba a ganar aquella batalla, sino también cualquier otra que librara contra los enemigos de la fe católica.

El nombre de Spinoza sería arrastrado por el barro, en eso estaban de acuerdo todos los presentes. Después de la reunión, los obispos ordenaron a todos los curas de la región de habla alemana que en el sermón del domingo siguiente afirmaran que el catedrático de filosofía de Friburgo hablaba con el diablo y conseguía que le obedecieran los demonios.

Como judío, Benjamin era presa fácil y una diana perfecta para una Iglesia a la caza

de cualquiera que pensara de un modo distinto a ella. Sin embargo, tampoco este falso rumor consiguió privar a Benjamin de su puesto en la universidad. Nadie lo obligó a renunciar y tampoco le prohibieron ejercer su profesión.

Un día, Balthasar von Uhrs, ataviado con una brillante mitra, se encontraba en la iglesia de Nuestro Salvador, a punto de encender una vela. Su aliento hizo temblar las endebles llamas cuando se prometió a sí mismo no concederse tregua hasta el día en que Benjamin se hubiera hundido en sus propios excrementos y todos sus protectores hubieran muerto de espanto.

«La justicia de Dios convertirá su cadáver en un festín para los animales de rapiña y en alimento de los gusanos», susurró, y luego besó la cruz de madera que llevaba colgada al cuello.

Durante las siguientes semanas, movió metódicamente todos sus hilos para que los honorables padres en el Vaticano se fijaran en el obstinado filósofo judío. En una carta dirigida a la curia de Roma, el gran maestro adujo una serie de ejemplos, en su mayoría inventados por él mismo, de afirmaciones heréticas de Benjamin.

El papa Clemente X era partidario de las soluciones sencillas: cuando altos cargos eclesiásticos le exigían que alguien fuera puesto en su sitio, mandaba a un asesino. Tras hojear la documentación de Von Uhrs, el Papa decidió que había que hacer callar al peligroso judío.

En los apuntes que dejó Clemente X y que ahora se conservan en la biblioteca del Vaticano, se puede leer sobre sus planes para asesinar a Benjamin, quien aparece caracterizado como un demonio con piel de hombre.

Contrataron a un alevoso asesino italiano al servicio de la Santa Sede, que apostó por el envenenamiento, puesto que la debilidad de Benjamin por los dulces era notoria. El asesino llevaba una bolsa de arsénico cosida dentro del abrigo y nunca viajaba sin ella. A su llegada, explicó al gran maestro que el contenido de la bolsa bastaría para lograr el objetivo deseado. El italiano preparó con esmero unos pasteles bañados en chocolate y un lacayo recibió el encargo de entregarlos, pero éste estaba distraído y se equivocó de casa.

Esa misma noche el decano de la universidad murió entre terribles dolores. Su súbita muerte desencadenó alocadas especulaciones en Friburgo.

## **JUSTICIA EN FRIBURGO**

Una noche de luna clara, el asesino italiano fue asaltado en una taberna por tres hombres armados con cuchillos, que pretendían robarle el monedero. La primera idea del criminal fue huir, pero después se volvió y golpeó a uno de sus atacantes, dejándolo inconsciente. Al segundo le asestó una cuchillada en el cuello, justo en la arteria, de modo que se desangró enseguida. El tercero volvió corriendo a la taberna para buscar ayuda y entre unos cuantos consiguieron reducir al italiano.

Nadie sabía quién era. Lo único que se sabía de él era que venía de Italia y eso significaba que no necesitaban mostrar demasiada comprensión ni clemencia. Condujeron al asesino a la cámara de tortura. No cabía la menor duda respecto de su culpabilidad. Estaba acusado de asesinar a uno de los ciudadanos de Friburgo y se daba por supuesto que sería descoyuntado hasta la muerte en la rueda.

Desnudaron al italiano, lo tumbaron en el suelo y lo ataron a cuatro estacas. El interrogador se puso de rodillas y le preguntó su nombre. Él se negó a contestar. Entonces



el verdugo se inclinó hacia delante con hastío y le quemó el pecho con unas tenazas incandescentes. Los gritos del italiano debieron de oírse a centenares de metros de distancia.

El interrogador volvió a preguntarle cómo se llamaba, pero el hombre no dijo una sola palabra. Entonces el verdugo regresó con dos tenazas incandescentes. Nadie pudo evitar ver el atroz terror en los ojos del italiano. Lo volvieron a abrasar hasta dejarle el torso negro; el hombre daba la impresión de haberse desmayado. Toda la cámara de tortura apestaba a carne chamuscada. Pero cuando el ayudante del verdugo echó agua fría sobre el italiano, éste se reanimó.

El verdugo se preparó para volverlo a achicharrar, pero esta vez el italiano, al ver que las tenazas incandescentes se acercaban de nuevo a su pecho, se dejó llevar por el pánico e intentó salvar la vida confesando. Abrió la boca despacio y reconoció que era un asesino profesional. Confesó tener la vida de muchas personas sobre la conciencia, pero afirmó que sólo mataba por encargo, nunca por el placer de hacerlo. Declaró haber envenenado al decano por error y después contó que había tenido planes de asesinar a Benjamin Spinoza con una daga.

El interrogador quería saber quién le había encargado que fuera a Friburgo. El italiano respondió que él no era más que un instrumento del destino y que no podía ser juzgado por Dios ni por las personas. El verdugo volvió a levantar las tenazas y entonces se oyó un susurro: «Balthasar von Uhr».

El interrogador hizo una señal al verdugo, y éste sacó la rueda y la pasó un par de veces por encima del cuerpo del italiano. El dolor fue tan intenso que el asesino creyó que el cerebro se le iba a salir por las cuencas de los ojos. El verdugo bajó otra vez la rueda y le trituró una tibia. El cuerpo del italiano se curvó formando un arco, pero no salió un gruñido de su garganta. El verdugo le machacó la otra pierna y a continuación ambos brazos. Al final bajaron la rueda sobre su garganta. Se hizo un silencio sepulcral en la cámara de tortura.

El interrogador volvió la cabeza hacia otro lado. Fue evidente que no estaba acostumbrado a este tipo de diversiones, porque empezó a vomitar.

## **PROTECCIÓN Y DESVARÍOS**

El prefecto de policía convocó a Benjamin a su despacho y le contó que un asesino italiano había intentado matarlo, pero que ya había sido apresado y ejecutado. Benjamin sintió pavor. Le resultaba inconcebible que alguien quisiera asesinarlo.

Esa noche una tormenta descargó sobre Friburgo. Grandes rayos iluminaron el cielo mientras Benjamin yacía en vela, atormentado por terribles visiones. Tan pronto como cerraba los ojos, veía a un asesino vestido de negro que entraba por la puerta para matarlo. La imagen del italiano no le daba tregua.

Muchos años más tarde, Benjamin describiría cómo aquella noche penetró por primera vez en el paisaje sombrío y desolado de la locura, donde un misterioso velo de niebla sofocó su cerebro, mutiló sus pensamientos, alumbró pasiones internas y lo obligó a recrearse en sus angustias.

Nadie en Friburgo era más poderoso que Konrad von Hohenzollern. Se trataba de un déspota ilustrado que no carecía de conocimientos de filosofía. En su juventud había bebido de las fuentes más profundas del saber ya que René Descartes fue su mentor durante

tres años. Benjamin se había ganado el favor del príncipe elector por medio de sus escritos sobre la tolerancia, que estimulaban el intelecto del príncipe y tocaban ciertas teclas en su corazón.

Hohenzollern prometió que su guardia personal protegería a Benjamin.

Pero fue en vano. Los nervios de Benjamin estaban destrozados. No le cabía ninguna duda sobre el asunto: alguien seguía queriendo matarlo.

Se despertaba cada noche sintiendo que un cuchillo le penetraba el cuerpo. Si dormía boca arriba, el cuchillo se le clavaba en el vientre o en la garganta. Si dormía boca abajo, el asesino lo acuchillaba en la espalda.

Incluso durante el día sufría el extraño miedo al cuchillo y cada dos por tres se llevaba la mano al cuello instintivamente, como para protegerse. Tan pronto como salía de casa, lo embargaba el pánico. Como medida de protección, se dejó crecer la barba y el bigote, y se disfrazaba para que el asesino al acecho no lo reconociera.

Para salvar su vida amenazada, Benjamin —la más pacífica de las criaturas— empezó a fantasear con matar al asesino vestido de negro. Se imaginaba asesinando hábilmente al malvado italiano a modo de venganza. Unas veces se veía usando un hacha, otras un cuchillo. Siempre se esforzaba por que los golpes fueran mortales y dejaran sin vida al italiano. Con el tiempo estas ensoñaciones y fantasías empeoraron. Benjamin se veía a sí mismo cortándole la cabeza al asesino y arrancándole las entrañas. Una noche se imaginó despeñando al oscuro personaje desde un campanario y oyó cómo le reventaba el cráneo contra los adoquines de arenisca. Una noche de tormenta fantaseó con que un rayo alcanzaba al asesino y las llamas devoraban su cuerpo sin vida.

Benjamin no tenía paz. Estaba constantemente atormentado por visiones y pesadillas. Había que matar al asesino y el destino del mundo entero dependía de ello. Poco después no bastaba con matar al asesino, el italiano vestido de negro debía de ser exterminado, aniquilado y anulado. Había que erradicar incluso su recuerdo, como si nunca hubiera existido.

## **VEINTINUEVE AÑOS DE SOLEDAD**

El despacho de Benjamin tenía dos ventanas que daban al patio, cada una de ellas compuesta por veinte cristalitos montados con plomo. Todo lo que cabía en la pequeña habitación en penumbra era una cama, una silla, un escritorio desvencijado y un estante lleno de libros.

Durante veintinueve años, Benjamin vagó por esta habitación. Nunca salió, ni siquiera para el entierro de Bento ni de Mafalda. El asesino vestido de negro al otro lado de la puerta lo aterraba.

Tras la muerte de Mafalda, Benjamin se quedó solo en la casa, en la que reinaba un silencio espectral. Sus hijos no iban nunca a visitarlo, pero un viejo criado acudía todos los días a su despacho sobre las doce de la mañana, le metía comida a través de un hueco en la puerta y le vaciaba el orinal. A través del hueco salía de la cámara un olor persistente y nauseabundo.

Durante estos años, Benjamin sólo habló con una persona viva. Fue en el otoño de 1692. El viejo criado dejó entrar al invitado en la casa y éste susurró su nombre a través del hueco de la puerta del despacho. Ésta, que estaba atrancada por dentro, se abrió de inmediato. Benjamin llevaba mucho tiempo esperando esta visita.

Benjamin tomó enseguida la palabra y contó a su visitante que hacía diecinueve años que no hablaba con nadie. Dijo que había pasado mucho tiempo encerrado en las brumas de la locura, y en realidad no sabía exactamente qué le había pasado. Había deambulado por la habitación, dando vueltas sin objetivo, y los días se habían convertido en años sin que él se diera cuenta.

Pero al duodécimo año pasó algo curioso y estremecedor. Se hizo de noche en pleno día y Balthasar von Uhrs se le apareció en la habitación. El gran maestro dio siete vueltas a su alrededor y lo estudió con ojos desorbitados. Después se detuvo y se contemplaron el uno al otro en silencio. Era la primera vez que Benjamin veía a Von Uhrs. Retrocedió ante el terrible hedor que salió de la boca del gran maestro cuando éste le explicó que su relación se remontaba a muchas vidas atrás y se basaba en un conflicto que tuvieron en tiempos de Jesús en Galilea. No dijo más, salvo que nunca se había arrepentido de nada de lo que le había hecho a Benjamin y que volverían a encontrarse al cabo de algunos siglos. A continuación Von Uhrs desapareció y con él se fue el italiano que había acechado a Benjamin al otro lado de la puerta.

Esa noche el cielo se despejó y la luna iluminó la habitación. Con la desaparición de los demonios, se disipó también la neblina de la cabeza de Benjamin. Ésa fue la noche en la que entendió que un día aparecería un hombre para mostrarle el camino recto.

«Llevo siete años esperando a este hombre», dijo Benjamin, «y siempre he procurado pensar en él como un amigo, alguien de confianza capaz de proporcionarme paz y consuelo, y de ayudarme a comprender el sentido de mi vida, el propósito de todas las elecciones que he hecho, a menudo por miedo, a veces por vanidad, rara vez por inteligencia. No ha pasado una sola noche sin que me lo imaginara como alguien que me ha estado esperando, como un pariente cercano que ha velado junto a la cama de un enfermo, esperando a que me recuperara y fuera digno de conocerlo. Si nunca he abandonado esta habitación, es porque he considerado que este encuentro era la meta ineludible de mi vida».

## **EL GRAN REGALO**

El invitado le dijo con una sonrisa que la única persona en el mundo que podía entenderlo a él era Benjamin. Después reveló su nombre: Salman de Espinoza, aunque dijo que también lo conocían como el judío errante. Añadió que llevaba trescientos cincuenta años burlando a la muerte, que sus largos viajes por cuatro continentes le habían enseñado treinta y seis idiomas y que los años le habían proporcionado enciclopédicos conocimientos que ahora quería transmitir a Benjamin, que era su descendiente directo. Le explicó que la muerte le había arrebatado a todas las personas a las que había amado y que por eso era su enemigo conjurado, pero que ahora se habían reconciliado y que en menos de setenta y dos horas se reuniría por fin con ella, porque había averiguado cómo anular el efecto del elixir de la inmortalidad.

Entonces Benjamin le pidió que le contara todo lo que sabía porque tenían poco tiempo.

Salman le habló de Baruj, que siendo joven e inexperto había recibido una misión de Moisés y después había abandonado el hogar de su infancia, alzado una poderosa espada en el campo de batalla y acabado como médico personal del rey de Portugal. Le contó que sus medicinas podían transformar a los viejos en potros desbocados y que había cultivado una planta que había bautizado como Raimundo en honor al gran amor de su vida.

Salman le habló del elixir de la inmortalidad, el gran secreto de la familia que había pasado de padres a hijos: de Baruj a Simon, de Simon a Amos, de Amos a Shlomo, de Shlomo a Israel.

Salman le habló de Israel, el médico real que tuvo doce hijas antes de que un deseado hijo varón llegara al mundo. Le contó que Israel no le había dirigido la palabra a su hija mayor durante casi treinta años porque ésta era clarividente y había predicho que el nombre de la familia quedaría manchado. Le contó que, después de la muerte de su hijo, Israel desarrolló una clave para cifrar el texto y poder transmitir el secreto a su nieto de dos años.

Salman le habló de Chaim, el joven médico de Granada que a causa de un extravío moral había envenenado a su soberano, el respetable sultán Muhammad II, con la esperanza de convertirse en el médico personal de un malvado tirano. Le contó que el nuevo sultán lo había ajusticiado brutalmente y había arrojado su corazón a los perros para que se lo comieran.

Salman le habló de su propio padre, el cabalista Moishe, que no se interesó por la misión familiar de custodiar el gran secreto, sino que dedicó su vida a investigar los secretos del universo y a interpretar el brillo de los mundos remotos de la cúpula celeste. Y añadió que Moishe había dejado una obra pionera en la mística judía.

Salman le habló de su propia vida, le contó que no era ni judío ni musulmán, que había huido de Granada tras la muerte de sus padres y que se había refugiado con el rabino Tibbon, cuya vida no pudo salvar. Le explicó por qué preparó y probó el elixir prohibido, y qué lo impulsó a volverse inmortal. Le habló de su matrimonio y de su vida en Sevilla, de los cien años que pasó vagando por España, del intento frustrado de asesinar al gran inquisidor Torquemada, de cómo lo arrojaron a la hoguera en Sevilla y de cómo resurgió de entre las llamas sin que se le hubiera chamuscado un solo pelo de la cabeza.

Salman le contó que la misma noche de 1492 en la que los judíos fueron expulsados de España, él había zarpado hacia el oeste con la *Santa María*, como intérprete de hebreo de Cristóbal Colón, para encontrar una nueva tierra para los judíos. Le habló del largo viaje por el Atlántico, de su desembarco en las Indias Occidentales y del encuentro con los nativos que hablaban un hebreo perfecto. Le explicó que el español Hernán Cortés había puesto a sus pies el extenso reino de Moctezuma con un ejército de cuatrocientos hombres, y le habló del brutal comportamiento de los conquistadores en su búsqueda del oro de México, que hizo quedar a los hombres de la Inquisición como inocentes monaguillos.

Salman le habló de su propia inquietud, de que nunca se quedaba más de un par de meses en el mismo sitio, de que había trabajado como rabino, artesano, maestro, médico personal, impresor de libros, artista y consejero de reyes. Le contó que había caminado por las mesetas cubiertas de nieve de los Andes, que había cruzado el desierto del Sáhara, que se había bañado en el río Ganges, que había lavado sus ropas en el mar de China y que había sido amante de la esposa de un viejo gobernador de Siberia. Le explicó que había visto todas las desgracias, sufrimientos, enfermedades, injusticias, terremotos e inundaciones de la vida, todas las hambrunas, las pestes y el cólera.

Salman le contó que había seguido a distancia a sus descendientes desde España a Portugal y desde allí a Holanda, y que, ya harto de vivir, había estado esperando a encontrar a un Spinoza que pudiera comprenderlo y transmitir la pesada herencia que Moisés le dejó en su día a la familia.

—No te ofrezco la vida eterna ni la salvación —dijo Salman—. Te ofrezco un conocimiento que tú puedes desarrollar, compilar, gestionar y transmitir. Mi saber me ha

sido de gran utilidad, aunque he sido incapaz de transformar el mundo, de vencer la estupidez y la maldad, y de proporcionar dignidad y justicia a la gente. Pese a que no he logrado llevar a cabo hazañas ni salvar la vida de ninguna persona, no hay motivos para desesperar, porque sé que tú y los que vendrán después de ti tendréis mejor suerte que yo. Acepta este regalo, querido, para que yo pueda morir en paz.

De su mochila Salman sacó los escritos de su padre, el *Séptimo Libro de Moisés* —que él mismo había compuesto— y la receta del elixir de la inmortalidad, tal y como la había escrito el padre de su abuelo paterno, Israel. A continuación se lo entregó todo a Benjamin.

—No cabe duda de que estamos en pleno día y de que esto no es un sueño —dijo Benjamin—. Acepto el regalo y permito que la luz del conocimiento me penetre iluminando cada parte de mi cuerpo. La luz cálida y benefactora de tu regalo ya ha logrado que mi cerebro empiece a palpitar y que la sangre fluya más rápido por mi cuerpo.

—Hijo mío —dijo Salman—. Una hora antes de venir a verte, me tomé siete gotas del elixir de la inmortalidad, que previamente había preparado con mucho esmero. Resulta que la segunda cura anula la primera. No estoy seguro de lo que va a pasar, pero según mis cálculos, este cuerpo que llevo habitando trescientos cincuenta años, se esfumará antes de setenta y dos horas. Ya noto que la piel de mi pecho se ha vuelto tan fina que casi es transparente. Ahora tengo que dejarte. Nos reencontraremos en la eternidad.

Los ojos de Benjamin se llenaron de lágrimas y los hombres se abrazaron. A continuación Salman abandonó la pequeña habitación y comenzó su última caminata.

## **LOS ÚLTIMOS DÍAS DE BENJAMIN**

Benjamin dedicó los últimos diez años de su vida a escribir *El elixir de la inmortalidad*. Era perfectamente consciente de que muy poca gente leería el libro, pero aun así no ahorró ningún esfuerzo para crear una obra maestra perfecta, tanto intelectual como estilísticamente.

Dedicó su trabajo a sus cuatro hijos, aunque sólo el mayor, Aron, pudo leerlo. Escribió: «Éstos son vuestros orígenes. El futuro depende de vosotros».

¿Cómo murió Benjamin Spinoza?

En los *Sueños de un visionario* Immanuel Kant afirma que Benjamin se colgó de un manzano. Bertrand Russell, en cambio, dice que murió después de romperse la cadera, mientras que Isaiah Berlin escribe en una carta a un colega israelí que se ahogó en el mar del Norte. Marx y Engels sostienen que murió en la cárcel. Lo mismo pensaba Lenin, que además afirmaba que la Inquisición lo torturó hasta la muerte.

Los eruditos siguen discutiendo sobre la causa de la muerte de Benjamin.

## **DOS CUADROS**

Se han conservado dos óleos en los que los rasgos de la cara de Benjamin aparecen retratados para la posteridad. Uno de los cuadros se titula *El filósofo B. Spinoza* y está firmado por el manierista Michael Lukas Leopold William, que era un gran admirador de Miguel Ángel. Fue encargado por la Universidad de Friburgo y realizado en algún momento de principios de la década de 1670, aunque se desconoce la fecha exacta. La pintura colgaba en el ala izquierda de la facultad de filosofía.

En la década de 1930 soplaron nuevos tiempos en la Alemania nazi. Las personas de orígenes judíos fueron excluidas gradualmente de la sociedad y los derechos de los ciudadanos fueron reducidos. En 1934, Martin Heidegger asumió el puesto de rector de la Universidad de Friburgo. Muchos vinculaban esperanzas con el gran filósofo del concepto del ser, algunos soñaban con que Friburgo siguiera siendo un refugio para los pensamientos libres.

Pocos sabían que hacía tiempo que el nuevo rector era miembro de pago del partido nacionalsocialista. Heidegger se pasaba las noches escribiendo tratados sobre el humanismo y el pensamiento, pero por el día estaba firmemente decidido a llevar a cabo grandes cambios, en consonancia con la concepción del mundo del nuevo Führer alemán, Adolf Hitler. Despidió a todos los profesores judíos y sometió a los catedráticos a interrogatorios regulares sobre sus opiniones y lealtades, y sobre su contacto con judíos. Se encargó de eliminar de la universidad todos los retratos de personas que no tuvieran orígenes arios documentados. Expurgó sistemáticamente los libros judíos de la biblioteca. Los libros y los retratos se arrojaron a las llamas de las hogueras, en un homenaje a la limpieza del espíritu alemán.

Pero el retrato de Benjamin no fue presa del fuego.

Mi tío abuelo contaba que quien salvó a Benjamin de ser devorado por las llamas fue nada menos que Hermann Göring. El *Reichsmarschall* era un gran amante del arte y fue uno de los mayores coleccionistas de su tiempo. En su palacio de verano a las afueras de Berlín —que solía llamar Carinhall en honor a su difunta esposa sueca—, Göring llenó las paredes desde el suelo hasta el techo con piezas de arte excepcionales. Todo era robado, sobre todo en los saqueos de las casas judías de toda la Europa ocupada por los nazis.

El retrato de Benjamin colgó en el despacho del *Reichsmarschall* en Carinhall durante diez años.

Después de la caída del «Reich de los mil años», el cuadro llegó por misteriosos caminos a la Unión Soviética, donde apareció en la dacha del general Arkadi Bondartsiuk, situada en el mar Negro.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, Bondartsiuk había estudiado filosofía en Moscú. Había leído la *Ética* con mucho interés y dedicado mucho tiempo a las cuestiones del bien y del mal. Era un gran admirador de Bento Spinoza y creía que el retrato representaba al autor de la *Ética*.

Por su labor durante la conquista de Berlín, el general recibió la mayor condecoración al valor del Estado de los trabajadores. Recogió la medalla en una solemne ceremonia en el Kremlin y le fue entregada por Stalin, que llamaba a Bondartsiuk «mi general favorito».

Cuatro años más tarde el general fue acusado de connivencia con la CIA y de robo de propiedades estatales. Nadie se escandalizó cuando Stalin hizo ejecutar a su «general favorito». El traidor, que en realidad se llamaba Aron Bronstein y era primo segundo de Trotski, era de orígenes judíos.

La caída del general de cuatro estrellas fue también el preludio de la última purga del dictador soviético. Cientos de médicos judíos fueron asesinados y la cultura yiddish fue erradicada del país antes de que el propio Stalin se llevara su régimen del terror a la tumba.

El retrato de Benjamin desapareció misteriosamente, junto con todo lo demás, de la dacha del general ajusticiado.

El otro cuadro cuelga en el Rijksmuseum de Ámsterdam y se titula *Caravaggio en compañía de la familia Spinoza*. En la parte baja del lienzo, a la derecha, se ve la firma del

artista: Rembrandt.

Benjamin aparece aquí con siete años. Tiene los ojos azules, el pelo negro y rizado con raya en medio y una nariz descomunal que domina toda su cara. La cálida sonrisa indica su carácter abierto, como si el niño quisiera contar que el mundo está lleno de alegría y belleza.

## **7. El revolucionario**



## EL ENCICLOPEDISTA

H. S. Tras estas iniciales se oculta el único autor judío de importancia de la Ilustración francesa, una persona tan audaz como excéntrica, considerada por los historiadores de las ideas y por los conocedores de la Antigüedad el primer experto del mundo en la historia de las desviaciones sexuales en Atenas. El filósofo francés Michel Foucault, que ha analizado todo el género en varias obras pioneras, afirma que nadie supera a H. S. en conocimiento y comprensión de la materia.

Se llamaba Hector Spinoza, pero se hizo un hueco en la historia con sus iniciales, H. S. Aunque la cuestión es si realmente se hizo un hueco en la historia de Francia. Ni una sola calle, ni siquiera un callejón, lleva el nombre de Hector Spinoza en ese país que tanto idolatra a sus genios, y su nombre no aparece entre las cincuenta mil biografías de franceses en el *Larousse Dictionnaire de l'histoire de France*. Para aclarar lo que subyacía a estas omisiones, escribí tanto al Ministerio de Cultura como al editor responsable de los veinte tomos de la enciclopedia. El Ministerio de Cultura nunca me respondió. En cambio recibí una carta cortés, aunque bastante anodina, de un tal Maurice Lacouture, que lamentaba que mi familiar «Hermann Spinoza» no apareciera en la enciclopedia y afirmaba que seguramente se trataba de un fallo técnico que sería corregido en la siguiente edición, que se calculaba que saldría alrededor del año 2020. Evidentemente el editor de la enciclopedia no tenía la menor idea de quién se ocultaba tras las iniciales H. S.

Mi conocimiento de Hector Spinoza es limitado. De hecho, sé menos sobre su vida que sobre su muerte.

Mi tío abuelo hablaba rara vez de él, quien de verdad le interesaba era la hija de Hector, Shoshana. Jakob Spinoza, el pedante abuelo paterno de mi abuelo, que fue ministro de Finanzas y amigo de confianza del emperador Francisco José, y sobre el que pronto volveré, sólo menciona el nombre de Hector en un lugar de sus memorias. Voltaire no dice una palabra sobre su amigo en las suyas, aunque sí cita sus máximas —sin comillas y sin indicar la fuente, como señalaba mi tío abuelo— en su *Diccionario filosófico portátil*, en la entrada «Filósofo»:

*Trata a los demás como a ti mismo.*

*Ama a las personas en general, pero en especial a las buenas.*

*Olvida la injusticia, pero nunca las buenas acciones.*

*He visto personas que carecían de la capacidad para estudiar, pero nunca personas que carecieran de la capacidad del bien.*

Lo que sigue es lo que sé sobre Hector Spinoza. Perdió a su madre cuando tenía seis años y ella fue la única persona que estuvo alguna vez cerca de él. Creció en Estrasburgo, donde su padre llevaba una compañía comercial. Al cumplir los diecinueve años, abandonó su ciudad natal para estudiar derecho en la Sorbona. En esos años leyó alrededor de mil libros y aprendió cuatro idiomas: alemán, inglés, árabe y griego. La voracidad lectora de Hector apenas conocía límites, y lo mismo le pasaba a su memoria. Le bastaba leer algo una vez para no olvidarlo.

Su interés por lo desviado lo despertó el libro de Paracelso titulado: *Philosophiae et Medicinae, utriusque compendium*, que encontró en una caja de libros a precio de saldo en un *bouquiniste* en la orilla izquierda del Sena. Le fascinaron especialmente los

pensamientos del alquimista y médico suizo sobre el camaleón, el extraño y pequeño lagarto que cambia de color con el entorno.

Al terminar los estudios apostó por el derecho comercial. En poco tiempo desbancó a todos sus competidores y se estableció a una altura nunca lograda en París por un judío. Sus clientes procedían de la aristocracia y él velaba por el enriquecimiento de todos ellos, sin defraudar a ninguno. El propio Hector no era codicioso ni derrochador, el dinero le resultaba más bien indiferente. Destinó la mayor parte de sus cuantiosos ingresos a reunir una colección única de literatura esotérica.

En una ocasión fue a Marsella con el único propósito de comprar el Talmud privado del gran pensador de los números Moshe ben Maimon (Maimónides). A pesar de que el propietario de la joya, Pierre Arditti, tenía una acuciante necesidad de ingresos, llegado el momento se negó a vender el exclusivo libro. No era capaz de deshacerse de él porque llevaba más de un siglo en manos de su familia. Entonces Hector tuvo una idea genial y se ofreció a casarse con la única descendiente de Pierre Arditti, su hija Sophie. Aunque nunca había visto a la chica, comprendió que sólo había una manera de incorporar el Talmud de Maimónides a su colección, y ésta era casarse con él. Pierre Arditti no pudo rechazar una boda con un abogado judío de buena posición y en ascenso en la buena sociedad parisina, teniendo en cuenta que su hija no tenía más dote que un apellido biensonante en los círculos sefardíes de Marsella. Hector se alegró al descubrir que Sophie además no era fea en absoluto, al contrario, tenía un rostro hermoso, a pesar de que un lunar rojo en medio de la nariz desmerecía un poco la visión de conjunto. La boda se celebró con toda sencillez al día siguiente.

Aquél era el segundo matrimonio de Hector. El primero duró once días, porque la esposa murió súbitamente de septicemia.

Hector y Sophie tuvieron tres hijos y vivieron ordenada pero despreocupadamente en una de las zonas más exclusivas de la capital. Pero Hector nunca pudo incorporar el Talmud a su colección, puesto que Pierre Arditti sobrevivió tanto al yerno como a la hija y cumplió noventa y ocho años.

Hector era una persona compleja. Era un hombre tozudo y rígido, que se levantaba cada mañana antes de las cinco y se acostaba en torno a la medianoche. Siempre estaba activo. En casa era autoritario y dominante, y se quejaba a menudo con voz cortante de que sus hijos lo estorbaban. Pero no era malo. Disponía de un enorme arsenal de calidez que repartía en las raras ocasiones en que le quedaba tiempo para pensar en algo distinto al trabajo y la escritura. En la vida social era inseguro y se sentía fuera de lugar, por lo general iba con la cabeza gacha y rehuía las cosas. Ya hiciera bueno o malo, el primer lunes, el segundo martes y el tercer miércoles de cada mes sin la letra R, se paseaba por el Jardin du Luxembourg sobre las seis y media de la tarde. En esas ocasiones se ataviaba con los mejores vestidos y zapatos de su esposa, se maquillaba en exceso y se cubría la calva con una tupida peluca de mujer. Después caminaba con la cabeza muy erguida y deseoso de que lo miraran. No sabía por qué lo hacía, pero cada vez que lo detenían por comportamiento indecente conseguía convencer a los gendarmes de que lo hacía para honrar el recuerdo de su madre y siempre lo soltaban la misma noche.

Independientemente de su trabajo habitual, Hector escribía. Era un pensador valiente y apasionado, y entabló lazos con Diderot, D'Alembert, Voltaire y Montesquieu, los hombres que inspiraron la Revolución Francesa.

Estos pensadores componían un pequeño grupo que trabajaba duro bajo una gran presión externa. Lo que los unía era un programa común, aunque algo difuso, en el que lo

esencial era una entusiasta fe en el progreso. Pensaban que el hombre era bueno por naturaleza y que eran los vicios y los prejuicios de la sociedad los que lo corrompían. A la vez estaban convencidos de que el hombre se podía ennoblecer por medio de la ilustración y de que la sociedad se podía reformar. Consideraban que la palabra escrita era el instrumento de la ilustración. Sus escritos perspiraban optimismo y fe en el futuro. Sin embargo el poder estaba en guardia. Estos escritores radicales fueron perseguidos, acallados y empujados al exilio, y sus libros acababan entre las llamas.

Hector fue el único judío que contribuyó a la *Encyclopédie* (1751-1780), la biblia de la Ilustración. Pero su nombre no debía destacar, así que fue el único colaborador obligado a firmar con sus iniciales. Hector lo aborrecía, pero no podía hacer nada al respecto.

Sus contribuciones eran de una belleza inusitada y estaban llenas de una ardiente pasión. Trataban sobre los rebeldes religiosos, los utopistas y los herejes. Como autor, consideraba una cuestión de honor el tratar siempre temas candentes, preferiblemente prohibidos. El público lector —muy escaso— miraba a menudo sus artículos con desconfianza, pero Hector no se desanimaba y soñaba con una posteridad más justa que viera su obra con otros ojos.

Hector escribió un libro sobre la historia cultural de la masturbación en Atenas. Con ayuda de Voltaire, lo hizo llegar a manos de Catalina la Grande, una soberana que coqueteaba con una inusual voluntad reformista tratándose de una déspota. Hector tenía la secreta esperanza de que su majestad le mostrara reconocimiento, lo cual podría allanar el camino para su libro en el resto de Europa. Pero nunca recibió respuesta de San Petersburgo y tuvo que librar una batalla sin igual con la censura de París. En seis ocasiones se vio obligado a introducir extensas correcciones en el texto para que aprobaran su publicación. La tirada entera se vendió en menos de dos horas. El escritor Olivier Mareau, que por encargo del gobierno alababa en sus obras las virtudes de la burguesía, compuso rápidamente una infame comedia donde ridiculizaba la pionera obra. Hector no se quedó callado. Puso en circulación un manuscrito de la versión original del libro, que preservaba su visión poco ilusa del hombre y su deliciosa franqueza. En ningún otro texto pudieron los franceses aprender tantos sinónimos de la palabra pene. El escándalo fue enorme. Tanto la aristocracia como la burguesía de París montaron en cólera y calificaron la obra de indecente y sucia. El ministro de Saint-Florentin, responsable de la policía, intervino sin piedad. A las doce de la noche, justo cuando Hector acababa de dormirse, unos gendarmes lo detuvieron y se lo llevaron para interrogarlo. El ministro de Saint-Florentin amenazó con encerrarlo en la Bastilla y dejar que se pudriera allí lentamente en compañía de las ratas. Hector se defendió como buenamente pudo con largos razonamientos. De madrugada estaba tan exhausto que —a pesar de que la fogosa discusión con el ministro seguía en marcha— se quedó dormido en la silla y tuvo una pesadilla en la que hordas de ratas lo atacaban por todos los flancos y le arrancaban pedazos de carne con sus afilados dientes. Se despertó empapado en sudor y rogó encarecidamente a De Saint-Florentin que requisara y quemara todos los ejemplares del texto manuscrito.

## **LA COLECCIÓN DE LIBROS**

Entre sus contemporáneos, era a Voltaire a quien Hector más apreciaba. En varias ocasiones el filósofo había cenado en su casa en sabbat, pese a que detestaba toda forma de ejercicio de la religión y había hecho muchos comentarios despectivos, incluso insultantes,

sobre los judíos.

Una noche, Hector recibió una visita de Voltaire, que llegó acompañado de dos caballeros ingleses elegantemente vestidos y con un fuerte olor a perfume. Los cuatro bebieron sidra y apenas habían alcanzado a acomodarse alrededor de la mesa de la cena cuando Voltaire, deseoso de provocar, preguntó hasta qué punto había en el mundo de las ideas judías fundamento para la idea de que el mal es un presupuesto necesario para la existencia del mundo. Los invitados ingleses se rieron con alegría puesto que habían acudido precisamente con la esperanza de escuchar una discusión teológica de altura.

La pregunta puso a Hector en un aprieto. Durante unos segundos pareció distraído. Se quitó las gafas, las limpió con la servilleta y las dejó sobre la mesa. Tenía algo en la punta de la lengua, pero se contuvo y se levantó de la mesa como por impulso.

—¿Queréis ver algo sumamente inusual? —preguntó—. No encontraréis otro libro, en ninguna lengua ni rama de la ciencia, que posea la fuerza y las cualidades de éste o que proporcione tanto conocimiento. Esta obra, caballeros, no tiene igual. Ningún libro se puede comparar con éste y éste no se parece a ningún otro. Defenderé hasta la muerte esta afirmación.

Sin esperar a la reacción de los invitados y más exaltado de lo que había estado en mucho tiempo, Hector se metió en la habitación contigua, que era una gigantesca biblioteca, y empezó a trepar por una escalera anormalmente larga para poder coger su joya: *El elixir de la inmortalidad* de Benjamin Spinoza.

Los demás se quedaron esperando en la puerta, inhalando el olor del papel viejo y del polvo, con la mirada clavada en la penumbra. Mientras Hector subía la escalera, explicó animadamente a sus invitados que acababan de tener el privilegio de ver la mayor biblioteca esotérica de Europa.

—Este lugar es un santuario. —La voz de Hector sonaba exaltada—. Cada libro que veis aquí está animado. Debajo de cada cubierta se abren insospechados misterios. Durante treinta largos años, sin reparar en gastos, he reunido más de tres mil escritos de la cábala, más de cuatrocientas ediciones originales del Talmud y numerosos manuscritos de Roger Bacon, Paracelso, Simón el Mago y Erasmo de Rotterdam.

—Mi querido Hector, ¿cómo se titula este fantástico libro del que hablas con tanto ardor? —preguntó Voltaire.

—Calma, *cher maître* —respondió Hector—, pronto llegaremos a eso. Pero antes debéis saber que aunque la mayoría de estos magníficos libros ofrecen profundos misterios, éstos no se pueden comparar con los misterios de los que yo os hablo. Antes de sacar el libro, he de decir que me entrego en cuerpo y alma al príncipe de las tinieblas si encontráis en él una sola palabra que no sea cierta. Pero añado que desearé que os consumáis en el fuego del infierno, que padecimientos internos os hagan retorceros de dolor, que el rayo os deje cojos y que os persigan úlceras cancerígenas, y que además os destruyan el fuego y el azufre como a Sodoma y Gomorra, y que os precipitéis al abismo, como no seáis discretos con lo que ahora vais a ver y desveléis que habéis visto la obra maestra del difunto abuelo de mi padre, Benjamin Spinoza.

Hector llegó a la parte alta de la escalera. Al ver su tesoro se le llenaron los ojos de lágrimas. Anunció solemnemente que había encontrado lo que estaba buscando y que si en este mundo había alguna verdad, se encontraba en aquel libro. Pero, al alargar los brazos para coger el libro, perdió el equilibrio y cayó de cabeza al suelo.

Voltaire y los demás oyeron un desgarrador alarido. Los ingleses creyeron ser testigos de un *practical joke* y empezaron a reírse históricamente. Voltaire los miró

sorprendido. Él había comprendido enseguida lo que había pasado.

Hector yacía sin vida en el suelo, bajo una hermosa edición manuscrita del Talmud que había caído sobre él y le había aplastado la enorme nariz y la cabeza.

Voltaire se inclinó levemente y le abrió los párpados. Atento como un médico, buscó el aliento de Hector entre sus labios y los latidos del corazón bajo su chaqueta. Pero la vida lo había abandonado y yacía en el suelo como si siempre hubiera estado allí. Voltaire se levantó y constató estoicamente que la sabiduría de los judíos, de acuerdo con la lógica de la casualidad y de los acontecimientos oscuros, le había quitado la vida a Hector.

## **EL TUTOR**

El entierro tuvo lugar en el Cimetière du Père-Lachaise. Hubo mucha afluencia a pesar de que fue un frío día de invierno. Hector había salvado a incontables marqueses, condes y barones de la quiebra inminente, y había multiplicado las fortunas de tantos otros. Todos querían mostrarle su gratitud y rendirle un último y silencioso homenaje. Ningún otro judío fue tan llorado como Hector, y ninguno había sido enterrado en París con tales honores.

Pero sólo uno de los enciclopedistas acudió para honrar a este hombre que había consagrado su vida a los ideales de la Ilustración francesa: Voltaire.

Un viejo conocido del filósofo, el conde de Villeparisis, apoyó su cabeza sobre el hombro de Voltaire —se encontraban el uno junto al otro ante la tumba—, suspiró con ojos humedecidos por las lágrimas y dijo: «Nadie puede burlar a la muerte, ni siquiera un astuto abogado como Spinoza. Es una verdadera pena. ¡Lo echaré de menos! La semana que viene me iba a representar en un caso importante».

Voltaire asintió y se alejó un paso.

El rabino, evidentemente uno de los satisfechos clientes de Hector, habló durante largo del difunto con enorme efusividad, aunque los breves sollozos de la esposa y los niños interrumpieron por momentos su discurso. A continuación los aristócratas colocaron ramos de rosas, tulipanes, claveles, iris y jacintos sobre la tumba. Voltaire puso una piedra, porque los judíos siempre colocan piedras sobre las tumbas y los monumentos conmemorativos, dado que las flores se secan y mueren, mientras que las piedras permanecen eternamente.

El filósofo les tenía cariño a los hijos de Hector y sabía que la viuda no iba a ser capaz de ocuparse de ellos. Se acercó a Madame Spinoza y, en un impotente intento de consolarla, pronunció las posteriormente tan afamadas palabras: «La condición humana es dura, puesto que el dolor está entretejido con nuestra vida. Para poder mantenernos erguidos, tenemos que aprender a caer».

A continuación, mientras las lágrimas aún caían de los ojos de la viuda, Voltaire anunció que le gustaría asumir la responsabilidad de la crianza de Avraham, Shoshana y Nicolas, y que deseaba ser su tutor.

## **MADAME SPINOZA**

La esposa de Hector, Sophie, venía de una familia de comerciantes de origen español. En la década de 1370, sus antepasados huyeron de la Inquisición de Madrid. Perteneían a una de las viejas familias judías que decían descender directamente de Moshe

ben Maimon, también llamado Maimónides, y Rambam, el médico, cabalista y erudito que en el siglo XII era considerado el mayor pensador del mundo judío.

Los Arditti se tenían por judíos de una clase aparte, lo cual guardaba relación con sus tradiciones sefardíes. En los casi cuatrocientos años transcurridos desde su huida, el español que hablaban entre ellos había cambiado muy poco. Con ingenua soberbia, miraban por encima del hombro a los judíos de otros orígenes. Una palabra de la que se valían con frecuencia y cargaban de desprecio era *todesco*, que significaba judío alemán o asquenazí. Para un Arditti era impensable casarse con un *todesco*. Sophie no tenía más de cinco años cuando su padre le advirtió que nunca debía casarse por debajo de su rango.

Entre los sefardíes de Marsella había algunas personas a las que se consideraba de buena familia, con eso se quería decir que llevaban mucho tiempo siendo ricas. Lo mejor que se podía decir de una persona en estos círculos era que era *de buena famiya*. Los Arditti habían pertenecido a esta casta adinerada, pero una vida disipada y algunas especulaciones fallidas habían hecho que Pierre casi los llevara a la ruina. Como no se atrevía a contárselo a nadie —sobre todo a su mujer, que era una verdadera bruja—, intentaba salvar la cara vendiendo en secreto los tesoros de la familia. El dinero se lo gastaba invitando a sus iguales a suntuosas cenas de sabbat. El benevolente señor vivía con miedo constante a las consecuencias que implicaría un desclasamiento en aquel cerrado mundo de familias distinguidas.

Madame Spinoza tuvo toda la vida un soberbio orgullo familiar. Nunca dejaba de recordarles a sus hijos que eran de buena familia y que no había otra mejor. Hector solía tomarse con calma esta sempiterna jactancia, incluso llegaba a bromear con el asunto, pero en algunas ocasiones perdía la paciencia y decía: «No aportaste ninguna dote a nuestro matrimonio, pero sabes muy bien dártelas de gran dama y satisfacer todos tus caprichos».

A Hector también le irritaba que su mujer se interesara tan poco por sus hijos. La reñía a menudo por esto y se lo decía abiertamente, sobre todo cuando estaba molesto porque seguía sin poderle echar el guante al Talmud de Maimónides: «Si hubiera sabido hasta qué punto careces de instinto maternal, nunca me habría casado contigo».

En esos casos ella siempre lo miraba asombrada, aunque la crítica no le hacía ninguna mella.

Los días de Madame Spinoza estaban marcados por la migraña crónica. Siempre estaba apesadumbrada, lo cual se debía en parte a que en su amado gueto de Marsella había sido una agasajada chica de clase alta, mientras que su boda y su traslado a la capital la habían transformado en una ama de casa desatendida. Consideraba bárbaros a los parisinos y se negó a aprender francés como es debido. No tenía amigos porque nadie era lo bastante fino para ella. Apenas salía de casa y a veces pasaban varios meses sin que pisara la calle.

Siempre estuvo deprimida, pero no se suicidó ni se entregó a la bebida, en su lugar se consagró a la literatura, sobre todo a las obras de teatro. Ése era el verdadero contenido de su vida. Devoraba los dramas y las comedias griegas en la lengua original, podía recitar montones de obras de la Antigüedad que seguían esperando a ser descubiertas y recordaba constantemente a todo el mundo lo poco elegantes que eran los dramaturgos contemporáneos que trataban los mismos temas o similares.

Cuando Voltaire se ofreció a encargarse de la crianza de los tres niños, Madame Spinoza sintió un enorme alivio.

## **EL EMBUSTERO**

Mi tío abuelo solía decir: «Quien nunca ha mentido ni robado, carece del órgano con el que se puede entender a una persona como Avraham»; después añadía: «Pero ¿quién ha tenido la suerte de vivir una vida tan excepcional?». «¿Quieres decir que no hay personas honestas, que somos todos unos embusteros y unos mentirosos?», le preguntó un día Sasha.

La respuesta no se hizo esperar: «Toda vida humana es, hasta cierto punto, engaño. Todos los relatos son ilusiones. En cierto sentido el mundo entero es un fraude. Las personas sabemos lo que es correcto, pero aun así no lo hacemos porque nos dejamos vencer por las tentaciones. También sabemos lo que es incorrecto o está mal, pero de todos modos lo hacemos, a pesar de que tenemos la posibilidad de no hacerlo. Somos débiles y, para soportarnos a nosotros mismos, nos mentimos y nos engañamos. Por esa misma razón nos gustan mucho más las historias sobre personas que cuentan una mentira tras otra, que los relatos sobre los santos. En las primeras nos reconocemos a nosotros mismos, dado que en mayor o menor medida todos hemos construido nuestras vidas sobre mentiras».

Avraham, el hijo mayor de Hector, tenía una tendencia natural a la mentira. Era su segunda naturaleza. Con sus mentiras y sus medias verdades, mezclaba tanto lo posible como lo imposible. No se dejaba afectar por ninguna inhibición y mentía con el mismo descaro sobre las cosas grandes que sobre las pequeñas.

Las ganas de robar tampoco le daban tregua. Robaba todo lo que despertaba su deseo: dinero, joyas, comida, cosas... Y le robaba a todo el mundo: a sus seres más cercanos, a los amigos, los conocidos, los niños y los viejos. La única falta que no se permitía era el uso de la violencia física.

Un día Avraham fue demasiado lejos y le robó cincuenta y seis luises de oro y un reloj de bolsillo a Voltaire. Cuando el filósofo se enfrentó a él, Avraham se declaró inocente, afirmó que siempre había intentado vivir de acuerdo con la ley, esto es, como una persona honrada, y acusó a su hermana Shoshana del robo. Entonces lo registraron dos lacayos y resultó que llevaba encima las monedas perdidas y el reloj. Con ello se aclaró la cuestión de la autoría, pero el chico se negó a confesar el delito. Sin el menor recato, acusó a los lacayos de haberle metido el dinero en el bolsillo. A Voltaire le resultó todo muy deprimente, ya estaba más que harto de las descaradas mentiras de Avraham.

Después de la muerte de Hector, había metido a Avraham en un internado conocido por su severa disciplina y sus puertas cerradas. Pero el chico se escapó del colegio y vivió un tiempo con una panda de bandoleros en los bosques de las afueras de Saint-Étienne. Voltaire mandó a unos gendarmes a buscarlo y éstos lo llevaron al palacio de Ferney, a pesar de sus llantos y su amarga resistencia. El filósofo esperaba que su generosidad, su buena voluntad y la seguridad del palacio tuvieran un influjo positivo sobre la evolución del chico.

Durante siete años, Voltaire había intentado educar a Avraham, llenarle la cabeza de conocimientos y saber, darle consejos y ánimos, y encauzarlo hacia una vida colmada de sabiduría y belleza. Pero sus numerosos intentos de salvar al muchacho de lo que parecía su destino ineludible fracasaron.

Voltaire ya no podía seguir engañándose a sí mismo: Avraham era irredimible, era un hombre sin futuro. El filósofo pensaba que, antes o después, acabaría en prisión. Por un momento especuló con la posibilidad de enviar al muchacho a la Bastilla, pero pensó en la pobre Madame Spinoza y en que el robo de los luises de oro y el reloj no era más que una

muestra de todo lo que la mujer tendría que pasar por culpa de aquel chico.

Avraham fue expulsado de Ferney y se marchó a vivir con su madre a París. Sophie no se alegró de verlo. El hijo le dijo que había abandonado el palacio por voluntad propia, porque ya no soportaba que Voltaire lo tratara como al más miserable de sus criados, le contó que lo obligaba a dormir en un sótano y que lo alimentaba con los restos de la despensa. Madame Spinoza no se creyó que Voltaire fuera tan malo, pero era demasiado débil para enfrentarse a su hijo.

A los pocos días de volver a casa, Avraham empezó a atosigar a su madre exigiéndole su parte de la herencia paterna, en efectivo. El chico quería agenciarse un piso propio porque lo irritaba la presencia de la madre y planeaba vivir la buena vida. Para tranquilizar tanto a su madre como a Voltaire —que formalmente seguía siendo su tutor—, dijo que pensaba estudiar en la Sorbona y seguir los pasos de su padre. Los ojos de la madre se llenaron de lágrimas, pero Voltaire no se tragó que Avraham quisiera conseguir una formación y una profesión honrada.

Avraham se inscribió en la facultad de derecho, pese a que nunca le habían interesado los artículos de las leyes. No asistió a ninguna clase, pero consiguió un empleo con un notario que llevaba los asuntos de duques y duquesas. El notario tardó apenas unos días en darse cuenta de la incompetencia del joven, y cuando le preguntó por sus experiencias previas, Avraham se metió en un embrollo de contradicciones del que ya no fue capaz de salir y al final tuvo que reconocer que sus méritos eran inventados. Avraham debía de entender intuitivamente que la mejor manera de suavizar a alguien que está enfadado contigo es despertar su compasión. Dijo que la única razón por la que había mentido eran sus ardientes deseos de trabajar con el notario. Necesitaba el dinero para mantener a sus padres gravemente enfermos y a sus siete hermanos menores, entre ellos dos niñas que habían nacido ciegas y sordas. A continuación afirmó que a partir de entonces se atendería siempre a la verdad. El notario era una buena persona y sintió lástima por la pobre familia al oírle hablar de sus penurias. Permitió a Avraham seguir en su puesto, pero a las pocas semanas lo acusó de deslealtad y desfalco. El notario amenazó con llamar a la gendarmería, pero cuando se enteró de que Avraham era el protegido de Voltaire, se conformó con dejar en la calle al sinvergüenza.

Un día Avraham se topó por casualidad con un cura que había conocido a su padre. Para ganarse la simpatía del religioso le contó que el notario con el que había trabajado era pederasta. Dijo que el muy respetado caballero se sentía atraído por los chicos jóvenes y se acercaba a ellos con proposiciones inequívocas. Él las había rechazado enérgicamente.

El cura sintió lástima por Avraham. Pensó que el chico había tenido la mala suerte de acabar en el sitio equivocado y que, en vez de recibir apoyo de su tutor y de su madre, se había llevado una buena bronca cuando en realidad no tenía ninguna culpa de haber acabado en la calle. El cura quiso aprovechar la desgracia de Avraham para orientarlo de vuelta hacia Dios y lo convenció para que fuera a la Abbaye de Royaumont, a las afueras de París, y se quedara allí unos días. Eso lo ayudaría a desviar sus pensamientos de las desagradables experiencias de los últimos tiempos y a encontrar un firme punto de apoyo fuera de sí mismo. El cura afirmó haber oído la voz de Dios cuando pasó seis meses en aislamiento en el monasterio. Avraham se rió por dentro al oírlo, pero sonrió y prometió consagrarse a los ejercicios espirituales.

Aunque no se pueda decir que las concepciones del cura sobre la vida eterna y la existencia en este mundo coincidieran con las de Avraham, el chico se marchó al monasterio, sobre todo porque no tenía otra cosa que hacer.



La segunda mañana que pasó allí se confesó con el abad. Omitió mencionar que había puntos oscuros en su pasado y en su lugar dijo que su condición de judío le hacía sufrir mucho por la muerte de Jesús y que anhelaba la salvación. El abad le concedió el perdón de sus pecados sin prescribirle ejercicios de penitencia y le sugirió que se convirtiera al catolicismo para recibir el amor de Dios y el Espíritu Santo.

No hizo falta mucho tiempo para persuadir a Avraham. Cuando las campanas tocaron a vísperas, ya se había decidido: se iba a convertir al catolicismo. Pero no porque anhelara que su alma se uniera con lo divino ni porque quisiera ver el reino de los cielos, sino porque un conocido suyo le había asegurado que profesar la fe católica era una condición *sine qua non* para que un judío accediera al mundo de los salones finos de París. Y se dijo a sí mismo que tampoco podía hacerle mal aprenderse unas fórmulas latinas.

La madre lloró cuando Avraham le contó que se había dejado bautizar. Madame Spinoza estaba más pálida que nunca y por un momento el chico temió que se le rompiera el corazón. Pero ella no se quejó.

Sin embargo, en una carta que envió esa misma tarde a Voltaire, se desahogó: «¿Cómo ha podido hacerme algo así?», escribió. «Siendo *de buena famiya*... Esto arrojará una pesada sombra sobre el resto de mi vida».

## **EL BARÓN CONOCE A LA CONDESA**

Cuando Avraham recibió la herencia paterna, alquiló un elegante piso en el barrio de Marais y vivió una vida despreocupada. Cada noche salía de juerga hasta el amanecer con sus nuevos compinches. Éstos presumían de conocer al dedillo los modales del mundo fino, pero por lo general se dedicaban a soltar vulgaridades y a airear sus opiniones despectivas de los judíos sin que esto provocara ninguna reacción por parte de Avraham.

Se lo veía constantemente cortejando mujeres y siempre encontraba nuevos objetos de deseo, chicas dispuestas y hermosas. No tardó en hacerse popular en la noche parisina, quizá porque se hacía pasar por quien no era: decía llamarse barón Armand de Spina-Rosa y presumía sin pudor de que su apellido le aseguraba para siempre una posición privilegiada en la aristocracia europea. En cualquier caso, derrochaba generosamente las grandes riquezas que afirmaba tener a su disposición.

Una noche, en un salón de dudoso renombre, un amigo común le presentó a la condesa de Mercier, que era la mujer más hermosa que Avraham hubiera visto jamás. Su belleza hizo que le temblaran las rodillas y tuviera una erección. Supo de inmediato que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por aquella condesa, incluso morir. Ebrio de amor, apenas pudo pronunciar palabra.

La condesa rompió el silencio:

—Qué extraña casualidad encontrarme aquí con usted, querido barón Spina-Rosa. He oído decir muchas cosas buenas de usted. Su padre solía hablar de su inteligencia y su generosidad. Porque yo conocía a su padre, sí, al viejo barón. En tiempos fuimos buenos amigos, ¿sabe? Lamentablemente las circunstancias separaron nuestros caminos cuando me marché de París. ¿Cómo se encuentra su querido padre?

—Bien, gracias —respondió Avraham, que era incapaz de dejar de mirar a aquella criatura maravillosa, encantadora y deliciosa, sobre todo al profundo escote de su vestido.

—Casi tengo la impresión de que nos conocemos de toda la vida —dijo la condesa—. Por eso me tomo la libertad de confesarle un asunto muy personal. Espero que

no se lo tome usted a mal.

Avraham se sintió halagado por su confianza.

La condesa le contó que estaba profundamente conmocionada y alterada por el contenido de una carta que acababa de recibir del abogado de su marido. Éste era un noble treinta años mayor que ella que poseía grandes extensiones de tierra y un viejo palacio a las afueras de Saint-Étienne. Nunca había visto a una persona tan alegre como el conde de Mercier el día que se despidió cordialmente de él para marcharse a París a cuidar de su hermano enfermo. Por eso no estaba en absoluto preparada para lo que sucedió al día siguiente. El conde había salido a cazar jabalíes con su abogado y el hijo de éste, que se dejó llevar al ver un hermoso ciervo rojo, pegó un brinco y disparó sin ni siquiera apuntar al hermoso animal. La bala rebotó contra el tronco de un árbol y alcanzó a De Mercier en pleno corazón. Probablemente el conde ni siquiera tuvo tiempo de oír el disparo que lo mató. Pocos días antes, lo habían engañado para firmar un testamento por el cual dejaba todas sus propiedades a su abogado. Así que la condesa, según la fría y despiadada carta, ya no era bienvenida en palacio, ni siquiera para recoger su propia ropa y sus joyas.

Avraham sintió lástima de la bella criatura y dijo enseguida que le gustaría ayudarla a salir del apuro.

La condesa cogió la mano de Avraham y dijo:

—Barón de Spina-Rosa, es usted una buena persona y un auténtico amigo. Me han echado de mi hogar y me he quedado sin un lugar donde vivir, y sin medios para hacerlo. Además, he perdido todo mi vestuario. Nunca me he sentido tan sola, abandonada y vulnerable como ahora. Por eso le he abierto mi corazón. Pero no tengo ningún derecho a agobiarlo a usted con mis preocupaciones. Sería demasiado pedir que sacrificara su tiempo con mis problemas.

Los ojos de la condesa se llenaron de lágrimas y rompió a llorar. Avraham intentó consolarla. Notaba que el enamoramiento sacaba al caballero que había en él y prometió protegerla y conseguirle un alojamiento y un vestuario dignos de una condesa.

—Condesa de Mercier, Héléne —se apresuró a añadir el joven—, le ruego que me perdone, no era mi intención atosigarla. Como es obvio no le pido nada a cambio. No tenga miedo de mí. Sólo pretendo animarla y conocerla un poco mejor.

La condesa se sobrepuso rápidamente, llamó a un criado y le pidió que sacara una botella del mejor champán de la casa. Se tomó dos copas seguidas y, a modo de disculpa, dijo:

—Necesito animarme un poco y apaciguar los nervios para poder expresar mi gratitud por haber logrado de un modo tan súbito e inesperado una amistad tan generosa y dispuesta como la suya, querido Armand.

Avraham sintió una felicidad insospechada al poder ayudar a la necesitada condesa. Contempló su piel blanca como los lirios, sus mejillas sonrojadas con hoyuelos y su arrebatadora sonrisa, e intentó imaginarse cómo sería tenerla en sus brazos. Poco se podía imaginar que a las pocas horas ella no pondría ninguna objeción para acompañarlo a casa y compartir la cama con él.

Avraham alquiló un exclusivo piso para Héléne cerca de la iglesia de la Madeleine y le encargó un vestuario nuevo. La visitaba cada día y se alegraba infinitamente de que ella le descubriera placeres de la carne cercanos a una experiencia celestial.

No pasaba un día sin que Avraham se acordara de las palabras que había oído pronunciar a Voltaire: «El amor que surge súbitamente es el más difícil de curar y sólo hay una manera de aliviar el disparatado dolor de la pasión: amar todavía más».

## UNA LECCIÓN DE NEGOCIOS

Al cabo de algunas semanas, Hélène le preguntó si podía presentarle a su querido hermano Robert Deschanel, que a causa de ciertas conspiraciones y de unos rumores puestos en circulación por sus competidores, se había metido en líos con las autoridades, había perdido su puesto y buscaba ahora nuevas maneras de mantenerse a sí mismo y a su familia. Avraham aceptó conocer a su hermano tomando una copa de vino.

Deschanel resultó ser tan cordial como su hermana, y Avraham lo encontró cálido, encantador y franco. Fue directo al grano y le contó sin ambages que había cumplido una pena de cárcel de dos años por irregularidades económicas. Un colaborador sin escrúpulos que trabajaba en el mismo despacho que él había hecho un desfalco y le había echado la culpa utilizando unos documentos falsificados. Deschanel dijo que sería un embustero si afirmara que la estancia en la Bastilla no había sido dura, sobre todo dado que era inocente, pero aún peor había sido la pérdida de su reputación. Ahora nadie en París quería pronunciar su nombre, y mucho menos recomendar sus servicios. Durante un tiempo, según dijo con los ojos empapados en lágrimas, había pensado que la muerte era su única salida. Incluso se había agenciado una soga para ahorcarse, pero luego comprendió que tenía que hacer una buena acción antes de morir y emplear sus conocimientos para hacer rico a alguien.

Deschanel había oído decir a su hermana que el barón era una buena persona y un hombre inteligente, y por eso quería proponerle una colaboración ventajosa para ambas partes. Le explicó rápidamente un par de propuestas: unas especulaciones con acciones por medio de las cuales podrían obtener fácilmente, y sin correr riesgos, grandes beneficios. Deschanel aseguró que podía convertir al barón en uno de los hombres más ricos de París y al mismo tiempo recuperar su propia reputación.

Hélène asentía todo el rato con la cabeza.

Avraham tenía dificultades para concentrarse en los detalles del plan de Deschanel porque no era capaz de apartar la mirada del escote del vestido de Hélène, que era aún más pronunciado que de costumbre. Uno de los hombres más ricos de París. Aquello sonaba como una bella música en sus oídos. Pensó en Voltaire, que siempre lo había infravalorado y creído que no llegaría a nada. Y se imaginó el asombrado rostro del filósofo, y su respetuosa admiración, cuando se enterara del increíble éxito económico de Avraham. Uno de los hombres más ricos de París. Lo embargó un deseo irrefrenable de colaborar con Deschanel.

—Su franqueza —dijo alterado por el vino y las buenas perspectivas de futuro— despierta toda mi confianza y me encantaría poner parte de mi dinero en sus manos. Si usted, querido amigo, me permite que le llame Robert, alzo mi copa por el brillante futuro que nos aguarda.

—Podemos hablar con toda confianza, querido barón de Spina-Rosa —respondió Deschanel dando un sorbito al vino—, porque a través de Hélène somos prácticamente familia. Yo preferiría que nos pusiéramos manos a la obra tan aprisa como fuera posible. Como he defendido en varias ocasiones, los buenos negocios no garantizan la ganancia si no se actúa de inmediato. Créame: tengo razones para presumir de tener una mirada clara en algunas cuestiones.

Al día siguiente Avraham invirtió una considerable cantidad de dinero en la

Paris-Senegal Trading Company, con ayuda del extremadamente solícito Deschanel. Lo cierto es que era la primera vez que oía hablar de la compañía, pero Deschanel le aseguró que era una empresa especialmente sólida y bien dirigida, que lideraba una rama de mercado lucrativo. Se dedicaba al transporte de esclavos desde el oeste de África hasta América del Norte y del Sur.

Voltaire se puso hecho una furia cuando se enteró y exigió a Avraham que vendiera de inmediato sus participaciones.

—Te he educado en un espíritu humanista —protestó el filósofo—. Es imposible que quieras financiar un negocio tan atroz e inhumano.

A Avraham no le costó resistirse a los altos principios morales de Voltaire.

—*Maître* —respondió con tono bravucón y conciliador—, usted tiene un carácter fundado sobre arraigadas virtudes que yo no me puedo arrojar, pero que naturalmente admiro.

—Imagínate que te engañan —lo interrumpió Voltaire en un tono más razonable—. Apenas sabes nada de este Deschanel, de la bella condesa y de la empresa senegalesa.

Pero la convicción de Avraham era inamovible y se mantuvo firme en su posición:

—Conozco perfectamente las cualificaciones de Monsieur Deschanel y estoy convencido de que es un hombre muy hábil a la hora de hacer negocios rentables. No pienso desperdiciar la oportunidad que Robert me ha brindado con su enorme buena voluntad. Teniendo en cuenta que el valor de las acciones no para de subir, vender ahora sería una locura, y, además, eso no salvaría a ningún negro de acabar como esclavo. ¡Éste es el camino seguro para enriquecerme!

Tras este intercambio de opiniones con Voltaire, Avraham volvió a su casa e hizo unos rápidos cálculos. Lo mirara por donde lo mirara, la inversión le convertiría en pocos meses en un hombre inconcebiblemente rico.

—Descontar —se dijo, repitiendo entusiasmado la expresión de negocios que le había enseñado su nuevo amigo—. Descontar. Simplemente se trata de buscar una inversión que proporcione grandes beneficios y de atreverse a apostar. ¿No es eso lo que siempre dice Robert? Y, además, ¿qué sabrá Voltaire de las cosas modernas como los negocios?

Se restregó las manos y se dirigió a casa de Deschanel para encargarle que comprara acciones por lo que le quedaba de su herencia paterna.

Pero el destino estaba al acecho. Un par de semanas más tarde, una mañana de febrero de nieve, Avraham recibió una carta.

Querido barón Armand de Spina-Rosa:

Por la información que me acaba de llegar de Dakar, tengo el pesado de deber de comunicarle que la flota inglesa liderada por el almirante Edgar Whittaker-Stocks ha conquistado la ciudad y se ha apropiado del lucrativo comercio de personas. Como consecuencia de esto, la Paris-Senegal Trading Company se ha declarado en quiebra con efectos inmediatos. El valor de sus acciones en la empresa es a día de hoy igual a cero.

Es lamentable que estos tiempos de inquietud política hayan tenido un influjo tan impredecible sobre sus inversiones. Rogaré a Dios para que la gestión del resto de su fortuna le permita seguir durmiendo por las noches. Si hiciera falta, naturalmente estoy dispuesto a ayudarlo con mis consejos.

En lo que respecta a mis planes de futuro, me han nombrado presidente de los alguaciles de Burdeos. Eso me tendrá excepcionalmente ocupado con tareas comerciales y me resultará difícil liberarme de estos deberes en los próximos días. Me marcho a Burdeos

a finales de semana.

Con mis mejores deseos,  
ROBERT DESCHANEL

## ÉTIENNE Y HERMIONE

Avraham no se podía creer lo que estaba leyendo. Sacudía la cabeza y releía la carta una y otra vez. Luego sacó una pequeña maleta que tenía bajo la cama y la abrió. Dentro guardaba los certificados de las acciones. Hojeó rápidamente los documentos y cayó en la cuenta de que podían ser una falsificación.

«Estoy arruinado», exclamó. «No, no puede ser verdad».

Intentó convencerse de que se trataba de un malentendido. Pensó en todas las veces que había invitado a Robert Deschanel a comer en el mejor restaurante de París y en los numerosos informes que éste le había proporcionado sobre los magníficos negocios en Senegal. Por un momento no supo si aquello era un recuerdo real o si su cerebro obnubilado por el amor le había jugado una mala pasada.

Cogió una carroza y se dirigió al despacho de Deschanel, pero se encontró la puerta cerrada y nadie la abrió, a pesar de que estuvo varios minutos llamando insistentemente. Entonces decidió ir a casa de Hélène, puesto que suponía que ella sabría dónde se encontraba su hermano. Llamó a la puerta con el corazón en un puño. En vano.

Entonces se le acercó la portera.

—La condesa se ha mudado esta mañana con todas sus maletas —le dijo la vieja señora, y se echó a llorar en silencio—. Llevaba tanta prisa que no tuvo tiempo ni de despedirse de mí. Con la cantidad de favores que le he hecho y todo el dinero que le he prestado...

Voltaire escuchó la explicación de Avraham. Al filósofo no le cabía ninguna duda de que el joven se había inventado toda la historia y así se lo dijo abiertamente:

—Avraham, creo que mientes. Has dilapidado tu herencia paterna en poco tiempo. Pero ya se ha acabado el vivir en un mundo de ilusiones, barón de Spina-Rosa. Ahora que no te queda nada, ninguna mujer querrá irse contigo. Por eso estás intentando conseguir más dinero.

La madre consideró que Avraham había deshonorado el recuerdo de su padre despilfarrando la herencia que éste le había dejado. Pero aceptó ayudar a su empobrecido hijo pagándole un abogado, que le prometió total discreción y le garantizó que llegaría al fondo del delicado asunto.

El abogado era un pedante que trabajaba metódicamente. Avraham tuvo que describirle hasta el último detalle de cada reunión con Deschanel y Hélène: cuánto tiempo habían pasado juntos, qué habían dicho ellos, qué había respondido él, dónde habían comido y por qué había apostado toda su fortuna en la Paris-Senegal Trading Company, una empresa de la que nadie había oído hablar.

Cuando el abogado vio los certificados de las acciones, se rió en la cara de Avraham y le dijo que tendría que haber exigido mejores pruebas de la autenticidad de las transacciones que aquellas falsificaciones de aficionados.

El abogado tardó dos semanas en desentrañar el misterio. Su investigación mostró que Robert Deschanel, que en realidad se llamaba Étienne Girard, había desaparecido de

París sin dejar rastro y, naturalmente, sin pagar el alquiler. Lo único que encontraron fue una maleta vieja llena de papeles falsificados que evidenciaban claramente el tipo de astuto timador que era. El abogado investigó también el registro policial y averiguó que Étienne Girard había sido condenado tres veces por fraude.

Lo peor vino después. En el registro, el abogado encontró también el nombre de una tal Hermione Girard, que era como se llamaba en realidad Héléne. Era todo una patraña, Hermione Girard sólo había interpretado el papel de condesa para atrapar a Avraham en sus redes.

A continuación llegó la asestada mortal al corazón de Avraham.

—Hermione Girard —afirmó el abogado— no es la hermana de Étienne Girard, sino su legítima esposa.

## **EL MONJE MAÑOSO**

La vida en el monasterio fue la salvación de Avraham en un momento difícil en el que la vida se le antojaba absurda e increíblemente complicada. Se mudó al monasterio de la Abbaye de Royaumont, donde lo cogió de aprendiz el padre Sébastien, un alma campechana que gozaba del favor del abad. Trabajaban en un cuartucho que hacía las veces de taller y, con infinita paciencia, producían artículos que después vendían a otras iglesias y monasterios: cruces, medallones, candelabros para capillas y rosarios en diversos tamaños.

Avraham era mañoso, tenía mucho ojo para las medidas y un gran sentido de la precisión. En apenas unas semanas lo había aprendido todo. Tenía muchas ganas de trabajar y podía pasarse horas con un objeto. Tallaba, modelaba, serraba y producía cada mes un ingente depósito de productos que los hermanos podían sacar a los caminos para venderlos.

Cuando guardaba las herramientas tras una larga jornada de trabajo, con frecuencia se sentaba a escuchar la música de órgano procedente de la capilla. Podía pasarse una hora o dos sin moverse, mirando al frente, como si estuviera absorto en rezos.

Avraham cayó bien en el monasterio. Los hermanos alababan su voluntad de trabajo y su semblante humilde. Incluso el abad, que era un tipo bastante rudo, le cogió simpatía.

En una ocasión Avraham contó al abad que antes de meterse a monje se había dedicado a los negocios. Otro día le mencionó diversos modos en los que el monasterio podría incrementar sus ingresos. Algo más tarde, regaló al abad un gran relieve en madera que había tallado él mismo y que reproducía la escena del calvario de Jesús en el Gólgota. El abad quedó muy impresionado, sobre todo cuando lo estudió de cerca y descubrió la precisión y el ingenio que requería tallar aquello.

El abad comprendió que Avraham no era un monje cualquiera y que podía ser conveniente entablar una relación más cercana con él. Al principio sólo permitió que Avraham le ayudara con algunos consejos sencillos. Pero después de que éste demostrara su esmero y su inteligencia, el abad le confió la gestión de la economía del monasterio.

Como para confirmar las peores premoniciones de Voltaire, un día arrestaron a Avraham por robar los fondos del monasterio. Aunque él lo negó vehementemente, acabó en la cárcel.

La madre estaba desesperada y acudió a Voltaire. A pesar de que al filósofo le resultaban indiferentes los apuros de Avraham, demostró su generosidad haciéndole un favor a Madame Spinoza. Por medio de sus contactos en la corte —por temporadas era el hombre de confianza de la reina—, consiguió que absolvieran a Avraham de las

acusaciones que pesaban sobre él y que lo pusieran en libertad con la condición de que abandonara París de inmediato.

## **MORICZ Y LA HERENCIA FAMILIAR**

Había momentos en mi infancia en los que me parecía que la vida no merecía la pena. Me sucedía por lo general cuando buscaba el amor de mis padres. Quería que me vieran y quería gustarles tal y como era, sin tener que disimular ni aparentar, pero siempre tuve la impresión de que tenían mejor opinión de mi hermano gemelo.

Nada se puede comparar con el dolor que produce no sentirse amado por los padres en la infancia.

Recuerdo los rostros resplandecientes de mis padres cuando, a final de curso, Sasha volvía a casa con sus buenas notas. Mi hermano les daba muchas razones para estar orgullosos. Yo suspendí en el tercer curso las matemáticas y la historia, y el director del colegio, un hombre muy estricto, les dijo a mis padres que lo mejor sería que repitiera el curso, a lo que ellos reaccionaron con mucho escepticismo. Sentí tanta vergüenza por no estar a la altura que fui incapaz de mirar a mis padres a los ojos. Esa misma tarde, mi padre me echó una bronca descomunal. Estaba furioso porque había hecho sufrir a mi madre y le había acabado de destrozar los nervios, que ya eran frágiles de por sí.

Ahora que se aproxima el final de mi vida, tengo que reconocer que nunca he superado los reproches que me hacía mi padre por no disponer de la buena cabeza que le correspondía a un Spinoza.

Una tarde en la que mi tío abuelo nos había hablado de las aventuras de Avraham en el nuevo mundo, se me ocurrió una idea. Fui a preguntarle al abuelo lo que pensaba sobre los rasgos de carácter que se manifestaban en cada generación de nuestra familia.

No pareció sorprendido en absoluto y dijo:

—Has mirado demasiado la nariz de Sasha. No te inquietes, tú también serás un buen tipo, aunque hayas heredado la nariz respingona de tu madre. Créeme. Debo aclararte que no todo lo que cuenta Fernando en sus leyendas tiene por qué ser verdad. A veces mientes y haces tonterías. ¿Y quién no lo hace de vez en cuando? Todas las personas pueden ser imprudentes y actuar mal. Los sensatos aprenden de sus errores, mientras que los necios les dan vueltas y más vueltas. Recuerda que la buena reputación a menudo se basa más sobre lo que se oculta que sobre lo que realmente se hace.

Las palabras del abuelo despertaron mis esperanzas. Quizá no estuviera condenado a la perdición eterna. Me sentí un poco aliviado, pero no lo bastante.

—Quizá sepas que yo tenía un hermano que se llamaba Moricz —dijo el abuelo—. Tuvo un trágico final, el pobre, murió congelado en un altiplano en Lhotse, en el Himalaya. La verdad es que te pareces bastante a él. No era la encarnación de la honestidad e hizo muchas locuras en su vida, pero de algunas de sus ocurrencias no podías evitar reírte.

Era la primera vez que el abuelo mencionaba a Moricz. Había sido la abuela la que nos había contado que el hermano menor del abuelo hizo algo escandaloso de lo que el abuelo se avergonzaba. Pero en esa ocasión fue él quien me contó que Moricz, a quien le encantaba jugar al póquer, se había metido una vez en un verdadero aprieto. Necesitaba dinero para pagar una deuda de juego. Cuando comprendió que nadie podía ayudarlo a reunir una cantidad tan grande, se le ocurrió una idea. Se puso su mejor traje, encontró en una caja unas medallas de oro con las que el mismísimo emperador Francisco José había

condecorado a su abuelo, y se las colgó al pecho. Después les pidió a dos conocidos suyos que trabajaban en el mantenimiento de las calles, que lo acompañaran a la calle Váci, la calle peatonal más fina de Budapest, donde se ubicaban las tiendas más exclusivas de la ciudad. Fue en el año 1913. Los tres se situaron delante de la sastrería de caballeros de Elemér Polgár, donde se cosían los trajes los aristócratas europeos, encabezados por el príncipe de Gales. Los dos trabajadores simulaban tomar medidas con unos instrumentos que traían consigo, mientras Moricz hacía anotaciones. Al poco, el sastre Polgár en persona se les acercó preguntando qué hacían frente a la puerta de su salón. Moricz le respondió que venían de la oficina de vías públicas y que planeaban instalar un servicio de caballeros, puesto que era un requisito sanitario que hubiera algo así en una calle peatonal tan larga como aquella. Polgár, con labio tembloroso y abierta desesperación, exclamó: «¿Un urinario delante de mi tienda? Eso es impensable. Sería mi ruina. Supongo que comprenderá, joven, que no puede haber un apestoso servicio pegado a mi salón. Piense en mis clientes, corre sangre azul por sus venas, se trata de distinguidos aristócratas a los que no se puede someter al hedor de la orina». Moricz intentó tranquilizar al sastre confesándole que todavía no habían acabado con la fase de mediciones y que el resultado de esta labor habría de ser evaluado antes de que se decidiera la ubicación definitiva del servicio de caballeros. Polgár vio enseguida su oportunidad e invitó al amable joven de la oficina de vías públicas a entrar en su salón, para que pudieran mantener una conversación privada sin que nadie los interrumpiera. El sastre ofreció a Moricz una copa de coñac francés de la mejor marca y le prometió darle dos mil coronas si los trabajadores trasladaban sus mediciones cien metros más allá en la calle. Moricz se hizo de rogar y no se dejó sobornar, al menos hasta que el sastre elevó su oferta a cinco mil coronas. Algunas horas más tarde, después de pagar su parte a los colaboradores, Moricz volvió a casa con veinticinco mil coronas en el bolsillo, que en aquella época era una fortuna. Estaba profundamente satisfecho pensando que, gracias a él en aquel día soleado, había brindado la oportunidad a seis felices comerciantes de impedir los planes de la oficina de vías públicas de construir un urinario justamente delante de sus tiendas.

La historia de Moricz me hizo mucha gracia, sobre todo porque el abuelo nunca solía contarnos nada divertido. Al mismo tiempo reforzó mi sospecha de que Avraham, Moricz y yo teníamos algo perverso grabado en el ADN.

## **EL MÉDICO FRANCÉS**

Avraham se embarcó en una larga migración y apareció vagando por los polvorientos caminos que cruzaban Sudamérica. Murmuraba palabras francesas del revés como fórmulas mágicas y anunciaba que llevaba a cabo milagros a cambio de un poco de dinero, que aceptaba con gratitud. La gente lo escuchaba con escepticismo. Él intentaba refutar a los escépticos con elocuencia, promesas y amenazas. También vendía amuletos con forma de corazón que contenían los nombres de santos católicos y que aseguraba que protegerían a quienes los llevaran contra las enfermedades, la pérdida de cosechas, la envidia y la brujería. Pero las gentes de los ajetreados callejones vivían en la miseria, por lo que aquellas actividades no le proporcionaban demasiados beneficios. Era más frecuente que Avraham se acostara muerto de hambre que con la barriga llena.

Esta vida errante podría haber durado para siempre si la esposa de un rico mestizo de Caracas no hubiera alumbrado un niño monstruoso, con alas de murciélago en vez de



brazos y dos cuernos en la peluda frente. Esto sucedió después de que hubiera permitido a Avraham —que a cambio había recibido quince pesos de plata— acariciarle la tripa todos los días al atardecer durante una semana mientras pronunciaba una ancestral bendición que debía proteger al niño contra el mal de ojo. El esposo de la mujer hizo que metieran a Avraham en la cárcel y lo dejó en manos del severo tribunal de los dominicos, en vez de hacerlo juzgar por herejía. Cuando en la cárcel descubrieron que Avraham estaba circuncidado, lo consideraron señal de un grave delito y de apostasía. El Santo Oficio decidió que esta prueba demostraba la culpabilidad del acusado y por eso se abstuvo de investigar el caso o interrogar a testigos.

Avraham escuchó atentamente la lectura de la sentencia. Lo condenaron a muerte por haber profanado el bautizo al dejarse circuncidar, por haber comido carne en días prohibidos, por trabajar en días sagrados, por celebrar el sabbat y otras fiestas judías, por hablar y tratar con el demonio y, por último, por haber sacado dinero a los cristianos haciéndoles creer que podía curar enfermedades.

Avraham reconoció su culpa y aceptó estoicamente la condena, llegó incluso a prometer que en el infierno seguiría lealmente la fe y las costumbres católicas, a cambio de ahorrarse la tortura y las esposas.

Al amanecer de la misma mañana en la que iba a morir en la hoguera, convenció a otro preso —un jorobado sentenciado a permanecer un año encadenado por violar a dos mujeres de luto en un cementerio— para que le royera las cuerdas alrededor de las muñecas y los tobillos. Después, en un momento en que no lo vigilaban, huyó de la cárcel y se dirigió hacia el norte. Tres meses más tarde apareció en Luisiana, en la costa sureña de América del Norte, donde una gran parte de la población era de habla francesa.

Allí tomó el nombre de Armand Seigneur y se hizo pasar por un célebre médico parisino que había servido en la corte y, entre otras muchas cosas, curado a Luis XV de gota. Se movía con seguridad y nadie le preguntó por su formación ni por los permisos para ejercer de médico.

Sin un céntimo en el bolsillo alquiló una gran casa en el centro de Nueva Orleans. Transformó el salón en una consulta y un ajetreado laboratorio con ollas humeantes, líquidos hirvientes y un fuerte olor a mercurio en el ambiente. Anunciaba a los cuatro vientos que era especialista en males extraños, aunque se negaba a tratar heridas abiertas, simple y llanamente porque siempre le había dado miedo la sangre. Se ganaba la confianza de los pacientes hablándoles elocuentemente de los logros de sus tratamientos previos y engañaba a todo el mundo con sus estimulantes historias de Versalles. La reputación del médico real no tardó en extenderse por toda Nueva Orleans y la demanda de sus peculiares métodos de tratamiento creció rápidamente.

Los pacientes de monederos gruesos eran bienvenidos a cualquier hora y siempre los trataba con exagerados cuidado y amabilidad. El médico no estaba en cambio demasiado dispuesto a recibir a los pobres que no pudieran pagar bien sus servicios. Los miraba con desconfianza y despachaba sus historias sobre sus enfermedades como meras imaginaciones suyas.

## **LA GOTA DEL ALCALDE**

Un día el alcalde de la ciudad se presentó en la clínica. Gaspard Gorell tenía fama de ser un hombre corrupto y sin escrúpulos. En Nueva Orleans lo despreciaba todo el

mundo porque aceptaba regularmente los sobornos de los traficantes de esclavos, que eran los que realmente gobernaban aquella ciudad sin ley.

Los ojos de Gorell refulgían y chillaba de dolor. Padecía gota. Para aliviar sus frecuentes ataques, solía acudir a los baños de barro del suburbio de Jefferson, que no quedaba lejos de allí. Pero en esta ocasión nada podía aliviar su dolor.

«El último ataque me dio hace cinco días», dijo el alcalde, «y todavía no me he recuperado».

Avraham le aseguró que le ayudaría y que incluso lo curaría. Lo haría al modo secreto de la alquimia, que era el último grito en París. Pero primero el alcalde tendría que jurar que nunca revelaría una palabra sobre el carácter del tratamiento. A continuación Avraham leyó unos conjuros en hebreo y prendió incienso hecho con todo tipo de pócimas. Después hizo una rápida revisión a la conjunción de los planetas y concluyó que los dolores se debían a que unos demonios se habían apoderado del cuerpo de Gorell.

Trazó un círculo mágico alrededor del alcalde, agitó un incensario que olía a alcanfor y, entre profundos suspiros, intentó expulsar a las malvadas criaturas etéreas. Sudó, murmuró frases incoherentes y obligó al paciente a beber media copa de vino tinto en la que había tenido en remojo durante toda la noche tres onzas de semillas de amapola pulverizadas. Exhausto, aseguró que dos demonios egipcios, Selbebut y Osirusis, habían abandonado el atormentado cuerpo. El tratamiento concluyó cuando pronunció una frase hebraica al revés: «*Jurab ata ianoda, unyehole jelem maloah*».

«Con qué belleza se expresa usted, doctor», exclamó Gorell, asombrado por la energía que de pronto llenaba su cuerpo. Este tratamiento era aún mejor que el que recibía hacía cinco años en los baños de barro de Jefferson.

Al día siguiente, Avraham puso una venda ante los ojos de Gorell. Le dijo que el tratamiento que pensaba aplicarle no existía en ningún libro de medicina porque era secreto y estaba reservado a la realeza.

«Se basa en un estudio de una parte hasta ahora desconocida de nuestro organismo», le explicó, «y tiene que ver con la relación entre los cuerpos celestes y la estructura interna y oculta del hombre».

Realizó una serie de lentos movimientos con las manos —que él denominaba caricias magnéticas— sobre la espalda del alcalde. Habló de conseguir que la musculatura fuera receptiva al efecto curativo de las fuerzas planetarias.

Gorell no entendía una palabra de la cháchara del médico y tampoco tuvo la sensación de que disminuyeran los dolores de su cuerpo. Pero se sentía halagado y escogido: él, un hombre de orígenes humildes, el hijo de un campesino de Burdeos que había llegado de joven a la colonia de Nueva Francia, recibía el mismo tratamiento que los reyes de Europa.

Avraham entregó una nota manuscrita al alcalde indicando por medio de gestos que se trataba de un valioso regalo.

—Hay que leer estas dos frases en voz alta diez veces al día, cinco veces por la mañana y otras cinco al acostarse —prescribió.

Gorell miró la nota con expectación.

—Mi nombre está mal escrito —murmuró indignado—. Gorell se escribe con dos eles, no con tres. —Avraham le dirigió una severa mirada y el alcalde sintió que había ido demasiado lejos. Para disimular de inmediato el comentario, añadió algo asustado—: Esto suena prometedor, doctor.

Las diversas curas se fueron intensificando. Gorell acudía a diario. La expulsión de

los demonios requería tiempo y paciencia. Con frecuencia el alcalde tenía que pasarse hasta tres horas con una venda ante los ojos mientras Avraham realizaba un complejo esquema de movimientos a sus espaldas, pero sin rozarlo. Durante estos ratos mantenían animadas conversaciones sobre el precio del trigo y las coyunturas, se quejaban del insufrible calor y se lamentaban de la necesidad de los políticos franceses, que habían dejado que los territorios al este del Mississippi pasaran a manos británicas. Avraham alababa las decisiones del alcalde, por muy tontas que parecieran.

Gorell estaba siempre de buen humor, sonreía, se reía a carcajadas y se desahogaba contando lo que le pesaba. Paso a paso fue introduciendo a Avraham en sus asuntos políticos más oscuros, incluso en los detalles de su economía privada. También le contó que, cinco años después de su muerte, seguía echando en falta a su esposa, a la que se le había atragantado una espina de pescado y se había ahogado. Pese a que la gota le molestaba prácticamente igual que antes, Gorell tenía la sensación de haber encontrado a un auténtico y leal amigo.

En julio de 1779, ya llevaban más de medio año con los tratamientos. Avraham pidió a Gorell que no acudiera al jueves siguiente y que en su lugar fuera a los baños de barro. Necesitaba disponer de un día para sí mismo, para trabajar sin interrupciones y concentrarse en un nuevo tratamiento que quería probar. El alcalde obedeció las indicaciones de Avraham y se pasó todo el jueves en Jefferson. Cuando volvió a casa por la noche estaba exhausto, el baño de barro había consumido todas sus energías, así que se acostó temprano.

El viernes por la mañana Gorell acudió como de costumbre al médico, pero Avraham no estaba en la clínica. La casa estaba vacía y el médico había desaparecido. Lo buscaron por todas partes, pero no lo encontraron. Hubo gente que afirmó haberlo visto en las inmediaciones de la casa del alcalde justo después de que éste saliera para Jefferson.

Hasta entrada la noche, Gorell no descubrió por qué el médico había abandonado la ciudad precipitadamente. El escándalo fue enorme. Avraham había entrado en casa de Gorell, había abierto la caja fuerte, vaciado todos los cajones secretos del escritorio, robado cada céntimo que pudo encontrar y después se había escapado con la hija del alcalde, Claire, una pequeña pelirroja de diecisiete años que era tan encantadora como inocente.

Gorell se tiró de los pelos de desesperación, chilló y soltó maldiciones. A la mañana siguiente contrató a un experimentado cazador de origen indio y le encargó buscar a la pareja. El cazador los persiguió incansablemente durante más de un año, pero siempre iba un paso por detrás de ellos, mientras se adentraban en territorios cada vez más inhóspitos.

## **CENA PARA DOS**

Tres días después de que se acabara el dinero robado, Avraham se despertó por la mañana y descubrió que Claire había desaparecido. La chica lo había abandonado.

Sobre la mesa encontró una nota escrita con su letra infantil:

Tras pasar un año yendo de un lugar horrible a otro peor, creo saber bastante sobre los padecimientos físicos. Pero lo peor de todo ha sido sentir cómo se me iba muriendo el alma en tu compañía...

*Bon voyage!*

C.

Avraham se puso furioso, pero después de tantos contratiempos, fracasos y sucesos imprevistos, se le reveló la verdad, una verdad atroz: no se puede vivir toda la vida al margen de la ley y huyendo de la justicia.

Lo embargó la desesperación, se lamentó de su vida y se quejó estúpidamente: su padre nunca se había interesado por él, su madre era débil y nunca le había mostrado ternura, ya de niño tenía el corazón pesado como el plomo, Voltaire lo odiaba y se había negado a proporcionarle una educación... Ignorante y sin haber vivido una edad de oro, iba a tener que abandonar esta vida sin haber conquistado el mundo y sin haber experimentado ni una pequeña parte de la gloria que le corresponde a un hombre *de buena familia*.

Luego pensó en Hélène y se preguntó dónde estaría. ¿Seguiría con su marido o sus caminos se habrían separado? Se la imaginaba tan hermosa como antes, o más hermosa aún, si es que era posible. Hélène era la criatura más bella que había visto nunca. Avraham habría estado dispuesto a renunciar a todo, a su vida entera, por poder verla durante cinco minutos.

Después de que Claire regresara a Nueva Orleans, el cazador siguió buscando a Avraham durante un par de meses, pero la caza no arrojó resultados.

Avraham acabó sus días en la tierra una semana después de que Claire lo abandonara, en los humedales de los Everglades, en Florida, donde se perdió y pasó a constituir una exquisita comida para dos glotones caimanes.

## **CERCANA EN SU AUSENCIA**

La costumbre europea de que el apellido pase en herencia de padre a hijo coincidió con los requisitos que puso Moisés a nuestro patriarca Baruj para la custodia del gran secreto. Ésa puede ser una de las razones por las que las mujeres siempre han tenido un papel secundario en la familia Spinoza.

Durante mucho tiempo creí que no habían nacido niñas en las treinta y seis generaciones de la familia. Pero me equivocaba, a pesar de que no conozco el nombre de casi ninguna de ellas. Cuando pienso en mi infancia, me doy cuenta de que al menos una mujer emerge de la oscuridad de la historia: Shoshana, que por medio de los relatos de mi tío abuelo y de un modo extraño, siempre ha estado cercana en su ausencia en mi vida.

Mi tío abuelo nos explicó a Sasha y a mí que pocas cosas dejan tanta huella en una persona como las primeras historias de la infancia que se abren paso hasta su corazón. Éstas la acompañan toda la vida y crean islas en su memoria a las que siempre regresan.

En mi caso, una de estas islas está habitada por Shoshana. La primera vez que mi tío abuelo nos habló de ella —de que estaba muerta, pero que su espíritu flotaba a nuestro alrededor y que podíamos comunicarnos con ella a través de una médium— a mí me resultó tan real como el aire que respiramos. Me dejé envolver y hechizar por su historia. Me metí en ella y por la noche soñaba con frecuencia con Shoshana. Probablemente estaba influido por el mágico ambiente que mi tío abuelo era capaz de generar con sus relatos. En cualquier caso estaba convencido de que Shoshana podía verme y de que me sonreía desde el cielo.

Mi tío abuelo nos inició temprano en la enigmática relación que mantenía con Shoshana. Contactaba con ella regularmente a través de una afamada médium de la misteriosa agrupación espiritista Ad Astra, con la que solía reunirse cada dos miércoles en casa de Adalbert Nagyszenti.

La primera vez que fue, mi tío abuelo intentó hablar con sus dos hijas, que se habían disuelto en humo en unas altas chimeneas en Auschwitz. El silencio de esta sesión, la primera de su vida, le resultó casi insoportable. Cuando lleno de desconfianza estaba a punto de levantarse de la mesa y abandonar la habitación, apareció Shoshana y le dio recuerdos de sus hijas desde el más allá. El contacto con Shoshana llegó a tener mucha importancia para mi tío abuelo.

He visto cómo se le saltaban las lágrimas al hablar de ella. He visto su rostro lleno de felicidad al pensar en las verdades ocultas que ella le transmitía desde el mundo de los espíritus y que luego él compartía generosamente con nosotros.

Pero ¿alguna vez lo he visto poner en duda su mensaje? No lo recuerdo. Quizá yo estuviera ciego para eso.

A través de Shoshana, mi tío abuelo se apropió de las historias que existen bajo la Historia, y que no se han reproducido en ningún libro. En todas las épocas ha habido personas con acceso a la Verdad pura y no falsificada. Personas que sabían cosas que nadie más podía saber. Personas que recordaban milagros olvidados. Personas que llevaban los sufrimientos de todo el mundo sobre sus hombros. De niño estaba convencido de que Fernando era una de estas personas.

## **LA EDUCACIÓN DE UNA NIÑA**

Como tutor de los niños Spinoza, Voltaire colocó a Nicolas, que tenía cinco años, en un colegio de curas y a Avraham, de catorce, en un internado conocido por su severa disciplina y sus puertas cerradas. Sólo Shoshana se quedó con él en el palacio de Ferney.

El filósofo la puso a trabajar duro y le exigió mucho. Consideraba que tenía el deber de proporcionar a la niña la educación que normalmente sólo se daba a los varones. Durante diez horas al día, salvo en su cumpleaños, recibía clases de pacientes maestros que le enseñaban latín, griego, filosofía, literatura y matemáticas.

El propio Voltaire le dedicaba mucho tiempo a Shoshana. Con paciencia la fue atrayendo hacia los laberintos que constituyen el saber humano sobre el universo y todo lo creado. La introdujo en las principales corrientes de la historia de la filosofía. A veces se reservaba una hora para consideraciones acerca de los enormes progresos de la ciencia y le hablaba de Émilie du Châtelet y sus especulaciones sobre el mundo físico. Algunas veces le comentaba algún diálogo de Platón o una obra de Virgilio. Una vez a la semana la entrenaba en el arte de redactar elegantes cartas y ensayos, y le enseñó a generar un bello y tintineante francés con la pluma. La entrenó en el arte de la elocuencia. Ponía a prueba sus conocimientos de gramática y los encontraba satisfactorios. Le hablaba de historia y de medicina. Voltaire tenía la penetrante mirada de un águila y ella seguía sus artes de vuelo con el corazón palpitante.

El filósofo anotó en su diario: «Formar a una persona se puede comparar con las fuerzas de la creación y quien enseña a alguien introduce un nuevo patrón en la construcción del mundo».

En el umbral de la pubertad, Shoshana escribía originales redacciones que aún se conservan en el archivo de Voltaire de la Bibliothèque nationale de París: «Pitágoras como político», «Los pensamientos de Platón sobre el Estado», «La cultura de los indios mayas antes de la conquista española de Centroamérica», «Sobre la proliferación de las plantas cultivadas en Francia» y «Francisco de Asís habla con los pájaros».

Resolvía avanzados problemas matemáticos y leía con fascinación los *Principia* de Newton sobre la fuerza de gravedad que ejerce cada cuerpo celeste.

Lo que más le interesaba era la gramática y la sintaxis. Hablaba seis idiomas fluidamente y al principio de la adolescencia ya traducía dramas griegos al francés.

A pesar de que formuló ciertas críticas a su afrancesamiento del drama *Antígona* de Sófocles, Voltaire se encargó de que la obra se estrenara en la Comédie-Française. La aclamada actriz Thelma hizo una interpretación inolvidable del papel y la dirección corrió a cargo del celebrado italiano Raimondo de Vespucci. El público estaba entusiasmado.

Voltaire escribió a Madame Spinoza que su hija, que acababa de cumplir dieciséis años, «tiene un gran talento, un latín que agradaría a Cicerón y un griego que sonaría hermoso en el Areópago. Lo único que es de lamentar es su pertenencia al género femenino».

## ÉMILIE Y LA CIENCIA

Shoshana perdió las ganas de traducir teatro griego de un día para otro, de un modo súbito e inesperado. En su lugar empezó a profundizar en los complicados trabajos de los grandes científicos. Se pasó una primavera entera estudiando esforzadamente el movimiento de la energía, siguiendo el ejemplo de Newton. Observó, investigó y anotó, pero no llegó a la misma conclusión que el inglés. Tras numerosas observaciones prácticas pudo demostrar que la energía de un objeto en movimiento es proporcional a su masa y al cuadrado de su velocidad. Esto ponía patas arriba las tesis de Newton y se enfrentaba a las suposiciones dominantes en la ciencia natural.

El interés de Shoshana por la ciencia natural se debía a varias causas. Émilie du Châtelet era la más importante. Todo empezó cuando oyó a Voltaire hablar de la famosa científica.

El pensador hablaba con inequívoca calidez sobre Émilie, que durante mucho tiempo fue su pareja. Muchos años después de su muerte, Voltaire seguía viendo su imagen. Para él, Émilie personificaba la bondad y la inteligencia femeninas. Era evidente que le seguía doliendo mucho que la muerte, la siempre igual de inesperada muerte, se hubiera llevado a Émilie cuando su vida en común había alcanzado alturas brillantes y estaban rodeados de belleza y felicidad.

Hablaba de la hermosura y la sensualidad de Émilie, de su estrecha cintura y puntiagudos pechos, y de sus grandes proezas como primera matemática, física e investigadora francesa.

Shoshana sentía una creciente fascinación por lo que le contaba Voltaire. Quería saberlo todo sobre Émilie. Tan pronto como tenía ocasión, sacaba a relucir el nombre de la científica. Al mismo tiempo sentía un escalofrío de celos cada vez que Voltaire hablaba de ella. ¿Qué verá en ella que yo no tenga?

Tú eres la persona a quien amo y yo la que tú amarás, en la eternidad de las eternidades, pensaba Shoshana.

Había cumplido diecinueve años y ya no era una niña. Oía voces en su cabeza y a veces la embargaba la extraña sensación de tener un agujero en el cerebro que necesitaba llenar con algo, con la fuerza de un amor que la haría abrazar a Voltaire, besarlo y decirle: «Te amo, te deseo». Decidió tapar el agujero con Émilie siendo como ella, transformarse de Shoshana en Émilie, ocupar su lugar y convertirse en la mujer de Voltaire.

A veces sentía remordimientos por intentar ser otra, le parecía que era como cometer una suerte de suicidio. Otras veces ya no sabía quién era y también eso se lo reprochaba a sí misma. Pero era incapaz de apaciguar su corazón. Cada día y cada hora anhelaba ser la mujer de Voltaire.

## **A LA SOMBRA DE LOS PERALES**

Voltaire descubrió entusiasmado a su protegida sentada a la sombra de un peral de ciento cincuenta años del castillo de Ferney, cercano a la frontera suiza. La muchacha estaba estudiando el principio de la energía. Ese final de la primavera de 1768, fue una época feliz en la vida del pensador. Con el castillo venía el título de conde y el conde Voltaire, que hacía tiempo que no se implicaba en agotadoras disputas, había olvidado todas las amargas batallas de antes. Se encontraba en un apacible rincón de Francia. En su lucha por la ilustración y la tolerancia había escrito dieciocho nuevos artículos para la quinta edición revisada del *Diccionario filosófico portátil*, que a esas alturas había dejado de ser tan portátil. Era famoso y gozaba del respeto de la gente. Era vitalista y por suerte no padecía ninguna dolencia. Su fortuna se ocupaba de sí misma. A veces se despertaba por la noche y se sentía arrollado por la felicidad. Había alcanzado todo lo que había soñado. Nada podía amenazar su paz.

La noche de San Juan, Voltaire salió al jardín y cogió un ramo de flores para dárselo a Shoshana. Para cenar tomaron un exquisito salteado de riñones, acompañado de un delicioso vino local con el que celebraron que ella había acabado su tratado sobre la energía de un objeto en movimiento. Entre tintineos del cristal pulido de las copas, dio otra muestra de su enorme benevolencia y prometió hablar del tratado con el presidente de la Academia de Ciencias de París, el distinguido catedrático Jean-Baptiste Ferry, para que el trabajo de Shoshana pudiera publicarse y discutirse en la reunión anual de la Sociedad de Físicos que se celebraría en el otoño siguiente.

Sin embargo, Voltaire dijo que, antes de contactar con el catedrático Ferry, quería corregir alguna cosa que a su juicio era algo deficiente y reforzar algunos razonamientos que consideraba débilmente fundamentados. Enseguida añadió que no pretendía decir nada despectivo sobre la agudeza de los pensamientos de Shoshana. Su tratado era excepcional. Pero todo texto escrito se podía mejorar.

Shoshana se sintió profundamente agradecida, pero una voz interior la instaba a rechazar cortésmente la revisión crítica de Voltaire del texto. Estaba segura de lo que decía, sabía que sus observaciones y conclusiones eran irrefutables. Y además aquella era su obra. No quería que nadie se entrometiera en su forma. Aun así, no se atrevía a ofender a su tutor rechazando su ayuda, así que cambió de tema y empezó a hablar una vez más de Émilie.

Voltaire se apenaba cuando hablaba de su vieja compañera de vida. Su mirada se clavó en la lejanía y dijo que, después de transcurridos tantos años, seguía oyendo su voz susurrándole al oído. Shoshana lo escuchó atentamente. Buscaba algún detalle en el relato de Voltaire que tratara sobre ella misma.

## **EL ALIENTO DE LA NOCHE**

Cuando Shoshana se fue a la cama, notó contra la piel el cálido aliento de la noche que entraba por la ventana abierta. En combinación con el suave vino tinto, la sensación

despertó un placentero éxtasis en su joven cuerpo, más allá de las palabras y los conceptos.

Sabía que los flujos de la incipiente sensualidad eran peligrosos, que podían acarrear muchas locuras. Aun así alargó los dedos y se rozó el pezón izquierdo. Se estremeció de placer y se le puso la piel de gallina por todo el cuerpo. El gozo fue intenso. Cerró los ojos y se imaginó las manos de Voltaire, diestras, deliciosas, perfectas, acariciando su cuerpo desnudo. Shoshana tembló de excitación.

Era perfectamente consciente de que los pecadores acababan irremediabilmente en el infierno. Se lo había dicho en repetidas ocasiones Carlos Fellici, el cardenal de Ginebra que los visitaba a menudo. Pero también sabía —eso se lo había enseñado el gran filósofo— que todo el mundo, con independencia del rango, el sexo y la edad, tenía derecho a ser feliz.

Por eso permitió que su cuerpo actuara y buscara, encontrara y tomara lo que quería, sin reparos ni remordimientos de conciencia. Estaba obsesionada con la fuerza viril de Voltaire, con su integridad, su callada soberbia y su grandeza. Quería brindarle su sexo y la dulzura de su belleza femenina porque él era el hombre al que amaba de todo corazón.

Shoshana se levantó de la cama, se dirigió sin hacer ruido al dormitorio de Voltaire, abrió la puerta delicadamente y se quedó un rato contemplándolo. A continuación se quitó el camisón, se metió en su cama y le rozó la cara.

Voltaire se despertó de golpe. No le sorprendió ver a Shoshana en su cama. Entendió de inmediato lo que quería y la miró interrogante. La muchacha tenía diecinueve años y medio. Su cuerpo era delgado, casi escuálido, sus pechos todavía los de una niña. No era guapa, pero el problema no era su belleza, sino otra cosa. El cuerpo de Voltaire no quería. Con ternura le explicó que un hombre entrado en años, enfermo y débil como él, no estaba para esos placeres y, a modo de disculpa, le dedicó una sonrisa muy dulce.

«Querida niña», dijo abrazándola cariñosamente, «tienes la feliz edad en la que se ama. Tenemos que encontrarte un hombre adecuado, alguien con quien puedas compartir estos momentos excesivamente breves».

A Shoshana le dolió el rechazo. Le cogió las manos, escondió en ellas su rostro y se echó a llorar.

## **DE VUELTA A CASA EN PARÍS**

A la mañana siguiente, el secretario de Voltaire, Wagnière, encargó una carroza para París y el filósofo pidió a Shoshana que empaquetara sus pertenencias en dos grandes maletas. Se marcharon de Ferney a la hora del almuerzo y cogieron el camino que pasaba por Nantua y Dijon. Cambiaron los caballos de la carroza cuatro veces. En una ocasión tuvieron que pararse un par de horas a las afueras de Troyes porque se había roto el eje de una rueda de la carroza.

Ni Voltaire ni Shoshana pronunciaron una sola palabra en todo el viaje, que duró cinco días. A ambos les resultaba incómodo permanecer en silencio escuchando la respiración del otro, pero lo preferían a conversar como si no hubiera pasado nada.

Madame Spinoza se sorprendió cuando llamaron a la puerta de su piso en las inmediaciones del Palais Royal. No esperaba visita y, aunque ya eran más de las cuatro, seguía vestida con una colorida bata de *crêpe de Chine*. Encontrarse a Voltaire y Shoshana cuando abrió la puerta fue una sorpresa no enteramente de su agrado, puesto que no le habían preguntado ni informado con antelación. Madame Spinoza seguía la regla del menor



esfuerzo y no soportaba que la perturbaran en su comodidad.

Voltaire se empeñó en hablar a solas con ella y pidió a Shoshana que los excusara. Le explicó la situación a grandes rasgos y subrayó que a su juicio ya no era saludable para la muchacha seguir viviendo con él. Le dedicó una mirada severa —porque era perfectamente consciente de lo poco que la mujer se había interesado por su hija— y concluyó que lo mejor para Shoshana era irse a vivir con su madre.

Las palabras de Voltaire marearon a Madame Spinoza porque no tenía ningunas ganas de hacerse cargo de su hija. Pensó que unos cuantos días con Shoshana bajo su techo le harían la vida insoportable, pero no se atrevió a llevar la contraria a Voltaire.

«No pasa nada», respondió con una sonrisa amable y un movimiento controlado, en un intento de disimular el efecto que le habían producido las palabras del filósofo.

La primera pelea entre madre e hija tuvo lugar a la mañana siguiente. «Shoshana, no lo aguanto», gritó Madame Spinoza con su voz chillona. A primera hora su hija se había encerrado en el baño, había caído de rodillas y no dejaba de llorar. La madre no se sentía preparada, se veía impotente y no sabía qué hacer. Estaba convencida de que sus nervios se derrumbarían si la chica continuaba llorando con tanta histeria. Tampoco mejoró la situación que Shoshana, al salir del baño, le espetara a su madre que consideraba la estancia en su casa como una pena de cárcel inmerecida.

En los días siguientes, Madame Spinoza acusó varias veces a su hija de destrozarle la vida. Shoshana le respondió que carecía de todo sentimiento maternal y de compasión. Nuevos conflictos gratuitos surgían constantemente entre las dos mujeres, lo que obligó al viejo criado Gilbert, un bonachón, a intervenir como mediador de paz. El hombre instó a la madre y a la hija a mostrar un poco de buena voluntad para hacer más fácil la convivencia.

Gilbert sugirió a Madame Spinoza que escribiera a Voltaire pidiéndole ayuda para solventar las dificultades. Ella aceptó, pero no estaba segura de cómo redactar la carta. Entonces el viejo criado le dictó lo que tenía que escribir. Ante todo la animó a recordar al filósofo que enviara el tratado de Shoshana al presidente de la Academia de Ciencias, porque seguro que eso conseguía que la muchacha empezara a pensar en algo distinto a llorar todo el día y, en las breves pausas de las lágrimas, dar rienda suelta a su mal humor. En su opinión, Madame Spinoza debía subrayar que Shoshana controlaría mejor sus volubles nervios mediante la ordenada vida de una científica.

## **EL DEBATE**

Fiel a sus costumbres, Voltaire actuó rápido. Envío el trabajo de Shoshana a la Academia de Ciencias junto con una efusiva carta de recomendación.

El presidente de la academia, Jean-Baptiste Ferry, tenía mucho respeto por Voltaire y se lanzó de inmediato sobre el tratado. Lo leyó con espíritu crítico, pero benévolo, y al cabo de un par de páginas se quedó boquiabierto. Nunca había visto un trabajo tan osado, autónomo y revolucionario, pero desearía que lo hubiera escrito un varón maduro. Sin duda eso habría facilitado que todo el mundo asumiera el resultado de estas investigaciones empíricas y la conclusión agudamente formulada. Lo asustaba la enorme controversia que con toda probabilidad despertaría el tratado. Al fin y al cabo la crítica a Newton era demoledora. Ferry estaba convencido de que la joven autora de la investigación era una científica sincera y concienzuda. Tenía la intuición de que era perfectamente plausible que tuviera razón, que su trabajo pudiera refutar una de las verdades fundamentales de la física

y provocar uno de los debates científicos más virulentos del siglo. Por un momento sintió deseos de arrojar el trabajo al fuego y dejar que lo devoraran las llamas. Pero no lo hizo, como le corresponde a un científico respetable. Sin embargo, sabía que el deseo de quemar aquel trabajo sería compartido por muchos de sus colegas. Sabía que el comité de consejeros de la Academia de Ciencias haría todo lo posible por evitar la publicación de la obra y acallar a la joven, y al mismo tiempo era consciente de que la posteridad le reprocharía eternamente haber frenado lo que quizá era el mayor descubrimiento científico del siglo. Hizo un rápido análisis de la situación y decidió pasar por encima del comité y enviar el tratado directamente a la imprenta.

A principios de otoño, el trabajo se publicó con el título de *Tratado sobre la energía de los objetos en movimiento*, de S. Spinoza. Cuatro destacados físicos, a los que no se informó del sexo ni la edad de la autora, fueron invitados como expertos científicos para discutir el tratado en los bellos locales de la Academia de Ciencias en el Louvre, bajo la dirección de Jean-Baptiste Ferry.

En la sala repleta se encontraban varios periodistas, muchos físicos, toda la facultad de ciencias naturales de la Sorbona, dos altos representantes de la corte y el secretario permanente de la Academia Francesa, D' Alembert, que era el invitado de honor. Shoshana llegó acompañada de Voltaire.

Muchas cejas se arquearon cuando el presidente Ferry, en su discurso de apertura, presentó casi con un exceso de cortesía a la autora del primer tratado que iban a discutir en la reunión anual de la asociación de físicos. «Shoshana Spinoza. Hum...».

Shoshana se levantó. Voltaire le susurró que mantuviera la espalda erguida. Un profundo suspiro recorrió al público. ¿Una mujer? Nadie se lo había esperado. Y tan joven. De lejos la persona más joven que jamás había estado en la gran sala de conferencias de la Academia de Ciencias. Los cuatro físicos sobre el estrado no podían creer lo que veían sus ojos.

Voltaire sabía que varios de aquellos ancianos científicos, cegados por los prejuicios y una arraigada misoginia, no podrían aceptar el surgimiento de físicos mujeres. Recordaba el desprecio al que en su momento tuvo que enfrentarse Émilie. Se levantó y, dirigiéndose al presidente Ferry, defendió respetuosamente la importancia de que los físicos franceses examinaran los progresos científicos con imparcialidad y amplitud de miras.

Por la desconfiada mirada de los cuatro científicos, Shoshana entendió enseguida que se enfrentaba a una dura oposición. Los distinguidos caballeros buscaban alguna excusa con la que despachar el trabajo. Y ella les proporcionó de inmediato una.

Baptiste de Gendre era el más veterano de los cuatro físicos y por eso tuvo el privilegio de comenzar el interrogatorio de Shoshana. Sin mostrar demasiada sutileza preguntó abiertamente a la joven señorita si podía jurar ante Dios Todopoderoso que ella misma había hecho todos los cálculos y escrito el tratado, y que aquello no era obra de Voltaire.

El gran filósofo se enfadó y protestó de inmediato por la pregunta. Adujo enfáticamente que ese tipo de insinuaciones no eran propias de los debates científicos serios, pero el presidente Ferry rechazó la objeción.

La expresión de la cara de Shoshana revelaba lo incómoda que le resultaba la pregunta. Empalideció y clavó la mirada en el suelo. Era evidente que le desagradaba mirar a Baptiste de Gendre a los ojos. Toda la sala aguardaba expectante la respuesta y dio la impresión de que la muchacha tardó una eternidad en tomar la palabra.

—Por desgracia no puedo hacer ese juramento —dijo en voz baja—. Se trata para

mí de una cuestión de conciencia.

Explicó que había sentido la vocación de consagrar su vida al descubrimiento de las relaciones ocultas en la naturaleza y que con la ayuda de la ciencia quería investigar las verdades y comprender cómo funcionaba el mundo.

—El principal activo de un científico es gozar de un espíritu crítico —afirmó—. Lo importante es no dejarse llevar por los prejuicios y las teorías favoritas de su tiempo. Por eso miro con desconfianza las explicaciones grandiosas del mundo, los modelos que responden todas las preguntas y resuelven todos los problemas. Eso mismo debemos hacer todos. —Hizo una breve pausa para mirar a la sala antes de continuar—: A ninguna ciencia le conviene que un Dios desconocido pueda gobernar con indisputada hegemonía. Para mí, Dios no es un rey de reyes que puede reclamar un papel destacado en el reino del saber. Para mí, Dios no es más que una palabra y por eso no puedo jurar en nombre de algo en lo que no creo.

Baptiste de Gendre se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—Ninguna persona, sobre todo ningún científico serio, puede negar la existencia del Creador de la naturaleza...

Shoshana no le dejó concluir la frase sino que respondió rápidamente.

—Ningún científico puede estar tan ciego y ser tan inconsciente como para afirmar que nuestro conocimiento de Dios está fundamentado científicamente.

Pierre Delpech, que había hecho importantes contribuciones a la comprensión del magnetismo, objetó:

—Mademoiselle Spinoza es lo bastante presuntuosa para creer que puede corregir la teoría de Newton sobre la energía, lo cual es una señal de desvarío juvenil y una pura insensatez. Pero negar la existencia de Dios es un delito y debería ser castigada por ello.

Alain Gaillard, el más joven de los físicos, perdió por completo los papeles. Se levantó, dirigió el dedo índice hacia Shoshana y gritó alterado que la judía ponía en duda el fundamento del orden social y el poder soberano del rey, y que había que encerrarla en la Bastilla. Después sentenció, algo más tranquilo pero en un tono humillante, que la persona con la que estaba tratando la Sociedad de Físicos no era una científica, sino más bien una bruja judía.

Los otros tres físicos intercambiaron sonrisas. Se oyeron aplausos entre el público, pero también algunos gritos de indignación. Voltaire negó con la cabeza, tembloroso de rabia.

Aunque las palabras de Alain Gaillard aún no se habían asentado del todo, Shoshana supo que aquello era el fin y se sintió impotente. Oyó una voz interna que le decía: «Nunca tendrás acceso al mundo de la ciencia». Comprendió que estaba sometida a las leyes de un mundo de hombres mayores y que estaba condenada *a priori* porque era joven, porque era mujer y porque era judía. Pero sobre todo porque osaba cuestionar una verdad establecida. Todo le pareció perdido y de pronto comprendió —pese a que hasta poco antes había creído que se encontraba ante las puertas de una nueva vida— que lo mejor que podía hacer era abandonar la idea de seguir por ese camino.

Al presidente Ferry le pareció que Alain Gaillard se había excedido en su intervención. Recordaba que en anteriores reuniones, el catedrático había soltado comentarios que daban pie a creer que albergaba un profundo desprecio por los judíos. Pero Ferry no quería criticar a su colega y se esforzó por sonar lo más objetivo posible. Al igual que todas las personas importantes sabía que era crucial mantener en sus manos todos los hilos de la reunión. Para que la sesión no degenerara, y sin pedir la opinión de los cuatro

físicos convocados, concluyó inesperadamente que, bajo ninguna circunstancia, los tratados de Shoshana Spinoza podrían ser aprobados por la Academia de Ciencias. No aportó ninguna justificación de su decisión.

Entonces el júbilo estalló entre el público y los cuatro físicos aplaudieron. Sólo algunos estudiantes jóvenes expresaron su descontento con la decisión. En el banco de honor, D'Alembert mostraba un aspecto preocupado.

## **EN EL FAUBOURG SAINT-GERMAIN**

Shoshana y Voltaire abandonaron de inmediato la sala y empezaron a deambular por el Museo del Louvre. Shoshana se estremeció, se detuvo, cerró los ojos y suspiró profundamente.

Su madre había organizado una pequeña recepción en su casa y había invitado a unas cuantas personas para celebrar el gran día de su hija. Shoshana no se sentía con fuerzas de enfrentarse a esas personas. Tenía el ánimo por los suelos y por eso preguntó a Voltaire si podían coger una carroza para ir a su casa de la rue Faubourg Saint-Germain.

Cuando llegaron a su casa, Voltaire le ofreció una copa de vino e intentó consolarla. Dijo que quizá habían sido ingenuos al creer que aquellos físicos de la vieja escuela podían mostrarse completamente de acuerdo con ella. Al fin y al cabo, el resultado de sus investigaciones amenazaba los fundamentos sobre los que descansaba su vida. Además, el placer estético del lenguaje del tratado no significaba nada para la gente que carecía de oído para la musicalidad del francés. Pero Voltaire sí estaba seguro. Por eso iba a enviar el tratado a un conocido suyo italiano, un catedrático de física de la Universidad de Bolonia, que era una institución más abierta y más interesada en discutir las nuevas ideas sin prejuicios.

Shoshana se alegró por el apoyo. Notaba que la habitación estaba cargada con una extraña fuerza y que el vino le había acelerado el pulso. Se levantó y se colocó delante de Voltaire, que estaba cómodamente sentado en el *recamier*. Se acercó más a él dejando los pechos muy cerca de su rostro. Luego se abrió el corpiño, se bajó la combinación y sus pequeños pechos quedaron al descubierto. Al verlos, a Voltaire se le iluminó la cara con una mezcla de deseo y sorpresa. No podía apartar la mirada de aquellos pechos y temblaba de excitación. Inspiró el olor de su juventud y le resultó embriagador y atractivo. Su corazón palpitaba vehementemente y su masculinidad, dormida hacía mucho tiempo, empezó a revivir de un modo lento pero seguro. Aquello le asombró porque había creído que no volvería a experimentar el movimiento en aquellas regiones y notó que era capaz de brindarle a la muchacha el placer que su cuerpo tanto anhelaba. Empezó a acariciar sus senos con delicadeza. Después sus manos se deslizaron por encima de sus labios, su cuello y sus caderas. Voltaire se inclinó hacia delante, rodeó uno de los pezones con los labios, lo besó y empezó a succionarlo. No le quedaban muchos dientes en la boca, así que la tenía suave como un bebé. Ella gozó del tacto de la boca desdentada y notó que se le humedecía el sexo. Él la atrajo hacia el *recamier*, le quitó el vestido y se tumbó sobre ella. Cerró los ojos, suspiró y la penetró profundamente. «Cuidado», dijo, sobre todo para sí mismo, porque aquello era lo que la muchacha más deseaba. Sus cuerpos se balancearon adelante y atrás durante un breve minuto.

Después de entregarse el uno a la otra, ella se sintió como la mujer más feliz del mundo. Voltaire la ayudó a ponerse el vestido y a continuación la envió a casa de su madre

con la carroza.

## **CARTAS SIN RESPUESTA**

A la mañana siguiente, Shoshana recibió una carta del gran filósofo. La leyó con el corazón en un puño. Voltaire decía que lo que había pasado entre ellos le resultaba deprimente. Se sentía avergonzado de su propia debilidad y de haber permitido que un fogoso deseo se apoderara de su ánimo y pusiera sus sentimientos patas arriba. Aunque el insensato acto apenas hubiera durado unos minutos, le parecía lamentable que hubiera sucedido. Pedía disculpas por su indigno comportamiento y explicaba que comportarse como un jabalí en celo no era propio de un hombre de su edad y su posición. Proponía que ambos intentaran olvidar el asunto y que por un tiempo se abstuvieran de mantener contacto.

Shoshana se desesperó. Leyó la carta por lo menos diez veces, pero se negaba a aceptar el contenido. Se tendió en la cama e intentó revivir el breve placer que había sentido el día antes en brazos de Voltaire. Se acarició los pechos y los labios del sexo hasta empaparse en sudor. Le temblaba todo el cuerpo, aunque no sabía si se debía al placer o a la aversión que sentía.

Al cabo de un rato se sentó ante el espejo para contemplarse la cara. En el reflejo descubrió a una desconocida y eso la asustó. Era la primera vez que veía aquel rostro, que tenía en los ojos una expresión apocada, quejumbrosa y confusa. No era su mirada, sino la mirada de una desconocida. Quería librarse del rostro de aquella persona que no conocía. Pero como no pudo ahuyentarlo, rompió el espejo.

Después de dormir un par de horas, Shoshana se sobrepuso y escribió una fogosa carta a Voltaire en la que le exigía que volvieran a verse y decía que se negaba a abstenerse de lo que más deseaba.

Una hora más tarde recibió la carta de vuelta, sin abrir.

En los siguientes catorce días envió dieciocho cartas al filósofo. Todas las cartas contenían sólo dos palabras: «Le amo».

Voltaire devolvió todas las cartas sin leerlas.

## **SUEÑOS CONGELADOS**

A Shoshana le resultaba humillante y a la vez insoportable que el hombre al que amaba le hubiera dado la espalda. Se sumió en una depresión y le pareció que la vida carecía de sentido. Dejó de comer y vivía únicamente de té. Adelgazó, se le hundieron las mejillas y los ojos.

En el acongojado rostro de Shoshana, el criado Gilbert veía claramente que su vida sentimental se había visto dañada por la relación con Voltaire. El viejo intentó consolarla explicándole que no había mejor amigo que el gran filósofo, que Voltaire era un hombre experimentado, inteligente, que lo había visto casi todo y que podía dar excelentes consejos. Pero que tenía setenta y dos años. Shoshana podía estar contenta de tener un padre así, pero nadie con un mínimo de cordura podía imaginarse que tuviera algún valor como amante. Soñar con él no tenía sentido. Gilbert, que había crecido en la costa del Atlántico en Bretaña, dijo que eso era como nadar contra las olas que constantemente te arrojan de vuelta a los peñascos. Sabias palabras. Pero Shoshana se negó a escucharlas.

A pesar de que la clara luz del otoño entraba por la ventana del cuarto, Shoshana sentía que se había adentrado en un mundo de sombras. Le faltaba la fuerza vital y a veces sólo deseaba enfermar y morir.

En noviembre descubrió que estaba embarazada.

Gilbert aconsejó a Madame Spinoza que le diera a su hija manzanas en almíbar para asegurarse de que sobreviviera. La madre intentó alimentarla con cuchara, pero Shoshana lo vomitaba todo.

Un día excepcionalmente frío de diciembre, en el que flotaban grandes copos de nieve en el aire y las calles de París estaban cubiertas de nieve sucia, el tiempo invernal hizo pensar a Shoshana en sueños congelados y desesperación.

En Nochebuena tuvo unas fuertes hemorragias y perdió al niño. Le subió mucho la fiebre y la madre le refrescaba la sudorosa frente con pañuelos mojados. En su delirio, gritaba el nombre de Voltaire. El viejo médico de la familia, el doctor Villancourt, examinó a Shoshana y declaró que no podía hacer nada por ella mientras sus ganas de vivir ardieran con una llama tan débil. Cuando por fin le bajó la fiebre, se sumió en una profunda melancolía. Calló durante cuatro semanas y se apoderó de ella un fuerte rechazo al mundo entero.

Una mañana de febrero, cuando la madre había ido a la modista para probarse un sombrero nuevo, Shoshana se sintió fría y congelada por todo el cuerpo. Estaba rígida y le llevó mucho rato levantarse de la cama. Sentía que las fuerzas la habían abandonado.

Despacio y meticulosamente, fabricó una fuerte soga con una sábana. Después se puso un vestido rojo, se subió a una banqueta, enrolló la sábana alrededor de un gancho en una viga del techo e introdujo la cabeza en el lazo. Se detuvo un segundo como si quisiera decir algo, a continuación tensó el lazo y volcó la banqueta. Un violento temblor recorrió su escuálido cuerpo.

## **BOLONIA Y LA FÍSICA**

Un anochecer de enero de 1772, justo tres años después de la muerte de Shoshana, la ciudad de Bolonia lanzó fuegos artificiales en la universidad. Quizá no fueran tan espectaculares como los legendarios fuegos que habían lanzado cuarenta años antes, cuando celebraron que Laura Bassi fue la primera mujer en acceder a una cátedra de la universidad más antigua de Europa. Pero en cualquier caso fueron unos fuegos artificiales impresionantes.

Cientos de cohetes se elevaron en el cielo y dibujaron lirios blancos sobre el firmamento negro para celebrar la aprobación del tratado de Shoshana y su elección póstuma como miembro de la Academia de Ciencias de Bolonia.

Entre la muchedumbre que se había reunido para ver el espectáculo entre gritos de entusiasmo se encontraba también Voltaire, que contemplaba la lluvia de estrellas con los ojos empapados en lágrimas.

En el siglo XIX, la física se convertiría en la ciencia de moda. Los reyes seguían la evolución de la física, la emergente burguesía mostraba enorme interés por los nuevos territorios conquistados y los periódicos presentaban a los físicos más destacados como los grandes héroes de la época: Ampère, Faraday, Ohm, Volta... Quien hacía un descubrimiento de importancia, inscribía de inmediato su nombre en la conciencia colectiva al nombrar una unidad de medida con su apellido. Sin embargo, el nombre de Shoshana

Spinoza cayó en el olvido.

El descubrimiento que quizá más revolucionó la física se dio a conocer en 1905, cuando un joven llamado Albert Einstein, empleado de la Oficina de Patentes de Berna, publicó cuatro artículos en la revista alemana de física *Annalen der Physik*. Fue aclamado de inmediato por los científicos de todos los rincones del mundo. Ya no había vuelta atrás. El mundo nunca volvería a ser igual.

El cuarto artículo de Einstein resulta especialmente interesante para la historia de Shoshana. Trata sobre la equivalencia entre la masa y la energía y contiene la famosa fórmula  $E = mc^2$  (donde  $E$  representa la energía,  $m$  la masa y  $c$  la velocidad de la luz). Con ello se confirmaba que los cálculos de Shoshana eran correctos y que su teoría se sostenía.

## NICOLAS

Unas horas antes de que Nicolas tomara su primera bocanada de aire, Hector le regaló un vestido rojo a su hija Shoshana. Era el regalo de cumpleaños de la niña porque el insondable destino quiso que su hermano menor llegara al mundo el mismo día que ella cumplía cinco años.

Shoshana llevaba meses soñando con un vestido como ése, desde que su madre la llevó al Théâtre-Français para ver *Fedra*, una tragedia clásica de Jean Racine. Madame Spinoza quería despertar temprano el interés de su hija por el teatro griego y le explicó que la historia de Racine se basaba en un mito griego y que el autor había tomado muchas cosas prestadas de su antecesor de la Antigüedad, Eurípides, que tenía una mirada completamente distinta y una mayor agudeza estilística. Pero Shoshana era demasiado pequeña y no entendió nada de la obra sobre la reina que escogía al hombre equivocado y al final decidía quitarse la vida. Lo único en lo que pensó la niña durante toda la representación fue en el vestido rojo que llevaba la actriz Thelma, que interpretaba el papel protagonista. Shoshana soñaba con tener algún día una prenda como ésa y convertirse en reina.

La niña estaba muy orgullosa del regalo de cumpleaños de su padre y quería enseñárselo a su madre. Pero Madame Spinoza estaba ese día en el dormitorio, donde la niña no podía entrar. Así que se quedó al otro lado de la puerta, intentando ver a su madre. Pero la puerta volvía a cerrarse rápidamente tan pronto como el doctor Villancourt, el campechano médico de la familia, o alguna de las señoras que había traído ese día consigo, entraban o salían del dormitorio.

Shoshana oyó sollozos y chillidos, gritos y jadeos procedentes de la habitación. No reconocía la voz y preguntó quién era.

—¡Fuera de aquí! —le respondió su padre, que deambulaba por el pasillo.

Sólo el criado Gilbert tuvo una palabra amable para Shoshana. Le explicó que su madre estaba trayendo un niño nuevo y que toda aquella gente que había en la casa estaba ahí para ayudarla.

De pronto se oyó un grito:

—¡Madre mía, madre mía!

Los gemidos iban en ascenso. Shoshana se asustó al comprender que era su madre la que gritaba.

Unos minutos más tarde la dejaron entrar en el dormitorio. Las mujeres daban vueltas por la habitación y todos sonreían. El orgulloso padre se reía mostrándole el recién nacido a todo el mundo. A primera vista, un detalle en la cara del niño asombró a todos los

presentes.

—Tu hijo —dijo Hector dirigiéndose a su esposa, que estaba blanca e inmóvil en la cama— es un auténtico Spinoza. Mira qué nariz tan descomunal. Es hermoso. El niño más perfecto que te puedas imaginar.

Nicolas era el único de los hermanos que tenía talento para la música. Ya de pequeño agasajaba a la familia con su hermosa voz. Cuando tenía cinco años, justo después de la súbita muerte del padre, lo aceptaron en el internado para monaguillos de la iglesia de Saint-Sulpice, el monasterio franciscano de Ferney, no lejos del palacio de Voltaire.

A la madre no le gustó del todo que su hijo, un chiquillo judío *de buena famiya*, fuera a pasar el día entero en la iglesia, desde la misa de la mañana hasta el canto de la noche, vestido con camisola, capa roja y un sombrero negro cuadrado.

Pero Voltaire la tranquilizó: «El niño tiene talento para la música y debemos intentar estimularlo. Si además recibe una sólida formación en la fe cristiana, tampoco le vendrá mal, con el tiempo puede ayudarlo a entrar en los círculos adecuados. Madame, ya sabe cómo funcionan las cosas en este país. Hay que aullar con los lobos que hay afuera. Si viviera en la India, le recomendaría que Nicolas sostuviera la cola de una vaca. Aquí en Francia, la cruz es lo que vale. Lo que ambos deseamos es que sea aceptado por la aristocracia del pensamiento, que se caracteriza por su inteligencia, su saber y su tolerancia. Al fin y al cabo, la evolución personal es la meta suprema de la cultura».

Lo que Voltaire le dijo a Nicolas, sin pensar en la frágil edad del niño, fue: «Tienes que intentar imitarme a mí, en vez de a tu madre. Es lo mejor para ti. Y tienes que renunciar a tu judaísmo. Eso te ayudará en la vida porque hará que la gente te acepte más fácilmente. Ya verás como algún día llegarás a ser un filósofo respetado».

## **EN EL MONASTERIO**

El colegio religioso de la iglesia de Saint-Sulpice no aceptaba por principios a niños judíos. Por eso se mostraron muy reticentes a hacerle un hueco a Nicolas. Si finalmente transigieron fue porque recibieron una carta de monseñor Carlos Fellici, en la que el cardenal de Ginebra expresaba fuertes deseos de que el protegido de Voltaire se educara en ese colegio religioso, con un auténtico espíritu cristiano. Nadie se atrevió a decirlo en voz alta, pero ni a los profesores ni a los padres de los alumnos les hizo mucha gracia tener a un niño judío en aquel internado tan católico.

Durante toda su vida, Nicolas recordaría la aprensión que sintió cuando el criado de Voltaire lo dejó en el colegio. Al bajarse de la carroza, le asustó el enorme edificio principal y la severa mirada de los aterradores monjes situados ante la ventana del refectorio. Aquello le pareció exactamente lo contrario a la bondad y la actitud comprensiva que él se había esperado después de escuchar la descripción de Voltaire.

En el encuentro con el abad Montell, un hombre calvo e increíblemente gordo que lo miró con curiosidad y evidente disgusto, Nicolas se quedó como clavado a la silla intentando parecer alegre y fuerte al mismo tiempo, mientras por dentro pensaba en su hermana Shoshana, que hasta entonces había sido su punto de anclaje en la vida. Apenas podía contener las lágrimas porque notaba que no era bienvenido en el colegio.

Al final del segundo día, durante una clase, Nicolas se sumió en una ensoñación y no prestó suficiente atención al maestro, que tenía unos ojos vigilantes.

—Estoy orgulloso de vosotros —dijo el maestro—. Bueno, de todos salvo de uno,



que no se ha tomado la molestia de escuchar mi fascinante relato sobre la vida de Jesús. Sólo uno ha estado moviéndose todo el rato. Sólo uno se mordía las uñas. Y sólo este niño avergüenza a toda la clase. —Se tomó una pausa mientras Nicolas se preguntaba quién podría ser—. Tú, Nicolas Spinoza, nuestro nuevo alumno judío, te comportas muy mal. Nunca he visto a nadie con tantas dificultades para concentrarse, ni a nadie tan irrespetuoso con los sufrimientos de Cristo. Lo que has hecho es simple y llanamente imperdonable y entiendo que ninguno de los niños quiera estar contigo.

El maestro calló y todos los niños miraron a Nicolas con disgusto.

Al día siguiente un chico mayor lo humilló en el patio. El chico simuló estrecharle la mano, pero apretó tanto que Nicolas acabó de rodillas. Como demostración de que había caído públicamente en desgracia, recibió una patada en la barriga. Nicolas se levantó y se quedó inmóvil con las lágrimas cayendo por sus mejillas. Entonces el chico mayor, que era el líder indiscutido de los monaguillos, le escupió a la cara, lo cual despertó risas entre los demás chicos.

Muchos años más tarde, Nicolas seguía siendo el cabeza de turco del resto de los monaguillos. Siempre estaba solo, no tenía amigos en el monasterio y nada podía salvarlo de los comentarios despectivos de los monjes y de sus compañeros. En ocasiones Nicolas pensaba con rechazo en su identidad judía, que tan ofensiva le resultaba a todo el mundo.

## **UNA LARGA MARCHA**

Con trece años, cuando a Nicolas empezó a crecerle pelo en las mejillas y le cambió la voz, lo pusieron de patitas en la calle sin previo aviso, siguiendo el reglamento del colegio de la iglesia de Saint-Sulpice.

Se sentía humillado y no sabía adónde dirigirse. Shoshana ya no vivía con Voltaire, eso lo sabía por sus cartas, y no tenía ganas de vivir solo con el filósofo. Sollozando, cogió la mochila y se encaminó a pie hacia París en el frío de noviembre.

Caminó por paisajes desiertos, en los que encontraba pueblos y granjas pobres dispersos por los bosques. Sólo alrededor de los ríos parecía haber tierra fértil y pequeñas aldeas. Vio algunas vacas que pastaban sueltas junto al agua. Casi todos los días lloviznaba. Tenía frío y le costaba encontrar el camino. Entendió que estaba perdiendo el rumbo. En ocasiones echó de menos las ascéticas comodidades del monasterio, la severa y segura rutina cotidiana y la música de órgano de la iglesia. Aunque aquella añoranza siempre se le pasaba enseguida.

A finales de diciembre empezó a acercarse a París. En la lejanía pudo distinguir la silueta del campanario de Notre-Dame. Se quitó la mochila y se quedó un rato quieto con la espalda apoyada contra un árbol. El corazón se le llenó de añoranza por su casa.

Nicolas nunca olvidaría las condiciones en las que llegó al apartamento de su madre. Cuando se quitó los zapatos, descubrió que tenía las plantas de los pies negras, un color que se le había pegado a la piel y que no pudo quitarse al lavarse. La piel de las plantas de los pies se había vuelto muy gruesa y el hedor era tan terrible que incluso los piojos se mantenían a distancia. Contempló su imagen en el espejo. Durante las cuatro semanas que había tardado en llegar a París había adelgazado diez kilos. Le sorprendió el duro rostro que veía en el espejo. Comprendió que la marcha lo había transformado en otra persona.

Hacía muchos años que no veía a su madre y descubrió enseguida que había

envejecido demasiado pronto en el gris ambiente de melancolía. Notó rasgos de carácter muy poco usuales en un Arditti: desesperanza e impotencia. Era evidente que la madre no tenía fuerzas para luchar contra su destino. Era una mujer vieja y cansada, incapaz de asumir la responsabilidad de otro hijo. Tenía suficiente con Shoshana, que ahora vivía con ella. Por eso no consiguió mostrar ninguna alegría al ver a Nicolas.

Mientras Nicolas se daba un baño caliente, ella se sentó a escribir una carta a un viejo amigo de su marido, Philippe Charrier. El hombre era rector del Lycée Louis-le-Grand, uno de los mejores lugares del país para prepararse para los estudios superiores. En la carta le explicaba que Shoshana había perdido la razón y requería todos sus cuidados, que con eso tenía más que suficiente y que no le era posible tener a Nicolas en casa. A continuación pedía a Charrier que se hiciera cargo de Nicolas y que llenara su ánimo de esperanza y su espíritu de todo tipo de pensamientos inteligentes.

Después comunicó a Nicolas que tenía que marcharse. Le recordó que era *de buena famiya* y lo besó en la mejilla.

Nicolas estaba cansado tras la larga marcha y se sintió triste. Estaba en el recibidor de su casa y soñaba con otro destino. Quería estar cerca de su madre y de su hermana. Pero se vio forzado a separarse de nuevo de su familia, sin haber visto siquiera a Shoshana. Suspiró profundamente y se metió en la carroza que lo aguardaba, sin sospechar que aquélla sería la última vez que vería a su madre.

## **CÁLIDOS RECUERDOS**

Philippe Charrier dio la bienvenida a Nicolas como a un viejo amigo. Ni un solo matiz de su cálida voz traslucía que nunca se hubieran visto. Se adentraron en la casa a través de varias estancias y en la habitación del fondo se sentaron ante una mesa cubierta por un impoluto mantel blanco de lino. Charrier le ofreció un pan que olía a especias deliciosas. En un rincón había un viejo pupitre con una desgastada funda de cuero sobre la tapa. Una lámpara de aceite colgaba del techo de una cadena.

Una mujer entró en la habitación y le dedicó una cálida sonrisa a Nicolas. Era la esposa de Charrier, Madame Léonie. El rector le presentó a su invitado con halagadoras palabras que intimidaron un poco al muchacho:

—Éste es Nicolas Spinoza, un pequeño y sabio aventurero, nacido en una familia de viejos filósofos. Va a vivir con nosotros y a estudiar en el colegio. Y yo no lo perderé de vista.

Madame Léonie saludó amablemente a Nicolas y lo llamó Monsieur. Era la primera vez en su vida que alguien lo llamaba así. Cuando ella lo animó, el muchacho habló con cierta reticencia de sí mismo, de su tiempo de monaguillo, de la larga marcha hacia París y de lo que había pasado en casa de su madre.

Al cabo de un rato apareció otro chico. Iba llamativamente bien vestido e hizo una profunda reverencia. Tenía algo de gran señor, un matiz de soberbia en los movimientos. Su insondable sonrisa hizo que Nicolas se sintiera inseguro y además notó que el chico no le quitaba los ojos de encima.

—Éste es Maximilien Robespierre, un joven amigo nuestro y alumno de Arras —explicó Charrier—. El mismísimo obispo de Arras es su benefactor. Maximilien es un joven con talento y tiene facilidad para aprender. Nicolas, los dos viviréis en nuestra casa. Seréis como hermanos.

El chico de Arras se sentó a la mesa y cogió una rebanada de pan. Madame Léonie le preguntó qué había pasado en el colegio y el chico respondió en un francés tan refinado que Nicolas se sintió como un salvaje.

Mientras un criado servía vino tinto a la pareja Charrier, el rector empezó inesperadamente a sacar recuerdos de su ciudad natal, Dijon. En el colegio le habían interesado cosas que no le importaban a nadie. Un misterio que lo intrigó durante mucho tiempo en su infancia era por qué por la noche había oscuridad, en vez de haber más luz que durante el día, dada la enorme cantidad de estrellas —muchas de ellas mayores que el sol— que en conjunto generaban una luz infinita que iluminaba todo el firmamento.

La verdad es que no era tan raro que no tuviera amigos, dijo Charrier riendo cordialmente. Tampoco de adolescente conoció a nadie de su propia edad con quien hablar de las cosas que le ocupaban la cabeza. Y no era que eso le hubiera hecho sufrir, pero sí le hizo sentirse distinto a los demás chicos de su edad.

Nicolas se reconoció en la historia del rector, pero no se atrevió a decir nada.

Charrier siguió contando que cuando de joven llegó a París para estudiar, traía a Platón y a Molière en la mochila. Su ansia de saber le había empujado a buscar el conocimiento y las relaciones secretas del cosmos. Había escuchado a muchos hombres inteligentes de París antes de conocer a Hector Spinoza. Pero aquél fue el encuentro más importante de su vida y se sentía profundamente agradecido hacia él. Hector despertó su imaginación y le abrió los ojos a todo tipo de cosas útiles. Fue Hector quien le habló de Isaac Newton, el físico a quien le cayó en la cabeza una manzana del árbol de la ciencia y fue el primero en presentar unos cálculos que explicaban cómo trabajaba el Creador del universo. El físico inglés había sido el fundador de la ciencia moderna, le explicó el rector a los chicos. Más tarde Charrier contó que en la vasta alma de Hector bullían todo tipo de pensamientos, se preguntaba por el Creador del universo y los movimientos de las abejas, disfrutaba igualmente hablando de los principios del arte de gobernar que del enigma de la reencarnación. Dando un sorbito de vino, el rector contó que Hector tenía conocimientos enciclopédicos y que le encantaba discutir sobre cuestiones insondables.

Al hablar, Charrier abrió una ventana al pasado. Nicolas comprendió lo mucho que había significado para el rector la amistad con su padre y se sintió orgulloso de ser su hijo. De pronto recordó que por las noches su padre solía arrojarlo y darle un beso. Cuando después se dirigía hacia la puerta, Nicolas solía echarse la manta por encima de la cabeza y cerrar los ojos con fuerza para dormirse. Recordaba la escena claramente, pero no era capaz de reproducir el rostro de su padre.

Unas semanas después de su llegada a casa de la familia Charrier llegó una carta de Voltaire. El filósofo invitaba a Nicolas a mudarse al castillo de Ferney y prometía enviarle un monedero de cuero con dinero para cubrir generosamente los gastos del viaje. Voltaire describía con habilidad la vida en el campo como una emocionante aventura para un chico. Escribía emotivamente sobre su soledad y sobre sus contrariedades filosóficas con el gran diccionario portátil. Sin ninguna ironía, añadía que padecía serios problemas de micción, lo cual le producía terribles dolores y lo obligaba a recurrir constantemente al orinal por la noche, con el único resultado de sacar unas miserables gotitas.

Pronto llegaron más cartas y el recuerdo que tenía Nicolas del hombre que lo había colocado sin contemplaciones en el colegio religioso empalideció tras las festivas líneas. El chico empezó a reprimir lo malo y a embellecer lo bueno del filósofo, porque anhelaba fuertemente un padre cariñoso.

## UNA MAÑANA INOLVIDABLE

Un domingo de marzo, Nicolas se despertó con una poderosa erección. Aquella mañana, exactamente veinte años antes de que fuera ejecutado, seguiría viviendo en su conciencia con una claridad de detalle que rara vez tuvieron sus recuerdos más tardíos.

El chico no sabía qué hacer para que el miembro recuperara su tamaño usual. Tenía miedo de que nunca volviera a la normalidad y se preguntó qué dirían las mujeres de la casa, Madame Léonie y Eloïse. Esta última era el ama de leche de los niños, una verdadera furia de Gascuña que a menudo discutía con el rector y enseñaba sin pudor los pechos reventones. Al pensar en Eloïse, Nicolas notó que una corriente cálida le recorría el cuerpo. Entonces recordó lo que había estado soñando: yacía junto a la joven campesina, mamaba leche de sus pechos y abrazaba sus anchas caderas. Se agarró el pene, lo apretó y, sin ninguna resistencia, se dejó embriagar por una excitación que le proporcionó un placer que nunca había experimentado. Pero Maximilien lo interrumpió en medio de sus fantasías con Eloïse, porque llamó a la puerta y le dijo que tenía visita.

En la puerta estaba Gilbert, que tenía algo importante que decirle a Nicolas. El viejo criado siempre había tenido un aire juvenil, pero ahora la mirada oscura y los labios carnosos y levemente apretados de su inexpresivo rostro hablaron otro idioma. Cuando se sentaron en la habitación del fondo, Gilbert fue al grano y le habló del suicidio de Shoshana y de las dificultades de Madame Spinoza para enterrarla, porque los suicidas no podían descansar en tierra bendita. Hasta un mes más tarde no había podido colocar el cuerpo de Shoshana en una tumba colectiva en las catacumbas de París. Por eso no se había sentido capaz de informar personalmente a Nicolas sobre la muerte de su hermana. Pero ahora Madame Spinoza también había muerto y no había dejado ni una carta de despedida. Dos noches antes se había dormido sin saber que la muerte la rondaba y a la mañana siguiente ya no se despertó. El doctor Villancourt creía que era una apendicitis lo que le había costado la vida.

A Nicolas le sorprendió su propia calma, el hecho de que la muerte de su hermana y de su madre lo afectaran tan poco. Le dijo a Gilbert que no estaba en absoluto preparado para todo esto, pero que así era la muerte, que siempre venía cuando menos te lo esperabas. Añadió que sólo tenía cinco años cuando murió su padre y que tenía un recuerdo muy oscuro de aquel día, al igual que del día en que lo colocaron en el internado. Ocurrió en un instante, de pronto lo habían separado de su familia. Desde entonces prácticamente no había vuelto a ver a su madre, a Shoshana y a Avraham. Ahora habían desaparecido todos y le parecían más personajes de la imaginación que personas de carne y hueso. Lo único que le resultaba real era Voltaire, porque él siempre había estado ahí, con la misma naturalidad que el aire que respiramos. Le habló a Gilbert de las cartas que recibía del filósofo y contó que le había prometido pasar un par de semanas en Ferney ese verano.

Gilbert interrumpió al chico y le hizo una advertencia: «Voltaire es un filósofo digno de la admiración que despierta su gran inteligencia», dijo. «También se lo podría alabar por su generosidad, por haberse ocupado de ustedes después de la muerte de su padre. Pero», y el viejo criado bajó la voz, «no lo hizo por amistad o por amor, sino por cálculo. Siempre tuvo una segunda intención. Está buscando algo que te pertenece».

### **PENSAMIENTOS SOBRE VOLTAIRE**

Me gustaría tener una visión más completa de los asuntos concernientes a Voltaire, porque fue un personaje complejo y fascinante.

Por un lado, era un hombre que hacía muchas cosas buenas. Predicaba la tolerancia en un mundo en el que se seguía quemando a los herejes y a los judíos en la hoguera. Por medio de su enérgico compromiso con los condenados injustamente, sacudió a la sociedad en la que vivió. Alababa los principios de la libertad y puso los cimientos para el pensamiento de la Revolución Francesa. Fue autor de textos literarios y pensamientos filosóficos de importancia. Fue el chico pobre que alcanzó el éxito en todas sus empresas y que acabó su vida siendo rico.

Por otro lado, era astuto e intrigante. Con frecuencia empleaba la mentira como un instrumento para desvelar la verdad. Se acercaba a algunas causas políticas sin creer en ellas y era falso y lisonjero con los reyes para poder pasearse por los pasillos del poder. Se hacía pasar por amigo de la gente para luego clavarles el cuchillo por la espalda cuando le venía bien. Era un traidor a su clase que vivía en el lujo y la abundancia.

Cuando ahora intento comprender a Voltaire, sólo puedo basarme en lo que nos contó mi tío abuelo. Pero a veces Voltaire da la sensación de ser un Spinoza, compuesto por rasgos de carácter esencialmente opuestos y destinos vitales que asoman en cada generación de nuestra familia.

Lo poco que me queda de vida, he de emplearlo en contar la historia de mi propia familia. El tiempo no me permite estudiar la vida de Voltaire.

De pronto me acuerdo de algo que mi tío abuelo nos contó a Sasha y a mí y, pensándolo bien, no me sorprende.

En los años treinta, cuando mi tío abuelo estaba buscando libros sobre la Inquisición española en Alte Bücher, una de las librerías de antiguo mejor surtidas de Viena, encontró las memorias de Carlos José Lamoral, el séptimo príncipe de la casa de Ligne. El autor procedía de una familia de príncipes belgas, pero lo nombraron mariscal de campo de Austria y vivió en Viena hasta 1814. Ligne fue desde su juventud un gran admirador de Voltaire, a quien visitó en una ocasión en el castillo de Ferney.

El príncipe quedó completamente deslumbrado por «*sa belle et brillante imagination*». Voltaire deambulaba como de costumbre con un pequeño casquete de terciopelo negro y contó que en Dieppe y Colmar había vivido en la judería. Después leyó en alto a su invitado un texto en el que criticaba abiertamente a la Inquisición, que había quemado en Lisboa a treinta y dos judíos. Llevaba el título de *El sermón del rabino Askib en Esmirna*. Oculto tras la máscara del ficticio rabino, el filósofo hacía una dura crítica a los cristianos que perseguían judíos con el argumento de que habían matado a Jesús.

«Si tuvierais entendimiento, os preguntaría por qué nos extermináis cuando nosotros somos los padres de vuestros padres. ¿Qué responderíais si os dijera que vuestro Dios pertenece a nuestra religión? Nació como judío, lo circuncidaron como judío, lo bautizó el judío Juan, tenéis que asumirlo. Cumplió todos los preceptos de la ley judía. Vivió como un judío, murió como un judío y vosotros... vosotros nos quemáis en la hoguera porque somos judíos».

El príncipe aplaudió animosamente a la lectura de Voltaire. Esa misma noche escribió en sus memorias: «*On disait partout qu'il était juif*». (Se decía por todas partes que era judío). Y añadió que su estancia en Ferney le había confirmado sin lugar a dudas que el rumor era verdad.

## EL BRETÓN

Nicolas se quedó mudo de asombro. No porque Voltaire hubiera asumido el papel de tutor por razones egoístas, sino por el hecho de que él tuviera algo deseable de lo que no tenía conocimiento.

—¿Quieres saber lo que quiere? —preguntó Gilbert.

El chico asintió y el viejo criado le hizo prometer que aquello quedaría entre ellos.

—Puede que te sorprenda lo que te voy a contar —empezó Gilbert—. También a mí me sorprendió cuando tu padre me lo contó justo después de que nacieras. Antes me exigió un silencio absoluto y una lealtad total. Yo acepté las condiciones, pero he de admitir que ha habido momentos, momentos de los que no estoy orgulloso, en los que me ha costado cumplirlas. Sin embargo, nunca he traicionado la promesa que le hice a tu padre y nunca le he dicho una palabra a nadie.

La impaciencia de Nicolas iba en aumento, pero Gilbert le pidió que intentara aguantar un poco, porque primero tenía que desahogar su corazón y hablarle de aquella parte de su juventud que durante el resto de su vida había intentado ocultar detrás de una armadura de discreción y cortesía. Era necesario que Nicolas conociera las circunstancias de su primer encuentro con Hector Spinoza, de lo contrario el muchacho nunca podría entender la peculiar relación que tenían.

Gilbert contó que su verdadero nombre era Giscard Bras y que procedía del pequeño pueblo de Saint Marine, en la Bretaña oriental. Su padre era pescador, pero su barco naufragó y tuvieron que interrumpir la búsqueda a causa de una fuerte tempestad que duró tres semanas. En aquel momento Gilbert tenía nueve años y, como era el mayor de siete hermanos, lo mandaron a trabajar en un barco pesquero. Pero el sueldo era escaso y la penuria en su casa grande, así que su madre, a cambio de unos *sous*, empezó a leer a la gente la palma de la mano y a hablar de la existencia de los difuntos en el más allá por medio de objetos que les habían pertenecido en vida. No tenía una auténtica facultad *clairvoyante*, pero aun así un día predijo que su primogénito tendría problemas con la ley. A la semana siguiente metieron a Gilbert en la cárcel por blasfemia, porque no se había descubierto la cabeza cuando pasó por la calle una procesión religiosa. Tenía doce años. La fría celda, donde los ladrones y los asesinos compartían generosamente sus experiencias, había sido su única escuela.

A Nicolas le costó creérselo. Gilbert, el sabio criado que con su calma, su sentido del deber y sus exquisitos modales, era la personificación de la flema francesa y jamás había perdido la compostura ni elevado la voz, había sido un astuto criminal, ladrón y tímido que había pasado muchos años entre rejas. Aún más, de hecho había llegado a matar a un hombre.

### EL ENCUENTRO CON NUESTRO TÍO

Una semana después de la muerte del abuelo, la familia entera se reunió en nuestra casa para la lectura del testamento. Era la primera vez en muchos años que se reunía todo el mundo.

Sasha y yo éramos demasiado pequeños para recordar al tío Carlo de la época antes de la revuelta popular. Aquél fue, como quien dice, nuestro primer encuentro con él.

Notamos enseguida que era distinto a nuestro padre, que era distante y siempre se encerraba en sí mismo. Casi me avergüenza confesar que, desde el primer momento, mi tío me gustó más que mi padre. Tenía una personalidad más atractiva. Era gracioso, cálido, conversador y casi tan buen narrador como mi tío abuelo. Había algo hechizante en su modo de hablar y en los movimientos esquivos y astutos de su mirada.

Apreciamos sobre todo su franqueza. No sólo porque hablara sin problemas de la irascibilidad de su difunto padre y confesara abiertamente que no se atrevía a probar la sopa de su madre porque tenía miedo a morir envenenado por la cantidad de sal que le ponía, sino sobre todo porque hablaba de los temas que en mi familia se evitaban con la mayor naturalidad. En nuestra casa nadie hablaba del destino que les había tocado durante la guerra, ya fuera porque no tenían fuerzas para escarbar en su pasado de pesadilla o porque querían proteger a los niños de aquellas angustias y sufrimientos.

El tío Carlo se quedó tres días en nuestra casa, y se disculpó ante mi padre por tener que volver tan pronto al trabajo. Nosotros nos imaginamos que ocupaba un alto puesto en un banco internacional por el gran conocimiento con el que una noche habló de la economía mundial. Pero cuando se marchó, la abuela nos contó con un regocijo casi malévolamente que, en Viena, Carlo se había tenido que conformar con un trabajo de barrendero y no había sido capaz de encontrar ni a una mujer con la que casarse.

A pesar del poco tiempo que pasamos con él, Sasha y yo nos enteramos de muchas cosas de la guerra en el frente del Este. Como judío, al tío Carlo le tocó ser soldado trabajador y en el frío invierno de 1942-1943 lo mandaron al Don para ir por delante del ejército húngaro y comprobar, arriesgando su propia vida, si los puentes resistían y si los campos estaban sembrados de minas. La gran batalla duró sólo tres días. El cielo estuvo todo el tiempo prácticamente negro. El orgulloso ejército de los húngaros quedó completamente aniquilado, pero, casi de milagro, el tío Carlo consiguió salir con vida y regresar a casa después de cuatro años de cautiverio en la Unión Soviética. El destino tenía reservado un final distinto para los otros cuarenta y cuatro mil soldados trabajadores judíos. Su rastro desaparece en las orillas del Don.

Sasha preguntó al tío Carlo lo que sentía cuando pensaba en la guerra. El tío no respondió enseguida, sacó las gafas de una gastada funda de cuero y se las puso. Tuvimos la sensación de que sus ojos se volvían mucho más grandes y apesadumbrados. Nada en especial, respondió. Absolutamente nada en especial. Sólo un débil dolor de cabeza. Por lo demás nada.

## **EL DESERTOR**

Gilbert confesó a Nicolas que había estado en prisión sin saber que se avecinaba una guerra. Una mañana abrieron la puerta de la celda, le entregaron un uniforme de soldado que le estaba grande, unas botas de cuero que le estaban pequeñas y un fusil, pero ninguna munición. Después lo mandaron con el resto de los presos hacia el norte, hacia Bélgica. Nadie les contó lo peligroso que era ir a la guerra contra el ejército del duque de Cumberland. Por el cielo de Fontenoy huían las bandadas de pájaros. Muchos días más tarde, después de ver a demasiados compañeros morir en el campo de batalla, comprendió que la disputa por la sucesión del trono austríaco no le incumbía y que él no tenía ningún problema con las personas del bando enemigo. Decidió desertar. Esperó a que llegara una noche sin luna y, cuando todo el mundo estaba dormido, salió a hurtadillas de la tienda. De

pronto apareció un sargento que le impidió el paso y la fuga. Gilbert pegó un empujón al hombre, que cayó de espaldas, se golpeó la cabeza contra una piedra y murió en el acto. Ése era su crimen: quiso volver a casa y un sargento se interpuso en su camino.

La vida como desertor y asesino buscado resultó ser más difícil de soportar que la misma guerra. Dormía en el bosque entre borrachos y exhaustas prostitutas. Se despertaba con frecuencia a causa de oscuras pesadillas en las que el espíritu del padre bramaba furiosamente su nombre. En una ocasión casi lo mataron de una paliza porque había discutido con el líder de una banda de bandoleros. Una mañana de invierno se despertó medio congelado en un sótano y comprendió que estaba harto. No lo soportaba más. Sólo había una salida. Deseó de todo corazón morir.

Fue entonces cuando conoció a Hector Spinoza.

—Tu padre no sólo me salvó la vida —dijo Gilbert—. Me dio todo lo que hasta entonces había echado en falta. Confianza. Calor. Trabajo. Un sueldo razonable. Un hogar. Amistad. Le otorgó sentido a mi vida y me convirtió en el hombre que soy a día de hoy. Todo se lo debo a Hector Spinoza.

Nicolas pensó en su padre. Con una punzada en el corazón recordó la biblioteca en la que solía pasar las horas. También recordó la violencia atemorizadora, nerviosa e impulsiva de sus guantazos. Pero se dio cuenta de que por aquella época valoraba mucho más la implicación que mostraba su padre cuando le pegaba, que la postura amable pero desinteresada de su madre.

El sol iluminaba la habitación con una luz cálida. Se oyeron voces y risas contenidas procedentes del pasillo. Por un momento ambos se quedaron callados mirándose el uno al otro.

Fue Nicolas quien rompió el silencio. Admitió que los acontecimientos de los últimos meses lo habían asustado, que habían supuesto un duro golpe para él y habían sembrado la duda en su corazón. Pero la historia de Gilbert le había permitido comprender muchas cosas. Le estaba agradecido por su sinceridad. Sin embargo, ahora quería saber qué era eso que le pertenecía y que Voltaire quería conseguir.

## **DESPUÉS DEL ENTIERRO DEL ABUELO**

La receta de la vida eterna era de nuestra propiedad. Eso no impidió que, por extrañas ironías del destino, nuestra familia sufriera nuevas pérdidas después del entierro del abuelo.

Al día siguiente de su regreso a Viena, el tío Carlo acababa de empezar su turno cuando un camionero perdió el control de su vehículo, un Volvo 385 Viking que iba repleto de ropa interior femenina. El camión volcó en el cruce entre la Mariahilferstrasse y Esterházygasse. La policía acudió rápidamente al lugar y cerró al tráfico las calles adyacentes porque había varios coches siniestrados. Durante toda la mañana reinó el caos en aquella parte de Viena. Dos grúas tardaron varias horas en levantar el camión. Hasta el final no descubrieron al barrendero que había sido aplastado por el Volvo de dieciocho toneladas de peso.

Al enterarse, la abuela, que siempre había tenido debilidad por su hijo menor, exclamó espontáneamente: «Típico de Carlo. De toda la vida le ha costado mantener las manos apartadas de los sostenes y las bragas».

Dos meses más tarde tuvimos que cubrir otra vez todos los espejos de casa y



vestirnos de negro. En esta ocasión le tocó el turno a la tía Iona. Se sometió a una operación quirúrgica rutinaria. Sasha y yo nunca nos enteramos de qué se trataba, pero la abuela insinuó que era una intervención en la entrepierna a la que antes o después tenían que someterse la mayoría de las mujeres. La operación salió bien, pero la paciente nunca se despertó. La autopsia demostró que el médico había sido demasiado generoso con la anestesia. Recuerdo que la abuela estaba triste y enfadada no por la muerte de su hija, sino porque no se podía denunciar al anestesista. Resulta que su mujer era la sobrina del secretario del ministro de Sanidad. «Así es el socialismo real», sentenció la abuela.

Después vino lo peor. El chico al que había estado unido por el enigmático vínculo gemelar tuvo una muerte terrible. Y fue todo culpa mía. Pero enseguida recibí mi castigo: desde que perdí a Sasha, siempre he tenido la deprimente sensación de estar solo. Me he sentido indefenso y vulnerable a las agresiones de todo tipo de trivialidades que me resultan amenazadoras y contra las que no me puedo defender. Pero ahora no tengo fuerzas para pensar en esta pérdida que, después de más de treinta años, sigue resultándome tan dolorosa, desgarradora y triste, y se refleja en todo lo que he hecho el resto de mi intrincada y fallida vida.

## **DISTINTO A TODOS LOS DEMÁS LIBROS**

Gilbert contó que, justo después del nacimiento de Nicolas, su señor le demostró toda su confianza al enseñarle un libro con el que ningún otro se podía comparar, un libro que contenía toda la sabiduría y misterios del mundo, escrito por el filósofo Benjamin Spinoza.

—El libro —le explicó Gilbert— está compuesto por mil y una páginas y se titula *El elixir de la inmortalidad*. Tu padre me pidió que si le pasaba algo, escondiera el libro y te lo entregara a ti cuando cumplieras trece años. Pensaba que tú eras su único sucesor posible y el heredero natural.

—¿Por qué justamente a los trece años? —lo interrumpió Nicolas.

—Después de la bar mitzvá, cuando se han cumplido los trece años, se considera que un chico judío ya es un hombre y que es responsable de sus actos.

—¿Ése es el libro que dices que está buscando Voltaire?

—Sí. Tu padre reveló a Voltaire la existencia del libro justo antes del trágico accidente que le costó la vida. El filósofo sabe que ahí puede encontrar la respuesta a todas las grandes cuestiones de la vida. Desde el día que enterramos a tu padre, estuvo atosigando a tu madre para que le enseñara el libro. Pero ella desconocía su existencia, porque tu padre nunca se lo había contado. Y yo había escondido el libro en un sitio seguro.

Gilbert sacó el valioso tesoro y se lo entregó a Nicolas.

—Tu padre también te escribió una especie de testamento, en un sobre sellado que he dejado dentro del libro. En él te habla del gran secreto de la familia Spinoza y te explica por qué el libro sólo lo podéis leer tú y tu hijo mayor.

—Gilbert, respóndeme con sinceridad, ¿nunca has sentido la tentación de hojear el libro? Si contiene todas las verdades del mundo y la respuesta a todos los grandes misterios, en algún momento habrás sentido la necesidad de apropiarte de un poco de sabiduría.

Gilbert se removió y vaciló antes de contestar; era evidente que estaba incómodo. Finalmente dijo en voz baja:

—Nunca he sentido esa necesidad. Pero aunque la hubiera sentido y no hubiera podido resistir la tentación de traicionar a Hector Spinoza, no le habría sacado mucho partido. Nunca he aprendido a leer.

Al leer *El elixir de la inmortalidad*, me doy cuenta de la enorme importancia que tuvo para la Revolución Francesa. Aunque la verdad es que a mí nunca me ha parecido que el tipo de historia que se enseña en los colegios merezca la pena ser estudiado, porque no es así como se aprende la verdad sobre los acontecimientos principales de una época. Por eso mis conocimientos sobre lo que pasó en el pasado son limitados.

Sé demasiado poco sobre las circunstancias generales que condujeron a la Revolución Francesa —que marcó un antes y un después en la historia— y sobre lo que determinó su explosión y su esencia. En cambio, me he percatado de que se repite a menudo que la filosofía radical de la Ilustración era responsable de los principales impulsos de la Revolución. Mi ignorancia tendrá que ser mi disculpa para no creérmelo. Pero ¿cómo podría haber sucedido? Los filósofos de la Ilustración —Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot, D’Alembert— no trataron con el pueblo y el pueblo no leía libros, no sólo porque la mayoría careciera del dinero para comprarlos, sino porque muy poca gente sabía leer. Y menos aún eran los que se lanzaban sobre tratados de difícil asimilación fruto de la pluma de pensadores profundos. Y en cualquier caso todos estos filósofos estaban muertos en 1789.

Es fácil sacar párrafos de la gran obra de Benjamin Spinoza que señalan hacia las palabras clave de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Cien años antes de la toma de la Bastilla, Benjamin escribió sobre el derecho natural y los derechos humanos (*nota bene*: no burgueses), y trazó el bosquejo de una sociedad ideal donde no se hicieran diferencias entre las personas a causa de su raza, religión, sexo o posición económica. El vacío que surgió cuando la religión quedó desprestigiada y desapareció de las almas, él lo llenaba con la fe en la humanidad, porque no dudó ni por un instante de la capacidad de las personas para transformar la sociedad por medio de sus virtudes y de su voluntad inherente de perfeccionarse.

## **LOS INSEPARABLES**

En el Lycée Louis-le-Grand, los llamaban «los inseparables». Estaban siempre juntos, nadie podía imaginárselos haciendo algo separados mientras estuvieran despiertos. Estaban de acuerdo en todas las cuestiones y con frecuencia pensaban lo mismo en el mismo momento. Se reían de las mismas gracias y siempre les entraba hambre a la vez. Los dos eran de escasa estatura y hacían el mismo tipo de gestos. Si no hubiera sido por la descomunal nariz de Nicolas, como solían decir con guasa sus compañeros, habría sido fácil tomarlos por gemelos. Y eso a pesar de que no eran almas gemelas porque en el fondo eran completamente diferentes.

El obispo de Arras había criado a Maximilien en la conciencia de que era un elegido. Por eso, a pesar de sus humildes orígenes, el chico se imaginaba todo tipo de posibilidades para su futuro. Era enérgico, voluntarioso y amable, pero tenía un núcleo interno duro y frío. Uno de sus principios fundamentales era que había que curtirse para las pruebas a las que te sometiera la vida. Ya hiciera frío o calor, cada mañana se levantaba temprano y se daba un chapuzón en el riachuelo que había cerca de la casa. Algunas veces la cara y las manos se le quedaban moradas de frío.

Nicolas, en cambio, era tímido y callado y le encantaba perderse sobre las alas de los sueños. A veces el rector y Madame Léonie se preocupaban por él, porque parecía muy ajeno al mundo. No sabían que sus pensamientos estaban sumergidos en el libro que había heredado de su padre y que le había causado una fuerte impresión. La enseñanza que sacaba de esa lectura, que por lo general tenía lugar por la noche, la vertía y transformaba en sus propios textos.

A pesar de que Maximilien y Nicolas compartían la mayoría de los pensamientos, cada uno de ellos guardaba un secreto.

Maximilien eran un brillante orador que cautivaba a todo el mundo con sus elegantes formulaciones y solía presumir de que no había concurso de escritura que no pudiera ganar. Pero la verdad era otra. En su caso, el talento de la elocuencia parecía el modo en que la naturaleza le había compensado su incapacidad para expresarse libremente por escrito. Era éste un secreto que ocultaba a toda costa y con frecuencia tenía miedo a ser descubierto. Pero todo cambió cuando Nicolas llegó a la casa Charrier. Desde el primer momento, Maximilien sintió rechazo por el nuevo chico, que era demasiado débil para su gusto. Pero el día que descubrió que Nicolas dominaba el arte de la escritura, empezó a mirarlo con otros ojos. La intuición le decía que Nicolas podría serle útil. Y tenía razón.

A Nicolas le pasaba lo contrario. A pesar de que durante muchos años había cantado en el coro de la iglesia y había actuado ante grandes reuniones de público, siempre sufría un ataque de pánico cuando tenía que enfrentarse a decir algo en público. La voz le fallaba, sudaba y no era capaz de pronunciar palabra. Sus experiencias en el internado, donde tanto profesores como alumnos lo habían ridiculizado prácticamente a diario, habían dejado su huella. Por eso dudaba de su capacidad oratoria y pensaba que el destino había puesto a su disposición una brillante vena estilística para remarcar que lo suyo era expresarse por escrito. Le estaba agradecido a Maximilien porque era comprensivo, y, para aliviar sus angustias, leía en alto los textos que él escribía haciendo como si fueran suyos.

¿Y el secreto de Nicolas, el que nunca compartía con nadie? Era *El elixir de la inmortalidad*.

## **LUIS XVI**

En 1774, cuando el nuevo rey ascendió al trono, el rector Charrier convocó un concurso de ensayos en el Lycée Louis-leGrand. El tema era un homenaje a Luis XVI.

Lo que ocurrió después del concurso es muy elocuente, porque no sólo selló el destino del rey, sino el de toda Europa. De hecho yo me enfadé cuando mi tío abuelo nos habló a Sasha y a mí sobre este episodio de la historia de Francia. No me enfadé con mi tío abuelo, sino con el rey. Ese día se echaron los cimientos de un sentimiento antimonárquico que me ha durado toda la vida.

Según la versión de mi tío abuelo, Nicolas no tenía demasiada devoción por el rey. Eloïse le había contado que Luis XVI, que era muy aficionado a la caza, sobre todo la del ciervo, solía acudir cada otoño a los bosques a las afueras de su ciudad natal, Pau, donde vivían los ciervos más hermosos del país. En su séquito siempre llevaba un montón de pomposos aristócratas, que por aquellos parajes se habían ganado una reputación de comportamiento canallesco. Siempre estaban ebrios, abusaban de las mujeres y arrasaban todo lo que encontraban a su paso, al mismo tiempo que se contaban chistes vulgares a gritos. Un año, un conde borracho le había cortado el cuello a un chica de doce años que se

negó a abrirse de piernas para él. El conde se había deshecho del cadáver en el bosque y después, sin mostrar la menor señal de arrepentimiento, había confesado su crimen. Con toda soberbia, Luis hizo la vista gorda con el asunto. Dirigió una mirada desdeñosa a los padres de la chica y les dijo que debían compensar al conde por sus sufrimientos. Fue una clara demostración de lo que pasa con el poder y la justicia cuando el pobre se enfrenta al rico. Según Eloïse, aquello había hecho que la gente de la ciudad pensara que habría que colgar al *Dauphin* de los pies, para que la sangre azul circulara un poco por el cerebro. Al pronunciar la palabra *Dauphin* —delfín o príncipe heredero— escupió tres veces en el suelo.

Nicolas no tenía muchas ganas de redactar un discurso en honor de un hombre así, pero no le quedaba más remedio. Buscó en el libro de Benjamin Spinoza para nutrirse en una fuente sabia y enseguida encontró un pasaje que despertó su interés. A continuación escribió un texto sobre la necesidad de llevar a cabo profundas reformas sociales en las monarquías europeas e insinuó que Louis, con miras a fortalecer la destacada posición de Francia en el mundo, era el rey que debía sentar un brillante ejemplo adelantándose a los demás. Era un texto excelente. A pesar de su inherente humildad, Nicolas supo de inmediato que su texto ganaría el concurso. Pero en vez de considerarlo un triunfo, lo vio como una enorme amenaza, puesto que al ganador se le concedería el honor de leer el texto en voz alta al mismísimo rey Luis XVI y a la reina María Antonieta. Nada podía asustar más a Nicolas que esto. Sin mayores explicaciones, dejó el texto en manos de Maximilien, que enseguida se mostró dispuesto a presentárselo al rector como propio.

Muchos años más tarde, cuando Nicolas estaba en la Conciergerie, recordaría hasta el menor detalle de lo que ocurrió después de que el rector anunciara el nombre de ganador del concurso: Maximilien Robespierre.

El chico pobre de Arras al que su madre y el obispo habían contado desde pequeño que su destino se uniría a la historia, se sintió de pronto enormemente feliz. Conocer al rey y a la reina era su gran sueño desde hacía tiempo.

Según el plan, la lectura tendría lugar a las once de la mañana del 1 de noviembre de 1774. A esa hora los reyes pasarían por delante del colegio en su carroza, se detendrían en el patio, escucharían el homenaje y seguirían su camino. Maximilien ocupó su sitio una hora antes. Pero resultó ser el día más frío del año. El viento aullaba y la lluvia y el granizo le fustigaban la cara. El chico maldecía e intentaba calentarse las manos soplando sobre ellas. La llegada de los reyes se hizo esperar. Al cabo de dos horas, todos los demás alumnos habían entrado para calentarse. Sólo Maximilien permaneció en el patio. El rector le hizo señas con la mano para que entrara, pero el chico le dio tozudamente la espalda. El rector dijo que nunca había visto un chico tan cabezota. Nicolas pensó que su amigo se estaba jugando la salud. Los compañeros llegaron a la conclusión de que estaba loco. Durante mucho rato, Maximilien consiguió ocultar su decepción sobre el retraso de los reyes, luchó valerosamente contra las fuerzas del espantoso tiempo y se quedó quieto donde estaba. Pero cuando la carroza real llegó y pasó de largo sin detenerse, se echó a llorar.

Quizá fueron las cinco gélidas horas que pasó en el patio del colegio, o tal vez su sueño roto sobre el discurso en honor al rey, lo que hizo que Maximilien regresara al colegio odiando de todo corazón a Luis XVI. Los compañeros no se lo podían creer y varios negaron con la cabeza cuando le oyeron pronunciar las peores maldiciones. Todo el mundo pensaba que se había vuelto loco cuando juró que el rey pagaría caro por aquello, que pagaría con su vida. Maximilien afirmó que su propia vida acababa de adquirir una meta y un sentido. Se iba a encargar de que el rey fuera ejecutado algún día.

«Louis ha de morir», gritó, «para que este país pueda vivir».

## LA ÚLTIMA NOCHE EN LA CELDA

A finales de marzo de 1786, Nicolas vio por primera vez a la mujer que dos meses más tarde se convertiría en su esposa y que le daría dos hijos varones. Ocurrió en Roma.

Nicolas lo cuenta en el pequeño cuaderno que le llevó a la celda clandestinamente el rector Charrier, el único que obtuvo permiso para visitarlo en prisión, y que él rellenó hasta la última línea con un fantástico control de sí mismo la noche antes de que Robespierre lo hiciera guillotinar porque Nicolas se había hartado del régimen del terror de su amigo y osó criticarlo. En ese cuaderno está todo: los nombres, los lugares y las fechas; todos los detalles que constituyen una vida humana.

Nicolas describe cómo fue transformando sistemáticamente los elevados pensamientos de Benjamin Spinoza sobre la libertad y la igualdad hasta producir textos sencillos y fácilmente comprensibles, que condimentaba con lemas contra la tiranía. Las ideas revolucionarias ya se maceraban en el pueblo, en forma de sentimientos de injusticia y un viejo odio largamente reprimido contra el viejo orden social. Nicolas se limitó a dar aires de libertad y nuevas esperanzas a todos los oprimidos con los panfletos que cada mes entregaba a Robespierre. El amigo los hacía circular por canales clandestinos, para evitar la censura y reforzar su propia posición en el partido jacobino.

Nicolas también menciona en el cuaderno que estudió derecho. Mucha gente en París recordaba todavía a Hector Spinoza y acudían encantados a su hijo, que había seguido los pasos de su padre. Eso le proporcionó muchos trabajos y lo llevó a hacer muchos viajes largos.

A Italia había viajado en compañía del conde Rémy-Bertillière para discutir la importación de mármol azul. Los paisajes ondulados y verdes de la Toscana se describen en el cuaderno con tanta pasión que, al leerlo, uno tiene la sensación de notar el aroma del majuelo en flor.

Un día se dirigieron a la iglesia de San Pedro. Empezó a llover y Nicolas y el conde se refugiaron en una de las capillas. Nicolas recorrió con los ojos la estancia preciosamente decorada y descubrió que no estaban solos. En un rincón, había una belleza morena sentada con un libro en la mano. Nicolas reconoció de inmediato el libro a causa de su peculiar portada gris. Era el *Système de la nature, ou des lois du monde physique et du monde moral*. También él tenía un ejemplar del libro del barón D'Holbach. Los rumores que había originado aquella obra se propagaron a una velocidad por lo demás reservada a las epidemias. Lo llamaban la biblia del naturalismo y en varios lugares de Europa la chusma disfrutó quemándolo en hogueras.

Nicolas sintió curiosidad por la joven que en el mismísimo corazón de la cristiandad leía un libro que demostraba que Dios no existe. Se acercó a ella, le tendió la mano y, con una profunda reverencia, dijo:

—Mademoiselle, ¿de qué bella estrella se ha caído usted para concederme la felicidad de encontrarla aquí?

—Soy del gueto judío de aquí de Roma —respondió ella, y se presentó como Chiara Luzzatto.

—¿Es de buena familia? —preguntó Nicolas sonriendo—. ¿Está emparentada con Moshe Chaim Luzzatto, el filósofo y cabalista?

—Era mi abuelo paterno, pero yo no lo conocí. Murió veinte años antes de que yo naciera. Abandonó Ámsterdam y se mudó con la familia a Tierra Santa, donde fundó la sinagoga de Acre. Pero unos años más tarde, sucumbieron todos en una epidemia de peste. Todos salvo mi padre, que ahora es rabino aquí en Roma y continúa el trabajo de mi abuelo —le informó ella con orgullo.

Es obvio que Chiara impresionó a Nicolas porque al cabo de diez minutos le pidió su mano. Nicolas, que siempre había sido tímido en compañía de las mujeres, explicaba su comportamiento en aquella ocasión diciendo que en todas las atracciones de la vida relacionadas con el amor, nuestros actos están regidos por leyes que son más mágicas que racionales, y que por eso lo mejor es no intentar entenderlas.

Pero la última noche en la húmeda celda de la Conciergerie —cuando toda su esencia estaba atravesada por la certeza de que, a pesar de que su propia cabeza no tardaría en caer al cesto bajo la guillotina, su familia seguiría viviendo—, escribió en el cuaderno: «Chiara irradiaba una luz que supe que iluminaría el resto de mi existencia».

## **8. El príncipe**

## EL SEÑOR DEL PALACIO

En el magnífico palacio de Biederhof, situado a unos cuarenta kilómetros al sudeste de Viena, en la provincia de Burgenland, tan generosamente dotada por la naturaleza y con un clima tan suave y agradable, entre las tierras de las familias Esterházy y Batthyány, vivía la familia Biederstern.

Mi tío abuelo nos explicó a Sasha y a mí que, ya en la Edad Media, estos campos y estos bosques eran considerados los mejores parajes para practicar la caza con perros, sobre todo del jabalí, del ciervo, del venado y del zorro, y añadió que como perro rastreador se usaba el sabueso español, que mostraba un ánimo y una valentía extraordinarios, sobre todo en la caza mayor en tierras de humedales y boscajes.

Estos bellos parajes habían sido alabados por muchos escritores, ante todo por Franz Grillparzer y Adalbert Stifter, invitados frecuentes en Biederhof.

El enorme palacio con sus muros, sus torres y los fantasmas de los antepasados que se aparecían entre las telarañas, tenía una larga historia que mi tío abuelo se conocía al dedillo. Nos contó que la parte más antigua, un castillo con una torre de cuarenta metros de altura, fue construida a principios de la década de 1130 por el cuarto conde de Biederstern.

Trescientos cincuenta años más tarde, ante la amenaza de la marcha de las tropas otomanas hacia Viena, Baldemar ordenó que el castillo se transformara en una fortaleza, diseñada por el arquitecto italiano Domenico Cerlone.

Baldemar era un experimentado estratega militar y representaba por excelencia el heroico coraje de la familia Biederstern. Por su labor, el emperador Leopoldo I ascendió al conde Biederstern a príncipe. Al mismo tiempo le concedió el derecho a emplear los títulos de *Durchlaucht*, Su Alteza, y *Hochgeboren*, de Alto Linaje.

Cuando se hizo retroceder a los turcos, Biederhof perdió su importancia militar. Baldemar dejó el mando de las tropas a su hijo mayor y dirigió él mismo la transformación de la fortaleza en un palacio de estilo barroco. Pero nunca pudo verlo acabado porque murió de pulmonía en 1701.

Un siglo largo más tarde, cuando Heindrich pasó a ser el cabeza de familia, el palacio fue ampliado y reformado en el estilo imperio. La inauguración tuvo lugar en abril de 1824 en presencia del emperador.

Fue el gran acontecimiento del año en la alta sociedad vienesa y constituyó un brillante espectáculo. Las grandes salas repletas de historia estaban atestadas de gente. En la sala de espejos, Heindrich explicó que en el antes tan polvoriento desván del palacio se aparecían por la noche los fantasmas de las generaciones anteriores. Sin embargo, pensando en su difunto padre, tranquilizó a sus invitados diciendo que podía garantizar que nunca volvería a haber fantasmas en Biederhof. Un par de señoras jóvenes y vanidosas, a las que parecían aburrir terriblemente todos aquellos retratos de antepasados de uniforme y que por eso preferían entretenerse con cotilleos de la corte, se rieron a carcajadas. A continuación el grupo continuó hacia el comedor donde les sirvieron un exquisito almuerzo. En aquel ambiente desenfrenado, todos se sintieron espirituales y se entregaron alegremente al champán. Con el emperador a la cabeza, brindaron por la familia Biederstern.

El propio Heindrich había planeado hasta el menor detalle de la remodelación de Biederhof. No se dejó influenciar por el gusto por lo cotidiano del estilo dominante de la época, el estilo Biedermeier. Resultó ser un práctico arquitecto aficionado y estar dotado



además de un extraordinario sentido de la belleza. El monumental palacio es excepcional en la historia de la construcción europea en el siglo XIX, entre otras cosas porque el maestro de obras no escatimaba en gastos para realizar sus planes.

Heindrich tenía grandes ambiciones políticas y el magnífico palacio constituía un centro para sus esfuerzos. El emperador acudía allí con frecuencia y no era ningún secreto que apoyaba la carrera política del príncipe. Entre los invitados recurrentes se encontraban también el archiduque Carlos, el arzobispo Braunschweig y el político más poderoso del país, el príncipe Clemente von Metternich, de modo que Heindrich tenía muchas ocasiones para asegurarse de que su propia estrella brillante se encontraba en el centro del universo de los Habsburgo.

Su nombre completo era Heindrich Friedrich Antonius Simon Nepomuk Hubertus Baldemarnes Paul Düssing von und zu Biederstern. Era el hijo mayor del príncipe Hugo IV von und zu Biederstern y de la princesa Ana Beatriz von Metternich. El título completo rezaba: Su Alteza el príncipe de Biederstern, conde de Eisenstadt, landgrave de Mattesburg y príncipe elector de Fertö-Hanság.

El mundo de los Biederstern nació con Otto, el patriarca que apareció de la nada en la oscuridad de principios del siglo IX, y por debajo de las leyendas se puede intuir que debió de ser un hombre excepcionalmente honrado para su tiempo, puesto que lo llamaban *Bieder* (honrado).

Esto implicaba que la familia era en realidad dos siglos más antigua que su amada «Ostarrichi», como se denominó oficialmente el país en su primer documento, firmado en el año 996.

Durante la campaña de los Habsburgo del fin de semana de Navidad de 1276, Friedrich Bieder atravesó las montañas del Grossglockner al frente de sus tropas, compuestas por ochocientos valerosos jinetes. Sufrió heridas de congelación en los pies y en las manos, pero salvó la vida masajeándose excrementos de caballo en los miembros. En tres días perdió a cuatrocientos soldados en una tormenta de nieve. A pesar de las lesiones, Friedrich descendió por el otro lado de la montaña, sorprendió al enemigo —no dejó a ni uno con vida— y afianzó el gobierno del rey Rodolfo de Habsburgo en todo el país.

Por su heroica actuación recibió el título de conde. Fue entonces cuando se añadió la palabra *Stern* (estrella) al apellido, porque ésta funcionaba como una especie de sufijo honorífico.

Heindrich se congratulaba de llevar un apellido del que se enorgullecía todo el país. Dentro de su círculo familiar, cuando nadie les oía, expresaba con frecuencia su convencimiento de que no había familia en toda Austria, salvo la familia Habsburgo, que ocupara un lugar más alto en la escala y fuera más distinguida que la de los Biederstern. En cualquier caso, no había ninguna otra familia en toda la parte de habla alemana de Centroeuropa que tuviera en el salón de su casa un retrato de un antepasado pintado por Leonardo da Vinci.

## **PENA DE AMOR TEMPRANA**

Albertina Esterházy era el gran amor de Heindrich. Se conocieron en la infancia y se prometieron en secreto. Pretendían ser el sentido y el contenido de la vida del otro. Eran estrellas gemelas que brillaban para fundirse cada vez más. Pero su amor nunca llegó a consumarse.

El padre de Albertina, el príncipe Pablo Alberto IV, tenía constantes problemas económicos. Entre sus amigos de la aristocracia lo llamaban Paul el Bobo, porque no era raro que destacara de modos poco honorables, mostraba todo tipo de señales de frivolidad estúpida y vivía por encima de sus posibilidades. Podía presumir de haber derrochado más dinero que ningún otro joven de su generación.

Para poder saldar una deuda con un brutal acreedor —un arribista sin el menor respeto por la aristocracia— que lo amenazaba con llevarlo a la quiebra, el príncipe prometió casar a su hija con Matías Schwarzenberg, el hijo mayor de la que quizá fuera la familia aristocrática más acaudalada del país. Como es obvio, sin consultar para nada a la propia Albertina.

Albertina lloró y maldijo a su padre, y lo acusó entre sollozos de crueldad. No quería ni oír hablar de aquella boda y se negaba a conocer a Matías. Pero el príncipe afirmó que Matías era un partido fantástico, que lo único que necesitaba la joven pareja era pasar un tiempo a solas y sin que nadie los molestara, que acabarían enamorados y que todo se arreglaría del modo más satisfactorio. Albertina no quiso escucharlo, sobre todo cuando el padre señaló que en pocos años el joven Schwarzenberg heredaría un gran palacio con enormes propiedades de tierras en Bohemia.

—Padre, la riqueza no me interesa. Mi corazón pertenece a otro. Yo amo a Heindrich Biederstern —confesó la chica llorando.

Primero el príncipe fingió no haberla oído. Después le explicó que el amor podía surgir en cualquier momento, pero que también se olvidaba enseguida, porque el amor no era lo que fundaba las familias, las riquezas y la sociedad.

—Deja que sea yo quien decida lo que es mejor para ti —dijo con esa entonación inigualablemente soberbia que constituía su único talento, y acarició a su hija en la mejilla—. Sabes que estás en buenas manos y te ahorras preocuparte por un montón de cosas innecesarias. Alégrate porque pronto vas a tener un esposo fino y rico. Además, he dado mi palabra de honor. El padre de Matías y yo hemos decidido que la boda se celebrará en julio, y él ya me ha entregado cien mil chelines para cubrir parte de los gastos. Sin este dinero estaría arruinado y nos veríamos todos obligados a abandonar nuestro hogar, que ha sido propiedad de la familia durante trescientos años. Supongo que no querrás que tu padre, un príncipe Esterházy, acabe en un asilo.

La noticia de los planes de boda de Albertina desolaron a Heindrich. Sintió que alguien le había robado su futuro. El hecho de que pudiera arrebatarse a su amada para, en nombre de Dios y el Espíritu Santo, como quien dice, encerrarla en un matrimonio no deseado, superaba su entendimiento. Estaba convencido de que no había otro hombre en la tierra capaz de hacer feliz a Albertina, ni nadie que necesitara su amor y su ternura más que él.

Heindrich intentó discutir la cuestión con su padre, pero Hugo zu Biederstern no quiso escucharlo. El viejo príncipe afirmó enfáticamente que es privilegio de los padres decidir sobre la elección de esposo de las hijas y añadió que Albertina era sensata al aceptar la regla de las viejas familias nobles austríacas de nunca casarse por amor. Era completamente impensable que un Zu Biederstern se rebelara contra las costumbres y la praxis que regían el mundo aristocrático.

—Te puedo asegurar —señaló el viejo príncipe con expresión de desaprobación— que el que se salta nuestras tradiciones no vale su peso en estiércol de caballo.

Heindrich miró al suelo y un compacto silencio se extendió a su alrededor. Se sentía profundamente defraudado por la crueldad de la vida. Y lo que más le dolía en aquel

momento era que fuera Matías quien iba a llevar a Albertina al altar.

Durante toda su vida, Heindrich había estado a la sombra del joven Schwarzenberg. Su propio padre lo comparaba constantemente con Matías, que era un par de años mayor que él y estaba rodeado de una misteriosa gloria. Cada vez que se presentaba la ocasión, el padre señalaba con tono de fastidio la superioridad de Matías en todos los campos. El viejo príncipe nunca entendió lo molesto que era aquello para Heindrich, lo cual resultaba llamativo, puesto que Hugo zu Biederstern había sido tratado con el mismo desprecio por su padre.

Heindrich se prometió a sí mismo que nunca volvería a pensar en Albertina y que jamás le diría una palabra amable.

Pasaron varios años hasta que la volvió a ver. Fue en el Burgtheater. Estaba con su marido Matías Schwarzenberg. Por un momento Heindrich se quedó petrificado, pero después saludó a la pareja con una fría sonrisa y a partir de entonces actuó como si no existieran.

Heindrich nunca volvió a mencionar el nombre de Albertina. No veía motivos para hacerlo. Pero la pérdida de su gran amor ante el gran rival de su juventud siempre lo atormentó y marcó su vida. Como le confesaría a su primo August, aquello mató su vida amorosa y dejó sitio para las demás cosas que tenía que hacer.

## **AMBICIONES POLÍTICAS**

Como es natural, de un joven príncipe se esperaba que fuera leal y contribuyera activamente al orden social que partía del emperador. Pero las ambiciones políticas de Heindrich eran bastante mayores que eso.

Su padre, Hugo zu Biederstern, había sido durante muchos años el consejero de confianza de Su Majestad. En virtud de ello, encarnaba un ideal político ya alabado por los patricios de la república romana: el aristócrata motivado por el deber, la tradición y el honor.

Heindrich buscaba puestos políticos por otros motivos: la venganza era el bajo motivo que dictaba sus acciones. Por medio de hazañas imprescindibles para la patria y el emperador, pensaba superar a Matías Schwarzenberg y obtener una posición más alta que la suya, de modo que Albertina se arrepintiera de haberse doblegado a la voluntad de su padre y de haber seguido la centenaria tradición patriarcal.

Durante las campañas contra Napoleón, con desprecio por la muerte y una lúcida mirada estratégica, Heindrich se distinguió en el ejército de caballería imperial. Era un magnífico oficial y no tardó en ascender en la cadena de mando.

Durante la victoriosa batalla junto a Aspern-Essling, en los alrededores de Viena, en mayo de 1809, se comportó como si fuera invulnerable. Con gran heroísmo, mató con su sable a diez franceses que, inadvertidamente, habían avanzado y rodeado al archiduque Carlos. El emperador lo condecoró por su excepcional valor. Con la cabeza muy erguida, Heindrich pronunció un discurso improvisado en el que dio las gracias a Su Majestad, hizo juramento de lealtad y afirmó que vertería hasta la última gota de su sangre en la lucha contra el enemigo. Sus poderosas palabras causaron impresión en los generales presentes y el emperador intuyó enseguida un valioso servidor en aquel joven príncipe, procedente de una familia que siempre había sido cercana a los Habsburgo.

Algunas semanas más tarde, el día antes de los fatídicos combates de Wagram,

Heindrich vio por el catalejo que Napoleón avanzaba unos cientos de metros a caballo para hacer un reconocimiento. Sentía un profundo desprecio por el advenedizo que se había coronado a sí mismo emperador de Francia y había asesinado a los últimos miembros de la familia real de los Borbones, con los que la madre de Heindrich estaba lejanamente emparentada. El pequeño corso no ofrecía un aspecto nada impresionante. Heindrich anotó en su cuaderno que había visto al espíritu de los nuevos tiempos avanzar a caballo.

«Fue extraña la sensación», escribió, «de ver a un individuo aparentemente tan insignificante, sobre un gran caballo, oteando el mundo e intentando controlarlo».

Heindrich entendía instintivamente que la triunfal marcha de Napoleón a través de Europa marcaba el comienzo de los nuevos tiempos. La sociedad feudal que constituía su herencia paterna sería desbancada por la libertad individual moderna, los principios de gobierno del Estado de derecho y constitucional, y la economía moderna basada en el comercio. El camino hacia el futuro estaba trazado y el mundo de Heindrich corría el riesgo de acabar en el vertedero de la historia. Por eso decidió invertir todas sus fuerzas en trabajar contra esta evolución. Había que derrotar a Napoleón a cualquier precio.

Durante la primera fase de la batalla que resultó tan destructiva para Austria, dos balas francesas perdidas pusieron punto final a la fulminante carrera militar de Heindrich. Una de ellas le destrozó la rodilla y le causó una cojera de por vida. La otra penetró su cuerpo por la parte baja del vientre, sin ocasionarle una lesión grave.

Pero el médico negó con la cabeza y parecía preocupado. No era capaz de encontrar la bala y explicó al príncipe que había quedado oculta en alguna parte del cuerpo. «Existe cierto riesgo, aunque es pequeño», añadió inquieto, «de que la bala se mueva por el cuerpo del teniente».

Heindrich permaneció impasible. Durante siglos, su familia había derramado su sangre por el emperador. Él era un oficial del orgulloso ejército austríaco, había mirado a la muerte a los ojos muchas veces en el campo de batalla y no tenía nada que temer.

Desde que cumplió los treinta años, Heindrich fue en la capital un destacado político que deslumbraba a su entorno. Durante el congreso de Viena de 1814, cuando su tío el príncipe Metternich reunió a dos emperadores, cuatro reyes y numerosos príncipes y archiduques, con el fin de reinstaurar el orden y el equilibrio de poder tras las sangrientas guerras napoleónicas, Heindrich causó una impresión brillante. Se plantó delante de las majestades reunidas con la espalda muy erguida, un uniforme impecable y numerosas condecoraciones al valor. Irradiaba seguridad en sí mismo. Su escaso pelo lo hacía parecer mayor de lo que era y la experiencia relumbraba en sus ojos. Habló con empaque y autoridad. El mensaje fue implacable. Para gran alegría de todos los reunidos en la dorada sala de fiestas, reclamó que la aristocracia recuperara el poder que había tenido en Europa antes de la Revolución Francesa. Recibió una ovación. Dio las gracias a Carlos José Lamoral, el séptimo príncipe de Ligne, presente en la sala, por sus inspiradoras reflexiones sobre Europa. A continuación dirigió un ataque contra los ideales de la Ilustración, afirmando que debilitaban el fundamento del ejercicio del poder de la nobleza. Criticó con especial dureza al ideólogo de la Revolución Francesa, Nicolas Spinoza, y al líder de los jacobinos, Maximilien Robespierre, que había proclamado que «la compasión es traición», antes de enviar a su rey a la guillotina.

## **UN ESPOSO ADECUADO**

Heindrich se movía por los mejores círculos y contribuía en gran medida al esplendor de la vida festiva de la aristocracia. Era considerado una persona encantadora, muy culta y con las mejores opiniones imaginables. Tenía la voz suave y nunca se dejaba llevar por la tentación de ser soberbio. Era cordial, amable y demostraba una vivacidad que desarmaba a la gente y con la que se ganaba el favor de todo el mundo. Corrían rumores de que el emperador estaba especialmente contento con él.

También aparece en los diarios de la archiduquesa Enriqueta, que por la céntrica ubicación de su casa en Schönbrunn, veía pasar a todo el mundo de importancia. Pocos encontraban clemencia en su mirada, pero Heindrich había salvado la vida a su marido durante la guerra y además su elocuencia era de su gusto. Ante todo se había fijado en su modo de moverse en los salones, que también le causaba una impresión favorable. El príncipe actuaba siempre con dignidad y podía medirse con cualquiera. La archiduquesa decidió que era el hombre adecuado para satisfacer todas las expectativas de su sobrina Clementina.

La muchacha tenía veintiún años y una deslumbrante belleza juvenil, pero vivía apartada del mundo, consagrada al Señor, cumpliendo en todo momento su voluntad. La archiduquesa no compartía la fervorosa fe de su sobrina y no se hacía ilusiones respecto de ella: «Clementina es muy virtuosa, pero no tiene ninguna cualidad intelectual destacable. Su existencia se reduce a los rezos y los agradecimientos. La responsabilidad de su educación fue dejada en manos de las hermanas carmelitas de un convento a las afueras de Viena. Así que lo sabe todo sobre el respeto y la deferencia. En cambio carece de fogosidad y pasión. Usted ya me entiende, príncipe. Aun así estoy convencida de que le colmará en lo cotidiano y de que le dará un hijo varón que pueda perpetuar su apellido. Están ustedes predestinados. Si se casa con ella, tendrá un futuro espléndido. La mirada del emperador reposa sobre usted».

A pesar de que Heindrich descendía de una familia noble que constituía uno de los más antiguos apoyos de la Iglesia y que durante siglos se había codeado con cardenales y arzobispos, en lo que a Dios respecta, era relativamente libre. Disfrutaba leyendo a Voltaire, aunque no compartiera su actitud anticlerical. Y pese a que nunca dejaba de cumplir las obligaciones para con la Iglesia que exigía su posición, pensaba que la fe católica se fundaba sobre ideas infantiles como la Inmaculada Concepción y la encarnación del Hijo de Dios en un ser humano. Aun así, la profunda religiosidad de Clementina no suponía ningún impedimento para él. Aceptaba sin reservas su fe y ésta constituía incluso un estímulo para él, porque reforzaba la peculiaridad de aquella mujer que por lo demás era bastante anodina.

Ningún miembro de la aristocracia —pocos de ellos creían en el amor— se sorprendió de que Heindrich se casara con Clementina, a pesar de que tenían personalidades distintas y visiones contrapuestas del mundo. Los matrimonios de conveniencia siempre habían desempeñado un papel importante en la historia de Austria. De ese modo se habían construido el Estado y las grandes fortunas. Se consideraba que emparentar a una princesa y a un príncipe procedentes de dos de las familias más antiguas del país, que habían demostrado una inquebrantable lealtad a la corona y gran valor en los campos de batalla, reforzaba el país y la posición del emperador.

Aunque nadie hablara de ello, no cabía duda de que el cercano parentesco de Clementina con cierta archiduquesa era la razón determinante por la que Heindrich pedía su mano. Sin embargo, el discreto príncipe nunca dijo una palabra sobre esto a nadie.

## TRIUNFO POLÍTICO

En las cuestiones políticas intrincadas, Heindrich era una de las grandes autoridades del país. Donde los demás aristócratas veían complicaciones, que sin excepción aborrecían como la peste y evitaban por atávico instinto, Heindrich siempre proponía soluciones que demostraban sus extraordinarias capacidades intelectuales. Ante todo tenía una profunda comprensión de los factores que influían sobre la evolución social.

Era Vormärz, un periodo con creciente ánimo revolucionario en el que las reivindicaciones de libertad económica y política de la clase media constituían una amenaza cada vez mayor para el poder de la clase alta.

Cuanto más estudiaba Heindrich los textos de Voltaire, Rousseau y Tocqueville —que profesionalmente eran para él imprescindibles e interesantes—, tanto más aborrecía los ideales universalistas de la Revolución Francesa.

Su ídolo era Joseph de Maistre, el misántropo estratega de la Restauración reaccionaria.

Heindrich sentía una profunda desconfianza hacia los judíos, los masones y los liberales, a los cuales consideraba pájaros de mal agüero y parásitos nefastos del cuerpo social austríaco. Consiguió que el jefe de la policía enviara a todas partes espías que luego le pasaban sus informes directamente a él. Más tarde reunió a todos estos espías y les ordenó que debían someter a todo aquel que podía ser sospechoso de apoyar los ideales de la Ilustración a una sencilla elección: o aportaban información sobre los que pensaban como ellos o acababan en prisión. El resultado no se hizo esperar. La gente estaba más que dispuesta a delatarse mutuamente para salvar su propia piel. Dado que así se mantenía al corriente sobre lo que pensaba y decía todo el mundo, podía seguir con mirada atenta todo lo que pasaba en el país y aplastar sin clemencia a los grupos peligrosos. Su labor de contener la evolución política del imperio de los Habsburgo se consideraba imprescindible.

En pocos años Heindrich se convirtió en uno de los hombres más poderosos del país. Tenía unos pocos amigos en los que confiaba y un montón de enemigos que tampoco lo traicionaron nunca. Después de desbancar con mucha astucia a su predecesor en el cargo, su carrera política culminó con su nombramiento como ministro del Interior y de la Policía.

### LA BALA DE NAPOLEÓN

En la primavera de 1841, Heindrich invirtió todas sus energías en un asunto de espías que conmocionó a toda Austria. Alguien había vendido secretos militares al embajador en Viena del zar ruso. Se trataba de una información extremadamente sensible a la que muy pocos tenían acceso: datos pormenorizados sobre los planes de movilización austríacos, los códigos del ejército, los medios de transporte de los militares y detalles sobre el reparto de provisiones y la fortificación de las fronteras. Era evidente que el traidor a la patria tenía que formar parte de la cúpula militar, pero se desconocía su identidad.

Heindrich tenía buenos motivos para creer que no se trataba de una serpiente venenosa solitaria y criminal dispuesta a enriquecerse vendiendo a la madre patria. Pensaba que en realidad se trataba de una amplia conspiración dirigida contra Su Majestad, y que implicaba a los más altos círculos militares, y quizá también a los políticos.

Pidió de inmediato una audiencia con el emperador para informarlo, pero tras la

explicación de Heindrich el emperador ordenó que se acallara el asunto.

«Naturalmente, los deseos de Su Alteza Imperial», respondió Heindrich con tangible rigidez, «serán respetados. Actuaremos con rapidez, con discreción y sin piedad. La seguridad del país es prioritaria. Los traidores serán detenidos a cualquier precio y ejecutados».

Heindrich dirigió la investigación con enorme destreza. Tenía una estrategia bien pensada y se pasaba las noches estudiando documentos.

Como nunca conseguía dormir más de tres horas por la noche, Heindrich siempre se echaba una siestecita durante el día en el amplio sofá de su despacho en el Ministerio de Interior de Viena.

Un día se despertó con una fuerte jaqueca. Estuvo cansado toda la mañana y tuvo problemas para concentrarse. Aun así intentó examinar una vez más las actas secretas del caso de espionaje, porque tenía la sensación de que la investigación estaba a punto de dar un gran paso hacia delante, de que estaban sobre el rastro de algo importante. Sin embargo, el cansancio pudo con él. En contra de su costumbre, se echó a descansar antes del almuerzo y enseguida se durmió. Pero al cabo de pocos minutos se despertó y se incorporó bruscamente.

Lo veía todo claro. Sabía con absoluta certeza quién era el traidor a la patria y quiénes eran sus conjurados. Durante toda su vida, Heindrich había sido tranquilo y contenido, pero en estos momentos el cuerpo entero le temblaba de excitación. Se echó a reír porque de pronto todo parecía muy sencillo y pensó que en otras circunstancias podría haberlo visto todo como una broma de mal gusto. Se acercó rápidamente a su escritorio y llamó a su secretario, que entró en la habitación y lo miró expectante. La mirada de Heindrich evidenciaba que estaba contento consigo mismo. Carraspeó para que su voz sonara clara y distinta, y empezó a dictar una orden de arresto. Justo en el momento en que iba a pronunciar el nombre del traidor, la cara se le puso rígida y quedó mudo. En ese momento, la bala de Napoleón terminó su largo peregrinaje por el cuerpo de Heindrich y llegó a su corazón. La muerte se llevó al príncipe Zu Biederstern en medio de una frase.

**«MÉSALLIANCE»**

¿Por qué nos contaba mi tío abuelo historias sobre Heindrich y la familia Biederstern? ¿Qué tenían que ver con nosotros?

Desde tiempos inmemoriales la familia Spinoza había sido una familia de judíos, quizá más como consecuencia de las circunstancias que por convicción. Teníamos la duradera y loable tradición de honrar constantemente a Dios —que en realidad creía más en nosotros de lo que nosotros creíamos en él— profundizando a diario en los textos sagrados para nosotros. Estudiar y plantear incansablemente nuevas preguntas formaba parte de nuestras vidas.

Los Biederstern, por su parte, constituían una familia distinguida donde todo tedioso esfuerzo intelectual había sido sustituido por heroicidad. Ya a finales del siglo XIII, consagraron su espada al honor del emperador Habsburgo, y lo único que los hacía soñar era la sangre azul que corría por sus venas. Por eso a lo largo de los siglos se habían casado con sus iguales, nadie más superaba la prueba de su mirada.

Mientras que nosotros siempre habíamos carecido de derechos y de un lugar en el mundo que pudiéramos tildar de nuestro hogar, y habíamos sido forzados constantemente a

huir por mares y montañas, sin estar nunca seguros en ningún sitio salvo en el mundo de los libros, ellos vivían despreocupadamente en su magnífico palacio y eran terratenientes de noble cuna, con extensos cotos de caza a su disposición y una iglesia que les perdonaba encantada sus pecados porque los protegía el esplendor de su honorable apellido.

Pero no sólo eran distintas nuestras vidas, con sus costumbres, mitos y convenciones, sino que también diferíamos en la mentalidad, en la actitud hacia otras personas, en la imagen que teníamos de nosotros mismos, en lo que nos divertía y ocupaba nuestros pensamientos, en aquello con lo que soñábamos y en los recuerdos que llevábamos con nosotros.

¿Había algo, pues, que conciliara a las familias Spinoza y Biederstern?

Un soleado día otoñal, el amor surgió con tremenda fuerza en ambas familias y nos unió para siempre. Nosotros no nos alegramos. Y tampoco se alegraron los aristócratas. Heindrich tuvo la suerte de estar ya muerto, de lo contrario, la mera idea de que la sangre de su orgulloso linaje fuera bombeada por un corazón judío, en el cuerpo de los descendientes de uno de los hombres que había enviado al rey francés al cadalso, lo habría conducido de inmediato a la tumba.

El extraño casamiento entre la madre y el padre de mi abuelo era la causa por la cual mi tío abuelo tenía a menudo motivos para hablar de los príncipes de Biederstern.

## **EL HEREDERO**

Tres días después de que el cuerpo de Heindrich fuera depositado en la tierra, Rodolfo se sentó ante el escritorio que solía ocupar su padre. Siempre había sabido que algún día asumiría aquel lugar. Como primogénito y único hijo varón, le correspondía continuar el linaje biedersterniano que él encarnaba. Ahora era el cabeza de familia y todos los recursos estaban concentrados en él. Sólo él contaba, las hermanas eran completamente irrelevantes.

Rodolfo siempre había creído que cuando llegara ese día se sentiría increíblemente poderoso. Ahora temblaba sólo de pensar en hacerse cargo del palacio, las tierras y todas las responsabilidades que ello conllevaba. Tenía miedo de que la gente dijera que no estaba a la altura de su excelente padre. Por eso decidió ser siempre decidido, no vacilar nunca y regir con mano firme para que la gente le mostrara el respeto que le correspondía.

Media hora más tarde, la familia se reunió en el despacho del padre para celebrar un consejo de familia. A la derecha de Rodolfo se encontraban su madre y el guía espiritual de ésta, el obispo Kaullbach, que con cada bocanada de aire infundía calma y confianza. Las hermanas, Úrsula y Mercedes, se encontraban a su izquierda. Las mujeres lloraban. No era nada inusual. Rodolfo había observado muchas veces que aquellas mujeres se valían de las lágrimas para aprovecharse de la debilidad del padre y conseguir su voluntad. Pero él estaba firmemente decidido a no dejarse dominar por la madre y las hermanas.

«Padre ha muerto. Voy a asumir la responsabilidad sobre la familia. Eso implica que seré yo quien tome todas las decisiones, tanto las grandes como las pequeñas. A partir de hoy son mis reglas las que rigen en esta casa. Nadie meterá la nariz en nada, ni se entrometerá en asuntos que no le incumban. Bajo ninguna circunstancia se me podrá molestar antes de las doce de la mañana. ¿Qué más? Bueno, creo que eso es todo por hoy. Ahora dejadme solo. Ya me habéis robado demasiado tiempo. Tengo muchas cosas en las que pensar».



## **LA OVEJA NEGRA**

Rodolfo era la oveja negra de la familia Biederstern. Ya desde su nacimiento se comportó de un modo inapropiado y rudo: no ayudó a su madre en sus esfuerzos y no dio señal de querer salir del útero materno y llegar a este mundo. El que entonces era el médico de cabecera de la familia, el doctor Leuterbach, consideró que el niño se estaba poniendo terco y decidió hacer uso de unos fórceps. Cuando sacaron a la pequeña criatura a la luz del día, se reveló enseguida como un chillón y un pendenciero. Era un niño sano y bien formado, aunque los fórceps le habían dejado unas profundas marcas en el pequeño cráneo. Lo pusieron de inmediato sobre el pecho de un ama de leche que lo estaba esperando.

Más adelante, Clementina y Heindrich hablaron a veces de que el doctor Leuterbach debía de haber hecho algo con sus fórceps que había perjudicado la cabeza de Rodolfo.

El regordete y mofletudo Rodolfo no heredó el carácter agradable y la encantadora cortesía de su padre, ni tampoco la suavidad natural de su madre. Fue un niño difícil. No hablaba, gritaba y berreaba. Éstos fueron sus rasgos de carácter más destacados desde la más tierna infancia. Siempre resolvía los conflictos con violencia y no soportaba que le llevaran la contraria. Sufría con frecuencia ataques de furia y aterrorizaba a los criados del palacio.

Los padres dejaron la tarea de convertirlo en un cultivado joven en manos de maestros traídos desde el extranjero. Al cabo de dos años, cinco de ellos se habían vuelto a su casa por deseo propio. Nadie soportaba su volcánico temperamento. El último maestro de la casa, un suizo flaco y jorobado, miró un día al padre con incomodidad, rehuyó su mirada y aprovechó la ocasión para confesar en términos moderados que no creía que el chico tuviera mucho porvenir. A continuación pidió permiso para abandonar el palacio.

Los padres se sintieron extrañamente aliviados cuando mandaron a Rodolfo al famoso internado del capitán Von Knapp, situado en Fürstenbrunn, a las afueras de Salzburgo. Allí recibían educación los hijos de las principales familias nobles antes de solicitar el ingreso en el ejército.

Rodolfo no entabló ninguna amistad en el internado. Se metía con frecuencia en peleas y atemorizaba a todo el mundo. Quería que los demás lo vieran y lo respetaran, y por eso se mostraba aún más salvaje y violento de lo que era en realidad. Los niños lo llamaban «el loco» y le dieron la espalda.

Cuando Rodolfo pegó por quinta vez a un compañero del colegio, el director envió una carta a Heindrich explicando que el internado de Fürstenbrunn ya no era el lugar adecuado para su hijo.

En los años siguientes, lo enviaron a otros tres internados, pero el resultado era siempre el mismo. En todas partes tenía un comportamiento inadmisibles y maltrataba a sus compañeros.

## **HACER UN HOMBRE DE UN NIÑO**

La familia Biederstern era una vieja estirpe de guerreros. El escudo familiar mostraba un león y una corona. Su lema rezaba: «La fuerza al servicio del rey». El futuro de Rodolfo nunca llegó a discutirse. Con dieciocho años lo enviaron a la academia militar de Viena.

Clementina pensaba que a su hijo le sentaría bien el uniforme y Heindrich estaba convencido de que el ejército, con su severa disciplina y sus recios generales, coroneles y capitanes, lo convertiría en un hombre y se aseguraría una posición.

Pero Rodolfo no tardó ni tres meses en montar un enorme escándalo. Para su gran alegría, fue expulsado con efecto inmediato de la academia militar.

El escándalo supuso un verdadero golpe para sus padres. Clementina estaba desesperada. Heindrich buscó consejo en su primo August, que, pese a estar lastrado de vicios y pecados, era arzobispo de Burgenland.

August lo escuchó con una leve sonrisa y la cabeza ladeada. El consejo que le dio a Heindrich fue tan sencillo como obvio. En aquella época era habitual que los jóvenes aristócratas fueran iniciados en los juegos amorosos por una mujer de amplios conocimientos en la materia. El obispo opinaba que cuando se concediera al fogoso cuerpo del joven Rodolfo todo lo que deseaba, su alma se suavizaría y su agresividad se mitigaría.

—¿Quieres decir, querido primo, que debo llevar a mi hijo al Salon Rouge? —preguntó Heindrich asombrado.

—La fuerza viril inherente en tu hijo, su sed de lucha, hay que canalizarla del mejor modo posible. Tiene que desfogarse. Presenta al chiquillo a una mujer que lo convierta en un hombre.

Heindrich suspiró. August le cogió la mano y se la apretó con firmeza.

—Confía en mí —dijo en el mismo tono en el que pronunciaba la misa dominical.

Esa misma tarde, Rodolfo fue llamado al despacho de su padre. Heindrich le ofreció una copa de jerez.

—*Mon fils* —dijo encendiendo un puro—, un día pasarás a ser el cabeza de la familia y tendrás que asumir la responsabilidad de todo lo que nos rodea.

—Tampoco creo que sea demasiado difícil —lo interrumpió Rodolfo.

Heindrich simuló no oír el comentario y continuó:

—Por eso es importante que vivas diversas situaciones y que conozcas a muchos tipos de personas. Mañana tú y yo nos iremos a Viena para que tengas nuevas experiencias. Vamos a visitar un sitio que algunos llaman la casa de los momentos mágicos. Allí acuden los hombres de nuestra clase para olvidarse por un rato del mundo, pero nunca para encontrar el amor verdadero.

## **ARABELLA LA DOUCE**

Como Heindrich se reunió con sus antepasados, se ahorró vivir la boda de Rodolfo, el gran tema de conversación del año entre la alta sociedad vienesa.

La prometida de Rodolfo no fue la primera que, por medio del matrimonio, ascendió hasta la aristocracia desde una posición humilde y él no fue el primero que se dejó llevar por un salvaje enamoramiento y se casó por debajo de su cuna. Aun así, su elección de esposa le resultó absolutamente incomprensible a la mayoría de la aristocracia. Que él, con sus abrumadoras ventajas en lo que a posición y riqueza respecta, se dejara cegar por la belleza de una mujer vulgar, no bastaba como explicación para su actuación. Había quien creía que la boda era una broma bizarra.

Arabella Braun se había criado entre las casas cochambrosas y ladeadas que a duras penas se mantenían en pie de un barrio pobre de Viena, Birgittenau, rodeada de mendigos, prostitutas, chulos y obreros alcoholizados. Su padre, un viudo tísico que se refugiaba en la

botella para paliar su miedo, mantenía a siete hijos haciendo pelucas. Su esposa, a la que él seguía amando, se había fugado con un gitano, harta de soportar su violencia cuando bebía.

Arabella creía que era culpa suya que su madre hubiera abandonado a la familia. Como era la única hija de la casa, el padre no se conformaba con pegarle. Solía llevarla a empujones hasta la letrina y allí la sobaba hasta que la niña lloraba tan desconsoladamente que la soltaba, gritándole que era una asquerosa puta exactamente como su madre fugada. En ocasiones le remordía la conciencia y le daba dos *groschen* para que se comprara un pastel.

Cuando Arabella llegó a la adolescencia, el padre notó que los chicos la miraban con deseo y sintió cierto orgullo. De todos modos, a veces sentía escalofríos de pánico al pensar en su bella figura y su magnífica melena negra: ¿de qué le sirve la belleza a una chica pobre?

Arabella decidió muy pronto no estancarse en los bajos fondos de la sociedad. Quería ascender, llegar a ser alguien, hacer algo grande, maravilloso y significativo, ser alabada y disfrutar de cierto renombre. Tenía una bella voz para el canto y se sabía un par de óperas italianas de memoria. Soñaba con establecerse como cantante en el coro de la ópera. A pesar de que no se puso límites y permitió al director del coro que se familiarizara con las partes más íntimas de su cuerpo, sus esfuerzos no se vieron coronados con la suerte.

Una mañana, al verse desnuda ante el espejo, comprendió que la feminidad era su mayor activo. Tenía veintiún años, un trasero voluptuoso y unos grandes pechos con los pezones tan redondos y duros como castañas. Especuló un rato y consideró los pros y los contras. Como nunca se le había pasado por la cabeza ser un ejemplo en lo que respecta a la virtud y la decencia, tomó una decisión irrevocable: se iba a lanzar en cuerpo y alma a un nuevo campo de acción.

Arabella pensaba que las mujeres de las calles de Birgittenau, que se habían prostituido antes de aprender a leer, eran como zombis porque sólo se preocupaban de sobrevivir de un día para otro. Ella pensaba hacer algo distinto con su cuerpo, crear un arte no destinado a la multitud ignorante —obreros y artesanos de manos rudas, cuerpos malolientes y eyaculaciones rápidas—, sino a los verdaderos conocedores con gruesos monederos, a aquellos que se tomaban su tiempo y sabían apreciar los placeres del amor.

Cuando descubrió que los títulos de sus amantes reforzaban su propio placer, acudió al Salon Rouge, un establecimiento elegante con un círculo selecto de clientes de enormes fortunas y descomunales exigencias.

Era llamativamente hermosa y Madame Sonja comprendió enseguida que sería una mina para la casa. La madama le puso el nombre artístico de Arabella la Douce y elaboró una historia de que era una prometedora cantante de ópera de París. Esa misma noche vendió su supuesta virtud al príncipe Schwarzenberg, que siempre estaba dispuesto a pagar generosamente por algo de emoción adicional.

Gracias a su talento natural, Arabella tuvo de inmediato un enorme éxito. Al principio ella misma se sorprendió, pero no tardó en aprender a utilizar su poder sobre los hombres. Su reputación de ser «la mujer más caliente de Viena» se extendió rápidamente por los círculos mundanos.

## **VISITA AL SALON ROUGE**

Las experiencias de Rodolfo en el ámbito del amor se caracterizaban por su

limitación y no podían impresionar a nadie. Con las mujeres era llamativamente cohibido, temeroso y falto de imaginación. Sentía escalofríos cada vez que se dirigía al Salon Rouge en busca de placeres. A veces, dividido entre su deseo y su inherente cobardía con las mujeres, se quedaba parado a la entrada preguntándose si debía entrar o no.

Aquel templo del erotismo tenía una oferta variada y ofrecía de todo, para los clientes especiales había incluso chiquillos. La primera noche que Rodolfo vio a Arabella, le dieron a elegir entre una muchacha con una figura masculina y poco pecho, una burguesa casada de bamboleantes caderas y sabrosos cachetes en el trasero, una mujer oriental que venía directamente del harén del sultán de Yemen y una prometedor cantante de la ópera de París, con mucho fuego en la sangre.

Él se quedó con la última, porque un conocido, un barón famoso por su lujuria y su picante uso del lenguaje, le había contado que el húmedo hueco entre los muslos de aquella *femme fatale* era lo más cercano al reino de los cielos que podías llegar en este vano mundo.

Después de cobrar, Madame Sonja lo condujo a una habitación en la última planta de la casa. Sólo los clientes más selectos tenían acceso a esa planta y era la primera vez que Rodolfo subía. La habitación era mayor que las que conocía de antes y tenía en medio una cama redonda gigante rodeada de grandes candelabros. Las velas rojas encendidas emitían un olor embriagador. Rodolfo estaba completamente mareado antes de que la regenta del burdel hubiera alcanzado a cerrar la puerta tras de sí. Flotaba un encanto indefinible en el ambiente y la habitación estaba envuelta en una atmósfera mágica.

En el borde de la cama estaba sentada Arabella la Douce. La muchacha se levantó y se acercó a Rodolfo con pasos seductores. Era la criatura más hermosa que él hubiera visto nunca. Estaba como hechizado y apenas se atrevía a respirar. Los grandes ojos oscuros de Arabella reflejaban el deseo animal de la feminidad.

Arabella era consciente del poderoso erotismo que irradiaba y, con una sacudida de cabeza, se soltó las horquillas y las agujas del pelo y su larga melena negra le cayó sobre los hombros. Un estremecimiento de placer recorrió el cuerpo de Rodolfo cuando la mujer empezó a desabotonarse despacio la blusa. Fue incapaz de apartar la mirada de los pechos resplandecientemente blancos cuando éstos salieron violentamente. Nunca había visto algo tan hermoso y tan excitante.

Ella le cogió la mano, lo llevó a la cama y lo desnudó. Después lo arrojó sobre el colchón y exploró su cuerpo lentamente con la lengua. El tiempo y el espacio dejaron de existir para Rodolfo. Tuvo la sensación de haber llegado al paraíso. Después de un largo rato, Arabella se sentó a horcajadas sobre él y sus diestras manos empezaron a acariciar rítmicamente su pene. Al instante, Rodolfo tuvo la eyaculación más larga de su vida. Sintió vergüenza de haber sido tan rápido y no osó mirarla a los ojos. Cerró los suyos y se quedó inmediatamente dormido.

Al día siguiente, cuando pensaba en Arabella, Rodolfo se ponía colorado, se le aceleraba el pulso y le brillaban los ojos. Sentía una placentera excitación, un anhelo ardiente y desgarrador por aquella mujer que había llenado su alma de inquietud. Se pasó el día contando las horas y casi no podía esperar a la llegada de la tarde, cuando por fin recorrió el breve trayecto hasta el Salon Rouge.

El segundo encuentro fue todavía más fogoso. Esta vez fue él quien exploró con los dedos cada milímetro del cuerpo de ella. Ella mantenía todo el rato su sexo presionado contra él y cuando al final explotó contra ella, estaba tan exhausto que casi se desmayó.

## **LA PEDIDA DE MANO**

La tercera noche que Rodolfo volvió al Salon Rouge, Arabella estaba ocupada. El joven sintió una enorme decepción. Con la voz ronca y oscura intentó argumentar tozudamente con Madame Sonja, pero fue en vano. Arabella ya tenía toda la noche ocupada.

El rostro de Rodolfo se contrajo en una mueca y como por reflejo condicionado estuvo a punto de golpear a la regenta del burdel. Pero por miedo a las eventuales consecuencias, se controló y contuvo su furia. Desconsolado, rechazó a una belleza pelirroja y a una rubia madura. En su lugar pidió al cochero que lo llevara a la taberna más cercana, donde se tomó una botella de vino intentando recrear el hechizo del estado de ánimo que lo embargaba en la cama de Arabella.

Pasó la noche en vela y todo el día en la cama, bañado en sudor. Sentía un amor desgarrador y animal hacia Arabella. Lo martirizaba un deseo atroz y visceral. Quería poseerla. Quería tenerla sólo para él, aislada, alejada de las amenazadoras personas, en un lugar donde pudiera vigilarla. Quería incorporarla a su propia sangre. Entonces decidió casarse con ella. Le pareció una idea brillante. El matrimonio le daría automáticamente un acceso constante a su cuerpo.

Por la noche volvió corriendo al Salon Rouge. Con los pantalones bajados y el miembro hinchado en la boca de Arabella, le propuso que se convirtiera en su mujer. Ella lo escuchó con cortés interés y casi se sintió un poco halagada, pero no tenía el menor interés en casarse con él. A raíz del pusilánime comportamiento de Rodolfo, y con su total ignorancia sobre la aristocracia, Arabella había llegado a la conclusión de que su posición en la escala social debía de ser poco destacada. Además, no era exactamente el hombre de sus sueños, más bien al contrario: era del tipo de hombres que prefería evitar porque ni su tacto ni su compañía le agradaban. Pero con la cobardía que caracteriza a las personas que aspiran a frecuentar a las gentes ricas que su vida sencilla no les ha permitido conocer, decidió no rechazarlo, sino hacerse de rogar.

A la mañana siguiente, Madame Sonja le contó que Rodolfo era príncipe y estaba emparentado con el emperador. Le explicó que poseía una gran fortuna, un gran palacio en el campo y una magnífica residencia en Viena. Ante el irresistible poder de las palabras mágicas que había pronunciado la madama, Arabella capituló. De pronto veía al príncipe con otros ojos. Empezó a pensar menos en las malas vibraciones de Rodolfo y se concentró en su honorable familia, su suntuoso palacio y sus grandes riquezas. También creyó que la alta sociedad se pondría a los pies de la princesa Zu Biederstern. Por eso, la siguiente vez que se vieron, en medio de un orgasmo fingido, se apresuró a susurrar de un modo sobrio, pero claro, que quería convertirse en su esposa.

### **UNA DURA PRUEBA**

Que Rodolfo pidiera la mano de Arabella supuso una dura prueba para sus familiares. Ninguno podía entender que se dejara atrapar por las redes de una vulgar prostituta.

Clementina, que seguía llevando luto tras la temprana muerte de Heindrich y tenía los ojos constantemente enrojecidos de llanto, lo vio como un cruel golpe del destino, pero

esperaba conseguir que Rodolfo recapacitara.

Empezó con cautela:

—Deberías saber que los matrimonios entre dos personas de diferentes estamentos sociales por lo general no son felices ni duran mucho, por muy bien que pinten las cosas al principio.

—No te preocupes, madre —dijo Rodolfo negando con la cabeza.

Ella no se dejó amedrentar, aunque continuó con la voz temblorosa:

—La verdad es que estás arriesgando tu posición y la de tu familia. La gente te rechazará por insensato y empezarán a rehuirnos. Nuestro nombre se verá arrastrado por el fango. Piensa que eres un Biederstern y que eres pariente cercano del emperador. Piensa en mí, en todos nosotros, ¿no ves cómo sufro? ¿No entiendes que esto es una catástrofe? ¡Qué deshonra!

Las palabras se le atragantaron y parecía desesperada, como si cargara con todas las penas del mundo sobre sus frágiles hombros.

—¿Sufrimiento? ¿Catástrofe? ¿Deshonra? —dijo Rodolfo—. ¿Eso significa para ti mi felicidad? Arabella es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Clementina suspiró profundamente y miró a su hijo como si fuera un extraño. Rogó fervorosamente a Dios que impidiera que ocurriera algo tan terrible. Se le llenaron los ojos de lágrimas, se apresuró a retirarse a su habitación y durante largo rato tembló de llanto.

Rodolfo no se dejó conmovir y se mantuvo firme en su convicción de que estaba haciendo lo único correcto. Estaba convencido de que para hacerse una idea justa de una persona, había que basarse en lo contrario de lo que dijera de ella su reputación. Era perfectamente consciente de que los clientes habituales del Salon Rouge describían a Arabella como una mujer completamente depravada y sin inhibiciones. Por eso se imaginaba que en realidad su carácter estaba marcado por la bondad, la ingenuidad, la honradez y la consideración hacia los demás.

La pareja fue desposada por el arzobispo de Burgenland. Mirando a los novios, August zu Biederstern pronunció un discurso brillante y poético que incluyó la historia familiar, una exégesis de la Biblia, una serie de puntos cómicos y cierta elegancia frívola.

Tanto la madre como las hermanas se sonrojaron de vergüenza cuando, después de la ceremonia en la iglesia, tuvieron que intercambiar algunas palabras con las degeneradas mujeres del Salon Rouge.

El arzobispo, en cambio, parecía animado. Cuando los demás no le oían, declaró a aquellas mujeres que estaría encantado de meterse un rato en la sacristía con alguna de ellas y darse un pequeño homenaje.

Los despampanantes sombreros de las compañeras de Arabella y sus profundos escotes que atrapaban la mirada de los hombres, llamaron mucho la atención.

## **UN MATRIMONIO TORMENTOSO**

El matrimonio entre Rodolfo y Arabella nunca se disolvió oficialmente. Continuaron siendo marido y mujer hasta que la muerte los separó, pero la convivencia no duró mucho.

Apenas un par de meses después de la boda, cuando ya podía estar con Arabella siempre que quería, Rodolfo empezó a pensar que era una mujer bastante banal. Le irritaban su pose constante y su estúpido deseo de que la invitaran a los diversos actos de la

alta sociedad. Al igual que el hecho de que encargara constantemente vestidos atrevidos y estudiados que llamaban la atención de todo el mundo. Resultó que Rodolfo compartía la idea algo moralista de su madre de que los vestidos eran para llevarlos, no para hacerse notar. Pero sobre todo estaba disgustado por la rapidez con la que se había marchitado la fogsidad física de Arabella. Cada vez estaba menos dispuesta a acostarse con él y Rodolfo apenas recordaba ya a a qué sabían sus carnosos labios.

Para intentar renovar la pasión de la relación, una noche montó una melodramática escena y fingió estar defraudado con Arabella. Se quejó de lo poco que sabía sobre su vida anterior en el Salon Rouge y de que no le había contado a qué se había dedicado durante los días en que él tuvo que viajar a Burgenland para ocuparse de unos asuntos de la familia Biederstern. Rodolfo había creído que Arabella se asustaría y, que por miedo a perderlo, cambiaría de actitud y se mostraría más entregada y cariñosa. Sobre todo había esperado que recuperara su apetito sexual y su fuerza mágica femenina.

Pero Arabella malinterpretó su objetivo. En vez de disculparse por su pasado con miradas suplicantes y voz temblorosa, respondió notablemente animada con un repaso a la emocionante vida que había llevado en el Salon Rouge. Porque creyó que lo que quería Rodolfo, a quien ella consideraba muy poco imaginativo en la cama, razón por la cual se le había congelado la sangre en las venas, era enterarse de excitantes detalles que pudieran satisfacerla sexualmente.

No se ahorró ninguna intimidad, lo cual hizo que Rodolfo se sintiera cada vez más incómodo. El marido sintió la punzada de los celos e interpretó que la animada expresión de la cara de Arabella y su vivaracha voz revelaban involuntariamente que estaba más que harta de sus juegos de cama y que seguía viendo a otros hombres que la deseaban.

En aquel momento Rodolfo contrajo una enfermedad que lo atormentaría durante mucho tiempo y que fastidiaría la vida de Arabella.

Rodolfo no podía dejar de pensar en que su mujer había sido la reina de la noche de Viena. Cada vez que sus admiradores la cortejaban, cada vez que sonreía a un hombre, Rodolfo, que hasta entonces había carecido por completo de imaginación, empezaba a sospechar que el trato de Arabella con sus viejos conocidos nunca se había interrumpido y continuaba como siempre. Malévolos rumores propagados por difamadores pertenecientes a la alta sociedad confirmaron su sospecha y el veneno de los celos fue destruyendo su ánimo.

Tenía pesadillas muy recurrentes. Veía a hombres desconocidos acariciando el pecho y la negra melena de su mujer. Cada noche se despertaba aturdido y con sudores fríos. Se sentía asediado por la furia, pero intentaba recuperar la compostura. Arabella dormía junto a él en la cama, bella y angelical. Su belleza lo abrumaba y sentía una mezcla de placer e insufrible dolor. Deseaba sus femeninas formas corporales, pero cada vez despreciaba más su alma traicionera. Quería que la desleal prostituta y su promiscuo sexo ardieran en el infierno. La idea de molerla a palos le proporcionaba una satisfacción cada vez mayor.

Cada día que pasaba, crecían los celos de Rodolfo. Odiaba a todos los hombres de su entorno y los consideraba idiotas. Miraba descaradamente a cualquiera que hablara de Arabella. A menudo malinterpretaba situaciones inocentes y perdía la cabeza por completo, empezaba a comportarse como un bruto y dañaba a todo el que se cruzaba en su camino.

El comportamiento crecientemente extraño del príncipe Zu Biederstern llamaba la atención. A la gente la asustaban su volubilidad y su incontrolada agresividad. Personas muy destacadas empezaron a evitar su compañía. Con el tiempo se volvió costumbre en los

salones burlarse de él en su ausencia, del mismo modo que antes existía la costumbre de admirar a su padre.

La mala fama de Rodolfo llegó a oídos del emperador.

## **IDILIO CAMPESTRE**

Tras algunas incursiones breves en el mundo aristocrático de Viena, Clementina notó que la posición de la familia Zu Biederstern ya no era la misma. Pensó que se debía a Arabella y aconsejó a Rodolfo que se mudara de vuelta a Biederhof pues tenía miedo de que su hijo fuera rechazado por la alta aristocracia. Rodolfo aceptó, porque cada vez le importaba menos la alta sociedad.

Acondicionaron un ala del palacio para la joven pareja. El silencio de la bucólica Burgenland tuvo una influencia positiva en el ánimo de Rodolfo y lo llenó de alegría. Cada día paseaba con Arabella por el enorme parque del palacio, intentando enseñarle a apreciar los placeres de la vida campestre y a darle la espalda a los cotilleos y a la elegancia aristocrática.

Para Arabella la vida en el campo era como un eterno constipado. Aquélla no era exactamente la existencia con la que había soñado. Ella quería estar rodeada de gente fina, vestirse de fiesta y moverse por el mundo de los salones, del Burgtheater y de la Ópera. Quería que la alabaran y la admiraran, quería ser objeto del lisonjeo cortesano y recibir miles de pequeñas atenciones, deseaba disfrutar de su privilegiada situación y del cortejo que irradiaban los ojos de los hombres. Quería, en suma, gozar del papel de ser una de las mujeres más atractivas de Viena. No quería vivir como una princesa de provincias entre campesinos incultos y trabajadores forestales que apestaban a vino blanco. Añoraba regresar a la capital.

Después de tres meses en Biederhof, cuando Rodolfo había rechazado en varias ocasiones sus solicitudes de regresar a Viena, Arabella contó que la habían invitado a una *soirée* y que había aceptado porque tenía muchas ganas de salir y ver a otras personas. Rodolfo quería que esa noche se quedara con él y no fuera a ningún sitio. De hecho estaba convencido de que su supuesta añoranza de la gran ciudad era un puro engaño y de que la verdadera razón por la que su mujer quería regresar a Viena era su deseo de arrojarse a los brazos de otros hombres.

Arabella se sentía como una prisionera. Para demostrar que hablaba en serio, amenazó a Rodolfo con abandonarlo. La mirada del príncipe se cruzó con la de Arabella, que tenía la espalda muy recta, la cabeza erguida y parecía decidida y envalentonada. Rodolfo no supo qué decir. Se sentía presionado por la sinceridad de su mujer. De pronto lo recorrió una oleada de furia y perdió el control. La llamó puta y un montón de cosas más. Notó cómo se le tensaban los músculos y que una enorme fuerza recorría su cuerpo concentrando toda su energía en su órgano sexual y su bajo vientre. Rodolfo se abalanzó sobre Arabella, le arrancó el vestido, la penetró con tremenda fuerza y le mordió el labio hasta hacerla sangrar.

—Maldito cerdo —le dijo ella con ostensible desprecio, y le arañó la cara.

La asustó el oscuro torrente animal que corrió hacia ella cuando Rodolfo se vació en lo más profundo de su vientre. Aun así quiso hacerle daño.

—Muchos hombres mejores que tú se han acostado conmigo después de casarnos y ninguno ha necesitado usar la violencia para conseguirlo —dijo con calma y objetividad,



con el temerario autocontrol de un gato salvaje—. Todos dicen que nunca han vivido nada tan delicioso como mi húmedo sexo. Ése es el tipo de cosas que me gusta oír, no tus jadeos en mi oído. Además, me proporcionan mayor satisfacción que la que tú jamás has podido darme.

Las palabras de Arabella pusieron a Rodolfo todavía más furioso. La agarró del cuello:

—Pienso apretar —dijo— hasta que la lengua te cuelgue por fuera de esa sucia boca.

Un jadeo desarticulado se abrió paso entre los labios de Arabella.

Rodolfo se levantó y se abotonó los pantalones. Cogió a Arabella en brazos y la llevó a una habitación que estaba un poco apartada. Allí la arrojó al suelo y echó la llave de la puerta por fuera.

Cuando Rodolfo se calmó, sintió cierto arrepentimiento y pensó que debía pedir perdón. Era perfectamente consciente de que había sido el miedo a perderla lo que le había hecho comportarse de un modo tan incontrolado. Mientras cenaba en solitario, intentó pensar algo que pudiera alegrar a Arabella y hacer que estuviera a gusto en Biederhof. Pero no se le ocurrió ninguna solución. Por eso decidió irse a dormir y esperar hasta el día siguiente.

Arabella se sentía humillada y hervía de rabia. Rodolfo le parecía un miserable y era más bruto que la mayoría de los hombres a los que había conocido. Pateó la puerta y juró que nunca le permitiría tratarla así otra vez. Ella no era de su propiedad. Tras mucho esfuerzo, valiéndose de una aguja de pelo, logró abrir la cerradura desde dentro y esa misma noche huyó a Viena.

La decepción de Rodolfo fue infinita cuando a la mañana siguiente descubrió que Arabella había desaparecido. Su corazón latía con tanta fuerza que le entrecortaba la respiración y tenía sudor frío en las manos y la frente. No sabía dónde meterse. El criado bohemio Bohumil le sonrió con compasión. En todos los años en los que el leal criado había conocido a Rodolfo, nunca lo había visto tan afligido. Le preguntó si podía ofrecerle algo de beber. Rodolfo pidió una gran copa de coñac.

Sin duda, el amor propio masculino es una delicada planta a la que hay que regar continuamente para que no le cuelgue la cabeza. Rodolfo lo regó con alcohol. Después de ingerir grandes cantidades de vino y coñac durante una semana, ordenó que sacaran el coche y los caballos. El cochero condujo a toda prisa hacia Viena. Rodolfo iba echado sobre los suaves cojines, pensando en Arabella con los ojos cerrados. Sintió que su amor hacia ella se reavivaba y estaba completamente decidido a llevársela de vuelta a casa.

Pero nada sería como Rodolfo había imaginado.

## **UNA NOCHE EN EL BURGTHEATER**

Rodolfo mandó a un criado a averiguar dónde se encontraba Arabella. Ya había empezado a oscurecer cuando éste regresó a la residencia de los Biederstern. El lacayo llamó a la puerta del salón, pero no obtuvo respuesta. Al cabo de unos minutos abrió la puerta con cautela y vio dos botellas de vino vacías sobre la mesa. La silueta del príncipe se dibujaba en el sillón junto a la chimenea. Unas espirales de humo salían de un puro que sostenía en la mano derecha. El lacayo carraspeó y contó que una fuente segura le había asegurado que la esposa del príncipe iría esa noche al Burgtheater con el príncipe Matías

Schwarzenberg.

Rodolfo montó en cólera. Los celos se le clavaron en el corazón como un cuchillo. Se convenció de que Arabella era la amante de Schwarzenberg y esto le causó un profundo dolor porque en su mundo —por motivos que él desconocía— el nombre de Schwarzenberg era muy odiado. Decidió ir de inmediato al teatro.

Aquella era la gran noche de la temporada en el Burgtheater, un evento tanto social como artístico. Había un ambiente de devoción en la repleta sala con forma de herradura. Su Majestad Fernando cumplía cincuenta años. En honor del emperador, el popular poeta Franz Grillparzer había escrito una nueva obra que se iba a estrenar esa noche.

A pesar de que Matías Schwarzenberg había perdido recientemente a su esposa, parecía animado y juvenil, como un hombre con plena vitalidad y no un viejo en duelo. Participaba en la vida de la alta sociedad con burbujeante energía y nunca se perdía ningún acontecimiento.

La familia Schwarzenberg tenía un gran palco en primera fila, que era objeto de envidia de toda la alta sociedad vienesa, porque estaba pared con pared con el palco del emperador.

Arabella, que esa noche llevaba un ajustado vestido rojo hasta los pies, con un profundo escote que mostraba generosamente su voluminoso pecho, estaba sentada junto al príncipe. Bebía pequeños sorbos de una copa de champán y disfrutaba de que los jóvenes caballeros de las primeras filas superiores la miraran como hechizados. Arabella adoraba que los hombres la desvistieran con la mirada.

La obra de teatro era muy bella y el texto llamativamente melódico. Un joven ataviado con un exquisito traje mataba a otro sobre el escenario. Una mujer mayor lloraba, otra caía de rodillas. Los actores gesticulaban vehementemente. Arabella estaba absorta por la obra. Matías Schwarzenberg, por el contrario, tenía dolores de espalda provocados por un accidente de caza menor.

Arabella se inclinó hacia el anfitrión para comentar entre susurros la obra y sus bamboleantes pechos se acercaron mucho al príncipe.

En ese mismo momento, Rodolfo irrumpió en el palco e interpretó la situación como extremadamente íntima. No le cabía ninguna duda de que había pillado a Schwarzenberg con las manos en la masa, acariciando el pecho de Arabella. Rodolfo temblaba de furia y empezó a gritar fuera de sí.

Sobre el escenario, el protagonista masculino estaba a punto de declamar un verso sobre la belleza de la mañana. Las palabras se le atragantaron y se quedó parado, con la boca medio abierta. Todo el mundo en el teatro, tanto actores como público, dirigieron la mirada hacia el palco más cercano al del emperador.

Durante una milésima de segundo, Rodolfo y Arabella se miraron a los ojos. Ella entendió instintivamente que el mejor argumento al que podía recurrir era el llanto, el arma del sexo débil desde tiempos inmemoriales. Se levantó con los ojos empapados en lágrimas, abrazó a su marido y le aseguró que lo amaba y lo respetaba, y que era la persona más cercana a su corazón. Pero Rodolfo no cedió. Las lágrimas y las palabras de Arabella no hicieron mella en él. Habría preferido que su mujer, en vez de llorar, hubiera confesado sus errores, con independencia de que su propia conciencia los considerara inocentes o dignos de crítica.

Se sentía traicionado y humillado ante todos los presentes. De pronto tuvo la sensación de haber recibido un aperitivo de una vida de mentiras y acciones delictivas más allá de cualquier cosa que él se pudiera imaginar. Empujó a Arabella de vuelta a la silla,

que casi volcó, y bramó que su declaración de amor era una patraña y un teatro barato, y que ella era una vulgar prostituta.

Schwarzenberg se interpuso y reprendió al joven príncipe afirmando que se comportaba de un modo infantil y poco adecuado para un aristócrata de una familia orgullosa de su estirpe.

Lleno de desprecio, Rodolfo se abalanzó sobre el príncipe. Le dio varios puñetazos y después le pateó en el abdomen. Aquello pilló a Schwarzenberg completamente por sorpresa. El hombre se dobló y retrocedió tambaleándose hasta la pared, pugnando por recuperar la respiración. Notaba el sabor de la sangre en la boca, tenía la peluca ladeada y en el oído izquierdo notaba un pitido que le desgarraba la cabeza como el ruido de una flauta. Se llevó las manos a la cara y notó que tenía el labio partido. Un sangriento anillo de sello relucía en su dedo meñique. Antes de que alcanzara a recuperar el aliento para exigir un duelo, Rodolfo había desaparecido del palco.

El ambiente en el Burgtheater era opresivo. El enviado del rey inglés, Lord Hickenbottom, se alteró tanto que sufrió una violenta taquicardia, entró en coma y murió a la mañana siguiente. Varias señoras se desmayaron. Todos callaron y se sintieron incómodos. Uno detrás de otro, los espectadores fueron clavando la mirada en el suelo, simulando encontrarse en otro lado. Había un silencio absoluto en el teatro. Un silencio tal que incluso quienes ocupaban el rincón más apartado de la sala se dieron cuenta de que el emperador estaba disgustado y de que, con mano temblorosa, desenvolvía una praliné de chocolate de la pastelería Sacher.

## **EL DECRETO DEL EMPERADOR**

A primera hora de la mañana siguiente, Rodolfo recibió una breve carta, escrita con letra infantil sobre el papel de cartas del príncipe Schwarzenberg, en la que Arabella le comunicaba que daba por acabado su matrimonio.

El primer pensamiento de Rodolfo fue que Arabella quería ser libre para entregarse a sus vicios, a todo lo que él le había impedido hacer durante su estancia en el campo. Abrumado, vio ante sí imágenes insoportablemente concretas de cómo iba a emplear su tiempo libre.

Antes de que alcanzara a sumirse más en aquellos dolorosos pensamientos, llegó otro mensajero, en esta ocasión procedente de Hofburg. El emperador se inmiscuía en el asunto. Rodolfo era llamado a la corte para explicar su comportamiento en el Burgtheater.

—Antiguamente los príncipes jóvenes no eran tan rápidos a la hora de dar una paliza a un distinguido príncipe de mayor edad —constató Su Majestad, antes de preguntar con severidad—: ¿Tiene esta inaceptable actitud algo que ver con tu personalidad, joven Zu Biederstern? Me han comentado varios episodios desagradables.

Rodolfo se lo tomó con absoluta calma, al menos en apariencia. Admitió que su uso de la violencia demostraba falta de cortesía y además sentía haber interrumpido la representación teatral. Pero no sentía ningún arrepentimiento por haber maltratado al príncipe. ¿Por qué habría de sentirlo? Un hombre tiene derecho a defender lo que es suyo. Él amaba a Arabella y el viejo bribón estaba intentando robársela. No había motivos para tener remordimientos o sofocos de conciencia.

—Una pelea por celos —replicó el emperador—, podrías habértela ahorrado. Y los demás también. Te diré una cosa, joven príncipe, las mujeres de Viena son unas hipócritas

y unas cursis. Existen hadas malas que conocen el arte de torturar a los hombres, ni más ni menos. En Budapest es distinto. Allí conocí en mi juventud a una hermosísima condesa húngara. Pero ella era medrosa y reservada, como debe ser una buena cristiana. No como tu esposa. Todo el mundo conoce su pasado. Y en el teatro vi con mis propios ojos cómo se viste. Su escote era una provocación a la decencia. Deberías pedirle a tu madre que le enseñara lo que es el decoro.

De pronto Rodolfo sintió que tenía que vaciar la vejiga. Eso lo puso nervioso. Con la torpeza de un ganso, iba cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro, mientras sus manos empezaban a temblar como si estuviera ebrio. Lo embargó un pánico creciente, que cada vez le costaba más ocultar.

Interrumpió al emperador:

—Su Majestad, perdone que se lo diga, pero da la impresión de no haber amado nunca a nadie. Resulta evidente que no entiende lo que Arabella significa para mí. Y sea usted tan amable de mantener a mi madre al margen de mi matrimonio.

El emperador frunció el ceño y dirigió a Rodolfo una mirada gélida. No estaba acostumbrado a la falta de respeto. Ninguno de sus súbditos le había hablado jamás así. Fernando no podía soportar que el hijo de su difunto amigo le hablara en un tono tan impertinente. Daba igual que el joven fuera pariente suyo.

Medio minuto más tarde, después de que el emperador le ordenara retirarse de inmediato del palacio, Rodolfo se colocó discretamente detrás de una puerta del aledaño Salón Imperial y orinó al mismo tiempo que soltaba una flatulencia con gran potencia. El sorprendido lacayo que había recibido el encargo de escoltarlo hasta la salida de Hofburg tuvo que controlarse para no abalanzarse sobre el joven y descarado príncipe.

El emperador Fernando, un débil melancólico que sufría frecuentes ataques de epilepsia, era incapaz de gobernar Austria. Eso lo sabía todo el mundo. Siempre daba un rodeo para evitar la sala de estrategia donde se decidía el destino del país y las cuestiones políticas le parecían demasiado complicadas. Lo decía con la encantadora sonrisa de alguien que en el fondo no quiere ser un adulto. El país era gobernado por un cuarteto compuesto por los archiduques Luis y Francisco Carlos, el príncipe Metternich y el conde Kolowrat. El emperador pasaba el tiempo rodeado de pompa y lujo, organizando una suntuosa recepción tras otra e intercambiando cotilleos con sus ayudantes.

Los poderosos hombres del grupo gobernante consideraron que aquella era una magnífica ocasión —puesto que los actos de rebeldía empezaban a extenderse por los círculos mundanos, sin miedo a las represalias— para remarcar enérgicamente que el emperador no toleraba acciones que apuntaran a socavar el orden social austríaco. Decidieron que Fernando debía mostrarse como alguien que conservaba los valores morales de los viejos tiempos.

—*Ordnung muss sein* —sentenció el archiduque Luis—. Nadie puede mear en el salón imperial y salir impune.

Después promulgó un decreto que forzó al emperador a firmar: el príncipe Zu Biederstern había caído en desgracia y era expulsado para siempre de la corte. A Rodolfo se le prohibía, además, visitar Viena en los siguientes diez años.

## **UNA FINCA EN DECLIVE**

Los reporteros políticos de los periódicos liberales de la capital llevaron a cabo

cautelosas especulaciones sobre los significados ocultos y las consecuencias a largo plazo de la decisión.

En los salones de Viena se celebraron auténticas orgías del chismorreo. El destino del príncipe Zu Biederstern estaba en boca de todos. A nadie le asombraba la dureza del castigo que había recibido. Todavía había mucha indignación por su incomprensible actuación en el teatro y por el vergonzoso asalto al muy respetado príncipe Schwarzenberg. Hombres de honor, que prometían solemnemente nunca volver a estrechar la mano de Rodolfo, afirmaban que incluso los vagos y los maleantes que podías encontrar en los pueblos hostiles de los Balcanes, eran mejores personas que el joven príncipe. Muchos se alegraban de que aquel loco hubiera sido expulsado de los salones, de que estuviera solo y deshonrado en su miseria. Algunos miembros de la alta sociedad creían que eso acabaría matando a su pobre madre.

La expulsión de Rodolfo de la sociedad de la corte fue difícil de soportar para su familia. Sobre todo para su madre, que por parte materna era una Habsburgo y sobrina del emperador. La vergüenza era profunda y la caída grande, una reputación de siglos había sido arrastrada por el fango.

Una vez de vuelta en el palacio, Rodolfo se encerró en su despacho. Se sentó ante el escritorio para redactar una larga carta para Arabella y explicarle que aunque él no fuera para ella más que uno entre miles de otros, y quizá no el más emocionante, ella era la única para él, aquello en torno a lo que giraba toda su vida. Quería decir que, por una especie de fuerza de atracción mágica, ella había sacado todos los elementos de ternura y calor que habían estado ocultos en el fondo de su corazón y que hasta entonces nadie había sido capaz de invocar. Pero le costaba encontrar las palabras adecuadas. Se pasó mucho rato con la vista clavada en la hoja vacía.

Al cabo de un tiempo empezó a sentir un leve miedo de que Arabella volviera, porque una voz interior le decía que su amor estaba menos estimulado por la propia Arabella que por la ruptura con ella. De pronto recordó que cuanto más tiempo había pasado con su mujer, tanto menos atractiva la había encontrado. Durante su ausencia, en cambio, su imaginación, estimulada por el dolor, generaba un trastornado amor en su corazón.

Algunos días antes de Navidad, la madre de Rodolfo entró en su despacho sin llamar a la puerta. Se lo encontró sentado ante el escritorio, repleto de botellas vacías. Iba a decir algo, pero en su lugar rompió a llorar. Le llevó varios minutos recuperar la calma. Entonces suplicó a su hijo que pidiera perdón a Su Majestad.

Rodolfo se mostró implacable. Explicó sin pudor que se sentía afrentado y que en su opinión el emperador se había inmiscuido en sus asuntos privados. Por eso, sin importarle lo más mínimo las consecuencias, había decidido que dejaría de ser un leal servidor de Fernando, extremo que esa misma noche subrayó en el discurso que pronunció, considerablemente ebrio, ante un grupo de trabajadores asustados y ateridos de frío reunidos en el patio del palacio. Tambaleándose cerró el discurso con las siguientes palabras, casi proféticas: «Los cálidos vientos de la primavera expulsarán del trono al emperador de frío corazón». A continuación ordenó que se repartiera pan y carne al pueblo, y tampoco escatimó en vino.

El furibundo discurso llegó a amplios círculos en Viena. Para los miembros de la aristocracia esto confirmaba que Rodolfo, al romper las convenciones y casarse con una prostituta, se había hundido en la chusma y había perdido la razón. El que además tuviera el descaro de anunciar su deslealtad al trono, era imperdonable. La abierta crítica al

emperador acarreó que se lo considerara un traidor y un paria políticamente peligroso.

Solo y desterrado, sin perspectivas de futuro en el mundo de los salones, Rodolfo vivió al límite de un comportamiento racional alejado de las realidades de la vida. Se pasaba los días durmiendo y las noches en burdeles cada vez más miserables al otro lado de la frontera húngara. Cada noche exigía que le presentaran nuevas prostitutas que debían mitigar su angustia. Siempre estaba buscando a alguien con la oscura personalidad de Arabella, con su cuerpo perfecto, su fuerza de voluntad y su astucia. Pero, quizá porque pagaba por mujeres que en realidad no le resultaban atractivas, nunca encontró a alguien que poseyera su femenina capacidad de seducción o que tuviera los mismos labios sensuales y la misma expresión ambigua en los ojos. Eso no le impedía repartir, en un inconcebible derroche, diamantes y rubíes, piedras preciosas que podrían haber sido la estrella de cualquier colección de museo de primera, a prostitutas a las que los hombres de la aristocracia vienesa no se hubieran rebajado ni a mirar.

Rodolfo iba sin afeitarse, desaliñado y apestaba. Quizá se debiera al vino y el coñac que constantemente corría por sus venas. Además, las tartas de nata con mucho azúcar le gustaban casi tanto como el aguardiente, de modo que había engordado más de treinta kilos y estaba casi irreconocible.

Cuando no se entretenía en los burdeles, se codeaba con contrabandistas y jugadores tramposos perseguidos por los gendarmes húngaros. Rodolfo no entendió lo poco respetables que eran aquellos tipos hasta que perdió la mayor parte de la herencia paterna jugando a las cartas con ellos.

La madre y las hermanas no podían ocultar su repugnancia por el alcoholismo crónico de Rodolfo y por su terrible comportamiento. Cuando le suplicaron que dejara de beber, él las mandó al infierno y bramó que las detestaba por todo lo que se callaban y por su constante cháchara sobre tonterías. A continuación redujo drásticamente la asignación tanto de la madre como de las hermanas.

El arzobispo de Burgenland intentó que se controlara por medio de sus clericales técnicas de persuasión, pero Rodolfo se rió envalentonado y confesó alegremente que el último recuerdo que le había dejado Arabella era la sífilis.

Descuidó por completo su responsabilidad como señor del palacio. La finca estaba transformada, casi abandonada. Pero nadie se atrevía a criticarlo. Tenía el poder absoluto, decidía sobre todo y su voluntad era la ley de todos. A todo el mundo le parecía natural. A pesar de que estaba físicamente deteriorado, muy alcoholizado y carecía de dinero, como príncipe irradiaba riqueza y poder. A la menor señal suya, todo el mundo se veía forzado a obedecer y a mostrarse sumiso y servicial. La gente de la finca había heredado ese resorte de generaciones de siervos.

## **VIENTOS DE CAMBIO**

En marzo de 1848, la inquietud se propagó por la sociedad. El aire estaba lleno de movimiento y de fuerzas rebeldes. Una nueva época estaba a punto de ver la luz, la era moderna de la lucha de clases. El pueblo de Viena se levantaba y se manifestaba. Un día eran los burgueses y al siguiente, los revolucionarios. Los adoquines volaban por el aire. Los cristales se rompían en mil pedazos. Los lugares públicos quedaban arrasados. La sangre corría por las calles. Las masas aparecían arrolladoramente, presionaban y hacían reivindicaciones. En medio de un enorme caos, el pueblo intentaba mejorar su suerte. La

furia se dirigía contra el orden mundial vigente. El poder empezaba a tambalearse.

Las escenas de las calles de Viena se repetían por todas partes. Una ciudad tras otra se iba prendiendo con una misteriosa ascua. Europa estaba en llamas. La misma rebelión contra la clase dominante tenía lugar en París, Múnich, Milán y Budapest. El avance de las masas sólo se podía parar con violencia militar.

A pesar de que Biederhof sólo estaba a cuarenta kilómetros de Viena, reinaba allí una extraña calma. Sin duda el eco de las turbulencias políticas llegaba al palacio de la familia Zu Biederstern y los trabajadores de la finca tenían claro que las reivindicaciones de reformas de la capital eran arrolladoras y que las contradicciones entre las clases crecían. Pero nunca mostraron interés por los detalles y no dedicaron tiempo a comprender las señales del futuro. Soliviantarse por cosas que tenían lugar tan lejos de allí, por la política, era como discutir sobre si primero fue el huevo o la gallina.

El emperador Fernando encontraba extremadamente incómoda la revolución. La postura cada vez más ladeada de su cuerpo indicaba su creciente angustia. Los informes sobre las turbulencias en el país le provocaban dolores de cabeza. Sufría a menudo fuertes ataques de epilepsia. Al final la situación se le hizo insoportable. Un día oscuro y desolador, tras recibir la noticia de que unos alborotadores habían roto un par de cristales en el palacio de Schönbrunn, huyó precipitadamente de Viena a una pequeña ciudad bucólica a orillas del río Morava, en la parte norte de Mähren.

Para que la huida no se interpretara como una capitulación de emperador ante las masas rebeldes, Fernando abdicó y, sin consultar a quienes realmente ocupaban el poder en el país, pidió a su sobrino de dieciocho años que lo sucediera. Seguido por miradas de escepticismo, Francisco José subió al trono en una situación política extremadamente delicada.

Influyentes nobles conservadores pensaron que el nuevo regente de los Habsburgo era un ignorante y novato peso ligero. No lo creían capaz de aplastar la rebelión y gobernar el país. Incluso algunos de los criados más viejos y leales de la corte consideraron una desgracia que Francisco José fuera el nuevo emperador.

Pero a principios de verano Francisco José inició una campaña militar contra los súbditos rebeldes de su extenso imperio, sin dejarse inhibir por la compasión cristiana.

Especialmente duras fueron las batallas en la rebelde Hungría, adonde el emperador envió al general croata Josip Jelacic con un ejército de cuarenta mil hombres que le habían jurado lealtad. Los croatas habían vivido bajo el yugo húngaro durante setecientos cincuenta años. Odiaban a los magiares que querían imponer a sus vecinos su lengua y su cultura. Por primera vez, los hijos de Croacia experimentaron brillantes triunfos. La sangre corrió a raudales, los campos se llenaron de cadáveres y todo lo que se interponía en el camino de los croatas quedaba arrasado: casas, puentes, granjas y sistemas de riego.

Un año más tarde se había reinstaurado el orden. El emperador había demostrado su fuerza e incrementado el prestigio de la corona. En todo el país reinaba la paz y la calma.

## **EL ENTIERRO**

Poco se sabe del destino de Arabella después de la noche en el Burgtheater. La relación con Schwarzenberg duró algunos meses. Cuando ya no pudo seguir ocultando que estaba embarazada, la pusieron de patitas en la calle. Dejó a la niña que dio a luz en manos de su hermano mayor. Después vivió una breve temporada con un viejo barón que tenía

fama de ser un sádico y un maltratador de mujeres. A partir de entonces cambió las relaciones fijas por las esporádicas. De nuevo una generación de hombres, aunque esta vez de un tipo menos mundano, tuvo la oportunidad de vaciar su semen en ella a cambio de dinero.

El esplendor de Arabella sólo duró lo que duró el brillo de su melena negra y la tersura de su piel. Después cayó en picado y acabó en los callejones de Viena.

Un día de primavera, una semana antes de que cumpliera veintisiete años, murió de septicemia. Se decía que una mujer mayor, que carecía de destreza en el ámbito de la medicina, le había practicado un aborto. El rumor no sorprendió a nadie.

Siguiendo sus propios deseos, la enterraron con su vestido de boda, en un cementerio para pobres a las afueras de la capital. Las únicas que acudieron fueron dos de sus antiguas compañeras del Salon Rouge y una vieja perturbada que no la conocía, pero que solía apuntarse a todos los entierros. Fue una suerte que acudieran las ya algo mayores prostitutas, porque el cura no quiso pronunciar un sermón cuando la iban a dejar en tierra. Para convencerlo, la más joven de las mujeres se ofreció a hacerle una felación. Entonces el cura cedió y alabó con entusiasmo a la última princesa Zu Biederstern por su virtud.

## **EL PUNTO DE INFLEXIÓN**

Un inconsolable pesar se apoderó del alma de Rodolfo cuando recibió la noticia de la muerte de Arabella. Los días en Biederhof eran lúgubres. El señor del palacio se fue sumiendo en la melancolía. Había perdido el deseo por las prostitutas húngaras y ya no tenía dinero para jugar a las cartas. Nunca salía, se quedaba solo en su sillón, pálido como un muerto, mirando al vacío o sumido en profundas conversaciones con un gato, la única criatura del mundo por la que sentía cierto afecto.

La familia se preocupaba por su salud. Algo andaba mal. Rodolfo estaba enfermo, se sabía. Pero nadie en el palacio —salvo el viejo criado de confianza de Bohemia, Bohumil, que veinticinco años antes había acompañado al joven señor al famoso internado del capitán Von Knapp en Fürstenbrunn, a las afueras de Salzburgo— sabía que había recurrido al opio para aliviar su atormentada alma. Pero ya no podía disfrutar de la felicidad que provocaba el opio, porque el abuso había minado rápidamente su ya frágil salud.

Frente a las puertas del palacio, los acreedores se reunían como lobos hambrientos. Todo el mundo en la finca se preguntaba cuánto tiempo más podría vivir el príncipe. La madre tenía el terrible presentimiento de que se acercaba el fin de la historia familiar.

Una noche lluviosa, Rodolfo se incorporó en la cama, miró a su alrededor y se preguntó si habría empezado a amanecer. El cielo estaba incandescente y a lo lejos se oían gritos. Al principio no entendió nada y se preguntó qué pasaba. Se vistió y salió al balcón. Un rayo había caído en Biedersingen y la serrería estaba en llamas. Cuando llegó al lugar, todo era irrecuperable. Donde había habido viviendas y casas, sólo se distinguían las chimeneas, por todas partes salía humo de los rescoldos. Sólo quedaban ruinas de la serrería.

Tras el gran incendio del otoño de 1856, Rodolfo cambió. Fue inexplicable. Pero en toda vida humana llega siempre un punto en el que se puede volver a empezar. Rodolfo llegó a ese punto al subirse a la torre más alta del palacio. Miró el paisaje que lo rodeaba y todo lo que los siglos habían dado a su estirpe. Hacía buen tiempo. Vio campos, árboles y suaves colinas. Vio un rincón de Austria que le pertenecía. Vio el palacio, que había



heredado de su padre y su abuelo, y de los padres y los abuelos de éstos durante siglos y generaciones. Vio los campos y los bosques en cuyo centro se encontraba Biederhof, como un joyero.

Rodolfo creció en un mundo en el que se podía creer que el dinero no existía. Nunca aprendió a entender los misteriosos caminos por los que las ganancias obtenidas con los bosques pasaban a ser nuevas planchas de pizarra para el tejado del palacio o fiestas para los primos de la corte de Viena. Sólo cuando no fue capaz de pagar el sueldo de sus cocheros, criados, cocineros, jardineros y trabajadores forestales —porque nadie le concedía crédito— se percató de que estaba al borde del abismo. Comprendió que aquello que había pertenecido desde tiempos inmemoriales a la familia Biederstern, y que personificaba el apellido familiar, se le escapaba de las manos. Perder todo aquello era herir y finalmente matar los espíritus de sus antepasados.

Sintió un entumecimiento en la zona del corazón, una mezcla vertiginosa entre miedo y dolor de un tipo que nunca había experimentado. Rompió a llorar y las lágrimas cayeron por sus mejillas. En ese momento llegó el punto de inflexión. El hada buena de la certeza había detenido el círculo vicioso en torno a Rodolfo.

A la mañana siguiente se levantó antes del amanecer para discutir las labores de reconstrucción de la serrería. Él y el capataz trazaron planos e hicieron cálculos. No retornó al palacio hasta el atardecer. Su implicación sorprendió a todo el mundo. Al enterarse de la noticia, la madre empalideció, dio gracias al Todopoderoso y lloró de felicidad en su habitación.

Pasaron los meses. Un día en el que hacía muchísimo frío y el paisaje estaba cubierto de nieve, los trabajadores tuvieron que interrumpir la labor de reconstrucción porque se arriesgaban a morir congelados. Tenían los dedos entumecidos de frío. Entonces se ordenó a todos los habitantes de la finca que entraran en el palacio. Se calentó vino en la chimenea y, antes de servirlo, se le añadieron especias. Rodolfo anunció a los asombrados presentes que, para salvar la finca de las codiciosas manos de los acreedores, había contratado a un administrador. Dijo que éste llegaría de Ratisbona al día siguiente y explicó que había salvado brillantemente a su primo, el conde Luis Thurn y Taxis, que durante mucho tiempo había practicado el arte de la pereza y había acabado en un precipicio económico. Al final subrayó que todos tenían la obligación de obedecer en todo al administrador. La gente de la finca sintió cierto alivio y aguardó confiadamente al día siguiente. Sin embargo, la elección del administrador causó gran sorpresa en Biederhof.

## **9. El ministro de Finanzas**

## FRAUDE

Una vez más me siento aturdido por el modo en que el revoltijo de acontecimientos de un tiempo perdido ha influido sobre mi vida. El hijo de un rabino de León que se encontró con Moisés, un médico de Granada sin escrúpulos que envenenó a su soberano, un judío errante que burló a la muerte durante trescientos cincuenta años, un filósofo de Ámsterdam que padecía paranoia, un abogado parisino amante de los libros, su hija, tan ávida de saber, y sus dos extraños hijos..., quizá estas personas del pasado, que mi tío abuelo logró recrear para nosotros en la infancia con sus estimulantes relatos, me han marcado más que mis propios padres, que siempre me parecieron distantes e inalcanzables.

¿Cómo habría sido mi vida si Jakob Spinoza no hubiera aceptado el cargo de administrador de la finca del exhausto príncipe Zu Biederstern y no hubiera asumido la misión de salvarlo de la ruina?

Lo más probable es que su hijo Bernhard se hubiera casado con otra mujer y entonces no habríamos nacido ni el abuelo ni mi padre ni yo.

Aunque, pensándolo mejor, no creo que a nadie le sea concedida la gracia de permanecer eternamente en la beatitud celestial, sin nunca nacer. Así que lo más probable es que hubiera llegado al mundo en otra figura y no hubiera sido quien soy.

¿Habría sido más feliz?

Nunca lo sabré y no me importa confesar mi gratitud por ello. Porque sería muy amargo comprender, a un mes de que caiga el telón final, que esta vida mía que, en mayor o menor medida, se ha regido por casualidades y en la que he sufrido todo tipo de tormentos, ya desde el primer instante podría haber sido completamente distinta y haberme proporcionado placeres y alegrías terrenales.

Chiara llegó a la Place de Grève al amanecer para asegurarse un lugar cercano al cadalso. Permaneció horas y horas esperando imperturbable bajo la lluvia.

Lo que iba a suceder aquella mañana habría desanimado y sumido en lágrimas a cualquiera, pero no a Chiara. Ella no entendía de lágrimas. Llorar era incompatible con su personalidad. En su opinión, una mujer jamás debía derramar una lágrima.

Para que Nicolas la distinguiera entre la gris muchedumbre, se había puesto el vestido de novia, blanco como la nieve. De este modo quería también mostrar a su marido que la vida estaba de su lado e infundirle valor.

No veía motivos para soñar con un milagro o una intervención divina, estaba convencida de que, en el último minuto, Robespierre salvaría a Nicolas de la guillotina. Pensaba que seguían siendo «inseparables» a pesar de lo mucho que había crecido el desacuerdo entre ellos y por eso le daba la espalda a sus inquietudes. Sin embargo, no era su confianza en aquella amistad lo que le impidió arrojarse a los pies de Maximilien para suplicarle que salvara la vida de Nicolas —tal como le recomendaban hacer algunos de sus seres más queridos—, sino su firme convicción de que una mujer que mendigaba, perdía la dignidad y no merecía compasión.

Robespierre, siempre tan provocador, no soportaba las quejas y menos aún las críticas. Era arrogante y despiadado, sólo sentía desprecio hacia las personas y estaba firmemente decidido a llevar a la práctica sus altisonantes declamaciones revolucionarias y crear un nuevo mundo. A esas alturas, ya todo el mundo lo sabía. Muchos empezaban a comprender también que el espíritu de la libertad, que había embriagado a gran parte del

pueblo francés, estaba ya en retroceso. Pero para Chiara, a pesar de conocer la soberbia y la brutalidad de Robespierre, era impensable que éste fuera a dejar que Nicolas pagara con su cabeza sólo por haber señalado públicamente el rápido retroceso de los terrenos conquistados por la revolución: igualdad, fraternidad, democracia y derechos humanos.

A las once en punto, en el mismo momento en que dejó de llover y el sol asomó por detrás de las oscuras nubes, los tambores empezaron a redoblar en la plaza de la República para indicar que el preso ya había salido de la Conciergerie. A los pocos minutos llegó el carro con Nicolas. La ruidosa muchedumbre estaba agolpada, eran muchos los que habían acudido a presenciar el sangriento espectáculo como si fuera la primera ejecución pública en París. Se oían silbidos e improperios, e incluso había quien levantaba el puño en un gesto hostil.

Con la cabeza muy erguida y paso lento, Nicolas avanzó hacia el cadalso al compás de los tambores. Llevaba las manos atadas a la espalda, a la vez como medida de seguridad y recordatorio de que era un criminal sentenciado por el tribunal del pueblo. Nicolas parecía seguro y sin miedo. Allí estaba él, solo contra el resto del mundo. Tras rebelarse contra la tiranía de Robespierre, no podía esperar clemencia. La dignidad que irradiaba despertó la admiración incluso de sus peores detractores.

Cuando Chiara y Nicolas cruzaron las miradas, ella se puso espontáneamente de puntillas y con los labios le declaró su amor. Él sonrió y le lanzó un beso.

De pronto se oyó el redoblar de los tambores. Nicolas se volvió hacia Maximilien, que permanecía pálido e indiferente, aunque resultaba evidente que el inmenso poder que acompañaba la posición de Robespierre como dictador absoluto de Francia, no podía paliar el cansancio crónico que padecía, causado por las incontables noches de insomnio. Pero al líder de los jacobinos le quedaban energías para entregarse a lo único que hasta cierto punto podía animarlo y hacerle olvidar el cansancio: el ajusticiamiento de sus enemigos en nombre de los elevados ideales de la revolución.

Nicolas lo saludó con una inclinación de cabeza y dijo en un tono amistoso: «Maximilien, tú serás el próximo en poner aquí tu grueso cuello. Hasta la vista».

A continuación se arrodilló y colocó la cabeza bajo la guillotina. La nuca quedó al descubierto y se vio el cuello y la columna que desaparecía bajo la camisa blanca.

La muchedumbre enmudeció. El verdugo se quedó parado, como si esperara que en el último segundo se indultara al ideólogo de la Revolución. Las manos de Chiara empezaron a temblar. Se mareó. Una fuerza invisible le agarró el cuello y le oprimió el pecho, casi no podía respirar. Robespierre se levantó y bramó al verdugo que se pusiera manos a la obra. No mostrarían piedad con aquel que había conspirado contra la Revolución. La cuchilla cayó de golpe y se desató el júbilo.

Chiara permaneció inmóvil mucho tiempo después de que el público abandonara la plaza.

## **UNA PRIMERA NOVELA**

Veintiocho años después, cuando Chiara se enteró de que Napoleón había acabado sus días desterrado en Santa Helena, intentó explicar pacientemente a su nieto Jakob las razones por las que la Revolución, en nombre de la libertad y la igualdad, había acabado con el país gobernado por un emperador absolutista. Pero no tardó en comprender que la tarea superaba sus fuerzas.

¿Cómo explicar que un pueblo que quería acabar para siempre con el *Ancien Régime*, el viejo régimen despótico, empezara a seguir a un capitán corso que, el 13 vendimiario (el 4 de octubre de 1795), abrió fuego contra la multitud congregada en las escaleras de la iglesia de Saint Roche, en París, matando a más de trescientos monárquicos, para a continuación prometer una nueva edad de oro a Francia? ¿Y qué responder a la pregunta de por qué no podía hacerse la Revolución sin terror y espanto, sin amontonar decenas de miles de cadáveres en calles y plazas? ¿Cómo se entiende que el proceso de liberación se transformara en una ola de terror? Y, ante todo, ¿cómo explicar que la Historia siempre requiera un baño de sangre y que nosotros los humanos nunca aprendamos de los errores del pasado y permitamos que la hidra de la violencia alumbre constantemente nuevas cabezas que escupen veneno?

Nadie, ni siquiera mi tío abuelo, sabe cómo sobrevivió Chiara con sus dos hijos los primeros tiempos después de la ejecución de Nicolas. En las memorias que escribió al final de su vida, *Souvenirs* (Recuerdos), fue muy reservada al respecto.

Allí cuenta, en cambio, con mucho realismo y una buena dosis de ironía consigo misma, que dudó mucho antes de decidirse a plasmar sus experiencias de los años de la Revolución, sobre todo porque pensaba que carecía de la distancia precisa. Para colmo tuvo considerables problemas para encontrar el giro correcto. Al principio pensó ser objetiva y no dejar que la exposición se tiñera de su dolor ni su temperamento. Por eso escogió la forma de ensayo. La fría recepción de sus amigos de aquellas tentativas, que a su juicio carecían de dinamismo y no palpitaban vida, no la disuadió de escribir. Al contrario. Comprendió que su primer intento no era más que un ingenuo autoengaño y que tenía que relatar los sucesos de un modo personal y atreverse a abandonar la forma de expresión artística generalmente considerada correcta para el sexo débil.

Las mujeres de principios del siglo XIX tenían que escribir de un modo femenino y no causar quebraderos de cabeza a los lectores. Debían tejer hacendosamente una trama de existencias usando como modelo la inquietud del corazón y la sacrificada abnegación. Las autoras debían ser discretas y abnegadas, además de estar siempre dispuestas a sacrificarse altruistamente por los demás, de modo que acababan reducidas a baluartes de verdades indiscutibles como el Amor y la Misericordia.

A causa de su insaciable necesidad de expresar su propia verdad sobre la Revolución, Chiara rehuyó la vacía retórica de las escritoras de su tiempo. Ella quería enfrentar la escritura con la realidad. Agitar la conciencia de sus contemporáneos pinchando los globos de sus certezas. Rebajar las ilusiones sobre la heroica Revolución al nivel del sano entendimiento común y el pensamiento austero. Crear un huracán que barriera la mentira que campaba a sus anchas por todas partes.

Publicó la novela con su nombre de soltera, Chiara Luzzatto, en 1804, en Éditions du Agorah de Estrasburgo, con el título de *Chronos dévorant un de ses enfants* (El tiempo devora a uno de sus hijos). Fue el primer relato en su género del tiempo de las matanzas de París, resonó como un cañón y se propagó rápidamente por toda Europa. Chiara recibió halagos por sus extraordinarios méritos artísticos, ante todo por su uso del lenguaje. El marqués de Sade, que se había opuesto políticamente a la pena de muerte de los jacobinos y a duras penas había evitado la guillotina, dijo que desde La Rochefoucauld no se había visto un francés tan claro y limpio.

**PROPIEDAD PÚBLICA**

Heindrich zu Biederstern, que nunca perdía ocasión de criticar al líder de la Revolución Francesa, cuyas ideas le hacían estremecerse de horror y espanto, fue uno de los más devotos admiradores de la novela. La consideraba una obra maestra que en ciertos pasajes rozaba la genialidad (sobre todo cuando describía las penurias de la nobleza bajo los abusos de la plebe), y que siempre mantenía una altura mundial. Pensaba que Chiara Luzzatto podía medirse con los mejores autores masculinos. El príncipe estaba tan entusiasmado que financió la traducción al alemán y no ocultaba que la novela había profundizado su conciencia política. Afirmaba que aquel relato había logrado que la verdad sobre la barbarie de la Revolución Francesa pasara a ser propiedad pública.

Durante el congreso de Viena de 1814 —cuando los más destacados regentes de Europa discutieron cómo debía la aristocracia recuperar el poder que había ostentado antes de la Revolución Francesa—, Heindrich realizó una intervención que cosechó un atronador aplauso. Su extenso discurso adoptaba la forma de un ataque a los ideales de la Ilustración, que a su juicio habían debilitado los pilares del ejercicio de poder de los nobles. El príncipe criticó duramente a Nicolas Spinoza por haber encendido la furia del pueblo con sus escritos y al líder de los jacobinos, Maximilien Robespierre, por el régimen de terror que había instaurado. Hasta en cuatro ocasiones citó pasajes de la novela de Chiara que ilustraban las atrocidades de la Revolución, sin imaginarse que la autora había sido esposa de Nicolas y una de las personas que, el 20 de enero de 1793, había votado a favor de la decapitación del rey.

Varios de los artistas contemporáneos se vieron fuertemente influenciados por el libro con el que Chiara debutó y se dejaron inspirar por él. El más destacado de ellos fue el español Francisco de Goya.

Corría el año 1819. Decepcionado por la actitud cada vez más antiliberal de la monarquía española y temiendo caer él mismo en desgracia, el pintor había abandonado Madrid y vivía aislado en una casa recién comprada, situada en un bucólico paisaje de Castilla. Acababa de cumplir setenta y tres años. A pesar de que muchos aristócratas le suplicaban que los retratara, no aceptaba nuevos encargos. Medio sordo como estaba, con la memoria vacilante y un carácter siempre difícil, prefería la soledad entre sus lienzos, sus pinceles y sus oscuros colores al óleo. Rara vez abandonaba su taller, donde reinaba un inconcebible caos de lienzos y marcos apilados en montones desordenados, y todo tipo de materiales tirados por el suelo. Nunca le contó a nadie cómo pasaba sus días y sus noches. Su mujer sólo sabía que ya apenas dormía. Una cocinera le llevaba comida por la mañana y por la noche, siempre con una botella de sabroso Rioja. A todas horas llevaba puestos unos amplios pantalones negros y una camisa blanca sin mangas, ambos de algodón egipcio de la mejor calidad. Así se vestía incluso en invierno. Nunca tenía frío. El Rioja que corría por sus venas lo mantenía en calor.

Goya recibió la novela de Chiara como regalo de cumpleaños de su amante, una mujer cuarenta años más joven que él. Todavía solía dormir con él cada quince días, pero ya apenas intercambiaban una palabra. Por eso se sorprendió cuando ella le dio el libro y lo animó a leerlo. A continuación se fue sin decir adiós y Goya comprendió de inmediato que lo había abandonado y que nunca regresaría. Se quedó un rato con el libro en la mano, rodeado de un elocuente silencio.

Para su propia sorpresa, el pintor sintió curiosidad. Nunca había sido un gran lector de novelas. Aunque por el *Don Quijote* de Cervantes habría dado su vida, todas las demás

novelas le parecían majaderías escritas por bribones que pretendían ascender en el mundo y por eso, en su opinión, no merecía la pena profundizar en ellas. El libro de Chiara era distinto. Había sido el regalo de despedida de su amante después de muchos años de relación. Quiso saber lo que contenía.

Goya abrió la novela al azar y empezó a leerla, no sin bostezos, hasta que llegó al pasaje en el que el frío líder de la Revolución envía a su mejor amigo a la guillotina. Con una siniestra riqueza de detalles, se describe aquí cómo la cabeza del condenado se separa del cuerpo y cae en un cesto de ropa sucia mientras su mujer, ataviada con su vestido de novia, se encuentra a pocos metros de él, esperando hasta el último instante que su amigo lo indulte. El episodio está cargado de un terror oprimente, una intensa repulsión y una resignación infinita, y causó una honda impresión en Goya. El artista siguió leyendo fascinado hasta que, dieciocho horas más tarde, acabó la extensa novela. Estaba conmocionado. Durante tres días no fue capaz de comer, beber o dormir. Miraba al vacío y lo atormentaban malvadas visiones. Veía cabezas degolladas que salpicaban sangre. Al cuarto día, inesperadamente, empezó a sentir euforia. Cogió el más ancho de sus pinceles y una lata de pintura al óleo negra. Buscó con la mirada un lienzo lo bastante grande y, como no encontró ninguno, se dirigió con paso rápido al comedor y empezó a pintar sobre la pared enalada. Fue el comienzo del periodo negro de su arte.

La obra acabada representa un monstruo gigante que acaba de arrancar con la boca la cabeza del cuerpo de un varón desnudo que sostiene en las manos. Goya lo tituló en honor a la novela de Chiara, que él —pese a la intensa descripción de la impotencia humana— no consideraba deprimente, sino liberadora y purificadora. Para señalar que el fresco era su propia interpretación de la Revolución Francesa, empleó el nombre romano, Saturno, en vez del griego Chronos, que designa el tiempo. *Saturno devorando a su hijo* es una de las mayores obras del artista.

## **EL CAMINO A FRANKFURT**

Su primera novela fue la causa directa de que Amschel Rothschild entrara en la vida de Chiara. Ésta viajó a Friburgo por invitación de la princesa Karen von Hohenzollern, que reunía periódicamente en su casa a personas cultas para discutir las cuestiones contemporáneas. Chiara se sentía orgullosa. Orgullosa de ser escritora y orgullosa de que el libro hubiera despertado interés en el extranjero.

Era la primera vez que la invitaban a decir unas palabras en público sobre el libro, pero aun así no estaba nerviosa y no mostró ningún pudor al codearse con las mundanas personas del salón. Estaba rodeada por un puñado de amables princesas y baronesas con gran curiosidad que, para su sorpresa, habían leído el libro. Entre las reunidas descubrió a un hombre muy elegante que la miraba descaradamente. Chiara se sentía estimulada por aquel ambiente aristocrático y sobre todo por la inusual situación de ser el centro de atención de un evento refinado.

En sus memorias describe aquella noche como si, después de haber recorrido un oscuro túnel, por fin hubiera salido a la resplandeciente luz del día.

Chiara habló largo y tendido sobre el trasfondo de la novela, sobre el destino de Nicolas y sobre cómo eso había determinado su visión de la vida. No intentó ocultar que todo artista tiene siempre una herida secreta. Cuando notó que el ambiente se estaba cargando y que un par de las mujeres tenían lágrimas en los ojos, resumió el discurso

explicando que, a pesar de las contrariedades y las derrotas, veía la vida como una fiesta. La concurrencia aplaudió entusiasmada.

Cuando volvió a hacerse el silencio, un hombre se levantó para plantearle una pregunta. Se trataba del mismo caballero en el que se había fijado antes y que había seguido estudiándola incesantemente, aunque con discreción, mientras ella pronunciaba su conferencia. El hombre quería saber cuál era, en su opinión, la principal cualidad de un escritor.

Chiara respondió: «Saber ver las semejanzas entre todas las personas y también sus diferencias».

Esa misma noche la princesa le presentó a aquel hombre, Amschel Rothschild, que había acudido desde Frankfurt sólo para conocer a la autora. Resultó ser un exquisito conversador, un hombre agudo y culto que, a través de su cortesía, dejaba traslucir un tono cálido, desvergonzado y sensual, que sin embargo no resultaba avasallador. Había en general algo llamativamente cordial en él, una bondad natural, que impresionó a Chiara.

Se sorprendió cuando él, en medio de una frase, le preguntó si podían volver a verse. Chiara casi se sonrojó, pero su habitual reserva hacia los hombres estaba esa noche algo debilitada por el vino que había tomado, así que respondió que sí.

A la mañana siguiente Chiara y Amschel Rothschild dieron un paseo por el parque inglés de la ciudad. Hablaron de la escritura y la muerte, del amor y la soledad; aunque no del modo superficial en que conversan dos conocidos, sino con un entusiasmo y una franqueza que los asombró a ambos. Amschel reconoció sin ambages que estaba casado, pero dijo no considerarlo un obstáculo para poder entablar una amistad basada en el respeto mutuo. Chiara comprendió que se trataba de una persona noble con una abierta sed vital y un punto de vista original de las cosas, y aceptó iniciar una correspondencia con él.

Con cuánta frecuencia se vieron, qué pasó entre ellos cuando Chiara se entregó a Amschel después de que él la conquistara con su fogosidad y cómo expresó él su agradecimiento por aquel regalo, mi tío abuelo no lo sabía. O quizá simplemente quería ahorrarnos a Sasha y a mí los detalles de su relación amorosa, en consideración a nuestra tierna edad. Sí nos contó, en cambio, que al poco tiempo Amschel pidió a Chiara —aunque ésta no era el prototipo de amante que frecuentaban los caballeros de la burguesía de aquella época— que se mudara a su ciudad natal, Frankfurt.

Ella no cedió hasta trescientas cincuenta cartas más tarde. A veces se preguntaba qué vería en él y la respuesta era siempre la misma: Amschel conseguía que todo resultara emocionante e intensificaba los colores de la existencia, le transmitía un sentimiento de esperanza, de crecimiento y de posibilidades. Chiara sabía que su futuro estaba cerca de él.

Precisó cierta delicadeza para comunicar los planes de mudanza a sus hijos Gérard y Guido. Chiara lo presentó todo como una emocionante ruptura con su vida habitual y se recreó en la descripción del bello hogar que los esperaba. Logró despertar el interés de Guido cuando le habló del joven físico Johann Friedrich Benzenberg, que había fundado un observatorio astronómico en Frankfurt gracias al apoyo de la banca Rothschild. Pero Gérard, que era el mayor, la miró con desconfianza y siguió dudando hasta que su madre le habló de los buenos colegios a los que podría ir, dado que Amschel, con su magnanimidad, le había prometido pagar los costes de su formación. Chiara había previsto que esto sería lo que atrajera a Gérard, un chico empeñado en adquirir una sólida formación de abogado, aunque ella no tenía dinero para enviar a sus hijos a los mejores colegios.

Chiara tenía la sensación de que Amschel, con sus energías, desanimaba más a su mujer de lo que la estimulaba y de que nunca la llevaba a los sitios que habían visitado ellos



dos. Pero en realidad no conocía a Angela y no tenía ni idea de lo que ella exigía, quizá recibiera lo que necesitaba.

Amschel explicó a Chiara que su esposa era en realidad su prima y que no se habían casado por amor, sino por acuerdo, le aseguró que Angela no tenía inconveniente alguno en que ella y los chicos se mudaran a su espaciosa casa en vez de vivir en un piso separado y afirmó incluso que ella se alegraba de que él y su amiga, en intensa unión, pudieran gozar en libertad del amor. A pesar de todo, Chiara sentía cierta inquietud, que resultó no estar fundamentada.

Angela era algunos años mayor que Amschel. Tenía la peculiaridad, en los círculos mundanos, de hablar en voz alta y entablar conversación con personas completamente desconocidas. Había algo liberadoramente fácil y relajado en su modo de ser, capaz de ablandar hasta los corazones más atormentados. Le gustaban mucho los niños y durante años debió de pensar constantemente en eso, pero no podía tenerlos. Quizá por eso estaba tan entusiasmada con la idea de que unos chicos se mudaran a la casa, y el hecho de que fueran dos, doblaba su felicidad. Dedicaba todas las tardes a enseñarles alemán y, al cabo de un par de semanas, ya abrazaba a Gérard y Guido con el amor de una madre, como si fueran sus propios hijos.

Angela estaba agradecida de que Chiara y los chicos hubieran entrado en su vida. Sabía perfectamente lo solo que uno podía llegar a sentirse en aquella gran casa. También por eso consintió que su marido, ella misma y Chiara —a la que consideraba una hermana y no una rival— durmieran en la misma cama.

Mi tío abuelo insinuó una vez que Chiara, Amschel y Angela estaban unidos por el lazo del amor, no sólo en la vida, sino también en la muerte. De hecho descansaron en la misma tumba.

## **CHIARA**

La casa de los Rothschild era enorme, tenía incontables salones, dormitorios y rincones secretos, y, para el gusto de Chiara, estaba amueblada con demasiada rigidez. Ella aborrecía los enormes óleos con gruesos marcos dorados que colgaban de las paredes de toda la vivienda. Todos representaban los más hermosos paisajes de los Alpes: poderosas cadenas de montañas, picos cubiertos de nieve, valles frondosos y dramáticas nubes entre las que asomaba el sol. Con un poco de imaginación se podía oír el mugido de las reses suizas en aquellos lienzos. Los cuadros, que a juicio de Chiara carecían de interés artístico y de un significado más profundo, la deprimían. Ni con su mejor voluntad era capaz de comprender qué había impulsado a Amschel, un hombre que buscaba la originalidad en todos los contextos, a comprarlos y colgarlos de las paredes. Pero él le explicó que los cuadros eran una herencia de su padre, el fundador del banco familiar, que durante toda su vida había intentado distanciarse de todo lo que le recordara sus orígenes en el angosto Judengasse, el gueto en el que los judíos de Frankfurt permanecían encerrados desde el anochecer hasta el amanecer, además de los domingos y los días festivos cristianos.

A nadie de su entorno se le escapaba que Chiara no estaba a gusto en Frankfurt. Por sus estrechos labios salían sin cesar punzantes comentarios sobre su nueva ciudad. Encontraba constantemente algo de lo que quejarse: todos los alemanes eran rígidos y formales y le hacían sentir que no pertenecía a ningún sitio, la ciudad era gris y fea y pasaba frío todo el rato porque el invierno daba la impresión de no querer acabarse nunca.

El sol no empezaba a calentar en serio hasta julio, mientras que en Roma, una ciudad bañada pronto por una luz primaveral tan clara como un diamante, ya calentaba en abril.

Hablaba a menudo de su ciudad natal, donde las personas eran más cálidas, las calles más hermosas y el aire más saludable. La vida en Roma era más sana que en ningún otro sitio, afirmaba con tal autoridad que nadie se atrevía a llevarle la contraria. Sin embargo, mucha gente se reía a sus espaldas cuando sostenía muy seria que si tirabas una brizna de paja al Meno, ésta se hundía de inmediato, mientras que en las azules aguas del Tíber flotaba incluso el plomo.

Chiara no le reveló a nadie por qué no había vuelto nunca a Roma desde que, en 1788, se casó con Nicolas Spinoza y se mudó a París. Aquello era un misterio para todo el mundo, sobre todo por la frecuencia con la que expresaba lo mucho que echaba de menos a sus dos hermanas.

Las chicas siempre habían tenido una relación muy estrecha. Chiara había sido como una madre para sus hermanas menores, puesto que habían perdido a la suya siendo bastante pequeñas y el padre era incapaz de hacerse cargo de ellas. Esto no se debía tanto a que careciera de talentos prácticos, sino más bien a que seguía las huellas de su amado padre, el rabino Moses Chaim Luzzatto, y lo invitaban constantemente por toda la Península Apenina para discutir cuestiones del Talmud.

## **UNA SENSACIÓN CELESTIAL**

Hotel Quellenhof en Bad Ragaz. Los cañones de Napoleón tronaban en Prusia, Austria y Polonia, pero en Grisonia, el cantón más oriental de Suiza, todo seguía como siempre y la guerra parecía quedar muy lejos. Amschel Rothschild solía pasar las navidades en este pequeño balneario donde podía tratarse el reumatismo en un lugar alejado del mundanal ruido y unos experimentados médicos devolvían la elasticidad a sus castigadas articulaciones. En diciembre de 1808, viajó allí por primera vez con Chiara y sus hijos.

En el vestíbulo del hotel, Amschel se encontró con un conocido de Berlín, Anton von Wiedersack, un tipo seco y pequeño que ocultaba su soberbia y su codiciosa alma de aristócrata prusiano tras unas gafas oscuras e impecables corbatas. Los caballeros intercambiaron unas frases de cortesía y algunos comentarios generales sobre los sombríos tiempos que corrían, y decidieron quedar por la tarde para tomar el té en compañía de sus familias.

En el elegante salón el aire era caliente y flotaba un dulce perfume. Los huéspedes que conversaban en las otras mesas iban bien vestidos y su semblante cansado expresaba un profundo aburrimiento, lo cual constituía una parte importante del arte de comportarse en aquel entorno de riqueza cargada de tradición.

Amschel presentó a Chiara y a sus hijos a sus conocidos. Herr Von Wiedersack se levantó y los saludó con amabilidad, aunque se moderó ostensiblemente cuando oyó que la acompañante de Rothschild y los chicos hablaban mal el alemán y con un fuerte acento francés. De pronto parecieron perder valor a sus ojos. Frau Von Wiedersack se movió incómoda en la silla al saludar a aquella extranjera salida de no se sabía dónde y no pudo evitar hacer el siguiente comentario: «Habíamos esperado ver aquí a su esposa, querido banquero». Su hija Désirée disimuló un bostezo.

Amschel sonrió ante algo que en otras ocasiones hubiera interpretado como una impertinencia. Chiara se sentó y contempló al matrimonio Von Wiedersack intentando

averiguar por qué habían adoptado una actitud tan reservada hacia ella. Por unos momentos hubo un silencio opresivo. Pero entonces unos camareros muy erguidos y aseados, vestidos de frac, les sirvieron el té acompañado de *petits fours*, que aliviaron algo los ánimos.

Herr Von Wiedersack tomó la palabra y dirigió un poderoso ataque contra Napoleón, al cual calificó de plebeyo con incómodas ambiciones de gobernar Europa, y subrayó que era obvio que el pequeño hombre había olvidado por completo su infancia en un callejón de Ajaccio. «*Bonaparte est merde*», dijo para demostrar su cultura espiritual, aunque con ello pareció agotar su vocabulario francés. Riéndose y muy satisfecho consigo mismo, añadió: «Su triunfo es como una pompa de jabón y él mismo es más fugaz que el arco iris que se refleja en ella». Dijo que no le cabía ninguna duda de que pronto detendrían para siempre la triunfal marcha del ejército francés por Europa. A continuación manifestó su admiración por el soldado prusiano común, un hombre sano y fuerte que no pensaba sino en el bien de su pueblo.

«No sabe usted qué soldados tenemos», dijo, vuelto demostrativamente hacia Chiara. «No los ha visto usted desfilar por Unter den Linden». Entonces se embarcó en una larga disertación sobre la grandeza de Prusia, que coronó expresando su gratitud hacia Amschel por haberle prestado dinero al rey Federico Guillermo III para formar un ejército. «Créame, señor Rothschild, todo el mundo en Berlín se alegra de que haya logrado usted amasar una fortuna durante las guerras napoleónicas y de que después nos la haya prestado tan generosamente».

Chiara compartía la opinión de Von Wiedersack sobre Napoleón, pero tras sus razonamientos, a su juicio algo simplistas, intuía el miope patrón del nacionalismo, que la incomodaba fuertemente. Comprendió que su crítica al emperador iba más dirigida a ella que al corso, puesto que era evidente que la consideraba una espía de un país enemigo. Tenía una réplica en la punta de la lengua, algo como que le parecía terrible que fueran a morir tantos jóvenes en la guerra, pero decidió que era más prudente callar, porque no estaba segura de su capacidad de conducir una discusión en alemán. Agachó la vista y se apoltronó en el sillón.

Amschel se dio cuenta enseguida de que su sonriente rostro se había quedado petrificado en una máscara y se apresuró a cambiar de tema de conversación. Empezó a hablar de los bellos salones del hotel.

En un tono rebosante de autocomplacencia, Von Wiedersack comentó que aquel honorable hotel debía de conservar el mismo aspecto desde los tiempos en los que Paracelso trabajaba allí como médico del balneario y prescribía el consumo de grandes cantidades de agua del manantial, muy rica en sales minerales, a aquellos que acudían en busca de remedio para sus pequeños males.

Amschel lo escuchó con cortés interés y Frau Von Wiedersack con admiración. Chiara, en cambio, tuvo que contenerse para no revelar lo mal informado que estaba el berlinés. Tenía ganas de decirle que Paracelso trabajó en Bad Ragaz en 1535 y que el hotel fue construido más de doscientos años después. Pero se contuvo. La sumisión de la inteligencia a la estupidez, pensó, es el precio que hay que pagar por participar en la vida social mundana.

Los jóvenes de la mesa —Gérard, Guido y Désirée— permanecían callados. Estaban educados para no hablar en compañía de los adultos, a no ser que les preguntaran algo directamente.

A Guido lo habían colocado a la vera de Désirée. La miró de reojo para ver lo sorprendentemente bella que era la chica de dieciséis años. Tenía el pelo largo y rubio, los

labios sensuales y provocativos, y una melancolía en los ojos que le daba un aire misterioso. Tenía la cintura estrecha y el pecho —que en los años siguientes llegaría a ser una de las atracciones de la alta sociedad berlinesa— llamativamente grande. Cuando se le cayó la servilleta al suelo, ambos se agacharon para cogerla. Las yemas de sus dedos se rozaron por un segundo y una corriente eléctrica recorrió el cuerpo de Guido. El recuerdo de este roce lo acompañó durante años, ya que fue la experiencia más cercana a una sensación celestial que tuvo en toda la pubertad.

## GUIDO Y ANTON

La amistad entre Guido y Anton era de un tipo poco usual. Anton von Wartenburg procedía de una vieja familia de oficiales. Su padre era general y su tío, mariscal de campo de Prusia, tuvo una actuación heroica contra Napoleón. La familia de la madre, los Hohensteufen, era una de las estirpes nobles más antiguas y afirmaban descender de Federico I Barbarroja, el emperador del Sacro Imperio Germano Románico que condujo la tercera cruzada, aunque nunca llegó a Jerusalén. Se ahogó en el río Salef en Turquía el 10 de junio de 1190, exactamente el mismo día en que el patriarca de la familia Spinoza, Baruj, murió en Lisboa, según nos contó mi tío abuelo a Sasha y a mí.

El padre de Anton, el general Von Wartenburg, era un hombre alto y corpulento, impecablemente vestido y altanero, que conciliaba la dignidad de un oficial con la elegancia de un aristócrata. El general estaba descontento con Anton, que era un chico solitario, físicamente endeble e inseguro, que sufría con frecuencia fuertes ataques de asma y carecía de habilidades para la vida práctica. Lo único que le interesaba era el álgebra y la física. Sus héroes se llamaban Kepler, Huygens, Copérnico y Newton. Su biblia era *El diálogo de los máximos sistemas del mundo* de Galileo Galilei, y para su decimoquinto cumpleaños un tío suyo bohemio le había regalado la quinta vértebra de la columna del científico italiano, que alguien había extraído y robado de su cuerpo enterrado en la Basilica di Santa Croce de Florencia.

Los cristianos de Frankfurt no trataban con judíos. Éstos vivían en calles separadas y las pocas veces que se entablaban contactos por encima de las fronteras étnicas y religiosas, se limitaban a cuestiones prácticas.

El hecho de que el general Von Wartenburg considerara a un Rothschild una persona atractiva y prefiriera su compañía a la de sus iguales, no se puede explicar únicamente porque Amschel fuera un hombre muy espiritual y completamente carente de esnobismo. La principal razón por la que el aristócrata decidió estar a gusto en compañía del acaudalado banquero, arriesgándose a sufrir cierto destierro social por su trato con un judío, era en realidad otra: su economía estaba en un estado lamentable. La fortuna de los Wartenburg, que había pasado de generación en generación durante siglos, se había transformado en pompa, lujo y ocio en manos de su esposa. Para poder financiar su frívolo modo de vida, sobre todo la gran finca que ella quiso que comprara, el general tuvo que pedir dinero prestado y quedó muy endeudado. Pagaba los préstamos viejos con otros nuevos y cada vez dependía más de los generosos créditos de Amschel. Por eso permitía que su hijo tratara e invitara a casa al chiquillo judío de Estrasburgo que se había mudado a casa de los Rothschild.

Los chicos se hicieron amigos enseguida. No los unía tanto su aislamiento como el hecho de que compartían la convicción de que los más profundos misterios de la vida

estaban bien formulados y ocultos en un enigma que podía resolverse valiéndose de las llaves correctas, que ellos buscaban en las ciencias naturales. La persecución de la piedra filosofal selló una profunda amistad.

Era verano y cálidos vientos acariciaban las mejillas de los dos amigos. Estaban sentados en la hierba, a la sombra de un manzano, en el hermoso parque que rodeaba la casa de los Rothschild. Discutían el trabajo de Newton sobre la fuerza de gravedad que generan los cuerpos celestes y las consecuencias que ésta tiene para los seres humanos. Tenían diecinueve años. Sus hombros se rozaron casualmente y de pronto Anton agarró la mano de Guido y le miró sonriente a los ojos. Sus dedos se entrelazaron. Los movimientos eran lentos. Todo parecía un sueño y el aire estaba cargado de una extraña energía. Anton susurró algo al oído de Guido, en los ojos de ambos se traslucía el deseo de cercanía y satisfacción. Se besaron. El sabor dulce de la boca de Anton y el olor a sudor de su piel excitó a Guido, así que lo abrazó y le acarició el pelo. La respiración de Guido empezó a sonar más fuerte, entrecortada, casi como un silbido. Notó que su pene se endurecía y que le palpitaba la arteria. Un calor se extendió por su pelvis y fue ascendiendo despacio por la columna vertebral hasta llegar a su cabeza. Sus manos se movían libremente por el cuerpo del amigo y lo exploraban. Lo embargó una profunda gratitud por que Anton fuera un hombre. Nunca le había pasado nada parecido. Amaba a Anton porque era un hombre. De pronto comprendió que ellos dos, unidos por el destino, al tocarse los cuerpos estaban adentrándose en el terreno de las pasiones más oscuras, un lugar prohibido, que con ello se convertirían en pecadores y que el implacable castigo que recibirían por su actos sería su expulsión eterna del paraíso. Guido estaba dispuesto a asumir ese castigo, porque no quería renunciar a aquel deseo recién descubierto.

## **EL ESCÁNDALO**

La felicidad de los amigos no duró mucho. Como es obvio, su amor y el infinito placer que experimentaban el uno en brazos del otro no habían escapado a la atenta mirada de los leales criados. Éstos informaron de ello al general, que un día los pilló en la cama con las manos en la masa. Se produjo una escena de pesadilla que puso un brutal punto final a todo lo que había de hermoso en sus jóvenes vidas. El general espumajaba de rabia y bramó que su hijo era un cerdo perverso. Prometió hacerlo pedazos con su espada por haber mancillado el antiguo lema de su estirpe: «*Semper purus*». A continuación propinó un sonoro guantazo a Guido, pronunció una sarta de barbaridades que no son dignas de ser repetidas y lo desafió a un duelo, puesto que debía restaurar el honor de los Wartenburg. Con ello el general rompió el código de honor vigente en el ejército: «El hijo de una madre judía será considerado carente de honor. Por eso no está permitido batirse en duelo con un hombre así».

Cuando Chiara se enteró de lo sucedido, perdió por completo los nervios, pero Amschel mantuvo una calma asombrosa. Ella le pidió que presentara disculpas sin reservas a Von Wartenburg e intentara evitar el duelo. Chiara aborrecía aquella bárbara costumbre y ante todo sabía que Guido, que no había utilizado un arma en su vida, sería derrotado por el general, que literalmente había crecido con un sable en la mano. Recordó que, medio año antes, Amschel había concedido un importante préstamo al general cuyo plazo de devolución vencería pronto y le conminó a intentar acallar el asunto ofreciendo a Von Wartenburg condonarle la deuda.

El centro del despacho de Chiara estaba ocupado por un escritorio con una enorme cantidad de cajones, estantes, nichos, huecos secretos y baldas retráctiles. Este enorme monumento de madera oscura con taraceas claras parecía un escenario de teatro vacío con planchas plegables, planos giratorios y espacios secretos ingeniosamente ideados que sólo diestros ladrones sabrían hacer funcionar. Curiosamente, Chiara se sentía atraída por el desorden. Su escritorio estaba siempre inundado de todo tipo de cosas: cartas, documentos, libros, enciclopedias, plumas, tazas de té, copas de vino, tijeras, dinero suelto, ropa... Pero un día lo recogió todo y colocó una botella en medio de la mesa. Un solo vistazo a aquella botella bastaba para encogerle el corazón a cualquiera y llenarlo de pesadumbre. Un fiasco. El símbolo de su fracaso con su hijo menor Guido.

Las mejillas de Guido estaban en llamas y mantenía la mirada gacha. Un joven de diecinueve años, escasa estatura, endeble, rasgos sensibles y una nariz anormalmente grande. Cuando estaba en calma sus ojos negros reflejaban inteligencia y calidez, pero en estos momentos irradiaban pena y dolor. Desde su más temprana infancia, su pensativo rostro había despertado en su madre el sentimiento de que no viviría mucho, o de que acabaría siendo una carga para ella.

—Guido, respóndeme honestamente —dijo Chiara—. ¿Es verdad? ¿Anton y tú habéis...?

—Sí, madre —la interrumpió él, luego continuó con decisión—: Nos amamos.

—Os amáis —repitió la madre—. Nos has destrozado la vida. Sin escrúpulos morales ni miramientos hacia tus seres más cercanos, has cometido un crimen horrible. Si tu padre se enterase de tu vergonzoso comportamiento, se revolvería en la tumba.

—Pero, madre, nos amamos.

—Tú no sabes lo que es el amor —sentenció ella mirando al techo.

Ambos callaron. Una atmósfera inusualmente tensa se extendió por la habitación. Chiara no se tomaba demasiado a pecho que Guido tuviera un vicio insospechado. Lo que más le dolía era que se lo hubiera ocultado, que hubiera mentido sobre su naturaleza y que no fuera la persona que ella había creído que era. Eso lo convertía en un extraño para ella porque lo que él le había mostrado no era más que una pequeña porción de su interior. El resto, lo importante, lo que arrojaba sombra sobre todo lo demás, lo había compartido con otro. Al cabo de un rato, Chiara rompió el silencio. Pidió a Guido que abandonara la habitación y saliera de su vida, porque ya no tenía energías para seguir ocupándose de él. Una extraña reacción, quizá, para una mujer que siempre miraba su entorno con tanta lucidez.

El general Von Wartenburg se negó a aceptar la propuesta de Amschel. Lamentaba profundamente haber acabado en una situación tan espantosa, que además sacudía también su amistad. Pero las circunstancias lo obligaban a defender el buen nombre y reputación de su familia. Dijo que su honor los obligaba a aceptar su destino con humildad.

—Querido banquero —dijo—, intente ver el duelo desde otra perspectiva. Tengo la generosidad de ofrecer a Guido la posibilidad de demostrar que la leyenda sobre la cobardía de los judíos es falsa.

Amschel no alcanzó a responder antes de que el general batiera los talones y planteara la cuestión obligatoria:

—¿Dónde y cuándo pueden mis padrinos encontrar a su hijastro?

La única persona de la casa con quien Guido podía hablar era Angela, que acostumbraba a correr un velo de indulgencia sobre aquel que cometía un fallo. Pero el chico rechazó su oferta de discutir lo que ella calificó como «su desgracia».

Amschel no tenía tiempo para él porque estaba muy ocupado intentando minimizar el efecto negativo del escándalo y los malévolos rumores sobre el extenso negocio bancario que había levantado su padre y que ahora dirigía él.

La madre se había encerrado en su cuarto y se negaba a verlo. Su hermano Gérard estudiaba en Berlín.

A Anton lo habían enviado a casa de su tío en Prusia, así que Guido no tenía ninguna posibilidad de contactar con él. Según le contó un solícito lacayo, Anton se había dejado convencer por su tío para casarse con una prima segunda por lado de la madre, la baronesa Von Proschwitz, que era corta de luces y carecía de cualquier forma de encanto femenino. Este casamiento ocasionó un profundo dolor a Guido, que sufría pensando que quizá nunca volvería a ver a su amado. Lo embargó una infinita angustia. Reflexionando se dio cuenta de que nadie habría podido entenderlo mejor que su madre, que había padecido el mismo tipo de angustia cuando su padre estaba preso en la Conciergerie. Pero había caído en desgracia con ella, el silencio y la mirada vuelta hacia otro lado eran el severo castigo que recibía por su vergonzoso delito, haciendo que su pena y su soledad le parecieran aún más atroces. Además temía que lo encontraran los padrinos del general.

Guido ya no se hacía ilusiones sobre su futuro. Su deseo de escuchar la voz de su amado y sentir su suave piel le resultaba abrumador, al igual que el dolor por el rechazo de su madre. Considerándose ya sentenciado a muerte, decidió enviarle a su madre un último saludo. Le escribió que, aunque la gente a menudo se riera de ella, tenía razón cuando afirmaba muy seria que al tirar una brizna de paja al Meno, ésta se hundía enseguida.

Luego Guido se dirigió al extremo sur del enorme jardín, que bordeaba el agua gris ceniza del Meno, y se lanzó al río.

## **EL SUEÑO DE UN HIJO**

Gérard se especializó en la complicada regulación de la ciencia jurídica internacional. Hasta entonces, nadie en la banca Rothschild había profundizado en ese tema y se le auguraba un futuro brillante. Con el entusiasmado apoyo de Amschel, se casó con Dinah, la hija del dueño del banco Oppenheimer. El matrimonio pactado no tardó en dar sus frutos y un año más tarde nació su hijo Jakob.

Por alguna razón que desconozco, mi tío abuelo casi nunca hablaba del hijo mayor de Chiara. Lo único que contaba era que Jakob apenas había abandonado la cuna cuando sus padres murieron.

Los disturbios Hep-Hep comenzaron el 2 de agosto de 1819 en Wurzburg. Pocos días después, las enardecidas masas de los entonces treinta y seis estados alemanes habían salido de sus casas para expresar su rabia por el hecho de que destacados judíos —inspirados por la Revolución Francesa, sobre todo por su declaración de los derechos del hombre y del ciudadano— hubieran exigido irracionales reformas con un descaro sin precedentes. Durante este violento y sangriento pogromo, que duró varios días, miles de judíos fueron atacados, apaleados y asesinados, y sus propiedades expoliadas.

En Frankfurt no sólo atacaron el gueto judío, llegaron también a la casa de los Rothschild y la saquearon y la quemaron. Entre las ruinas encontraron los cuerpos carbonizados de Angela, Gérard, Dinah y dos amas de llaves mayores, además de a un criado con graves quemaduras, que lloraba acurrucado en postura fetal.

Amschel mantuvo mucho tiempo la esperanza de reconocer sus propios rasgos en el

rostro de un amado hijo. Durante los primeros años junto a Angela, muchas veces intentaba imaginarse a su esposa, hinchada por el embarazo, transformada en una madre que agotada, pero feliz, daba el pecho a su primogénito. En su oído interno le parecía oír el primer chillido del niño al salir del paraíso del útero materno, con sus pequeños pulmones llenos de aire por primera vez. Casi podía sentir los suaves dedos del bebé en su mano.

Pero Amschel nunca tuvo hijos propios.

A veces pensaba en el hijo de Chiara como si fuera suyo, como su heredero natural. Por eso la pena por la muerte de Gérard fue más profunda y abrumadora que la provocada por la pérdida de su esposa Angela.

## **LOS NUEVOS PADRES DE JAKOB**

Tras aquel sombrío mes de agosto llegó un lúgubre otoño y tampoco el invierno pareció ofrecer mayor claridad. Chiara y Amschel solían pasar las navidades en Bad Ragaz, pero esta vez se quedaron en Frankfurt. No podían plantearse realizar el largo viaje a Suiza con un bebé de nueve meses. Amschel tuvo que renunciar a lo que más le gustaba, aquellos beneficiosos masajes y tratamientos, pero además perdió la oportunidad de reunirse con una creciente legión de clientes internacionales, porque el Hotel Quellenhof estaba repleto de distinguidos huéspedes: los tratamientos y las salas de juego del establecimiento atraían a la realeza y a la alta sociedad europea.

Jakob pensaba que Chiara y Amschel eran sus padres, porque siempre lo trataron como si fuera su propio hijo. Más allá del hecho de que sus padres hubieran muerto, había dos razones por las que lo abrazaban con infinito amor. Era adorable y al mismo tiempo tenía algo que lo distinguía de los demás niños: una nariz descomunal y el hombro derecho, que se le había ido torciendo y podía parecer que había nacido con chepa. Por la fuerza de la costumbre, Chiara y Amschel dejaron de verlo con el tiempo, no pensaban en ello, pero los extraños lo notaban enseguida. A nadie se le pasó nunca por la cabeza burlarse de él por sus defectos físicos, pero la reacción de la gente impedía que Jakob los olvidara.

Jakob no sabía que el lastre de su descomunal nariz era un rasgo que se repetía en cada generación de nuestra familia y que implicaba una vida llena de fortuna. Para consolarlo, Chiara solía decirle que era el vivo retrato de su abuelo, el revolucionario Nicolas Spinoza, que tenía una nariz enorme. Eso alegraba al chiquillo.

Por las venas de Jakob corría la sangre de la familia Spinoza y de la familia Luzzatto. Los miembros de estas familias llevaban muchas generaciones consagrados a los estudios, amaban los libros y preferían acumular ideas que dinero. Por eso Chiara le enseñó pronto tres idiomas, le puso en las manos los libros más representativos de la cultura de tres países y le repetía con tanta frecuencia como podía que sólo se posee lo que se tiene en la cabeza. Juntos realizaban estimulantes viajes mentales al pasado y al mismo tiempo ella se esforzaba por hacerle entender que las cosas son pasajeras, que nada dura para siempre, que sólo se puede vivir en el ahora y que no hay otra vida después de ésta. Además Chiara consideraba imprescindible proporcionarle conocimientos sobre la tradición del pensamiento judío y sus normas morales.

Para Amschel el dinero sólo era un medio, nunca un fin en sí mismo. Por eso Karl Marx se equivocaba de plano al acusarlo de ser un hombre despiadado que sólo buscaba la riqueza y al poner en duda su honradez económica. Pero yo no pretendo polemizar, sólo relatar.



El viejo Rothschild había enseñado a Amschel que en el mundo judío la reputación no se basa en el dinero, sino en el saber y el conocimiento. En el Judengasse, un hombre acaudalado sólo era respetado si era culto. El Talmud, le explicó su padre, insta a resistirse a las trampas y tentaciones de la riqueza. El fundador de la banca Rothschild afirmaba que su verdadero objetivo al acumular dinero era impulsar su propio desarrollo cultural y su posición social, además de los de sus seres más cercanos.

Amschel reconocía sin problemas la superioridad intelectual de las familias Spinoza y Luzzatto. Lleno de admiración, dejó que Chiara formara el espíritu de Jakob. Por su parte, Amschel actuó con mucha cautela e intentó ampliar los horizontes del chico abriéndolos hacia el mundo de las finanzas y, paso a paso, lo fue introduciendo en las reglas del juego. Porque Amschel creía en la combinación de la inteligencia práctica y teórica.

## **UN HOMBRE DE MUNDO**

Amschel siguió con desasosiego el debate de ideas que se mantuvo en el imperio alemán. Él esperaba que, bajo la influencia de los ideales de la Revolución Francesa, el país se convirtiera en la cuna de la libertad en la tierra y creía que sería allí donde los judíos se liberarían de siglos de represión. Lo que más le preocupaba era la exaltación de las denominadas «virtudes germánicas» y cómo difamaban al judaísmo tildándolo de poder internacional y no alemán. Afirmaban que los judíos eran extraños que nunca darían prioridad a los intereses de la patria alemana. Calificaban el intelecto alemán de creativo, a la vez que sostenían que el judío no creaba nada, porque se limitaba a copiar. Describían a los arios como conscientes, morales, racionales y elevados, y a los judíos como inconscientes, inmorales, irracionales y pasivos. Los arios eran ensalzados por su profunda sensibilidad hacia lo ideal y lo elevado, y por su amor a su lugar de origen, sobre todo a los bosques y los picos de los Alpes. Al mismo tiempo acusaban a los judíos de estar perpetuamente desarraigados por naturaleza y los responsabilizaban de todos los males de la época. Todo era culpa suya porque un judío era siempre, y ante todo, un judío.

Amschel había prometido a su padre en su lecho de muerte que siempre sería leal a su herencia judía, aunque ya de joven hubiera cerrado su corazón a la fe. Varias personas de su círculo se habían sentido obligadas a renunciar a su judaísmo porque el odio a lo judío se respiraba en el ambiente. Estas personas se convirtieron, adoptaron nombres cristianos y se asimilaron. A su propio hermano Salomon, que vivía en Viena, le aconsejaron en la corte que se convirtiera al cristianismo cuando recibió un título austríaco de barón. Pero Amschel, como cabeza de familia, se lo prohibió. Escribió a Salomon: «Espero que seas consciente de que nuestros antepasados, durante miles de años, se han mantenido leales a nuestro pueblo y nuestras tradiciones. Yo nunca he pretendido ser otro que el que soy: un judío de Frankfurt. Y no quiero tener nada que ver con personas que se convierten al cristianismo».

A los sesenta años, Amschel era un auténtico hombre de mundo, tanto en el sentido francés de la palabra, un miembro de la alta sociedad, como en el sentido alemán, un hombre que había visto el mundo.

A veces se imaginaba que algún día, cuando Jakob fuera mayor, le daría el letrero rojo que él había heredado de su padre. El letrero representaba la bandera roja que usaban los judíos del Este de Europa para expresar su simpatía por los ideales de la Revolución Francesa. Cuando su padre fundó su negocio bancario en 1792, colgó el letrero rojo sobre

la puerta de sus recién inaugurados locales. Amschel esperaba que aquel regalo pudiera inspirar a Jakob a hacer lo mismo que su padre, que se cambió el apellido de Bauer a Rothschild.

Amschel murió silenciosamente. Su reumatismo era un enemigo con el que había aprendido a convivir, pero cuando empezó a tener problemas de corazón, su cuerpo no lo resistió. Nunca habló de los dolores que sentía en el pecho porque siempre había sido un hombre discreto que prefería quitarle importancia a sus problemas que lastrar a su entorno con ellos. Por eso su muerte supuso una sorpresa para todo el mundo. Una noche se durmió y ya no despertó más.

El entierro de Amschel fue digno. En uno de sus cajones habían encontrado un papel con el esbozo de sus últimas voluntades. Cumplieron sus deseos hasta el último detalle en lo que se refiere al entierro. Amschel quería un ataúd sencillo de madera oscura y que sólo la gente más íntima lo acompañara en su último viaje.

## **LA REUNIÓN DEL CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN**

A las pocas semanas de que enterraran a Amschel, sus cuatro hermanos se reunieron para celebrar un consejo de familia y discutir el futuro del banco. Aquellas reuniones eran muy infrecuentes, puesto que los hermanos vivían en distintos puntos de Europa donde representaban diversas partes del negocio bancario. El jefe de la filial vienesa, Salomon, que era el mayor de los hermanos restantes, asumió automáticamente el papel de cabeza de familia. Los demás lo escucharon con respeto y enorme interés cuando les explicó sus planes, que miraban hacia el futuro previendo cambios fundamentales. Todos los presentes se mostraron de acuerdo cuando cuestionó que el papel con la última voluntad de Amschel fuera un documento jurídico y defendió que debía ser declarado inválido como testamento, puesto que ningún notario público había presenciado la redacción de aquellas líneas. Por eso mismo, Salomon opinaba que no había motivos para respetar el deseo del difunto de que Jakob, que en realidad no era carne de su carne, heredara su parte del banco, y menos el de que entrara a formar parte del consejo de administración.

—Esto sin duda —dijo elevando la voz— confirma los rumores que desde hace tiempo corren por el banco. Chiara y Jakob se han aprovechado de que Amschel llevaba tiempo enfermo. Leales colaboradores han visto con disgusto cómo estos dos han abusado sistemáticamente de la confianza de nuestro querido hermano. Uno de mis contactos me contó hace tiempo que manipulaban y engañaban a Amschel. Chiara es el cerebro de todo esto, es una desvergonzada que ha vivido a nuestra costa desde que tengo memoria. Evidentemente, pretendía que el joven Spinoza nos robara el negocio familiar. Pero ha sido ingenua y ha sobrevalorado el talento de Jakob, además de infravalorar nuestra inteligencia. Lo cual es inaceptable, por supuesto.

Los demás se mostraron enseguida de acuerdo con Salomon, que a continuación propuso que se introdujera una cláusula nueva en los estatutos de la compañía: que sólo los hombres que hubiera nacido con el apellido Rothschild pudieran poseer acciones del banco y ocupar un puesto en el consejo de administración. Su propuesta fue aprobada con entusiasmo. Después Salomon subrayó que los hermanos debían evitar a cualquier precio una desgarradora lucha de poder, puesto que ésta podría dañar los intereses de todos ellos. Por eso era importante que Jakob, a pesar de que había realizado una excepcional labor por la compañía en varios aspectos, fuera relevado de todas sus tareas con efecto inmediato.

—Esto hay que llevarlo con mucho tacto —dijo Mayer, que vivía en París—. Me refiero a que Jakob podría sentirse insatisfecho con su suerte, enfadarse y causarnos problemas.

Salomon volvió a tomar la palabra:

—Yo me encargaré del asunto. Abriré una cuenta privada en el banco a su nombre, en la que ingresaré una suma menor a modo de compensación, para que pueda subsistir económicamente hasta que encuentre otro empleo. Chiara y él tampoco pueden esperar que los mantengamos toda la vida.

A los hermanos les pareció una excelente propuesta. El jefe de la sección de Londres, Nathan, dijo:

—Has pensado en todo, Salomon. Tu empuje me ha causado una profunda impresión.

Calmann, que trabajaba en Nápoles, se mostró de acuerdo.

—Como cabeza de familia es mi deber pensar con lucidez y tomar decisiones con agilidad —continuó Salomon—. He pensado en todo, pero aún no he tenido tiempo de formalizar mis ideas. Mi propuesta es que nos repartamos a partes iguales entre los hermanos todo lo que deja Amschel. Además quiero que su casa pase a manos de mi hijo, Anselm Salomon, que vive en Berlín. Si nadie tiene nada en contra, se mudará ahora a Frankfurt y se hará cargo del banco de aquí. La casa le viene muy bien. Sus hijos y su hermosa esposa Désirée, que ahora se encarga también de su madre, la encantadora viuda Von Wiedersack, se encontrarán allí muy a gusto.

Salomon no se atrevió a enfrentarse cara a cara con Chiara. Envió al abogado del banco. Lo que éste dijo, le produjo una gran angustia a Chiara. Había vivido con Amschel durante cuarenta años y ahora la trataban como a una simple criada.

Hacía mucho que Chiara sabía que Salomon nunca le había tenido simpatía. Era mujer, y eso en sí mismo bastaba para reforzar su antipatía, pero además era inteligente y no le interesaba el dinero. También le había disgustado que viviera con Amschel en pecado, pero en vez de animar a su hermano a convertir a Chiara en su legítima esposa ante Dios y las personas, se limitó a quejarse constantemente de la decadencia de la moral, sin pensar ni por un momento en la inmoralidad a la que él contribuía en su trato con las menores de edad del prostíbulo más prominente de Viena, el Salon Rouge.

Lo que más irritaba a Salomon, además de despertar su envidia, era la influencia que Chiara tenía sobre Amschel. Se le había metido en la cabeza que ella hablaba mal de él y nunca comprendió que su mayor enemigo y la causa por la que no le permitían participar en las decisiones más importantes del banco no era Chiara, sino su falta de perspicacia y de pensamiento estratégico. Pero su hermano era demasiado bueno para decírselo.

Chiara se acordó de pronto de que en su momento le había sorprendido que Salomon hiciera negocios dudosos y que siempre antepusiera los aspectos económicos a los morales. Pero aun así nunca se habría imaginado que careciera hasta tal punto de amor fraterno y que fuera a ignorar absolutamente los deseos expresos de Amschel. Esto supuso una terrible sorpresa para ella y hasta ese momento no comprendió la magnitud de su mezquindad.

Así fue como Chiara, todavía muy deprimida por la muerte de Amschel, tuvo que abandonar tres días más tarde el hogar que había construido junto a él. También los demás habitantes de la casa —Jakob, Eleonora y sus tres hijos— acabaron en la calle.

## **UN ALMUERZO MEMORABLE**

Por un rato voy a abandonar a Chiara y a Jakob a su suerte porque de pronto me he acordado de algo que nos contó el abuelo.

La verdad es que no creo que el abuelo nos quisiera mucho a Sasha y a mí —o quizá simplemente le disgustaban los niños en general—, el caso es que casi siempre estaba molesto cuando nos tenía cerca. Sin embargo, me ha venido a la cabeza una de las raras ocasiones en las que nos honró con su compañía. Fue al principio de las vacaciones. Acabábamos de terminar el tercer curso, mi hermano gemelo con unas notas brillantes y yo con sendos suspensos en historia y matemáticas. Estábamos almorzando en silencio en la cocina. La abuela había ido a enterarse de las últimas noticias por boca de la omnisciente portera, con la que intercambiaba regularmente información sobre lo que hacía y dejaba de hacer todo el mundo en el barrio. Nos sorprendió ver al abuelo entrar en la cocina. Él solía pasar el día en su taberna favorita, que llevaba el irónico nombre de El Gallo Ponedor, donde seis veces por semana comía sopa de rabo de toro, el plato más barato, y jugaba a las cartas con sus amigos. La razón por la que aquel día no se atuvo a sus costumbres, nunca la supimos. El caso es que cogió un plato de sopa y se sentó a nuestro lado.

Al cabo de apenas un par de cucharadas, el abuelo exclamó indignado:

—¡Esta maldita mujer! ¡Nunca ha aprendido nada de cocina! Siempre te lo pone todo chamuscado, es indignante, sólo en la cárcel he comido algo peor...

A continuación soltó una sarta de maldiciones aunque, puesto que tanto su vestimenta como sus modales tenían la elegancia innata del aristócrata, escogió hacerlo en alemán.

Pese a no comprender las palabras, Sasha y yo sentimos vergüenza y clavamos la mirada en el suelo. Al cabo de unos segundos, para fastidiarme y a la vez aliviar el tenso ambiente, mi hermano dijo con alegría:

—Abuelo, he sacado las mejores notas de la clase. Tengo el máximo en todas las asignaturas. ¿No estás orgulloso de mí?

Todavía recuerdo el asombro de mi abuelo, podría parecer que no tenía ni idea de que íbamos al colegio.

—Ajá, eso está bien —dijo, y se tomó unas cuantas cucharadas de la sopa—. ¿Y qué quieres ser de mayor?

—Astronauta —respondió Sasha, que por aquella época admiraba por encima de todo en el mundo a Yuri Gagarin, el hijo de campesinos rusos que recientemente había sido el primer ser humano enviado al espacio.

—Eso suena emocionante. Quieres abandonar la tierra... Quizá así puedas escaparte un rato de este infierno socialista en el que vivimos. Y tú, Ari, ¿qué quieres ser de mayor? —preguntó volviéndose hacia mí.

Como me avergonzaba no dar la talla en el colegio y tenía miedo de enfrentarme esa tarde a mis padres, respondí:

—Otro. Yo quiero ser otro.

—Eso es exactamente lo que solía decir mi hermano Moricz: yo quiero ser otro.

## **DELICIAS TURCAS**

En un rincón de Lipótvarós, el distinguido barrio del quinto distrito de Budapest, se

encontraba la popular tienda de *delicatessen* de Kohn, donde hacía sus compras la burguesía mejor situada de la ciudad. Moricz pasaba a diario por delante del establecimiento al ir y al volver del colegio y, algunas veces, cuando había tenido ocasión de birlar algo de los bolsillos de la chaqueta de su padre, entraba a comprarse alguna chuchería. Pero una tarde se encontró el local desierto, no había ni clientes ni empleados. Miró asombrado a su alrededor. Reinaba en el establecimiento un extraño silencio que casi le dio un poco de miedo. Dijo «buenos días» al aire y tosió ostensiblemente para llamar la atención de los empleados, pero al parecer nadie lo oyó. Moricz sentía cómo se mezclaba el olor del jamón, que tenían prohibido en su casa, con el inconfundible aroma del chocolate. Avanzó sigilosamente hacia el mostrador, donde guardaban los pasteles de miel y las delicias turcas en cuencos de cristal. Y volvió a mirar a su alrededor para asegurarse de que no había nadie en la tienda. La boca se le hacía agua mirando los dulces con los ojos como platos, así que dejó la cartera del colegio en el suelo, levantó sigilosamente la tapa de un cuenco con la mano izquierda y con la derecha se llenó los bolsillos de delicias turcas de todos los colores, la encarnación misma del placer extremo. Un segundo después estaba fuera de la tienda con un sentimiento de indescriptible felicidad e intensa alegría.

El deseo de repetir aquella emocionante acción —estar solo en la tienda y llenarse el bolsillo con un puñado de dulces— atenazó a Moricz con tanta fuerza que durante los siguientes dos años pasó más tiempo delante de la tienda de *delicatessen* que en el colegio, a la espera del momento adecuado, cuando no hubiera nadie en el establecimiento. Sabía que aquella empresa requería mucha osadía para que no acabara en una catástrofe, pero lo temerario de la acción lo excitaba y le hacía sentirse invencible.

Por las tardes, cuando todo el mundo creía que estaba haciendo los deberes, se dedicaba en cuerpo y alma a entrenarse en el arte de imitar la letra de su padre. No era un asunto sencillo porque el reputado periodista había desarrollado una escritura muy característica de letras diminutas. No obstante, tras garabatear cientos de páginas, Moricz fue capaz de copiar de memoria la peculiar letra de su padre de un modo muy convincente. De este modo, en los años siguientes, pudo presentar gran cantidad de fantásticos partes de enfermedad, escritos y firmados con la letra falsificada de su padre, sin despertar la menor sospecha en el colegio.

Sin embargo, un día cambió su suerte. Moricz estaba a punto de abandonar el local con pasos apresurados y los bolsillos bien llenos cuando descubrió a Hermann Kohn, el dueño de la tienda, apostado en la puerta observándolo.

—Ladronzuelo —dijo el hombre con voz severa y le pegó un tirón de orejas—. Así que tú eres la rata que nos roba los dulces. Ya me había fijado en que últimamente desaparecían muchas delicias turcas. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Le pido mil disculpas —respondió Moricz avergonzado—. Nunca había cogido nada. Ésta es la primera vez. Me ha mandado mi madre para comprar arenques ahumados bien grasos, que le ha dicho el médico que le van a ir muy bien para la salud y para los nervios. Pero no había nadie en la tienda para atenderme y por un instante me he dejado tentar por los dulces. Verá, mi madre es pobre y no puede comprarme delicias turcas...

El dueño de la tienda no le creyó. Un rápido vistazo a su ropa reveló enseguida que no venía de una familia pobre.

—Mientes —dijo el hombre—. ¿Cómo te llamas y dónde vives? Voy a contarle a tu padre que me has robado.

—Mi padre está muerto. Era alcohólico y se suicidó porque había perdido todo su dinero a las cartas...

El hombre volvió a tirarle de la oreja.

—Ay... Nathan Spinoza —dijo Moricz sin vacilar—. Así me llamo y vivo en la calle Mór Wahrmann número ocho.

Hermann Kohn le hizo vaciarse los bolsillos antes de dejarlo marchar. A continuación se dirigió al almacén y riñó a sus empleados por haber dejado el establecimiento desatendido. Al final, sin molestarse en buscar giros corteses, escribió una carta al señor Spinoza y envió a un empleado de la tienda a la dirección que le había dado Moricz.

Aquella noche se armó un buen jaleo en casa de la familia Spinoza. Nos lo contó el abuelo mientras los tres intentábamos comernos la sopa de la abuela, lo cual no era una experiencia precisamente agradable. Añadió que los recuerdos de aquella lejana noche nunca se le habían borrado, porque rara vez se había sentido tan injustamente tratado. Nos confesó que asociaba esa decepción sufrida con sólo diez años con tanto dolor que, incluso de viejo, notaba que se le aceleraba el pulso al pensar en ello.

Quizá sea superfluo mencionar que he olvidado muchos detalles del relato de mi abuelo. Al fin y al cabo aquel almuerzo tuvo lugar hace más de treinta años, pero intentaré reproducir lo que recuerdo.

Nathan fue interrogado por su severo padre. El niño permaneció atónito y sin moverse del sitio mientras su padre le leía en alto la carta de Hermann Kohn. Después tuvo que soportar muchas duras palabras y unos buenos guantazos, a pesar de que aseguró una y otra vez que nunca había estado en esa tienda de *delicatessen* y que había pasado la tarde en casa del vecino, un compañero que vivía un piso más abajo. El padre no le creyó. Estaba convencido de que el chiquillo mentía. Al final Nathan cayó de rodillas y le suplicó que mandara a la criada Vera a casa del vecino para comprobar si decía la verdad. El padre aceptó a regañadientes y, al cabo de un rato, Vera regresó diciendo que la madre del vecino había corroborado la coartada de Nathan. Sin que su voz dejara traslucir el menor deseo de pedirle disculpas o reconciliarse con él, el padre lo mandó a la cocina con instrucciones de cenar e irse enseguida a la cama.

Un padre siempre constituye el modelo más natural para un chico que está creciendo y es quien sienta el ejemplo a seguir. Nathan admiraba a su padre, un periodista conocido por luchar por los marginados de la sociedad, un verdadero símbolo de la justicia. El chiquillo se sintió profundamente decepcionado. Se retiró a su dormitorio en silencio y con tanta pena que creía que le iba a estallar el pecho.

Le tocó el turno a Moricz de ser interrogado, aunque a la criada le llevó un rato encontrarlo porque se había escondido debajo de la cama.

—¿Sabes por qué estás aquí? —le preguntó su padre cuando el chico cerró la puerta del despacho tras de sí.

—Lo sé, padre —respondió éste con firmeza—, pero yo nunca he robado nada de la tienda de *delicatessen* de Kohn. Lo juro. Palabra de honor.

—Moricz, yo no he dicho una sola palabra sobre esa tienda. ¿Qué te hace creer que pienso acusarte de un robo cometido allí?

—La intuición, padre.

Después de propinarle una docena de buenos guantazos, mientras repetía irónicamente las palabras de Moricz, «la intuición», el padre empezó a desabrocharse lentamente el cinturón. Ante la amenaza de recibir una verdadera paliza, el chico recapacitó y recordó que quizá esa tarde se le había olvidado pagar un puñado de delicias turcas en la tienda de *delicatessen* de Kohn.

—Llevarse un dulce es un robo y tú te has llevado un montón. Ya es bastante horrible tener un hijo ladrón, pero aún es peor ver que no eres lo bastante hombre para asumir lo que has hecho y que le echas la culpa a tu hermano. ¿Por qué le has dicho que te llamabas Nathan? —bramó el padre.

—Creí que usted lo entendería, padre. Es fácil de explicar. No es que no sea capaz de asumir lo que hago, al contrario, por lo general estoy muy orgulloso de mis actos. Pero a veces me canso un poco de ser Moricz y quiero ser otro.

## **DIVERSOS PAPELES**

—Quiero ser otro —con estas palabras daba la bienvenida Andrei Scharf, el director artístico del Teatro Nacional, a los nuevos alumnos cuando la escuela de teatro abría sus puertas, y luego añadía—: Debéis tener una sola idea en la cabeza. Quiero ser otro. El papel que interpreto.

El legendario hombre del teatro procedía de Rusia. Por razones que nunca le reveló a nadie, se asentó en Budapest y al poco tiempo, varios años antes de que naciera Moricz, adquirió gran notoriedad por su arte en la escena y su atractivo con las mujeres. Las señoras no podían resistirse cuando les susurraba lisonjas y declamaba los poemas de amor de Pushkin con su acento ruso.

No era ningún secreto en el mundo del teatro que el rompecorazones Scharf siempre favorecía a las alumnas de la escuela y que reclutaba a la mayoría de ellas como amantes. Por eso muchos arquearon las cejas cuando al cabo de algunas semanas se hizo evidente que Moricz Spinoza gozaba de su favor. Todo el que conocía al joven estaba de acuerdo en que era un chico excepcionalmente encantador, con una personalidad adorable, y muchos alababan su extraordinaria dicción y su asombrosa proyección sobre el escenario. Pero nadie podía entender que Scharf —que tenía diez hijos varones con otras tantas mujeres y no se ocupaba de ninguno de ellos, eso lo sabía todo el mundo— le hubiera cogido tanto cariño a Moricz. Se hablaba de una especie de relación paterno-filial entre ellos.

Moricz estaba encantado en el teatro, donde todo era juego y simulación. Se pasaba el día entero allí, salvo los sábados por la mañana, cuando, según decía, no faltaba nunca a la ceremonia religiosa de la sinagoga.

Le encantaba bajar al sótano después de los duros ensayos del día, situarse delante del espejo y ensayar diversos papeles ataviado con alguno de los cientos de trajes que guardaban en el enorme almacén subterráneo. Había allí un maravilloso vestuario. El esmero y la destreza de los sastres estaban por encima de cualquier duda. Seleccionaban con lupa los materiales: tejidos antiguos, pesados brocados, seda y terciopelo, telas que irradiaban clase y calidad. La excelente sastrería del Teatro Nacional había desarrollado una alta costura de vestuario casi sin parangón.

Los vientos del destino condujeron un día a Scharf a un mercadillo de segunda mano a las afueras de Budapest. Llevaba un buen rato deambulando por allí cuando, por casualidad, reconoció en un puesto el traje que había usado su hijo Ervin unos años antes cuando hizo su catastrófico debut como Hamlet. Estaba seguro de que era el mismo traje porque hacía poco había especulado con la posibilidad de montar la obra con Moricz en el papel protagonista y vestirlo precisamente con aquellas prendas. Se trataba de un traje ceñido compuesto por chaqueta y pantalón de terciopelo negro. El vendedor, un tipo flaco y sin dientes cuyo aliento apestaba a vino tino barato, le ofreció también un par de zapatos

puntiagudos con cordones, en la misma tela, que iban con el traje.

Scharf llamó a la policía y, chapurreando el húngaro, explicó que el disfraz y los zapatos eran propiedad del Teatro Nacional y que el hombre debía de haberlos robado. El vendedor lo negó con rotundidad. Afirmó haber heredado las prendas y los zapatos de su tío, recientemente fallecido en Transilvania. Entonces otro vendedor se metió en la conversación y dijo que el hombre, que era ladrón y delincuente habitual, tenía un joven compinche que aparecía todos los sábados con diez o doce trajes nuevos, a cual más peculiar y a todas luces robados. Los agentes se llevaron al vendedor flaco a una comisaría situada en las inmediaciones y Scharf los acompañó.

El interrogatorio dio comienzo cuando un corpulento policía ablandó al vendedor asestándole unos buenos golpes en el estómago y en la cara, lo cual bastó para que el hombre se mostrara más que dispuesto a colaborar. Contó que la ropa que vendía procedía del Teatro Nacional. Cuando le preguntaron por el *modus operandi*, respondió que era muy sencillo: su cómplice era alumno de la escuela del teatro y tenía permiso para bajar todas las noches al sótano donde guardaban el vestuario. Todo el mundo creía que bajaba a ensayar, pero en realidad se dedicaba a escoger trajes valiosos y fáciles de vender. Después se ponía una prenda o dos por debajo de su propia ropa y salía tranquilamente del teatro. «¿Cómo se llama tu compañero?», le preguntó un policía. Scharf, que estaba presente durante el interrogatorio, no necesitó escuchar la respuesta del vendedor. La conocía.

La carrera de Moricz como actor fue prometedora pero breve. De hecho finalizó antes de haber comenzado. Pero gracias a su corta edad al menos se libró de pasar directamente del Teatro Nacional a la cárcel.

## **EL PSICOANÁLISIS**

Algunos años antes, durante el caso Dreyfus en París —cuando un oficial francés de origen judío fue acusado de alta traición y condenado a trabajos forzados de por vida a pesar de su inocencia—, el padre del abuelo, el periodista Bernhard Spinoza, había entablado amistad con el médico italiano Cesare Lombroso, fundador de la antropología criminal. Desde entonces habían mantenido el contacto y todavía intercambiaban cartas con cierta regularidad. Desesperado por el comportamiento de su hijo mayor, Bernhard escribió a Lombroso, que ocupaba una cátedra de psiquiatría en la Universidad de Turín. Poco después Bernhard tenía en sus manos una respuesta de doce páginas de largo. El italiano, pese a no haber visto nunca a Moricz, estaba convencido de que la tendencia criminal del joven se debía a características biológicas que debían tener su origen en la mala alimentación o en particularidades físicas que hubiera recibido por herencia directa. Lombroso remitía al último hallazgo de la ciencia, resultado de su propia investigación, y afirmaba decididamente que había una relación directa entre la genialidad de Moricz y su enfermedad mental. Lo que no podía determinar con seguridad, en cambio, era de qué tipo de enfermedad mental se trataba, por eso recomendaba al *signor* Spinoza que llevara a su hijo a un psicoanalista —al doctor Sigmund Freud en Viena o a su colega Sándor Ferenczi en Budapest— para que lo examinaran detenidamente.

La consulta del médico se encontraba en una tercera planta con vistas al Danubio y las sombrías colinas de la parte Buda de la ciudad. El olor dulzón de la habitación hizo que Moricz recordara las delicias turcas que solía robar en la tienda de *delicatessen* de Hermann Kohn. Si había ido al psicoanalista era sólo porque su padre lo había obligado y tenía



decidido *a priori* no confiar en absoluto en Sándor Ferenczi.

—Adelante, señores Spinoza, pasen.

El médico era un hombre de poca estatura y mirada oscura y penetrante tras las gruesas lentes de sus gafas. Hablaba con rapidez, se movía a sacudidas y transmitía nerviosismo.

—Señor Spinoza, suelo leer todo lo que escribe y conozco su importante labor como periodista. Usted defiende la justicia y se coloca siempre de parte de los más débiles de la sociedad, y en contra de los más fuertes. Entiendo que ha proporcionado usted una educación burguesa a su hijo y que la honradez y la sinceridad han constituido valores centrales. Pero que el chico, por razones desconocidas para usted, se deja llevar repetidamente por el irresistible deseo de cometer actos delictivos. ¿Lo he comprendido bien? ¿Por eso está usted aquí?

Bernhard se sentía cohibido y se movió incómodo en la silla. Moricz permanecía rígido como un palo.

—Conozco al catedrático Lombroso de Milán y él me ha recomendado que acuda a usted en busca de ayuda —explicó Bernhard—. Mi hijo Moricz es un buen chico, es cariñoso y creativo, tiene sentido del humor, ganas de aprender y muchos otros talentos. Pero siempre ha tenido problemas para atenerse a la verdad. Mientras se limitó a mentir me lo tomé con calma, pensando que la edad le enseñaría a controlar sus fantasías. Pero ahora ha cometido también algunos delitos menores y eso me preocupa. Por eso acudo a usted. Espero que pueda usted curar a mi hijo.

—Señor Spinoza, tengo que ser sincero con usted. No creo que sea capaz de curar a su hijo, pero puedo intentar entenderlo.

Tras nueve meses de terapia, Ferenczi se sentía frustrado: no había avanzado ni un paso con Moricz. Muchos de sus pacientes tenían ideas extrañas, pero este caso superaba todos los demás. El médico nunca había visto una personalidad tan disociada. El joven lo visitaba tres veces por semana y Ferenczi tenía la impresión de que cada vez había una persona nueva en el sofá. Un día Moricz se mostraba callado y cerrado y mantenía la mirada clavada en el suelo. Otras veces se reía entre dientes durante media hora seguida y luego daba las gracias al psicoanalista por haberle prestado toda su atención. A veces sollozaba con la frente presionada contra las rodillas y decía que lloraba por su difunta madre y que hasta entonces no había sido capaz de hacerlo. A menudo se proyectaba en el tiempo y el espacio y contaba una infinidad de historias inconexas e increíbles sobre su familia, que llevaba errando por Europa desde el nacimiento del reino de Portugal. Afirmaba que uno de sus antepasados podía resucitar a los muertos y transformar a viejos impotentes en viriles toros. Sostenía firmemente que otro de sus antepasados había vivido más de trescientos cincuenta años después de tomar siete gotas de una pócima de inmortalidad, que otro había sido un rico marajá de la India sin hablar una palabra de hindi, que un tercero había iniciado la Revolución Francesa y perdido la cabeza en el cadalso, y que un cuarto había inventado la corriente eléctrica y provocado un incendio que acabó con la vida de sus siete hijos. Un día llegó a la consulta y proclamó que su madre era una princesa ciega y que su abuela materna había sido la dama cortesana más famosa de Viena.

Por la noche, Ferenczi se rascaba a menudo la cabeza cuando releía sus anotaciones. Al final comprendió que Moricz, desde el principio, había buscado conscientemente confundirlo con sus alocadas historias y que así era como el joven intentaba proteger su auténtico yo. Pero ¿cuál era su auténtico yo?

Ferenczi se sentía confuso. No lograba asir las oscuras profundidades de las que

Moricz extraía la fuerza para sus relatos y sus espectáculos de transformación psicológica. Asumió su incapacidad de proporcionar un diagnóstico completo de la psique de aquel extraño adolescente y se preguntó si debía dirigirse a Sigmund Freud en busca de ayuda, aunque descartó provisionalmente la idea porque le resultaba humillante reconocer su fracaso y no estar a la altura profesionalmente. Sin embargo, una pausa de todas sus visitas entre Navidad y Año Nuevo le dio un respiro para pensar. Estaba sentado en su mecedora y en un momento de lucidez llegó a la conclusión de que no había más salida que reunir todas sus anotaciones y diarios sobre Moricz y enviarlos a Berggasse 19, en Viena. Sólo Freud, con su estricta falta de ilusiones, podía penetrar los motores ocultos de aquel joven y además nunca tenía problemas para hacer observaciones psicológicas de gente a la que ni siquiera había conocido.

## UNA CADENA HISTÓRICA

Últimamente a veces me he preguntado cómo podía Moricz saber tanto sobre la familia Spinoza. La explicación debe de ser la siguiente:

Poco antes de que llevaran a Nicolas a la Conciergerie, él reflexionó sobre la suerte de Danton y, con un estremecimiento, llegó a la conclusión de que también a él podía ocurrirle algo horrible. Entonces hizo prometer a Chiara que mantendría viva la larga historia de la familia Spinoza para sus dos pequeños hijos, que guardaría *El elixir de la inmortalidad* de Benjamin a buen recaudo, sin abrir ella jamás el libro, y que un día se lo entregaría a su hijo mayor Gérard.

Chiara no era una santa y Dios, evidentemente, no constituía el centro de su existencia. Disfrutaba del vino y los cotilleos y, como es obvio, la relación que mantuvo con Amschel y Angela —aquel *ménage à trois*— atentaba contra la visión moral de su tiempo. Tampoco tenía cerca ningún Spinoza en el que apoyarse. Pero eso no le impidió cumplir la promesa que le había hecho a Nicolas. Puede que lo hiciera por lealtad, o tal vez porque comprendía lo particular que es nuestra familia.

La familia Spinoza surgió con un asombroso misterio acontecido casi antes del nacimiento de los Estados europeos y ha interpretado un papel importante en la historia sin que ninguno de nosotros se haya vuelto arrogante por el conocimiento secreto —completamente incomprensible para las personas de la época moderna— con el que hemos cargado a través de diversas épocas y países. Nunca hemos hablado de ello. No porque la profética voz de Moisés nos gritara desde un polvoriento camino de León que debíamos temer la furia de Dios y su atroz castigo si decíamos una sola palabra a alguien, sino porque sabíamos —y el que sabe no necesita hablar de ello— que el sentido de nuestro conocimiento era la mejora del mundo. Nuestra vida entera ha estado atravesada por este convencimiento, que no hemos escogido nosotros mismos, pero que hemos pasado de generación en generación, y hemos sabido que llevando el pasado sobre nuestros hombros, servíamos al futuro.

Cuando Chiara enterró a sus dos hijos, tuvo que empezar otra vez desde el principio y le tocó a Jakob escuchar las historias sobre nuestra familia y heredar el libro de Benjamin. Me imagino perfectamente las conversaciones que se desarrollaban entre la abuela y el nieto. Chiara consiguió inculcar a Jakob que él era un eslabón imprescindible de una larga cadena histórica que nadie debía romper y que tenía que subyugarse a la herencia familiar que otorgaba sentido y significado a la vida de los individuos de la familia. Jakob quería a

su abuela más que a nada en el mundo y con el tiempo cumplió concienzudamente sus obligaciones para con la tradición familiar.

Tras la muerte de Jakob, el libro pasó a manos de su hijo mayor Bernhard. El comprometido periodista, que perdió demasiado pronto a su adorada esposa, nunca tuvo tiempo para profundizar en la relación con sus tres hijos porque estuvo demasiado ocupado intentando salvar al mundo. Y desde luego no fue capaz de transmitir a la siguiente generación las leyendas familiares que había oído en su infancia, puesto que las consideraba historias para niños y no quería engañar a sus hijos respecto de su pasado.

Aun así, quizá no sea tan raro que Moricz lograra adquirir profundos conocimientos sobre el pasado. Para él no había nada más natural que hurgar constantemente en los armarios de su padre, forzar las cerraduras de sus cajones o registrarle los bolsillos de la chaqueta buscando algo valioso que robar. Bernhard se habría muerto de pena si hubiera sabido a lo que se dedicaba su hijo desde la más tierna infancia.

Un día, Moricz encontró *El elixir de la inmortalidad* en un cajón secreto del escritorio de su padre. Empezó a hojear el libro, pero se dejó amedrentar por el aplastante peso de los incomprensibles misterios que llenaban las páginas. Gracias a un instinto de supervivencia que le advirtió oscuramente de un peligro inminente, se apresuró a dejar el libro en su sitio, cerró a conciencia el cajón secreto y salió del despacho. Algunos segundos más tarde, su padre regresó a casa para coger unos importantes documentos que se había dejado sobre el escritorio.

Sin embargo, el recuerdo del libro no daba tregua a Moricz. Impulsado por una creciente curiosidad, regresó al cabo de una semana al despacho y sacó el grueso libro encuadernado en cuero. Abrió el libro al azar y leyó el comienzo del segundo capítulo: «El primer Spinoza mezclaba hierbas que daban la vida y el último transformará en humo la herencia de la familia».

Se dio cuenta de que *El elixir de la inmortalidad*, entre otras muchas cosas, contenía una detallada narración sobre la historia temprana de la familia. Descubrió fascinado que Benjamin había vaticinado una serie de acontecimientos del futuro. Buscó frenéticamente la historia de su propia vida, porque tuvo la sensación de que la habían plasmado sobre el papel más de doscientos años antes, pero no comprendió el único pasaje en que se hablaba de su vida, porque leyó el libro antes de tiempo.

## **EL ANÁLISIS Y EL «PUTSCH»**

Ferenczi leyó la breve carta de respuesta con cierta decepción. Le sorprendió que lo poco que Freud tenía que decir sobre Moricz estaba formulado de un modo vago y se mantenía en un nivel tan general que podía aplicarse no sólo a todos sus pacientes, sino incluso a la mayoría de los judíos de Centroeuropa.

Dos mil años de persecución y una vida encerrada en los guetos, donde la libertad de movimiento está muy restringida, decía el padre del psicoanálisis, han generado un patrón de conducta específicamente judío, que se refleja en su lenguaje corporal, su imparable voluntad de ascensión, su intensa conversación, en su nivel de actividad siempre alto y en su ambición de ser siempre el mejor para siquiera sobrevivir. Pero también en su apenas controlada impaciencia, su extremada sensibilidad a todo tipo de estímulos que puedan parecerle amenazadores, sus vehementes ataques de furia, su cabezonería y unos temores más negros que la noche.

Freud constataba que Moricz Spinoza tenía todo esto, pero que carecía de la genuina curiosidad del judío por las demás personas, y de su sentido del humor y su capacidad para no tomarse a sí mismo demasiado en serio. Esto se debía a que el adolescente tenía un trastorno de la personalidad narcisista y una enorme necesidad de ser siempre el centro de atención y a que carecía de empatía. En su interior se libraba una batalla constante entre un entusiasmo exagerado por el propio yo y el desprecio de sí mismo. Normalmente, los pacientes con este trastorno de personalidad rara vez sentían necesidad de cambiar. Pero Moricz es joven y su comportamiento, muy probablemente, se vería positivamente influido por el despertar de los instintos sexuales.

Muchos años más tarde, en el Café Gerbeaud de Budapest, Ferenczi hojeaba distraídamente el *Magyar Estilap* —el periódico de la tarde de mayor tirada que servía a diario sensacionales noticias de todos los rincones del mundo— cuando encontró un extenso artículo sobre el *Putsch* de la cervecería perpetrado en Múnich, en noviembre de 1923, por el partido nazi. El periódico publicaba el artículo con ocasión del comienzo del juicio contra Hitler y sus compinches.

Según el artículo, el intento de golpe de Estado —conocido como *Putsch*—, dio comienzo cuando un grupo de hombres con camisas pardas y brazaletes con esvásticas irrumpió en la popular cervecería Bürgerbräukeller de Múnich e interrumpió a viva voz el discurso que estaba pronunciando el anterior primer ministro de Baviera. A continuación Hitler se subió a una mesa y disparó al techo con su revólver. Anunció que la revolución nacional había comenzado y afirmó que había caído el gobierno del país, lo cual suponía la señal para la liberación de Alemania del terror rojo. Al día siguiente, acompañado del redoblar de los tambores, desfiló a la cabeza de cuatro mil seguidores políticos, algunos de ellos armados con pistolas y otros con estandartes con la esvástica, en dirección al centro de la ciudad. Cuando llegaron, un oficial de las tropas de la policía ordenó abrir fuego contra los golpistas. Se produjo un tiroteo y dos horas más tarde la revolución nacional, que había dejado veinte cadáveres por las calles, había sido derrotada. Arrestaron a los cabecillas, que serían juzgados por alta traición. En el banquillo de los acusados se encontraban Hitler, Ludendorff, Röhm, Wagner y algunos más. Pero Moricz Spinoza, quizá el auténtico cerebro del *Putsch* fallido, seguía en libertad. El artículo reproducía los rumores que afirmaban que había abandonado Alemania y se encontraba en China.

Ferenczi se sorprendió a ver el nombre de Moricz en el periódico. ¿El cerebro tras el intento de los nazis de tomar el poder? ¿Huido a China? No podía ser verdad. Leyó otra vez los pasajes sobre Moricz y, algo alterado, dejó a un lado el periódico y recordó el caso del extraño joven que le contaba todo tipo de historietas y se negaba a ser sincero. Todavía, al pensar en Moricz, el médico sólo podía sentir cierta ternura.

Cuando Ferenczi regresó al despacho, sacó del archivo la carpeta de Moricz y hojeó los documentos. Echó un rápido vistazo a algunos de sus apuntes antes de pasar a la carta de Freud. Le chocó la ligereza del análisis, que era una auténtica tontería y una sarta de obviedades banales. Recordó que la carta de Freud lo había decepcionado desde el principio, pero que en aquel momento no se atrevió a criticar al maestro de Viena por no parecer torpe. Ferenczi se sirvió una copa de coñac y se sentó en el sofá de la terapia. No podía cerrar los ojos a los hechos: las líneas de Freud lo empujaron a recomendar al padre de Moricz que interrumpieran la terapia. Se reprochó a sí mismo haber hecho caso a Freud y se recordó los muchos inconvenientes que tienen las amistades colegiales porque acaban con la sana distancia crítica. Lo que debería haber hecho era escuchar todavía más atentamente a Moricz y guiar las conversaciones hacia su relación con la madre. El médico

pensó que, de haber continuado la terapia, quizá no habría acabado tan mal en la vida.

Ni la carta de Freud ni las horas de terapia con Ferenczi aparecen mencionadas en el libro de Brad Waterstone sobre Moricz Spinoza. Puede que el americano no supiera nada del asunto, pero también es posible que haya omitido conscientemente este episodio de la emocionante vida de Morris por considerar que el análisis de Freud era tan poco científico como la propuesta de Ferenczi a Bernhard Spinoza. El médico aconsejó a Bernhard que dejara a su hijo en manos de una mujer con experiencia, en vez de someterlo a una terapia donde se limitaba a contar historias inverosímiles.

Sobre el encuentro de Moricz con el psicoanálisis nos habló mi tío abuelo. A él se lo había contado Frombichler, con quien solía jugar al ajedrez en la Bierstube Waldvogel en los años veinte en Viena.

## **NUEVOS AMIGOS**

Frombichler y Moricz eran primos y tuvieron trato en Viena algún tiempo antes de la Primera Guerra Mundial. Fue en esa época cuando Moricz conoció al amigo de infancia de su primo, Adi, a quien todavía le quedaba mucho camino por recorrer hasta convertirse en el líder del partido nacionalsocialista alemán. Moricz y Adi hablaban de todo tipo de cosas, a espaldas de Frombichler, hablaban incluso de la cuestión judía, que según Adi era la cuestión más importante de todas. Adi hacía a menudo comentarios antisemitas, pero nunca en presencia de Frombichler porque a éste le indignaba oírlos. A Moricz, en cambio, le hacían gracia los chistes humillantes sobre judíos. En una ocasión, después de hacer un comentario muy despectivo sobre los judíos que hizo sonreír a Moricz, Adi se levantó de la mesa, le estrechó la mano derecha entre las suyas y exclamó: «*Mein Bruder!*».

Tanto Moricz como Adi tenían cerebros criminales y disfrutaban de su mutua compañía mientras trazaban planes en común. Uno de estos planes consistía en apoderarse del tesoro de la familia Spinoza para vendérselo a un duque alemán que mantenía en secreto sus orígenes judíos y que poseía una gran fortuna.

Pero el abuelo se les adelantó. Encontró *El elixir de la inmortalidad* entre los papeles de su padre cuando éste murió, comprendió enseguida que no debía acabar en las dudosas manos de su hermano y escondió el libro. Moricz se indignó y se puso furioso, se sentía estafado. Como primogénito, se consideraba el legítimo propietario del libro y Frombichler lo apoyaba. Fue Adi quien sufrió la mayor decepción porque el austríaco tenía sus propios planes ocultos. Pero se mordió el bigote y no se atrevió a decir en voz alta lo que pensaba: que algún día le quitaría la vida al judío Nathan Spinoza y le echaría la zarpa a *El elixir de la inmortalidad*, libro que, imaginaba, proporcionaba a sus propietarios poder sobre los secretos de la vida y las cuestiones más extremas.

Antes de volver a Chiara y a Jakob, siento la necesidad de decir que aquel que busque el conocimiento histórico y la comprensión filosófica, deberá buscar en otro lado. Yo no afirmo tener ninguna de las dos cosas. Mi única pretensión es salvar a mi familia de la eternidad del olvido antes de morirme yo también. Me queda poco tiempo y, al adentrarme en los laberintos de los recuerdos, muchas veces me duele la cabeza. Por eso no tengo la menor posibilidad de estructurar la narración. Voy anotando mis recuerdos a medida que surgen y no tengo más estructura que la que me proporciona el azar. Pero afirmo no inventarme nada, me limito a reproducir lo que me han contado.

## **HACIA NUEVOS DESAFÍOS**

Chiara, Jakob y su familia llegaron a Viena a principios de diciembre, después de haber pasado los dos años anteriores en Ratisbona, en casa del príncipe Luis de Thurn y Taxis, que había convertido la pereza en un arte de vivir y acabó con serios problemas económicos. Jakob había conseguido reencauzar las finanzas del príncipe vendiendo parte del negocio postal que la familia llevaba desde hacía siglos dentro de la esfera de poder de los Habsburgo. Aquél fue un movimiento visionario que puso los cimientos de los servicios de correos modernos en Europa. Algunos años más tarde, Jakob volvería a ayudar al príncipe negociando un acuerdo por el que el Estado alemán se hacía cargo de la parte que quedaba del negocio de correos de los Thurn y Taxis a cambio de extensas propiedades de terrenos. Esto convirtió al príncipe en uno de los mayores terratenientes de Europa y a Jakob en un admirado genio de la economía.

La familia Spinoza se alojaba en el Hotel Savoy. Hojearon los periódicos durante el desayuno, pero Chiara y Jakob tenían otras cosas en la cabeza que la cuestión que ocupaba a la prensa de Viena: si el emperador Francisco José y su esposa Isabel —o Sissi, como la llamaban— iban a realizar un segundo viaje de novios, en esta ocasión a Corfú, porque a la emperatriz le entusiasmaba la *Odisea* de Homero y sobre todo el canto que versa sobre el naufragio del héroe errante en aquella isla.

Chiara y Jakob estaban más concentrados en el hecho de que un par de días más tarde se dirigirían hacia el sur a través de un Burgenland cubierto de nieve. Allí los esperaba Rodolfo Biederstern con nuevos desafíos.

## **EN LA FINCA**

Desde épocas remotas, el tiempo había estado detenido en Biederhof. La gente que trabajaba en la finca —los cocineros, los camareros, las lavanderas y las planchadoras, las costureras y las amas de cría, las limpiadoras y los pinches de cocina, los guardias forestales y los jardineros, los encargados de las caballerizas y los trabajadores de la serrería, los trabajadores manuales y los cocheros, los ayudantes y los aprendices— había nacido en aquellas tierras y sus padres habían servido a la familia Biederstern durante varias generaciones antes de ellos. Aquel que entraba al servicio del príncipe, sabía que tendría siempre trabajo y el pan asegurado.

Los habitantes de Biederhof formaban una gran familia en la que todo el mundo tenía y conocía su sitio, donde todos se conocían y formaban parte de una totalidad mayor.

Hasta donde podían recordar las gentes, a Biederhof nunca había ido a trabajar nadie de fuera. Jakob Spinoza fue el primero y su elección como administrador sorprendió a la gente.

Todos los de la finca, salvo el príncipe Rodolfo y su madre, Clementina, estaban reunidos delante del palacio el frío día de invierno en que Jakob llegó con su familia. No pocos arquearon las cejas cuando se bajaron del coche y muchos se pusieron de puntillas para verlos mejor. La víspera, el señor del palacio había ofrecido vino a todo el mundo antes de anunciar la inminente llegada de un administrador con esposa y tres hijos. Pero nadie había contado con que traería también a una anciana, la criatura más extraña que habían visto por allí en siglos: llevaba ropa de hombre y el pelo gris cortado casi al ras. Tampoco esperaban que Jakob pronunciara un breve discurso en el que se presentó a sí

mismo, a su esposa Eleonora y a su hijos, pero ante todo a la anciana, que era su abuela paterna y no su madre, como muchos habían supuesto. Pero la verdadera sorpresa llegó cuando contó sin ambages que era judío, extremo que Rodolfo había olvidado comunicar a la gente. A nadie se le escapó el orgullo y la humildad que traslucía su voz cuando añadió: «Espero que nadie vea esto como un impedimento para que podamos realizar un buen trabajo juntos».

Los trabajadores contemplaron la enorme nariz de Jakob y se sintieron un poco incómodos. Aunque no se parecía al vendedor ambulante al que todos despreciaban —un judío con la espalda curvada por los pesados lastres de la vida, que vestía un viejo caftán negro y llevaba la cabeza cubierta por un casquete y largos tirabuzones en las sienas, y hablaba con un fuerte acento de Europa del Este— y que a veces se perdía por aquellos parajes en los que los hombres circuncidados eran tan infrecuentes como las águilas marinas, intentando colocarle baratijas a la gente decente. La ropa de Jakob, el hermoso sonido de su lenguaje y su modo seguro de conducirse indicaban que era un caballero de la gran ciudad y eso infundía respeto. A ninguno de los congregados en la explanada ante el palacio se le pasó por la cabeza susurrar alguna palabra despectiva sobre él, no se atrevían.

Pero era judío y era forastero.

Rodolfo había subrayado que todos debían cumplir las órdenes del nuevo administrador y seguir todas sus indicaciones. Normalmente no habría supuesto ningún problema, puesto que estaban acostumbrados a obedecer ciegamente la autoridad del príncipe. Pero para la mayoría de los habitantes de la finca —hombres y mujeres sencillos cuyas ideas sobre el pueblo de Moisés se nutrían de la imagen de los judíos que predicaba la Iglesia católica— era imposible considerar a uno de los asesinos de Cristo como un igual, y más todavía recibir órdenes de esa persona. La sola idea les resultaba desagradable y humillante.

## DOS REUNIONES

El encuentro con el señor del palacio no fue exactamente el que los recién llegados habían esperado, pese a su buen comienzo. Rodolfo los recibió en su despacho y al darles la bienvenida sus ojos resplandecían de expectación y entusiasmo. Dio a Jakob un apretón en el hombro con sorprendente calidez y dijo: «Ha logrado usted un éxito extraordinario en Ratisbona. Y ahora hará lo mismo aquí, ¿verdad?».

Los invitó a acompañarlo al comedor pequeño para tomar algo. Tras el brindis de bienvenida con el exquisito riesling del palacio, el grupo se sentó a la mesa. Eleonora tenía sobre las rodillas a la pequeña Claudia, a la que todavía daba el pecho. Los dos chicos, Bernhard y Nikolaus, se habían ido a la cocina con una cocinera. Dos criados trajeron una enorme bandeja de plata repleta de salchichas, fiambre de cerdo y jamón cocido, dispuestos en elegantes filas alrededor de una gran cabeza de cerdo que constituía el centro de la decoración.

«Puedo garantizar que esta *Wurst* especiada con ajo es la más sabrosa que se puede encontrar en todo Burgenland», se jactó Rodolfo.

Contó que acababan de matar unos cerdos y que la salchicha fresca estaba hecha según una receta que había llevado a Biederhof la gorda Mathilda. Añadió que la cocinera, que no tenía hijos, era como una madre para él, que de hecho la quería más que a su propia madre y propuso un brindis por ella.

Surgió un incómodo silencio. A pesar de que ninguno de los invitados era religioso, tampoco comían cerdo. Jakob intentó explicar por qué no querían tocar la comida.

Rodolfo lo miró con una expresión que reflejaba su absoluta incapacidad de entender que alguien pudiera rechazar las salchichas de Mathilda. Se le dilataron las fosas nasales porque intuía algo sin saber qué y eso lo ponía nervioso. Se sirvió otra copa de vino y la vació de un trago. Se sirvió una más y la vació a la misma velocidad. Se sobrepuso. Para escapar de la incómoda situación empezó a hablar de la historia de su familia. Habló de sus viejos ancestros que habían servido heroicamente al emperador con la espada en la mano y Austria en el corazón, llenos de fogosidad y orgullo. Los Biederstern amaban al emperador, al igual que a Dios, obviamente. Al fin y al cabo la familia Biederstern era una de las primeras hijas de la iglesia del país. Aunque él personalmente no honraba ni a quien ocupaba el trono del cielo ni a quien ocupaba el de Austria. Bebió más vino y comparó el magnífico pasado de la familia con su terrible presente. Se lamentó de tener prohibido ir a Viena. No es que echara de menos la música, el arte, los teatros o los recitales de poesía. No lo hacía. Tampoco añoraba la vida mundana con todos aquellos payasos pomposos que se paseaban por el mundo de los salones y, con la nariz en alto, intercambiaban sus fruslerías. Era la ciudad lo que él echaba de menos. El somnoliento idilio campestre lo sacaba de quicio. A continuación bebió aún más. Habló pestes del anterior emperador, Fernando, un hombre mezquino que había arruinado su matrimonio, y bebió más vino. Dijo que se había casado por un motivo hasta entonces extraño en su familia: el enamoramiento. Por eso a sus familiares les había costado entenderlo y la aristocracia de Viena había difundido vergonzosos rumores sobre él. Bebió todavía más y empezó a trabársele la lengua. Con los ojos bañados en lágrimas contó que su esposa había sido una mujer extraordinariamente hermosa, pero no de esas que se quedan calladas en casa bordando. Su esposa había sido una puta que se acostaba con cualquiera. La conoció en la casa de placeres más famosa de Viena, donde ella había sido la mayor atracción. Él le había entregado su corazón y su impoluto apellido, pero ella lo había traicionado a diestro y siniestro, cuando lo que lo había impulsado a él a casarse había sido el sueño de la fidelidad. Pero no hay amor sin el riesgo de pérdida, sentenció vaciando la copa una vez más. Después se levantó, se sirvió más vino y alzó su copa. Cuando iba a proponer un brindis por su difunta esposa, a la que seguía amando, se desmayó. Cayó de bruces y aterrizó con todo el cuerpo sobre la mesa, y su cara quedó a pocos centímetros de la cabeza del cerdo, como si pensara besar al animal.

«*Pfui, er ist ein ekelhafter Mann*», exclamó Chiara, a quien le indignó que Rodolfo tuviera tan poco dominio de sí mismo y unos modales tan poco civilizados. Antes de abandonar la habitación con la cara pálida bajo el colorete, repitió sus palabras: «¡Qué horror de hombre!».

A edad muy avanzada, Chiara empezó a escribir sus memorias. Tenía ya ochenta años y, más allá de su extensa correspondencia con su hermana Allegra, no había escrito nada desde su debut cincuenta años antes. Había hecho varios intentos que la habían conducido irremisiblemente a callejones sin salida. Nunca había logrado volver a sentir el delicioso pulso del idioma ni el salvaje espejismo del poeta, lo cual había privado de alegría y deseo a su fuerza creativa. Al final se había dado por vencida por miedo al fracaso.

En sus memorias describe el alivio que sintió al conocer a Clementina a las pocas horas de llegar a Biederhof. Rodolfo no había hecho precisamente *la bella figura* y el primer impulso de Chiara fue abandonar el palacio. Pero Jakob intentó disuadirla, a pesar de que tuvo que admitir que por un momento el comportamiento de Rodolfo, tan



inapropiado para un hombre de su clase y cuna, lo había empujado a especular en la misma línea que ella, pero le pidió que controlara su rechazo tratara de adaptarse a las circunstancias.

La cara radiante de Clementina supuso un agradable contraste con la de Rodolfo. La princesa no intentó ocultar lo mucho que se alegraba de que Chiara se instalara en Biederhof, lo cual aliviaría la monotonía de su existencia. Lo cierto era que hacía mucho que no sentía alegría, desde el aciago día en que la carroza de la familia, tirada por cuatro caballos, se hundió en las aguas congeladas del lago de Neusiedler, llevándose a sus dos hijas con ella. También hacía mucho que no tenía contacto con las familias nobles de Viena y le resultaba impensable contar sus preocupaciones a las criadas. Pero las dos mujeres tenían más o menos la misma edad y no quedaba mucha gente de su generación que todavía tuviera energías para resistirse al implacable paso del tiempo. Por eso esperaba que Chiara quisiera tomar el té con ella por la tarde de vez en cuando.

A pesar de lo diferentes que eran, las señoras disfrutaban de la mutua compañía. La fuerza de los recuerdos de ambas era grande y sus conversaciones versaban con frecuencia sobre el pasado. Habían tenido una vida larga en una época impetuosa y turbulenta, y a ambas les había tocado su parte de las incomodidades que ésta había acarreado.

Un día Clementina habló de la enorme importancia que había tenido la novela de Chiara para su esposo, para todos sus correligionarios en Viena y, por supuesto, también para ella. Contó que Heindrich había gozado de geniales talentos inusuales en su estamento social, pero además había sido un hombre de acción y había logrado que el libro se tradujera al alemán. Reconoció que el día en que cayó Robespierre había sido un gran día para ellos y que todos lo recordaban con cariño. Pero hasta leer su novela, los aristócratas no se habían librado del pánico en el que habían vivido desde el estallido de la Revolución Francesa. Fue entonces cuando la mayoría de las personas de alta cuna comprendió que la oscura noche de la represión había acabado.

También dijo que le gustaría leer más obras de la misma pluma, pero se dio cuenta de que los hombros hundidos de Chiara evidenciaban que se tomaba muy a pecho no haber escrito más. Chiara le explicó que aun así, en las últimas décadas, había tenido que ver cómo se escapaba una oportunidad tras otra dejando las promesas incumplidas. Clementina respondió que aunque a su edad la vida ya no creciera, sino que mermaba, Chiara debía intentar escribir sus memorias. No tenía nada que perder. Nadie podía exigirle que produjera una obra de arte. Le dedicó una tierna sonrisa y dijo: «Tiene usted que ordenar sus ideas y escribir otro libro para que podamos devorarlo».

Esa misma noche, la lámpara de la habitación de Chiara estuvo encendida hasta altas horas de la madrugada.

## **LA VIDA COTIDIANA EN BIEDERHOF**

Jakob estaba ansioso por conocer a todo el mundo en Biederhof y pasó los primeros días paseando y saludando a la gente para averiguar a qué se dedicaban y cómo se llamaban los miembros de las familias. Era consciente de que la figura del administrador de una finca era bastante inusual en Austria y de que su condición de judío podía ser fuente de envidias y rechazo, por no decir odio. Eso era lo que quería evitar a toda costa.

Dejó claro a todos lo que esperaba y deseaba de ellos. Cuando tuvieran un problema, tenían que acudir a él de inmediato y nadie tenía nada que temer.

Los trabajadores recibían a Jakob con rostros inexpresivos. Se sentían inseguros y no sabían cómo relacionarse con él. Su interés y su carácter abierto sorprendió a todos, porque habían vivido sin que nadie se fijara en ellos y no estaban acostumbrados a que sus superiores los trataran con respeto. Pero lo que más les impresionaba no eran sus palabras, de hecho muchos no acababan de entender las implicaciones de lo que Jakob les decía, sino su talante cálido, su amabilidad natural y el compromiso que demostraba con su trabajo, que provocaban unas reacciones muy positivas. Sin embargo, no convencía a todo el mundo, algunos eran y seguirían siendo escépticos. Otros, más osados, pensaban que la amabilidad que les ofrecía el narigudo judío podía ser una trampa. También había quien vaticinaba que el aparentemente benigno administrador podía un día transformarse en un furioso y malvado demonio.

Jakob vendió una parte de las tierras y los bosques de los Biederstern a los dueños de las fincas vecinas, los príncipes Esterházy y Batthyány, para satisfacer las exigencias de los acreedores. Incluso logró cubrir las pérdidas sufridas por los primeros fiadores como consecuencia de la sistemática negligencia económica de Rodolfo. Después de calcular los gastos e ingresos de la finca con la misma tozuda exactitud que demuestra el relojero al construir sus mejores relojes, llegó a un complicado acuerdo con Salomon Rothschild —director de la filial vienesa del banco— para la concesión de una extensa hipoteca. Invirtió el dinero obtenido en la serrería, la labranza y algunas industrias menores que puso en marcha en la finca. Estableció contactos con los más destacados representantes de la clase media que llevaban negocios en la capital. Con su excepcional instinto para la economía y el comercio, en pocos años logró que Biederhof floreciera.

La tercera primavera la finca padeció un mal poco habitual en Burgenland. Como consecuencia de las copiosas lluvias de primavera y el calor del sol, se produjo una plaga de mosquitos que oscurecieron el cielo y le chuparon la sangre a todo bicho viviente. Al cabo de unos días, todo el mundo estaba hinchado como consecuencia de incontables picaduras e incluso había tragado mosquitos con la respiración. Al final se hizo imposible permanecer fuera de casa, así que todos se dedicaron a esperar sin saber bien a qué esperaban. Pero aguardaban pacientemente detrás de las puertas cerradas. Lo único que perturbaba el silencio que se había extendido por la finca eran las campanadas de la misa del domingo.

Cuando Jakob se enteró de que el cura se había concentrado en su sermón en la cuarta de las diez plagas de Egipto, en los mosquitos que invadieron el país del faraón, se quedó petrificado. Entendió que había que hacer algo, y de inmediato. No podía limitarse a quedarse sentado con los brazos cruzados, permitiendo al cura fustigar la imaginación de la gente. Sabía perfectamente la rapidez con la que pueden extenderse ciertas ideas incómodas y las consecuencias que esto puede acarrear.

Fue a Chiara a quien se le ocurrió la solución. En una ocasión, a las afueras de Frankfurt, había visitado con Amschel una granja de abejas y se acordó de los trajes que llevaban los apicultores cuando atendían los panales. Propuso a las mujeres que sacaran los retales que tuvieran en casa y cosieran guantes y máscaras. Fue muy rápido. A las pocas horas todos pudieron retomar sus labores, cubiertos como apicultores. La gente recuperó el buen humor, se alegraban de poder trabajar de nuevo aunque la plaga tardara aún algunos días en remitir.

Pasaban los meses. Una estación sucedía a la otra. El quinto invierno que Jakob vivió en la finca, varios de los trabajadores y sus familias, sobre todo los viejos y los niños, enfermaron con una tos crónica con esputos sanguinolentos, fiebre alta, dolores de pecho,

sudores nocturnos y gran pérdida de peso. El médico sospechaba que era tuberculosis y que se propagaba con el viento cuando la gente tosía o estornudaba.

El cura tenía otra interpretación. Con una pasión capaz de asustar a cualquiera afirmaba que aquello era el castigo divino por la promiscuidad y frivolidad con la que la gente se había mancillado. Durante una visita a la familia del jardinero, donde habían ido enfermando diversos miembros de la familia, el cura insinuó que había un vampiro en la finca que chupaba la fuerza vital. Muchos estaban de acuerdo con él.

Jakob se vio forzado a tomar decisiones rápidas para evitar la ulterior propagación de la enfermedad y acabar con la plaga de rumores que había sembrado el cura. Según el médico, el hacinamiento y la falta de higiene de las casas de los trabajadores generaban un ambiente favorable para la propagación de la tuberculosis. Sin consultárselo a Rodolfo, Jakob empleó parte de los beneficios acumulados para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Ordenó que derribaran las viviendas viejas y construyeran otras nuevas. Además montó una enfermería y un colegio para los niños.

## DOS DEFUNCIONES

Los trabajadores recibían a Jakob con miradas tristes cuando se supo que Chiara había enfermado. La familia llevaba ya varias semanas oyendo el débil ruido de la tos saliendo de su dormitorio, donde pasaba las noches empapada en sudor y atendida por Eleonora. El médico no tenía un remedio contra la tuberculosis, la enfermedad estaba demasiado avanzada, y lo único que podía hacer era darle palabras de consuelo a Chiara. Advirtió a Jakob que su abuela no llegaría a la primavera.

Los niños la llamaban *Grossmutti*. Les encantaba escuchar sus historias. Los viernes por la tarde, Chiara solía contarles algún pasaje de la obra más famosa de su abuelo, el rabino Moshe Chaim Luzzatto. *Messilat Yesharim* (El camino de los justos) adopta la forma de una discusión sobre moral entre un judío sabio y un judío virtuoso. Durante el último sabbat que celebró con la familia tres días antes de su muerte, les habló de una oscura profecía. Se trataba de un enemigo de Israel que amenazaría la existencia del pueblo entero y les ocasionaría una derrota de la que no se recuperarían en miles de años. Su nombre sería... Chiara calló y miró distraída al vacío mientras Jakob, Eleonora y los niños la miraban con los ojos como platos esperando que pronunciara el nombre. Pero resultó que se le había olvidado.

—Niños —dijo al cabo de unos segundos de silencio y con enorme seriedad en la voz—, no sabéis lo privilegiados que sois de vivir en un tiempo y un lugar donde, por ahora, nada amenaza vuestra seguridad. Vuestros antepasados no tuvieron la misma suerte y me temo que vuestros descendientes lo pasarán infinitamente peor.

—*Grossmutti* —fue Bernhard, que tenía catorce años, quien tomó la palabra—, da la impresión de que se te ha olvidado el nombre del atroz enemigo, pero ¿recuerdas el resto de la historia? ¿Qué tenemos que hacer para vencerlo?

—No lo sé —respondió Chiara—, no lo sé. Nunca he intentado penetrar los secretos de Dios.

El alma de Chiara apenas había alcanzado a subir al cielo cuando Clementina le siguió los pasos. La princesa murió mientras dormía. Las criadas del palacio susurraban que se le había parado el corazón cuando la añoranza de su amiga se tornó excesiva.

Rodolfo se sintió perdido al enterarse de la muerte de su madre. Unos minutos más

tarde, su pena estalló en un violento enfado contra un criado que no entendió que quería una botella de vino tinto con la que digerir la noticia de la mañana.

### **EL ÚLTIMO DESEO DE CHIARA**

El ataque al corazón que sufrió Salomon permitió a Jakob cumplir al menos uno de los dos últimos deseos de Chiara. Durante los dos últimos años de su vida, el cabeza de familia de los Rothschild ya no era el hombre enérgico y decidido que apenas una década antes había expulsado a Jakob del banco. Su frágil salud le impidió llevar a cabo una gran transacción de préstamos al mismísimo emperador de Austria. Como ninguno de los hermanos tenía la posibilidad de hacerse cargo del asunto, el consejo familiar decidió recurrir a Jakob. Éste puso una sola condición para aceptar, y subrayó que era ineludible: que Chiara fuera enterrada en la tumba donde descansaban Amschel y Angela. El consejo familiar lo aceptó de inmediato.

El segundo deseo de Chiara, en cambio, no pudo cumplirse, sobre todo por las dificultades prácticas. Ella había querido que su corazón se colocara en el ataúd de Nicolas en el Cimetière du Père-Lachaise de París.

### **LA PRINCESA**

Poco después de la muerte de Chiara y Clementina, sucedió algo extraño e inesperado en Biederhof. Una mañana de primavera, un coche de caballos trajo a un hombre ajado y a una niña de doce años con una larga melena negra. El hombre quería hablar con el príncipe Biederstern. Rodolfo se encontraba reunido con Jakob cuando llegó un lacayo y anunció que un extraño —al que describió como de corta estatura, flaco, desafeitado y mal vestido— preguntaba por él y que venía acompañado de una niña. Rodolfo dio instrucciones de que el hombre esperara en el salón y pidió al lacayo que no lo perdiera de vista, para que no robara nada. Después siguió escuchando el meticuloso informe sobre la situación económica de la finca. Al finalizar la reunión, a Rodolfo se le había olvidado hacía rato la llegada del hombre. Se tomó un largo almuerzo y después se echó la siesta porque un par de copas de vino lo habían dejado somnoliento. Cuando se despertó, el lacayo le contó que tras cinco horas de espera, el hombre había empezado a impacientarse un poco y había pedido otra vez ver al príncipe. Ni siquiera entonces Rodolfo se apresuró, porque no podía imaginarse que aquel encuentro sería uno de los más importantes de su vida. Pasaron otras dos horas hasta que estuvo listo para ver al forastero.

—Su Alteza —dijo el hombre—, supone un gran honor para mí poderle conocer al fin. He oído hablar mucho de usted y durante años he intentado imaginarme cómo sería verlo aquí en su palacio.

—Vaya al grano, por favor —lo interrumpió Rodolfo con impaciencia. Aguardaba con actitud soberbia, convencido de que el andrajoso con la niña era un mendigo y le resultaba natural tratar despectivamente a una persona así. Se produjo un ambiente gélido en el salón—. Soy un hombre ocupado, no tengo tiempo para adulaciones. ¿A qué ha venido? ¿Qué quieren de mí usted y su hija?

—No, Su Alteza, yo no quiero nada de usted. Al contrario. He venido a darle algo. —Señaló a la niña—. Ariadne no es mi hija. Es carne de la carne de Su Alteza. He venido para dejársela a usted. Mi nombre es Alois Braun. Cuando Ariadne nació, mi hermana

Arabella nos pidió a mi esposa y a mí que le diéramos un hogar a la niña. Nunca se me olvidará la desesperación de Arabella cuando las circunstancias la obligaron a renunciar a su única hija, pero no tenía elección. No podía hacerse cargo de ella. Nosotros le prometimos ocuparnos de ella y la hemos criado desde entonces. Pero ahora mi esposa ha muerto y yo tengo otros once hijos y ni siquiera pan para darles. Nadie puede reprocharme que no sea capaz de seguir ocupándome de Ariadne. Tengo una sola habitación y muchas bocas que alimentar. No puedo ofrecerle esperanza ni posibilidades, sin embargo los príncipes siempre tienen un Dios que los protege. Su hija estará bien con usted. Ariadne es una niña absolutamente encantadora. Le gustará a usted.

Rodolfo ya no escuchaba las palabras del hombre, estaba mirando a la niña, que mantenía la cabeza gacha intentando ocultar la cara bajo la espesa melena.

—Oye, tú, levanta la cabeza —la exhortó Rodolfo—. Quiero verte la cara. Tengo que averiguar si tienes alguno de los rasgos de los Biederstern. ¿Cómo podría saber si eres mía si no? Tu madre no era exactamente una santa.

—Ariadne siempre está alerta en presencia de gente que no conoce —intentó explicarle el hombre—. Vuestra Merced tendrá que disculparle que mire al suelo. Se debe a que no ve nada. Nació ciega porque mi hermana le contagió la sífilis.

Rodolfo se acercó a la niña. Le levantó la barbilla y le apartó el flequillo para poder estudiar bien los rasgos de su cara y empalideció al descubrir que Ariadne era la viva imagen de su propia madre, Clementina. La noticia de que tenía una hija lo dejó mudo y se vio obligado a sentarse.

## **UN FUEGO DOBLE**

A Rodolfo le resultaban casi insoportables todos los recuerdos de Arabella que despertaba su hija y los extraños cambios de ánimo de la niña lo sumieron en un abismo de temprana vejez. Cuando Ariadne llegó a Biederhof, Rodolfo no tenía ni cuarenta años. A los pocos meses aparentaba sesenta. Al principio sólo los criados murmuraban que el príncipe había avejentado de un modo anormal, aunque bien merecido, pero al poco estaba en boca de todo el mundo que la hija ciega del señor le daba tantos disgustos que éste había envejecido veinte años en seis meses.

De aspecto, Ariadne era idéntica a Clementina, pero el temperamento lo había heredado tanto de su padre como de su madre. La niña atormentaba a Rodolfo con constantes cambios de humor y él reaccionaba con tal irritación que a veces casi parecía que quería matarla. Un día la cosa llegó tan lejos que fue por una escopeta, la cargó y la sostuvo a pocos metros de la cabeza de la niña. Ella no podía ver lo que Rodolfo estaba a punto de hacer, pero un lacayo desesperado gritó: «No dispare, Vuestra Merced, en nombre de Dios, es su propia hija». Aquello aplacó su furia y le hizo cerrar los ojos. Al calmarse, se recordó a sí mismo de niño con pantalones cortos, cuando le daban sus violentos ataques de furia, y le vino a la cabeza la expresión desesperada de sus padres. Ahora pagaba con creces, pensó, por todo lo que les había hecho pasar a sus propios padres.

Hacía medio año que Ariadne había llegado a Biederhof. La niña echaba mucho de menos el barrio de Birgittenau donde se había criado, no la pobreza y el hambre, y desde luego no al tirano de su tío Alois, pero sí echaba de menos a sus primas y todo aquello que conocía y a lo que estaba acostumbrada. El palacio era como una gran cárcel para ella. Nunca la dejaban salir sola y se sentía encerrada, separada del mundo y aislada. Biederhof

la ahogaba, aborrecía aquel lugar. En el palacio ella no era nada, era una extraña. La única persona con la que trataba era su padre y a éste lo detestaba, no sólo porque Rodolfo nunca se hubiera interesado por ella, sino sobre todo porque era un hombre egoísta y severo, con una autoridad carente de fuerza y cariño, porque lo único que tenía que ofrecerle eran amenazas y palabras vacías. Todo esto la colmaba de desprecio hacia él. También odiaba a los criados, que se imaginaba que murmuraban sobre ella a sus espaldas, que se reían entre dientes y hablaban mal de ella. Era evidente que el dolor de su corazón no le importaba a nadie y la impotencia y el desamparo la tenían siempre al borde del llanto. Sufría tanto que la furia reprimida y la soledad parecían haber paralizado sus miembros. Quería morirse, quería echarse a dormir y no despertar nunca. El silencio que la rodeaba era un castigo y una traición. Nadie quería saber nada de ella, nadie se interesaba por su secreto, su fuego. A nadie le importaba lo que veía con esos ojos suyos tan oscuros y vacíos.

### **EN CASA DE JAKOB**

Los días de Jakob eran agotadores. La responsabilidad sobre Biederhof y los asuntos de la filial de la banca Rothschild en Viena, de los que se ocupaba desde la muerte de Salomon, requerían un esfuerzo casi sobrehumano. Durante los cuatro meses en los que además ayudó al príncipe de Thurn y Taxis a vender su servicio postal al Estado alemán, nunca durmió más de tres horas por noche. Pero nadie lo oyó quejarse nunca. Ni siquiera de que todas las horas que pasaba sentado le fueran torciendo la columna y formándole más joroba, ni de que el escrupuloso examen de la letra pequeña de todos los contratos, pagarés, contabilidades e informes le estuvieran afectando la vista. Quizá fuera la regular lectura de *El elixir de la inmortalidad* lo que le concedía paz a su alma. Noche tras noche se sumía en cada detalle del trabajo de Benjamin, por insignificante que pudiera parecer, porque sabía que más tarde podría serle de utilidad para la comprensión del conjunto.

Rodolfo estaba invitado a pasar la Nochevieja en casa de la familia Spinoza. Iba a ser la primera vez que acudía, nunca había puesto los pies en su casa, situada al lado del palacio. Aunque Jakob y Rodolfo mantenían un buen tono, casi amistoso, nunca se veían fuera del trabajo. Sin embargo, Rodolfo podía contar con Jakob cada vez que necesitaba ayuda porque éste estaba convencido de que había que sonreír cálidamente a todo el mundo, creer lo mejor sobre la gente y echar siempre una mano. Por eso invitó a su patrón y a su hija a cenar, algo muy poco habitual para la época. Lo hizo por Ariadne, a Jakob y a Eleonora les daba lástima aquella niña ciega que daba la impresión de estar tan sola en el palacio.

En aquella casa había chillidos de niños y desinhibida alegría vital. Con mucho sentimiento, aunque con voz algo cascada, Jakob condujo el canto colectivo después de la cena. Entre tanto jolgorio, nadie oyó las campanadas de las doce. Hasta pasados veinte minutos de la medianoche no se felicitaron el Año Nuevo.

Después Rodolfo y Ariadne volvieron caminando al palacio en la fría noche. Él con dolor de cabeza porque aquello había supuesto más trato social del que soportaba y ella más contenta de lo que había estado en mucho tiempo porque por fin había hecho amigos.

Poco después Rodolfo acudió a Jakob para pedirle ayuda y consejo. Estaba pálido como una masa de pan sin levadura y hacía muchas noches que no dormía. Dijo que echaba mucho de menos un confidente, quizá un padre con quien hablar. Reconoció que le resultaba difícil acudir a Jakob para abrirle su corazón y que era la primera vez que hacía

algo así. Pero estaba convencido de que podrían serle útiles unos consejos prácticos, aunque no esperaba que Jakob lo comprendiera, puesto que él era un padre amante de sus hijos que los consideraba una bendición, mientras que Rodolfo sufría los sinsabores de la paternidad. Le contó que, pese a su ceguera, Ariadne era tan rebelde e ingobernable que apenas podían pasar unos minutos en la misma habitación sin empezar a pelearse. La convivencia era insostenible puesto que la niña era todavía más difícil de lo que lo había sido su madre. Demostraba tal astucia e ingenio a la hora de fastidiarlo y sembrar discordia que había que aplicar medidas drásticas para pararle los pies. Rodolfo admitió que se despreciaba a sí mismo por su debilidad, pero era consciente de que ya no soportaba la presencia de Ariadne en palacio. Tenía miedo de perder algún día el control y hacer daño a la niña. ¿Qué podía hacer? Al fin y al cabo, Ariadne era su hija, su único familiar, y al mismo tiempo que no la soportaba, cada día le atormentaba la idea de perderla.

Jakob se quedó un rato callado. Después propuso sin más preámbulos que Ariadne se mudara a su casa. En su opinión, lo que necesitaba la niña eran amigos, otros niños con quien jugar. Rodolfo respondió que seguramente Jakob tenía razón, porque llevaba desde Nochevieja dando la lata a diario con ver a los niños de los Spinoza y amenazaba con hacer añicos todas las ventanas del palacio si no se le permitía.

Con esto el asunto quedó zanjado y Rodolfo ordenó a un lacayo que se encargara de que las criadas empaquetaran las cosas de la niña.

A Ariadne le encantaba vivir en casa de Jakob y Eleonora. Jugaba con los niños más pequeños, Andreas y Claudia, que la veían como una hermana mayor, y estudiaba con Nikolaus, que tenía su misma edad. Pero con quien más intimó fue con el hijo mayor, Bernhard. En aquella casa le prestaban mucha atención y sentía que la consideraban parte de la familia. Demostró más cariño por Jakob y Eleonora del que nunca había mostrado por sus padres adoptivos, y a Andreas y a Claudia los llamaba hermanos. Algunos años más tarde, tomó también el apellido de la familia y lo llevó con orgullo y alegría hasta su temprana muerte.

## **UNA LARGA AMISTAD**

A mi tío abuelo no le gustaba Francisco José, lo acusaba de haberle robado varios años de su juventud. Nos contó que después de la batalla de Solferino, librada en 1859 en el norte de Italia, donde se hizo evidente la debilidad de Austria, el emperador se había visto forzado a renunciar a Lombardía. A la larga, la derrota en la guerra contra Prusia le hizo perder también Venecia y que los Habsburgo fueran expulsados de Alemania. El emperador se vio forzado a buscar nuevas ideas. Impulsado animosamente por su esposa Sissi, puso de inmediato manos a la obra y, a su modo astuto, desarrolló una nueva política para generar paz y equilibrio. Se reconcilió con los húngaros y se dejó coronar en Budapest como rey de los magiares. En la nueva unión de estados entre Austria y Hungría, también llamada la doble monarquía, los austríacos y los húngaros gobernaban sendas mitades reprimiendo a los demás pueblos.

Pero Francisco José pagó un alto precio por el título de Majestad Imperial y Real. Con el *Ausgleich* (el compromiso) de 1867, las arcas del Estado en Viena se quedaron casi vacías. Durante un tiempo la situación fue tan seria que Francisco José tuvo que humillarse invitando a los acreedores a tomar el té en Hofburg.

No es fácil ser soberano absoluto de más de cincuenta millones de almas,

sentenciaba mi tío abuelo.

Cuando Jakob hizo su entrada y Francisco José descubrió la descomunal nariz del judío, al emperador estuvo a punto de caérsele el puro de la boca, tanto se le descolgó la mandíbula. Su Majestad Imperial y Real nunca había visto nada igual. Estuvo a punto de echarse a reír. Pero no era la primera vez que Jakob veía esa reacción, así que dijo:

—La nariz es herencia de mi abuelo paterno, Nicolas Spinoza. Pero Su Majestad puede estar tranquilo, su sangre revolucionaria no corre por mis venas. Supone para mí un gran honor estar aquí y le puedo asegurar que no vengo con el propósito de guillotinar a nadie, sino para servir humildemente a mi emperador y reforzar tanto como me sea posible su posición y la del reino.

Aquella osadía impresionó a Francisco José y despertó su favor. El emperador respondió en un tono ligero:

—Servir a su emperador puede granjearle un título nobiliario. Pero si disgustara usted a su soberano por la clemencia de Dios, pasaría usted diez años encarcelado. En cualquier caso es poca cosa comparado con perder la cabeza en la guillotina, como le pasó a su abuelo. Esto demuestra claramente que los Habsburgo somos más humanos que los revolucionarios franceses.

Ambos sonrieron. Fue el comienzo de una larga amistad.

La vida de Francisco José estuvo marcada por muchas desgracias. Su hermano Maximiliano, emperador de México, fue derrocado y ajusticiado por sus ingratos súbditos. Su único hijo, Rodolfo, se quitó la vida en misteriosas circunstancias. Su hermana Valentina murió en un incendio en París. Su esposa Sissi murió a manos de un anarquista italiano que la acuchilló con una lima de uñas. Al heredero de la corona, Francisco Fernando, lo mató la bala de un nacionalista serbio.

Un día el emperador perdió las ganas de vivir. Durante quince días apenas salió de su cuarto y no le dirigió la palabra a nadie. Según mi tío abuelo, valoró la posibilidad de quitarse la vida y llegó a pedirle a un lacayo que le trajera una soga gruesa. Sin embargo, la idea de colgar de la araña de cristal del techo balanceando las piernas, le produjo dolor de cabeza, sudores fríos y malestar de estómago. Tenía que haber otra solución, pero él no sabía cuál era el medio más seguro y menos doloroso, y la situación se le complicaba todavía más porque en este asunto no podía consultar a ninguno de sus ministros. ¿Quién podría ayudarlo? ¿En quién se atrevería a confiar? Al final hizo llamar a Jakob y lo inició en el secreto. El judío se lo pensó durante un par de minutos hasta que se le ocurrió una solución. Luego le dijo al emperador que poseía un libro lleno de sabiduría del Talmud, que proporcionaba respuesta a todas las preguntas, le prometió volver pronto y se fue a casa. Jakob decidió que la vida va por delante de todo lo demás e hizo algo que en realidad sabía que no debía hacer. Para liberar a su amigo del martirio de sus fantasías, Jakob le llevó a Hofburg *El elixir de la inmortalidad* y le leyó en alto algunos pasajes. Incluso dejó que Francisco José hojeara el libro.

Al cabo de un rato, el emperador se puso de mejor humor y empezó a ver la existencia con otros ojos. Le dijo a Jakob: «Tu libro me ha devuelto la fe. Dudo que haya más sabiduría que la que ha cabido entre estas dos tapas duras. Pero tienes que quemar este peligroso libro, porque las personas no están maduras para la verdad».

## **NOCHES FOGOSAS**



Tembloroso de deseo, Bernhard esperaba cada noche a que todo el mundo se quedara dormido en la casa. El cuerpo de Ariadne era el centro de su mundo. Su olor lo embriagaba y amaba sus suaves pechos, su vientre terso, su sexo húmedo y su saltón labio inferior. Ante todo adoraba sus pequeñas manos, que solían jugar cariñosamente con su miembro. No había nada más importante para él que el rato que pasaba a solas con ella por la noche. Cuando estaba seguro de que todo el mundo se había quedado dormido, iba de puntillas a la habitación de Ariadne. Al rozar su piel sentía que el mundo entero desaparecía.

Una noche de tormenta que Bernhard tuvo que esperar más de lo normal hasta que todos estuvieron dormidos y llegó a la habitación de su amante con una excitación febril, Ariadne le susurró con los ojos llenos de lágrimas:

—No puedo, no puedo. Por mucho que quiera, no puedo satisfacerte, querido.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, temeroso.

—Estoy embarazada.

Ella tenía quince años y él diecisiete. Nunca he sabido a quién de los dos se le ocurrió que la única salida para su situación, que cada día se tornaba más desesperada, era huir de Biederhof. En todo caso, una noche abandonaron a hurtadillas la casa y acabaron en Budapest, donde lograron casarse por lo civil. Los desposó un alcalde borracho y poco exigente que no les pidió papeles, los jóvenes eran todavía menores de edad.

Medio año más tarde, Moricz hizo su entrada en este mundo.

## «SORTIE»

Era un gran día en la vida de Jakob. Cumplía cincuenta y cinco años y esa misma tarde el emperador iba a nombrarlo ministro de Finanzas y concederle un título nobiliario. La ceremonia tuvo lugar en el ala izquierda de Hofburg, abierta para la ocasión después de pasar cinco años cerrada por remodelación y restauración. Habían invitado a más de cien personas a ver el deslumbrante lujo de la casa Habsburgo y presenciar la ascensión del judío Jakob Spinoza.

El día empezó como una fiesta, Francisco José estaba de especial buen humor. Con la espalda derecha y los gruesos bigotes que durante mucho tiempo habían sido el símbolo inconfundible del imperio, arrojaba un brillo impecable sobre las cabezas respetuosamente inclinadas de sus súbditos.

Pronunció algunas frases fastuosas y proclamó a su amigo Von Spinoza y lo condecoró con la gran cruz de primera clase de la orden de María Teresa. Era una condecoración inusual. En aquel momento sólo había seis personas que fueran comandantes del más alto rango de la gran cruz. Todos ellos oficiales de las más distinguidas familias nobles del país. Ningún judío había recibido jamás una condecoración como aquella. Y ningún judío había sido tampoco ministro de Finanzas de Austria.

Francisco José se sentó en el trono y Jakob se quedó solo en medio de la sala gigantesca. Notablemente conmovido por la gravedad del momento, el condecorado pronunció con voz temblorosa un breve discurso expresando su profunda gratitud por el infinito honor que se le había concedido. Pidió a los lacayos que llenaran las copas de champán para poder ofrecer un brindis, no sólo en honor a Su Majestad el emperador, sino también a la mujer que había sido como una madre para él y que le había enseñado casi todo en la vida, pero que por desgracia no había podido vivir ese momento: Chiara

Luzzatto.

Se oyó el ruido del descorchar de las botellas de champán en la pared corta de la sala. Un par de corchos volaron por el aire, uno de ellos describió un arco por encima de los presentes y alcanzó el gancho de la colosal araña de cristal procedente del famoso taller de Arnost Grusa en Bohemia. Entonces la araña se desplomó con enorme estrépito y el recién nombrado ministro de Finanzas de Austria quedó enterrado bajo ella. Sólo la descomunal nariz del difunto asomaba bajo la pila de cristales.

## **10. El periodista**

## SE DESVELA UN SECRETO

Muy probablemente sucedió a principios del verano de 1964, antes de la muerte del abuelo. Mi hermano Sasha y yo, que en aquel momento teníamos catorce años, estábamos jugando con un balón en el dormitorio que compartíamos con la abuela. Nos imaginábamos que jugábamos la final de la Copa de Europa entre el Inter y el Real Madrid en el estadio Prater de Viena. Yo, que era el rapidísimo italiano Sandro Mazzola, regateé fácilmente a Sasha, que era toda la defensa española, y chuté con fuerza contra la mesilla, que hacía las veces de portería. Pero la pelota salió disparada hacia arriba y dio en la sombría pintura que colgaba de la pared.

El cuadro representaba a la madre de la abuela, Miriam Neumann, y lo había pintado un aficionado en 1907, cuando la abuela tenía treinta y nueve años, aunque parecía mucho mayor, una anciana de expresión sombría.

El cuadro cayó al suelo con un ruido seco. Mi tío abuelo estaba en la cocina con la abuela, negociando un pequeño préstamo. Hacía mucho que se le habían acabado los quinientos dólares que le dieron los mormones de Salt Lake City por la historia de su vida. El ruido les hizo acudir corriendo al dormitorio y la abuela perdió los nervios: «¿Cómo podéis hacerme algo así? ¿No podéis dejar tranquila a mi querida madre? ¿No hay nada sagrado para vosotros? ¡Qué espanto de niños!», recuerdo que nos gritó. Estaba a punto de propinarnos un guantazo cuando la portera acudió inesperadamente en nuestra ayuda. Cuando la abuela oyó que llamaban al timbre, se le olvidaron enseguida sus penas y nuestro delito, y fue corriendo para enterarse de los últimos cotilleos del barrio, que la omnisciente portera compartía generosamente con los demás.

Mi tío abuelo nos ayudó a colgar el cuadro otra vez en su sitio y, con una mirada seria, nos pidió que tuviéramos cuidado. «Es peligroso molestar a los muertos», dijo. «No hay que despertarlos. Se merecen su descanso y nadie tiene derecho a obligarlos a aparecerse en forma de fantasmas».

Muchas veces me preguntaba por qué los ojos de la madre de la abuela estaban tan tristes. Su oscura mirada era lo último que veía cada noche antes de dormirme y lo primero que veía al despertarme por la mañana, puesto que el sombrío retrato colgaba justo enfrente de la cama doble que compartíamos Sasha y yo. Me preguntaba si estaría enfadada conmigo. Decidí preguntárselo a mi tío abuelo, que al fin y al cabo siempre tenía respuestas para todas las preguntas. El tío abuelo me tranquilizó al explicarme que su tristeza no tenía nada que ver conmigo, que se debía a que se sentía sola. «Las palabras casi no alcanzan para explicar hasta qué punto puede llegar a sentirse sola una persona», sentenció. «Y Miriam, que quede claro, era una persona muy solitaria. Estuvo sola toda su vida».

Sin que nadie le diera pie, mi tío abuelo aprovechó la oportunidad para hacer lo que más le gustaba del mundo: contar historias. En voz baja empezó a describir la infancia de Miriam. De niña vivió a la sombra de su padre, reprimida y sin cariño de nadie, en la Galitzia de las casas pequeñas y las camadas grandes, más exactamente, en el apartado pueblo de Chertnow, por el que rara vez pasaban forasteros. Los judíos vivían allí separados, naturalmente, y regía su destino Menachem, un *tzaddik* al que se atribuían fuerzas misteriosas y que era admirado por los jasídicos de toda Europa del Este.

Al cabo de un buen rato, el tío abuelo se detuvo un momento, echó un vistazo por la habitación, como para asegurarse de que la abuela no andaba cerca, y bajó aún más el tono

de voz.

«Os voy a confiar algo, chicos». Me imaginé que nos iba a confiar emocionantes detalles sobre las artes mágicas del *tzaddik*, pero el misterio en el que nos quería iniciar era otro. «Poco antes de la muerte de su padre —susurró—, Miriam sintió de pronto unas ganas irresistibles de tener hijos. El padre de la criatura fue un forastero pobre, bastante más joven que ella, casi un chiquillo. El muchacho no tenía un hogar propio, era un refugiado de Bielorrusia que sólo pasó una corta temporada en Chertnow, el tiempo justo para reponerse y lanzarse de nuevo al mundo».

## **UNA TEATRAL PELEA**

Sasha y yo casi no podíamos creer lo que estábamos oyendo. Al enterarme de que la abuela nunca conoció a su padre sentí lástima por ella y salí corriendo a buscarla para consolarla. La encontré ante los fogones, con el pulgar dentro de la sopa de patatas para probarla. «Ni demasiado fría ni demasiado caliente», constató con alegría.

Entonces le conté lo que habíamos oído, creyendo que le alegraría mi preocupación por ella. Pero en vez de darme las gracias, se puso a chillar, muy enfadada conmigo —aunque extrañamente no con Sasha— por haber escuchado y creído una mentira tan maliciosa como aquélla. Después le echó la bronca a mi tío abuelo por haber propagado malévolas patrañas e intentado confundir a dos chicos inocentes. «¡Mi madre, bendita sea su memoria, era la honorable viuda de un respetado comerciante de Chertnow! Era una buena persona y yo estoy orgullosa de ser su hija».

A continuación empezó a maldecir en alemán. Nosotros no la entendimos, pero mi tío abuelo sí y fue evidente que se avergonzaba de lo que había hecho.

Mi hermano y yo nos sentamos en el sofá a mirar con los ojos como platos las teatrales payasadas de los dos adultos, sus gritos y su alocadas gesticulaciones. No estábamos acostumbrados a esas cosas en nuestra apacible casa. En realidad supongo que deberíamos habernos asustado, pero la pelea tenía un aire de irrealidad que nos hacía vacilar entre el llanto y la risa.

La abuela bullía de rabia y el tío abuelo hacía gestos hacia el cielo pidiendo a Dios que atestiguara su inocencia. Pero la abuela subió aún más la voz: «¡Estoy furiosa! Franci, me has difamado delante de mis nietos. ¡Es horrible! ¡Debería darte vergüenza! ¿Cómo te atreves a pronunciar el nombre de mi difunta madre?».

De nuevo volaron por el aire frases en alemán. Mi tío abuelo tenía la cara gris como la ceniza, sudaba y le corrían pequeños ríos por la frente. Al final se encaminó hacia la puerta arrastrando las piernas y salió dando un portazo.

Después de aquello, pasó mucho tiempo hasta que volví a ver a mi tío abuelo. De hecho no lo vi hasta el año siguiente, en el entierro de Sasha.

## **MIRIAM**

Miriam Neumann era pobre, pero no era ni tonta ni excesivamente mayor. Es cierto que no era muy guapa, pero tampoco tan fea como para quedarse sola y abandonada. Era bajita, regordeta y redondeada, y llevaba siempre un pañuelo negro atado firmemente bajo la barbilla, lo que le daba cierto aspecto de criada o de campesina. Tenía ya cerca de treinta años y todavía era virgen. No sé a ciencia cierta por qué nunca se casó.

A la gente de su pueblo natal le extrañaba que no encontrara marido. Para estas cuestiones, los habitantes de Chertnow solían valerse de las relaciones familiares, pero también recurrían a mediadores matrimoniales y, en ciertos casos, pedían al líder de la congregación que enviara cartas a sus colegas en los pueblos más cercanos de Galitzia: antes o después, de una manera u otra, siempre aparecía algún candidato adecuado. Desde tiempos inmemoriales, ninguna mujer de aquella ciudad había tenido que desesperar por no encontrar marido.

Miriam era la hija menor de una familia de escasos medios. Sus padres eran hábiles en el atávico arte de cuidar a los enfermos y llorar a los muertos. Sus primeros cuatro hijos, todos ellos varones, murieron siendo bebés.

La mayor de las hijas, Rachel, era la favorita de todo el mundo y la prepararon muy pronto para casarse. Sabía lavar, planchar, cocinar y realizar rituales religiosos. No había una niña mejor educada en todo Chertnow y su padre solía presumir de que había nacido como las grandes reinas judías de la historia, con el cordón umbilical en torno al cuello.

Miriam, que tenía dos años menos, daba la impresión de tener un espíritu más lastimero y pobre y sus padres le vaticinaban un futuro incierto. De niña tenía poco carácter y era bastante introvertida, respondía de un modo esquivo cuando se le hablaba y apenas decía una palabra por iniciativa propia. Solía heredar la ropa de su hermana cuando en realidad su destino debería haber sido la basura y, como tenía los pies más grandes que Rachel, siempre llevaba los zapatos demasiado pequeños. La vida le había deparado malas experiencias desde corta edad, así que estaba siempre preparada para recibir reproches, regañinas y comentarios despectivos. Aun así, su padre le enseñó a leer y a escribir, aunque lo hacía pensando todo el rato en otra cosa, como si estuviera enseñando a una extraña. El padre se avergonzaba de que Miriam nunca recordara una sola palabra de lo que acababa de leer. La niña entendía cada frase por separado, pero cada una de ellas borraba enseguida la anterior, de modo que el conjunto siempre se le escapaba.

La madre de Miriam era una mujer de pocas palabras, pero la única que a veces se ocupaba un poco de la pequeña. Se llamaba Hanna y procedía de Plotnow, otro pueblo judío cercano. Su padre era molinero y ella era la penúltima de nueve hermanas. Tenía mala vista y su aspecto atontado y algo preocupado ocultaba su verdadero carácter. A costa de sí misma, se consagró a satisfacer las necesidades de Rachel y su marido. Rara vez se la veía haciendo algo distinto a cocinar, lavar o llorar.

Miriam no tardó en percatarse de la rapidez con la que envejecía su madre. La piel fue perdiendo su tersura, el cuerpo su forma y cada mes aparecían nuevas arrugas en su rostro.

Cuando Hanna murió, Miriam tenía siete años. Había cogido tuberculosis, una enfermedad de la que por aquel entonces moría mucha gente, y ella era de físico frágil y estaba extenuada, así que ocurrió todo muy deprisa.

Nadie tenía ni idea de la desesperación con la que Miriam lloraba por las noches y cómo intentaba resucitarla pronunciando el *kaddish*, el rezo de duelo por los difuntos.

## **EL VENDEDOR AMBULANTE**

El padre de Miriam, Samuel, era vendedor ambulante. Su tacañería era legendaria y estaba en boca de todo el mundo en Chertnow, donde la gente se reía de ello a sus espaldas. Aun así era un miembro muy respetado de la congregación porque podía recitar el texto

sagrado en cualquier momento y tenía una bella voz para el canto. Por eso a menudo echaba una mano en la sinagoga como sustituto del cantante de la ceremonia religiosa de los sábados.

Tras la muerte de su esposa nunca volvió a casarse, permaneció viudo y se volvió aún más tacaño que antes. Vestía como un mendigo con un raído caftán atado con una cuerda a la cintura y preparaba el pan de la familia con corteza de árbol.

El imprevisible temperamento de Samuel aterraba a las hijas. Era muy severo y nunca dejaba de castigar a las chicas por muy pequeña que fuera su infracción. Miriam nunca se quejaba. Cada vez que al padre le daba un ataque de furia, simplemente se quedaba sentada con la cabeza agachada, dejaba de comer y se encerraba en sí misma. Rachel, en cambio, se fue volviendo más rebelde con los años.

Samuel se aferraba a las costumbres en torno a la fe judía. En su casa se respetaban estrictamente los preceptos sobre la comida y la bebida, y el resto de las tradiciones con olor a lavanda y moho viejo.

A Miriam, en cambio, le resultaba indiferente la virtud. Después de recitar inútilmente el *kaddish* por su madre, llegó a la conclusión de que Dios estaba sordo y era incapaz de oír sus rezos, y que por eso su madre no podía regresar del reino de los muertos. Por otro lado, recordaba a su madre inclinada sobre los fogones, sin dientes y avejentada antes de tiempo; ¿de qué le había servido a ella el judaísmo?

Todo el mundo en Chertnow sabía que la discreta vida de Samuel estaba ensombrecida por una gran pena. Nunca superó que Rachel, su hija favorita y la chica más hermosa de la ciudad, que acababa de florecer y aún no tenía los diecisiete años cumplidos, se casara a toda prisa y en contra de la voluntad de su padre con un pariente lejano del vecino, un simple sastre de Budapest, y se mudara a Hungría con él. Había quien decía que Rachel se había casado con el primer hombre que se cruzó por su camino para escapar de su triste hogar.

El hecho de que el matrimonio de Rachel no diera frutos entristeció todavía más a Samuel. Cuanto más tiempo pasaba, tanto más deseaba que se le concediera la gracia de tener un nieto.

Cuando Miriam cumplió veinte años, el padre empezó a buscar en serio un yerno adecuado. Pero ella se mostraba distante. Siempre les encontraba algún fallo. Uno no le servía por una causa, otro por otra, el tercero le parecía impensable. La chica fruncía la boca y ahuyentaba eficazmente a todos los candidatos con ganas de casarse.

## **UN MILAGRO**

Un día, en un baile organizado en la casa de la congregación por la fiesta del Purim, un chico de veintiún años que se llamaba Yasha se fijó en Miriam, que estaba sola en una silla. Yasha Karpilovski había llegado a Chertnow el mes anterior desde Bielorrusia y se dirigía hacia América. Yasha era alto y rubio, y tenía una cara alargada de pómulos altos y ojos azul celeste. Cuando le ofreció un baile a Miriam y la cogió por la cintura, ella sintió que el mundo desaparecía entre sus brazos. Fue instantáneo: la fuerza de la vida abrió su interior como una almeja y su cuerpo se estremeció con un placer que ya estaba lista para sentir. Miriam no tenía nada que objetar, estaba preparada. Esa misma noche perdió la virginidad y se convirtió en una mujer caída.

Cuando ya no se podía ocultar más la desgracia, Miriam acudió a su padre y confesó

tartamudeando su pecado. Tenía la esperanza de que su padre recibiera la noticia con alegría puesto que la criatura que llevaba en su seno era una intervención de la vida misma, que empieza y acaba una y otra vez eternamente. Era cierto que Yasha había desaparecido sin decir siquiera adiós, pero Miriam le explicó:

—Algunas veces sucede un milagro.

—Un milagro —repitió Samuel mirándola fijamente sin creer lo que veían sus ojos.

La primera idea que se le cruzó por la mente fue ir corriendo a la sinagoga y encargar una bendición para la criatura no nacida. Después se dio media vuelta y se apresuró a ir a pedir consejo al *tzaddik* Menachem, a quien se atribuía sabiduría y la respuesta a todas las preguntas de la vida.

—Un milagro —repitió el hombre sagrado.

Se pasó los dedos por sus largas barbas mientras reflexionaba, luego se levantó, se acercó a la librería, sacó un escrito de la cábala, lo abrió al azar, leyó algunas líneas, asintió con la cabeza y a continuación rechazó con firmeza la teoría del milagro.

—Estos milagros no ocurren fuera del matrimonio —sentenció.

Citando la Torá y otros escritos sagrados, y aderezándolo con maldiciones y diversos nombres de Dios, convenció a Samuel de que aquello era obra del demonio.

—Tú deseabas la honra de un nieto y en su lugar te toca la deshonra de un niño ilegítimo —le explicó el *tzaddik*.

Samuel respondió que su vergüenza era grande y que apenas se atrevía a mirar a los ojos a los hombres rectos y virtuosos de Chertnow.

—Pero al fin y al cabo, Miriam es mi hija. ¿Qué puedo hacer?

Menachem le recomendó que repudiara a la hija y que no permitiera nunca que el bastardo entrara en su casa.

—Una oveja negra puede envenenar toda la tierra —afirmó el *tzaddik* con decisión.

La noticia se extendió rápidamente y hubo mucho ajetreo en Chertnow. La ciudad entera estaba indignada. Algunos bocazas querían darle una lección a Miriam, pero el líder de la congregación se negó, la responsabilidad de hacerse cargo del asunto y de castigar a la chica correspondía al padre.

## **LA «SORTIE» DE SAMUEL**

Puede que fueran el sol y el calor del aquel tórrido día de verano los que influyeron sobre el cuerpo de Samuel. El día anterior le había dejado claro a Miriam que, al llevar en su vientre a un hijo ilegítimo, tenía que salir de la casa, pero esa mañana empezó a quejarse de dolores en el pecho y no logró levantarse de la cama. Le bullía la cabeza y su cerebro maceraba pensamientos perturbados.

Miriam echó leche de cabra, ajo y rábano silvestre en una cazuela y dejó que la mezcla cociera durante media noche al fuego. A la mañana siguiente ofreció un poco a su padre con el corazón en un puño, pero el espantoso sabor le hizo gritar y escupir el brebaje.

Pasaban los días y Miriam fue probando nuevas recetas, pero Samuel se negaba a beber las diversas decocciones de la hija y se debilitaba por momentos. Había empezado a encanecerse la barba, que hasta hacía bien poco había sido negra, y el cuerpo se le quedó flojo como un saco. El viejo yacía en la cama, aparentemente inerte, entregado a los dolores. Miriam probó a prepararle una sopa de pollo con fuertes especias, la receta favorita de su padre, pero también ésta se negó a probarla.



Una tarde, brusca e inesperadamente, Samuel empezó a mirar a Miriam con odio, la maldijo y le soltó los mayores improperios que pueden formularse en yiddish, entre cascadas de escupitajos. «Nadie puede escapar a su destino», repitió varias veces con la voz cada vez más débil. Después siguió hablando febrilmente y afirmó ver al ángel de la muerte y al enterrador que lo esperaba con la pala preparada.

Miriam estaba desesperada y terriblemente cansada. Desde el día en que su padre cayó enfermo, lo había velado a todas horas. Esa misma noche se apoderó de ella una terrible angustia. Temblando de fiebre, oía el zumbido incesante de las moscas en la habitación y, al amanecer, el jaleo de los saltamontes. Cuando, completamente exhausta, fue a ver a su padre por la mañana, a éste se le detuvo el corazón.

Lo que Miriam vivió al día siguiente, en el entierro, la atormentaría durante el resto de su vida. No fue la muerte del padre ni la soledad lo que más la asustó, sino cómo la trataban de pronto y sin previo aviso personas que conocía de toda la vida.

A pesar de que aquel día llovía intensamente, todos los habitantes de Chertnow acudieron al entierro del vendedor ambulante. Menachem pronunció un discurso incendiario. Sin piedad, instó a la gente a resistirse al mal, argumentando que si cedían, la perturbación de este mundo que ya se había salido de sus ejes sería absoluta y la ciudad acabaría en las redes de Satanás y sería erradicada de la tierra. Los que pertenecían a la congregación lo miraban con respeto.

La lluvia generaba la ilusión de que todos lloraban y sollozaban, todos salvo Miriam. Ella se mantuvo en todo momento controlada y tranquila en apariencia, aunque por dentro sentía pánico. Permaneció sola, callada y pálida, tenía la ropa negra empapada y no lloró ni se lamentó. Se limitó a mantener la mirada clavada en la tumba mientras la gente intercambiaba elocuentes miradas a sus espaldas. A pesar de que los judíos de Chertnow tenían fama de compasivos, ni un alma se mostró dispuesta a consolar a Miriam porque no les cabía duda de que había precipitado a su padre a la desgracia y era responsable de su muerte.

## **SOLA Y REPUDIADA**

Tras la muerte de su padre, Miriam tuvo por primera vez el destino en sus manos. Al mismo tiempo estaba completamente sola e intuía enemigos y miradas malévolas por todas partes. Le daba miedo abandonar Chertnow, pero no le quedaba más remedio. No podía quedarse allí. Los judíos de su ciudad natal la despreciaban, la consideraban una pecadora y una desvergonzada prostituta que había conducido a su padre a la tumba. Miriam sentía que tenía el alma envenenada, así que recogió sus escasas pertenencias y se marchó de la ciudad con amargura en el corazón.

En realidad resulta increíble que la felicidad de la vida de Miriam apenas durara unas horas. Más exactamente: entre las ocho y las once y media de la noche del 26 de marzo de 1897. Durante estas tres horas y media se sintió vida, libre, realizada y amada. A partir de entonces fue todo horrible. La vida le dio un golpe que hizo añicos su existencia. Se quedó embarazada, Yasha desapareció sin despedirse y su padre, antes de morir, las repudió a ella y a la criatura no nacida.

Cargaba con un profundo sentimiento de culpa. Todo era culpa suya. Había cedido ante Yasha y el misterioso y peligroso instinto sexual la había conducido al pecado. Así que se prometió a sí misma que nunca volvería a estar con un hombre, que jamás volvería a

dejar que un hombre se le acercara.

## **DOS VERSIONES**

Chertnow no existe en los mapas de nuestro tiempo y hay dos versiones sobre lo sucedido.

En los estrictos círculos ortodoxos del distrito Crown Heights de Nueva York, donde todavía se respeta y se honra el recuerdo del *tzaddik* Menachem, se defiende que se cumplió su vaticinio: Chertnow acabó en las redes de Satanás y fue erradicada de la superficie de la tierra, porque las familias que no viven de acuerdo con la Ley, están condenadas a ser destruidas por la justa mano del Señor.

La otra versión de lo sucedido se basa más en datos históricos.

En el otoño de 1942, dos camiones con hombres de uniforme oscuro se detuvieron en la gran plaza ante la sinagoga. Los hombres era alemanes, padres de familia demasiado mayores para servir en el frente y policías del batallón de reserva número 101, todos ellos voluntarios, y se dedicaban a hacer las purgas. Su historia era todo menos gloriosa. Reunieron a los judíos en la plaza. Tras un rápido cálculo, el hombre que estaba al mando comprendió que tardarían demasiado en matarlos a todos a tiros, así que los metieron a empujones en la sinagoga y sellaron las puertas. Después dieron la orden de prender fuego a Chertnow. Treinta y seis horas más tarde se apagaron las últimas llamas. Todo lo que quedó fueron cenizas.

## **A BUDAPEST**

Miriam fue un alma sencilla, una persona que vivió en la periferia de la existencia, invisible para la Historia. Ella también tuvo una historia, pero ésta no dejó huella en ningún sitio y hoy soy el único que sabe de su paso por la tierra.

El viaje a Budapest fue una peregrinación por el desierto sobre raíles. Miriam apenas pegó ojo durante las cincuenta horas que duró el trayecto y casi no comió, porque el entierro se había tragado los pocos *groschen* que había dejado su padre. En el tren estuvo aprisionada entre una monja y un gordo alférez que intentaba en vano entablar conversación con el resto de los pasajeros. Miriam miraba por la ventana, contemplaba los campos y los árboles que pasaban a toda velocidad, los pueblos bañados por el sol, y a ratos el brillo del cielo le resultaba insoportable. El sol, el aire estanco del tren y el cansancio producido por las noches en vela, enturbiaban su mirada y sus pensamientos.

Intentaba evocar el rostro de su hermana consolándose con que también tenía que haber solución para alguien que se había quedado tan sola como ella y prometió a Dios que nunca volvería a pedir nada para sí misma, si la conducía sana y salva hasta Rachel.

Un día de verano de 1897, creo que fue el 10 de julio, Miriam llegó a la estación de trenes del oeste, Nyugati, un templo arquitectónico en formato colosal, diseñado por el francés Gustave Eiffel.

Budapest tenía por aquel entonces alrededor de un millón de habitantes y se había impuesto como una de las capitales más vitales de Europa, presuntuosa y con una desvergonzada falta de pudor en su anhelo por superar a Viena en todo lo esencial, y de ser posible también a Londres y París. A esta perla del Danubio acudían gentes procedentes de todos los rincones de la doble monarquía: campesinos rutenos, trabajadores polacos,

esperanzados judíos, fabricantes de zapatos checos, banqueros austríacos, rateros serbios, chulos croatas de aseados bigotes y cortesés timadores. También atraía a incontables bellezas con elegantes vestidos, colorete en las mejillas y labios rosas, a la caza de caballeros con monóculo dispuestos a abrir sus repletos monederos para satisfacer sus deseos.

La ciudad era un hervidero de actividad rodeado de un aura cosmopolita. No sin motivo, la capital húngara era conocida como la «América a pequeña escala».

El mundo era nuevo y viejo al mismo tiempo, y el aire estaba tan saturado de posibilidades que resultaba difícil respirar. Sin embargo, no sólo se ofrecían luminosas promesas. Detrás de la vida alegre y despreocupada que caracterizaba a la ciudad, se ocultaba una cara oscura. Como lo expresó el escritor Gyula Krúdy, no había allí un solo amor verdadero, ni un hombre honrado ni una mujer decente.

El tren frenó y se detuvo en la estación. Miriam llegó aturdida y exhausta, en plena ola de calor del año, y alcanzó el destino del primer viaje de su existencia. Aún haría otro viaje en su larga vida, cuarenta y siete años más tarde: en aquella ocasión en un atestado vagón de ganado que la llevó de vuelta a Polonia, a un pequeño lugar a pocos kilómetros de donde había nacido, conocido por su nombre germano: Auschwitz.

Le esperaban décadas de soledad y privaciones en un país de prejuicios e injusticias, donde nunca se sentiría a gusto ni arraigada y seguiría siendo siempre una forastera.

Todas sus pertenencias cabían en una pequeña cesta de mimbre que sostenía con fuerza en la mano derecha cuando se bajó del tren. En el andén se topó con un agobiante mar de personas, cientos de rostros, algunos de ellos aseados y elegantes, la mayoría descompuestos por el calor. Jóvenes, obreros, mujeres con niños pequeños y viejos intentaban abrirse paso, pero Miriam se quedó petrificada: en toda su vida nunca había visto tanta gente y estaba aterrada. Justo en el momento en que la masa estaba a punto de tragársela, descubrió a un revisor de los ferrocarriles imperiales y reales. Se dirigió a él y, con voz temblorosa, le preguntó dónde se encontraba la sinagoga. En Budapest todo el mundo hablaba alemán, pero nadie entendía en cambio yiddish, la lengua materna de Miriam. No obstante el revisor era un hombre alegre y ante todo estaba dispuesto a ayudarla. Tras repetidos intentos por entenderla, le escribió la dirección en un cuaderno y le dibujó un sencillo mapa. Con la hoja arrancada en la mano, Miriam se adentró en el torbellino de la gran ciudad.

## **EL ENCUENTRO CON LA METRÓPOLI**

La primera caminata de Miriam por Budapest resultó abrumadora. El bullicio de la ciudad le recordaba el estruendo de una locomotora de vapor. Los vendedores chillaban, los chicos de los periódicos gritaban y las masas se desplazaban y serpenteaban adelante y atrás por los amplios bulevares. Las enormes casas parecían palacios y su ostentosa exuberancia de decoraciones y adornos, nichos y estatuas de Atlas, la dejaban anonadada. Nunca había visto cosa igual. No faltaba nada, había de todo en un exceso de abundancia: joyerías, sastrerías, establecimientos de modistas, peluquerías, salones de belleza, bombonerías, cafés, restaurantes, floristerías, hoteles de lujo y teatros. Una fabulosa institución sucedía a la otra. Miriam se quedaba un buen rato delante de cada edificio, estirando el cuello y mirando boquiabierta.

La gente le resultaba muy señorial y elegante: los caballeros llevaban magníficos

trajes y las señoras, coloridos vestidos. Pero le sorprendía que las mujeres menearan las caderas de un modo que los habitantes de Chertnow hubieran considerado del todo indecente.

Muchas décadas más tarde, Miriam seguiría recordando el insufrible calor que había pasado aquel día, mientras deambulaba durante horas con el sudor corriendo bajo el pañuelo negro que llevaba firmemente atado.

Ninguna de las personas a las que preguntaba por el camino sabía indicárselo con claridad. A Miriam la iba venciendo el cansancio y el desánimo, pero sobre todo se sentía perdida.

Al llegar a una gran plaza con puestos de verduras, carnicerías y sitios para comer, descubrió además que estaba desfallecida de hambre. Se detuvo para recuperar el aliento y se notó las palpitations del corazón al tiempo que veía su pecho elevarse. Registró con la nariz una infinidad de aromas diferentes: el olor del tocino y la manteca que estaban friendo en un puesto, el de los cuerpos sudorosos y los indeterminables aromas de las frutas y verduras. Aunque sabía que la mayoría de la comida no era kosher, toda aquella oferta de tentaciones de la plaza le resultaba muy atractiva y se le hizo la boca agua al contemplar con ojos desorbitados a un carnicero que había elevado su profesión en un arte y, con un afilado cuchillo, rebanaba un alargado trozo de carne en finos filetes.

Miriam continuó su peregrinaje por la ciudad. En una esquina, el caballo de un carro le tosió en la cara y el cocheró la riñó por acercarse demasiado al animal. A Miriam le temblaron las piernas de pánico y se apresuró a seguir su camino.

De pronto las calles empezaron a oler a basura. Se había adentrado en una parte fea de la ciudad, sucia, llena de basura y con fachadas cochambrosas. Todo tenía un aspecto pobre y la gente estaba extrañamente pálida.

En un callejón se cruzó con una niña bajita con un rostro inusual. La niña le dedicó una sonrisa simple, pero dichosa, como la de un devoto peregrino que empieza a acercarse a las puertas del cielo. Un malestar se apoderó de Miriam y se quedó quieta como quien ha visto al diablo. En Chertnow había tenido un vecino algo bobo, al que la ciudad entera, con amable condescendencia, consideraba un chico bueno, pero irremediabilmente retrasado. Sin embargo, no había visto nunca a nadie como aquella extraña niña. Hoy en día la mayoría habría dicho que la niña tenía síndrome de Down, pero ese concepto no existía en el mundo de Miriam.

Con la ternura con la que se coge un tesoro de porcelana, la niña le agarró la mano entre las dos suyas y aquel leve roce hizo temblar a Miriam. La niña parecía esconder un secreto. Le susurró algo con voz casi inaudible y luego señaló hacia arriba, hacia las palomas que había en un tejado.

Miriam se lo tomó como un mal augurio y temió por la criatura no nacida. Con la leche materna le habían inculcado que el más fugaz encuentro con un extraño de aspecto desviado podía deformar al niño que llevaba en su vientre. Aterrada, retiró la mano y se alejó dando zancadas. Cuando se volvió, vio que la niña se había quedado quieta en el sitio y, con una sonrisa, se despedía de ella y de las palomas.

Al cabo de un rato la venció el cansancio. Le pesaba el cuerpo como si le hubieran cambiado la sangre por plomo. Era incapaz de dar un solo paso más. Tenía sed, estaba exhausta y tuvo la impresión de que se iba a desmayar, sentía que el violento torbellino de la ciudad se la tragaba. Para no caerse, y con los ojos llenos de lágrimas, se sentó en el bordillo de la acera. En una esquina a pocos metros de distancia, una mujer vendía verduras en un sencillo puesto. Debió de comprender lo mal que se encontraba Miriam porque

acudió en su ayuda y le dio agua. A Miriam le supo a gloria, pero no alcanzó a pensar más. Notó que se le escapaban las últimas fuerzas y perdió el conocimiento.

## **EN UNA HABITACIÓN Y MEDIA**

En sueños, Miriam había regresado a un periodo perdido de su vida en Chertnow y revivido algunos de los miedos de su infancia, más exactamente el miedo a que su padre le tirara de las trenzas. Aquel miedo se había esfumado el día que un niño del vecindario, sin motivo alguno y con los ojos llenos de malicia, de pronto se las había cortado. Aquello despertó mucha indignación en aquel pueblo por lo demás apacible, pero para Miriam supuso el comienzo de una nueva fase en la vida. El recuerdo de aquel episodio hizo que se despertara bruscamente.

Yacía en una cama desconocida. La almohada era dura y olía mal. Le dolía la espalda y tenía la nuca entumecida. Se asustó. No sabía ni dónde se encontraba ni cómo había llegado hasta allí. No recordaba nada de lo sucedido.

Se incorporó despacio en la cama y miró a su alrededor con ojos cansados. Las paredes estaban desconchadas y los viejos muebles, a punto de derrumbarse. Sobre una cómoda descubrió un candelabro de siete velas. También había un saco de patatas y un hornillo. Olía a pobreza y a moho. ¿Cuánto tiempo habría dormido?

La verdulera entró en la habitación y le sonrió:

—En los viejos tiempos —dijo—, esta casa era mucho más bonita y estaba bastante más limpia. Pero últimamente las limpiadoras se han puesto por las nubes.

Echó la cabeza hacia atrás y le dedicó una enorme sonrisa. Miriam se fijó en que a la mujer apenas le quedaban dientes y en que tenía la cara y el cuello llenos de arrugas. Sus ojos, en cambio, eran hermosos e irradiaban alegría. Con ostensible satisfacción, la mujer enumeró a las siete personas que vivían en aquel piso de menos de treinta metros cuadrados, repartidos en una habitación y media.

—Aquí vivo yo, que me llamo Luiza. Luego está mi madre, Erzsi, que es muy reumática y tiene pánico a quedarse calva, así que no para de llorar. Por lo demás se pasa la mayor parte del día sentada en ese viejo sillón, pensando en los viejos tiempos, suspirando y esperando que le sirvan la siguiente frugal comida. Algunas veces intenta contarle a mis cinco hijos cómo eran las cosas cuando ella era joven en Transilvania. Pero son demasiado pequeños y no tienen paciencia para escuchar lo que les cuenta una vieja.

El corazón de Luiza desbordaba alegría al hablar de su vida. Resultaba evidente que, a diferencia de Miriam, tenía mucha labia. Aseguraba haberse inmunizado contra la despiadada injusticia de la vida y tener una fuerza vital que lo superaba todo. Lo único que no soportaba era la autocompasión.

—No hay que quejarse ni lamentarse —dijo—, sino esforzarse sin descanso y cumplir tu destino hasta que te das por vencido y te adentras para siempre en el olvido.

Le contó que su marido, un hombre instruido que había estudiado dos semestres de bachillerato, había sido un quejica que no soportaba la menor contrariedad.

—Se llamaba Tibor —le explicó Luiza—. Era una buena persona aunque fuera un poco inconsciente, pero yo nunca llegué a entenderle. Era un débil e inútil, estaba siempre cansado y se lamentaba como una mujer. Nos peleábamos mucho. Sobre todo yo, claro. Pero Tibor tenía mal el corazón y sufría insomnio. Una noche empezó a tener escalofríos, sintió retortijones en el estómago y se murió. No se pudo hacer nada. Todos nos vamos a

morir. Aunque aún no me creo que fuera tan egoísta como para dejarme aquí en esta situación.

Luiza hizo una larga pausa, suspiró profundamente y escupió tres veces en el suelo antes de continuar.

—Los niños se pasaron la noche entera llorando y de madrugada empezaron todos a cagar, cada uno como buenamente pudo. La casa olió a mierda durante varios días. Los niños siempre se contagian los unos a los otros, si empieza uno, lo siguen todos los demás. La muerte de Tibor no era la primera desgracia que les pasaba en la vida, claro. Simplemente intentaban hacerse los interesantes, eso hacen siempre los niños. Ve con cuidado, como les des la mano te cogen el brazo. Ya no hablan nunca de su padre, los niños, pero no se han olvidado de él porque cuando estás cerca de tus seres más queridos cuando se mueren, se quedan contigo toda la vida. Callados, ingrátidos y con discreción, te siguen los pasos a distancia y velan por ti.

Miriam pensó en su padre. Se preguntó si estaría cerca, pero no lo vio al mirar a su alrededor.

Luiza dijo que no creía en Dios, pero que aun así todos los días le agradecía a su Creador su buena memoria, porque eso era lo único que le había funcionado siempre bien y nunca le había fallado en sus cuarenta años en la tierra. Luiza pensaba que en este mundo algunas personas nacen con una memoria excepcional. Ella recordaba con todo detalle cosas que habían sucedido mucho antes de que sus padres se conocieran y, naturalmente, recordaba hasta los pormenores sobre todas las personas a las que había conocido en su vida. Para demostrarle su extraordinaria cualidad empezó a contarle historias de la gente, sobre todo de los vecinos que vivían en el edificio. Confesó que le encantaban las historias tristes. Cuanto más lacrimógenas mejor. Eso le aceleraba el corazón.

La gente del edificio, decía, había padecido frío y calor, hambre y malas cosechas, pobreza y enfermedades..., todos los males de la existencia. Estaban cansados, algunos abatidos y los había casi consumidos por la desesperanza de la vida. Pero aun así había algo honorable en ellos, algo que infundía respeto. Eran buenas personas.

—Nada es completamente blanco ni negro —sentenció Luiza—, pero lo blanco a menudo tiene algo de negro, y lo negro no es más que lo blanco después de sufrir malos tratos.

Miriam la escuchaba mientras intentaba que se le ocurriera algo inteligente que decir. Al comparar las historias que contaba Luiza sobre la desesperación y la pobreza de los vecinos con sus propias experiencias, se sintió turbada. Le pareció que no tenía derecho a agobiar a Luiza con la historia de su miserable vida en Chertnow, así que calló.

## **UNA NUEVA VIDA**

La tarde había dejado paso al crepúsculo. Luiza no le preguntó nada y para Miriam supuso un alivio no tener que explicar sus razones para abandonar su pueblo natal. La simple presencia de Luiza tenía un efecto tranquilizador sobre ella. Ni una sola vez desde la noche que conoció a Yasha había sentido tanta paz interior. Se sentía valorada, porque era la primera vez que alguien le dedicaba tanto tiempo y atención. De pronto un sentimiento de bienestar empezó a apoderarse de ella, el escalofrío de la libertad tras la gran aventura.

Miriam pensaba que el destino le había sonreído al conducirla hasta Luiza, aunque nunca lo expresó. Había ido a Budapest buscando a su hermana, buscando un hogar y una

familia. A Rachel no la encontró nunca, pero el resto de lo que buscaba lo encontró en Luiza.

Luiza separó la cama en la que dormía Miriam del resto del piso con una fina cortina oscura que colgó del techo. Allí, en seis metros cuadrados escasos, viviría Miriam junto con su hija Sara (la que sería mi abuela) durante más de una cuarta parte de su vida.

## LA LIBERACIÓN

Más adelante seguiré hablando de Miriam y Sara. Ahora me ha venido otra cosa a la cabeza, otra historia que reclama su espacio. Lo que cuento está regido por las casualidades y mis ocurrencias.

Adi iba a cumplir cincuenta años. Toda Alemania se estaba preparando para celebrar el cumpleaños del Führer. Se planificaba la fiesta del siglo, mayor que las Olimpiadas de Berlín de 1936. La semana antes del gran día —el 20 de abril de 1939—, tuvo un anticipo de lo que podía esperarse de aquel pueblo que lo amaba por encima de cualquier cosa en la tierra. Estaba de visita relámpago en Frankfurt. Las esvásticas reinaban sobre la ciudad. Cincuenta mil leales partidarios, reunidos en el estadio Wald, vieron un avión surcar el cielo lanzando banderines de papel con esvásticas. Los gritos de *Heil!* atronaron cuando el Führer subió a la tribuna de honor. Su discurso fue corto y conciso. Durante un cuarto de hora alabó al pueblo alemán, a aquellos valerosos hombres y mujeres que no temían a nada y sacrificaban voluntariamente su vida por *das Vaterland*. Eso fue todo. La abrumadora euforia del mar de personas no remitía. La gente lloraba de felicidad. Pero el Führer abandonó el estadio porque le esperaban otras reuniones con el pueblo alemán.

La idea fue de Mathäus Frombichler. Los amigos se encontraban en Berghof, la residencia privada del Führer en Berchtesgaden, en el sur de Baviera, no lejos de las regiones que, cuatro meses más tarde, el estado mayor del Tercer Reich arrastraría a la Segunda Guerra Mundial. Fue una mañana sin incidentes y el cielo estaba despejado. Por los grandes ventanales se podía ver hasta Salzburgo hacia el norte. En la cocina reinaba una melancolía casi audible. Frombichler picaba cebolla y estaba preparando el almuerzo del día, una ensalada nizarda. Adi refunfuñaba mientras se limpiaba las uñas con un cuchillo de cocina. Decía que no le hacía ilusión celebrar su cumpleaños porque le resultaba difícil hacerse a la idea de que se estaba haciendo mayor. Dejó el cuchillo a un lado y se llevó la mano al miembro. A juzgar por su gesto de disgusto, debía de estar pequeño y blando. Confesó que prácticamente se le había olvidado cómo se hacía, porque Eva estaba seca como la yesca y no mostraba el menor interés. Lo único que recibía ya de ella era un beso de buenas noches en la frente. Eso no significaba, le aseguró Frombichler, que su amor se hubiera enfriado. Adi suspiró resignado.

Dos jóvenes soldados hacían guardia junto a la puerta de la cocina. No pudieron evitar oír las palabras del Führer y se quedaron más pálidos que la baguette que el cocinero cortó para el almuerzo. Con pudor, clavaron la vista en el suelo.

Debajo de la mesa dormía el pastor alemán preferido de Eva Braun, Fritz. El animal soltó un sonoro pedo que hizo reír tanto a Frombichler como a Adi.

El Führer cambió de tema de conversación y se quejó de las fuertes reacciones que había mostrado el mundo en torno a su anexión de Checoslovaquia, no se lo había esperado. Le molestaba que nadie lo comprendiera, aparte del payaso de Mussolini.

Frombichler arqueó las cejas y dijo:

—Adi, deberías liberar a algunos de los presos más famosos de Dachau. Mucha gente en el extranjero ha manifestado su disgusto por que estén presos escritores y personas famosas. Deberías soltar a unos cuantos, por razones humanitarias con ocasión de tu cumpleaños. Eso aplacaría las críticas que te hacen por el mundo.

—Eso es imposible —respondió Adi—. No podemos soltar a esa escoria criminal sólo porque se quejen unos parlamentarios liberales de Londres. Sería un error, un grave error.

—Pero sería un error necesario, Adi. Recapacita. No hace falta que yo te lo explique. Dachau no es una cárcel normal. Ninguno de los presos ha sido condenado y esto perjudica tu nombre y el de Alemania. Los liberales de Londres no quieren ni imaginarse a la gente de la cultura vestida con uniformes de rayas de prisionero. Quieren verlos con trajes discretos y de buen corte. Ponles un traje oscuro, que un fotógrafo les haga unas fotos cuando estén saliendo de Dachau y los mandas en barco a Inglaterra. Eso alegrará a todo el mundo.

—Hablas como un imbécil, Mathäus. Estos hombres son los peores enemigos de Alemania. Son judíos, comunistas, homosexuales, gitanos, sindicalistas...

—Suelta a cincuenta, es un gesto simbólico. No vas a echar de menos a ninguno de ellos. Hay montones de presos en las cárceles alemanas —dijo Frombichler con convicción.

Después del almuerzo, Adi pidió a su favorito Hermann Göring que le consiguiera una lista de los presos de Dachau.

A la mañana siguiente llegaron dos gruesos tomos con más de diecisiete mil nombres. Adi, que se había despertado de muy mal humor, se puso hecho una furia. Bramó que los celosos burócratas estaban ahogando a Alemania en un torrente de papel, pero Frombichler lo tranquilizó. No les llevaría mucho tiempo encontrar cincuenta nombres. Le pasó el primer tomo a Adi y el segundo lo cogió él mismo. Empezaron a hojear al azar.

—Bruno Bettelheim, psicólogo y escritor... Hermann Broch, escritor... Alfred Cohen, dentista... No puede haber nadie en Londres lloriqueando por un dentista. Este judío se queda donde está —sentenció Adi.

Hermann Göring miraba a Hitler con una veneración casi religiosa y apuntaba concienzudamente el nombre de las personas que iban a ser puestas en libertad.

La mirada de Frombichler recayó sobre un nombre conocido. Su corazón empezó a latir aceleradamente. No podía ser verdad, pensó, y luego carraspeó.

—Franz Scharf, cabaretista —dijo en voz alta.

A primera hora de la mañana siguiente, un guardia fue a buscar a mi tío abuelo a su barracón. Era un hombre de escasa estatura, algo entrado en años y con un enorme fusil. Dijo que Scharf tenía que ir a ver al Sturmbannführer August Behrendsdorff, para un tratamiento especial o algo así, añadió sin más aclaración. Mi tío abuelo sintió pánico, empezaron a temblarle las manos y se le secó la boca. El austríaco Behrendsdorff disfrutaba fustigando a algunos presos especialmente escogidos hasta dejarles la espalda y el trasero en carne viva, y luego los violaba introduciéndoles bastos objetos por el ano con enorme fuerza. Lo sabía todo el mundo, pese a que ninguna de las víctimas se había quejado. El tratamiento de Behrendsdorff siempre finalizaba con un tiro en la nuca.

Esa noche había llovido y el cielo de la mañana estaba oscurecido por amenazadoras nubes. Mi tío abuelo intuía que le había llegado su hora. Su corazón latía violentamente. Caminó sin prisa, seguido del soldado que no decía nada. El camino enfangado atravesaba una verja con alambre espinoso y conducía a la zona donde se



encontraba el despacho del comandante del campo.

El Sturmbannführer sonrió con amabilidad, se restregó las manos y le ofreció café. Era un sucedáneo y tenía un sabor horrible. Pero a Behrendsdorff no parecía preocuparle el sabor.

—¿Sabe por qué se encuentra aquí, señor Scharf? —preguntó.

Sin aguardar a la respuesta le explicó que el Führer, en su magnanimidad, lo iba a indultar. Podría ducharse y afeitarse, le darían ropa nueva y, junto con algunos presos más, los llevarían a la estación de trenes de Múnich. El primer tren para Budapest saldría a las seis de la tarde.

—¿Está usted muy decepcionado, señor Scharf, de que lo enviemos de vuelta a casa con su familia? —Behrendsdorff soltó una risa seca y dio un trago al café—. Esperamos que deje usted de hablar mal de nuestro líder. Es preferible que hable usted de la hospitalidad alemana que ha recibido aquí en Dachau. Le hemos proporcionado comida y alojamiento durante un año entero sin exigirle nada a cambio.

Mi tío abuelo permaneció callado, sumido en sus pensamientos. No se fiaba de las palabras del austríaco. Pensaba que formaban parte de la repugnante tortura de Behrendsdorff, que éste hacía creer a sus víctimas que los iba a dejar marcharse a su casa. Sin embargo, unas horas más tarde, se encontraba en el tren hacia Budapest, infinitamente aliviado, sin saber quién era el responsable de que su destino hubiera dado un giro tan favorable.

## **LA OPERACIÓN DE SALVAMENTO DEL COCINERO**

Marek Halter, escritor francés, criado en el gueto de Varsovia, dirigió recientemente un documental. Según recuerdo, se titulaba algo así como *Salvadores en tiempos oscuros* y trataba sobre personas que habían salvado vidas judías de la maquinaria de aniquilación nazi. Allí vi una entrevista con Mathäus Frombichler, que había recibido el mayor título honorífico de Israel: Justo entre las Naciones. El viejo cocinero contó que se le había ocurrido la idea de la operación de salvamento, una de las más importantes de la Segunda Guerra Mundial, en el momento en que descubrió el nombre de su viejo amigo Franz Scharf en la lista de presos de Dachau.

Frombichler era conocido en todo el país como el cocinero medio judío de Hitler. Después de la caída de Berlín, los rusos lo apresaron en el búnker del Führer. Durante un interrogatorio, conducido por el capitán Lev Kópelev, confirmó que Hitler había muerto y que el cuerpo carbonizado encontrado en su despacho era el suyo. También describió las últimas horas del Führer. Hitler se había alterado mucho al enterarse de que el Ejército Rojo se encontraba a menos de quinientos metros del búnker. De pronto dio la impresión de que ni siquiera él estaba seguro de la victoria final. Empezó a gesticular alocadamente con una pistola, un mechón le cayó sobre la frente y bramó que era todo culpa de los judíos, porque ellos habían traicionado a la nación alemana. Frombichler estaba convencido de que iba a pegarle un tiro a alguien. Otros tenían miedo de que le fallaran los nervios y se derrumbara. Pero el Führer se calmó y pidió que le sirvieran en su despacho su plato favorito, una ensalada nizarda. Cuando Frombichler le llevó la ensalada, Hitler le preguntó si tenía ganas de quedarse y compartir con él su última comida, así que almorzaron juntos los tres. Unas moscas se posaron sobre el plato de Eva Braun, y ella las apartó con disgusto, pero resultó evidente que aquello le había quitado el apetito porque no tocó la ensalada. Permaneció

callada durante toda la comida. Los amigos hablaron de su juventud en el colegio de Linz. Hitler hablaba sin parar y se preguntaba cuántos de sus compañeros de clase judíos seguirían con vida. Ya no recordaba sus nombres, excepto el de uno: Ludwig Wittgenstein. Se acordaba muy bien del pequeño judío rico que tenía dos años menos que ellos, pero que iba a su misma clase porque lo consideraban extremadamente inteligente. Sin embargo, el chico no sabía pelear. Hitler contó que algunas veces, cuando su padre le había pegado una buena paliza, se vengaba en el colegio arremetiendo contra sus compañeros. Reconoció que el que recibía más a menudo era Ludwig Wittgenstein, porque era un chico alto y flaco que nunca se defendía. Se preguntaba cómo le habría ido a aquel *Wunderkind* judío. Después de almorzar, los tres se levantaron de la mesa. Hitler dio las gracias a Frombichler por una larga amistad y le estrechó la mano. Eva Braun besó a su marido en la frente y se tomó un veneno. Murió casi al instante. A continuación Hitler intentó suicidarse tomándose una ampolla de cianuro. Pero el veneno no acabó con él. Se retorció por insufribles dolores en el estómago y pidió a su amigo que le ayudara a acabar con su vida. Frombichler cogió la pistola que estaba sobre la mesa, le apuntó a la sien con mano temblorosa y llevó el dedo índice al gatillo. «¡Dispara!», ordenó Hitler. Pero la pistola no estaba cargada. Frombichler escupió en el suelo y maldijo. Hitler, cada vez más pálido, chillaba de dolor suplicando morir. Entonces Frombichler fue corriendo a la cocina, cogió una pesada sartén de hierro y, con dos golpes bien dados, consiguió aplastar el cráneo de Hitler. Después contempló el cadáver durante algunos minutos y leyó el *kaddish* a su amigo. A continuación volvió a la cocina, cogió dos botellas de parafina que vertió sobre el cadáver y le prendió fuego. Se quedó mirando las llamas con lágrimas en los ojos. Cuando salió del despacho de Hitler, lo apresaron los rusos.

En la ciudad de Núremberg, año y medio más tarde, Frombichler fue juzgado por crímenes contra la humanidad junto con veintitrés médicos que habían realizado experimentos en diversos campos de concentración: habían bajado la temperatura de hombres hasta veintiséis grados centígrados, arrojado a mujeres desde aviones que volaban a gran altura, extirpado partes vitales del cuerpo sin anestesia, esterilizado a adultos, extirpado fetos de embarazadas, inyectado tinta en los ojos de niños, introducido cloroformo en el corazón de gemelos, descuartizado enanos, asesinado, mutilado y dejado inválidos a incontables seres humanos. Un par de los médicos fueron indultados, varios de ellos fueron condenados a largas penas de cárcel y ocho fueron condenados a muerte y ejecutados.

Frombichler no tenía nada que ver con esta panda, por supuesto. Él no era médico, pero como cocinero tampoco podían juzgarlo junto con los altos oficiales y los políticos.

El juicio duró ocho meses. Se presentaron cientos de documentos. Nada indicaba que Frombichler fuera culpable. Su único delito —si es que podía considerarse un delito— consistía en haber mantenido a Hitler fuerte y vital por medio de comidas nutritivas y de buen sabor.

Al final del juicio aparecieron una serie de testigos que juraban que Frombichler les había salvado la vida. De una manera u otra, había conseguido arreglar las cosas para que los liberaran de los campos de concentración y pudieran abandonar Alemania. En total, más de cuatrocientas personas le debían la vida.

Frombichler fue absuelto. El juez americano Francis Biddle le pidió que revelara el secreto tras la increíble operación de salvamento. El cocinero no se hizo de rogar y lo que contó hizo que la sala se retorciera de risa. Explicó que después del quincuagésimo cumpleaños del Führer, él y su amigo Adi habían llegado a un acuerdo. Cada vez que

lograra hacer una comida que despertara el deseo y el interés sexual de Eva Braun, y Hitler pudiera emplear su miembro y sentirse como un verdadero hombre, tenía permiso para acudir al archivo de la Gestapo donde se guardaban las extensas listas de presos en los diversos campos de concentración y escoger dos nombres. Estas personas eran puestas en libertad de inmediato. Cuando el juez preguntó si había alguna receta que hubiera salvado muchas vidas, Frombichler respondió con una sonrisa: «Cinco sextas partes de chocolate negro y una de regaliz especiado con una pizca de anís. Eso siempre funcionaba».

Muchos años más tarde, Frombichler vendió su receta de chocolate a la compañía Lindt & Sprüngli, con sede en Zúrich. Eso lo convirtió en un hombre rico y pudo retirarse a Burgenland, donde compró el hogar de su infancia, situado no muy lejos de Biederhof. Pero su chocolate, que la compañía llamó Eva B, nunca salió al mercado. Las autoridades sanitarias suizas lo prohibieron.

## **KOLYMÁ**

Hay aún otra cosa que añadir a esta historia. Versa sobre el capitán Lev Kópelev. Cuando estalló la guerra, Kópelev se presentó voluntario al Ejército Rojo. Sus superiores tuvieron pronto ocasión de valorar su inteligencia, decisión y coraje. El hecho de que hablara alemán a la perfección y tuviera un refinado sentido diplomático, supuso una gran ventaja cuando la suerte bélica de Hitler cambió y las tropas de Stalin se precipitaron hacia Berlín. Kópelev recibió órdenes de interrogar a los oficiales apresados. Pocos interrogadores dominaban la lengua alemana y muchos de ellos compensaban esta carencia con los puños. Algunos utilizaban la culata de los fusiles, otros intentaban impresionar a sus superiores matando a golpes a las personas que tenían que interrogar, sobre todo si eran de poca graduación. Pero Kópelev no. Él siempre era amable y trataba a los alemanes con respeto. Nunca empleaba la violencia, ni física ni psicológica, y no se metía en discusiones políticas con los prisioneros de guerra. No tenía nada, en cambio, en contra de hablar con ellos durante los interrogatorios sobre la música de Wagner. Amaba a Wagner, aunque algunas partes le parecían excesivamente ampulosas y manipuladoras. En voz baja y sin ostentación, demostraba un profundo conocimiento de las óperas en las que el lenguaje musical y la estética dramática del maestro habían alcanzado su perfección: *Tristán e Isolda*, *Parsifal* y *Los maestros cantores*. Los interrogatorios se transformaban en cultas conversaciones y, dado lo diferente que era su comportamiento al habitual en estos contextos, lograba ganarse la confianza incluso de los enemigos más recalcitrantes y metérselos en el bolsillo. Sobre todo los oficiales de más rango, de orígenes aristocráticos, eran incapaces de permanecer callados ante él y acababan revelando los secretos de la Wehrmacht. Kópelev era alabado por sus jefes y recibió varias medallas al valor. Sin embargo, sus éxitos despertaron también las envidias de sus colegas y empezaron a correr extraños rumores sobre él. Al principio no eran más que murmullos, pero fueron creciendo en intensidad y con el tiempo los ataques se volvieron más abiertos y directos. Las acusaciones eran serias. Se criticaban sus métodos en los interrogatorios y se ponía en duda su patriotismo. Unos opinaban que mantenía un trato excesivamente amistoso con los altos mandos alemanes. Otros afirmaban haber oído a Kópelev, que era originario de Kiev, hablar del Jolodomor —la hambruna de Ucrania que en 1932-1933 le costó la vida a entre cuatro y cinco millones de personas—, y acusar a Stalin de haber causado conscientemente esta catástrofe. Algunos sostenían haberlo oído decir que los soldados del Ejército Rojo

habían violado a más de dos millones de mujeres alemanas y que habían saqueado aún más casas. Cuando Kópelev terminó de interrogar al cocinero de Hitler, lo llamaron a Moscú. Le dijeron que el Comisariado Popular para Asuntos Internos (NKVD) lo iba a condecorar con la Estrella Roja de tercer grado por su labor durante los interrogatorios. Se sentía honrado y orgulloso. Le habría gustado que sus padres pudieran verlo. Partió hacia la capital sin ningún miedo y tampoco se imaginó nada cuando lo recibió Lavrenti Beria, el temido jefe del NKVD, los servicios secretos rusos, que había enviado a innumerables hombres y mujeres a la muerte. Cuando tendió la mano a Beria para saludarlo, éste le puso unas esposas y le dirigió una mirada de infinito desprecio: «Tus repugnantes charlitas con los nazis son una puñalada en la espalda de los líderes del partido que habían confiado en ti», dijo Beria, y luego añadió: «Eres un traidor a la patria. Será un placer verte colgar en la horca».

Dos guardias se llevaron a Kópelev a la planta baja, donde habían montado un tribunal. Hasta ese momento Kópelev no se dio cuenta de lo seria que era la situación. El proceso entero llevó pocos minutos. Un hombre de la fiscalía le leyó las acusaciones, pero se percibía tal tensión en su voz que el acusado sintió lástima por él. A Kópelev le resultaron ridículas las acusaciones y quiso preguntar al representante de la fiscalía si podía presentar pruebas y si él mismo se creía la sarta de mentiras que había leído. Pero no pudo intervenir porque el juez tomó inmediatamente la palabra y lo condenó a diez años de destierro en Siberia por propagar el humanismo burgués y mostrar excesiva compasión con el enemigo.

—Allí tendrás tiempo de sobra para arrepentirte —dijo el juez.

—¿Arrepentirme de qué? ¿De haber tratado a los alemanes como personas? —preguntó Kópelev.

El juez frunció la nariz con disgusto y ordenó a los guardias que se llevaran al condenado. Pero a éste le habían inculcado con la leche materna una visión positiva de la vida que ni siquiera esta contrariedad logró oscurecer del todo, pese a su profunda injusticia y a la severidad del castigo. Estaba firmemente decidido a no dejarse arrastrar por las dudas sobre la infalibilidad del partido y, sobre todo, a no caer en las debilidades que había visto en los presos alemanes y que tanto le habían disgustado. Emplearía su tiempo en Siberia para hacer algo con sentido, aunque no sabía qué. En Kolymá acabó en el mismo barracón que mi tío abuelo. Aquel barracón era conocido entre los presos como las Naciones Unidas porque había allí hombres de todos los pueblos al este del río Elba, y todos tenían un apodo. A Kópelev lo llamaban Rubí. No sé por qué le darían ese nombre. Quizá porque siempre estaba de excelente humor, o tal vez porque tenía un núcleo duro que nadie podía romper. Mi tío abuelo lo menciona en el escrito que vendió a la Asociación Genealógica. Habla de Rubí porque él era el único preso con el que podía mantener una conversación animada en alemán, nadie pronunciaba tan bien esta lengua ni tenía un vocabulario tan rico como el antiguo interrogador. Se recomendaban mutuamente libros que, como es obvio, no tenían ninguna posibilidad de conseguir. Mantenían apasionadas conversaciones sobre Heinrich Heine, su terrenal sentido del humor y la lúcida ironía de su arte poética, sobre todo en *Alemania: un cuento de invierno*, que los dos adoraban. Discutían las ideas de Gramsci sobre el camino hacia la realización de la sociedad socialista. Se contaban historias el uno al otro para iluminar la oscuridad del campo, ambos sabían muy bien que Sherezade —el símbolo del deseo humano de burlar un trágico destino inminente— contó historias durante mil y una noches para salvar su vida. Kópelev y mi tío abuelo compartían sus sentimientos y sus reflexiones porque el poder quería acallarlos y ellos eran conscientes de que la

ausencia de historias sobre la vida implica la muerte. Nada indica, en cambio, que mencionaran que ambos conocían a Frombichler.

A primera vista podría parecer que esto no incumbe a la historia familiar de los Spinoza, pero no puedo dejar de mencionar aquí el libro de Lev Kópelev. Lo soltaron en 1954 y, dos años más tarde, lo rehabilitaron. La estancia en el Gulag no logró destruir su idealismo y su fe en una sociedad donde la idea de la igualdad fuera más fuerte. Solicitó permiso para ingresar en el partido comunista y, cuando se lo concedieron, obtuvo un puesto en la universidad. En sus clases defendía la libertad del arte. Enseñó a una generación entera que la palabra verdadera y valiente que emplean los grandes poetas es un arma para la paz. Al final, la brutal invasión de Checoslovaquia en 1967 por los países hermanos destruyó sus ilusiones acerca de las bondades de la construcción de la sociedad socialista. Sin la menor consideración hacia su propia seguridad, argumentó a favor de que se respetaran los derechos humanos en la Unión Soviética. Subrayó que las personas, con buena voluntad, pueden resistirse y vencer a los malos gobernantes. La reacción de las autoridades no se hizo esperar. Primero lo aislaron y después lo expulsaron del país. En su exilio en Alemania escribió *Consérvese a perpetuidad*, un libro donde describe apasionadamente la realidad de los campos siberianos durante la época del terror estalinista. Kolymá, junto con Auschwitz y Hiroshima, entra en la historia como uno de los lugares más atroces del siglo XX. Kópelev relata en el libro el destino de diversos presos y en la historia de F. reconozco la de mi tío abuelo. F. era un judío húngaro germano hablante, un cabaretista, que estuvo primero internado en Dachau, pero después, ya durante la guerra, realizó trabajos forzados en una mina de cobre de Yugoslavia. Tras la liberación, lo cogieron por la calle los soldados del Ejército Rojo y lo enviaron a realizar trabajos forzados a la Unión Soviética, donde las fábricas se habían quedado vacías a causa de todas las pérdidas humanas durante la guerra. Sin embargo, F. estaba demasiado débil para realizar trabajos físicos, así que lo deportaron a Siberia. Kópelev cuenta que llegó al campo después de varias semanas de padecimientos en vagones de ganado atestados, que venía sucio, sediento y ya debilitado por muchos años de hambre y maltratos. La estancia en el campo, con frío, trabajos forzados, falta de sueño, enfermedades, bichos, miedos, humillaciones y sufrimientos, debilitaron aún más su cuerpo y, cuando regresó a Hungría, ya era un hombre con la salud destrozada.

## **REESCRITURA DE LA HISTORIA**

Por alguna razón me ha venido a la cabeza otra historia que nos contó mi tío abuelo.

Lavrenti Beria —nos confió con mucho secreto— era un hombre pequeño, astuto y enigmático, que fue la mano derecha de Stalin. Tenía reputación de culto, aunque en realidad era más bien inculto, pero leído; leído de un modo completamente asistemático, porque leía todas las obras literarias que Stalin prohibía por consejo suyo y todos los manuscritos no publicados que la policía secreta le requisaba a los poetas que con frecuencia se derrumbaban después de firmar las confesiones que los habían forzado a hacer. Como consecuencia de aquellas lecturas era corto de vista y usaba lentes. Beria tenía látigos de cuero colgados de las paredes de su despacho en los servicios secretos, donde planeó las extensas purgas de Georgia en 1937-1938, la masacre de más de cuatro mil cuatrocientos oficiales polacos en Katyn' en 1941, el asesinato de Trotski, la brutal deportación de pueblos enteros y el uso sistemático de la tortura, los trabajos forzados y el

asesinato. Enviaba a sus compatriotas a la muerte como si nada. Todo el mundo lo temía porque todos conocían sus repugnantes actos y sus siniestros abusos. Sus ataques de furia eran legendarios, al igual que su apetito sexual. Por la noche deambulaba por la calles a la caza de mujeres en su enorme Volga de cristales ahumados, y la mayoría de ellas nunca volvía a casa. Se decía que sus perversos deseos no se limitaban al género femenino y que también le gustaban los niños. Mi tío abuelo nos contó a Sasha y a mí que tras su muerte encontraron en su armario cientos de manos de niños cortadas. Al parecer este bizarro museo privado disgustó incluso a Stalin, puesto que el infalible líder era de la opinión de que había que erradicar de la tierra cualquier rastro de las víctimas del régimen.

Normalmente las historias de mi tío abuelo solían estimular mi imaginación y podía pasarme horas escuchándolo. Pero la historia de Beria era distinta y me dio miedo. Lo de las manos de niños me resultó tan chocante que estuve a punto de salir corriendo para esconderme en el baño.

Esa misma noche tuve una pesadilla. Me encontraba en el sitio en el que jugábamos siempre, pero estaba solo. Todos los demás niños ya se habían ido a casa porque se estaba haciendo de noche. De pronto un Volga negro pegaba un frenazo y se detenía junto a mí. Lo conducía un hombre con gafas redondas sin varillas, que me sonreía amablemente e intentaba hacerme entrar en el coche. Yo quería rechazarlo, pero se me cerraba la garganta y no lograba pronunciar palabra. Entonces el hombre me decía que mi hermano Sasha me estaba esperando en su casa, en el armario, donde había un montón de dulces. Al verlo hablar me daba cuenta de que tenía una boca que podía tragarse un niño de un bocado. Luego se bajaba del coche para cogerme y yo descubría que no tenía manos. El hombre extendía los brazos y se acercaba a mí. Me desperté de golpe, empapado en sudor y sentí miedo y alivio a la vez. La habitación estaba oscura y en silencio. Sasha y la abuela dormían profundamente. Me acerqué a la ventana, miré por una rendija entre las cortinas buscando un Volga negro que nunca descubrí.

El verdadero Beria era una persona más compleja y heterogénea de lo que nos transmitió mi tío abuelo. Lo entendí al leer el libro de Kópelev. Por un lado hizo matar a miles de personas —por necesidad, como él decía—, por otro estaba empeñado en reformar el sistema soviético. Tras la muerte de Stalin en marzo de 1953, criticó la colectivización de las tierras, desmanteló costosos proyectos y trabajó por la disolución de la República Democrática Alemana y la reunificación de Alemania. Ante todo, vació parte del archipiélago Gulag y casi la mitad de los presos pudieron volver a casa. Gracias a él, mi tío abuelo fue puesto en libertad y enviado de vuelta a Hungría. Sin embargo, cien días después de la muerte de Stalin, Beria fue detenido. Se sabe que fue liquidado, pero las circunstancias en torno a su muerte siguen sin conocerse.

Mi tío abuelo nos contó también que la ejecución de Beria acarreó problemas para la publicación de la *Gran enciclopedia soviética*. Cuando los abonados recibieron el tomo B de la enciclopedia —debió de ser a finales de la década de 1940— contenía un artículo sobre Beria, donde era alabado como le correspondía en cuanto gran héroe nacional. Después de su caída, los abonados recibieron una carta de la editorial donde se les exigía que recortaran y enviaran de vuelta las páginas sobre Beria. A cambio recibieron un artículo con fotografías sobre el Estrecho de Bering.

La realidad supera a la ficción, nos decía siempre mi tío abuelo. Cuando se sabe lo que ha ocurrido, no hace falta inventarse historias. Además, es más fácil pillar a un mentiroso que a un cojo.

## EL AMOR ES EL FUTURO

Cuando los amantes secretos Ariadne y Bernhard descubrieron que ella estaba embarazada, su joven vida quedó patas arriba. Tenían miedo a las consecuencias y tenían miedo de que los separaran. Era su primer enamoramiento, lo más hermoso que les había pasado nunca. El amor requería que miraran hacia delante, sin tener en cuenta a nadie. El amor, constató Bernhard, es enemigo de la tradición y está en el bando del futuro. El amor es el futuro, dijo Ariadne. El amor lo supera todo, respondió Bernhard.

Esa misma noche decidieron huir de Biederhof.

Lo que llevó a la ciega Ariadne y a Bernhard a marcharse a Hungría es un enigma. Ni siquiera mi tío abuelo conocía la respuesta. Unas veces decía que Ariadne tenía malos recuerdos de Viena de su primera infancia, otras que la pareja —ambos eran menores de edad puesto que ella tenía quince y él diecisiete— contaba con que nadie los buscaría allí.

El primer encuentro de los jóvenes con la capital húngara fue luminoso. Dio la casualidad de que llegaron el día que se celebraba la gran fiesta de la unificación de las ciudades Buda y Pest, situadas en orillas opuestas del Danubio, en una sola: Budapest. Los amplios bulevares estaban repletos de gente que cantaba, ondeaba banderas con orgullo y, en la ebriedad de la alegría, incluso abrazaba a los desconocidos. Ariadne y Bernhard se sintieron enseguida en casa y vieron el simbolismo de esta unificación. Ella cogió aquella mano que tanta seguridad y alegría le infundía y, en un suburbio, encontraron un alcalde considerablemente bebido que no les pidió papeles y los desposó como marido y mujer. El mundo era claro y hermoso. Tenían el futuro a sus pies.

Cuando Rodolfo se enteró de que Ariadne se había casado con Bernhard y había dado a luz a un varón en Budapest, pareció sufrir una transformación. Hasta entonces no había mostrado el menor interés por la desaparición de Ariadne, pero de pronto estaba fuera de sí. Como príncipe y cabeza de una de las familias más antiguas de la nobleza austríaca, no podía aceptar que su hija se casara con un judío y pariera niños judíos. Estaba furioso con Jakob, a pesar de que éste lo había salvado de la ruina, había logrado que la finca floreciera y se había ocupado de Ariadne. Pero oscuras ideas daban vueltas por la cabeza de Rodolfo. Pensaba que Jakob le había robado a su hija deliberadamente. Pidió a un lacayo que bajara al sótano a buscar una botella de coñac de cosecha vieja y se la bebió rápidamente. Llamaba puta a Ariadne y la acusaba de ser como su madre, una mujer despiadada que lo había seducido, había jugado con él y había abusado de su bondad. Mandó que le subieran más coñac. Siguió bebiendo y se comportó como un animal salvaje, chillando y atormentando a todo el mundo en el palacio. Pero se mantuvo a distancia de Jakob, que pedía encarecidamente poder hablar con él. Envuelto en los vapores del coñac, maldecía a su administrador y lo llamó villano y cerdo judío. Dijo que Jakob quería quitarle todo lo que tenía, que le había robado a su hija, la había encerrado en su casa y la había apareado con su hijo. Las humillantes palabras de Rodolfo resonaron en las hermosas salas del palacio. Cuando cayó la noche, se asomó al balcón y empezó a gritar para que todo el mundo lo oyera que no le hacía ninguna gracia tener un yerno judío y que sabía lo que se escondía tras aquel asqueroso teatro. Por eso pensaba desheredar a Ariadne y asegurarse así de que su hija no fuera un buen partido y de que los judíos no se apoderaran de Biederhof después de su muerte. En medio de la noche hizo llamar a un notario público y le dictó un nuevo testamento. Tras su muerte, todo lo que poseía pasaría a manos de su primo Luis

Thurn y Taxis, que era el heredero natural puesto que por sus venas corría sangre azul y era el único hombre en el mundo en el que se podía confiar. Después de seguir bebiendo aún otro rato, volvió a salir al balcón. Bramó que su alma ya podía encontrar la paz, porque había cambiado el testamento y se había asegurado de que la puta Ariadne se quedara sin nada. Se interrumpió un momento para encontrar las palabras que expresaran lo que sentía y un instante después, cegado por los primeros rayos de sol de la mañana, perdió el equilibrio, cayó por encima de la barandilla y se estrelló contra el suelo.

El entierro tuvo lugar una semana más tarde, pero para entonces Jakob y su familia ya habían abandonado la finca y se habían mudado a Viena.

## **LOS OTROS TRES HERMANOS**

Jakob tuvo cuatro hijos. A pesar de que a veces mostraban grandes fallos y defectos, todos habían heredado alguna cualidad de su padre: Nikolaus su genio para la economía, Claudia su bondad y Andreas su ingenio. Pero ninguno de los hijos tuvo la suerte de heredar el carácter completo de Jakob. No soy psicólogo y no quiero asumir la tarea de compararlos, pero sé que sólo uno de los hijos alcanzó la altura humana e intelectual de Jakob: Bernhard, que había heredado su integridad, su autoridad y su lucidez. Bernhard —el padre de mi abuelo— nació con una nariz descomunal. Como hijo mayor, heredó el tesoro de la familia, *El elixir de la inmortalidad*, y a su manera transmitió nuestra particular herencia.

El hecho de que de adultos acabaran tan separados y dispersos por diferentes continentes no se debe sólo a sus diferencias de carácter, ambición y talento, sino también a la rápida transformación sufrida en aquella época por la sociedad, que como un caleidoscopio mostró constantemente nuevas formas que a su vez influyeron sobre las relaciones entre las personas. No obstante, aquella dispersión tuvo también que ver con un extraño rasgo que creo que ha estado presente desde tiempos inmemoriales en todo aquel que ha llevado el apellido Spinoza. Los vínculos familiares han sido muy importantes para nosotros, pero sólo mientras las personas se mantuvieran dentro de los límites de la corrección. Si alguien cometía una irregularidad o provocaba un escándalo, si abandonaba la fe verdadera o contraía un matrimonio que se considerara criticable, todos reaccionaban con el silencio, daban la espalda al implicado y lo repudiaban de la comunidad como si nunca hubiera existido.

Para hacer plena justicia a Nikolaus, Claudia y Andreas, tendría que describir su vida cotidiana, explicar sus conversaciones y sus disputas, las relaciones entre ellos y con los demás, y relatar los sucesos que conformaron y determinaron su vida: las peleas infantiles, los enamoramientos, los casamientos, los nacimientos, las enfermedades y la muerte. Pero lamentablemente me faltan el tiempo y el conocimiento, y además carezco del talento necesario. Lo único que puedo hacer es reproducir lo que nos contó mi tío abuelo con la esperanza de que el pasado permita entrever lo que realmente ocurrió.

Nikolaus siguió los pasos de su padre. En su primera infancia se interesó casi exclusivamente por los números, y sus hermanos, que encontraban las matemáticas muy aburridas, tenían dificultades para comprender esta manía. Después de realizar estudios de comercio, Nikolaus encontró trabajo en la banca Rothschild. A pesar de su devoción y respeto a su padre, demostró pronto que a él lo impulsaban motivos muy distintos a los de éste. Lo que estimulaba la imaginación de Jakob no era el dinero, sino el trabajo mental,



eso de encontrar nuevas soluciones para problemas de carácter económico, soluciones que nadie hubiera visto hasta entonces. Pero para Nikolaus el único sentido de su trabajo en el banco era su obsesión de hacerse rico. Bajo la orientación de su padre, sus esfuerzos dieron sus frutos y antes de cumplir los treinta años asumió el cargo de jefe de la filial de Viena. Era un hombre elegante, adinerado y acostumbrado a la buena vida, y aquella ciudad le ofrecía una gran abundancia de mujeres dispuestas. No se le pasó por la cabeza renunciar a su vida de soltero hasta que conoció a Beatriz, la hija mejor de un barón de Bohemia. Beatriz era una chica adorable y redonda de dieciocho años, que cojeaba un poco porque tenía una pierna más corta que la otra, pero tenía un pecho que podría haber despertado la envidia de las ninfas del Olimpo. Nikolaus se enamoró de inmediato de ella y el olor de su pelo lo embriagaba casi tanto como el dinero de su padre. Tampoco Beatriz tuvo problemas para aceptar la propuesta de matrimonio. Por medio de efectivas manipulaciones, Nikolaus consiguió burlar a sus hermanos y hacerse con la fortuna que dejó su padre. Con este capital, que amplió con un sustancioso préstamo de su suegro, compró el *Österreichische Credit-Anstalt für Handel und Gewerbe*, propiedad de la familia Rothschild. Le cambió el nombre a *Credit-Anstalt* y diez años más tarde era el propietario de una de las instituciones financieras más destacadas del continente. Nikolaus recibió un título nobiliario de Francisco José, frecuentaba los círculos más distinguidos de la doble monarquía y también era codiciado en los mejores salones de París, Londres y Berlín. Así fue como nuestra familia, después de tantas derrotas, pudo experimentar una breve navegación sobre la ola del éxito. Personas distinguidas de toda Europa mencionaban nuestro apellido con veneración, y sin embargo habíamos cambiado de bando. Ya no nos respetaban como filósofos y hombres de letras, por medio de Jakob y Nikolaus nos habíamos transformado en sacerdotes supremos del templo de Mammón. El nombre de Nikolaus se pronunciaba con enorme respeto por todas partes, salvo entre sus hermanos, que se negaban a verlo. Con el paso de los años se dejó fascinar por las nuevas aportaciones de la razón técnica, que tanto cambiarían el mundo. Invertía con frecuencia en proyectos industriales de grandes dimensiones, pese a su escasez en la doble monarquía. Era un optimista consumado respecto al futuro y se implicó en un colosal proyecto concediendo generosos préstamos a la británica *White Star Lines*, cuando la compañía naviera encargó tres nuevos barcos de pasajeros. El *Titanic*, el *Olympic* y el *Britannic* serían las mayores construcciones mecánicas de su época y superarían a todos sus rivales en lujo y pompa. Cuando el *Titanic* zarpó para su primera travesía, Nikolaus y su esposa invitaron al viaje a todos sus hijos y a algunos amigos de negocios y reservaron diez enormes suites a su nombre. El 15 de abril cumplía quince años su hijo mayor, Adalbert. Nikolaus invitó a veinticinco personas a cenar en el *Titanic*. Estaban todos muy animados. Brindaron con Cristal de la cosecha de 1876, el champán del zar Alejandro II. La cena fue un exceso gastronómico que duró cuatro horas. Después de tan suntuosa comida, los invitados se sintieron pesados y se hundieron como piedras en el gélido océano tras la colisión con el iceberg que acabó con el insumergible paquebote. Ninguno de los invitados de Nikolaus sobrevivió. Su propio cuerpo lo encontraron muchos años más tarde. En el bolsillo de la chaqueta llevaba cincuenta billetes de diez mil dólares —en los que Salmon P. Chases, el secretario del Tesoro norteamericano, sonreía lúgubremente—, además de una descripción sorprendentemente bien conservada del banquete de once platos.

Claudia se casó pronto. Con sólo nueve años comprendió que se casaría con Markus Frombichler, y con ningún otro. Tenían la misma edad —se llevaban apenas dos semanas—, habían jugado juntos desde antes de aprender a andar e iban a la misma

escuela. El padre de Markus era campesino y vecino de la finca de los Biederstern. Cuando la familia Spinoza se mudó a Viena, Claudia y Markus se prometieron lealtad eterna. Siete años más tarde el chico fue a buscarla a la capital. Un joven callado, inseguro e inhibido, que difícilmente podía calificarse de hombre de mundo, se presentó ante Jakob pidiendo la mano de su única hija. Sólo a un ciego podía escapársele lo enamorados que estaban, aun así Jakob desaconsejó a Claudia que se casara con él. Le resultaba impensable que su hija pudiera ser feliz viviendo en el campo con una familia católica y rodeada de campesinos incultos. Además, tendría que cambiar de religión, pero la fe y la tradición judía, le explicó Jakob, no eran unos guantes que pudieras simplemente cambiarte por otros. Los ojos de la madre se llenaron de lágrimas y murmuró que ninguna madre judía podría enorgullecerse de un yerno como Markus. Nikolaus vaticinó que la vida de su hermana sería desgraciada. Y Andreas se rió de ella y dijo que los paletos de los campesinos no sabían nada del mundo. Pero Claudia objetó que Markus no era un niño de papá judío, mimado y con las manos blancas como sus voraces hermanos, sino un hombre acostumbrado a trabajar y que conocía sus obligaciones. ¿Y qué tenía de malo que su padre fuera campesino? Les dijo que los Frombichler eran gente sencilla, que nunca habían resuelto misterios del mundo, pero que siempre habían vivido en su pequeño pedazo de tierra, ocupándose de sus hijos y dándose por contentos con su suerte. Y en cuanto a la religión, les explicó, ella nunca había creído en un Dios. Judíos o católicos..., para ella eran todos lo mismo y en cualquier caso el amor estaba por encima de todo eso. El asunto se discutió intensamente en la familia y, como es natural, fue Jakob quien llevó la voz cantante. No sé cuánto duraron las discusiones, pero no hubo argumento que convenciera a Claudia. La chica se mantuvo en sus trece. Claudia y Markus tuvieron tres hijos. Mathäus, el mayor, fue un niño difícil y malvado. Con diez años intentó ahogar a sus hermanas pequeñas en un pozo y como castigo lo enviaron a Linz, a casa de un primo del padre que era cabo del ejército imperial y real y no tenía hijos. Su mujer era una harpía a la que Mathäus aborreció desde el primer momento. La única razón por la que no huyó de aquella casa sin amor fue que había hecho un amigo en el colegio, Adi, del que nunca se separaría. Las hermanas Isidora y Hedda se casaron y emigraron a América. Después del crac de 1929, se les perdió la pista. El matrimonio de Claudia fue feliz y ella estuvo contenta con su vida de campesina. Lo único que a veces le dolía era pensar en sus hermanos, que le habían dado la espalda por casarse con un no-judío y la habían dejado sin herencia. Markus murió de muerte natural en 1937. Cinco años más tarde, Karl Schneider, el mejor amigo de Markus y jefe de policía del distrito, pidió a Claudia que acudiera a su despacho para comprobar una formalidad de su partida de nacimiento. Esa tarde no regresó a casa, y tampoco al día siguiente. Su vida terminó dos semanas más tarde en Auschwitz. El cocinero de Hitler, al que tantas personas podían agradecer la vida, no pudo salvar a su madre.

Andreas era el benjamín y el payaso de la familia. Los hermanos lo llamaban «la Carpa», porque le vibraban los labios como a una carpa cuando se reía a carcajadas de sus propias historietas. Tenía un talento excepcional como narrador. A pesar de todas sus mentiras, sus festivas exageraciones y sus adornadas malicias, a la gente de la finca le divertía escuchar sus laberínticos relatos. Nadie ignoraba que mentía constantemente, que a menudo extendía rumores despectivos y que hablaba mal de sus seres más cercanos. Aun así era inevitable cogerle cariño. Su encanto, su infantil despreocupación y su ingenuidad parcialmente fingida, lo salvaban de casi todas las situaciones y todo el mundo se mostraba condescendiente con sus defectos. Sus padres se afanaron por potenciar el interés de los niños por la literatura y por crear un hogar libre de prejuicios. «Los defectos de Andreas

vienen de su abuelo materno», solía bromear el padre. Si Jakob se refería al sorprendente interés de Andreas por las armas de fuego, exageraba, porque su suegro, Isak Hirschfeld, no era militar, sino comerciante textil. Aunque es cierto que de joven, en 1807, llevó un destrozado uniforme del ejército prusiano y luchó contra los franceses en la batalla de Friedland, que acabó con una costosa derrota para el emperador Federico Guillermo y lo forzó a renunciar a la mitad de su territorio en favor de Napoleón. Quien realmente sembró el amor de Andreas por las armas, para disgusto de toda la familia, fue Bertold, que se ocupaba de las grandes existencias de armas de caza de la finca, como lo habían hecho su padre y su abuelo antes de él. Como Andreas sentía una extraña atracción por todo aquello que disgustaba a su padre, se dedicaba a seguir a Bertold por todas partes. La ciudad con la que se encontró el joven cuando la familia se mudó a Viena, no le proporcionó más que disgustos. Detestaba la bulliciosa vida de la urbe y echaba de menos la naturaleza, el bosque, los cotos de caza, el silencio de Burgenland y su idilio campestre. Soñó con estudiar física en el instituto politécnico, pero no fue admitido. Tras tres intentos fallidos, se dio por vencido y empezó a trabajar como aprendiz en la *Österreichische Waffenfabriksgesellschaft*, que producía las mejores escopetas de caza del país. Todo el mundo en la fábrica tenía a Andreas por un mentiroso y un cuentista, capaz de inventarse todo tipo de historias y que fanfarroneaba de estar a punto de desarrollar una nueva tecnología de armas. En aquella época las armas de fuego todavía eran lentas y difíciles de manejar. Andreas se propuso mejorar la precisión del arma y acortar el tiempo de recarga. Era consciente de que en la guerra de 1866, en la que Prusia y Austria lucharon por la hegemonía de Alemania, los prusianos alcanzaban a disparar siete tiros tumbados con sus fusiles Dreyse de recarga, en el tiempo en que los soldados de Francisco José alcanzaban a recargar el arma y disparar una sola bala. No es difícil imaginarse quién ganó aquella contienda. Andreas desarrolló un arma rápida, de buena puntería y que no sufría con la humedad. Su fusil despertó cierto interés en el estado mayor militar, pero el aparato burocrático de la doble monarquía funcionaba despacio y mientras investigaban y discutían, intercambiaban nuevos dictámenes entre los diferentes departamentos y planteaban nuevas preguntas que necesitaban respuesta, Andreas se cansó de esperar. Decepcionado, cruzó la frontera y se dirigió al fabricante de armas Paul Mauser, afincado en la pequeña ciudad alemana de Oberndorf am Neckar. Mauser comprendió de inmediato la genialidad del mecanismo rotatorio de Andreas para la recámara y lo celebró como un gran avance. Hasta entonces nadie había construido un arma con la que los soldados de infantería pudieran disparar quince balas en el mismo número de segundos, manteniendo la puntería a más de mil metros. Andreas firmó un contrato con la fábrica de armas Mauser-Werke y los adelantos que había desarrollado se aplicaron de inmediato a los nuevos fusiles de repetición que salieron con el nombre de Modelo 89. El legendario general de infantería Lothar von Trotha visitó la fábrica para probar la nueva arma antes de su inminente partida a una expedición al África Oriental. Quedó más que satisfecho: «Con esta superarma podemos lograr una *Vernichtung* (aniquilación) total de los rebeldes africanos», sentenció el general. «*Vernichtung*», repitió Andreas, y aseguró que le gustaba el sonido de la palabra. Justo antes del encuentro con el general se había topado por casualidad con una novela de Rider Haggard. Aquella romántica historia inglesa rebosante de exotismo erótico, en la que se describía cómo los hombres blancos controlaban a las mujeres de las colonias y, en virtud de su superioridad cultural y técnica, requisaban los tesoros africanos, le resultó muy atractiva. Embrujado por aquel libro pidió a Von Trotha que le permitiera acompañarlo al África Oriental para estudiar el funcionamiento de la nueva arma en el

campo de batalla. Durante dos años participó en la expedición de represalia del general. Mientras aquellos hombres saqueaban y quemaban los pueblos, asesinaban a una tercera parte de la población y mutilaban a otros tantos, Andreas permaneció en una cómoda tienda de campaña militar. Aunque sufrió las picaduras de los mosquitos, estuvo muy bien atendido por dos amantes de piel oscura extremadamente serviciales y logró mejorar aún más los fusiles encerrando los gases de humo producidos al detonar los tiros. El despiadado avance del general y los indecibles tormentos padecidos por los africanos le afectaban tan poco como los chillidos de los monos y los rugidos de los animales salvajes alrededor de la tienda. Durante toda su vida le había resultado sencillo reprimir todo lo desagradable. Naturalmente sabía que las vidas de todas las personas tienen el mismo valor y que todo individuo tiene derechos innatos. Eso lo había aprendido a temprana edad en su hogar paterno, pero no valía para África. En eso compartía la visión del general: los negros no podían considerarse personas. ¿Acaso no lo demostraban suficientemente su sencillo estilo de vida, su profunda ignorancia sobre el mundo y sus primitivos ritos y representaciones? Andreas y Von Trotha desarrollaron fuertes lazos entre ellos. Por la noche pasaban horas junto a la hoguera del campamento en la sabana, contándose historias el uno al otro. Al regresar del África Oriental, el general le presentó a su sobrina y Andreas se casó con ella. Más tarde Andreas siguió a Von Trotha al África Suroccidental, adonde iba para aplastar la rebelión del pueblo herero contra el gobierno colonialista alemán, que trataba a los negros peor que a sus perros. Su esposa se despidió de él en el puerto de Hamburgo con la sensación de que no volvería a verlo, y cuando el barco se alejó, dejó caer unas lágrimas. Los alemanes estaban colmados de arrogancia y contaban con una victoria fácil. Por eso el general no dedicó demasiada atención a asegurar las provisiones de las tropas. El calor de Namibia era insoportable. Los soldados herero ofrecieron una resistencia inesperada y aprovecharon eficientemente sus conocimientos locales. Al cabo de tres meses en el desierto, a las fuerzas coloniales se les acabaron el agua y las provisiones. Murieron más alemanes de agotamiento y enfermedades tropicales que por las balas de los rebeldes. Andreas fue uno de ellos. Estaba exhausto y tuvo un ataque de fiebre. Las piernas le fallaron y cayó al suelo incapaz de moverse. Unas horas más tarde empezó a sufrir hemorragias y diarrea, y la apatía se apoderó de él al comprender que en aquel estado no podría seguir a Von Trotha y sus tropas. Tuvo la premonición de que nunca abandonaría el desierto de Omaheke. El general lo examinó. Andreas quiso aliviar su corazón pero no consiguió pronunciar palabra. Von Trotha se planteó pegarle un tiro en la cabeza para acortar sus sufrimientos, pero fue incapaz de matar a su amigo. Al final abandonaron a Andreas en una tienda, en compañía de sus dos amantes, que pertenecían al pueblo nama. Las mujeres huyeron al abrigo de la noche. Y Andreas, solo y abandonado en el calor, vivió aún cuatro días antes de morir de sed y agotamiento. Pese a sus grandes pérdidas, el general se negó a negociar una tregua con el líder del pueblo herero, Samuel Mahareo. Quería inscribir su nombre en la historia de su país creando la imagen de una Alemania que controlara grandes partes de África. Estaba tan convencido de que había que exterminar a aquellos ingobernables negros, que ordenó la masacre de personas indefensas: viejos, mujeres y niños. A continuación ordenó fusilar a todos los hereros varones, armados o no, y los fusiles desarrollados por Andreas se recalentaron tanto que los soldados alemanes apenas podían sostenerlos. Tampoco perdonaron la vida al pueblo nama. La peste a sangre saturaba el aire de toda Namibia. Al regreso de este genocidio —el primero, pero desde luego no el último del siglo XX—, Von Trotha fue recibido como un héroe en Berlín. Sin embargo, unos meses más tarde fue juzgado y condenado no por haber asesinado a más del

ochenta por ciento del pueblo herero y al cincuenta por ciento del pueblo nama, sino por maltratar a su amante en Windhoek, una mujer blanca, sobrina del Reichskommissar alemán del África Suroccidental.

## **DE NUEVO EXTRAVIADO**

De pronto caigo en la cuenta de que se me ha olvidado un detalle nada despreciable de la compra de Nikolaus del Österreichische Credit-Anstalt für Handel und Gewerbe. Se quedó con la compañía por una suma que quedaba un veinte por ciento por debajo del precio de mercado a cambio de introducir una particular cláusula en el contrato de compra: si moría sin herederos carnales, todas las acciones volverían a la banca Rothschild sin coste alguno. Cada vez que su esposa daba a luz a un nuevo hijo, Nikolaus se reía a carcajadas y se felicitaba a sí mismo para sus adentros por su genio para los negocios. La pareja tuvo cuatro varones y dos niñas. Pero el que rió el último fue su rival Albert Rothschild, el cabeza de la familia de banqueros, que rendía culto a Mammón y detestaba a Nikolaus. Cuando el *Titanic* se hundió, el avaro Albert Rothschild pudo quedarse con el CreditAnstalt sin pagar un solo *groschen*.

Vacilo un poco al afirmar aquí que supuso una bendición para nosotros perder la fortuna de Nikolaus, pero así fue. Porque el dinero ha sido un diabólico espejismo para los Spinoza. Lo único que le aportó aquella súbita riqueza a la familia fueron decepciones y locuras. La fortuna dividió a la familia convirtiendo a los hermanos en enemigos, quizá porque la esencia de los Spinoza siempre había estado consagrada a algo distinto que el culto al dinero. Fieles al encuentro con Moisés de nuestro patriarca Baruj, nuestra misión en la tierra desde tiempos inmemoriales —aunque el desarrollo del mundo pareciera impasible a nuestro afán— ha sido vigilar el mayor de todos los secretos: el elixir que concede la inmortalidad.

Ya me he vuelto a extraviar. Me ocurre a menudo que se me mezclan los recuerdos antiguos con las ideas nuevas. Es curioso lo de todos estos recuerdos que yo creía descoloridos y perdidos en el tiempo. Se han puesto en movimiento, ahora tienen vida propia y el pasado emerge de ellos.

## **LA BREVE FELICIDAD**

¿Qué estaba yo contando? Ah, sí, Ariadne y Bernhard. La joven pareja se distanció muchísimo de la familia de Bernhard porque temían que Jakob intentara poner obstáculos en el camino de su felicidad. Los contactos entre ellos y la familia en Viena eran escasos y Bernhard se negaba a aceptar ayuda de su padre, aunque éste intentaba hacerle entender que la falta de dinero implica mucha pérdida de libertad. Pero los jóvenes estaban orgullosos de su independencia y hablaban a menudo de lo mucho que les gustaba vivir en Budapest, lejos de los padres, sin que nadie se entrometiera en sus vidas ni intentara controlarlas. Ni siquiera se les pasaba por la cabeza quejarse de la pobreza que les tocó vivir en Hungría.

A los cinco años de llegar a Budapest, ya tenían tres chicos: Moricz, Nathan (que sería mi abuelo) y Kalman. También tuvieron una hija, Hanna, que fue la última. Nació por cesárea y fue muy prematura, sólo tenía siete meses y apenas pesaba dos kilos. Ariadne yacía sobre la mesa de operaciones y su vida pendía de un hilo debido a la abundante pérdida de sangre, pero un joven médico le salvó la vida. Ahora bien, el médico jefe del

hospital de pobres constató que la pequeña Hanna tenía un complicado fallo cardíaco y les explicó que era necesario operarla para no perderla. El médico exigió cinco mil coronas para él e insinuó que le harían falta otro médico y dos enfermeras experimentadas, a los que también habría que pagar. Cuando el médico vio la pálida cara de Bernhard, añadió que una operación como ésta costaría por lo menos el doble en un hospital privado, quizá incluso más. Muchos años después, al recordar este suceso, Bernhard contaría que fue en ese momento cuando comprendió lo que realmente significa el dinero en este mundo. Explicó al médico que no tenía el dinero en su poder, pero que había que salvar la vida de la niña a toda costa. Pidió que le fiaran durante unas semanas, sólo hasta que su padre le enviara la suma, que de todos modos prometió pagar, subrayando su fiabilidad dado que era hijo del director de la banca Rothschild de Viena, un hombre rico. El médico jefe le sonrió con escepticismo. Bastaba echar un vistazo a los desgastados pantalones del joven y al arrugado cuello de su chaqueta para que quedara demostrado lo contrario de lo que el joven afirmaba. Explicó a Bernhard que no había un solo hospital en Budapest donde realizaran intervenciones quirúrgicas a crédito, después se disculpó y desapareció pasillo abajo. Bernhard estuvo a punto de echarse a llorar. Para que nadie lo notara, siguió con la mirada las grietas formadas en la pared por la humedad. Dos días más tarde enterraron a la pequeña Hanna.

Ariadne permaneció diez días ingresada en el hospital. El dolor que sintió fue tan insoportable que llegó a transformarla. Al regresar a casa, se fue sintiendo paulatinamente más incómoda en su vida cotidiana. Se volvió pendenciera —debía de ser herencia paterna— y atosigaba constantemente a Bernhard. Empezaba a primera hora de la mañana, antes de que Bernhard saliera para el trabajo, y continuaba por la noche cuando éste volvía a casa. Y lo hacía a pesar de que Bernhard se encargaba de todo, era una verdadera bestia de trabajo. Hacía la compra, cocinaba y procuraba mantener la casa limpia y ordenada. Cuando los niños se ponían enfermos, era él quien se levantaba por la noche y se ocupaba de ellos. Quizá con ello impidió también que Ariadne asumiera su parte de responsabilidad en la casa. Ella no hacía nada, y no sólo a causa de su ceguera congénita, sino porque era holgazana y no tenía sentido del orden. Pero Bernhard hacía la vista gorda con todo y la trataba siempre con cariño, incluso cuando no se lo merecía. Sabía que su vida —se pasaba todo el día sola con tres niños pequeños en una casa pobre— no era un camino de rosas. Todo en la existencia de Ariadne dependía de su estado de ánimo en cada momento. Moricz, al que normalmente consideraba un niño encantador, de pronto era un pesado si le pedía más comida. Nathan, al que acusaba de ser retrasado, se transformaba en un genio cuando jugaba con Kalman, su hermano pequeño, y ella podía echarse una siesta por la tarde. Bernhard también entendía que sintiera celos. No porque él pudiera serle infiel, eso ni se le pasaba por la cabeza porque para él sólo existía Ariadne, sino simple y llanamente porque la mujer tenía tendencia a los celos y consideraba a Bernhard de su propiedad. Sin duda también pesaba el hecho de que sólo lo tuviera a él, dado que carecía tanto de amigos como de familia.

### «PESTER LLOYD»

El *Pester Lloyd* era el buque insignia de la prensa en lengua alemana de la capital húngara, era un diario de debate exento de sensacionalismo. Las finanzas quedaban aseguradas primordialmente por el apoyo del banquero liberal Siegmund Kornfeld, quien

fuera en su juventud protegido de Jakob en Viena, pero que a los veintiséis años fue nombrado jefe del Ungarische Creditanstalt de Budapest por Albert Rothschild. Los locales de la redacción y la imprenta del periódico estaban ubicados en un edificio del elegante distrito de Lipótváros. El director del periódico, el legendario Miksa Falk, se movía con desenvoltura en los diversos estratos sociales. Era confidente de la emperatriz Isabel e incluso Francisco José le prestaba oído. Falk tenía la extraordinaria capacidad de manejar muchos hilos al mismo tiempo y no ahorraba esfuerzos a la hora de implicar a sus colaboradores en la aventura común, en vez de brillar él mismo por sus conocimientos y convertirse en el gran héroe del periódico, como hacían tantos otros en aquellos tiempos. Siempre escuchaba lo que los demás tenían que decir y a su vez inspiraba a su entorno con ideas y propuestas. Era generoso en los halagos y moderado en sus críticas. El miedo al adjetivo, solía decir, es el principio del estilo. Todos sus colaboradores sabían lo que esperaba de ellos, por eso nunca necesitaba señalar a nadie. Sus bigotes colgantes le conferían un aspecto rudo y severo, aunque era amable por naturaleza y sólo los miembros más autocomplacientes y categóricos de la redacción debían temer sus secos comentarios.

Al poco de llegar a Budapest, Bernhard empezó a trabajar en el *Pester Lloyd* como chico de los recados, con un sueldo mínimo que apenas alcanzaba para pagar el alquiler y la comida. Sin embargo, el trabajo duro no le era ajeno. Estaba tan dispuesto a pasarse el día corriendo de un lado para otro haciendo mandados, como a echar una mano para mover pesados rollos de papel. Se encontraba a gusto con la febril actividad de todos los departamentos. Le encantaba la cercanía de la tinta de la imprenta y sentía un entusiasmo infantil por el paternóster que conectaba las redacciones situadas en diferentes plantas del edificio. Le producía una enorme satisfacción pasarse el día en compañía de hombres y mujeres cultos que defendían la causa de los débiles sin pensar en sí mismos. Empezó a soñar con ver algún día su propio nombre impreso en la primera página del periódico. Un día, en lo que él consideró un ataque de megalomanía, escribió un texto sobre la vida de los ciegos en Budapest. Sabía que había tan pocas posibilidades de que le aceptaran el artículo como de que Ariadne empezara a ver. Pero eso no le impidió entregar el texto al redactor jefe de la sección de nacional que estaba de guardia. Pasaron varias semanas y Bernhard casi se olvidó del asunto. Por eso le sorprendió que una mañana lo llamaran al despacho del director. Por un momento creyó que iba a regañarlo o sencillamente a despedirlo por algo que hubiera hecho sin darse cuenta. Pero Falk lo recibió con amabilidad y le pidió disculpas por haber tardado tanto en leer su artículo. Le preguntó si había publicado algo antes, porque de lo contrario haría su debut periodístico el domingo siguiente en la primera página del *Pester Lloyd* con un artículo que no sólo satisfacía los elevados estándares de calidad del periódico, sino que además era importante, entre otras cosas porque arrojaba luz sobre un problema que —hasta donde él podía recordar, y llevaba muchos años en el gremio— hasta entonces no había tratado ningún periodista. Preguntó a Bernhard cómo podía saber tanto sobre la difícil situación de los ciegos y no salía de su asombro cuando el joven le explicó que su esposa había nacido ciega. «¡Su esposa!», exclamó el director antes de añadir que a un cachorro como Bernhard apenas podía haberle dado tiempo a casarse. Más aún le sorprendió que Bernhard le dijera que no era un cachorro puesto que ya había cumplido los diecinueve años y que tenía dos hijos. Falk replicó que en tal caso el modesto honorario que recibiría seguramente contribuiría positivamente a su economía familiar. También abrió la puerta a la posibilidad de que Bernhard publicara más artículos en el periódico, siempre que estuvieran tan bien escritos y fundamentados como aquel sobre la vida cotidiana de los ciegos, y que su trabajo habitual no sufriera por ello. Bernhard sintió

una profunda gratitud.

Llegó el domingo, pero cuando Bernhard por fin tuvo en sus manos el periódico, la decepción fue infinita. Ciertamente el artículo aparecía en primera página, sólo que su nombre estaba mal escrito. En vez de Bernhard Spinoza ponía Bernhard Spiritosa. Sabía que el *Pester Lloyd* tenía la reputación de ser un diario en el que jamás aparecían erratas. Por eso sospechó que alguien de la redacción le había cambiado el apellido por pura maldad. Al día siguiente acudió al redactor jefe a pedir una explicación y éste le remitió a la linotipia. Allí le explicaron que el tipógrafo que había compuesto su artículo a primera hora del domingo, había perdido la matriz con los tipos de plomo del nombre de Bernhard y, cuando volvió a componerla, se hizo un lío con las letras. El jefe de la linotipia concluyó con estoicismo que la cosa podría haber sido peor. Para Bernhard era inconcebible que un hombre con su experiencia mostrara tan poca sensibilidad por el hecho de que su apellido apareciera mal escrito en el primer artículo que publicaba.

El apellido mal escrito —el primer accidente de este tipo de la historia del periódico— se convirtió ese lunes en la comidilla de la redacción. Un agudo periodista comentó con una ladina sonrisa que el incidente debía de tener un sentido oculto puesto que el apellido Spiritosa era más adecuado para el joven de sempiterna sonrisa que el de Spinoza, un nombre que uno relacionaba con lúgubres filósofos (naturalmente desconocía el parentesco de Bernhard con Bento y Benjamin).

Desde aquel día, todo el mundo en el periódico llamaba a Bernhard Spiritosa, que en italiano significa humorístico, agudo y espiritual.

Un mes más tarde Bernhard recibió una carta de su madre que le produjo, si cabe, una decepción aún mayor que la anterior. Estaba destrozado. Su madre lo felicitaba por la publicación de su primer artículo y al mismo tiempo expresaba su alegría porque por fin había conseguido convencer a su esposo, que se había mostrado reticente durante mucho tiempo, para que pidiera a Siegmund Kornfeld, su antiguo protegido y principal financiador del *Pester Lloyd*, que moviera unos hilos para mejorar la situación del hijo en el periódico.

## **EL PATERNÓSTER**

Ariadne llevaba un tiempo de mal humor. Por lo general, incluso en sus momentos más belicosos, al cabo de un par de días se dejaba ablandar por las tiernas caricias de Bernhard y le indicaba con una palmadita en la cabeza que los placeres matrimoniales podían empezar. Y cuando se metían en la cama, hacían las paces. Pero habían pasado varias semanas desde su última reconciliación sensual y aquella mañana fue la peor en mucho tiempo. Ariadne se despertó más guerrera que de costumbre, se quejó de su suerte y despotricó contra sus hijos y su marido. Cuando los niños se echaron a llorar, ella empezó a arrojar platos a las paredes y rompió el cristal de una ventana. Tardó casi una hora en calmarse lo suficiente para que Bernhard pudiera ir al trabajo.

Había mucho jaleo en la redacción. Bernhard, que llevaba un par de años trabajando como subdirector de la sección de noticias, no se tomó la molestia de interesarse por el asunto. Pero el jaleo en la redacción continuó y aunque a Bernhard no le quedaban energías para involucrarse en más problemas, la curiosidad fue más fuerte que él. Se levantó de la silla y estaba saliendo de la habitación cuando llegó el director del periódico. Falk estaba pálido. No sólo le temblaba la voz, sino también las manos. Pidió a Bernhard que se sentara y éste intuyó que había pasado algo horrible. Su vida se detuvo en el mismo momento en



que su jefe le contó lo ocurrido. Habían encontrado a una joven en el paternóster, debía de haber intentado bajarse del elevador cuando se encontraba entre dos plantas o haber perdido el equilibrio. En cualquier caso se había caído y había muerto aplastada y decapitada. A todas luces la joven era ciega y tenían buenos motivos para suponer que se trataba de la esposa de Bernhard. Ariadne era la vida entera de Bernhard, no tenía otra ni conocía otra. Hemos de dar gracias al destino por que Bernhard tuviera tres hijos, de lo contrario todo podría haber sido muy indiferente para él tras la muerte de su esposa. Sin embargo, aunque ni por un instante dejó de pensar en Ariadne, sabía que tenía que hacerse cargo de los niños.

En la cochambrosa maleta que heredé de mi abuelo —entre un batiburrillo de cartas, diarios de siglos diversos, partidas de nacimiento, testamentos y otros documentos históricos de la familia Spinoza— encontré también una fotografía amarillenta, tomada probablemente antes de la Segunda Guerra Mundial, en la que aparecía una tumba con el siguiente texto escrito en letras de oro sobre el granito negro de la lápida: «Ariadne, mi princesa, que veías el mundo con otros ojos. Siempre te echaremos de menos».

Por detrás de la fotografía, con letras pequeñas, el abuelo había escrito: «Mi único recuerdo de mamá...».

Poco después del entierro, Bernhard recibió el informe de la autopsia. Resultó que Ariadne estaba embarazada. Sus ojos se llenaron de lágrimas al comprender que su mujer, que a causa de su ceguera rara vez salía de casa y nunca había estado en el periódico, debía de haber ido a verle para pedirle perdón por su comportamiento y contarle que esperaba un niño.

## LA MEJOR CURA

*Labor omnia vincit.* El director le explicó que la cita era del gran poeta romano Virgilio y que significa: el trabajo lo vence todo. Falk miró a Bernhard con la piadosa compasión que mostramos por aquel que se ha extraviado en la vida.

«Tengo que ser sincero contigo», dijo. «No puedes pasarte el día deambulando por la redacción y pensando en tu difunta esposa. Eso no te ayuda ni a ti ni a los demás. No puedes recuperarla. Está muerta y tienes que aceptarlo. El único modo digno que tienes de honrar su memoria es la escritura. Cuando el dolor es intenso, la mejor cura es el trabajo. Si vuelves a escribir verás tu alma erguirse. Tu valor crecerá un poco cada vez que en un texto consigas cambiar una palabra gastada por una algo menos manida. Sentirás alegría cuando encuentres el camino recto en las infinitas galaxias de la lengua».

El director dijo que el artículo sobre los ciegos era el retrato más fuerte que había leído nunca de la situación de los necesitados en Budapest. Subrayó que el texto evidenciaba que Bernhard pertenecía al pequeño grupo de personas nacidas para escribir y que tenían una misión en la vida: luchar por medio de su pluma por el bien de la humanidad. Le contó que él mismo procedía de una familia judía pobre y que lo que más deseaba en el mundo era una mayor justicia social en el país. En la sociedad húngara había demasiadas cosas que atentaban contra sus principios, basados en el lema de la Revolución Francesa: igualdad, libertad y fraternidad. Añadió que estas palabras habían nacido prácticamente en los labios de Nicolas Spinoza. Bernhard esbozó una sonrisa y asintió.

«Tu verdadera herencia viene de tu bisabuelo Nicolas», dijo Falk. «Se trata de ver con nuevos ojos las cosas bien conocidas y después de describirlas. El que escribe, pasa a ser testigo en el tribunal que juzga el mundo. Por medio de sus palabras proporcionas a los

demás fuerzas para elevarse por encima de su destino».

El director no sólo enseñó a Bernhard a manipular el lenguaje, a moldear las palabras y a luchar con ellas. Más que un mentor periodístico para él, fue su maestro. Falk le enseñó la historia de Hungría y le hizo descubrir una tradición humorística que hundía sus raíces en Cicerón, Plutarco y Séneca. Le recomendó que leyera a Erasmo de Rotterdam y a Michel de Montaigne. Entrenó su arte argumentativa por medio de animadas discusiones sobre economía y política. Logró que conectara estéticamente con algunos de los grandes escritores contemporáneos y que se enardeciera con los destinos que reflejaban las grandes obras literarias. Le enseñó a respirar el aire de los libros.

## **EN EL CAFÉ DU MATIGNON**

Habían acordado encontrarse en el Café du Matignon, en el elegante barrio del Faubourg Saint-Germain. Fue Herzl quien escogió el sitio. Desde hacía cuatro años era corresponsal en París del diario vienés *Neue Freie Presse*, por lo que conocía bien la ciudad, especialmente los barrios en los que había vivido y trabajado Alfred Dreyfus antes de su detención. Herzl había seguido con enorme interés el juicio contra el capitán judío y apoyó sin vacilación la campaña organizada en Francia para lograr justicia para Dreyfus.

No había nada que ilusionara más a Herzl que conocer en persona a Bernhard. Durante diez años habían seguido los artículos el uno del otro y rivalizado por el trono del periodismo en la doble monarquía. Uno era de Budapest y se había mudado a Viena a los diecisiete años; el otro había huido a la misma edad de un finca no muy lejana a Viena para asentarse en Budapest. Era un extraño fenómeno de gemelos: se interesaban constantemente por las mismas causas y los mismos problemas. Quizá por eso a veces denominaban a Herzl «el Bernhard Spinoza de Viena» y a Bernhard «el Theodor Herzl de Budapest». Ambos eran conocidos por su impresionante capacidad de trabajo y su elevada opinión de la importancia de la labor periodística. Ambos eran conscientes de su poder como generadores de opinión crítica y pocos hombres de letras eran capaces de generar debates más vehementes, de reivindicar cambios políticos más radicales o de inferir mayores heridas y desgarros a quienes ostentaban el poder. No es de extrañar que ambos ocuparan también un lugar importante en la conciencia de los lectores.

Herzl y Bernhard llevaban muchos años manteniendo una animada correspondencia, pero nunca habían llegado a verse. La iniciativa para el encuentro en París la tomó Herzl. Estaba trabajando en un libro que llamaba *El Estado judío*, en el que reaccionaba contra el creciente antisemitismo que se extendía por Europa en la estela del caso Dreyfus y argumentaba a favor de que los judíos fundaran su propio Estado nacional. Había mandado un borrador a un puñado de destacados judíos del mundo de la cultura y las respuestas habían sido abrumadoramente positivas. La única crítica, apoyada sobre argumentos de peso, venía de la mano de Bernhard. Herzl quería seguir discutiendo el asunto con él porque estaba convencido de que la discusión sería de enorme utilidad para su trabajo.

Bernhard llegó a la Gare du Nord una mañana de principios de mayo. Hacía un sol resplandeciente. Apenas tuvo tiempo de dejar su equipaje en el Hôtel de l'Europe, situado en el boulevard de Magenta, antes de encaminarse a la orilla izquierda del Sena, donde tendría lugar la reunión. Estaba muy emocionado con la idea de conocer a Herzl. Lo reconoció tan pronto como entró en el Café du Matignon, aunque no era como se lo había imaginado. Era más alto y más delgado. Bernhard sabía que Herzl acababa de cumplir

treinta y cinco años, pero parecía mayor. Su larga barba negra le recordaba la de los profetas bíblicos. En vez de estrecharse la mano, los colegas se dieron un abrazo.

Después de intercambiar algunas frases de cortesía, Bernhard preguntó a Herzl si le gustaba vivir en la capital francesa. Éste respondió que París era la corona de todo y que amaba la belleza de la ciudad, pero que los franceses no siempre eran fáciles de tratar. Eran arrogantes, testarudos, fascinantes tanto en su rigidez como en su elegancia, a veces muy espirituales y aun así completamente estúpidos. Las parisinas, en cambio, eran maravillosas, guapas y coquetas. Reconoció con una sonrisa que siempre se enamoraba levemente y sin esperanzas de cada francesa que conocía, pero que como eran inalcanzables, solía tener que comprar los pocos minutos de placer que obtenía. «*O là là, cher ami*», dijo, «podría contarte muchas cosas de lo que en Francia llaman las *maisons de tolérance*». Pero se dio cuenta de que Bernhard no encontraba divertido el tema y recordó que su colega había criticado la conversión del erotismo en moneda de cambio y exigido el cierre de los burdeles de Budapest. Se apresuró a cambiar de tema de conversación y habló de la comida francesa, que le parecía insuperable. Afirmó con convicción que un *boeuf bourguignon* proporcionaba mil veces más energía vital que la pegajosa *Wienerschnitzel* y sentenció que un buen cocinero parisino era el mejor de los médicos. Ambos rieron cordialmente y pasaron a discutir cuestiones más importantes.

¿De qué hablaron durante las horas siguientes? De la persecución de los judíos y del modo de luchar contra ella. Herzl dijo que los judíos habían vivido con pánico constante durante los últimos dos mil años, que los habían perseguido, discriminado, humillado, mutilado y asesinado, y que esto se debía a que en todas partes eran forasteros. Siempre se los consideraba un pueblo aparte y por eso muchos se sentían con el derecho de tratarlos como se les antojara. Los judíos no tenían un país propio que pudiera defenderlos ni una bandera propia de la que sentirse orgullosos. Pero si se fundaba un Estado nacional judío, la situación de los judíos mejoraría automáticamente por todas partes.

Bernhard replicó que desde hacía siglos había dos tradiciones judías. A la primera la llamaba Masada, por la inexpugnable fortaleza cercana al mar Muerto donde los judíos se resistieron heroicamente al ataque del ejército romano tras la caída de Jerusalén en el año 70. Los rebeldes judíos defendieron durante siete años los últimos restos de su país, ocupado por un ejército muy superior al suyo. Cuando finalmente tuvieron que darse por vencidos, prefirieron cometer un suicidio colectivo como hombres libres a vivir como esclavos. El otro camino Bernhard lo denominaba Yavne, por el pueblo en el que, por esa misma época, fundó una escuela el rabino pragmático Yohanan ben Zakkai. Allí el judaísmo pasó de ser una religión vinculada a un país, con sus lugares históricos y sagrados, a ser una fe portátil que cabía en unos pocos libros y podía existir también fuera de Israel, puesto que podía llevarse a todas partes. Lo que caracterizaba el modelo Yavne, defendió Bernhard, era el conocimiento, la cultura, el pragmatismo y su contundente apuesta por la coexistencia pacífica, lo único que podía garantizar a largo plazo la supervivencia de los judíos.

Herzl no estaba de acuerdo con Bernhard. En su opinión, las visiones de Yavne palidecían y los principios espirituales del judaísmo estaban condenados a complicarse como consecuencia de la injusticia social que forzaba a los judíos a vivir en un mundo atravesado por el odio a los judíos. Subrayó que su objetivo no era solucionar el problema judío por medio del establecimiento de un centro espiritual, sino por la refundación del Estado judío después de su largo sueño de dos mil años. Al mismo tiempo aseguró que no quería fundar un Estado nación como todos los demás, soñaba con un Estado modélico

basado en la tolerancia y la igualdad, que representara los ideales que constituían la aportación europea al mundo, pero que el nacionalismo del momento rechazaba.

Bernhard lo interrumpió diciendo que la gran aportación de los judíos al mundo no era el monoteísmo, sino la ley, el principio de universalidad, eso de que la ley valía para todos y nadie estaba por encima de ella. Sin este principio, la democracia no podría existir y los ideales de la Revolución Francesa nunca serían realizables. La misión de los judíos era proteger este principio y era eso lo que los unía a través de las fronteras nacionales y los siglos de exilio.

Herzl objetó que el exilio era un callejón sin salida por el que los judíos vagaban desde hacía generaciones y que habían perdido el norte. Pensaba que muchos judíos creyentes habían malinterpretado su misión —mantener alto el pabellón de lo que Bernhard llamaba la universalidad—, y la habían sustituido por la leyenda del pueblo elegido. En un intento de compensar su desesperante precariedad física, creían en su propia superioridad espiritual.

Bernhard comprendió que a Herzl le costaba asumir su idea de que el exilio, la vida en la diáspora, era el principio *sine qua non* para la aportación de los judíos al mundo. Por eso reveló que había heredado de su padre un libro del filósofo Benjamin Spinoza. Explicó que la obra llevaba más de doscientos años en manos de su familia y que nadie ajeno a ellos la había leído nunca. El libro contenía reflexiones acerca de algunas de las grandes cuestiones de la humanidad. Justo antes de salir de Budapest, había leído un pasaje sobre el verdadero espíritu de Israel que le había causado una honda impresión.

Contó que según una leyenda que reproducía Benjamin Spinoza, cada uno de los setenta reinos de la tierra estaba gobernado por un ángel llamado el Príncipe, que representaba a cada pueblo ante el trono del Señor. Sólo el pueblo de Israel carecía de ángel, porque los judíos se negaban a tener un mediador en su diálogo con el Señor y a subordinarse a un poder soberano que no procediera directamente de Dios. Benjamin Spinoza advertía contra la proclamación de un Príncipe, más exactamente apuntaba a la desgracia que recae sobre un pueblo que se cultiva a sí mismo y su particularidad y no siente obligaciones más que para consigo mismo. El filósofo subrayaba que lo que el pueblo judío debía entender por espíritu de Israel no era su propio egoísmo colectivo, sino una verdad que quedara más allá de la nación, un reino más elevado del que era responsable la humanidad. Porque de lo contrario, los judíos acababan bajo el yugo del Príncipe —ya fuera éste una persona, un pedazo de tierra o una imagen— y con este Príncipe creaban un Dios.

Bernhard profundizó en el asunto explicando que lo crucial aquí era determinar la misión de los judíos, que era luchar contra la idolatría y proteger los valores universales, pero que la leyenda también se podía ver como una advertencia contra la fundación de un Estado nacional que fuera como todos los demás Estados nacionales.

Bernhard miró esperanzado a Herzl, pero enseguida se dio cuenta de que esperaba en vano su reacción: el hombre estaba más interesado en dirigir tórridas miradas a una elegante mujer que se había sentado en la mesa contigua y con la que coqueteaba abiertamente, que en prestar atención a sus explicaciones sobre el libro secreto de Benjamin y el espíritu de Israel. Carraspeó para llamar la atención de Herzl y dijo que estaba cansado del viaje y que ya iba siendo hora de retirarse. Antes de separarse acordaron encontrarse al día siguiente en el mismo sitio a la misma hora para continuar el diálogo.

A la mañana siguiente, Bernhard abandonó el hotel y cogió el tren de vuelta a Budapest.



## **11. El comunista**

## **EL AMOR**

Ya he mencionado que desde el principio al fin de su matrimonio con mi abuela, mi abuelo sólo vivió unos pocos momentos de felicidad. A sus ojos, mi abuela era una mujer con dos personalidades contrapuestas: una de ellas irresistible y la otra atroz.

La Sara irresistible lo deslumbró durante un paseo en barco por el Danubio un caluroso domingo del verano de 1918. Su rostro resplandecía de belleza juvenil y deseos reprimidos y mi abuelo se enamoró enseguida de su mirada y sus ojos, de su inmediata cercanía y de los brazos morenos y desnudos que asomaban por debajo de su vestido de lunares rojos. El fogoso deseo de mi abuelo alimentó el sueño de vivir el amor junto a una mujer. Por eso, a los pocos días, le pidió que se casara con él, aunque no sabía quién era ella ni de dónde venía.

La primera vez que descubrió la parte terrible de Sara fue al mes de la noche de bodas, cuando ella, sin aparente alegría y con voz triste, le anunció que estaba embarazada y que debía confesarle algo. A continuación mi abuela le pidió disculpas por no habérselo contado antes, puesto que quizá debería haberle revelado su secreto tan pronto como se conocieron: lo único que podía esperar de ella era fidelidad, pero nunca verdadero amor, porque ella amaba a otro, a un hombre que nunca regresó del frente italiano. Así fue como mi abuela le rompió el corazón a mi abuelo y se convirtió, por el resto de su vida, en una fuente inagotable de rabia e irritación para él. Aunque esto, naturalmente, no ocurrió de un día para otro.

No puedo imaginarme cómo habría reaccionado yo si la mujer a la que amaba, y que esperaba un hijo mío, me hubiera dicho que su corazón era de otro. Me he ahorrado vivirlo. Sobre todo porque nunca he amado a una mujer. Sí que me he enamorado en un par de ocasiones, pero siempre a distancia porque soy tímido por naturaleza. Cada vez que he conocido a una mujer atractiva, he notado que me ardían las mejillas, me he avergonzado de ello y me he refugiado en mi cascarón. Admito que a veces he echado de menos sostener la mano de alguien, mi vida amorosa ha sido un solitario vagar por el desierto, por un paisaje fantasmagórico. Sin embargo me ha dado miedo entablar una relación, ante todo porque siempre he pensado que no hay nada más triste que la muerte del amor entre dos personas y además lo encuentro injusto y atroz para los niños que nacen de ese matrimonio. En tiempos oí a mi abuela contarle a la portera de nuestra casa historias sobre la convivencia con mi abuelo y sobre todo lo que habían tenido que pasar. Mi padre no era de los que se quejan, pero sé que tuvo que ser un infierno para él y sus hermanos crecer en un hogar en el que los padres se peleaban constantemente y se odiaban como a la peste.

### **LA CRIADA**

Marika Óvári, así se llamaba la nueva criada que había contratado Bernhard. Tenía veintidós años y era una chica morena, bajita y regordeta, de modo que la ropa se ceñía a sus curvas. Procedía de la ciudad de Kolozsvár, en Transilvania, y tenía orígenes inciertos. La madre, que en su juventud había cantado en una compañía de revista ambulante, trabajaba de criada en casa de un barón rumano. A su padre no lo conocía. Cada vez que había preguntado por él, en un intento de averiguar quién era y dónde se había metido, la madre se negaba a contarle nada. A veces Marika pensaba que quizá su madre no supiera

quién era su padre, que tal vez era el resultado de un accidente. La vida de su madre, según entendió Marika siendo aún una niña, no estaba exenta de este tipo de accidentes. Siempre había hombres a su alrededor, hombres oscuros de miradas hambrientas, dispuestos a pagar por pasar unos momentos con ella.

La madre enseñó a Marika a temprana edad que las caderas anchas y los pechos hinchidos eran el regalo de Dios a la mujer y que su papel consistía en complacer al varón, a cambio de que éste le proporcionara algún tipo de seguridad. Marika tenía catorce años cuando descubrió su talento para el arte amatorio. Para contribuir al magro sueldo de la madre, acudía tres veces por semana, por iniciativa propia, a uno de los prostíbulos más elegantes de la ciudad y concedía a distinguidos caballeros la posibilidad de satisfacer sus deseos en sus brazos.

Después de vender su cuerpo por varias ciudades pequeñas, llegó a Budapest, donde tuvo la suerte de conocer a un joven caballero que llevaba trajes a medida de las más finas telas inglesas y una gruesa cadena de oro enganchada al reloj. El joven no sólo supo valorar los servicios de Marika pagando bien, sino que le presentó a otros jóvenes de las capas superiores de la sociedad. Justo en el momento en que Marika disfrutaba de un florecimiento de su actividad, un embarazo extrauterino con sus consiguientes complicaciones la obligó a cambiar de profesión por una temporada. A través de uno de sus clientes encontró trabajo en casa de la tía de éste, la viuda de Miksa Falk. Debía llevar la casa y ocuparse de que la vieja inválida recibiera sus comidas. Cuando la viuda murió unas semanas más tarde, Bernhard, ignorante de su pasado, se hizo cargo de ella y puso en sus manos la responsabilidad de la casa de los Spinoza.

¿Por qué hablo de esta criada? Porque, indirectamente, tuvo algo que ver con el funesto matrimonio de mis abuelos paternos, y también con mi llegada a Noruega.

## **LA INICIATIVA**

Con su experiencia y su conocimiento de causa, Marika entendió rápidamente que a Moricz, que entonces tenía diecinueve años, no le interesaban las mujeres. Al chico le encantaba presumir de sus proezas y experiencias en todos los ámbitos, pero se mantenía llamativamente callado respecto del deseo carnal. Con aparente inocencia, Marika le acarició un par de veces la mejilla y por el modo en que reaccionó, se dio cuenta de que el chico no albergaba deseos de conocerla mejor.

Por eso Nathan, que era un año menor, fue el elegido para su iniciación en el arte amatorio. El momento adecuado llegó un frío día de otoño. Nathan, que sería mi abuelo, estudiaba matemáticas en la Universidad Eötvös Loránd y disfrutaba de sus estudios. Pero una mañana se acercó a la ventana, corrió las cortinas y vio que seguía siendo de noche a pesar de que ya habían dado las siete. Como además tenía la sensación de no haber descansado bien, sintió deseos de saltarse las clases y quedarse todo el día en la cama. Acudió a su padre, que estaba como una rosa y daba el último retoque a un artículo, y se quejó de que había cogido frío. Tosió varias veces y pidió permiso para quedarse en casa, porque de todos modos no tenía ninguna clase importante ese día. Su padre no se opuso. Al volver hacia su habitación se fijó en Marika, que estaba agachada, cogiendo algo del suelo de la cocina. El muchacho se detuvo un momento con la vista clavada sobre aquel trasero con forma de pera y pensó en lo mucho que le gustaría enterrar las manos en aquellas voluminosas nalgas. Después cerró la puerta de su cuarto, se metió en la cama y se sumió



en fantasías eróticas. Cuando todos los demás hubieron salido de la casa, Marika entró en el cuarto de Nathan sin llamar a la puerta y se fijó enseguida en el bulto bajo la manta. Nathan se puso colorado y se hizo un embarazoso silencio. Ella se ofreció a prepararle una infusión de camomila con miel de acacia, siguiendo una vieja receta de Transilvania buena para el catarro. Nathan no tenía nada que objetar. Marika le contó que en su tierra usaban la infusión de camomila como remedio para todo tipo de males, desde el dolor de muelas hasta la impotencia, pero él no la escuchaba. La chica llevaba los dos botones superiores de la blusa desabrochados y emitía un fuerte olor a mujer. Nathan sólo era capaz de pensar en sus pechos y en lo mucho que quería tocarlos. Casi no podía controlar sus manos. Temblaba de deseo y sentía que habría dado cualquier cosa por tenerla en sus brazos. Ella debió de notarlo porque al segundo metió la mano bajo la manta y le acarició cariñosamente los muslos. Él volvió a sonrojarse y empezó a tartamudear. Marika le explicó que si pensaba que no iba en serio, se equivocaba y, sin darle tiempo a responder, apartó la manta y con avidez se metió su rígido miembro en la boca.

Nathan se avergonzó de que su debut durara sólo unos pocos segundos. Cuando Marika se secó la boca, él se preguntó cómo sabría el semen, pero no se atrevió a decirlo. Ella le explicó que el amor físico era una cuestión de talento natural. O nacías con él, o no lo aprendías nunca. Afirmó que esta primera experiencia que habían tenido juntos, por breve que hubiera sido, demostraba que les esperaban muchos momentos deliciosos en la cama y le prometió poner sus saberes a su servicio, convertirse en su maestra y darle todas las lecciones que necesitara porque estaba convencida de que el desarrollado órgano de Nathan, que superaba sus expectativas, estaba hecho para las alegrías del amor.

Un rato después empezó a acariciarlo de nuevo. Cuando el chico estuvo listo para continuar, se sentó sobre él y se fundieron en el momento en que ella le susurraba: «Soy tuya. Haz conmigo lo que quieras».

Después, mientras Marika se vestía, Nathan estudió a hurtadillas sus caderas y se sintió agradecido de que lo hubiera convertido en un hombre.

## **LOS PLACERES DEL EROTISMO**

Durante los siguientes seis meses, Nathan sólo tuvo una cosa en la cabeza y ésta no tenía nada que ver con las matemáticas. No sabía si estaba enamorado de Marika o si sólo le obsesionaba su voluminoso cuerpo. Pero estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso vender su alma al diablo, para pasar un rato a solas con ella retozando en la cama hasta quedarse sin fuerzas. Encontraba a la chica fogosa, ávida, osada, ocurrente y absolutamente irresistible. La tensión en torno a su secreto y al peligro de ser descubiertos reforzaba, si cabe, su deseo. Las impresionantes actuaciones a las que ella lo conducía —afirmando que en comparación con él, el más persistente de los hombres quedaba en nada—, lo hacían sentirse increíblemente orgulloso de su recién conquistada hombría y su incansable energía.

A veces Nathan sentía una punzada de celos al pensar que Marika, que no tardó en hablarle de sus prolijas experiencias, había conocido a tantos hombres en su vida. Pero su desarrollado instinto femenino le hacía notar enseguida estos pequeños cambios en el estado de ánimo de Nathan. Quizá porque sabía que los celos pasan rápidamente a desconfianza, y porque quería neutralizar sus sospechas, solía susurrarle al oído: «Lo único que significa algo para mí somos tú y yo».

Poco después de Año Nuevo, Nathan notó que su padre trataba a Marika con más

calidez que a las otras criadas que habían tenido. También se fijó en que, a veces, el padre estudiaba a Marika con enorme atención, para después volverse enseguida hacia alguno de sus hijos. Reaccionó especialmente a la intensidad de la mirada de su padre. Nathan concluyó para sus adentros que su padre estaba sufriendo un leve calentón de viejo verde y pensó que tampoco era tan raro teniendo en cuenta que seguramente no había estado con ninguna mujer desde que enviudó. Pensó con una sonrisa que su padre le tendría cierta envidia, si supiera lo que se traían entre manos Marika y él.

## LA TRAICIÓN

El 9 de abril —Nathan recordaría aquella fecha durante el resto de su vida— el campeón mundial de ajedrez Emanuel Lasker visitó la universidad. Lasker se había doctorado unos años antes en matemáticas y aquel día iba a hablar de su última aportación al álgebra, algo que llamaba «anillos de polinomios». El aula en el que pronunció la conferencia estaba repleta de alumnos y profesores. El calor en la sala iba en aumento, cada vez había menos oxígeno y Nathan apenas oía a Lasker porque éste hablaba muy bajo. El chico acabó desconcentrándose y sus pensamientos empezaron a vagar. Pensó en Marika y en que hacía dos semanas que no estaban a solas. ¿Sería una casualidad? ¿O estaría ella rehuyéndolo? De pronto le pareció que últimamente había estado un poco fría. Pero al segundo recordó que pocos días antes le había susurrado en el pasillo: «Lo único que significa algo para mí somos tú y yo».

Cerró los ojos para imaginarse el cuerpo desnudo de Marika tumbado sobre la cama y sintió un irrefrenable deseo de poseerla. Quería acariciar su piel suave, chuparle los pezones y hundirse en su sexo. Al final decidió abandonar la conferencia; de todos modos no entendía nada de lo que decía el campeón del mundo. Salió discretamente y se apresuró a coger el tranvía. Una vez en el portal de su casa, subió corriendo las escaleras hasta la séptima planta y abrió la puerta con delicadeza porque quería darle una sorpresa a Marika. Cuando entró en el recibidor, oyó unos extraños ruidos procedentes del comedor. Se puso rígido y aguzó el oído. ¿Aquellos jadeos de placer vendrían de Marika? Lo atenazó el miedo, el presentimiento de que lo que le esperaba en el comedor sería una revelación que le destrozaría la vida. ¿Debía dar media vuelta? Pero una voz interior le dijo que aquél era su destino, así que inspiró profundamente y se preparó. Estaba lívido. Avanzó de puntillas, tan silencioso como pudo y un momento antes de llegar a la puerta abierta del comedor, oyó la voz temblorosa de Marika decir: «Sigue. Más. Soy tuya. Haz conmigo lo que quieras». Y entonces vio cómo su padre echaba su cuerpo rechoncho y libidinoso sobre el de Marika y que ésta lo recibía de buena gana. Bernhard jadeó y estampó la palma de la mano contra el pecho de la muchacha. Sonó como cuando se golpea un trapo mojado contra una piedra. Marika gritó unas palabras inconexas y se aferró con las piernas a las gruesas nalgas de Bernhard.

Nathan los miró con una mezcla de decepción y repugnancia. Así que éste era su padre: salvaje como un toro, brutal y sudoroso. Suspiró profundamente, ellos lo descubrieron en la puerta y se hizo un silencio sepulcral. Un silencio siniestro. Bernhard dirigió una mirada de desesperación a su hijo, tenía los hombros encogidos y parecía suplicar comprensión con todo su cuerpo. Marika empezó a reírse nerviosamente. Nathan no dijo nada. No hizo ninguna pregunta. Le bastó mirar a Marika y a su padre a los ojos para saber cómo estaban las cosas entre ellos: aquélla no era la primera vez.

Nunca había visto desnudo a su padre, pero ver el miembro erecto de Bernhard penetrar el sexo de su amante era inaudito. La imagen de cómo se habían fundido sus cuerpos le resultaba insoportable. Dio media vuelta y salió precipitadamente del piso.

Bajó las escaleras corriendo y se quedó parado en la calle, delante del portal. Nunca en su vida se había sentido tan solo y abandonado. Con desgarrador dolor pensó que aquello debía de ser peor que que te desollaran vivo. Reconoció aquel dolor. Era el mismo que sintió de niño cuando comprendió —aunque quizá no lo comprendió, tal vez fue sólo una certeza que poco a poco fue penetrando su conciencia— que su madre nunca iba a volver. Era el mismo dolor que le había llenado el pecho cuando, a los diez años, su padre lo acusó de haber robado delicias turcas en la tienda de *delicatessen* de Hermann Kohn, se negó a creer lo que él le decía, le pegó una paliza y nunca le pidió disculpas cuando quedó demostrada su inocencia.

Le faltaba el aire, cerró los ojos e intentó buscar fuerzas en su interior. Era incapaz de entender que Marika pudiera hacerle algo así. ¿Comprendía ella misma lo bajo que había caído al traicionarlo con su padre? ¿Cómo podía Marika vivir con una traición semejante? ¿No hacía esto mella en su conciencia? En el momento en que formulaba aquellas preguntas comprendió que toda la existencia de Marika se basaba en complacer a los hombres, en acogerlos en sus brazos y en dejar que la poseyeran desconocidos. Decidió borrarla de inmediato de su vida. La mayor traición que había podido hacerle era acostarse con su padre.

Con respecto a su padre, Nathan sentía una profunda decepción mezclada con cólera. Algo se le rompió por dentro. Su corazón latía con fuerza y se mareaba al pensar en la repugnante conducta de su padre. Detrás de sus espléndidas formulaciones sobre la justicia, el padre no era más que un animal en celo incapaz de controlarse. Se dijo a sí mismo que la cálida atmósfera de la ilusión se había esfumado. Los actos de su padre y su amante habían alcanzado tal grado de locura que requerían una reacción contundente por su parte. Estaba destrozado. Desde el día en que su padre lo acusó de ser un ladrón, había sabido que en algún momento se separaría de él, que algún día dejaría de quererlo. Y ese día había llegado. Había llegado la hora de dar el paso hacia la libertad y la madurez. Nunca podría perdonar aquello y de qué serviría en realidad el perdón, al fin y al cabo el daño estaba hecho. En aquel doloroso momento de derrota comprendió que jamás volvería a ser capaz de mirar a su padre a los ojos y de pronto recordó un comentario de un compañero de estudios lleno de granos al que habían echado de su casa cuando lo pillaron robando: «Todo aquel que tenga un mínimo de respeto por sí mismo, debe salir de la casa de su padre antes de cumplir los veinte años y enfrentarse al mundo».

## **UN REENCUENTRO**

Aunque me adelante al orden de los acontecimientos, creo que no está de más que mencione que Nathan y su padre nunca volvieron a verse.

A Marika, en cambio, volvió a encontrársela inesperadamente en julio de 1919, durante los últimos días del breve Estado obrero húngaro.

El año antes, Nathan había empezado a dar rienda suelta a su imaginación en torno a la utopía que se estaba construyendo en la lejana Rusia. El socialismo ya no era sólo una teoría, había un país en el que lo estaban haciendo realidad. Se le alegraba el corazón al pensar en el orgulloso pueblo ruso que luchaba valerosamente por la causa de la libertad y

la justicia. Y en Lenin encontró lo que tanto tiempo llevaba echando en falta: una figura paterna a la que admirar y amar.

La fuerza de atracción de la Revolución Rusa hizo que simpatizara inmediatamente con la República de los Consejos que introdujo Béla Kun en Hungría. Nathan se unió al partido comunista y trabajó enérgicamente por su causa. Tardó mucho en reconocerse a sí mismo que el paraíso de justicia del socialismo que él se imaginaba que existía en el Este tenía poco en común con la vida cotidiana en Budapest. Estaba convencido de que Béla Kun era tan infalible como Lenin y lo defendía en todos los aspectos. Siempre encontraba excusas para los repetidos errores políticos de Kun, para sus malas decisiones y sus planes fallidos. Los rumores que afirmaban que Kun había ordenado que se perpetraran atrocidades con una indiferencia casi desdeñosa —entre otras una matanza de opositores—, Nathan los rechazaba como descabelladas afirmaciones alejadas de la realidad y la lógica, y si había crisis económica en Hungría se debía única y exclusivamente a la burguesía.

Un caluroso día de verano, Nathan fue convocado, en su calidad de miembro del Comité Ejecutivo Central Federal, a una reunión en el edificio del gobierno para discutir los poderes y ámbitos de responsabilidad de las milicias obreras. La cúpula del partido se había enterado por fuentes fiables de que los gobiernos reaccionarios de los países vecinos estaban a punto de enviar tropas contrarrevolucionarias extranjeras a Hungría para aplastar la República de los Consejos.

Para sorpresa de todos, Béla Kun acudió a la reunión acompañado por su secretaria y no por el ministro de Defensa. Los rumores decían que la secretaria —a la que todo el mundo consideraba una mujer desesperante e inútil— era en realidad su amante de toda la vida. Incluso respetables miembros del partido que no pretendían manchar el nombre del líder ni solían caer en insinuaciones, daban a entender que aquélla era una historia que no debía salir a la luz. Se decía que se habían conocido en la ciudad de la que ambos procedían, Kolozsvár, cuando él hacía el bachillerato y ella, todavía menor de edad, trabajaba en un burdel. También se decía que ella esperaba un hijo suyo, pese a que Kun estaba casado y tenía varios hijos con su mujer.

Nathan nunca había visto a Béla Kun y lo estudió con interés desde la última fila del local. El líder del partido comunista era de escasa estatura y menos imponente de lo que él se había imaginado. Llevaba el pelo corto y un traje discreto y de buen corte más típico de un abogado de la clase alta. Su gruesa nuca y ancha frente, pero sobre todo su penetrante mirada, hicieron a Nathan pensar en un retrato de Robespierre que había visto. Las oscuras ojeras indicaban falta de sueño y su cara sin afeitar, que en los últimos tiempos no había tenido tiempo para ocuparse de su aspecto. Tenía pinta de campesino y su apellido húngaro no encajaba con sus orígenes judíos. Nathan se fijó enseguida en su peculiar modo de acentuar algunos adjetivos. Esto se repetía a menudo en sus discursos, que pronunciaba de modo declamatorio para destacar cada sílaba, la última en tono cantarín. Los ojos de Béla Kun centellearon y su voz tronó cuando dijo que, aunque no quería aumentar más la carga de nadie, era obvio que los comunistas tenían la obligación de demostrar un valor heroico, de soportar cualquier contrariedad e incluso de sacrificar su vida si llegaban soldados extranjeros para pisotear la revolución comunista. Agitó los brazos tan teatralmente que Nathan llegó a preguntarse si se sacaría un revólver del bolsillo interior de la chaqueta para disparar contra el símbolo de la burguesía que colgaba del techo: las pesadas arañas de cristal.

Nathan tenía delante a varios tipos altos que le dificultaban la visión, por eso le llevó un par de minutos descubrir a la secretaria de Béla Kun. La reconoció de inmediato,

aunque tenía la cara más redonda y se había teñido el pelo de rubio. Era Marika. La miró con los ojos como platos. Le sorprendió descubrir que la ebriedad y el placer que ella en tiempos le había proporcionado habían sido tan intensos que, en aquel momento, a pesar de que creía haberla olvidado, se le aceleró el corazón y tuvo una erección al recordar sus juegos eróticos.

Cuando acabó la reunión, Nathan, se puso a la cola como todos los demás para estrechar la mano de Béla Kun. El líder se había perfumado con una intensa *eau de cologne* cuyo fuerte olor hacía cosquillas en la nariz de Nathan. Cuanto más se acercaba a Kun, tanto más incómodo se sentía y acabó completamente desconcentrado, pero algo tenía que decir. Sabía, porque se lo había contado un camarada mayor del partido, que había pocas cosas que Béla Kun valorara más que un cumplido.

—Me ha impresionado mucho su discurso —se oyó Nathan decir a sí mismo.

El líder le sonrió y no dio la impresión de tener prisa por contestar, parecía esperar más halagos. Al final dijo:

—Camarada, puedes estar seguro de que la clase obrera triunfará al final. Removeré cielo y tierra si hace falta. Muchos barones y muchos burgueses perderán el sueño antes de que acabe con ellos.

Nathan asintió, aunque en realidad no quería charlar cortésmente con Béla Kun. Lo que quería era acercarse a Marika, tener la oportunidad de mirarla y sostener su mano por un momento. La muchacha se encontraba junto al líder comunista. Nathan dio un paso hacia ella y fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba embarazada. La miró a los ojos y le tendió la mano. No es que hubiera esperado que ella se arrojara a su cuello, pero le sorprendió un poco su reacción: Marika fingió no reconocerlo. Durante un segundo lo miró con inquietud en la mirada y al final le estrechó la mano.

—Nuestro líder —dijo tartamudeando— está firmemente decidido... a erradicar... toda injusticia.

—Injusticia, sí —repitió Nathan distraído y a continuación le soltó la mano, que estaba fría, y se marchó de allí.

## **OTRA TRAICIÓN**

El abuelo tenía un hermano menor cuyo nombre ya he mencionado antes. Kalman murió joven en circunstancias trágicas. El abuelo no hablaba nunca de él. Las pocas veces en las que Sasha y yo le preguntamos por su hermano menor, el abuelo se enfadó y respondió con disgusto mal disimulado que no le apetecía hurgar en el pasado. Nosotros achacábamos su silencio a que Kalman había sido el favorito de su padre. Bernhard lo había mimado muchísimo y pensábamos que por eso nunca le había gustado al abuelo. O quizá nos imaginábamos que estaba harto de Kalman porque había crecido oyendo constantemente que tenía la obligación de ocuparse y defender a su insoportable hermano pequeño.

Una carta firmada con la letra K —que también estaba en la maleta que heredé del abuelo— me proporciona una imagen de la relación entre ellos. En ella Kalman escribe que el hecho de que siempre hubieran sido tan íntimos hacía que su traición a Nathan le doliera aún más. Confiesa que su traición consistía en que él también solía acostarse con Marika a pesar de saber lo enamorado que estaba Nathan de ella. Afirma que había querido poner las cartas sobre la mesa y contárselo todo, pero que no había sido capaz por no hacerle daño.

Aun así, tampoco había podido dejar de acudir a Marika. La llamada de la carne era más fuerte, dice. La carta finalizaba con un encarecido ruego de disculpa.

En una posdata, Kalman cuenta que el padre lo había sorprendido en la cama con Marika y que se había organizado una buena. Poco después Bernhard lo había mandado a Fiume, desde donde le enviaba aquella carta a su hermano con la esperanza de que éste lo visitara allí algún día.

Nathan encontraba natural su propio deseo por Marika, mientras que el de su hermano y el de su padre le resultaban repulsivos. Pero lo que más le dolía era que hubieran actuado a sus espaldas y le parecía doblemente humillante que tan a menudo hubieran hablado de Marika con desprecio delante de él, con condescendencia, dando a entender que no les gustaba su carácter simple, cuando a todas luces aquello no había sido más que un truco para ocultar sus relaciones íntimas con ella.

Nathan aborrecía la mentira. Ya de pequeño las mentiras lo sacaban de quicio. Incluso la mentira más inocente bastaba para que rompiera con el que había mentido. Por eso estaba firmemente decidido a no hablar sobre ciertas personas —su padre, su hermano menor y Marika— a las que había expulsado definitivamente de su vida.

## **SUEÑOS JUNTO AL MAR**

Kalman había nacido con una descomunal nariz heredada de su padre y una molesta enfermedad cutánea, la ictiosis, herencia genética por línea materna. Su cuerpo, sobre todo los brazos y las piernas, estaban cubiertos de una piel gruesa y escamosa, llena de grietas en las que se formaban fácilmente infecciones y hemorragias.

Moricz, que también sufría la misma enfermedad, aunque en un grado mucho menor, sentía remordimientos de conciencia cada vez que el médico acudía a la casa para examinar a Kalman y aplicarle diversas pomadas. Creía que había sido él quien había contagiado a su hermano y que por tanto tenía la culpa de los terribles picores que éste sufría. Eso generó un vínculo muy fuerte entre el mayor y el menor de los hermanos Spinoza. Según la descripción de Waterstone, Nathan tuvo celos desde niño de la cercana relación de sus hermanos y se sintió siempre un poco excluido de la familia.

El hecho de que Bernhard mandara a Kalman a Fiume cuando tenía dieciocho años se debió, según Waterstone, a que el seco clima de interior de Budapest estaba totalmente contraindicado para una persona con ictiosis. Cuando las molestias de Kalman empeoraron en la adolescencia —a veces el picor de las heridas abiertas en las axilas y detrás de las rodillas le hacía sufrir mucho—, el médico de la familia recomendó que se mudara a algún lugar cercano al mar Adriático. El clima de la costa con sus veranos templados y sus inviernos suaves, y sobre todo el mar salado y el aire húmedo, aliviaban más efectivamente el picor que todas las pomadas del mundo y constituían el mejor remedio contra la ictiosis. El médico dijo que sería bueno que Kalman escogiera una profesión marítima, él mismo tenía un sobrino que vivía en Fiume y había estudiado en la famosa Real Academia de la Marina Húngara (Regia Ungarica Accademia Nautica).

Louis Blériot se llamaba el gran héroe de Kalman, un ingeniero francés, pionero de la aviación. En julio de 1909, Blériot voló por encima del Canal de la Mancha con un avión construido por él mismo, lo que llamaban un monoplano, con un motor Anzani de tres cilindros y 23 caballos de vapor. El modelo llevaba el nombre de Blériot XI porque era el undécimo modelo construido por el francés. El vuelo de treinta y siete minutos no sólo

proporcionó a Blériot las mil libras que el periódico *Daily Mail* de Londres había prometido al primero que volara entre Inglaterra y Francia, sino también fama mundial. El modelo Blériot XI puso las bases de un imperio aeronáutico de producción, exhibición e instrucción. El avión fue copiado por pilotos de todo el mundo y se convirtió en un modelo para los futuros constructores de aviones.

Kalman leyó un artículo sobre este destacado piloto francés en el *Magyar Estilap*. El artículo, o quizá más bien las fotografías de Blériot rodeado de periodistas y admirados testigos después de su exitoso vuelo por encima del canal, puso a volar su imaginación. Kalman soñaba con convertirse en piloto y se veía a sí mismo en el papel del Judío Volador. Se imaginaba cruzando el Mediterráneo y aterrizando en Rishon LeZion, el primer asentamiento judío en tierra sagrada. Por su pionera labor, contaba con recibir mil libras del *Daily Mail*, dinero que emplearía para construir sus propios aviones, los Spinoza XI.

Fiume tenía el mayor puerto de aguas profundas de Hungría y la más abigarrada colección de grupos étnicos: croatas, serbios, eslovenos, italianos, alemanes, austríacos, montenegrinos, gitanos, judíos, griegos y albaneses vivían codo con codo con los magiares.

Kalman se adaptó bien al lugar, aunque no soportaba la repelente peste a pescado de la fábrica de conservas cercana a su lugar de residencia. Ciertos testimonios cuentan que mantuvo una larga relación con una chica croata, Silvia, la hija del director de la fábrica Ganz & Danubius. Al parecer Silvia, cohibida por todo tipo de ideas católicas de miras estrechas, se resistió a sus fogosos acercamientos, para ella era impensable mantener relaciones sexuales antes del matrimonio. Por eso Kalman sólo pudo disfrutar del favor de las prostitutas serbias de un burdel.

Sus estudios en la Academia de la Marina iban excelentemente: obtenía las mejores calificaciones en todas las asignaturas y era considerado el primero de su promoción. Para incrementar sus ingresos, ayudaba a sus compañeros de clase con los deberes. Quería ahorrar porque el sueño de construir su propio avión nunca lo había abandonado. Pero su naturaleza generosa suponía un obstáculo para ello, cuando salía con sus amigos pagaba constantemente la cuenta del restaurante.

La primera idea que se cruzaba por la mente de Kalman cuando el penetrante jadeo de las sirenas del puerto lo despertaba por la mañana, era que quería ver Fiume desde el aire, quería volar por el cielo y contemplar el mundo a sus pies. Sus amigos solían reírse de él cuando lo contaba porque, en su opinión, aquello no eran más que las tonterías que se le ocurrían por su falta de sentido de la realidad. Le decían que sus perspectivas de volar eran prácticamente inexistentes y que sería más inteligente que extinguiera su esperanza de conquistar el cielo y en su lugar apostara por un brillante futuro en el mar. Pero cuando ellos calificaban sus sueños de poco realistas, él se limitaba a arquear las cejas como si se tratara de una broma pesada y subrayaba que él jamás había dudado porque sabía que su destino estaba atado al de su admirado Louis Blériot, con la misma certeza que sabía que el sol saldría a la mañana siguiente. No ocultaba que sentía lástima por sus amigos por no compartir con gentes de toda Europa el entusiasmo por la mayor conquista de los tiempos modernos: las personas habían obtenido alas con las que volar. Kalman estaba decidido a ser uno de los que arriesgan su vida por algo en lo que creen.

Uno de los compañeros de Kalman leyó en el *Fiume Della Sera*, un periódico en lengua italiana, que el 9 de septiembre de 1912, pilotos de toda Europa se reunirían en Brescia por cuarto año consecutivo para demostrar sus habilidades en el aeropuerto de Montecchiari. La principal atracción sería el francés Louis Blériot, que volaría su avión de tres asientos, bautizado Blériot XII. Los organizadores contaban con la afluencia de miles

de visitantes, algunos de los cuales vendrían de tan lejos como Inglaterra o América.

Al oírlo, Kalman decidió de inmediato ir a Brescia y dijo ser el hombre más feliz de Fiume. Intentó convencer a cuatro de sus amigos más cercanos para que lo acompañaran. Les habló de la peligrosa infancia de la aviación, de los hermanos Wright, de Gustave Whitehead, de Clément Ader y de otros osados pioneros que habían competido por ser los primeros en controlar un avión impulsado por un motor. Los amigos lo escucharon con interés, pero temían que los hoteles y las viviendas privadas de Brescia no tuvieran sitio para todos los visitantes y que los precios subieran demasiado. Con la esperanza de que alguien fuera con él, Kalman prometió ayudarles con el pago de la estancia en Brescia. Este convincente argumento llevó a dos de sus amigos a mostrarse dispuestos a irse con él. Así que solicitaron una semana libre de la Academia de la Marina, pero cuando no se la concedieron, sus dos compañeros se desmarcaron del plan. Aquello supuso una triste sorpresa para Kalman, que, decepcionado, se subió solo al tren a la mañana siguiente.

## **LA EXHIBICIÓN AÉREA**

Si los caminos del destino no fueran inescrutables, de modo que nunca se conoce de antemano el final, como mucho se intuye, probablemente Kalman hubiera regresado a casa tan pronto como llegó a Brescia, a pesar de que ya era tarde por la noche. Iba a coger un coche para ir al hotel, pero el cochero le exigió que le pagara dos liras por adelantado. En ese momento Kalman descubrió que, en el tren, alguien le había robado el monedero y los documentos del bolsillo interior de la chaqueta. Aun así no dudó ni un instante. Se iba a quedar para ver volar a Blériot, aunque tuviera que dormir en los parques de la ciudad y pasarse unos días sin comer.

Lo despertaron los primeros rayos de sol que se abrieron paso por detrás de la basílica Duomo Nuovo, donde había pasado la noche en un banco. Notó enseguida que, al abrigo de la noche, alguien le había robado la bolsa en la que llevaba la ropa y que había tenido bajo su cabeza a modo de almohada. Se puso furioso, pero al cabo de un rato se calmó y decidió que aquellos robos no iban arruinarle la alegría y la gran experiencia que lo aguardaba. Por fin iba a ver, quizá incluso a conocer, a su héroe francés.

Tras una caminata de hora y media llegó a las puertas del famoso aeródromo, donde la gente se agolpaba junto a las cajas. Y de pronto vio una imagen con la que llevaba años soñando: en la distancia despegó un avión que, después de recorrer unos treinta metros en el aire, giró hacia un bosque que se extendía por el flanco derecho del aeropuerto. El avión llevaba la bandera italiana pintada en un costado, pero Kalman pensó de repente que las líneas roja, blanca y verde también podían representar el estandarte húngaro. Así que empezó a gritar con tanto entusiasmo y a saludar tan frenéticamente con la mano que estuvo a punto de perder el equilibrio. Nunca había sentido tanta alegría. Cuando el avión desapareció en el horizonte, Kalman se dirigió con pasos rápidos a las puertas, repletas de gente que hablaba lenguas extranjeras y se daba codazos. Aun así logró llegar hasta la puerta, pero allí lo paró bruscamente un guardia que quiso ver su entrada. Costaba cuatro liras acceder al aeródromo. A Kalman no le sirvió de mucho maldecir al mezquino que le había robado el monedero. No pudo comprar la entrada, tenía los bolsillos vacíos.

Pero no se dejó desanimar. Se daba cuenta de que no tenía sentido perder el tiempo quedándose ante la puerta, de modo que echó a andar a lo largo de la oscura valla que rodeaba el aeropuerto. Intuía que al final llegaría a los hangares y podría ver los aviones. A



los pocos minutos pudo leer los carteles con los nombres de los aviones que iban a participar en la exhibición: Calderare, Curtiss, Pegoud, Voisin, Douhet, Fokker, Rusjan, Moore-Brabazon... Los aviones estaban alineados tras cortinas corridas. Se sintió aliviado al descubrir el nombre del último letrero: Blériot.

Kalman no tuvo que esperar mucho. Un asistente corrió la cortina y el muchacho descubrió a Blériot preparado para meterse en su avión amarillo. También vio a un mecánico inclinado sobre el motor y a otro que agarraba una de las aspas de la hélice. Un poco más allá, otros tres mecánicos que miraban al piloto con ojos desorbitados. Blériot se instaló en su asiento e indicó al mecánico que girara la hélice. El motor se puso en marcha al tercer intento y la hélice empezó a girar. Kalman tuvo la sensación de que sus oídos notaban cómo el movimiento de la hélice succionaba el aire. A continuación el avión de Blériot salió del hangar y desapareció detrás de una casa de madera, en dirección al aeródromo, donde Kalman ya no podía verlo. Al cabo de poco más de un minuto, el avión del francés estaba en el aire. Ascendió hasta treinta metros de altura y trazó un círculo por encima de las tribunas, acompañado de los gritos de alegría del público. Después Blériot voló hacia el bosque y regresó hacia el aeródromo en un amplio círculo. Durante los siguientes treinta y ocho minutos hizo cuatro rondas como ésa. En la quinta vuelta, fuera de la vista del público, el avión perdió altura al regresar hacia los hangares. Kalman estiraba el cuello para ver el avión que se aproximaba hacia él a unos diez metros del suelo. Cegado por el sol, el muchacho no vio que el avión de Blériot perdía la rueda derecha en el momento en que pasaba por encima de su cabeza. Al segundo, Kalman cayó al suelo con el cráneo aplastado.

El ganador del gran premio de Brescia —que en 1913 ascendía a cincuenta mil liras— realizó siete rondas y recorrió en total setenta y cinco kilómetros durante sesenta y tres minutos y once segundos. Louis Blériot recibió el aplauso más cálido del público, que lo vitoreó como a un héroe, no tanto por su victoria como por la situación que se descubrió cuando había aterrizado y se detuvo delante de la tribuna: el avión había perdido la rueda derecha. El aterrizaje perfecto y seguro del francés fue considerado una hazaña y nadie, salvo Blériot, sabía exactamente dónde había caído la rueda.

Por la tarde unos transeúntes encontraron detrás de los hangares el cuerpo de un joven en un charco de sangre. Llamaron a la policía, se precintó el recinto y se ahuyentó a los curiosos. Al poco llegó también un médico que pudo constatar que al joven, de entre veintidós y veinticinco años, de dientes sanos y nariz descomunal, lo había matado la rueda de avión que encontraron un par de metros más allá. El médico cerró con la punta de los dedos los párpados del muerto, que había tenido los ojos muy abiertos en el momento en que dejó de respirar. A la policía le resultó imposible determinar su identidad puesto que el chico no llevaba ningún documento encima. La única pista que encontraron fue una pequeña marca, cosida hacendosamente a su chaqueta y sus pantalones: «Sastrería para caballeros de Elemér Polgár, calle Váci, Budapest».

## **EL JEFE DE POLICÍA BUSSOLI**

A última hora de la tarde, Louis Blériot fue interrogado por el jefe de la policía de Brescia, Enrico Bussoli, sobre el accidente de la rueda perdida. El piloto manifestó su pesar por la muerte del joven y confesó que el trágico suceso, ocasionado por un fallo mecánico extremadamente inusual que no se les podía achacar ni a él ni a sus mecánicos, había

ocurrido en un momento muy inconveniente para él y para el Estado francés. Su compañía, Blériot-Aéronautique, estaba a punto de firmar un contrato con el ejército de Francia para la venta de nada menos que ciento veinticinco aviones del mismo modelo. Blériot se temía que aquel accidente mortal podía amenazar seriamente el acuerdo, o incluso anularlo, lo cual causaría un retraso significativo en la formación de la fuerza aérea francesa, tan importante para la defensa de aquella nación. Blériot miró a Bussoli profundamente a los ojos y en voz baja, casi en un susurro, le dijo que teniendo en cuenta que la víctima era un extranjero de identidad desconocida, posiblemente un criminal que, si bien no había llegado a hacer nada ilegal, podían suponer que tendría algún malévolo plan entre manos dado que se encontraba cerca de los hangares, donde no tenía nada que hacer, y teniendo en cuenta que además nadie lo había reclamado, quizá lo más sensato, en vez de realizar una larga investigación que llevaría muchos meses, sería borrar el caso del orden del día con toda discreción y que los documentos al respecto desaparecieran en el fondo del cajón del comisario. Seguramente esto aliviaría el trabajo de la policía lombarda y aumentaría sus posibilidades de resolver delitos más graves y sin duda más importantes que aquel inocente accidente provocado por un tornillo que se había soltado a causa de la vibración del avión. El comisario pareció desconfiar. Después de una breve pausa, Blériot insinuó que estaba dispuesto a compensar generosamente al *signor* Bussoli por su comprensión. Para demostrar la famosa hospitalidad italiana, el comisario aceptó la propuesta del francés y prometió parar los pies a cualquier periodista que mostrara interés por resolver el enigma de la identidad de la víctima. Los señores se estrecharon la mano y se encaminaron hacia una trattoria en las inmediaciones, donde discutieron los detalles del acuerdo con un vaso de grapa.

Tres días más tarde, como nadie había denunciado la desaparición del muerto, su cuerpo fue llevado por la noche al Cimitero Vantiniano y sepultado en una tumba anónima. Kalman no tuvo ni entierro ni lápida.

Los amigos se reunieron en su taberna favorita, Feral, y la conversación giró en torno a Kalman. Ya hacía dos semanas que se había marchado y aún no habían recibido noticias suyas. Aquello no era propio de Kalman. ¿Le habría dado trabajo Blériot? ¿Habría conocido a una mujer? ¿Estaría enfermo? ¿Qué debían hacer? Los profesores habían empezado a preguntar por él. Después de una larga discusión y un considerable número de botellas del riesling local, los chicos decidieron acudir al día siguiente al director de la academia y contarle que Kalman se había ido a Brescia.

A mediados de octubre, Bernhard recibió una carta con el bello emblema de la Regia Ungarica Accademia Nautica en la parte superior izquierda del sobre. Abrió la carta sin la menor sospecha y su mirada recayó de inmediato en la firma del director. Leyó detenidamente las breves frases de las que se desprendía que Kalman había faltado a las clases durante más de un mes y sin motivo justificado. Por eso el comité disciplinario de la Academia de la Marina, conforme a los estatutos de la real institución, había decidido relegarlo con efectos inmediatos. La decisión era irrevocable.

La carta dejó atónito a Bernhard, que hasta entonces no cayó en la cuenta de que no había sabido nada de su hijo desde principios de septiembre. Debía de haberle pasado algo. Tuvo un oscuro presentimiento y decidió ir a Fiume.

Su estancia fue corta, sólo se quedó dos días en la ciudad. Ni la visita a la casera de Kalman ni el encuentro con el director de la Academia de la Marina le proporcionaron pista alguna sobre las actividades de su hijo durante el último mes. Pero de los amigos recibió algo más de información. Los chicos parecían nerviosos cuando reprodujeron

detalladamente las conversaciones que habían sostenido con motivo del viaje de Kalman a la exhibición aérea, uno se mordisqueaba el labio inferior, otro retorció nerviosamente las manos. Antes de subir al tren en dirección a Brescia, Bernhard tuvo tiempo de pasar por la comisaría y denunciar la desaparición de su hijo.

En Brescia mantuvo una larga conversación con el director del hotel en el que iba a alojarse Kalman, pero nada indicaba que el joven hubiera llegado nunca allí. Preguntó a los empleados de todos los hoteles y trattorias del centro, aunque sólo los oyó repetir lo mismo que ya había oído antes y que volvería a oír muchas veces más. Nadie recordaba haber visto a Kalman. Tampoco la visita a la policía le aportó información nueva. El jefe de la policía, Bussoli, resultó ser la amabilidad personificada y le contó con una cortesía casi exagerada que decenas de miles de personas habían acudido a la exhibición aérea de septiembre. Le explicó que había sido un evento ordenado y que había transcurrido sin incidentes de ningún tipo. Le dijo que era plausible que un cachorro, como suponía que era Kalman hubiera sido alcanzado por las flechas del Amor al caer frente a alguna morenaza en el tren, que después hubiera seguido a la bella signorina cuando ésta se bajara en alguna estación y que se hubiera olvidado por completo del mundo mientras se deleitaba en los frutos de su conquista. Bussoli auguró que el hijo perdido aparecería en cualquier momento y que el padre podía esperar un cariñoso reencuentro.

A Bernhard no le tranquilizó en absoluto la teoría del jefe de policía de que Kalman simplemente se había enamorado y había perdido la cabeza, pero que por lo demás estaba bien. Al contrario. Las palabras de Bussoli le dejaron mal sabor de boca. Nathan había huido de casa en un ataque de cólera y le había dado la espalda a causa de una criada. Pero Kalman no era como su hermano y era impensable que desapareciera sin dar señales de vida.

## **EL CENOTAFIO**

Durante el año siguiente a la desaparición de Kalman, Bernhard nunca perdió la esperanza de encontrarlo. Removió cielo y tierra y tiró de todos los hilos posibles sin obtener resultados. La búsqueda de su hijo ocupaba la mayor parte de sus días y envejeció repentinamente. El enérgico periodista se convirtió en un exhausto anciano. Ya casi no escribía para el *Pester Lloyd* y cada vez le costaba más mantenerle el pulso al presente. Perdió por completo el interés por las oscuras intrigas de la sociedad y por la evolución política de la doble monarquía, a pesar de que ésta última era más inquietante que nunca, el nacionalismo crecía y se oían altisonantes reivindicaciones de independencia. Bernhard empezó a volverse sentimental —algo de lo que nadie había podido acusarlo antes—, se sentía impotente y se fue sumiendo en la melancolía. Se tomaba muy a pecho haber perdido contacto con todos sus hijos. Lo último que había sabido de su alocado hijo mayor, Moricz, era que se encontraba en algún lugar al otro lado del Atlántico y que la policía de Chicago lo buscaba por una grave estafa. Sabía que Nathan estudiaba matemáticas en la Universidad de Erlangen, en Alemania, pero había recibido de vuelta y sin abrir las incontables cartas que le había escrito. En cuanto a Kalman, temía de un modo incipiente, pero tangible, que nunca lo volvería a ver.

Bernhard buscaba consuelo en *El elixir de la inmortalidad*. Ya lo había leído muchas veces, pero siempre había pasado rápidamente las hojas de ciertos pasajes, porque hasta entonces nunca había logrado interesarse por los capítulos que trataban sobre la

historia familiar, que el filósofo había reproducido parcialmente varios siglos antes. A veces, en las noches de insomnio, oía voces del pasado, el murmullo y los suspiros de sus ancestros, decepcionados por la atrocidad de la vida. Acabó dándose cuenta del tesoro de amor, afecto, fe y valores humanos que se había perdido al darle la espalda a la familia y al pasado, al mundo que lo había significado todo para los Spinoza.

Con dolor se reconoció a sí mismo en la descripción que hacía Benjamin del noble escritor que está tan ocupado cambiando el mundo que se olvida de sus seres más queridos. Durante un tiempo intentó rastrear lo que significaba la presencia de la sangre de los príncipes de Biederstern y Arabella Braun en las venas de sus hijos. No sin cierta fascinación, leía las investigaciones de Gregor Mendel sobre la herencia genética, porque quería creer que podía dar otra explicación al hecho de que hubiera perdido a sus hijos. Pero al final tuvo que asumir que, a pesar de la importancia de la herencia, ni la suerte ni las casualidades en el nacimiento y en la infancia ni la evolución de la sociedad tenían la misma importancia en la relación con sus hijos que su propia ausencia y negligencia.

En el capítulo en el que Benjamin explica el modo de pensar y de vivir de los antiguos griegos, encontró un pasaje que no se le iba de la cabeza:

«Los antiguos griegos tenían una admirable costumbre: para aquellos que habían muerto por acción del fuego, que habían sucumbido en el cráter de un volcán, enterrados por la lava, para aquellos que habían sido devorados por animales salvajes o por tiburones, construían en su lugar de origen lo que se denomina cenotafio, una tumba vacía. Porque el cuerpo es fuego, agua o tierra, mientras que el alma es alfa y omega, y es a ella a la que hay que levantarle un monumento».

Exactamente un año después del día en que Kalman se subió al tren que lo llevaría de Fiume a Brescia, Bernhard mandó colocar una lápida en la tumba vacía que había encargado en el cementerio judío. En la lápida había gravado una breve frase: «Kalman Spinoza, te echamos de menos». Bernhard permaneció largo rato delante de la tumba, solo, con los puños cerrados y luchando para contener las lágrimas.

Yo soy el último Spinoza. Yo podría haber bastado para que nuestra familia no se extinguiera. Pero no he tenido hijos ni me he casado nunca, no por falta de interés por el sexo opuesto, sino porque soy incapaz de amar de verdad. Ahora estoy ingresado en un hospital de Oslo con el cuerpo corroído por el cáncer y pronto nuestra larga historia familiar alcanzará su bien merecido final. En el apéndice de la vida en el que me encuentro, se me agolpan recuerdos que creía desvaídos, extraviados y perdidos en el tiempo, se han puesto en movimiento, viven su propia vida y de ellos emerge el pasado, nuestro ambiguo pasado. Invierto todo el tiempo y las energías que me quedan en un intento de salvar a mis familiares de una desaparición sin rastro. Escribo todo lo que se me pasa por la cabeza. Quizá mis palabras acaben constituyendo un cenotafio, una tumba vacía para la familia Spinoza, porque nuestros cuerpos son pasajeros, pero nuestras almas han surgido de la eternidad y es a ellas a quienes quiero erigir un monumento.

## **LA VENGANZA EN VIENA**

Una noche de Pesaj, en respuesta a la pregunta de Nathan de por qué nunca tenían reuniones familiares, Bernhard contó a sus hijos que su tía Claudia se había casado con un campesino católico e ignorante con quien nadie tenía ganas de tratar y que su tío Nikolaus vivía en un palacete en Viena y había engañado a sus hermanos quedándose con la fortuna

que había dejado su abuelo, lo cual indicaba claramente su mal carácter y explicaba por qué no quería tener nada que ver con él. Ésa era la razón por la cual los niños apenas habían tenido trato con la familia.

Sin pretenderlo, Nathan se acordó de esto delante del portal de su casa, justo después de ver a su padre penetrar a Marika. No tuvo que pensárselo mucho antes de decidirse a viajar a Viena, no para evitar saludar a su tía en el campo, sino para buscar a su tío. De momento no se le ocurría mejor manera de vengarse de su padre que la de pedirle ayuda económica a Nikolaus para poder comenzar su propia vida.

Nikolaus recibió a Nathan con un cálido abrazo. Después lo examinó durante unos minutos, estudiándolo y buscando los parecidos y las diferencias. Dijo que durante todos aquellos años le había resultado muy doloroso no ver a sus sobrinos y que lo que más deseaba era cambiar esa situación para que la familia volviera a reunirse. Nathan sintió un inesperado alivio por aquel cálido recibimiento y una sonrisa se extendió por sus labios, la primera desde que había cazado a su padre con Marika. Nikolaus lo condujo a un salón elegantemente amueblado y le ofreció una copa de jerez seco. Mientras saboreaban el amontillado, dijo que Bernhard había ido demasiado lejos al cortar toda la comunicación entre ellos a causa de una serie de desafortunados malentendidos. No le cabía duda de que Nathan era un joven sensato que sabría diferenciar entre lo que le contaban y lo que veía con sus propios ojos, y por eso se alegraba de que su sobrino preferido hubiera acudido a él y ahora tuvieran la oportunidad de conocerse.

Nathan se quedó con su tío todo el verano. Esos cinco meses fueron los más felices de su juventud. La vida que llevaba la familia de Nikolaus era completamente distinta a la que él estaba acostumbrado en Budapest. No sólo eran inconcebiblemente ricos, sino que se lo pasaban en grande. Tenían piscinas y pistas de tenis, en invierno esquaban en los Alpes y en verano navegaban por el Mediterráneo, viajaban regularmente a París para comprar ropa y, varias veces a la semana, organizaban espléndidas cenas a las que invitaban a personas prominentes. Le exigían mucho a la vida y esto al principio sorprendió a Nathan, pero después él mismo empezó a llevar la raya en medio en el pelo y a usar trajes hechos a medida y le cogió el gusto a su *dolce vita*. Nikolaus lo agasajaba con costosos regalos —entre otros el Doxa de oro que nosotros soñábamos de niños con heredar algún día— y lo llevaba a glamorosos salones donde le presentaba a las jóvenes bellezas de las familias aristocráticas. En aquel mundo brillante, a Nathan se le despertó el interés por la elegancia y la ropa que le duraría toda la vida. Se encontraba muy a gusto con la clase dominante a la que su padre llevaba años criticando en sus artículos y consideraba a su tío un hombre magnífico, muy alejado de la negativa imagen que Bernhard había dado de él. Varias décadas más tarde, mientras se pudría en la cárcel de los comunistas, se sonrojaba al pensar en lo ciego que había estado. Le llevó muchos años entender el objetivo oculto tras la exagerada y desvergonzadamente falsa generosidad de su tío.

## **MATEMÁTICAS EN ERLANGEN**

En otoño Nathan reemprendió sus estudios de matemáticas, pero no en Budapest, no quería volver allí. El último recuerdo que tenía de la Universidad Eötvös Loránd era la conferencia de Emanuel Lasker. Recordaba que el campeón de ajedrez había comentado que una joven afincada en Erlangen era la responsable de las investigaciones matemáticas más importantes que se realizaban en Alemania. Nathan había olvidado el nombre de la

joven, pero tenía ganas de empezar de cero y por eso solicitó su ingreso en la facultad de matemáticas de la universidad de la pequeña ciudad situada en un idílico paraje del norte de Baviera.

Emmy Noether... Nathan nunca había conocido a nadie como aquella joven judía. La chica tenía pocos años más que él y era hija de un conocido matemático. A pesar de que en aquella época las mujeres no tenían acceso a los estudios superiores, ella consiguió escribir una rompedora tesis doctoral con sólo veinticinco años. A Albert Einstein le resultaron muy útiles los análisis de Emmy cuando desarrolló su teoría de la relatividad general, y era uno de los que alababan sus aportaciones. Los físicos de partículas la consideraban tocada por la mano de Dios y los matemáticos, la mayor promesa de las últimas décadas.

Muchos años más tarde, al pensar en su pasado, Nathan llegó a la conclusión de que si Emmy no hubiera descuidado tanto su aspecto y no hubiera sido tan poco atractiva como mujer —era miope, de nariz grande, pecho plano y frente amplia—, sin duda se habría enamorado de ella. Ya en su primer encuentro notó la impresionante fuerza que irradiaba, una fuerza que hacía temblar a quienes se oponían a la presencia de las mujeres en la universidad y que conseguía que los catedráticos más mayores se sintieran inseguros delante de ella. Pero los estudiantes apreciaban mucho las clases que impartió durante siete años sin recibir un sueldo a cambio, puesto que las mujeres, oficialmente, no podían enseñar en las universidades alemanas.

Aunque Emmy y Nathan no estaban pensados el uno para el otro, entablaron una amistad que con el tiempo fue arraigando. En los tres años en los que colaboraron en el análisis de invariantes, él se fijaba a menudo en ella con la esperanza de que lo orientara en todo tipo de cuestiones de la vida porque estaba convencido de que la joven sabía manejar muchas situaciones.

Para Emmy las matemáticas eran sagradas y reconocía que consagraba su vida a su exploración. Una vez contó a Nathan que había considerado la posibilidad de hacerse profesora de idiomas, pero que después había descubierto que el mundo lógico de las matemáticas siempre estaba abierto para ella, que era como si en cualquier momento pudiera entrar en él, removerlo y generar un orden absoluto, mientras que el resto de la existencia estaba marcado por el caos y dirigido por las casualidades. Esto valía sobre todo para los hombres y ella sabía que, como mujer, no tenía posibilidad alguna de influir sobre ellos. Decía que la verdad tenía un rostro, pero que éste no tenía nada que ver con la realidad que nosotras las personas, en nuestro extravío, vemos a nuestro alrededor. La verdad había que buscarla en las estructuras del mundo. Emmy tampoco ocultaba su aversión al dinero y su antipatía por la reaccionaria clase alta de Baviera con su profundo desprecio por las mujeres, los judíos, los homosexuales y los obreros. Tenía una fuerte fe en el futuro, aunque era consciente de que los individuos tardarían mucho tiempo en comprender que su egoísmo debía ceder ante el bien común. Sus ideas causaron una impresión duradera en Nathan.

## **DE VUELTA EN BUDAPEST**

Un día Nathan recibió una carta del bufete de abogados Gottfried & Gottlieb de Budapest. Le informaban de que su padre, Bernhard Spinoza, había muerto de un infarto y le pedían que se pusiera en contacto lo antes posible con el administrador de los bienes de

la herencia, preferiblemente en persona. Nathan no sintió ninguna pena, más bien indiferencia. Al intentar imaginarse cómo habría muerto su padre, lo veía introducir su pene erecto en el sexo de Marika mientras ella lo excitaba con voz temblorosa: «Sigue. Más. Soy tuya. Haz conmigo lo que quieras». Después veía a su padre, sudoroso y jadeante, detenerse bruscamente con un grito de dolor, llevarse la mano al pecho y caer redondo sobre el cuerpo desnudo de Marika.

El abogado Géza Gottlieb explicó a Nathan que un vecino se había encontrado a su padre tirado en la escalera, entre la cuarta y la quinta planta. Aquel día el ascensor estaba estropeado y los vecinos habían tenido que usar la escalera. Evidentemente el esfuerzo había sido demasiado para Bernhard y había sufrido un ataque al corazón. Estuvo consciente todo el tiempo mientras lo llevaban al hospital más cercano y se quejaba de dolores en el pecho. Lo examinó un médico experimentado que quiso ponerle una inyección, pero debía de darle miedo la aguja, porque empezó a protestar salvajemente. Una enfermera intentó tranquilizarlo mientras el médico hacía otro intento con la jeringuilla. Entonces Bernhard empezó a rugir, se le puso la cara roja, tuvo dificultades respiratorias y sufrió otro ataque. Cinco minutos más tarde lo declararon muerto.

Como Bernhard no había dejado testamento y Nathan era el único de los hijos con el que habían logrado contactar al abogado y el administrador de la herencia, lo consideraban el heredero natural. Por tanto podía quedarse con la casa y todo el inventario además del haber que el difunto tenía en el banco.

Nathan no sabía nada de la existencia de *El elixir de la inmortalidad*, fue su hermano mayor quien le habló del libro. Se encontraron en el Café Gerbeaud, por iniciativa de Moricz. Hacía mucho que Nathan no veía a su hermano y le sorprendió que éste no acudiera solo, sino en compañía de un amigo austríaco que había conocido recientemente a través de su primo Mathäus Frombichler. El austríaco se llamaba Adi e irradiaba una extraña frialdad, que hizo que Nathan sintiera una aversión intuitiva hacia él. Moricz le explicó a grandes rasgos lo que había estado haciendo durante los últimos años y a Nathan le sorprendió lo mucho que había cambiado. Había perdido todo el encanto, al igual que su inimitable y cautivador torrente de palabras. No mostró el menor interés por lo que había estado haciendo Nathan. Dijo que había vivido un tiempo en Chicago, pero que cuando el FBI empezó a buscarlo por unos delitos menores, decidió que lo más inteligente era abandonar Estados Unidos. Estaba trabajando como misionero presbiteriano en Toronto cuando las autoridades de inmigración canadienses empezaron a perseguirlo y a amargarle la vida. Por eso había regresado a Europa. Nathan comprendió que lo que su hermano había hecho en Norteamérica no eran inocentes travesuras, pero no dijo nada y se limitó a sonreír para sí mismo. Moricz contó que en aquellos momentos estaba instalado en Viena. Había sido allí donde, gracias a la mediación de Frombichler, se había enterado de que su padre había muerto unos meses antes. A continuación y de pronto mucho más animado, Moricz empezó a hablar del libro de Benjamin, que había encontrado por casualidad muchos años antes en un cajón secreto del escritorio del padre, situado abajo a la derecha. Dijo que el libro, del que sólo existía un ejemplar, contenía profecías y sabiduría ancestral que a él le resultaba incomprensible, pero que también contaba la historia de la familia. Según la tradición, acentuó, el libro pasaba en herencia al hijo mayor de cada generación, así que había ido a Budapest para coger lo que era suyo. Adi y él pensaban vender el libro a un noble alemán que mantenía en secreto sus orígenes judíos y que poseía una gran fortuna. Nathan permaneció apocado mientras escuchaba en silencio a los otros dos discutir cuánto dinero podrían sacar de aquel tesoro. Moricz estaba excitadísimo con la idea de que

podieran conseguir más de cien mil marcos si, como lo expresó Adi, le echaban el guante al coleccionista adecuado. Mi abuelo comprendió que tenía que impedir a toda costa que *El elixir de la inmortalidad* acabara en las dudosas manos de su hermano y su desagradable amigo, así que le dijo a Moricz que podía ir a buscar el libro a su casa al día siguiente a la hora del almuerzo. Mientras esperaba la respuesta, agachó la cabeza y clavó la mirada en sus dedos y, como era de esperar, sintió un gran alivio cuando su hermano aceptó sin más la propuesta y no insistió en recoger el libro de inmediato. Después Nathan se disculpó diciendo que tenía cita con el médico, lo cual no era del todo cierto, se levantó de la mesa y se dirigió apresuradamente a su casa para encontrar el libro y dejarlo a buen recaudo.

Cada mañana cuando me despierto, por lo general al amanecer, noto que estoy más débil y que me queda menos tiempo. En los momentos más oscuros me digo a mí mismo que no voy a lograr terminar lo que me he propuesto. Una idea terrible. Pero en mi vida he fracasado en todo lo que he emprendido, así que ahora invoco a las fuerzas más elevadas y les pido que en esta ocasión no sea así. Desde antes de ayer tengo los dedos de la mano izquierda inquietos por los tumores que tengo en el brazo. Sin embargo, cuento todavía con un índice derecho en condiciones con el que atrapar y reunir todos los hilos sueltos de este abigarrado tapiz.

Moricz y Adi montaron en cólera cuando descubrieron que el cajón secreto del escritorio estaba vacío. Moricz gritó que su hermano era un perro sarnoso que había robado el libro, mientras Adi agitaba una pistola intimidatoriamente. Nathan le pidió con el corazón en un puño que soltara el arma y les aseguró que era la primera vez que oía hablar de aquel libro y que nunca lo había visto. Luego les propuso que lo buscaran por todo el piso, dado que tampoco se podía descartar que el padre lo hubiera cambiado de sitio. No hizo falta animar mucho a Moricz y Adi, que se pusieron enseguida manos a la obra y registraron minuciosamente todo el piso: abrieron todos los armarios y sacaron y vaciaron en el suelo todos los cajones. Al cabo de seis horas, habían inspeccionado cada rincón de la casa, revuelto todas las habitaciones y comprobado detenidamente cada libro de los estantes sin encontrar *El elixir de la inmortalidad*. Ambos estaban exhaustos. Cuando Nathan les pidió ayuda para volverlo a colocar todo en su sitio, Moricz soltó una carcajada que resonó por toda la habitación y, vuelto hacia Adi, dijo: «¿No te había dicho que mi hermano tiene sentido del humor?».

Los compinches abandonaron el piso pero prometieron regresar al día siguiente a la misma hora. Esa noche Nathan durmió muy inquieto y se despertó bruscamente sobre las tres de la mañana, empapado en sudor y con una mano de hierro presionándole el corazón.

En la siguiente visita, Adi se puso agresivo y bravucón, agitó varias veces la pistola y juró solemnemente volver algún día a Budapest para encontrar el libro judío, si fuera necesario con un ejército de hombres dispuestos a dejarse la piel. Moricz soltó todo tipo de barbaridades, pasando del húngaro al alemán, y acabó maldiciendo a su padre. Más tarde Nathan no podía entender de dónde había sacado las fuerzas para esconder el libro y no delatarse.

## **EL SOCIALISMO Y LOS BARCOS DEL AMOR**

No es una exageración afirmar que fue la actuación de Moricz la que llevó a Nathan a profundizar en la lectura de *El elixir de la inmortalidad*. El encantador mundo del libro, su sutileza, sus geniales análisis y sus deliciosas artes narrativas, por no hablar de las



magníficas aventuras que contenía, le causaron una honda impresión. Al leer la historia de la familia, le llenaba de orgullo que durante siglos hubieran llevado su apellido hombres que habían desempeñado un importante papel en la evolución de Europa, pero que con frecuencia ignoraban que estaban realizando una parte nada desdeñable del gran plan de Dios. Aun así, a veces fruncía el ceño decepcionado por que no se aclarara realmente cómo se habían sentido y cómo habían reaccionado sus antepasados, ni cómo habían influido sobre ellos el placer y la felicidad, la cercanía y la unión de la familia, los deberes y los éxitos, los sueños y las esperanzas incumplidas, la exposición en la que vivieron y las penas que sufrieron. Nathan buscaba orientación en un mundo marcado por el triunfo de la violencia, estaba rodeado de trincheras, granadas, gases venenosos, combates cuerpo a cuerpo, sufrimientos y muerte. Un libro que no señalara hacia delante y contuviera mensajes sobre el futuro que les aguardaba tras el final de la guerra mundial, tenía poco valor para él. Al leer el libro de Benjamin, comprendía que para la familia Spinoza lo más importante siempre había sido el pasado. Pero cuanto más pensaba en ello, tanto más claro veía que el futuro, no sólo el suyo, sino el de todo el mundo, era lo verdaderamente crucial. Después se planteó la cuestión de qué podría traer más felicidad a la mayoría y las respuestas fueron la paz, la justicia social, los progresos técnicos y el respeto por la dignidad humana. Desde ahí no tardó mucho en concluir que la forma social que proporcionaba a las masas la esperanza de todo eso era el socialismo.

Pasaron muchos años hasta que comprendió que la verdad era más complicada.

Mientras la guerra consumía con voraz apetito la vida de millones de jóvenes en los diversos frentes, Nathan permaneció seguro en Budapest, aburriéndose en su soledad. Cuando el zar fue derrocado en febrero de 1917, Nathan creyó que los bolcheviques irrumpirían enseguida en la escena histórica y conducirían al pueblo a una victoria decisiva. Pero tuvo que esperar hasta noviembre para que los cañones del acorazado *Aurora* tronaran sobre Petrogrado, anunciando que había llegado el momento de que los sóviets de Lenin tomaran el poder en el país. Osadas ideas empezaron entonces a tomar forma en el cerebro de Nathan, esperaba que los acontecimientos del Este fueran la chispa que prendiera el incendio de la revolución por toda Europa, sobre todo en Hungría. Aun así, sus verdaderos sueños versaban sobre otra cosa porque nadie le daba los buenos días al despertar y nadie le daba un beso de buenas noches cuando se iba a dormir. Nathan soñaba con una mujer con la que compartir sus solitarios días.

La gente los llamaba irónicamente los barcos del amor y fueron muy populares al final de la guerra y en los años posteriores a ésta. Los barcos salían los domingos hacia el norte, hacia los pintorescos pueblos de Szentendre, Visegrado y Estrigonia, y cuando el tiempo acompañaba, estos confortables viajes ofrecían bellas vistas de Budapest y su frondoso entorno. Quienes más frecuentaban estos viajes eran los soldados regresados del frente y las jóvenes que habían perdido a sus prometidos durante la guerra. La mayoría no compraba el billete para encontrar el gran amor —el verdadero opio del pueblo—, sino que se conformaba con lo que encontrarán. Las casualidades juntaron al hijo de un catedrático con la hija de la mujer de la limpieza, a un soldador católico con una vendedora de flores protestante, a un joven de la baja aristocracia que se había quedado manco en el frente italiano con una judía conversa y miope. Y a Nathan con Sara. Aun así tengo mis sospechas de que el abuelo y la abuela comprendieron desde el primer momento —él con alegría y ella con pesadumbre— que, a pesar de sus diferencias y sus visiones contrapuestas del mundo, estaban destinados el uno para el otro.

## UNA VIDA NORMAL

De niño me encantaba jugar con la máquina de coser de mi abuela. Era un sólido aparato de hierro forjado y lacado en negro que guardaba en el dormitorio que Sasha y yo compartíamos con ella desde la muerte del abuelo. Siempre que podía, yo acariciaba la plancha de la parte superior donde el fabricante había grabado en bellos caracteres su marca: Singer. El nombre estaba flanqueado por el emblema de la empresa en dorado y el conjunto parecía un antiguo escudo nobiliario. También me encantaba acariciar delicadamente los brillantes ejes verticales de la cabeza de la máquina y su rueda, templados en acero. Pero lo que más me divertía era pisar el pedal de metal chapado. Al hacerlo, la máquina de coser se ponía en marcha accionando una correa que pasaba por los canales de la rueda y sonaba como el zumbido de un abejorro. En una ocasión, cuando se me ocurrió meter un trozo de madera bajo los ejes cilíndricos en los que se alojaba la aguja, estuve a punto de romperla. En ese momento la abuela irrumpió en el dormitorio, me propinó un guantazo y gritó: «¿No hay nada sagrado para ti? ¿No puedes dejar en paz mi máquina de coser? ¿Tienes que romper la única cosa que ha sido mía en mi vida?».

El anhelado día en el que Nathan, después de treinta y seis meses de internamiento en la cárcel de Vác, pudo por fin volver a casa, acabó en una violenta pelea. Al llegar descubrió indignado que Sara, sin comunicárselo, había dejado que su madre se mudara al piso. Miriam, ya con el pelo blanco y desdentada, estaba sentada en la cocina. A Nathan no le gustaba aquella mujer que a sus ojos representaba todo lo inmóvil y rezagado del mundo judío. Miriam era una simple verdulera que tenía un puesto cochambroso en una plaza pobre y, tras veinticinco años en Budapest, no había aprendido más que tres palabras de húngaro. Le resultaba impensable alojarla en su hogar. Sara intentó suavizarlo explicándole que su madre estaba enferma, que las fuerzas la abandonaban de día en día y que ya no podía seguir en el mercado porque no era capaz ni de levantar una manzana con sus manos ateridas y atrofiadas por el reumatismo. Subrayó que la mujer no tenía dónde meterse, que necesitaba un techo y que era impensable que no la acogieran. Además le contó que la tía Luiza, que se había pasado la vida trabajando como una esclava para mantener a sus cinco hijos y a su madre senil, había sufrido un derrame cerebral. Como iba retrasada en el pago del alquiler, el despiadado casero las había dejado a ella y a su madre en la calle, y estaban provisionalmente en casa de una vecina. Las pobres mujeres vivían de lo que encontraban en los contenedores de basura y estaban a punto de morir de hambre. Sara dijo también que estaba comprando a plazos una máquina de coser Singer con la que intentaba ganar algo de dinero cosiendo por encargo por las noches. A veces lograba dar algo de comida y dinero a la tía Luiza, pero como las mujeres estaban en una situación tan desesperada —si Nathan estaba dispuesto—, quería invitarlas también a ellas a vivir en el piso. Se temía que si no lo hacía sucumbirían. Nathan montó en cólera y gritó que nadie podía exigirle que se compadeciera de aquellas mujeres, que lo único que él quería era vivir una vida normal con su mujer y que no tenía ganas de alimentar a tres viejas. Al oírlo, a Miriam se le llenaron los ojos de lágrimas y, entre sollozos, dijo en yiddish que no pensaba quedarse un segundo más en la casa de su yerno, un judío sinvergüenza incapaz de ofrecer algo de consideración y un mendrugo de pan a una vieja desamparada. Esto enfureció aún más a Nathan, pese a que no entendía del todo lo que decía. Con la mirada petrificada, se puso a gritar de nuevo. Sara le pidió que bajara la voz para no despertar al niño que dormía junto a la estufa, pero

él no le hizo caso y entonces Sara le respondió con la misma moneda. La violenta discusión tardó más de una hora en apaciguarse, pero al final Nathan se tranquilizó y cedió. Miriam podía quedarse y necesitaba un par de días para pensarse lo de Luiza y Erzsi. Después dijo que estaba cansado y propuso que se acostaran, con la esperanza de que sus diestras manos alegraran a Sara en la cama conyugal.

Sara mantuvo a su familia trabajando de costurera para un salón donde se cosían la ropa las señoras bien situadas. El establecimiento estaba situado en el centro y, todos los días, tanto en verano como en invierno, la abuela se desplazaba hasta allí andando. Tardaba dos horas en llegar al trabajo y otras tantas en volver y lo que se ahorrraba en tranvía le daba la posibilidad de mantener a las tres viejas. Salía de casa a las cinco de la mañana para volver sobre las siete de la tarde, y sólo libraba uno de cada cuatro domingos. Pero para ella aquél era siempre el día más corto del mes, puesto que lo dedicaba a limpiar, lavar la ropa, hacer comida y coser. Aun así, Sara nunca se quejó. No pensaba que le faltara nada y en cualquier caso no tenía tiempo para pensar en ello porque siempre estaba ocupada atendiendo a las necesidades de los otros. Además se quedó embarazada cinco veces en cinco años —a pesar de que Nathan casi nunca estaba en casa y por lo general vertía su semen entre las piernas de otras mujeres— y dio a luz a otros dos niños sanos: Carlo e Ilona.

Después de la temporada en la cárcel, Nathan tuvo problemas para volver a una vida normal. Hacía mucho que había dilapidado la herencia de su padre, una suma nada despreciable. Nathan carecía de profesión y no era fácil para un exconvicto encontrar trabajo, sobre todo si había sido miembro activo en la República de los Consejos. Pese a no tener una familia que lo apoyara, no quería acabar en la cloaca y llamó a muchas puertas. Pero su pasado lo perseguía implacablemente y los tiempos eran difíciles. No en vano se decía de Hungría que era el país de los tres millones de mendigos.

## **UN GRAN PRIVILEGIO**

El 29 de julio de 1932, Sándor Fürst e Imre Sallai fueron ejecutados en Budapest. Dos semanas antes habían sido condenados a muerte en un juicio sumario por el atentado de Biatorbágy, una somnolienta ciudad situada a poco más de treinta kilómetros de Budapest, donde el año anterior había saltado por los aires el expreso de Viena, acabando con la vida de veintidós personas. Todo el mundo sabía que Fürst y Sallai eran inocentes. Ambos tenían coartadas impecables y el autor de los hechos, Szilveszter, había confesado su atroz crimen e incluso había fanfarroneado de él. Llegaron sonoras protestas de muchas partes del mundo que exigían la puesta en libertad de los dos hombres, pero no sirvieron de nada. El régimen de Horthy estaba firmemente decidido a dar ejemplo enviando a la horca a los líderes comunistas judíos Fürst y Sallai.

Fue una casualidad que Nathan, que desde hacía años había marcado el tono (como se decía en aquella época) en el partido comunista húngaro, no fuera arrestado cuando la policía irrumpió en la sede clandestina del partido prohibido. Poco antes, Nathan había descubierto que tenía una enfermedad de transmisión sexual, que a Sara no le hizo ninguna gracia compartir con él. Ya había asumido que su marido frecuentara prostitutas, pero era bastante distinto que volviera a casa con enfermedades exóticas. La embargó una furia recatada que la llevó a maldecir, jurar e incluso estamparle una cacerola en la cabeza. La imperturbable seguridad de Nathan en las situaciones críticas se evaporó y, por una vez,

mostró algo que recordaba a la mala conciencia. Prometió enmendarse, pero Sara no le creyó. Estaba convencida de que el curtido putero ni podía ni quería cambiar. Por eso sólo le exigió una cosa: que a la mañana siguiente la acompañara al entierro de la tía Luiza. Pese a que vivían bajo el mismo techo, Nathan no se había enterado de la muerte de la anciana porque tenía cosas más importantes en las que pensar, pero le alivió que ésta por fin se hubiera ido y por eso aceptó sin más discusión. Aún más aliviado se sintió a la mañana siguiente cuando se dio cuenta de que mientras él presenciaba el lento descenso del ataúd de Luiza en su tumba, la policía había detenido a todos sus camaradas en el despacho donde él debería haber estado en esos momentos.

Tras la fachada tranquila y neutral de Nathan se ocultaba el miedo. Tenía una premonición, la clara sensación de que le esperaban muchos años de cárcel y persecución. En los momentos más oscuros incluso temía por su vida. Tras una larga discusión con los líderes del partido, en la que Nathan intentó de diversas maneras que le concedieran permiso para ponerse a buen recaudo en el extranjero, éstos llegaron a la conclusión de que lo mejor era que emigrara a la Unión Soviética, por supuesto sin su familia. Esto se consideraba un gran privilegio porque los principios básicos del partido afirmaban que todo comunista tenía la obligación de trabajar por la revolución en su propio país. Sin embargo los líderes concluyeron que Nathan era demasiado importante para eso. Era un brillante analista, su aguda mirada era capaz de revelar la madera de la que estaba hecha la gente y había estudiado a fondo hasta los puntos más sutiles de la doctrina marxista, cosa poco habitual en los círculos del partido. Decidieron que el peligro de que fuera arrestado era demasiado grande y que esa misma noche había que sacarlo clandestinamente de Hungría, para que esperara en Berlín la obtención de un visado para la Unión Soviética. Nathan suspiró aliviado. Por fin se dirigiría al país de las promesas y dejaría atrás las cadenas del mundo burgués. A lo que esto implicaba para el futuro de su mujer y sus hijos, no le dedicó ni un instante de reflexión.

## **MOSCÚ NO ERA UN PARAÍSO**

Nathan llegó a Moscú tras pasar cinco meses en Berlín, justo antes de que la larga noche del nazismo se abatiera sobre Alemania. Hizo el viaje con ocho camaradas alemanas, leales comunistas que habían perdido la batalla contra Hitler y se veían a forzados a huir del país para salvar el pellejo. Seis años más tarde, cuando Nathan tuvo la suerte de salir de la Unión Soviética y volver a casa, ninguno de ellos seguía con vida. Por medio de brutales torturas, inhumanos campos en Siberia o tiros en la nuca, la revolución devoraba a los mejores de sus hijos, exactamente como lo había descrito Chiara Luzzatto ciento treinta años antes.

El primero que desapareció fue David Goldstücker. El hombre procedía de una familia judía de la alta burguesía de Köpenick, pero servía de todo corazón a la revolución proletaria. Durante el tórrido verano de 1932, había encabezado una célula armada y librado numerosas y sangrientas batallas contras los nazis de las SA. Nathan se alojó en su casa en Berlín y entablaron una cálida camaradería, pese a que los lazos de amistad personal entre los miembros del partido eran considerados dudosos y despertaban sospechas de fraccionalismo político, lo cual era un pecado mortal. La lealtad al partido requería obediencia absoluta y negación de los amigos. Todo individuo podía cometer fallos y ser orientado por alguien cercano, pero el partido era infalible. Sólo aquel que

creyera ciegamente en el partido, como manifestación perfecta de la idea revolucionaria en la historia mundial, podía formar parte de sus filas. Nathan y Goldstücker obviaron esta consigna porque estaban muy a gusto en compañía el uno del otro. Nathan apreciaba que Goldstücker fuera en la intimidad un bonachón con mucho sentido del humor, al mismo tiempo que era un militante recio e insensible, que nunca se dejaba oprimir. Goldstücker tenía una idea del paraíso de los trabajadores en el Este dibujada por la propaganda del partido. Creía que la Unión Soviética era un hervidero de energía y creatividad de obreros disciplinados y campesinos entusiastas, y que el bienestar se estaba construyendo bajo la dirección de eficaces ingenieros y honorables servidores públicos inspirados y orientados por los visionarios y altruistas camaradas de la cúpula del partido. Sin embargo, tan pronto llegó a la estación fronteriza, Goldstücker empezó a cavilar. Unos aduaneros soviéticos de gesto obtuso les abrieron las maletas y revisaron el contenido con desconfianza. Los funcionarios dieron la vuelta a cada prenda de ropa y estudiaron minuciosamente todos los libros y papeles impresos que llevaban. No dejaron nada en manos de la casualidad y lo examinaron todo detenidamente antes de volver a meterlo en la maleta de mala manera. Todo menos la comida, que a juzgar por su expresión hambrienta, acababa en sus propios bolsillos. El proceso fue tan largo que el tren pasó un día entero detenido en la estación fronteriza antes de poder continuar hacia Moscú. En la interminable estepa ucraniana, el tren se detuvo incontables veces en estaciones cochambrosas con el andén atestado de hombres demacrados que ofrecían muñecas bordadas, iconos y joyas a cambio de un mendrugo de pan, y de mujeres macilentas que entre sollozos suplicaban a los pasajeros que se llevaran a sus hijos, unos niños que a causa de los vientres hinchados, los brazos y piernas escuálidos y los rostros consumidos, parecían más muertos que vivos. Todos los que llegaron de Berlín se dieron cuenta de que el país que, según las previsiones del partido, superaría a Estados Unidos en menos de cuatro años gracias al plan quinquenal del momento, en realidad estaba retrasado y padecía una enorme hambruna. Todos vieron y comprendieron, pero sólo Goldstücker tuvo el valor de anteponer su propia conciencia a la exigencia del partido de una censura eficaz y se atrevió a plantear preguntas. En Moscú, Nathan y sus camaradas alemanes fueron recibidos por el protegido de Stalin, Lavrenti Beria, un hombre calvo, de escasa estatura y miope, que usaba lentes. Su misión era ocuparse de los recién llegados y ayudarlos a instalarse. Como no hablaba alemán, conversaban por medio de un intérprete. Ya en su primer encuentro Goldstücker le pidió que le explicara por qué había tantos hombres, mujeres y niños hambrientos en Ucrania, una región que al fin y al cabo era conocida por su floreciente agricultura. El intérprete le desaconsejó con delicadeza que hiciera esa pregunta, pero Goldstücker no se daba por vencido tan fácilmente. Ninguno entendió cómo formuló la pregunta el intérprete, pero todos se dieron perfecta cuenta de que a Beria no le hizo ninguna gracia. El ruso se quitó las lentes y las limpió con su pañuelo, una maniobra fingida puesto que sólo consiguió dejar los cristales aún más sucios. Aunque sí demostró que no tenía prisa por contestar. Finalmente salió un ruido seco y rasposo de su garganta. Beria sorteó el bloqueo de sus cuerdas vocales y les explicó que Ucrania, que durante el gobierno del zar había estado muy retrasada, estaba pasando por una profunda reestructuración. Pensaban construir allí cinco nuevas acerías, además de una línea de producción de planchas laminadas, lo cual debía de considerarse todo un logro teniendo en cuenta que Estados Unidos sólo contaba con una acería situada en Cleveland. Se calculaba que la producción total de estas cinco acerías sería de tres millones de toneladas de planchas brutas al año. Goldstücker no se quedó contento con la respuesta, pero Beria se marchó antes de que pudiera preguntar más.

La segunda vez que se encontraron, Goldstücker dijo que sufría por los hambrientos de Ucrania y que por eso se veía forzado a repetir la pregunta. Beria explicó que el plan quinquenal vigente preveía la ampliación de dos grandes centrales eléctricas en Ucrania, junto a los ríos Bug y Dniéper, y que en Dnipropetrovsk estaban edificando una fábrica donde se producirían locomotoras y maquinaria agrícola y que sería la mayor del país. Goldstücker no acudió a su tercer encuentro, y también faltó al cuarto y al quinto. Entonces Nathan preguntó a Beria si sabía dónde se había metido su camarada de Berlín. Beria respondió que Goldstücker había pedido permiso para viajar a la cuenca del Donietz y participar en la inauguración de la presa de Dnieprogres. «¿Cuándo vuelve?», rezó la siguiente pregunta de Nathan. Pero Beria no tenía respuesta. El sur de Ucrania era muy frío y el camarada Goldstücker se había resfriado. Estaba ingresado en un hospital con pulmonía y ni siquiera los médicos sabían cuánto tardaría en recuperarse. No hubo más preguntas. La atmósfera se apagó un poco y el nombre de David Goldstücker nunca volvió a mencionarse en aquellas reuniones.

Moscú no era un paraíso en el que se pudiera huir de la realidad con ensoñaciones. Seis años de vida cotidiana soviética curaron a Nathan de la mayoría de sus ilusiones y paralizaron por completo su lengua, pese a ser perfectamente consciente de que el que calla sólo sirve al mal. Pero Nathan se sentía indeciso y vacilante. La sombra de terror en su interior fue creciendo al mismo ritmo al que Hitler armaba a sus tropas. Cuanto más se acercaba la guerra, tanto más oscuras eran las imágenes que dibujaba su fantasía. Las tribulaciones acerca de la impotencia de los judíos le arruinaban el descanso nocturno. Pensaba en Sara y en los niños, a los que en la práctica había dejado en la estacada, y temía por su futuro, a la vez que comprendía que no podía dar por supuesta su propia seguridad. La paranoia de Stalin llevaba mucho tiempo mermando gravemente las filas y sólo un puñado de camaradas de la cúpula del partido seguían con vida. Cada vez le resultaba más duro ser consciente de ello, entre otras cosas porque sabía que era inútil alegar diez años de lealtad constante al partido. Un rumor lo dejó aterrado: Béla Kun, el líder con quien él colaboraba, había caído en desgracia. Nathan entendió lo que eso significaba y exigió que le permitieran regresar de inmediato a Budapest para poder continuar luchando contra el enemigo desde allí.

## **POR OTROS MOTIVOS**

Nadie en nuestra familia tenía ganas de hablar de lo sucedido durante la guerra. Cada vez que Sasha y yo preguntábamos algo sobre aquella época, los adultos agachaban la cabeza, clavaban la mirada en el suelo y surgía un incómodo silencio. Los peores eran mis padres, que tan pronto salía el tema de la guerra, se ponían a hablar de otra cosa. Pero también mi tío abuelo evitaba el tema, a pesar de todo lo que había averiguado del pasado y de los más remotos rincones del alma humana con ayuda de Shoshana desde el otro lado de la tumba. Tal vez sólo intentarían ahorrarnos a Sasha y a mí las atrocidades que habían visto. Porque la Torá dice: «Hágase la luz, dijo Dios, y la luz se hizo». Vestir algo con palabras es otorgarle vida. Al fin y al cabo los judíos somos el pueblo del libro, y nuestras vidas proceden de las palabras. Por eso no habría sido tan raro que los adultos de nuestra familia hubieran tenido la idea de que al hablar, daban existencia a aquello que no existe en el silencio. Aunque es más probable que simplemente intentarían olvidar sus malos recuerdos. Pero los recuerdos no se dejaban ahuyentar y ellos vivían con constantes

pesadillas que, a veces, se transformaban en chillidos que nos despertaban por la noche.

En una ocasión, la abuela nos contó con mucho entusiasmo —lo cual nos sorprendió puesto que nunca hablaba bien del abuelo— que a su regreso de Moscú, Nathan se convirtió en el gran héroe de la ciudad. Todos los pobres de los barrios obreros sabían quién era y lo admiraban como a un Dios. Esto era extraño puesto que en esa parte de Budapest los judíos no eran bien recibidos. Algunos los odiaban porque se imaginaban que todos los judíos eran ricos. Otros estaban convencidos de que los viernes bebían la sangre de Cristo. Había quien pensaba que se mantenían segregados y no eran auténticos húngaros. Y la mayoría se dejaba llevar por la envidia y los complejos de inferioridad cultural, y despreciaban a los judíos porque los consideraban superdotados —lo cual no era cierto en absoluto, añadió la abuela— que triunfaban en todo lo que emprendían. Sara sonrió al añadir: «En esta parte de Budapest, delatar a los vecinos judíos a la policía se convirtió en una popular afición. Se daban el paseo dominical por la orilla del Danubio y en una amena matiné veían cómo asesinaban a familias enteras de un tiro en la nuca y arrojaban sus cuerpos al río, para luego reivindicar el lunes sus apartamentos vacíos. Pero a nosotros los vecinos nos trataban de otro modo. A nosotros nos escondían y nos protegían, a pesar de que arriesgaban con ello la vida. La Gestapo buscaba al abuelo y realmente querían detenerlo. Pero no era porque fuera judío, sino por otros motivos».

En la infancia ves muchas señales que no eres capaz de interpretar. Hasta ahora no había comprendido claramente lo que significaban esas palabras: «por otros motivos». Nuestra familia vivía dentro de un sistema. Era un sistema implícito, no muy misterioso pero sí altamente secreto e incomprensible para toda persona ajena al asunto. En última instancia, el sistema se fundaba sobre un acuerdo con Dios, el Creador del mundo cuyos ojos nunca habíamos visto y cuyos labios nunca habíamos oído pronunciar palabra. Se trataba de un estricto sistema del cual no habló nunca ningún Spinoza. Teníamos prohibido hacerlo. Pero nuestro silencio estaba empapado de la fe en una vida eterna, en la sacralidad de la vida humana, en que Dios tenía un plan en el que nosotros desempeñábamos un papel importante y en que el Todopoderoso podía ocultarse y permanecer invisible porque los seres humanos éramos su rostro en la tierra. Éste era el sistema que Hitler quería destruir y por eso buscaba *El elixir de la inmortalidad*.

## **LA TÍA ILONA**

En otra ocasión, justo después de que muriera la tía Ilona, la abuela nos contó que sabía quién había delatado su escondrijo durante la guerra. Habían llamado a mi padre y al tío Carlo a filas para que hicieran trabajos forzados y el resto de la familia —la abuela y su madre, Miriam, el abuelo y la tía Ilona— se veían obligados a esconderse cada noche en domicilios distintos. Como la gente raramente podía alojar a más de dos personas a la vez, tenían que dispersarse. Una noche de diciembre de 1944 ofrecieron al abuelo una dirección segura en el 19 de la calle Rottenbiller. En realidad le tocaba encargarse de Miriam, pero como no tenía ningunas ganas de arrastrar consigo a la vieja, convenció a su hija para que le cambiara el sitio. A las tres de la mañana, un oscuro camión se detuvo en la calle escasamente iluminada. Unos hombres de las SS vestidos de negro y con imponentes brazaletes con calaveras y huesos cruzados, llamaron a la puerta de Antal Gyurkovic, un sencillo soldador que era miembro del partido comunista clandestino. Éste abrió la puerta y murió al instante de un tiro. A continuación, los hombres de las SS cogieron a las mujeres y

se las llevaron sin mayor dramatismo.

Miriam e Ilona acabaron en Auschwitz. Cuando clasificaron a los presos en el andén, mandaron a los viejos a la izquierda, hacia las cámaras de gas, y a los jóvenes a la derecha. Pero Ilona se negó a separarse de su abuela y se aferró a su brazo. Entonces un guardia la golpeó en la cabeza y en los hombros con una porra y una judía fortachona, con la que Ilona había intercambiado algunas palabras durante el viaje en el atestado vagón de ganado, intentó impedirlo. Se produjo un tumulto. Acudieron más guardias que pegaron una brutal paliza a las mujeres y a continuación, para no retrasar más la clasificación, se llevaron a Miriam y echaron a las jóvenes semiinconscientes a un lado.

La mujer se llamaba Eszter Heymann. La vida en los barracones las volvió inseparables. Lo compartían todo y se apoyaban y se ayudaban a mantenerse con vida como dos hermanas. A su regreso, Ilona acusó a su padre como si hubiera sido culpa suya que ella acabara en el campo de la muerte, rompió con la familia y se fue a vivir con Eszter. Las mujeres abrieron una tienda de ultramarinos que les proporcionaba unos ingresos escasos pero seguros. Les parecía impensable pasar un solo segundo separadas, nunca desearon tener maridos ni hijos y vivieron juntas durante casi veinte años. Al día siguiente a la muerte de Ilona a causa de una operación rutinaria fallida, Eszter se tomó un frasco de somníferos.

## **EL NO DEL ABUELO**

Tras la liberación hubo un tiempo en que era peligroso andar por las calles de Budapest. Los soldados del Ejército Rojo, borrachos y tambaleantes, tenían aterrorizada a la ciudad. A veces, en pleno día, obligaban a la gente a desnudarse en medio de la calle y se quedaban con su ropa y sus objetos de valor. Pero por incómodos que fueran estos episodios, las víctimas de estos bandidos uniformados eran más afortunadas que otras a las que enviaban a la Unión Soviética en vagones de ganado para que realizaran *malenki robot*, lo cual significa «pequeños servicios», pero en la práctica implicaban muchos años de trabajos forzados en fábricas y campos. Con la excusa de buscar opositores fascistas, los soldados irrumpían en las viviendas privadas y se llevaban sin escrúpulos todo lo que se podía trasladar. Las bebidas fuertes eran lo más apreciado. Un día los rusos se conmovían hasta las lágrimas al ver la miseria de la gente y cedían sus raciones de comida a la hambrienta población civil, y al día siguiente saqueaban sus casas y violaban incluso a las mujeres más mayores. La abuela solía decir que en cierto sentido había estado bien que se llevaran a su madre directamente a la cámara de gas, así se había ahorrado vivir la liberación rusa.

Dos días antes de que en diciembre de 1948 se formara el gobierno comunista de Hungría, ofrecieron al abuelo el puesto de ministro del Interior. A nadie le sorprendió que el líder del partido, Mátyás Rákosi, un hombre leal a Moscú, escogiera a Nathan Spinoza porque el abuelo tenía una arraigada reputación de comunista fiel y honrado. Tantos más fueron los que arquearon las cejas cuando, con la espalda recta y una piadosa expresión en la cara, éste rechazó la oferta aduciendo problemas de salud. Rákosi no se tragó la excusa y montó en cólera. No soportaba escuchar la palabra «no». Tronó, maldijo y lo tildó de arrogante y presuntuoso, todo ello a sus espaldas, naturalmente. Para Rákosi aquella respuesta era una imperdonable traición, un pecado mortal. En su mundo nadie tenía derecho a decirle que no al partido, esto es, a él mismo, por mucho que la traición del



abuelo fuera una nimiedad en comparación con las atrocidades que había cometido él mismo en nombre del partido. Rákosi era una bestia salvaje y un demonio. Todos los camaradas de la cúpula del partido lo sabían, pero carecían del valor para ser francos. Hacía mucho tiempo que el miedo los había paralizado y, prácticamente, dieron a Nathan por muerto.

¿Qué llevó al abuelo a decir que no, cuando era perfectamente consciente del riesgo personal que corría? La hipocresía. Las intrigas. Los sobornos. El hecho de que se desacreditara a hombres honrados. Las purgas. La conciencia de que el partido comunista se apuntalaba sobre las fuerzas de ocupación rusas, pero carecía del apoyo del pueblo cuando tomó el poder. La certeza de que Mátyás Rákosi, el discípulo más leal de Stalin, estaba convirtiendo a Hungría en una Unión Soviética en miniatura. El abuelo sabía de sobra lo sanguinario que era el partido y por eso intuía las hecatombes de víctimas humanas que requeriría la nueva sociedad. Se negó a adoptar el papel de verdugo. Aquél no era el futuro con el que había soñado.

## **EL TÍO CARLO**

Tras pasar cuatro años en un campo de prisioneros soviético, el tío Carlo regresó a Budapest tan transformado que la familia llegó a asustarse. Su cuerpo, que había sido flaco y torpe, era ahora musculoso y atlético, y su rostro había adquirido una expresión animal. Era evidente que le habían hecho un concienzudo lavado de cerebro. Sus palabras tenían resonancias amargas y su ardiente odio al fascismo, que lo había mandado de soldado trabajador al campo de la muerte, era inconfundible. Cuando Carlo presumió exaltadamente de que un destacado miembro del partido le había ofrecido trabajo en el servicio de seguridad, el abuelo lo miró entornando los ojos con escepticismo y citó con sarcasmo una frase del libro de Benjamin: «Un pez y un pájaro se pueden enamorar el uno del otro». La abuela le suplicó que eligiera otro trabajo, pero él respondió que era un honor incorporarse al círculo de los comunistas ortodoxos y poder servir al partido.

Carlo se sintió orgulloso de su primera gran misión, que le habían encomendado por orden de Mátyás Rákosi. Tenía que interrogar al ministro de Asuntos Exteriores, László Rajk. Siendo ministro del Interior, Rajk había transformado el cuerpo policial del país en una obediente herramienta en manos del partido. Ahora acusaban al leal miembro del partido de haber conspirado y colaborado con Tito y la CIA para manipular el régimen comunista de Hungría. Llevaba varios días sin dormir y, una vez ablandado, Carlo debía obligarlo a confesar. Mi tío se puso manos a la obra de modo sistemático. Arrancó la ropa a Rajk, le pegó con la culata de la pistola en el pecho desnudo, en los hombros, en la espalda, en los muslos y en los órganos sexuales, porque todas las partes de su cuerpo debían sentir su poder como interrogador. Durante más de dos horas, apaleó al ministro de Asuntos Exteriores, después hizo una pausa y buscó signos de docilidad en la cara de Rajk, pero éste calló a pesar de que ya no quedaba mucho de su rostro. Entonces Carlo le metió el cañón de la pistola en la boca y amenazó con disparar. Pero no pasó nada, no hubo ni una palabra ni un gesto ni un signo. El interrogatorio continuó, pero Carlo podría haber torturado e interrogado a una pared y que el resultado habría sido el mismo. Rajk se negaba a confesar que hubiera hecho nada criminal. Por cada día que pasaba, el esfuerzo enfurecía más a Carlo y endurecía la tortura. Tras dos agotadoras semanas le concedieron un día libre y lo substituyó János Kádár, que era el mejor amigo de Rajk y el padrino de su hijo recién

nacido. Kádár le explicó que todo el mundo estaba convencido de su inocencia, pero que el partido necesitaba una cabeza de turco. Subrayó que por el bien del partido, del comunismo y del pueblo, por no hablar del de su propia familia, Rajk tenía que sacrificarse y firmar una confesión. Era lo menos que se podía esperar de un auténtico comunista. Oficialmente, esa confesión le acarrearía una sentencia y un severo castigo, pero en realidad podría abandonar el país a la mañana siguiente y empezar una nueva vida en la Unión Soviética junto con su familia y con una nueva identidad. Rajk tardó en contestar. Entonces Kádár le contó que su mujer estaba en otra cárcel con fiebre puerperal y que los servicios sociales se habían hecho cargo del recién nacido. Rajk firmó al instante la confesión, previamente redactada por otras personas. Creía que se reuniría enseguida con su familia, pero esa misma noche lo colgaron.

Pasó año y medio antes de que encargaran a Carlo interrogar a otro líder del partido. Unas semanas antes habían destituido al ministro del Interior, János Kádár, por «razones de salud». Pero el todopoderoso jefe del partido, Mátyás Rákosi, todavía no estaba contento con la situación. En una reunión del gobierno criticó abiertamente tanto al recién nombrado ministro del Interior, Sándor Zöld, como al depuesto Kádár. Zöld se fue a casa aterrorizado, mató a sus dos hijos pequeños, a su esposa y a su madre y se pegó un tiro en la sien. A Kádár lo pusieron en manos de Carlo, pero el hombre estaba hecho de la misma madera que su amigo Rajk. A pesar de que Carlo le arrancó todas las uñas y casi lo mató a golpes, Kádár no dijo ni una palabra. Quizá no tuviera nada que confesar, o tal vez Carlo, como solía decir la abuela, era un inútil para casi todo.

## **DÍAS TORTUOSOS**

El abuelo fue arrestado en el verano de 1951. Lo acusaban de haber intentado sobornar a dos empleados del Ministerio de Sanidad. La fiscalía no presentó ni datos ni pruebas. Los funcionarios implicados, a los que el abuelo nunca había visto y con los que jamás había tratado, no fueron llamados a testificar. No obstante, como el abuelo no pudo demostrar su inocencia, lo condenaron a once años de cárcel. Incluso en aquella época, se consideró una pena inusualmente severa, pero sólo tuvo que pasar seis años entre rejas. En agosto de 1957, János Kádár lo amnistió personalmente. De ese modo, el nuevo jefe del partido y dictador mandaba un respetuoso saludo a un viejo camarada.

Mis padres se hicieron cargo de los abuelos, al menos los mantenían y los dejaban vivir con nosotros. En su juventud, mis padres y mis abuelos debieron de tener la atávica capacidad judía de bromear y ver la existencia con ligereza y distancia, pero la vida los fue ensombreciendo. Me resulta difícil dibujar una imagen de un hogar cálido y feliz. Ciertamente mi tío abuelo aportó a mi vida y a la de Sasha humor, alegría narrativa y orgullo de la historia familiar, pero eso no podía sustituir el amor que yo sentía que nunca me daban.

Sasha era la niña de los ojos de mis padres. De pequeño, mi madre me llamaba a menudo Ratkó y yo creía que se trataba de algo bueno y me sentía halagado porque nunca le decía nada parecido a mi hermano. Me equivocaba. Hace poco me enteré de que Anna Ratkó fue ministra de Sanidad de Hungría entre 1950 y 1953, y que su primera medida fue prohibir el aborto. Así que yo fui uno de los niños no deseados que nacieron durante su ejercicio.

Mañanas tortuosas, días tortuosos. Quizá lo peor sea este cansancio del que sólo me

librará la muerte. Pero tengo que reunir mis últimas fuerzas para seguir contando antes de que el silencio final se cierna sobre mí. Contar, seguir contando para mantener el silencio a distancia, porque si dejo de vestir mis pensamientos con palabras, los recuerdos se marchitarán en mi alma como una planta en el desierto y nuestro mundo desaparecerá imperceptiblemente.

## **VIVAMOS PELIGROSAMENTE**

Llevo mucho tiempo evitando narrar lo peor que me ha pasado, la tragedia de mi vida. Ocurrió el 12 de agosto de 1965. Ese día perdí a mi hermano Sasha, al que me unía el enigmático vínculo de los gemelos. Sasha tuvo una muerte terrible y fue todo culpa mía.

Nunca podré olvidar lo que pasó aquel jueves. Era un día anormalmente caluroso. Ya a las nueve de la mañana, el mercurio del termómetro colgado por fuera de la ventana había superado los treinta grados. La mañana se torció porque Sasha y yo reñimos. Nos peleamos por el último quesito que quedaba en la nevera. A los dos nos encantaban esos pequeños quesos triangulares envueltos en papel de plata, con un osito en la etiqueta, pero Sasha ganó la pelea. Me atacó por la espalda cuando me dirigía a la nevera, me agarró del cuello y me sujetó con fuerza. Como me dolía y no podía respirar, tuve que aceptar mi derrota. Humildemente tuve que reconocer que él era el más fuerte y que se merecía el quesito. Sasha abrió la nevera y sentenció en tono despectivo que yo era un perdedor nato. Desayunamos en silencio. Sasha me miraba con arrogancia y yo estaba a punto de echarme a llorar. El dolor físico se vio realzado por un sentimiento de desánimo y desamparo, y después de desayunar me fui al dormitorio y rompí a llorar.

Cuando me calmé, sólo tenía una idea en la cabeza: la venganza. Toda la familia sabía que a Sasha le daban miedo las máquinas grandes. Por eso decidí convencerlo para que nos coláramos en una fábrica textil abandonada para después encerrarlo en la gran sala donde estaban almacenadas las máquinas viejas y oxidadas. Unos días antes, un par de chicos mayores me habían llevado hasta allí, me habían llamado judío, blasfemo y apéndice del demonio, me habían pegado una paliza y me habían tenido encerrado allí durante dos horas. Pero no me atreví a contárselo a nadie de la familia porque sabía que me ganaría una buena bronca, quizá incluso alguna forma de castigo, si se enteraban de que había entrado en la fábrica cuando mi padre nos lo tenía prohibido.

Sasha aceptó mi propuesta de que fuéramos a buscar herramientas viejas para vendérselas al chatarrero. Le pareció una idea excelente porque llevaba mucho tiempo ahorrando para una bicicleta y necesitaba doscientos forintos para comprarle la suya vieja al vecino. Muy exaltados, nos encaminamos a la fábrica abandonada. Para llegar más rápido, atajamos por las vías del tren, que estaban rodeadas de altas vallas. Teníamos terminantemente prohibido pasar por allí, lo cual sólo contribuyó a aumentar nuestra excitación al saltar la valla. Le dije a Sasha que podíamos imaginarnos que éramos Blondin —el equilibrista francés que fue pionero en cruzar las cataratas del Niágara— y hacer equilibrios sobre las vías. Silbamos, cantamos y nos reímos entusiasmados. De pronto oí un grito a mi espalda. Era Sasha, pero me dio igual y seguí hacia delante. Sasha gritó porque había perdido el equilibrio. Para no caerse había puesto el pie derecho en el suelo, pero en ese momento habían cambiado una aguja y el pie se le quedó encajado entre dos raíles que iban a formar una vía. Por mucho que lo intentaba no conseguía soltar el pie. Estaba aprisionado. Al mirar hacia atrás, descubrí que un tren se precipitaba hacia nosotros. Me

entró el pánico, me quedé sin aliento, petrificado, mientras Sasha chillaba suplicando ayuda. Me encontraba a quince metros de distancia y fui incapaz de moverme del sitio, parecía tener los brazos y las piernas de plomo. Entonces Sasha vio el tren. Soltó un chillido desgarrador y lo último que oí fue: «Ari, sálvame...». Al segundo la voz fue arrollada por el pitido de la locomotora. El tren cambió automáticamente a la otra vía y pasó atronando a pocos centímetros de mí. Milagrosamente, salí ileso. Lo único que quedó de mi hermano gemelo fue su pie derecho, atrapado entre las dos vías.

En casa nunca hablábamos de la muerte de Sasha. Mis padres eran incapaces. Durante mucho tiempo no recordé nada del accidente, probablemente porque estaba en estado de *shock*. Lo único que notaba era que me había pasado algo en la voz. Cuando intentaba hablar o gritar, la lengua se me movía impotente en la boca. Aquello me daba pavor e intentaba convencerme de que recuperaría la voz, pero por mucho que lo intentaba no pasaba nada.

En nuestra calle vivía un hombre mayor, del que se decía que había nacido sordomudo. Yo siempre lo miraba con desconfianza porque me resultaban muy extraños los animosos movimientos y las cómicas sacudidas del rostro a los que recurría para sustituir la voz y las palabras que le faltaban. Decidí que nunca sería como él y empecé a escribir en papelitos lo que quería decir. Durante muchos años me esforcé por adquirir una hermosa caligrafía porque mis nerviosos garabatos eran ilegibles.

Una mañana, algunos meses más tarde, abrí la puerta de la nevera, saqué un quesito envuelto en papel de plata con un oso en la etiqueta y las siguientes palabras resonaron en mis oídos: «Vivamos peligrosamente». Había sido lo último que le había dicho a Sasha mientras hacíamos equilibrios sobre las vías. La imagen del quesito despertó mis recuerdos sobre lo sucedido aquel espantoso jueves que llevaba tanto tiempo adormecido en mi conciencia. «Sasha, tú y yo somos Blondin, los reyes del cielo. Nada puede pararnos. ¡Vivamos peligrosamente!». ¿Habrían sido éstas mis últimas palabras? ¿Se me habría muerto la voz cuando se las grité a mi hermano gemelo?

En ese momento llegué a la conclusión de que debía haber perdido la capacidad de hablar por alguna razón. Una fuerza superior, desconocida para mí, controlaba mi destino. Al empujar a mi hermano a la muerte, debía haber despertado la furia de Dios o de otras fuerzas y me había ganado aquel siniestro castigo. Porque el que le quita la vida a sus seres más queridos, está condenado a la soledad eterna.

## **UN CONOCIDO NORUEGO**

A los dos años de la muerte de Sasha, mi padre nos comunicó que nos íbamos a Oslo. La noticia me resultaba casi inconcebible. Vivíamos en un Estado policial y era prácticamente imposible cruzar las herméticas y vigiladas fronteras del país. No había oído hablar de nadie que hubiera recibido un permiso para viajar como turista a occidente.

¿Qué íbamos a hacer en Noruega?

Mi padre nos explicó que un conocido suyo noruego nos había invitado a visitarlo y nos pagaba los gastos del viaje y la estancia. Todo estaba listo. Mi madre ya lo sabía y sonreía satisfecha. Pero la abuela y yo miramos a mi padre con desconfianza. Nunca habíamos oído mencionar a ningún conocido en Noruega. Así que mi padre dejó los pasaportes, los visados y los billetes sobre la mesa, a modo de prueba. Pero entonces la abuela se enfadó, no porque ella tuviera que quedarse en casa, sino porque no se lo habían

contado antes.

Era fácil comprender los motivos de mi padre, quería evitar que la abuela anunciara nuestros planes a los cuatro vientos. El riesgo de que un vecino envidioso nos pusiera la zancadilla era elevado. En aquella época bastaba la menor insinuación de que queríamos abandonar Hungría definitivamente para que la policía nos retirara de inmediato el permiso e impidiera el viaje.

Hicimos las maletas por la noche. Mi padre nos instó a mi madre y a mí a viajar muy ligeros de equipaje para que la policía no sospechara. No entendí del todo lo que quería decir. Al mismo tiempo me fijé en que había pensado llevarse la pequeña maleta que yo había heredado del abuelo.

A la mañana siguiente nos despedimos de la abuela. No parecía triste de que nos fuéramos, al menos yo no se lo noté. Vuelta hacia mis padres dijo que entendía que ya no quisieran seguir viviendo en aquel país que al fin y al cabo habían destruido los comunistas. A continuación, y para variar, me dio un beso en la frente: «Tienes que aprender a hablar noruego», dijo.

Un señor elegantemente vestido nos recibió en la estación de trenes de Oslo. No podía creer lo que veían mis ojos. El parecido era sorprendente. Si no hubiera sido por la descomunal nariz, habría dicho que el noruego era mi abuelo que había vuelto de la tumba para recibirnos en el andén. Nuestro anfitrión era una réplica exacta del abuelo. Se presentó como Wilhelm Amundsen Gange y hablaba un exquisito alemán. No cabía ninguna duda, incluso yo me daba cuenta, de que era un refinado *gentleman*. Nos ayudó con las maletas y las colocó delicadamente en el maletero de su coche. Mi padre se sentó a su lado y empezaron a charlar con muchos ánimos. Ya no recuerdo de qué hablaron, pero tenía la extraña sensación de conocerlo de antes. El trayecto en coche duró unos pocos minutos. Vivía en un amplio apartamento en la cuarta planta de un hermoso edificio situado justo detrás del palacio real. Éste podía verse desde varias de las ventanas del apartamento amueblado con exquisito gusto. Wilhelm señaló el palacio y nos dijo que trabajaba allí. Era el médico de cabecera del rey Olaf V.

La memoria me falla. ¿Fue durante la primera o la segunda cena cuando Wilhelm nos contó su historia? También puede que fuera durante la tercera. Nos contó que a temprana edad había sospechado que no era realmente hijo de sus padres. No sólo porque era bajito y moreno, mientras que sus padres eran altos y rubios, sino porque no se sentía amado, sobre todo por su padre, que a veces lo trataba como a un leproso. Especialmente durante la segunda mitad de los años treinta, cuando su padre era primer secretario de la embajada noruega en Berlín. No quiso que su hijo los visitara allí porque su aspecto no era lo bastante ario. Wilhelm describió a su padre como una persona severa, que se daba aires de importancia por su estatus social. La madre procedía de una familia humilde, pero el pozo de la sociedad no le había enseñado a ser austera. Derrochaba tanto el dinero que el grueso sobre del sueldo del padre a menudo se quedaba vacío antes de fin de mes, aunque a ella no parecía importarle en absoluto porque estaba demasiado ocupada jugando a ser una señora fina. Los criados se ocupaban de la casa y del único hijo para que ella pudiera permitirse el lujo de dormir hasta bien entrada la mañana. Wilhelm echó de menos estar rodeado de rostros alegres y tuvo que aguantar bastante porque sus padres estaban a menudo de mal humor pese a lo que él se esforzara por complacerlos. Con el paso del tiempo le fue resultando más difícil tratar con ellos y no pudo evitar alegrarse y regodearse con los problemas de su padre, sobre todo con su intento fallido de conocer a Hitler. Cuando la Alemania nazi ocupó Noruega, le quedó claro que él, que se dedicaba a sacar

clandestinamente a judíos del país para llevarlos a Suecia, no podía ser hijo auténtico de sus padres, que eran colaboracionistas y grandes entusiastas del Führer. En las pocas ocasiones en las que se encontraron durante la guerra, el clima entre ellos fue gélido y cruzaron miradas de odio por encima de la mesa. La muerte del padre justo antes del fin de la guerra supuso un alivio para Wilhelm. Por fin podía confrontar a la madre con la pregunta sobre su origen. El 7 de mayo de 1945 —se rió cordialmente al contarlo— capitularon tanto Alemania como su madre, esta última por fuertes presiones de su parte. La madre le confesó que era adoptado. Después de la independencia de Noruega en 1905, la pareja vivió en Budapest, donde el padre fue segundo secretario de la embajada. Intentaron tener hijos durante años antes de decidirse a adoptar a un varón recién nacido. Según la madre, nunca supieron quiénes eran los padres biológicos, y pasaron otros veinte años antes de que Wilhelm descubriera que le había mentado. Tras la muerte de la madre encontró una partida de nacimiento. El amarillento documento decía que su madre se llamaba Marika Óvári y el hombre que ella había inscrito como padre —sin que éste lo supiera ni accediera a ello— se llamaba Nathan Spinoza.

Wilhelm se ganó pronto mi confianza y mi cariño. Para mí constituía algo muy llamativo y nuevo, además de ser lo opuesto a mis padres. Elegante. Experimentado. Con alegría de vivir. Pudiente. Y asombrosamente abierto. No ocultaba en absoluto su tendencia sexual. Fue la primera vez que alguien me habló del amor físico entre hombres como la cosa más natural del mundo. También me ayudó a comprender que lo más sensato que podíamos hacer era quedarnos a vivir en Noruega para empezar allí una nueva vida y construirnos un futuro. Wilhelm estaba absolutamente de acuerdo con mi padre en que la vida en la Europa del Este del socialismo real se había vuelto demasiado insegura. Como es obvio, había leído todo lo que se había escrito sobre el tema y debió de sorprenderle mi abismal ignorancia del mundo que me rodeaba. Me explicó que en Polonia habían vuelto a asignar a los judíos el papel de chivos expiatorios y los perseguían. Esto podía propagarse rápidamente a otros países socialistas. Y yo no tenía ni idea sobre el asunto.

Sin Wilhelm no habiéramos salido adelante. Él ayudó a mis padres a obtener un permiso de residencia y a conseguir una casa, y se encargó de que encontrarán trabajos seguros. A mí me acompañó cuando un comité de profesores valoró mi capacidad para cursar el bachillerato. El comité pesó al mudo y lo encontró demasiado ligero. Me avergoncé como un perro, pero Wilhelm me buscó un trabajo adecuado para mí.

Wilhelm fue un regalo de Dios para nosotros en el nuevo país, aunque nuestro tiempo juntos fue breve. Poco antes de Semana Santa murió en un accidente en los Alpes. La muerte de Wilhelm fue como un mal augurio, como si las campanas sonaran por toda la familia Spinoza. Ya no podíamos reírnos ni estar contentos. Tras más de ocho largos siglos repletos de penas y alegrías, después de todas las pruebas que habíamos pasado y a las que habíamos sobrevivido, el futuro se nos escapaba de las manos.

## **EN BRAZOS EL UNO DEL OTRO**

El estado de ánimo de la portera nunca dejaba lugar a dudas. La señora Lakatos era siempre huraña y adusta, y tenía una réplica ácida o un comentario malévolos para todo el que entrara o saliera de la casa. Nada podía suceder en la calle de mi infancia sin que ella estuviera implicada.

Todo el mundo sabía que informaba a la policía de lo que pasaba en el barrio. Su

trabajo de chivata era lo que le proporcionaba comida para vomitar su bilis sobre los vecinos y la gente que pasaba por la calle.

La señora Lakatos despreciaba a todo el mundo salvo a la abuela. No sabría decir a ciencia cierta a qué se debía esto, pero lo cierto es que la abuela era una mujer generosa, aunque en su vejez tendiera a olvidarse de su familia más cercana. Era la única persona de la calle que ayudaba a la portera, ésta tenía siempre cosas más importantes que hacer que comprar comida y ocuparse de su piso, que estaba repleto de todo tipo de trastos y apestaba a tabaco.

A los pocos meses de llegar a Noruega, nos sorprendió recibir una carta de la señora Lakatos. Quizá no sea muy elegante por mi parte señalar que la portera había aprendido a leer y escribir, pero poco más. La carta tenía una ortografía deleznable y estaba repleta de errores gramaticales, de formulaciones incorrectas y de ambigüedades vertiginosas, cosas de las que podríamos habernos reído si el contenido del texto no hubiera sido tan triste. Nos contaba que poco después de que abandonáramos el país, la abuela se había dejado convencer para permitir a Fernando mudarse al piso. La portera subrayaba que aquello no tenía nada de vergonzoso, puesto que el barrio entero sabía que la señora Spinoza y el señor Fernando habían estado comprometidos antes de la Primera Guerra Mundial y que se amaron de por vida. Pocas veces se había visto una pareja tan bien avenida. Por la mañana reñían, luego almorzaban y por la tarde se echaban la siesta. Tan pronto como se ponía el sol retomaban sus cariñosas disputas hasta que se iban a la cama, donde revivían viejos recuerdos hasta que se quedaban dormidos. Todo esto podría haber continuado durante años, escribía la portera, pero un día después de almorzar la señora Spinoza preparó una sopa de patatas con albóndigas de harina para la cena. Algo debió de interrumpirla, porque se dejó la olla en el fuego cuando la pareja se echó la siesta. Justo después de que se quedaran dormidos, la sopa rebotó de la olla y apagó la llama, pero el gas siguió saliendo. Hasta muchas horas más tarde los vecinos no reaccionaron al fuerte olor a gas que salía del piso. Llamaron a la puerta, pero como nadie les abrió, fueron a buscar a la policía. Éstos entraron por la fuerza, apagaron el gas y abrieron de par en par las ventanas de todas las habitaciones. Encontraron a la anciana pareja en el dormitorio. Yacían apaciblemente en la cama, en brazos el uno del otro. En los labios de Fernando, contaba la omnisciente portera, se podía distinguir una cálida sonrisa.

Claro que mi tío abuelo sonreía. Estaba feliz de que la mujer a la que amaba tan locamente por fin fuera suya, si no en la vida, al menos en la muerte.

## **12. El fumador compulsivo**



## UNA PROMESA INCUMPLIDA

Pocos minutos antes de morir, mi madre me pidió que le contara al mundo que durante la guerra los nazis habían asesinado a un muchacho honesto, un tal Lipot, que se escondía con otros jóvenes judíos en la casa de sus padres. Quería que planteara la cuestión de cómo Dios podía permitir que pasara algo así. Empujado por la vergüenza de haber desatendido durante tanto tiempo a mi madre y arrebatado por la gravedad del momento, le prometí que algún día lo haría.

Diez años más tarde, cuando el médico me contó sin preámbulos que padecía un cáncer galopante y que tenían que extirparme inmediatamente la laringe, recordé de pronto el día en que murió mi madre. Mi corazón empezó a latir violentamente y se me agudizaron los sentidos. Vi a mi madre en la cama, murmurando sus últimas palabras, y me vi a mí mismo prometiéndole que algún día describiría el pequeño universo aislado que había sido nuestro hogar en la tierra. Hasta ese momento no me di cuenta de los años que habían pasado sin que cumpliera mi promesa ni hiciera nada con mi vida.

Hacía mucho que me había acostumbrado a sentirme insatisfecho con la vida. Me había convertido en un hombre de mediana edad, corroído por una pesadumbre que no podían ahuyentar ni los emocionantes viajes al extranjero ni la calma relativa de la vida cotidiana. Me quejaba con frecuencia y a veces sufría súbitos ataques de cólera en los que maldecía tanto a Dios, que siempre había estado ausente, como a mis difuntos padres, que nunca habían estado cerca de mí. Pero sobre todo me leía la cartilla a mí mismo por no haber hecho todavía nada de valor.

### **LIBROS Y SUEÑOS**

Desde los diecisiete años hasta que caí enfermo, trabajé en un gran almacén de libros de Oslo. El trabajo me lo consiguió el tío Wilhelm. Durante treinta años manejé una carretilla elevadora entre las ocho de la mañana y las cuatro y media de la tarde, trasladando palés cargados de libros envueltos en cartones y colocándolos o sacándolos de los altos estantes alquilados por las diversas editoriales. Era un trabajo monótono y sencillo que no requería ningún esfuerzo por mi parte. Era apropiado para mí porque yo nunca he aspirado a los frutos del éxito, más bien he sido un vago que no ha querido evolucionar en ningún sentido.

Durante toda mi vida he respirado el aire de los libros. Leerlos, en cambio, nunca me ha interesado. Mis padres eran grandes lectores. Se abalanzaban vorazmente sobre cada libro nuevo que se publicaba en Hungría, buscando una pizca de verdad en un país donde la vida pública estaba carcomida por la mentira. Todas las paredes y los rincones de la casa estaban sepultados por novelas y colecciones de poesía. Pero yo nunca los tocaba, me contentaba con mirarlos y acariciar los lomos con la yema de los dedos. Quizá fuera una manera de protestar contra mis padres, que le dedicaban más tiempo a la literatura que a mí, y constantemente predicaban sobre el efecto benefactor de la lectura. Yo prefería mil veces recurrir a las historias de mi tío abuelo que a un libro, aunque mis padres a veces nos advertían a Sasha y a mí que Fernando nos engañaba.

Seguramente mi falta de interés por los libros se debía ante todo a que la lectura requiere paciencia y ésta nunca ha sido mi fuerte. Sin embargo, los años pasados en el

almacén de libros me enseñaron a disfrutar de pasar las mañanas hojeando novelas, sobre todo de autores cuyo nombre reconocía. Empecé a hacerlo después de conocer en una fiesta a una atractiva joven. Cuando le dije que trabajaba con libros —no explicité que era conductor de una carretilla elevadora en un almacén de libros—, la chica dio por supuesto que había leído *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. Por un momento me pregunté si debía confesar que en el fondo nunca leía nada, pero me dio un poco de vergüenza. Además me pareció que, a juzgar por el título, podía tratarse de una novela que tuviera cosas en común con mi vida y que debería haberlo leído. Por eso mentí y le escribí en una nota que la novela me gustaba mucho, sobre todo las partes que transcurren en Centroeuropa, porque era allí donde realmente me reconocía y me deleitaba en el encuentro con mi propio mundo. Mi tío abuelo solía decir que era más fácil pillar a un mentiroso que a un cojo y esa noche entendí hasta qué punto tenía razón. Lamentablemente, la joven no ocultó que se daba cuenta de que le estaba mintiendo. Fue entonces cuando decidí empezar a hojear los libros del almacén, para no tener que volver a pasar la vergüenza de que me pillaran mintiendo sobre mi inexistente cultura.

A mí me bastaba hojear un rato un libro para formarme una opinión sobre el contenido. A menudo un simple vistazo me disparaba la imaginación. Manejar una carretilla elevadora es un trabajo solitario, llevas todo el día puestos unos protectores de oídos que mitigan el ruido pero al mismo tiempo te aíslan de los demás. Aunque yo solía quedarme solo también en la pausa del almuerzo. La mudez me ha creado fama de tonto y simple, así que mis compañeros de trabajo rara vez buscaban mi compañía. Por eso, después de sostener un rato un libro, daba rienda suelta a mi fantasía sin intentar frenarla y con ello, además, se me hacía más llevadero mi monótono trabajo. Al cabo de un tiempo se convirtió en una costumbre. Desde que me levantaba por la mañana, mi imaginación estaba ocupada con trepidantes aventuras y continuaba así hasta que me quedaba dormido por la noche. Constantemente encontraba nuevos libros que sustentaban nuevos pensamientos que merecía la pena explorar. Un día, después de tener un rato en la mano *El proceso* de Kafka y de leer por encima la contraportada, podía ser un brillante abogado formado a semejanza de Perry Mason, al que conocía por la televisión, que gracias a su elocuencia salvaba al inocente Josef K de su inminente condena a muerte. En otra ocasión la casualidad me llevaba a un tomo de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, y me pasaba una semana entera imaginándome a la hermosa duquesa de Guermantes en mis brazos, suplicándome que le hiciera el amor. *El idiota* de Dostoievski me hizo soñar que era el doctor Freud y que había desarrollado un milagroso tratamiento que curaba a todos los enfermos mentales del mundo. Un breve libro de Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, en combinación con la noticia de que la Madre Teresa había recibido el Premio Nobel de la Paz, me estimuló a fantasear con salvar a los niños de África del hambre y las enfermedades mortales.

## **LA LIBERACIÓN DEL MIEDO A LA VIDA**

A pesar de que las ensoñaciones variaban de día en día, en realidad siempre versaban sobre lo mismo: yo era una persona especial y lo que hacía asombraba al mundo. Nunca se me ocurrió que soñaba para mantener el mundo a distancia, lo cierto es que mi vida en Noruega ha sido lastimosa y solitaria.

En el nuevo país, nunca logré formar parte de una comunidad. Nunca me hice

amigos, viví mudamente y experimenté con los ojos cerrados el amor, el placer y las tentaciones de la vida. Mi vida estaba marcada por la fuga, en mis pensamientos estaba siempre camino de otro sitio. Mi gran error fue no entregarme nunca, no intentar jamás adaptarme siendo y comportándome como todos los demás. Se paga un precio por seguir tus propios caminos. Las personas que viven aisladas naufragan pronto en los arrecifes de la realidad. Vivía a mi aire, solo, sin sentido ni ideales, y mi existencia no era más que un modo de pasar el tiempo.

Surge un momento triste, pero al mismo tiempo solemne, cuando caes en la cuenta de que has desperdiciado tu vida, el único regalo que jamás has recibido. Normalmente, incluso los menores reveses me hundían durante semanas y cuando me sentía mal —lo cual sucedía con regularidad— siempre me regodeaba en la desgracia, me dejaba llevar por la desesperación y me sumía en el abismo. Pero en esta ocasión fue distinto. Ni el insomnio, ni las dificultades para tragar, ni el funesto diagnóstico de cáncer en la laringe consiguieron sacarme de quicio. Al contrario. Acepté con serenidad que todo indicaba que no tardaría mucho en morir y, extrañamente, la muerte me liberó del miedo a la vida. La muerte me daba derecho a ser yo mismo y a romper el contrato forzado con mi vida anterior. Dado que no me quedaba nada que esperar de la vida, bien podía hacer algo inaudito que diera algo de color a mi día a día.

Pero ¿qué?

Por muy frenéticamente que buscara la respuesta, mis pensamientos siempre se perdían en un cenagal de banalidades.

La operación cambió mi existencia y sufrí una rara transformación. De pronto dejé de soñar despierto y de quejarme incesantemente de la vida. Cada mañana me despertaba con una sensación de gratitud y alegría por seguir vivo.

La falta de palabras, en cambio, empezó a agobiarme. Ciertamente hacía más de treinta años que estaba mudo y hacía mucho que me había acostumbrado a comunicarme por medio de papelitos en los que garabateaba mis pensamientos. Pero en algún lugar de mi interior siempre había guardado una pequeña esperanza de volver a hablar algún día. El bisturí del cirujano acabó eficazmente con esa esperanza. Intenté consolarme pensando que de todos modos era poco probable que encontrara a alguien dispuesto a escucharme porque durante todos mis años en Noruega nunca había conocido a nadie —salvo a mi tío Wilhelm— que estuviera incondicionalmente dispuesto a abrazar y recibir mi historia. Pero no me sirvió de nada, porque al mismo tiempo que el pasado empezaba a emerger en mi interior, la pérdida de toda esperanza me provocó un fuerte deseo de contar historias sobre el implacable trato que mi familia había recibido de la vida.

## **LAS HISTORIAS**

Nací en un mundo en el que el pasado significaba más que el futuro. El porvenir, que para los demás estaba cargado de deliciosas promesas, carecía para nosotros de valor. Nuestra edad de oro había quedado atrás y estaba sepultada en silencio. Porque, curiosamente, nadie de mi familia hablaba del destino que nos había tocado, ya fuera porque les faltaban las fuerzas para elaborar el pasado o porque querían protegernos a los niños de todo lo que habían sufrido los Spinoza en el correr del tiempo.

Habíamos conocido muchas desgracias. Hasta donde podíamos recordar, nos perseguían las calamidades. La Edad Media. La Ilustración. La Revolución Francesa. La

emancipación. Las guerras mundiales. El catolicismo. El nazismo. El comunismo. El liberalismo.

La vida de nuestra familia descansaba sobre unos cimientos que en el pasado nunca nos habían proporcionado seguridad y que en el futuro podían constantemente ponerse en duda. Éramos judíos secularizados que habíamos perdido contacto con las costumbres y los dogmas de fe tradicionales, al mismo tiempo que nunca nos habíamos arraigado en los mundos en los que vivíamos. Como consecuencia estábamos excluidos de cualquier comunidad fructífera.

Si no hubiera sido por mi tío abuelo —un hombre con el que en realidad no teníamos ningún vínculo de sangre—, Sasha y yo habríamos crecido bajo la tiranía del silencio. Pero él desenterraba todas las leyendas y experiencias ocultas en la profundidad de nuestros genes e insuflaba vida a nuestra herencia valiéndose de su fantástico talento narrativo. Estoy convencido de que comprendió qué efecto tenía en nosotros los niños la enorme represión que ejercía la familia y quiso darnos fuerza vital y valor regalándonos a mi hermano Sasha y a mí algo de lo que pudiéramos estar orgullosos: unas poderosas raíces. Así nos enseñó que siempre eran los acontecimientos los que tenían algo de malo, nunca nosotros.

Nada nos resultaba más natural a Sasha y a mí que escuchar las historias de mi tío abuelo sobre lo que había ocurrido mucho tiempo atrás. Eso nos proporcionaba muchas alegrías. Mi tío abuelo nos describía incesantemente todo un mundo de ayer con una especie de dicha melancólica pero feliz que a Sasha y a mí nos mareaba un poco.

De pronto todas aquellas historias me vinieron a la cabeza, simplemente emergieron de la oscuridad de mi interior sin previo aviso. Me di cuenta de que cargaba con incontables anécdotas y de que era incapaz de reprimir la violenta e intrusiva necesidad de contar todo lo que llevaba dentro. Pero ¿cómo pueden contarse historias cuando no se dispone de una voz propia?

## UN SUEÑO NOCTURNO

Una noche tuve un extraño sueño. Me vi a mí mismo sentado junto a una mesa, conversando con un ángel y sus dos ayudantes. Nunca había visto una criatura tan deliciosa como aquel ángel lleno de alegre sensualidad y sabiduría vital. Alrededor del ángel brillaba la callada blancura de la Vía Láctea. Una blancura tan absoluta e inalcanzable que ejercía un magnetismo especial sobre mí y que me hacía entender que el chisporroteante juego de colores del mundo de los sentidos —lo que los hindúes llaman el velo de Maya— no era más que un sutil engaño.

Pero entonces el más joven de los ayudantes del ángel, un hombre con fuerte acento ruso, me explicaba que la patente carencia de color en torno al ángel podía dar una idea del descorazonador vacío del universo.

«Sólo el ser humano puede encontrarle remedio a la nada sin sentido», me decía. «Y lo hace por medio de sus palabras y de sus recuerdos, de su conciencia. La capacidad de darle sentido a la vida es el mayor regalo del ser humano».

Yo quería saber si mi vida tenía algún sentido especial, pero no alcanzaba a plantear la cuestión porque el otro ayudante, un anciano de perfil limpio, con aspecto temperamental y pasional, me decía en un bello italiano: «*Il esplorazione*. La verdadera exploración, la aventura definitiva, es a vida o muerte. El viajero se adentra en el alma humana y allí

camina en círculo cartografiándolo todo para construir puentes de palabras hacia el silencio interior que encuentra en sus congéneres, partiendo de su propio círculo familiar».

Entonces el sueño cambiaba de escena. Se hacía la oscuridad y me quedaba solo en la mesa. Mojaba la pluma en tinta y empezaba a escribir con mano ligera. Despacio y metódicamente iba llenando las hojas en blanco con un torbellino de palabras que sin embargo tenía una estructura que lentamente iba emergiendo. Cuando acababa de escribir, las palabras se extendían a los cuatro vientos, las personas contenían la respiración y los pájaros callaban.

El sueño fue como un bálsamo para mi corazón. A la mañana siguiente me desperté lleno de alegría y con un sentimiento vital completamente nuevo. Se me habían abierto nuevos mundos interiores. Mi entendimiento estaba iluminado por una extraña luz y una calma más elevada. Había encontrado lo fantástico: las historias.

El sentido de lo que me quedaba de vida era escribir todas aquellas historias.

## **ESCRIBIR**

Muy consciente de que corría prisa, empecé a descifrar frenéticamente el pasado para comprender mis propios orígenes. Durante algunas semanas devoré todo lo que encontré: los documentos de la familia guardados en la maleta de mi abuelo y el siempre fascinante libro de Benjamin Spinoza, *El elixir de la inmortalidad*, de mil y una páginas. Pero también leí ensayo y novelas. Leí mucho. Me sorprendió mi voracidad por la palabra escrita y mi capacidad para absorberla. Las incursiones en los reinos de los poetas me proporcionaron muchos nutrientes y la sensación de ser un genio. Me imaginaba que los sabios pensamientos de otros eran en realidad míos. Al enfrentarme a los textos de calidad, me sentía protegido de la futilidad de la existencia y creía en la vida eterna.

Obsesionado por la idea de que cada persona es única y de que cada suceso sólo tiene lugar una vez, empecé a escribir, por primera vez en mi vida, las historias que conocía desde la infancia. Primero lo hacía despacio, a tientas y con cierta reticencia, porque mis conocimientos me parecían demasiado escasos y fragmentarios en comparación con la realidad. No estaba seguro de adónde me conduciría el sinuoso camino por el que me había adentrado y tampoco tardé mucho en descubrir que el lenguaje no alcanza para describir la vida interior. Lo único que se puede describir es el exterior de las cosas. A veces entendía perfectamente una cuestión y al mismo tiempo me sentía impotente cuando pretendía atraparla con palabras.

El prólogo, donde escribí sobre la muerte de mi madre, fue lo más difícil. Sin duda, es el pasaje que me llevó más tiempo, un mes entero.

¿Cómo puede haberme llevado tanto tiempo escribir un breve fragmento de algo más de sesenta líneas?

¿Qué decir? ¿Que siempre me ha resultado muy difícil escribir? Nunca he tenido talento para eso. Al escribir he dudado siempre de cada palabra y en medio de cada frase corro el riesgo de desconcentrarme. Escribo, tacho, reescribo, vuelvo a tachar, hasta el infinito.

Después le llegó el turno a lo que en el teatro se llama la *peripecia*. El punto de inflexión vino con un examen rutinario. El médico descubrió metástasis. Mi traicionera sangre había transportado el tejido rebelde a las partes más remotas del cuerpo. No me quedaba más remedio que asumir que mi tiempo se estaba acabando y que pronto me

vencería la revuelta interna del cuerpo. Ya me había conciliado con la idea de morir. Las familias se extinguen, pensé, los soles se encienden y se apagan, y pronto me tocará a mí el turno de seguir a todos los demás. Pero me agobiaba la idea de que, cuando cerrara los ojos, se perderían todas las historias que llevaba dentro y todos los que me habían precedido acabarían en el olvido.

No quería aceptar que mis familiares desaparecieran sin dejar huella en el caos del tiempo. Éste era el único afán que me quedaba.

Sin previo aviso empecé a escribir deprisa, y sentí el alivio de liberarme del martirio de la carencia de la palabra. Empecé a sentir a diario con la cabeza, con el alma y con el cuerpo, sobre todo con el cuerpo, lo mucho que significa para mí la escritura. Las palabras me salían literalmente como chorros. Tenía el cerebro febrilmente ocupado con mi familia, a la que durante tantos años había intentado reprimir y olvidar. Mis muertos bailaban la zarabanda alrededor de mi cabeza y vigilaban envidiosos mi escritura. Todos querían su hueco en el texto.

Los sentía muy cerca de mí, notaba su respiración cuando se inclinaban sobre mi hombro y leían cómo trazaba su vida. Oía sus comentarios entre sus susurros y su sorpresa cuando revelaba sus secretos o ponía palabras en su boca que no querían reconocer.

Estaban todos allí, todos menos mis padres, que tuvieron una larga experiencia conmigo como mal hijo, como alguien en quien nunca pudieron confiar y de quien no pudieron sentirse orgullosos. Muchas cosas quedaron sin resolver entre nosotros y por eso me es imposible reproducir su vida objetiva y correctamente. Ellos lo sabían. Creo que por eso se han mantenido a distancia. Mis padres debían de esperar que los rodeara de lo único digno: mi silencio.

Rara vez me acostaba antes de las dos de la mañana y, a las cuatro horas, me despertaba un reloj interno y me ponía a escribir de nuevo. Al final apenas me vestía por las mañanas porque eso me robaba un tiempo demasiado valioso. Si comía, era más bien por casualidad. Nada ni nadie existía más allá del texto. Las palabras me hacían olvidarme de todo lo demás. Al escribir me cargaba de la energía del lenguaje y, al igual que Sherezade, durante un tiempo conseguí mantener a distancia al ángel de la muerte.

Lo que he escrito no es una confesión. Es una narración. Esto es lo que sucedió, éstas son las cosas que pasan en el mundo. Los relatos como éste sobre la familia Spinoza, junto con millones de otras crónicas familiares, constituyen el fundamento de la humanidad y crean su historia.

El tiempo pasa a toda velocidad. Nuestro pasado por fin se acaba y el futuro no tiene necesidad de mí. Serán otros quienes construyan el porvenir. Puedo cerrar los ojos tranquilamente. He cumplido mi misión en la tierra. He sustituido el elixir de mi ancestro Baruj con lo único que proporciona la inmortalidad a los hombres en la tierra: nuestra memoria.

Aparte de mis palabras no dejo nada. El tesoro de la familia, el libro de Benjamin, me lo llevo a la tumba. Como fumador irredimible que soy —algo de lo que no me ha liberado ni el cáncer—, por cada fragmento que he escrito de la historia familiar, he arrancado una hoja del magnífico libro de Benjamin, la he llenado de tabaco, me he liado un cigarrillo y lo he gozado.

En estos momentos se esfuma la última página de *El elixir de la inmortalidad*.



GABI GLEICHMANN (Budapest, Hungría 1954). A los 10 años se trasladó a Suecia. Después de los estudios en literatura y filosofía, trabajó como periodista y se desempeñó como presidente del club PEN Suecia. Gleichmann ahora vive en Oslo y trabaja como editor, escritor y crítico literario. *El Elixir de la Inmortalidad* es su primera novela.

